



CANAL DE HISTORIA.



LOS GRANDES MISTERIOS DE LA HISTORIA

PLAZA  JANÉS

www.megustaleer.com

Prólogo

La publicación de este libro me llena de orgullo. He sido testigo de su creación, del moldeado de la idea, y encuentro apasionante el desafío de volcar tanto contenido audiovisual en papel.

Se produce la coincidencia de que en este momento se cumplen diez años de las emisiones de Canal de Historia en España. Inmejorable manera de comenzar a celebrar este aniversario.

Los grandes misterios de la Historia está compuesto por treinta capítulos que abordan temas tan diversos y tan diferentes entre sí como la construcción de las pirámides de Egipto o la conexión entre Hitler y el nazismo con las ciencias ocultas. Esta variedad temática, denominador común de la programación de Canal de Historia, es el resultado de una humilde pretensión: la de investigar algunos de los interrogantes más fascinantes de todos los tiempos, muchos de los cuales continúan hoy sin explicación.

Nuestro propósito es aportar un punto de vista, a veces sorprendente e inusual, sobre cada uno de los enigmas. Seguramente, en nuestra selección se echarán en falta algunos misterios. Les pido, estimados lectores, que nos disculpen. Estoy seguro de que sabrán comprender la dificultad de nuestra tarea. Sin embargo, les garantizo la máxima seriedad y rigor con los que cada estudio ha sido abordado.

Comenzaba estas líneas recordando la proximidad del décimo aniversario de las emisiones de Canal de Historia en nuestro país. *Los grandes misterios de la Historia* supone un paso más en esta larga trayectoria que comenzó en 1998. Desde entonces, nuestro afán por recuperar y acercar el ayer y sus protagonistas a nuestros espectadores desde

una perspectiva entretenida y amena no ha dejado de preocuparnos. Nuevos soportes, como el que ahora tienen entre manos, nos han permitido a lo largo de estos años ofrecer nuestros contenidos desde un punto de vista moderno y actual, haciendo posible disfrutar de nuestra rica y variada temática a través de DVD, teléfonos móviles, internet o, incluso, videojuegos de estrategia.

Nos esforzamos en utilizar las últimas técnicas de recreación digital para traer al presente civilizaciones desaparecidas siglos atrás; por encontrar, en definitiva, nuevas técnicas narrativas que poco o nada tienen que ver con el relato clásico de nuestra historia y que nos permiten llegar a diario a más de tres millones de hogares en España.

Tres premios consecutivos al «Mejor Canal Temático» otorgados por la Academia de las Ciencias y las Artes de Televisión (ATV) han supuesto la confirmación definitiva de que estamos en buen camino, y han convertido a Canal de Historia en un referente no sólo dentro de la televisión temática de nuestro país sino del panorama audiovisual en general.

Muchos de los misterios que componen este libro pueden verse en la actualidad en Canal de Historia. Desde estas páginas los invito, si todavía no nos conocen, a que se asomen a nuestra pantalla. En ella encontrarán una ventana a la Historia atractiva, rigurosa y entretenida.

Quisiera agradecer a todos los que trabajan a diario en Canal de Historia por su entrega y confianza en nuestra labor; en especial, a Esther Vivas, ya que sin su iniciativa y dedicación, no estarían ahora leyendo estas páginas. También agradecer a Ana Mattern su inestimable trabajo en la redacción y coordinación del texto. Y por supuesto, a todos los que nos ven, ya que sin ellos, nada de todo esto sería posible.

Poco más quisiera añadir. Confío en que disfruten con la lectura del que espero sea el primero de una larga colección de títulos.

CIVILIZACIONES PERDIDAS

Los secretos de Stonehenge

Stonehenge es el monumento prehistórico más famoso de la Tierra; unas de las ruinas de piedra más misteriosas en el mundo. Nunca ha sido «descubierto». Antes de que llegaran los anglosajones, antes de los romanos, antes incluso de que apareciera el lenguaje escrito, Stonehenge ya estaba allí. Desde hace miles de años y de generaciones estos gigantescos bloques megalíticos han estado allí, repletos de secretos. Se desconoce con exactitud la finalidad que tuvo la construcción de este gran monumento, pero recientes investigaciones arqueológicas han aportado algunas explicaciones científicas al cómo y por qué se edificó y sobre quiénes, hace más de cinco mil años, comenzaron las obras de este incomparable y valioso testimonio de la cultura prehistórica.

Situadas en el condado de Wiltshire, a 48 kilómetros al norte del canal de la Mancha y a 13 kilómetros al noroeste de Salisbury, en medio de las suaves ondulaciones de la campiña inglesa, estas ruinas han sido motivo de numerosas historias y leyendas sobre grandes ceremonias y rituales. Por su carácter misterioso han sido reivindicadas tanto por místicos modernos, que aseguran que se trata del centro de una increíble fuente de energía, como por adoradores locales o, incluso, bromistas «paranormales» que, no hace mucho, trazaron enormes «círculos de cosecha» a modo de extrañas señales en los terrenos próximos con ayuda de una cuerda y un pedazo de madera y después explicaron a todo el mundo su farsa... Pero la verdadera historia de Stonehenge comenzó hace más de cinco mil años y engloba mucho más que el monumento que ha llegado hasta nuestros días.

ENORME CONCENTRACIÓN DE RESTOS PREHISTÓRICOS

Los trabajos arqueológicos comenzaron en 1901, y se realizaron periódicamente hasta 1964. Entonces se decidió dejarlo tal cual, con el fin de preservar lo que aún permanecía intacto, y las excavaciones fueron prohibidas por las autoridades. Los científicos aún hoy en día intentan dar respuestas a varios de sus enigmas.

El arqueólogo inglés Julian Richards, autor de uno de los estudios más exhaustivos sobre el tema, destaca en sus investigaciones la importancia de los montículos funerarios o túmulos que salpican los alrededores de Stonehenge, algo que sólo se ha podido comprobar con una perspectiva aérea. Sobrevolando la zona, la visión desde el cielo ha permitido ver los rasgos del paisaje que lo rodea. Es el área que posee la concentración más alta de restos prehistóricos en todo el Reino Unido, algunos más antiguos que el mismo Stonehenge. «Desde el cielo se ha podido ver que no se trata de unas simples ruinas, sino que representan toda una cultura», afirma Julian Richards.

En unos pocos kilómetros cuadrados hallamos, por ejemplo, el Cursus, una calzada que, hasta hace poco, se creía que era parte de un hipódromo romano hasta que se descubrió que en realidad databa de dos mil años antes de la invasión romana, y los Barrows, un campo de túmulos funerarios donde las excavaciones han sacado a la luz esqueletos humanos y joyas de cobre y bronce.

La parte más antigua de Stonehenge la forman una zanja y su terraplén, abiertos en un suelo calizo que recién excavado brillaría con un intenso color blanco. Tiene forma circular abierta al noroeste y unos treinta metros de diámetro. Gracias a las pruebas del carbono 14 realizadas a las herramientas que sus constructores dejaron en el fondo de la zanja primitiva, hoy sabemos que las primeras obras se llevaron a cabo entre

los años 3000 y 2920 a.C. Las herramientas que se utilizaron, durante la Edad de Piedra y en el período Neolítico, fueron picos fabricados con asta de ciervo.

La zanja de Stonehenge no es especialmente profunda, por lo que quizá no resultara demasiado complicado cavar con tan rudimentaria herramienta, pero en Grimes Graves, a 320 kilómetros al noroeste de Stonehenge, estos mismos picos de asta se utilizaron para cavar algo muy distinto: pozos mineros. En esta mina, los arqueólogos han descubierto estrechos pasillos que profundizan hasta nueve metros bajo tierra, tras los cuales el recorrido vuelve a la superficie. En algunas galerías aún se ven las marcas que dejaba cada golpe sobre la piedra e incluso huellas dactilares que datan de hace más de cinco mil años.

Grimes Graves cuenta con cuatrocientos pozos neolíticos donde durante más de mil años trabajaron duramente con estas sencillas astas de ciervo equipos de mineros en busca del recurso mineral más preciado en la época, una variedad de roca de sílice llamada sílex que encontraban en forma de nódulos de color negro brillante, lo que conocemos como pedernal. El sílex era el recurso minero más valioso en aquella época, la materia prima de una nueva economía. La extracción y el comercio de esta piedra se convirtió en una de las fuerzas motoras del mundo de Stonehenge, debido a que del sílex, convenientemente tallado, salían hachas y otras herramientas. Lo cual supuso un gran salto tecnológico y social.

EL SÍLEX Y EL NUEVO ESTILO DE VIDA

Contra lo que pueda parecer, la talla lítica es un proceso muy técnico y preciso. Era imprescindible tener algunos conocimientos y pericia para convertir un pedazo de sílex en un hacha. Pero además a finales de la Edad de Piedra, estas herramientas sirvieron para talar árboles a gran escala, de modo que los pueblos nómadas que habían sido cazadores y

recolectores se asentaron en comunidades y se dedicaron a la agricultura y la ganadería, dado que los bosques ya podían convertirse en granjas.

Al mismo tiempo que los hombres del Neolítico cambiaban su estilo de vida, comenzaba otra etapa en Stonehenge, que hasta entonces sólo era una zanja primitiva cavada con picos de asta. La nueva tecnología del sílex permitió levantar una estructura por el lado interior del talud compuesta por 56 vigas de madera que seguían la misma forma circular. «No queda ninguna en pie, pero los arqueólogos han analizado el tipo de tierra que rellena los 56 agujeros sobre los que se asentaban, excavados también en el suelo calizo del lugar, y se ha podido saber que en cada uno se fijaba una viga de madera. Lo que ya no es posible adivinar es si, al igual que el posterior modelo en piedra, estos postes tenían troncos por encima a modo de dinteles. No se trataría del único monumento prehistórico construido principalmente con este material», asegura Julian Richards.

A unos escasos tres kilómetros de los bloques megalíticos de Stonehenge se encuentra Woodhenge —*henge* es el nombre que los arqueólogos dan a este tipo de edificaciones prehistóricas en forma circular—. Ambas ruinas prehistóricas siguen un plano de círculos concéntricos muy similar. Hasta el año 1920 se creyó que se trataba de los restos de un enorme túmulo funerario que hubiera sido despojado de la tierra. Sin embargo, al tomar las primeras fotografías aéreas se descubrió que cada uno de los puntos oscuros que aparecían marcados en el terreno indicaban la posición de un poste de madera y que todos juntos formaban un círculo.

Pero este lugar encierra algo más que su similitud arquitectónica con Stonehenge. En el transcurso de unas excavaciones en el centro de la circunferencia que forma Woodhenge se desenterró el cadáver de un niño con el cráneo trepanado, posiblemente fruto de algún sacrificio ritual del que sólo podemos imaginar cómo pudo desarrollarse, pero no saberlo a

ciencia cierta. «Alrededor de los seis anillos concéntricos que lo componen —explica Julian Richards— se encontraron objetos que iban desde huesos de animales hasta cerámica muy ornamentada y, justo en el centro, la tumba del niño. Woodhenge contaba con una estructura de madera claramente con algún tipo de función religiosa y, aunque su construcción debió de suponer un gran esfuerzo, no dejaba de estar hecho a base de simples troncos. Si se compara ambos conjuntos prehistóricos, Woodhenge es el equivalente a la ermita de la aldea o a la parroquia local; Stonehenge, con su estructura de piedra, sería la catedral.»

En Stonehenge, aclara Richards, no se han encontrado restos de sacrificios humanos, pero sí numerosos de incineraciones dentro de los agujeros donde se asentaban los primitivos postes de madera. Así que, durante cuatrocientos años, antes de que se talaran los árboles, antes de que los pueblos neolíticos que habitaban la zona reemplazaran la madera por los gigantescos bloques de piedra que conocemos hoy, Stonehenge fue, primero, un cementerio del que ha llegado a nuestros días incluso la ceniza de las piras funerarias.

EL ENIGMÁTICO ARQUERO

Al final de la Edad de Piedra apareció en los alrededores de Stonehenge un enigmático hombre al que, actualmente, se ha dado en llamar el Arquero. Según recientes investigaciones, se sabe que tuvo que realizar un peligroso viaje hasta llegar a Inglaterra y que tenía las suficientes habilidades y conocimientos para comenzar una revolución. Fue enterrado a unos cinco kilómetros de Stonehenge, alrededor de 2500 a.C.

En el año 2002 de nuestra era, el doctor Andrew Fitzpatrick excavó su tumba y examinó sus huesos y sus dientes, ya que a medida que crecemos en ellos se almacena una huella química de nuestro entorno. Según este estudio, el Arquero provenía de un lugar más frío que las islas Británicas;

posiblemente de los Alpes o Europa Central. Este largo viaje a través de Europa, cruzando el canal de la Mancha, debió de ser extremadamente peligroso, pero el Arquero lo coronó con éxito y se convirtió en un hombre de gran relevancia en su nuevo hogar. «Quienes lo enterraron —indica Fitzpatrick— nos dejaron buena prueba de esto al inhumarlo con casi cien objetos de valor, cuando lo habitual para una sepultura rica eran unas diez posesiones.» Junto con piezas de cerámica y utensilios del Neolítico, se hallaron tres cuchillos de cobre y el oro más antiguo descubierto en Gran Bretaña. El Arquero, en su viaje, llevó los conocimientos necesarios para trabajar el metal. «El hallazgo más importante de su tumba —señala el doctor Fitzpatrick— es, paradójicamente, la pieza más vulgar; una simple piedra negruzca que contiene restos de oro y cobre, lo que demuestra que el mismo Arquero sabía trabajar el metal.»

En opinión de este experto, el descubrimiento de la metalurgia en las islas Británicas fue coetáneo a la llegada del Arquero, quien a su vez, fue testigo, casi con seguridad, de la llegada de los grandes bloques de piedra y de la épica construcción de Stonehenge. «Él trajo algo nuevo y supuso la oportunidad de un nuevo orden. En su tiempo dos cosas coincidieron: el comienzo de la construcción de un gran templo y la introducción del metal», explica Fitzpatrick.

EXCAVACIONES MINERAS DE MÁS DE 6.000 AÑOS

La respuesta a cómo el descubrimiento del metal estaba transformando el mundo de Stonehenge se encuentra en el norte de Gales, en una de las zonas mineras más antiguas de Europa, y en la mina de cobre más grande del mundo: Great Orme. Se estima que desde el año 4000 a.C. ya se estaba extrayendo mineral en ella, trabajos que duraron hasta aproximadamente 2900 a.C.

Great Orme fue descubierta en 1987 y desde el primer momento los

arqueólogos que la estudiaban comprendieron que las minas estaban organizadas a una escala de tales proporciones que superaba a cualquier otra explotación minera prehistórica. Los extractores de mineral neolíticos retiraron más de cien mil toneladas de mena de aquellos pozos gigantes y llegaron a cavar a más de sesenta metros bajo tierra. Donde antes estaban las rocas con vetas de mineral ahora hay enormes, pero impresionantes, cámaras vacías.

Nick Jowett, director de la excavación arqueológica actual, cree que en Great Orme pudieron haber trabajado más de mil personas durante sus picos máximos de producción, mientras que en la explotación de sílex de Grimes Graves no lo hacían más de veinte personas a la vez, y sobre un solo pozo. De hecho, a pesar de que únicamente se ha investigado un 5 por ciento de Great Orme, hasta ahora se han encontrado treinta mil huesos de animales y miles de martillos de piedra —que pudieron ser las herramientas con las que se excavó la mina— y ocho mil metros de túneles que datan de la Edad de Bronce. En las entrañas de estas galerías se han hallado numerosas pruebas de cómo y con qué fines se organizó este ingente número de trabajadores. «Por lo general —explica Nick Jowett— las prospecciones mineras empezaban cuando se localizaba malaquita en la superficie. En tal caso se comenzaba a profundizar en el suelo hasta que la veta de mineral se agotaba. Entonces, los mineros simplemente buscaban otra. Después sólo había que reducir la malaquita a polvo y mezclarla con carbón igualmente machacado. De la reacción entre ambos surgía el cobre puro.»

En la mina de Great Orme eran maestros en el arte de la extracción del metal de las rocas. Y con ello comenzó una nueva era. Con el cobre se fabricaban millones de joyas y adornos rituales. El deseo de poseer estos objetos se convirtió en el motor de una expansión económica sin precedentes y unos avances tecnológicos que corrían a pasos agigantados.

Pero ¿qué importancia tiene el descubrimiento del metal en la historia

de un monumento que por aquel entonces se estaba construyendo en piedra? La respuesta a esta pregunta la da el arqueólogo Julian Richards: «El aprovechamiento del cobre dotó a sus constructores de grandes riquezas y altas cotas de poder en una sociedad que estaba cambiando su definición de ambas. Quien podía trabajar y comerciar con los metales se convertía en un potentado y ostentaba nuevos símbolos de estatus. Del mismo modo que hoy llevamos joyas de oro o un reloj llamativo, el hombre prehistórico portaba una daga de cobre brillante o una bonita y reluciente hacha del mismo material. Las rocas de Stonehenge están decoradas con imágenes de utensilios de metal, lo que da fe del valor que tenían estos objetos para los pueblos de la Edad de Bronce. Pero el mayor símbolo de estatus social y económico era el mismo Stonehenge».

EL TRASLADO DE LOS GIGANTESCOS BLOQUES DE PIEDRA

Los arqueólogos han demostrado que casi la mitad de los bloques que forman el monumento llegaron desde la costa oeste de Gales, a 241 kilómetros de Stonehenge. Hoy en día el mismo tipo de rocas, llamadas doleritas jaspeadas, está desperdigado por la misma campiña galesa de donde salieron hacia Stonehenge. La cuestión es cómo pudieron transportar trescientas toneladas de roca hasta allí antes de la invención de la rueda.

Para comenzar, lo primero que necesitaban eran cuerdas. Las fabricaban a partir de las fibras del tallo de la ortiga, una planta muy corriente en la región y recurso agrícola muy valioso y fundamental para muchos pueblos primitivos en todo el planeta. El proceso era muy sencillo: de los tallos de la planta se sacaban unas hebras que se enrollan, manteniéndolas en tensión, las retorcían sobre sí mismas, hasta conseguir una cuerda muy prieta, de diferentes grosores, muy eficaz y capaz de soportar mucha tensión. Así, con una gran cantidad de fibra y los

trabajadores necesarios se podían crear sin dificultad sogas capaces de levantar megalitos del tamaño de los de Stonehenge.

El hecho de que los constructores de Stonehenge poseyeran la tecnología suficiente para realizar excavaciones con sus hachas de sílex y convertir fibras vegetales en cordaje, no aclara el enigma de cómo pudieron mover las inmensas rocas que se alzaron. El investigador Julian Richards cree que los obreros prehistóricos construyeron plataformas de madera, una especie de trineos, para arrastrar las piedras, una técnica que ya habían desarrollado para algunas de sus tumbas primitivas erigidas con rocas de gran tamaño.

Sin embargo, el uso de una plataforma de madera bajo la roca, que al moverse reducía la fricción contra el suelo y hacía más fácil su transporte, no parecía ser suficiente. La clave estaba en que estos pueblos primitivos también disponían de técnicas de carpintería muy avanzadas que les permitieron construir calzadas de madera con trabajos de ebanistería muy complejos, que utilizaban, por ejemplo, para salvar áreas pantanosas. Si tenían la tecnología, los recursos naturales y los trabajadores necesarios, no es nada descabellado pensar que fueran capaces de montar una de estas vías de madera para transportar la piedra hasta Stonehenge. Así, la teoría de Julian Richards es que la plataforma de madera se deslizaba sobre una calzada igualmente de madera mediante un sistema de rodillos, antecedente de la rueda, con lo cual se reducía aún más la fricción y era posible transportarla a una velocidad razonable entre varios hombres.

Con estas investigaciones se sabe que, tan pronto como terminó la Edad de Piedra y llegó la Edad del Bronce, el hombre primitivo fue capaz de levantar grandes bloques de piedra y, sea como fuera, transportarlos con un enorme esfuerzo y erigir todas las rocas del monumento.

Pero ¿con qué finalidad? En este punto surge otras de las incógnitas de Stonehenge.

EL PRIMER OBSERVATORIO ASTRONÓMICO

Lo cierto es que es difícil saber con exactitud cómo era el aspecto que tendría Stonehenge en aquella época; cómo fueron los mil quinientos años de evolución desde una pequeña zanja en un montículo, a una estructura de madera, hasta finalmente convertirse en una compleja construcción, como hoy se aprecia entre los bloques que quedan en pie, abierta a una gran avenida orientada al nordeste. Y es que, según aseguran muchos expertos, su especial orientación nos desvela el enigma de la construcción de Stonehenge: se trata de un observatorio astronómico; uno de los primeros contruidos por el ser humano.

Se cree que estas grandes rocas, conocidas como Sarsen, estaban dispuestas alrededor de una circunferencia de 30 metros de diámetro. Dentro de ésta, otro círculo de 23 metros de diámetro hecho con unas sesenta rocas azules de menor tamaño, casi dos metros de altura aproximadamente. En el centro del complejo de Stonehenge hay otras dos formaciones dispuestas a modo de herraduras, con la particularidad de que la altura de los bloques de piedra estaba regulada desde las más pequeñas en los extremos hasta las más altas en el centro de la herradura. La abertura orientada al noroeste se siguió conservando, convertida ya en una avenida para procesiones.

«Esta orientación hacia la salida del sol no es en absoluto casual. Durante el día más largo del año, el sol llega justo al centro de Stonehenge. Nuestros antepasados más remotos festejaban este solsticio de verano utilizando la luz, la piedra y la sombra», afirma Richards. Entonces, esto significa que conocían un dato de enorme importancia cosmológica. Aquellos primitivos comprendieron el ciclo que resulta del giro anual de la Tierra alrededor del Sol y la enorme importancia de las estaciones en su supervivencia hasta el punto de llegar a construir este impresionante

monumento de piedras ciclópeas. Para ello hicieron falta más de mil quinientos años y, aún hoy, cada 21 de junio, en el solsticio del verano, Stonehenge nos recuerda que toda nuestra existencia se desarrolla alrededor de los ciclos de la naturaleza.

Pero además de su significado material, Stonehenge refleja un cambio en la espiritualidad del hombre primitivo. Como dice el profesor de la Université de Provence Gabriel Camps: «En el curso de la Edad del Bronce, esta veneración del sol irá creciendo, acompañada de un simbolismo nuevo que invadirá todos los dominios artísticos, tanto los grabados por incisión como la orfebrería y la quincalla. Discos, colgantes diversos, motivos cruciformes testimonian por su abundancia, a finales de la Edad del Bronce y principios de la del Hierro, el triunfo de las creencias solares. Tenemos, por tanto, la impresión, aunque no la certidumbre, de que las divinidades uránicas o cósmicas comienzan a suplantar a los dioses y genios telúricos de la fertilidad, que anteriormente derivaron de las creencias animistas».

La Atlántida, el continente perdido

Hace dos mil cuatrocientos años, el filósofo Platón mencionó por primera vez la historia de la Atlántida y de sus fabulosos pobladores.

En el *Diálogo* llamado *Timeo*, considerado el más representativo del platonismo desde la misma Academia de Platón, Critias, un amigo de Sócrates, le relata a éste la historia que le había contado su abuelo, a quien se la había referido el gran sabio y legislador Solón, que a su vez la había oído de un anciano sacerdote egipcio.

Según éste: «Nuestros escritos refieren cómo vuestra ciudad detuvo en una ocasión la marcha insolente de un gran imperio, que avanzaba del exterior, desde el océano Atlántico, sobre toda Europa y Asia. En aquella época, se podía atravesar aquel océano dado que había una isla delante de la desembocadura que vosotros, así decís, llamáis columnas de Heracles».

Las columnas de Heracles o Hércules, si empleamos el nombre latino más familiar a nosotros, son el estrecho de Gibraltar, pues como cuenta Baltasar de Vitoria en su *Teatro de los dioses de la gentilidad*, «Hércules hizo aquí una hazaña de las suyas, que fue dividir a aquel gran monte por medio, para que se juntasen los dos mares, el océano Atlántico y el Mediterráneo».

Situada geográficamente la Atlántida, el sacerdote egipcio precisaba luego sus características: «Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas y de ella los de entonces podían pasar a las otras islas y de las islas a toda la tierra firme (...) En dicha isla, Atlántida, había surgido una confederación de reyes grande y maravillosa que gobernaba sobre ella y muchas otras

islas, así como partes de la tierra firme. Desde este continente dominaban también los pueblos de Libia, hasta Egipto, y Europa, hasta Tirrenia».

Tras referirse a un conflicto entre atlantes y griegos, el viejo sacerdote daba la clave de la desaparición de la Atlántida: «Posteriormente, tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, la clase guerrera vuestra se hundió toda a la vez bajo la tierra, y la isla de Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar. Por ello, aún ahora el océano es allí intransitable e inescrutable, porque lo impide la arcilla que produjo la isla asentada en ese lugar y que se encuentra a muy poca profundidad».

Todavía en otro *Diálogo*, el *Critias*, se explaya Platón describiendo las maravillas de la Atlántida, que en el reparto de la Tierra que habían hecho los dioses le tocó en suerte a Poseidón, quien la pobló con los descendientes que hubo de una mujer mortal.

Uno de éstos, por cierto, era el rey Gadiro, de donde vendría el nombre de Gades (Cádiz), pues reinaba en la región contigua al estrecho de Gibraltar.

El *Critias* nos habla de los palacios, las riquezas, los minerales, las plantas y los animales de la Atlántida, diciendo entre otros detalles fabulosos que «en especial, la raza de los elefantes era muy numerosa», lo que luego veremos cómo ha dado pábulo a ciertas teorías.

Sin embargo, los atlantes llegaron a estar «llenos de injusta soberbia y de poder», por lo que Zeus, el padre de los dioses, «decidió aplicarles un castigo para que se hicieran más ordenados y alcanzaran la prudencia. Reunió a todos los dioses en su mansión más importante, la que, instalada en el centro del universo, tiene vista a todo lo que participa de la creación y, tras reunirlos, dijo...».

Ahí termina bruscamente el *Critias*; su continuación se perdió o

simplemente Platón abandonó su redacción, el caso es que nos quedamos sin conocer los detalles del castigo divino que hundió a los atlantes en el mar.

A falta de que Platón concluyese su relato, la Atlántida ha espolcado durante siglos la curiosidad y la imaginación de todo tipo de investigadores, desde científicos hasta farsantes.

Más de dos mil cuatrocientos años después, en la actualidad, hay cinco expediciones científicas en cinco zonas distintas del globo, empeñadas en descubrir los restos que confirmen la existencia de este continente mítico. Mientras aparecen esas pruebas irrefutables, la mayoría de los científicos se muestran escépticos. Sin embargo, otros investigadores creen que hay nuevos indicios de su existencia y que en el relato de Platón hay pistas que no sólo nos llevan hasta el continente desaparecido y a encontrar los secretos de una civilización legendaria, sino también a sus descendientes.

La mayoría de los científicos convencionales concluyeron hace tiempo que la Atlántida no era más que un mito salido de la fértil imaginación de Platón. Consideran su relato como una ficción, una fábula moral destinada a advertir a los atenienses de su mal comportamiento como ciudadanos.

Los especialistas en Platón señalan en cambio que los discípulos inmediatos del filósofo se tomaron en serio la historia de la Atlántida y la tenían por auténtica; ya en época helenística, la escuela alejandrina veía, en general, en la narración de Platón una alegoría, cosa que, por otra parte, no les impedía creer en la existencia del legendario continente.

«Otros lugares considerados como míticos, como la Troya de Homero, resultaron tener una ubicación real, como Heinrich Schliemann demostró a finales del siglo XIX. Descubrió la verdadera Troya y cinco niveles (nueve, entre los trabajos de Schliemann y Dörpfeld) de construcción que tenían miles de años antigüedad. Por supuesto que todos se

mofaron de él y lo criticaron, pero al final demostró que tenía razón», señala el antropólogo George Erikson, autor del libro *Atlantis in America*. ¿Podría ser éste el caso de la Atlántida?

Platón recalcó en sus escritos que su relato era realidad, no ficción, aunque eso es un viejo recurso literario. Después de la condena a muerte de su maestro Sócrates, Platón abandonó Atenas. No se conoce con precisión por dónde anduvo, aunque muy probablemente fue a Egipto, cuya cultura tanto atraía a los griegos. Es posible que allí escuchara el relato de la Atlántida, como historia o como mito, por lo que entonces no sería propiamente un invento suyo.

Por otra parte, la forma en que Platón aleja de sí la fuente —un anciano sacerdote egipcio, que se lo cuenta a un personaje histórico del pasado como Solón, que se lo cuenta al abuelo de Critias, que en la proveya edad de los noventa años se lo cuenta a su nieto, que se lo cuenta a Sócrates, ya muerto cuando Platón escribe— indica una pretensión de distanciamiento respecto a la historia que está contando... Aunque también se puede interpretar al revés: un recurso para dar credibilidad a lo relatado, poniéndolo en boca de prestigiosos transmisores antiguos, como Solón.

EN BUSCA DE UNA CIVILIZACIÓN LEGENDARIA

Los investigadores que toman al pie de la letra a Platón afirman que lo más lógico sería buscar en Grecia y el área mediterránea, donde el filósofo vivió entre 428 y 347 a.C. Pero un grupo importante de científicos ha centrado su atención en el corredor caribeño del Yucatán, siguiendo la pista dada por Platón de que la Atlántida estaba en el océano Atlántico.

Los doctores Greg y Lora Little forman uno de los grupos que intentan hallar rastros arqueológicos del continente perdido, para ellos hundido en América, exactamente en las Bahamas. Desde hace casi cuarenta años,

este matrimonio —ambos psicólogos y escritores— están explorando la zona en busca de restos de los atlantes. Hasta el momento, el indicio que más se acerca es el llamado Camino de Bimini, una formación rocosa de 480 metros de largo que se encuentra bajo el mar en la costa de la isla del mismo nombre. Fue descubierto en 1968 por un piloto y en los años sesenta un geólogo dictaminó, tras tomar muestras del interior de las rocas y para decepción de los buscadores de la Atlántida, que se trataba de rocas naturales. Sin embargo, el Camino de Bimini es una estructura que parece construida piedra a piedra, con bloques rectangulares y cuadrados, como siguiendo lo establecido en un plano. Los doctores Greg y Lora Little piensan que el Camino de Bimini pudo haber sido un rompeolas que cerraba un puerto de la capital, Poseidópolis, donde los atlantes atracaban sus barcos entre viaje y viaje por el mundo.

Además de las rocas de Bimini, los exploradores en las islas Bahamas han realizado varios descubrimientos: columnas de mármol, bloques de roca similares a los de Stonehenge y restos de muro, así como formaciones submarinas, de entre 150 y 300 metros de diámetro, con forma de figuras geométricas o letras. El matrimonio Little también se interesó por una de estas formaciones, pero cuando descendieron a estudiarla descubrieron que no era más que una agrupación de algas y esponjas, pasto de tortugas...

Seguir pistas falsas no ha desanimado en absoluto a esta pareja de investigadores, para quienes no se trata tanto de hallar la Atlántida como de encontrar la verdad sobre los restos arqueológicos de las Bahamas. Con ayuda de una pequeña cámara similar a las que la NASA envía a Marte, en el año 2003 encontraron otra formación rocosa en la costa de la isla de Andros, a 160 kilómetros del Camino de Bimini, que ellos bautizaron como Plataforma de Andros. Se trata de una capa de rocas con una estructura similar al Camino, de unos 364 metros de longitud y 45 metros de ancho divididos en tres hileras de unos 15 metros cada una.

Desde que la descubrieron han vuelto cinco veces más a este lugar para cartografiar y filmar su hallazgo. Greg y Lora Little creen que la Plataforma de Andros estuvo oculta bajo la arena durante siglos hasta que el huracán *Andrew* la desenterró en 1992 y opinan que no se trata de una formación natural, puesto que los bloques de piedra están separados a intervalos muy regulares. Además, estos gigantescos bloques de piedra descansan sobre otras rocas de playa y, a diferencia de las naturales, tienen más altura a medida que aumenta la profundidad. Por desgracia, la mala suerte hizo que la Plataforma de Andros volviera a desaparecer bajo la arena del fondo marino en el año 2004, tras el paso del huracán *Jeanne* y los Little no han podido concluir, de momento, sus investigaciones.

EL RASTRO DE LOS SUPERVIVIENTES

Lo cierto es que, si los atlantes antaño atracaban sus barcos en esta bahía, tendrían fácil acceso a los océanos del mundo entero. Sus viajes desde este punto podrían haberlos llevado a tierras que ocuparían un lugar importante en su futuro, tierras todavía perdidas en el tiempo, con sus antiguos secretos e inquietantes misterios. En esta línea lleva veinticinco años indagando el escritor y antropólogo George Erikson. A diferencia de otros, Erikson no busca restos del continente perdido, sino el rastro de los supervivientes. Su libro *Atlantis in America: Navigators of the Ancient World*, escrito en colaboración con el profesor Ivar Zap, sostiene que algunos atlantes sobrevivieron a la destrucción de su continente y se refugiaron en distintos enclaves de Sudamérica y América Central, en concreto la península del Yucatán. «Se extendería —explica Erikson— otros 240 kilómetros hacia el norte: junto con Cuba, el doble de grande que hoy día, y las Bahamas que sería un gran banco de arena. Hace once mil quinientos años toda esta zona estaba por encima del nivel del mar.»

Según las explicaciones más clásicas, la Atlántida se hundió bajo miles

de metros cúbicos de agua a causa de un gran terremoto... hace once mil quinientos años. Sin embargo, y a pesar de no conocerse entre ellos, George Erikson y Greg y Lora Little sostienen que la Atlántida tuvo otro final: una gran catástrofe de enormes dimensiones causada probablemente por el impacto de un cometa que la arrasó por completo, y que destruyó cualquier rastro de vida. Bastó un día para que este poderoso imperio se hundiera.

¿Qué opinan los astrónomos sobre la destrucción de la Atlántida? El doctor Mark Hammergren, del Planetario Adler de Chicago, no cree posible que un cometa destruyese la Atlántida: «Al examinar el historial geológico de la zona —indica— no aparece nada que muestre el impacto de un cometa sobre la tierra hace once mil años». Y si de verdad la Atlántida fue destruida de ese modo, es imposible que ningún atlante pudiera haber sobrevivido a tal catástrofe para contar a sus descendientes lo sucedido. «Eso constituye una gran pega en la teoría de la Atlántida. Si el impacto fue lo bastante potente para aniquilar por completo la isla, para borrarla por completo de la faz de la Tierra y sumergirla en el mar, ¿cómo se explica que tras semejante impacto quedasen supervivientes cerca de ese lugar?», se pregunta Mark Hammergren.

Sin embargo, George Erikson sostiene que hubo supervivientes basándose en la hipótesis de que unos cuantos habitantes del continente perdido lograron escapar hacia el Yucatán. Los atlantes, como buenos marinos, estaban acostumbrados a observar minuciosamente las estrellas. Quizá algún grupo vio algún astro distinto, algo más brillante en el cielo. Tal vez, los animales, que tienen la capacidad de captar los desastres naturales inminentes, estarían más inquietos que de costumbre y unos cuantos habitantes atentos a estas señales navegaron hacia el Yucatán, la tierra de los mayas.

Para el antropólogo George Erikson, las misteriosas ruinas halladas en el Yucatán no fueron construidas en principio por los mayas, sino por los

atlantes supervivientes, y para avalar su teoría se apoya en cuatro observaciones. En primer lugar, el estilo arquitectónico de los mayas es diferente del de los atlantes. «Hay pruebas —señala— de que la pirámide de Uxmal se reconstruyó en cinco ocasiones. Nadie va a derribar esta estructura para desvelar las construcciones primitivas, pero es normal en el mundo maya que las estructuras más antiguas sean más perfectas, y precisamente éstas son más cercanas a la época de la Atlántida.»

Otra prueba en la que basa su teoría Erikson es que no hay duda, según él, de la existencia de imágenes de elefantes en los edificios mayas del Yucatán. Durante el período maya, hace mil o tres mil años, no había elefantes en América Central, pero recuérdese que Platón sí menciona que «la raza de los elefantes era muy numerosa» en la Atlántida. Claro que la mayoría de los científicos aseguran que las figuras de animales con trompa de elefante son en realidad guacamayos, ave similar al loro. Pero Erikson aporta otro dato: las esculturas de hombres con bigote y barba que se repiten en las rocas, cuando los mayas carecían de vello facial; por último, la presencia de relieves e imágenes de esculturas con formas budistas y de rasgos negroides, lo que probaría la llegada de extranjeros a través del corredor navegable de la Atlántida, idea también refrendada por las palabras de Platón, quien aseguraba que la Atlántida se comunicaba con el resto de los mares de la Tierra. «Platón dijo varias veces —afirma Erikson— que la Atlántida era una isla continental, que comunicaba los océanos de los demás continentes del mundo. Y eso es exactamente lo que hace el centro de las dos Américas», la zona de la península de Yucatán.

Estas esculturas y bajorrelieves que para George Erikson son pruebas contundentes, para Gary Feinman, conservador del Departamento de Antropología del Museo Field de Historia Natural de Chicago, tienen otra explicación. Para él los mayas cambiaron de estilo arquitectónico y escultórico a lo largo de su historia, y los hombres con bigote o los elefantes

serían en realidad figuras mayas sobrenaturales y estilizadas al tratarse de representaciones de dioses. De todos modos, los científicos calculan que hasta el momento apenas se ha encontrado un 10 por ciento de las ruinas de Yucatán. La mayoría están cubiertas aún por la densa vegetación de la jungla. Posiblemente, a medida que se analicen más, en un futuro estos templos arrojen más luz al debate sobre la existencia del continente perdido.

Una hipótesis muy similar a la de George Erikson es la que guía al equipo de Greg y Lora Little, quienes sostienen que en la Edad del Hielo existió una civilización marítima en todo el Caribe y el golfo de México. Para ellos, el norte de la isla de Andros pudo haber sido un puerto y Bimini otro, justo al otro extremo de la costa. En el centro de Andros se localizaría un tercer puerto, un lugar idóneo para atracar sus naves y divisar todos los canales de navegación. En todo el continente americano, además, han proliferado leyendas que hablan de antiguos navegantes provenientes de algún lugar en medio del océano.

LOS SUEÑOS DE UN VIDENTE

Hacia mediados del siglo XX, las investigaciones sobre la Atlántida tomaron un nuevo cariz, más enigmático si cabe, cuando un visionario llamado Edgar Cayce anunció que la había visto en sueños y sabía exactamente dónde se ubicaba. Durante los años treinta y cuarenta eran muchos los que consideraban a Cayce un Nostradamus de la era moderna, y lo cierto es que realizó muchas predicciones acertadas sobre las dos guerras mundiales, el crack del 29 o la independencia de la India. Los sueños de Cayce incluían también una vívida descripción de los logros atlantes, que habían llegado a dominar la cirugía láser, podían navegar por el aire y bajo el agua, construían sus templos utilizando gases especiales que les permitían levantar las piedras más pesadas e incluso tenían un

ingenio que mediante un potente cristal concentraba la energía del sol. Profetizó que a finales de los años sesenta se descubrirían algunas partes de la Atlántida y, efectivamente, en 1968 apareció el Camino de Bimini.

Después de su muerte en 1945, la Fundación A.R. E. Edgar Cayce ha patrocinado varias exploraciones en busca de la Atlántida. Actualmente, el equipo que forman Greg y Lora Little son los principales investigadores a cargo de esta fundación. Sin embargo, a pesar del apoyo de A.R.E. Edgar Cayce, se enfrentan a un gran obstáculo: la falta de financiación, que les ha impedido hasta ahora actuaciones tan sencillas como, por ejemplo, poder llevar a las islas a geólogos que inspeccionen sus descubrimientos.

Además del hallazgo de la Plataforma de Andros, la mayor de las islas Bahamas, este matrimonio está interesado en una cueva submarina descubierta allí, en 1973, por el explorador Herb Sawinski, quien afirmó que las paredes de la cueva estaban llenas de jeroglíficos y, para demostrarlo, aportó diferente material gráfico. Sin embargo, Greg y Lora Little no han podido encontrar estas posibles pruebas y contrastarlas debido a que, bajo su superficie, toda la isla de Andros es un laberinto de cuevas que, según cuentan los nativos, aparecen y desaparecen periódicamente. Estos grabados en piedra dentro de las cuevas no son comunes y, concretamente en la isla de Andros, constituiría, si se llegara a documentar, el primer caso encontrado. De todos modos, en cada nuevo viaje a las islas surgen nuevas pistas, nuevas investigaciones. La isla de Andros es un rompecabezas todavía sin resolver.

«Este lugar nos interesa, entre otros motivos, porque parece rebatir lo que la arqueología tradicional dice sobre quiénes fueron los primeros pobladores de esta zona», explica Greg Little. Los relatos de antiguos navegantes procedentes de un lugar en medio del océano han circulado de generación en generación de nativos, desde las Bahamas a Estados

Unidos y Yucatán. Hay incluso quien cree que hoy día sigue habiendo descendientes de los atlantes en el mundo.

Junto con sus exploraciones sobre el terreno, Greg y Lora Little se basan en estudios genéticos para corroborar su teoría de los supervivientes. En sus investigaciones, recogidas en el libro *Genética norteamericana y verdadero ADN primitivo*, intentan encontrar a los sucesores de esta civilización entre las poblaciones actuales que poseen una variedad antigua de ADN llamada Haplogrupo X. «En esencia lo que hemos hecho es examinar todos los estudios hechos sobre el ADN mitocondrial. En los 42 grupos de ADN mitocondrial conocidos, incluso hoy, el Haplogrupo X demuestra que todos los americanos nativos no llegaron por el estrecho de Bering en 9500 a.C.», explica Greg Little. Lo más interesante para estos dos expertos, es que aparece en los lugares a los que el visionario Edgar Cayce aseguró que habían emigrado los atlantes. Los análisis realizados por el matrimonio Little aseguran que se da entre los vascos, los iroqueses de Norteamérica, en América Central y Sudamérica, y con menor incidencia en Oriente Próximo.

DESCUBRIMIENTOS EN LOS CENOTES

También el cineasta y submarinista Wes Skiles ha centrado sus investigaciones en la zona. En junio de 2002 descubrió una gruta submarina cerca del golfo de México, llena de una gran cantidad de objetos en perfecto estado, y de esqueletos humanos. Hay quien cree que antes de que los cubriera el agua en la Edad del Hielo, estos pozos submarinos estaban habitados por humanos.

La inmersión de Skiles y de los científicos mexicanos que lo acompañaron a bucear en estas cuevas submarinas resultó ser bastante peligrosa. Para explorar algunas zonas de estos cenotes (palabra que en lengua maya significa pozo o abismo) algunos con bocas muy estrechas,

tuvieron que quitarse todo el equipo, incluso las bombonas de oxígeno, para poder acceder hasta el fondo en completa oscuridad. Los buzos sólo tenían 40 minutos para llegar hasta la cueva, 20 para trabajar en ella, y otros 40 para regresar antes de quedarse sin aire. Pero lo que descubrieron al final acabaría compensando el riesgo corrido: en las profundidades del pozo hallaron el primer esqueleto humano completo aparecido en un cenote. En posteriores expediciones, los científicos mexicanos localizarían más esqueletos.

Dos años después, al realizar las pruebas de datación mediante radiocarbono se averiguó que estos esqueletos tenían entre ocho y trece mil años de antigüedad, en torno a la misma edad que el Hombre de Kennewick, encontrado en el estado de Washington, norte de Estados Unidos. Es decir, los esqueletos eran unos cinco mil años más antiguos que los mayas, y anteriores incluso al pueblo clovis, los primeros pobladores conocidos del continente americano, así que decidieron llamarlos preclovis.

El antropólogo George Erikson, por su parte, lo denomina período de la Atlántida y cree que estos restos humanos de cráneo dolicocefalo y rostro alargado, en vez de plano como sería lógico en un paleoindio, corresponderían a los supervivientes de la Atlántida. Sumado a las pruebas anteriores, todo encaja para este antropólogo: un esqueleto de diez mil años de antigüedad con rasgos sin parecido alguno a los primeros nativos centroamericanos; esculturas de razas no presentes en América de hace dos mil años; antiguos relieves de hombres con barba y bigotes, cuando los mayas no tenían vello facial... Todos son fragmentos de historia sin explicación y que cuestionan las teorías tradicionales sobre las civilizaciones antiguas y que han convencido a estudiosos como Erikson de que la Atlántida no sólo existió sino que hubo sobrevivientes a la hecatombe que dejaron su huella para mostrarnos que estuvieron allí.

LEYENDAS ANCESTRALES

Para los investigadores que creen en la existencia de la Atlántida, la prueba más contundente tal vez sean las leyendas populares transmitidas de generación en generación como recuerdos colectivos de hechos reales. Los mayas hablan de una llegada por mar para explicar su origen. Idénticos mitos fundacionales hallamos en las leyendas incas de Kontiki y Viracocha e, incluso, en Egipto, donde se cuenta que Tot llegó del oeste, surcando los mares, para crear las artes y la civilización.

El antropólogo Roberto Ramírez Rodríguez, de la Universidad de Veracruz, recoge en su obra *Atlanticú* historias contadas por los indígenas. Una de ellas habla de un pueblo que se hundió en el mar porque los dioses estaban disgustados con su codicia, tal y como contaba Platón en el siglo IV a.C.

El debate entre los científicos lleva varias décadas abierto. La prueba innegable todavía no ha aparecido y a los investigadores que buscan la Atlántida les queda aún un largo recorrido. Los científicos admitirían la existencia de la Atlántida siempre y cuando hubiera algo más contundente que especulaciones o teorías. Sabemos que a lo largo de la historia de las civilizaciones, los centros urbanos nacen y mueren constantemente. Sin embargo, según muchos historiadores, como el conservador del Departamento de Antropología del Museo Field de Chicago, «son meras especulaciones sin fundamento pensar que la destrucción de la Atlántida condujo a la creación de otras civilizaciones en todo el planeta».

El profesor Tad Brennan, del Departamento de Filosofía y Clásicas de la Universidad de Northwestern, explica el fenómeno que lleva a tomar elementos genéricos del mito y buscarlos después en el mundo real. «Con la búsqueda de la Atlántida ocurre lo mismo que —afirma— si dentro de mil años alguien encontrara un ejemplar del *Mago de Oz* y fuera a

Kansas a buscar casas con refugios para los tornados. Las encontraría sin dificultad, y quizá también se topara con alguna niña llamada Dorothy, pero se equivocaría si de ello dedujera que los *munchkins* y la Ciudad Esmeralda han existido en la realidad. Platón sólo pretendía hacer un relato moral para denunciar los defectos de su ciudad, Atenas.»

El caso de la Atlántida está muy lejos de cerrarse y no dejan de aparecer constantemente indicios que apuntan a su existencia. En el año 2004 otro equipo afirmó haber encontrado las ruinas de una ciudad antigua en Chipre, cuyas características coincidían con sesenta de las pistas dejadas por Platón. En la costa de la isla de Cuba, Paulina Zelinski, ingeniera oceanográfica que buscaba navíos hundidos con un sónar, encontró a seiscientos metros bajo el mar lo que parecen restos de otra ciudad antigua. Los arqueólogos cubanos que han examinado los vídeos tomados por Zelinski dicen que en las estructuras se aprecian símbolos y relieves. Está ubicado exactamente a 144 kilómetros de Yucatán y a 208 de las Bahamas. El matrimonio Little cree posible que Cuba resuelva en un futuro el misterio del continente perdido. Y aunque no se tratara de la Atlántida tal y como les contó Platón a los atenienses, tanto ellos como George Erikson y varios científicos en todo el mundo están dispuestos a demostrar que hace once mil años existió una civilización esencialmente marítima que tras la desaparición de sus tierras se implantó en otras zonas del planeta. «Estoy convencido, como muchos otros —dice Greg Little—, de que la Atlántida abarcaba muchas zonas. Ése es el problema. Era un imperio marítimo insular, y probablemente tendría una capital que aún no se ha encontrado, pero un imperio insular cuenta con puertos y ciudades en todas partes. Y creo que lo que se está descubriendo en la costa de la India, en zonas de Sudamérica, probablemente lo que estamos investigando en las Bahamas, lo que se ha encontrado incluso en zonas del Mediterráneo, y en España y Francia, creo que todo pertenece a la Atlántida.»

Para el antropólogo autor de *Atlantis in America*, George Erikson, «si la leyenda de la Atlántida es cierta, y si las leyendas de los mayas son ciertas, que se produce una destrucción periódica por la arrogancia del hombre, debemos fijarnos en cómo nos estamos comportando hoy día, comprender que estamos contaminando, creando una catástrofe ecológica en el planeta, igual que los atlantes hicieron, y que Platón dijo que su arrogancia fue la causa de su destrucción».

El misterio de los anasazi

Mesa Verde, al sudoeste de Colorado, es una tierra de cañones escarpados y elevadas mesetas donde se asientan algunas de las ruinas prehistóricas más impresionantes de Estados Unidos y unos de los mayores misterios de la arqueología norteamericana. Desde que estos pueblos abandonados fueron descubiertos a finales del siglo XIX, no han dejado de desconcertar a visitantes y arqueólogos. Todavía nadie ha podido explicar por qué los indios anasazi, antiguos habitantes del sudoeste de Estados Unidos, construyeron increíbles asentamientos en acantilados para luego abandonarlos unas décadas después y no regresar jamás. ¿Por qué esta avanzada civilización desapareció de repente? Muchos arqueólogos piensan que los antiguos anasazi tenían un lado oscuro, que se manifestó en forma de matanzas e incluso canibalismo. ¿Podrían estos actos violentos explicar el traslado a los acantilados? Hoy en día, arqueólogos e indios norteamericanos siguen discutiendo este misterio.

En la región existen cientos de asentamientos similares a los de Mesa Verde. La historia sigue siendo un misterio debido a la ausencia de rastros escritos. Sin embargo, la arqueología permite establecer que el pueblo conocido como los anasazi empezó a colonizar esta zona del sudoeste norteamericano en el año 1 d.C. Durante la mayor parte de su historia, vivieron en pequeñas comunidades repartidas en las mesetas y los valles. A partir del siglo X, sus pueblos llegaron a alojar varias centenas de habitantes. Se situaron en mesetas como en Cañón Chaco (años 950-1100). Pero a mediados del siglo XIII, ocurrió algo y los anasazi empezaron a juntarse. Construyeron muros altos alrededor de sus

asentamientos o tomaron la sorprendente decisión de trasladar pueblos enteros a los acantilados de los grandes cañones de Colorado, lugares de una inmensa belleza pero donde las condiciones naturales dificultan la vida humana. Su repliegue a los poblados trogloditas rudimentarios de Mesa Verde marcó el deterioro de su cultura. Apenas cincuenta años después, también abandonaron estas casas, dejando atrás la mayoría de sus posesiones, como si planeasen volver. En lugar de eso, desaparecieron de la Historia.

ÉXODO A LOS ACANTILADOS

Existen varias teorías para explicar por qué los anasazi se situaron bajo impresionantes acantilados en el siglo XIII. La primera que surge es que se produjo un cambio climático que amenazaba las cosechas o un deterioro que redujo las tierras cultivables disponibles. Según Lorisa Qumawuun, guarda forestal del Parque Nacional de Mesa Verde —declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1978— y perteneciente a la tribu hopi, que se autoproclaman descendientes de los anasazi, la razón de este éxodo a los acantilados fue la búsqueda de suministro de agua tras una enorme sequía. Sin embargo, otros expertos no comparten esta hipótesis, ya que los anasazi podrían haber tenido acceso a manantiales sin necesidad de vivir en la pared de estos acantilados donde la aridez marcaba la mayor parte de la zona. ¿Por qué exponer a toda una comunidad a semejante riesgo?

La zona conocida como Four Corners, las Cuatro Esquinas, donde convergen Arizona, Colorado, Utah y Nuevo México, fue el lugar donde habitaron los anasazi durante más de cien años. Toda la meseta está repleta de escarpados cañones, remotos e inhóspitos, bien disimulados entre las rocas. Los dos ríos más importantes que recorren estas tierras son el río Grande y el Colorado. Hoy en día, la mayor parte de esta región está

cubierta de bosques de pinos piñoneros y enebros. Pero hace novecientos años estaba lleno de campos de maíz, calabazas y judías. Los arqueólogos creían que con los cultivos de esta zona, los anasazi abastecían a cuarenta mil o cincuenta mil personas.

Gracias a la arqueología se conoce una gran variedad de poblaciones anasazi. Vaughn Hadenfeldt, experimentado alpinista y guía local, lleva los últimos veinte años explorando las ruinas anasazi del sudeste de Utah, en la zona de Cedar Mesa, y ha tenido un papel importante en la conservación y el descubrimiento de muchos de los asentamientos más interesantes para los arqueólogos. En Cedar Mesa se han hallado las primeras pruebas convincentes de que el miedo fue lo que había incitado a los anasazi a trasladarse a los acantilados. La teoría de Vaughn Hadenfeldt es que «buscaban protección y empezaron a asentarse en estos pequeños sitios donde disponían de agua. La orientación de los pueblos los protegía de la lluvia y la nieve en invierno, y de calores del verano. Además, presentaban la ventaja de ser una protección natural frente a los ataques. Se puede observar que en los asentamientos hay varias torres, lo que demuestra que podrían estar vigilando su pequeño manantial o al enemigo», explica. En cambio, la ubicación en los cañones los alejaban de los cultivos, haciéndolos menos accesibles a los habitantes.

En la cornisa rocosa Cedar Mesa existen unas peculiares ruinas en la cima de la meseta con todas las paredes cubiertas de dibujos de osos, leones de montaña, carneros con grandes cuernos y figuras antropomórficas, todo ello testimonio de una cultura rica y dinámica. Lo que más asombra a los arqueólogos es que fueran capaces de realizar tales obras y, después, lo abandonaran todo. Según Vaughn Hadenfeldt, pasó algo que los forzó a huir. «Estoy seguro de que se produjeron enfrentamientos. Tuvo que haber un motivo que los obligó a tener que empezar su vida en estos lugares y, después, a alejarse. En aquellos acantilados, con enormes precipicios, necesitaban masilla para construir, llevar agua para hacer la

masilla y juntar todas estas piedras. Es un esfuerzo increíble, sólo justificable si estuvieran huyendo de algo», indica. Además el lugar está repleto de aspilleras, que apuntan hacia direcciones diferentes. «Muchos interpretan estas paredes agujereadas como un eficaz método de defensa. Desde aquí podrían estar vigilando el agua, pero también podían estar vigilando la cornisa de roca por donde alguien podría intentar entrar en el asentamiento, posiblemente para atacarlos, o estar alerta ante cualquier cosa», explica. El escondite de los anasazi parece como un puesto de avanzada o una torre de vigilancia, pero ¿qué estaban vigilando? Hadenfeldt afirma que sus enemigos más probables, los navajos, no llegaron a esta zona, al menos, hasta cien años después. De hecho, no parece haber pruebas de que hubiese ninguna otra tribu por esta zona en el siglo XIII. Entonces, ¿quién era el enemigo?

UN PUEBLO VIOLENTO Y CANÍBAL

En Cortez, Colorado, justo bajando por la carretera que da entrada al Parque Nacional de Mesa Verde, se han encontrado cuatrocientas ruinas, pueblos enteros donde vivían las tribus antes de que se trasladaran a los acantilados. El propietario, Archie Hansen, ha descubierto unos doscientos cincuenta asentamientos en su terreno repletos de piezas arqueológicas que demuestran un conocimiento de la cerámica, el tejido y la irrigación. El pueblo estrella es un emplazamiento parcialmente reconstruido en el que probablemente vivían unas veinte personas, alrededor de cuatro familias. Estuvo ocupado desde 650 hasta 1150 d.C. Uno de los hallazgos más fascinantes son unos túneles subterráneos que conectaban las kivas con otras zonas del poblado. Las kivas eran habitaciones comunes circulares excavadas en el suelo y recubiertas de un techo, dedicadas a la práctica del culto o para reunir al consejo del pueblo.

Además, en las excavaciones se han obtenido cientos de piezas de

cerámica, restos macrobotánicos, bioarqueología de restos desarticulados y restos de fauna. Los descubrimientos de Archie Hansen y su equipo de arqueólogos no encajan precisamente con la imagen tradicional de los anasazi como pueblo pacífico. «Está claro —dice— que de aquí no se fueron pacíficamente. Este lugar, evidentemente, marcó el final de un período para ellos. Aquí encontramos pruebas de muerte y violencia.» En el asentamiento había tres kivas subterráneas. Eran centros en los que se reunía la comunidad anasazi y, según parece, se convirtieron en el escenario de horribles matanzas. Se han encontrado pruebas de violencia extrema y de canibalismo. «Hay indicios de canibalismo bastante claros, como el brillo en el fondo de las vasijas; las fracturas y los huesos totalmente rotos: la médula separada de los huesos, los cuerpos desarticulados, la ausencia de cráneos, de vértebras, de manos, de pies...», cuenta.

Éste es un asunto polémico. Los indios norteamericanos se niegan rotundamente a que se identifique a sus antepasados como caníbales. Pero muchos arqueólogos han encontrado pruebas concluyentes en los asentamientos anasazi. Citan como tales las pequeñas zonas de brillo que se forman cuando un hueso es cocinado en una olla de barro y marcas de cortes y abrasiones en los restos humanos que son idénticas a las que tienen los animales que han sido consumidos. Y el asentamiento de Archie Hansen está lleno de estos indicios. «Hallamos —indica— a un varón de 14 años y a otro de, aproximadamente, 21 años a los que probablemente mataron y consumieron en el sitio, porque encontramos sus trozos en la hoguera y en los bancos de alrededor de la hoguera.» Después de la matanza, las pruebas apuntan a que los demás habitantes abandonaron el pueblo. «Supongo que lo que ocurrió fue que había enemigos exteriores. Podría tratarse de un pueblo vecino, que no tenía suficiente comida y los atacaron porque ellos tenían más recursos alimentarios, o también podrían ser tribus procedentes de México, lo que sería bastante extraño en esa época», explica Archie Hansen.

Los anasazi dejaron huesos sospechosos de canibalismo en unos cincuenta asentamientos arqueológicos. Pero lo realmente curioso es que casi todas las fechas de las pruebas son de ese mismo período, que comprende desde 900 d.C. hasta alrededor del año 1150. Estas fechas corresponden exactamente al período en el que la civilización anasazi estaba encabezada por un lugar llamado Cañón Chaco... una ciudad tan misteriosa como grandiosa en medio de la nada; la ciudad más extraña que los anasazi construyeron jamás, ahora convertida en unas desoladas ruinas en el desierto de Nuevo México.

UNA CIUDAD MISTERIOSA

Cañón Chaco, en su apogeo, alrededor de 900 a 1150 de nuestra era, fue el centro cultural más grande de las Cuatro Esquinas. La gente transportaba los bloques de roca, desde varios kilómetros de distancia, para construir enormes conjuntos de edificaciones, que a los conquistadores les recordaron los pueblos españoles, por lo que llamaron «pueblos» tanto a las construcciones como a los indios que las habitaban.

El más grande de todos era Pueblo Bonito; tenía cuatro o cinco pisos y ochocientos habitaciones. Los arqueólogos no tienen claro cuántas personas vivieron aquí. A principios del siglo xx se calculaba que varios milares, de acuerdo con el número de habitaciones. Posteriormente se pensó que era imposible que este terreno sostuviese una población tan numerosa; de hecho había pocos rastros de hogares para cocinar la comida familiar. Además, una buena parte de las habitaciones eran demasiado pequeñas para ser habitables; estarían dedicadas a almacenes u otros destinos, por lo que el número de habitantes hipotéticos se redujo a unos cientos. Se piensa incluso que Pueblo Bonito no tenía función residencial, sino ritual. En todo caso, hasta finales de 1800 se lo llamaba «el edificio

de pisos más grande del mundo». No había nada parecido en toda la Norteamérica prehistórica.

Chaco fue mucho más que una simple ciudad: era un centro ceremonial donde la gente iba desde lugares lejanos y se reunía a adorar a sus dioses en grandes kivas. Las grandes kivas de Chaco, donde se celebraban las fiestas religiosas relacionadas con los ciclos agrícolas, tenían un diámetro de 18 metros y estaban subdivididas en partes según los puntos cardinales. Pero en 1150 la ciudad fue completamente abandonada y sus habitantes desaparecieron. Los arqueólogos están aún intentando averiguar qué ocurrió. ¿Acaso fue la sequía? ¿Acaso había demasiada gente y pocos recursos? ¿O acaso sucedió algo más siniestro que acabó con esta gran ciudad?

Tras un análisis mediante técnicas de dendrocronología —la ciencia que data la madera estudiando sus anillos— realizado por el doctor Jeff Dean de las antiguas vigas de madera de una de las escasas habitaciones que quedan intactas en Pueblo Bonito, este experto cree que una combinación de tres factores podría ser la causa del abandono del cañón: la sequía, la inundación de las tierras por la crecida del río y el aumento de la población. Sin embargo, el pueblo de Cañón Chaco había superado anteriormente fuertes sequías y los datos aportados por los anillos de los árboles de Jeff Dean muestran que las sequías no detuvieron la construcción de viviendas. Sin embargo, algo ocurrió en la sequía del año 1100.

El Cañón Chaco parece representar para ciertos estudiosos un gran centro de peregrinación para las poblaciones circundantes, pero otro de los misterios del lugar es saber cómo fue posible que sus sacerdotes tuvieran tanto poder como para construir el grandioso centro ceremonial. Según Archie Hansen, una de las teorías dice que llegaron aquí algunos indios procedentes de México. Hay arqueólogos que creen que tomaron Chaco, sembrando el terror entre sus gentes. Podría haberse tratado de los toltecas o los aztecas, que practicaban rituales sangrientos en los que

se sacrificaba a humanos. Tal vez esto podría explicar por qué de repente el canibalismo apareció en la historia de los anasazi. Pero no es más que una de las teorías que se siguen barajando. Los anasazi no dejaron ningún documento escrito. Sin embargo, los indios navajos, que hoy en día habitan en las Cuatro Esquinas, siempre han estado alejados de Cañón Chaco. Si se les pregunta por qué, afirman: «Allí sucedió algo malo».

Para buscar las respuestas a tantas incógnitas en relación con Chaco, los arqueólogos están investigando en las pequeñas comunidades que abastecían a la gran ciudad. El doctor John Kantner y sus estudiantes de arqueología de la Universidad Estatal de Georgia han realizado excavaciones en uno de estos lugares, a aproximadamente unos ochenta kilómetros de Cañón Chaco. Se sabe que Chaco tenía muy pocos recursos: poca agua, sólo para cultivar algunas cosas. Está en medio de la nada y carecía de casi todo. Las comunidades próximas están mucho mejor situadas: hacía mejor tiempo, había más piedra y más madera, por lo que se encargaban de abastecer a Cañón Chaco. «Lo que estamos intentando averiguar es qué había en Cañón Chaco para atraer a tanta gente. Creo, al igual que la mayoría de los arqueólogos, que el lugar, poco a poco, se convirtió en un centro de peregrinación bastante poderoso, de una religión que esta gente profesaba y que los impulsaba a viajar hasta allí», explica el profesor John Kantner.

Nadie sabe a ciencia cierta cuál era la religión de los chacos, pero muchos arqueólogos creen que tenían un lado oscuro y misterioso y que esto podría explicar los actos de canibalismo y también el hecho de que la gente anduviese más de ochenta kilómetros sólo para ir al poderoso centro ceremonial. Y la población creía tanto en lo que fuera que estaba dispuesta a llevar bienes hasta Chaco para que pudiese subsistir. «Después, creemos que Cañón Chaco empezó a hacer lo que los antropólogos llaman una “materialización del sistema religioso”. Y

materializaron sus actos fabricando cosas que eran imprescindibles para el sistema religioso, para los rituales y ceremonias, y de esta manera podrían controlar a los creyentes. La gente de estas tierras sentían que necesitaban esas cosas —que podrían ser piezas de hueso, coral o azabache o piedras como la turquesa— y, para conseguirlas, tenían que ir hasta Cañón Chaco donde las intercambiaban por una participación en ese sistema religioso. Así se fue extendiendo con éxito este sistema religioso.»

La causa de que todo se desmoronara, según este experto, fue que cayó el poder y la autoridad de los líderes religiosos de Cañón Chaco, posiblemente a causa de una sequía que hubo a principios del año 1100. Fue una sequía relativamente pequeña, sobre todo en comparación con otras que se habían producido en el pueblo, pero suficiente para desencadenar los problemas. «Básicamente, se produjo un vacío de poder y eso dio lugar a un enorme caos social —afirma John Kantner—. Después, el caos social pudo dar lugar a la violencia, lo que condujo a los anasazi a refugiarse en los acantilados, como una especie de refugios, trasladándose hacia al norte a sitios como Mesa Verde», concluye.

LOS DESCENDIENTES ACTUALES

Pero también hay otra versión de la misma historia: la de los indios del sur de las Cuatro Esquinas que dicen ser los descendientes de los anasazi. Los indios zuni y hopi tienen sus propias tradiciones orales sobre sus antepasados. Según la versión hopi, al sudeste de Utah, en río San Juan, existen algunos petroglifos —figuras estilizadas, grabadas en las rocas por los antiguos anasazi hace mil quinientos años— donde además de figuras humanas a escala real están representadas algunas espirales, signo inequívoco de que hubo una migración. «Ellos abandonaron la zona porque les había llegado la hora de irse... no por el caos social o la violencia»,

aseguran Wilton Kooyahoema y Dalton Taylor, dos miembros de la reserva hopi de Arizona, al sur de las Cuatro Esquinas. Así, para los hopi, el misterio de los anasazi es simplemente una historia de migración.

Lo cierto es que ni los autodenominados descendientes saben de dónde viene el término anasazi. Se ignora, ya que no hay pruebas escritas, con qué nombre se designaban a sí mismos los anasazi. Los indios hopi utilizan la palabra *Hisatsinom*, que quiere decir «los antepasados», y consideran la palabra anasazi como despectiva. Es una palabra navajo que significa «antiguos enemigos». En la actualidad, la mayoría prefiere utilizar el término «antiguos pobladores» en vez de anasazi. Los historiadores reagrupan con la designación anasazi a distintas culturas similares que residieron en la misma zona: los hohokam, los mogollón y los patayan, desaparecidos todos antes del siglo *xvi* y la llegada de los españoles.

Wilton Kooyahoema está muy seguro al negar la teoría de que era una tribu caníbal, ya que «en la época en la que iniciaron la migración—dice— no había ningún enemigo. Hasta que llegó el segundo grupo, el de los navajos y los paiute; ellos fueron los que empezaron la guerra contra el pueblo hopi». Así, para los indios hopi, no hubo enemigos antes de los navajos y ellos no llegaron a las Cuatro Esquinas hasta mucho después de que los anasazi se hubieran ido, lo cual hace suponer a algunos expertos que el enemigo no fue un invasor, sino que hubo un enfrentamiento interno entre ellos. «Yo supongo que, probablemente, la guerra se produjo entre la gente que vivía aquí y no necesariamente contra enemigos exteriores. Quizá fuera la gente del cañón de al lado», señala Vaughn Hadenfeldt.

Así, según las investigaciones de sus vestigios monumentales y litúrgicos en distintos lugares por parte de expertos como Vaughn Hadenfeldt, Archie Hansen y John Kantner, la violencia y probablemente la guerra, fue lo que llevó a los anasazi a huir a los acantilados. Pero es muy probable que su enemigo no fuera otro... que los propios anasazi. Entonces, la

historia de migración de los hopi tendría sentido. Los anasazi no desaparecieron; simplemente se fueron de las Cuatro Esquinas. Además, las investigaciones de Jeff Dean en los anillos de los árboles muestran que a finales del siglo XIII se produjo una gran sequía en esta zona y cansados de décadas de lucha, los supervivientes probablemente hicieron lo que sus antepasados habían hecho años antes... emigrar al sur para empezar una nueva vida. No obstante, todo son meras suposiciones. Quizá algún día nuevas pruebas puedan resolver este misterio. Por ahora, los arqueólogos y los actuales habitantes de estas tierras seguirán discutiendo sobre el tema y buscando pistas en los dibujos de las paredes de roca roja de los cañones norteamericanos.

Las pirámides secretas de Japón

El mar de la China oculta un tesoro de maravillas naturales, un mundo submarino que apenas ha sido visitado por buceadores japoneses. Pero, además, en las aguas que rodean la isla de Yonaguni, en el archipiélago de Ryukyu, a 480 kilómetros al sudoeste de Okinawa, yace una estructura sumergida con la apariencia de una plataforma o estructura parcial de pirámide escalonada, posiblemente obra de una civilización de hace diez mil años. Para algunos investigadores, estas ruinas son el edificio más antiguo del mundo, un territorio perdido de la historia de la humanidad.

Yonaguni forma parte del archipiélago japonés de Ryukyu; es el terreno más occidental de Japón, localizado a 150 kilómetros de Taiwan y al oeste de las islas Ishijaki e Iriomote, al este del mar de la China. La pequeña isla mide unos diez kilómetros de largo por tres de ancho, y su perímetro se puede recorrer en coche en menos de cuarenta minutos. En 1987, el profesor de buceo Kihachiro Aratake se dispuso a buscar el modo de atraer más buzos a la isla. Aratake buscaba las zonas de reproducción de los peces martillo, muy abundantes en este mar, a menos de un kilómetro de la costa. Pensaba que si daba a los buzos la oportunidad de ver de cerca a estas criaturas conseguiría su objetivo. Pero en lugar de eso, descubrió algo único, más espectacular de lo que él mismo podía imaginar: unos megalitos de piedra que parecían restos de un antiguo templo. «Cuando lo vi por primera vez —recuerda— me parecieron una ruina, así que bauticé el lugar como Cabo Iseki, el Cabo de las Ruinas.» Ante sus ojos divisó una serie de formaciones topográficas únicas. Un montón de

piedras que forman una estructura que recuerda a las pirámides de Egipto. Una formación asimétrica creada por gigantescos peldaños de piedra cuyo tamaño varía desde menos de medio metro a varios metros de altura.

EL MONUMENTO MÁS ANTIGUO DEL MUNDO

Masaaki Kimura, profesor del Departamento de Ciencias Físicas y Terrestres en la Universidad de Ryukyu, fue en 1992 el primer científico que exploró este conjunto submarino. Ha desarrollado un proyecto cartográfico submarino del monumento Yonaguni, en el que se aprecia que la estructura principal mide más de ciento cincuenta metros de longitud, casi el doble que un campo de fútbol, y es más alto que un edificio de ocho pisos. Para Kimura y su equipo del Centro Geológico Oceanográfico de la Universidad de Ryukyu, aquello era más que una colección de piedras. «Nuestros estudios demuestran que ese monolito es artificial, que fue hecho por el hombre.» Si efectivamente estuviera en lo cierto, Yonaguni constituiría el testimonio de una civilización hasta ahora desconocida, de muy temprano desarrollo y muy avanzada. Pero sus investigaciones, publicadas en japonés y divulgadas sólo entre su propia comunidad académica, no llegaron a Occidente.

Sin embargo, las fotos del lugar llamaron la atención de varios buzos occidentales. Entre los primeros en acudir al lugar estaban Gary y Cecelia Hagland, un matrimonio de fotógrafos submarinos que han realizado más de nueve mil inmersiones en todo mundo. «La primera vez que nos sumergimos junto al monumento me pareció que estaba en una película de ciencia ficción volando sobre una ciudad, sobre una ciudad enorme, y cuando volví al barco no tuve palabras para describirlo», explica Cecelia Hagland. Sin duda, Iseki es un lugar mágico para bucear pero, a causa de las dificultades, es muy peligroso y poco accesible.

Las fotos de los Hagland impresionaron a Graham Hancock, periodista y antiguo corresponsal del *Economist* y autor de una serie de libros sobre las estructuras más antiguas conocidas, como *Fingerprints of the Gods*. Hancock, inmediatamente, se matriculó en un curso de buceo para poder ver el monumento con sus propios ojos. «Mi primera impresión, cuando vi la estructura principal de Yonaguni fue de asombro. Ver lo que parece consecuencia del diseño y la organización en una inmensa estructura submarina de piedra, los bordes de las piedras definidos casi en ángulo recto, como formando una escalera, me hizo sentir una gran emoción, como un misterio. Sólo se puede comparar a lo que se siente al entrar en una gran catedral o en la Gran Pirámide de Egipto», describe Hancock, quien, desde 1997, ha realizado más de ciento cincuenta inmersiones en Yonaguni y ha descubierto más monumentos. En su opinión, se pueden apreciar distintas estructuras con características anómalas y extraordinariamente curiosas que no se pueden explicar sin la intervención del hombre. Se extienden a lo largo de 5 kilómetros, frente a la costa sur de Yonaguni, y todas ellas fueron construidas alrededor del mismo período. «Creo sinceramente que se trata de una gran área ceremonial religiosa», afirma.

El hecho de que el monumento de Yonaguni se halle sumergido en el mar presenta un problema extraordinariamente complejo. Si todas esas estructuras fueron creadas por el hombre, debieron de ser levantadas cuando el terreno estaba por encima del nivel de las aguas, es decir, en la época glaciár, cuando los niveles del mar eran mucho más bajos debido a que la mayor parte del agua se encontraba congelada en el hemisferio norte. Según las estimaciones de Kimura, eso significaría que el monumento de Yonaguni debió de construirse sobre el octavo milenio antes de Jesucristo, precediendo en más de cinco mil años a las pirámides de Egipto. Incluso algunos expertos hablan de que el monumento podría

tener diez mil años de antigüedad, lo que lo convertiría en la estructura más antigua del mundo, según Masaaki Kimura.

Sin embargo, tal afirmación va en contra de la cronología actual oficialmente aceptada por la arqueología. La construcción de una estructura tan enorme requeriría un nivel de organización y planificación social que los historiadores no están dispuestos a aceptar que existiera hace diez mil años. «Si se confirmara esta antigüedad de diez mil años, nos obligaría a revisar la Historia», dice Graham Hancock. Según los expertos, en el octavo milenio a.C., el hombre era cazador y recolector, nómada, vivía en clanes y sólo usaba rudimentarias herramientas de piedra. Desde luego ésa no parece la clase de sociedad capaz de haber creado el monumento de Yonaguni.

Las condiciones para la existencia de lo que llamamos civilización o civilización compleja, comenzaron a darse en Mesopotamia y Egipto hacia el tercer milenio a.C., aunque en Jericó (Palestina) existía hace diez mil años una ciudad con murallas de piedra, considerada la primera ciudad de la humanidad. Según el escritor John Anthony West, especialista en monumentos de las primeras civilizaciones, en nuestro planeta hay amplias evidencias que durante las glaciaciones pudo existir una civilización avanzada. Una civilización descrita en las historias orales de otras culturas durante milenios. Existen numerosas leyendas que hablan de una civilización perdida que fue destruida por una inundación. Pero hasta que se descubrió el monumento de Yonaguni no había ninguna prueba de esos mitos ancestrales. «No había ninguna evidencia conocida de estructuras megalíticas ni de edificios monumentales, ni siquiera en el tercer milenio a.C. Así que si hablamos del sexto u octavo milenio a.C. son aún más increíbles», explica el profesor Robert Schoch, geólogo de la Universidad de Boston. El profesor Masaaki Kimura cree que la época en que se pudo crear el monumento de Yonaguni fue alrededor del año 8000 a.C., cuando esa parte de Japón aún no estaba sumergida. Pero si

los datos son correctos y el monumento fue hecho por el hombre, ¿quiénes lo levantaron?

LAS LEYENDAS SOBRE LA ATLÁNTIDA Y OTRAS CIVILIZACIONES SUMERGIDAS

En el año 360 a.C., el filósofo griego Platón describió lo que por primera vez hasta entonces no era más que un mito oral en Occidente: la leyenda de la Atlántida, una civilización muy avanzada tecnológicamente que había florecido hacia el décimo milenio a.C. Pero esa visión de una gran civilización prehistórica no es exclusiva de Platón. En todos los continentes existen leyendas similares a ésta. En Asia y el Pacífico Sur hay numerosos textos antiguos que cuentan una historia asombrosamente similar. Los escritos chinos más antiguos describen un lugar llamado Peng Jia, una isla situada al este y habitada por seres humanos capaces de volar y que poseían una poción que les daba la vida eterna. Los habitantes de la isla de Pascua se creen descendientes de un reino de dioses al que llaman Hiva. Un antiguo cántico hawaiano narra la llegada de una raza mágica, venida de una isla flotante situada en el oeste y llamada Mu. Son numerosas las leyendas de una civilización prehistórica en el océano Pacífico llamada Lemuria o Mu. Los japoneses llamaban a sus emperadores prehistóricos Jim-Mu, Tim-Mu, Kam-Mu, etc., lo que quizá significa que sus ancestros fueran supervivientes de esta civilización... Leyendas similares están tan extendidas, que han llevado a algunos hombres a explorar la posibilidad de que existiera una civilización bastante más antigua de lo que hablan los historiadores. Yonaguni podría tener algo que ver con eso. «No hay estudios suficientes para asegurar si pertenece o no a una protocultura o protocivilización de la que todos descendamos», indica el profesor Robert Schoch.

Ya se llame Mu, Peng Jia o Atlántida todos esos lugares legendarios tienen algo en común: que la gran civilización de la que hablan fue

destruida por una gran inundación. Así, hay más de seiscientos mitos que hablan de inundaciones en todo el mundo; son universales. En Yonaguni, las pruebas físicas halladas se ajustan a la leyenda. Si el monumento de Yonaguni fue creado en tierra firme durante una glaciación, es posible que no fuera destruido por el deshielo de los casquetes polares. «El hielo se mantuvo congelado durante más de cien mil años y, de pronto, hace unos diecisiete años, empezó a derretirse, un deshielo que duró ocho mil años. Hubo tres grandes inundaciones a lo largo de este tiempo. En una ocasión el nivel del mar subió casi treinta metros, prácticamente de un día para otro en términos geológicos», cuenta Graham Hancock. Según las leyendas, cuando aquella inundación sumergió la tierra, hubo supervivientes, y fueron ellos los que emigraron, los que extendieron su leyenda y los conocimientos de su civilización por todo el mundo.

Sin embargo, incluso más importante que las pruebas físicas, las leyendas y los mitos es la evidencia de unos conocimientos comunes. Investigadores, como John Anthony West, creen que el hecho de que las grandes civilizaciones, que nacieron hace más de siete mil años, construyeran estructuras similares no es una coincidencia. Una especie de semejanza universal de diseños que se repite en emplazamientos distintos y alejados. Así, a pesar de que las pirámides de Egipto y los templos de Angkor Vat en Camboya estén a miles de kilómetros de distancia poseen una asombrosa similitud entre ellos. También se repite esta semejanza en Okinawa, donde está el castillo de Nakagusuku, un edificio ceremonial construido en el primer milenio a.C. O en la isla de Pompay, en la Micronesia, y su conjunto de antiguas ruinas conocidas como Nan Modal. Pero por la apariencia de una plataforma de pirámide escalonada del monumento de Yonaguni, tal vez, la coincidencia más curiosa sea con el Templo del Sol hallado en Trujillo, Perú, un templo preincaico, de terrazas irregulares, y levantado al otro lado del océano y de formas similares a estas ruinas. Pero no sólo todas estas estructuras tienen una forma

arquitectónica parecida, sino que muchas de ellas poseían una función similar. «Es un hecho que muchas de las estructuras megalíticas antiguas, ya sean en Stonehenge en Inglaterra o los templos megalíticos en Malta, no sólo constan de grandes rocas cortadas y talladas por el ser humano, sino que están organizadas y orientadas según una relación solar o astronómica», explica Graham Hancock. También en esto parece haber un paralelismo con el monumento de Yonaguni.

Hace nueve mil o diez mil años, cuando Yonaguni estaba, probablemente, en tierra firme, la isla se encontraba exactamente en lo que era entonces el Trópico de Cáncer. Lo que puede considerarse una ubicación con un gran significado astronómico. «El pueblo que construyó el monumento —indica Masaaka Kimura— pudo emplearlo como brújula o podía haberle dado un significado astronómico. Cerca del monumento hay una piedra a la que llamamos la Piedra del Sol que podría haber sido usada como reloj o con algún propósito religioso, con una orientación en sentido norte-sur.» Esto plantea bastantes incógnitas. ¿Es posible que el monumento de Yonaguni sea la causa de la leyenda de la Atlántida? ¿O es simplemente un conjunto de rocas y de coincidencias? La comunidad científica se inclina a creer lo último.

«A los arqueólogos y los historiadores les gusta creer que conocen perfectamente nuestro pasado. Así, la idea de que exista un episodio importante totalmente olvidado, es una amenaza para ellos. Por tanto, cuando se encuentra algún fenómeno curioso, como las estructuras submarinas de Yonaguni, en lugar de investigarlo racionalmente y llegar a conclusiones, la mayoría de los académicos lo soslayan y no quieren saber nada de ello», discrepa Graham Hancock. La realidad demuestra que no siempre esto es así: existen casos en que los académicos han explorado lugares míticos y descubierto que no se trataba de una leyenda. En 1870, el arqueólogo alemán Heinrich Schliemann realizó una excavación en unas ruinas cercanas a Hissarlik, en Turquía, y descubrió la ciudad de

Troya. En 1992, el radar del *Challenger* ayudó a descubrir la legendaria ciudad de Ubar que, según la tradición islámica, había sido destruida por Dios y tragada por el desierto. Una sorpresa similar podrían ser las ruinas de Yonaguni si se investigaran con los medios y la tecnología suficiente. En esta línea, Graham Hancock critica a la arqueología por ser «una ciencia muy limitada, ya que centra su atención exclusivamente en las cosas halladas en la superficie de la Tierra». Según él, se deberían estudiar las áreas donde pudieron vivir seres humanos antes de la gran inundación, como podría ser el monumento de Yonaguni.

Yonaguni no es el primer monumento sumergido que parece estar relacionado con la civilización perdida de la que hablan tantas leyendas. En la década de los sesenta, unos aficionados a la arqueología bautizaron una formación rocosa en el fondo del mar Caribe con el nombre Camino de Bimini, pensando que era un camino artificial hacia la Atlántida. Los geólogos insistieron en que no eran más que unas rocas quebradas. En los años ochenta, unos buzos rusos afirmaron haber descubierto unas estructuras de unas proporciones gigantescas frente a las Azores, en medio del Atlántico, pero nunca se han visto fotografías ni pruebas de dicha expedición.

¿NATURAL O ARTIFICIAL?

En septiembre de 1997, el profesor Robert Schoch, doctor en geología y geofísica por la Universidad de Yale, llegó a la isla de Yonaguni, y se convirtió en el primer académico occidental que se sumergía para estudiar el monumento. Sus investigaciones poco convencionales sobre monumentos antiguos databan de muchos años atrás. En 1989 comenzó a estudiar la Gran Esfinge de Giza. Los científicos habían datado la construcción de la esfinge hacia el año 2500 a.C., pero, tras estudiar las pautas de la erosión en la roca, la naturaleza del clima, y realizar distintos análisis

sísmicos, Schoch llegó a la conclusión de que la parte más antigua de la esfinge data del año 5000 a.C. «Estaba abierto a la posibilidad de que en Japón hubiera existido una civilización muy antigua», cuenta. En su primera inmersión, Schoch estuvo acompañado por Kihachiro Aratake, el descubridor del monumento. También iban con ellos los escritores John Anthony West y Graham Hancock. Durante el verano de 1998, Schoch regresó como miembro del proyecto arqueológico submarino Equipo Atlantis.

El equipo realizó una serie de filmaciones de estas estructuras rocosas, una de las cuales mostraba una enorme formación piramidal de 80 metros. Algunas estructuras tenían 25 metros de alto, y ángulos rectos perfectos formando escaleras enclavadas en la roca. Otras se encontraban a sólo 10 metros de la superficie de las aguas. Descubrieron que, a cada lado de una especie de pasillo, se veían dos filas de megalitos, unos encima de los otros, y los bloques horizontales tenían la misma forma que los de Stonehenge. Parecía que las rocas se hubieran derrumbado de modo natural formando una especie de muro. Al salir del pasillo, divisaron dos megalitos, que denominaron Las Torres Gemelas, una estructura, asombrosamente regular, que la naturaleza difícilmente podría haber colocado. «Tal y como está formado el lecho, las piedras se quiebran en horizontal, y si esto se combina con fracturas verticales, la erosión hace de ellas una estructura en forma escalonada», describe Robert Schoch. Apreciaron cortes que parecían absolutamente perfectos, tanto horizontales como verticales, y rocas que parecían movidas de las líneas de fallas naturales «para producir esas extraordinarias formaciones», cuenta John Anthony West.

En el centro de donde está situado el monumento de Yonaguni las corrientes son increíblemente fuertes, y la marea es capaz de partir la roca y de arrastrar trozos formando diseños asombrosos. Así, para el geólogo Robert Schoch, los ángulos casi rectos y bordes o esquinas bien

determinadas no son prueba de la intervención de la mano humana y pueden considerarse acciones naturales. Lo cierto es que las rocas no se observan bien porque están cubiertas de corales, esponjas y algas que homogeneizan la superficie. «Es como tener una superficie áspera y enfoscada con cemento, en este caso con cemento natural formado por bioorganismos. Esto hace que parezca más artificial, más regular», indica Schoch. Además, el monumento Yonaguni yace en una región propensa a los terremotos, «y éstos tienden a fracturar las rocas de manera regular», afirma.

En sentido contrario se dirigen las investigaciones del físico y profesor Masaaki Kimura quien, basándose en sus propias inmersiones, no cree la teoría de la erosión natural. Hay zonas en la superficie del monumento que, según él, no parecen causadas por la erosión ni han sido alisadas por los organismos biológicos; así en tres agujeros alineados, de unos setenta centímetros de diámetro y un metro de profundidad, se aprecia lo que parece un tramo de escaleras. Se cree que pudieron utilizarse para colocar dos pilares hechos de madera. «Dos de esos agujeros son redondos, pero el tercero es hexagonal, y esa forma no se puede haber formado naturalmente. Creo que ese hueco se hizo para sujetar una columna», asegura Masaaki Kimura. Un ángulo recto interior excavado en la roca podría haber sido causado por la erosión de las olas, «pero encontrar un agujero en ángulo recto en un lugar protegido resulta muy curioso», señala Graham Hancock. Para el geólogo Schoch ese agujero también podría haberse producido por una causa natural: «Mi hipótesis es que allí había una unión débil o una capa blanda en la cual se han introducido organismos vivos y éstos se extienden regularmente creando una serie de agujeros regulares. Tienen una explicación natural».

Para los partidarios de que las estructuras de Yonaguni están realizadas por la mano del hombre hay más indicios, como poco, asombrosos. Por ejemplo, en la terraza superior del monumento hay formas que

parecen haber sido esculpidas; la combinación de estos diseños distintos en una misma zona podrían significar para Graham Hancock una prueba de la poca probabilidad de que hayan sido formadas naturalmente. Pero al igual que Hancock y Schoch, un equipo de filmación de Canal de Historia, del que se hablará a continuación, no es categórico a la hora de asegurar cómo se crearon estas extrañas formaciones rocosas. «Hay ciertas marcas que podrían ser artificiales. En mi opinión, no podemos excluir la hipótesis de que el hombre le diera alguna utilidad, aunque originalmente fuera una estructura natural», señala Robert Schoch. Así, adelanta la hipótesis de que el monumento Yonaguni sería una construcción natural; sin embargo, esto no impide que una ancestral cultura haya visto en esta singular formación, que tal vez no se hallaba sumergida entonces, un lugar sagrado, un santuario, escenario de remotos ritos. «Deberíamos considerar la posibilidad de que el monumento Yonaguni sea fundamentalmente una estructura natural que fue utilizada, aumentada y modificada por humanos en la antigüedad. Incluso pudo haber sido una cantera de la cual se cortaron bloques de piedra utilizando los planos naturales de estratificación, unión y fractura de la roca, que después serían edificados y trasladados para edificar otras construcciones que desaparecieron hace mucho tiempo», indica Schoch.

PRIMERAS IMÁGENES

En julio del año 2000, un equipo de filmación de Canal de Historia se sumergió en Yunaguni para ver las ruinas de cerca. El equipo estaba formado por tres buceadores locales, entre los que estaba Kihachiro Aratake, y tres cámaras, entre ellos los veteranos Gary y Cecelia Hagland. Durante la inmersión se vivieron las peores condiciones meteorológicas —con tifón incluido— experimentadas en veinte años. Sin embargo, el operador de cámara Tom Holden pudo captar la misteriosa belleza del

monumento y su cámara fue la primera en grabar una estructura recién descubierta llamada Escenario. El equipo de televisión consiguió las primeras vistas claras de la costa del cabo Iseki. Las imágenes mostraron que en el promontorio sur existían varias terrazas con una ligera semejanza con el monumento hundido, situado a un kilómetro de distancia. Pero lo más asombroso era la impresionante roca de 30 metros de altura en que terminaba el cabo Iseki y que recordaba a los moai de la isla de Pascua. De nuevo surgió la disparidad de opiniones sobre si se trataba de una formación natural o no. Los buzos vieron una gran estructura plana con dos lados elevados: el denominado Escenario, que puede que fuera un altar, un escenario o un trono. El fotógrafo Tom Holden, incluso, asegura que junto al Escenario había un rostro muy similar a las antiguas representaciones de América Central, sobre todo parecido a algunas esculturas mayas.

El equipo exploró el área que rodeaba al Escenario. Tomaron distintas medidas: la plataforma medía 21 metros de largo por 70 metros de ancho. Además fotografiaron una piedra solitaria que parecía haber sido colocada sobre una gran tarima. Y Aratake descubrió lo que podría ser una escultura de una tortuga y ciertas ranuras en las rocas que podían estar labradas. De momento, los científicos no han intentado desvelar este misterio. «Las personas que vienen a ver las ruinas, al principio, se muestran muy escépticas, pero cuando las ven, bajo el agua, el 99 por ciento quedan fascinadas», dice Kihachiro Aratake.

En uno de los cementerios más antiguos de la isla, situado en una colina, las tumbas no fechadas muestran una semejanza estilística con los monumentos submarinos que yacen a un kilómetro de la costa de Yonaguni. Son tumbas muy distintas de las tradicionales de Okinawa, más antiguas, y están excavadas en la piedra. «Creo que, aunque el monumento de Yonaguni sea totalmente natural, es razonable asumir que pudo ser

utilizado, visitado y admirado por alguna antigua civilización que existió allí y que lo imitó al construir esas tumbas», señala Robert Schoch.

¿Es el monumento de Yonaguni alguna formación rocosa natural que sirvió de inspiración a los antiguos habitantes de la isla? ¿O se trata de la estructura artificial más antigua del mundo obra de una legendaria civilización prehistórica? De momento no hay nada más que especulaciones. En Japón sólo hay unos cuantos arqueólogos que se hayan sumergido para estudiar estas anómalas estructuras. Para conocer la verdadera importancia del monumento habría que llevar a cabo un estudio completo por parte de científicos especializados, pero hasta ahora no se ha planeado ninguno. Sólo el tiempo descubrirá el verdadero significado, la auténtica importancia de este descubrimiento y, posiblemente, eso cambiará nuestra percepción de la Historia.

TESOROS OCULTOS

El Santo Grial

La búsqueda del Santo Grial ha sido una empresa acometida por autores y aventureros desde que se originaron las primeras historias en torno al siglo XII. La creencia más popular es que se trata de la copa que utilizó Cristo en la Última Cena para simbolizar su sangre, la misma copa que empleó José de Arimatea para recoger su sangre durante la crucifixión. Debido a su origen, la leyenda sugiere que le concede poderes místicos a la persona que lo posee. Así, se dice que el rey Arturo lo tuvo durante un tiempo; que el Tercer Reich, impulsado por Hitler, lo buscó durante la Segunda Guerra Mundial, y que las expediciones enviadas a buscarlo al Templo de Jerusalén se encontraron con falsos muros, gases tóxicos y cuevas difíciles de alcanzar. El rompecabezas de hipótesis y teorías, los misteriosos personajes empeñados en la búsqueda son tan escandalosos e intrigantes que han cuestionado toda la doctrina cristiana. ¿Demostraría el Santo Grial que Jesús llevó una vida distinta de la que la Historia nos ha hecho creer?

Rennes-le-Château es un pequeño pueblo situado en la cima de una colina de los Pirineos, al sur de Francia. Es un lugar tranquilo, rodeado de viñedos y castillos medievales... El misterio ha permanecido sobre estas montañas como una nube desde hace ochocientos años. Se dice que el Santo Grial (término que procede de Cataluña y el sur de Francia, donde designaba un recipiente de uso doméstico; la primera documentación es una escritura urgelense de 1010, escrita en latín medieval, donde se cita en plural, «gradales»; de ahí derivarían la forma francesa *graal*, la inglesa *grail* y la castellana «grial») una de las reliquias más sagradas y

veneradas por los cristianos, está enterrada allí. Antaño protegida por un grupo de caballeros templarios que escalaron estas montañas para vigilarlo, jamás lo ha encontrado nadie, ni siquiera hay una prueba fehaciente de que se halla allí, pero existe una teoría y pistas suficientes para hacer que tanto cazadores de tesoros como cristianos y turistas vuelvan repetidamente.

La historia más extendida dice que el Santo Grial es el cáliz que Jesucristo utilizó en la Última Cena para beber el vino que simbolizaba su sangre; de ahí que se creyera que guardaba la verdadera sangre de Cristo. Además, quienes creían que Jesús y María Magdalena tuvieron descendencia pensaban, como narra *El código Da Vinci*, que el Grial incluso podría tratarse del mismo útero de la Magdalena, ya que se habla de que tuvo una hija con Jesús. También se cree que puede tratarse de la *caldera de la abundancia*, una antigua leyenda celta cristianizada, o bien de otro objeto como puede ser una bandeja de plata, una espada o el evangelio de san Juan.

Mito o realidad, la búsqueda continúa.

EL PÁRROCO MILLONARIO DE RENNES-LE-CHÂTEAU

Todo empezó en el siglo XIX, cuando el sacerdote del pueblo, François Bérenger Saunière, se convirtió en un hombre rico. Antaño era un pobre cura párroco y, de repente, comenzó a recibir en su casa a invitados de la alta sociedad y a realizar costosos viajes a París. La historia que ha ido pasando de generación en generación cuenta que Saunière encontró unos tubos de madera escondidos en un pilar, que antes habían estado a un lado del altar de su iglesia, construida sobre cimientos visigóticos del siglo VI. Enrollados en su interior había cuatro manuscritos con mensajes escritos con una caligrafía antigua. Dos documentos parecían pasajes de la Biblia pero con letras añadidas a las palabras, como si estuvieran

cifradas, posiblemente redactados por el abad Bigou, un siglo antes del descubrimiento. Según parece, los otros dos documentos databan de 1244 y 1644 y podrían ser genealogías sobre la descendencia desconocida del rey merovingio Dagoberto II. ¿Logró Saunière descifrar el antiguo código? Cien años después, y tras pasar por las manos de muchos expertos, su significado sigue siendo un misterio. Algunos creen que podría tratarse del mapa de un tesoro escondido. Pero eso no es lo que opinan los miles de turistas que cada año acuden en peregrinación a este pequeño pueblo. Creen que Saunière encontró algo que utilizó para chantajear a la Iglesia católica, un secreto tan demoledor que hizo que se cuestionase toda la doctrina cristiana. Están convencidos de que encontró el verdadero Santo Grial, y no era el cáliz que Jesús pasó a sus discípulos en la Última Cena, ni la copa que recogió su sangre cuando fue crucificado, sino algo completamente diferente. Aseguran que Jesús se casó con María Magdalena y que el Santo Grial era la hija que tuvieron juntos, el principio de su línea de sangre o linaje.

Michael Baigent, Richard Leigh y Henry Lincoln propusieron esta teoría en su libro *El enigma sagrado*, publicado en 1982. En su opinión, la copa es un símbolo de un recipiente del más santo linaje, de la sangre más santa y, de hecho, «el recipiente más evidente de la santa sangre fue María Magdalena al dar a luz a un niño de la dinastía. Nuestro razonamiento es que el símbolo del cáliz es simplemente un modo de disfrazar esta línea de descendencia de David», afirma Baigent. Este experto no pone en duda que Jesús se casó con María Magdalena porque en el antiguo judaísmo era la costumbre. Lo excepcional hubiera sido precisamente que se quedara soltero. Así, en el libro interpreta el Santo Grial como el linaje de David y, además, añade la hipótesis de que los templarios se formaron como el lado defensivo de un grupo que deseaba mantener la integridad y la importancia de ese linaje, que continuó después de

Jesucristo. Es decir, en el libro afirman que los caballeros templarios figuraron entre los más importantes depositarios del secreto.

Pero no fueron los precursores de esta teoría: Wolfram von Eschenbach, poeta alemán del siglo XIII, fue el primero en afirmar que los templarios custodiaban este objeto sagrado. Otro escritor medieval, Chrétien de Troyes, que residió en Troyes, en cuyo concilio recibió la Orden su acta de nacimiento oficial, fue el primero en hablar de esta pieza hacia 1187, fecha en la que los templarios abandonaron Jerusalén, y en comenzar una larga tradición de leyendas y escritos relacionados con el rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda.

Baigent y el resto de los coautores de *El enigma sagrado* pasaron seis años investigando para escribir su libro volcándose en la Biblia y en los escritos de los primeros Padres de la Iglesia, acudiendo a documentos de colecciones privadas y a diferentes bibliotecas de Inglaterra y Francia. Durante su búsqueda, encontraron documentos secretos en la Biblioteca Nacional de Francia que hablaban de una conspiración histórica de la Iglesia y de los descendientes de Jesús como primeros reyes de Francia. Los historiadores académicos han puesto en duda su teoría alegando que sus pruebas son insustanciales y absurdas.

Las pistas que llevaron a Michael Baigent, junto a Richard Leigh y Henry Lincoln, a formular sus asombrosas conclusiones en su libro produjeron reacciones tanto de entusiasmo como de rechazo entre los lectores. Cuando se publicó, la obra se ganó titulares en periódicos y muchas críticas de historiadores y de la Iglesia católica. En 2003, cuando fue publicada la novela de Dan Brown, *El código Da Vinci*, la teoría de Baigent se hizo enormemente popular. El *best seller* se adentraba en una búsqueda del Santo Grial a través de María Magdalena, de Jesús y de la teoría del matrimonio. Y la bibliografía no deja de aumentar; entre la historia y el ocultismo, el Grial suscita hoy un vivo interés. Aparecieron dos

líneas de aproximación al tema: por un lado, la investigación histórica; por el otro, la lectura ocultista de los «iniciados» y charlatanes.

En el libro de Baigent, Leigh y Lincoln también se habla del sacerdote del pueblo enriquecido con los manuscritos cifrados que halló escondidos en un pilar de su iglesia. «Lo que argumentamos en nuestro libro, y creo que es lo que más se aproxima a la verdad, es que le pagaron por buscar unos documentos genealógicos de gran importancia, que los encontró, y que recibió mucho dinero. Hay muchas pruebas que respaldan esta hipótesis.» Según parece, dos de los cuatro documentos descubiertos se perdieron en un incendio, y los otros dos han vuelto a desaparecer. ¿Qué había en esos documentos? ¿Pruebas de que Jesús y María Magdalena estaban casados y tuvieron hijos? ¿Un certificado de matrimonio? ¿Una partida de nacimiento? ¿Y cómo llegaron al sur de Francia? Saunière falleció en 1917 dejando su secreto escondido en la historia. Pero antes de morir, algunos aseguran que dejó sus propios mensajes cifrados para futuras generaciones. Restauró su iglesia, consagrada a Santa María Magdalena, con algunos nuevos y extraños añadidos, como decorarla con varias imágenes de demonios; e hizo construir una torre al lado de la iglesia a la que llamó Torre Magdala, la población palestina de donde derivaba el nombre de María Magdalena.

Los habitantes del pueblo dicen que antes de morir, Saunière enterró algo debajo de uno o de ambos edificios. Hasta ahora, y desde hace casi cien años, la corporación municipal de Rennes-le-Château se negó a conceder permisos para excavar en los edificios de Saunière. Recientemente, el actual alcalde acordó permitir acceso a ellos para estudiarlos a un equipo internacional de investigadores dirigido por Robert Eisenman, profesor de Religiones del Oriente Medio de la Universidad Estatal de Long Beach (EE.UU.). Pero Robert Eisenman buscaba algo totalmente distinto del Santo Grial: una relación con los manuscritos del mar Muerto. «En algún momento de las Cruzadas, después de veinte o

veinticinco años, parece que surgió una nueva actividad de los cruzados y lo hizo repentinamente. En mi opinión, tiene un tremendo parecido con la ideología de la comunidad de Qumrán, donde se encontraron los manuscritos del mar Muerto. Entre estos documentos, está el Rollo de la Guerra, uno de los más famosos. Se habla de “la guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas”. Una ideología de ese tipo está muy relacionada con algunas de las cosas que sabemos sobre la orden templaria. Creo que algunas de las ideas que pudieron surgir en la Edad Media tienen origen en estas ideas de los manuscritos del mar Muerto. Y la clave podría estar enterrada en Rennes-le-Château.»

Aquellos que creen que Saunière enterró documentos relacionados con el Santo Grial tienen una prueba más que respalda su teoría: el interés de los caballeros templarios por la zona. Los legendarios caballeros que se convirtieron en heroicos monjes guerreros para luchar en el nombre de Dios en las Cruzadas, construyeron tres sedes pocos kilómetros alrededor de Rennes-le-Château, formando una especie de red de apoyo entre los emplazamientos de Champagne-sur-Aude; el castillo de Blanchefort, donde nació uno de los más influyentes maestros del Temple; y, más al sur, el castillo de Saint-Just-et-le-Bézu, una de las mayores fortificaciones templarias. Los tres unidos establecen lo que parece un perímetro estratégico alrededor de Rennes. Nadie ha podido explicar por qué exactamente eligieron estos emplazamientos, pero se especula con que tenía relación con su labor de guardianes del Santo Grial.

Numerosos historiadores defienden la teoría de que la tradición del Grial nace en el contexto de la literatura sobre el rey Arturo, como el objeto divino hacia cuya búsqueda deben encaminar sus pasos los caballeros de la Tabla Redonda, tal como relatan el poema de Robert de Borron, compuesto hacia 1180, o el *Conte du Graal* de Chrétien de Troyes, de la misma época.

Durante la Edad Media fueron muy populares otras historias de este

tipo, tales como *Grand St. Graal*, *Queste del St. Graal* o *Perlesvaus*, todas ellas de la primera mitad del siglo XIII.

Una de las más notables composiciones épicas sobre el Grial, por haber inspirado posteriormente la ópera de Wagner, es *Parzival*, escrita por el alemán Wolfram von Eschenbach en el siglo XII. Según parece, Von Eschenbach visitó Jerusalén, y cuando regresó, sin dar explicación alguna, dijo que los verdaderos guardianes del Grial eran los templarios. Desde entonces se continúa especulando con la posibilidad de que se les concediera a aquellos religiosos militares la tarea de proteger el más sagrado de todos los símbolos cristianos. Si fue así, ¿por qué fueron elegidos? La iglesia del Temple, en Londres, construida por los caballeros templarios en 1185, puede aportar algunas pistas. Allí los templarios construyeron un templo redondo que les recordara al Santo Sepulcro, el lugar más sagrado de Jerusalén, donde lucharon en las Cruzadas en nombre de la cristiandad. En la plaza del exterior de la iglesia hay una estatua moderna de dos caballeros montando el mismo caballo, que simboliza la vida de pobreza y hermandad que voluntariamente llevaron. En el suelo de la parte primitiva de la iglesia, la rotonda, rodeadas de vidrieras de colores y protegidas por gárgolas, se encuentran los monumentos funerarios de diez caballeros, en la forma de estatuas yacentes, como las que se ven sobre tantas tumbas en las iglesias europeas, aunque en este caso no tienen ningún enterramiento debajo.

EXCAVACIONES BAJO LA TORRE MAGDALA

¿Y qué fue del Santo Grial? Si los caballeros templarios realmente lo encontraron, ¿qué fue de él tras su desaparición? ¿Lo encontró el pobre sacerdote de un pueblo del sur de Francia que chantajeó a la Iglesia para guardar el secreto, o es la leyenda de Rennes-le-Château una fantasía al igual que tantas otras historias sobre el Santo Grial? En la actualidad, no

pocos enclaves se disputan el honor de custodiar o esconder el auténtico Grial utilizado por Jesucristo en la Última Cena. En el Museo Catedralicio Diocesano de Valencia se conserva un vaso de piedra que ha sido identificado como un posible Grial, aunque la Iglesia católica nunca se ha pronunciado al respecto. Además, está el Cáliz de Antioquía en the Cloisters (los Claustros) del Metropolitan Museum of Art de Nueva York, o la Sacra Catina de Génova.

Destacando entre todos los lugares relacionados con el Santo Grial, la historia, envuelta en la leyenda, de Rennes-le-Château es muy intrigante. En ella se mezcla un sacerdote que encontró algo escondido en un pilar de su iglesia que lo hizo rico, con el hecho de que los guardianes del Grial, los caballeros templarios, tuvieran fuertes vínculos con esta zona del sur de Francia, y la controvertida teoría de Baigent presentada en su libro *Santa Sangre, Santo Grial*, sobre que María Magdalena y Jesús estaban casados, y que el Santo Grial es el linaje que ellos produjeron; según algunos, la prueba podría estar en esta localidad. Para obtener una respuesta a uno de los grandes misterios de todos los tiempos, recientemente, el alcalde de Rennes-le-Château permitió realizar una excavación bajo la Torre Magdala. En 1964, los cimientos de las casas del lugar eran tan inestables debido a las excavaciones, que el alcalde de entonces las prohibió por completo. El alcalde actual decidió que era hora de ver si había algo de verdad en la historia.

En su primera visita a Rennes, los científicos procedentes de California, Michigan y Roma realizaron estudios por medio de un radar de penetración del suelo, o GPR, tanto en la torre como en la iglesia. Empleando pulsaciones, alta frecuencia y energía electromagnética, el GPR puede localizar objetos enterrados sin excavar. Si no hay nada bajo la tierra, la superficie que aparece en el radar es plana, pero cuando hay algo, la imagen muestra un pico. Debajo de la torre, el análisis del suelo reveló la presencia de un objeto. No se sabía qué clase de objeto; podría ser un

cofre o ser un fregadero viejo simplemente o una piedra grande. También se detectaron dos objetos bajo el suelo de la iglesia. Había varias posibilidades sobre lo que podía ser. Dos de los cuatro documentos que el sacerdote Saunière encontró en el pilar de su iglesia aún no han aparecido. Podrían ser el mapa de un tesoro o una explicación sobre lo que es el Santo Grial. Para saber de qué se trataba era imprescindible excavar debajo. La iglesia es un monumento francés y el permiso para la investigación tenía que ser dado por las autoridades gubernamentales. Sin embargo, la Torre Magdala es propiedad privada y era más fácil comenzar por aquí.

Junto al profesor Robert Eisenman estuvieron presentes en la excavación el científico Ron Dubai y el arqueólogo romano Andreas Buratalow. Muchos otros científicos fueron reacios a acudir por lo que se ha convertido Rennes. Desde que Saunière falleció en 1917, el misterio de Rennes se ha exagerado de tal modo que ahora se dice que hay pistas en todo, incluyendo un lugar de geometría sagrada, un camino hacia el mundo espiritual, incluso una zona de aterrizaje para extraterrestres. La gente habla de una sensación mágica, de una fuerza especial... Todo ello contribuye a aumentar el número de turistas, pero también hace que una investigación seria sea más difícil.

Después de tan sólo veinte minutos de iniciar las obras, los excavadores anunciaron que habían tropezado con algo. Le mostraron al alcalde lo que habían encontrado: astillas de madera. Y continuaron con las obras. Sin embargo, cinco minutos después, el alcalde examinó las imágenes del GPR y solicitó una medición. Y entonces, de improviso, ordenó a los excavadores que parasen. El alcalde alegó que habían alcanzado la marca de las imágenes del GPR. El hallazgo fue decepcionante: nada más que una roca grande. Lo asombroso fue que, inexplicablemente, el alcalde anunció que la excavación había terminado. Un siglo de especulación sobre la relación de este pueblo con el Santo Grial había llegado a su final

sin explicación alguna para las astillas de madera. El alcalde decidió no seguir. Y surgen algunas preguntas apremiantes sobre la excavación. ¿Por qué se detuvo cuando encontraron unas astillas de madera? ¿Podría haber un cofre enterrado a un lado del agujero? Tal vez, es eso simplemente lo que queremos pensar. Los misterios sobre el Grial no se resuelven fácilmente, y a éste, al de Rennes-le-Château, aún le falta mucho para su esclarecimiento. Dos sepulcros escondidos bajo el suelo de una iglesia esperan dar una respuesta. Mientras, el misterio que tanto fascinó y desarrolló la imaginación de los cruzados, para muchos expertos ante todo es un símbolo de una idea de misericordia y clemencia, y el Grial cristiano, receptáculo de la «sangre» de Cristo es un símbolo arquetípico universal que se repite por doquier a lo largo del planeta, en diferentes culturas, con diferentes nombres y en todas las épocas conocidas.

En busca de El Dorado

La leyenda decía que El Dorado era una ciudad cubierta de oro con una riqueza como jamás nadie había imaginado. Conquistadores, exploradores y aventureros la buscaron incansablemente por toda Sudamérica atraídos por la idea de un lugar donde el codiciado metal era algo tan común que se despreciaba. En su afán por llegar a esa fabulosa ciudad de oro realizaron esfuerzos colosales y descubrieron lugares insospechados, pero fracasaron en sus expectativas de encontrar esos tesoros que se ocultaban en sitios extraordinarios esparcidos por doquier. Muchos de ellos murieron en el intento, ya que las largas expediciones transcurrían por la selva amazónica y casi sin provisiones. Se tejieron leyendas e historias que hablaban del fabuloso oro, y la codicia y la presunción de que era fácil obtenerlo encandilaban a quienes oían las noticias hasta el punto de cruzar del Nuevo al Viejo Mundo y arriesgarlo todo en la aventura. ¿Eran espejismos de esplendores extinguidos de los imperios inca y azteca? ¿Eran historias inventadas? Hasta el día de hoy todavía es una incógnita. Sin embargo, recientemente, un descubrimiento ha dado nuevas esperanzas a los investigadores y a los cazadores de tesoros.

Hace quinientos años, en los Andes, comenzó a circular una historia sobre un sitio en las montañas repleto de oro. Los conquistadores españoles le pusieron el nombre de El Dorado y lo buscaron durante siglos. Para ellos no era una leyenda. Estaban convencidos de que era real porque ya habían descubierto grandes cantidades de oro en Sudamérica. Durante el siglo xv los incas crearon el imperio más grande y rico de la

América precolombina, llamado en su lengua el Tahauntinsuyu. Se extendía a lo largo de 5.000 kilómetros, desde lo que es hoy Ecuador hasta Chile, aunque era de forma alargada, siguiendo la línea de los Andes y la costa del Pacífico, y no penetraba en el continente. El soberano de este imperio se conocía por el Inca, de donde se generalizó el nombre para sus súbditos, y era adorado por ser el descendiente del Sol. Vivía rodeado de lujos y todos los días se vestía con adornos de oro, metal que también se empleaba para realizar esfinges, ornamentos, joyas, vestidos... Parecía como si para los incas este precioso metal nunca se terminara. Para los españoles, que habían oído la historia, el oro inca era un sueño que podría hacerse realidad. Estas leyendas impulsaron muchas expediciones de búsqueda por parte de los conquistadores españoles y por parte de muchos cazatesoros. La mayoría acabó en rotundos fracasos. ¿Existió de verdad El Dorado? ¿Qué hay de cierto en la leyenda? ¿Por qué atrajo a tanta gente?

LA CODICIA DEL ORO

El mito empezó en el año 1530 en los Andes de lo que hoy es Colombia. Parece ser que el nombre de El Dorado se atribuye al extremeño Sebastián de Belalcázar, conquistador de Nicaragua y fundador de Quito, Guayaquil (en Ecuador), Popayán y Cali (en Colombia). Fascinado por las narraciones viajó hasta la meseta de Cundinamarca (Colombia), donde en 1539 coincidió con otras dos expediciones que iban en busca de lo mismo: la de Gonzalo Jiménez de Quesada (fundador de Santa Fe de Bogotá) y la de Nicolás de Federmann, aventurero alemán enviado por los banqueros Welser, que habían conseguido los derechos de explotación de Venezuela por parte de Carlos V. El conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada encontró a los muiscas, una nación en lo que actualmente se conoce como el altiplano Cundiboyacense. La historia de los

rituales de este pueblo, mezclada con la de los otros expedicionarios, se transformó en la leyenda del hombre dorado, el indio dorado, el rey dorado... Después, El Dorado llegó a ser un reino, un imperio, la ciudad de este rey legendario.

De esas historias entre la tradición y la fantasía, sobresalía la de un rey tan rico que todos los días revestía su cuerpo con oro y después se bañaba en un lago como ofrenda a los dioses... La misma narración tenía lugar en diferentes lagos y lagunas. En realidad el relato correspondía a la ceremonia de entronización de los jefes entre los chibchas, en el norte de Colombia. Cada nuevo cacique o zipa se consagraba al Sol untado su cuerpo con resina o barro y lo espolvoreaban de pies a cabeza con un fino polvo de oro. Después, en una balsa cargada de ofrendas preciosas, en el centro de la laguna de Guatavita, se arrojaba a las aguas para entregar a los dioses el oro que lo cubría. Aunque este ritual había desaparecido antes de la llegada de los españoles, transformado en leyenda, pasó oralmente de generación en generación. La codicia convirtió la historia en una ciudad completamente cubierta de oro, y desde 1530 se organizaron expediciones para buscar la ciudad y el lago del rey dorado. Parece que, mientras los españoles abrigaban la gran esperanza de enriquecerse con el oro, muchas veces los propios indígenas de estas regiones fueron los difusores de la idea de El Dorado como subterfugio para que los conquistadores se alejaran de sus tierras, ya que El Dorado siempre estaba más allá, y los olvidaran temporalmente.

Inicialmente estos fabulosos lugares se situaron al oriente de la cordillera de los Andes. En las diferentes versiones, El Dorado siempre era fuente de riqueza fácil e inagotable. La leyenda sirvió en buena parte para descubrir y cartografiar gran parte de ese continente. Sorprendidos por la llegada de los extranjeros, muchos nativos recibieron a los visitantes como dioses que descendían del cielo, y les ofrecieron el oro que los europeos tanto codiciaban. Más tarde, muchos indígenas fueron

obligados a entregar sus joyas a los conquistadores españoles. El oro y las piedras preciosas eran un valioso presente del botín que se repartían. «El 20 por ciento del oro encontrado iba a manos del rey de España como su parte del botín de la conquista. Además, cada conquistador se llevó su parte y muchos de ellos donaron gran cantidad a la Iglesia, porque eran muy católicos. Así que gran porcentaje acabó en los altares de las iglesias. En Cuzco, por ejemplo, levantaron un enorme altar de oro. Y cuando la gente de esa época veía ese esplendor quedaba impresionada. Éste fue uno de los motivos de utilizar el oro: para impresionar con el poder de la religión española a los nativos», explica el historiador Peter Frost.

Según este historiador, fue una astuta artimaña de los españoles: sabían que el oro era algo sagrado para los incas, que lo utilizaban para elaborar ofrendas a su dios, el Sol. Por tanto tenía un valor espiritual, lo que no quiere decir que no lo tuviese también económico, pues al ser un material tan valioso se convirtió en objeto de comercio y en medio para pagar los tributos de los numerosos pueblos sojuzgados por los incas. Se identificaba con el Sol y su resplandor, tenía carácter de sacrificio y ofrenda, era imagen de fecundidad, vitalidad y poder, también de fuerza y entereza. «Los incas tuvieron que ver cómo los españoles convertían sus reliquias sagradas en monedas y lingotes. Sus símbolos les eran arrebatados y para ellos fue un trauma; parte del trauma de la conquista», señala Frost. El inca era el dueño de todo el oro y también recibía tributos de todas las tierras conquistadas. «Poseía una enorme fortuna que le fue arrebatada por unos españoles pobres y que no eran nadie en sus pueblos, de los que salieron para conquistar. Y de repente, eran más ricos de lo que jamás hubieran soñado», añade Frost. El Dorado era la quimera del que no tenía nada porque los primeros conquistadores consiguieron amasar grandes fortunas. Esta historia llegó a España y a América Central, donde los colonos españoles llevaban bastante tiempo. Entonces empezaron a organizar expediciones. «Pero llegaban y no

sabían dónde estaba el oro. La mayor parte estaba en manos de los conquistadores, y ya se lo habían llevado. El Dorado se convirtió en un sueño para los que vinieron después, algo en lo que creer», explica Peter Frost.

Entonces El Dorado ingresó en los anales de la conquista del Nuevo Mundo, en el objetivo de multitud de buscadores de tesoros, y la tierra de increíbles riquezas siempre se encontraba oculta tras la siguiente montaña o al cruzar el siguiente río. Algunas realidades, como las ceremonias de investidura del nuevo zipa en la laguna de Guatavita, ayudaron a la formación de la leyenda de reinos de oro, pero «se mantuvo viva porque los conquistadores querían creen fervientemente en ella», opina Frost. De la misma manera, también la versión inca de la historia se extendió mucho después de la invasión de Perú por los españoles en 1532. La leyenda dice que, en la época final del Tahuantinsuyu, cuando los súbditos del inca se enteraron que Atahualpa había muerto, salvaron parte de sus tesoros y que se retiraron a una zona mítica de la selva tropical. La leyenda no dice exactamente dónde se escondió el oro, pero muchas personas piensan que se arrojó al fondo del lago Titicaca, del cual nunca se podrá sacar.

EL LAGO SAGRADO DE LOS INCAS

Además de los numerosos intentos a lo largo de varios siglos de encontrar oro en el fondo de la laguna de Guatavita, también hace mucho tiempo que el lago Titicaca se asocia a la leyenda. A casi cuatro mil metros sobre el nivel del mar, se dice que hace quinientos años los reyes incas lanzaban a él tesoros, oro en polvo y piedras preciosas como ofrenda. Cuando la leyenda se fue pasando de boca en boca, inspiró la quimera que ha durado siglos. Así, recientemente, en 2004, una expedición al lago Titicaca con un sumergible guiado por control remoto divisó en el fondo del lago una figura de oro de unos treinta y cuatro kilos y se especula que

hay muchas. Sin embargo, sumergirse en la zona es muy difícil. A una temperatura de 9 °C, la movilidad de los buzos es muy limitada y sólo se puede permanecer bajo el agua durante veinticinco minutos. Varias expediciones de buceadores lo han intentado, pero continúa el misterio sobre si bajo las aguas del Titicaca están escondidas inmensas cantidades de oro. Una historia de entre tantas, mientras El Dorado sigue vivo formando parte de América y su historia.

EL TEMPLO DE CORICANCHA

Tras la llegada de los españoles, los templos nativos fueron transformados en iglesias o conventos con la intención de convertir a los incas a la religión católica. En el caso del Coricancha, el más importante recinto sagrado para los incas, se conservó parte del templo dentro de la iglesia. Su historia se remonta al Inca Pachacútec, quien ordenó su construcción en el año 1438. «El recinto de oro», como era conocido, era un lugar sagrado donde se rendía pleitesía al máximo dios inca: Inti (el Sol) y donde residía el *willac umu*, máximo sacerdote del dios, quien se encargaba de las tareas astronómicas y principales ceremonias religiosas del Imperio. En el interior del templo estaban representados en oro y plata las principales deidades y la flora y fauna del Perú. Estas esculturas, labradas por orfebres de origen chimú, fueron saqueadas por los conquistadores españoles que llegaron al Cuzco en 1533. En la fachada había un altar que sostenía la plancha de oro que reflejaba el sol del amanecer que hoy está parcialmente destruida. Sin embargo, todavía se conserva una parte del impresionante frontis, un hermoso muro hecho de fina cantería, decorado únicamente por una banda continua de oro puro a 3 metros del suelo. La base se utilizó para la construcción del convento de Santo Domingo.

La forma en que se reflejaba el sol en el oro fue lo que sedujo a los

incas. Aprendieron a moldear el mineral creando diseños preciosos. Obtenían el oro fácilmente de otras tribus, cambiándolo por sal y esmeraldas, que ellos tenían en abundancia, o exigiéndolo en tributo. Su valor estaba en que permitía a sus artesanos hacer joyas y ornamentos, decorar casas y templos. Como material de culto y ornamento, el oro fue para los incas un factor de su economía tan importante como para los españoles, aunque no le asignasen un valor estrictamente monetario.

El que sí encontró su El Dorado particular fue Francisco Pizarro, cuando arribó y conquistó el Imperio de los incas. Pizarro era de origen humilde: de niño había cuidado cerdos en su Extremadura natal y no había recibido instrucción, pero tenía la inteligencia, el tesón y el valor que se requerían para ser conquistador, y, por supuesto, la astucia y la crueldad necesarias para triunfar en aquel mundo hostil. Llama la atención de los historiadores que Pizarro pareció sentir la llamada del Nuevo Mundo muy tarde en su vida, pues no empezó sus exploraciones hasta los 48 años, una edad que era prácticamente la vejez en aquellos tiempos. Hasta 1523 se había dedicado a la actividad, comparativamente tranquila, de colonizador en América Central, donde fue regidor de la ciudad de Panamá, pero a partir de entonces empezó a intentar expediciones hacia el sur con dudosa suerte, hasta que en 1532 llegó a Cajamarca, una de las capitales del Inca, con unos doscientos hombres y setenta caballos. Ocupaba el trono Atahualpa, después de una guerra sucesoria en la que había dado muerte a su hermano Huáscar. Atahualpa, que contaba con un ejército de treinta mil guerreros, fue al encuentro del extraño visitante de otro mundo. Iba confiado por el pequeño número de los españoles, con un nutrido acompañamiento de cuatro mil o cinco mil hombres, pero cuyo armamento no podía medirse con el de los españoles. Pizarro lo conminó directamente a aceptar el cristianismo y la autoridad del rey de España, y como Atahualpa respondiese con comprensible desdén, atacó

con determinación a su escolta e hizo prisionero al hijo del Sol el 16 de noviembre de 1532.

Algunas fuentes afirman que éste le ofreció una habitación repleta de oro y dos de plata a cambio de su libertad. Otras, aseguran que fue Pizarro quien exigió para liberar a Atahualpa su propia altura en oro dentro de un recinto de 6 metros de ancho por 8 de largo. Le dio a Atahualpa dos meses para conseguir esa medida de oro marcada en la pared de su celda. «Junto a los indígenas, mandó a cuatro de sus hombres a Cuzco, donde sabían que había gran cantidad de oro. Entraron en Coricancha y vieron el esplendor del templo recubierto de oro. Había un jardín repleto de todo tipo de flores y frutas, y animales hechos de oro y plata. Así que lo arrancaron todo, no dejaron nada, y se lo llevaron para fundirlo en lingotes», cuenta el historiador Peter Frost. Durante semanas, llegó a la celda de Atahualpa oro procedente de todo el Imperio. A pesar de ese fabuloso rescate, Pizarro lo mandó ajusticiar por los cargos de haber asesinado a su hermano Huáscar y de sublevación, justo antes de conseguir que el oro llegara a la línea marcada. De ahí nació la leyenda de que parte del tesoro nunca llegó a manos de los españoles y que los incas lo escondieron en la selva.

LA CIUDAD MÍTICA DE PAITITI

Durante cinco siglos la leyenda del hombre dorado ha fascinado y estimulado a buscadores de tesoros y aventureros. Ninguno encontró un lago cuyo lecho tuviera oro ni ciudades pavimentadas con el metal precioso. El explorador y psicólogo Greg Deyermenjian, de Boston, sigue una nueva línea de investigación. En el año 2001, el arqueólogo italiano Mario Polia descubrió en los archivos del Vaticano una pista que ha aportado nuevos datos a esta búsqueda: una carta escrita por un jesuita español, Andrés López, a mediados del siglo XVI. En ella se describe un viaje a pie que

realizaron los indios de esa época al reino de Paititi, una ciudad donde había más oro que en Cuzco. «Es una prueba de que los incas creían que había una ciudad más rica que Cuzco, que podría ser Paititi», cuenta Greg Deyermenjian. Así, este manuscrito inédito, que contiene una autorización del Papa para la evangelización de los jesuitas en Paititi, supone una prueba de la «existencia real» de la mítica ciudad, cuya localización exacta los jesuitas trataron de mantener en secreto para evitar una «fiebre del oro».

Los incas creían ser los descendientes de un gran héroe llamado Inkari, que emergió de las aguas del lago Titicaca, fundó Cuzco, y acabó retirándose a Paititi, en lo más profundo de la selva. Cuando los españoles escucharon esta historia empezaron a buscar este emplazamiento, creyendo que debía de ser el auténtico El Dorado, pero nunca lo encontraron. La carta del jesuita podría dar crédito a la idea de que Paititi existía «al nordeste de Cuzco, atravesando la densa selva de Pantiacolla, un área vinculada a la leyenda peruana, y poco explorada y en un lugar remoto del Imperio inca», según Greg Deyermenjian.

Paititi es considerado en la actualidad por diversos investigadores como el enigma arqueológico de Sudamérica. Todavía hoy se sigue afirmando que en las selvas de Madre de Dios, en la zona sudoriental de Perú, existe una ciudad de piedra con estatuas de oro; sigue siendo el objetivo de expediciones científicas y particulares, en busca del oro del Imperio inca que habría sido escondido ante la llegada de los españoles. La leyenda se hizo muy popular en siglo XVII.

Sin embargo, las selvas en los márgenes del río Madre de Dios y de la meseta de Pantiacolla son tan densas, repletas de follaje, pantanos y precipicios, que son muy difíciles de explorar. Éste es el escenario del mito. Los lugareños y aborígenes creen que el Paititi es el refugio de los últimos incas y que aún permanecen allí, escondidos y alejados del mundo, preparándose para regresar e implantar en Perú el antiguo culto a los

antepasados quechuas. «En esta espera se apoyó la leyenda del Paititi, y en ella se siguen apoyando muchas comunidades andinas y amazónicas para mantener en alto sus sueños reivindicativos y el anhelo de volver a instaurar el honor en un pueblo vencido por las armas», afirma el historiador Fernando Jorge Soto Roland. El relato hace referencia al «inca rey», un gobernante divino que opera como arquetipo en los Andes desde épocas precolombinas: Inkari encarna a un héroe que restablecerá el orden que los españoles destruyeron tras la invasión del siglo XVI; la leyenda dice de él que levantó Cuzco y envió a sus hijos a poblar diferentes regiones. Muchos años después Inkari decidió retirarse de Cuzco y se internó en Paititi.

Al sur de Madre de Dios se encuentran unas extrañas formaciones llamadas pirámides de Paratoari. En la primera expedición realizada por Greg Deyermenjian, en 1996, no pudo determinar si se trataba de una formación natural o fueron construidas por el hombre. Llegar hasta allí es muy complicado y es una extensión muy amplia. Para acceder a la zona hay que atravesar el Valle Sagrado, llamado así porque era donde vivía la nobleza inca, un lugar de espectacular belleza y donde los descendientes de este pueblo siguen cultivando la tierra y criando cabras y llamas de la misma manera que hace seiscientos años. La zona, situada a unos 150 kilómetros de la ciudad de Choquecancha, tiene un enorme potencial arqueológico y en ella se han encontrado caminos empedrados, rocas talladas y ruinas incaicas, enigmáticos petroglifos (grabados abstractos hechos en la pared de un saliente lítico), muestra del esplendor de aquella civilización y sobre los cuales muy pocos especialistas se arriesgan a especular acerca de su significado o función.

En la ciudad de Choquecancha se pueden apreciar en la actualidad el esplendor de la arquitectura inca, con muros que marcaban la frontera oriental del Imperio. Más allá estaba la selva y la ciudad de Paititi. En la época inca esta parte del Imperio se denominaba Antisuyu: era un

territorio salvaje e inexplorado, igual que hoy en día. La zona está atravesada por antiguos caminos incas que parten de Choquecancha y van hacia el norte y el este. Los incas unieron su Imperio con más de veinticuatro mil kilómetros de carreteras. Los mensajeros, llamados chasquis, llevaban el correo y los paquetes de un lado a otro del Imperio. Un equipo de estos correos podía recorrer casi quinientos kilómetros en un solo día. En la actualidad, con medios de locomoción modernos, se tarda en recorrer esa distancia en esa zona más tiempo.

Si la ciudad secreta existe, según Greg Deyermenjian, tiene que estar al sur de esta densa selva de Pantiacolla, donde halló las extrañas formaciones llamadas las pirámides de Paratoari, en la última selva inexplorada del planeta, en algún lugar río abajo del Amazonas. «Durante diez años he estado buscando Paititi, con diferentes expediciones. En cierta manera es como una obsesión. Como si cada metro que recorrieras estuvieras más cerca de hallarla», cuenta el guía local Darwin Moscoso.

La obsesión que ha inspirado a todos los expedicionarios peruanos nació en 1911, en lo alto de las montañas de los Andes, al noroeste de Cuzco, cuando Hiram Bingham, un profesor de 35 años, estaba buscando la ciudad perdida inca. Después de varias semanas de enormes esfuerzos y fracasos, un niño nativo lo condujo a lo alto de una montaña. Resultó ser Machu Picchu. Lo que antes fue una ciudad perdida, ahora es considerada como uno de los logros más importantes de la arqueología y cultura incas. Desde los días de la conquista española al Perú en el siglo XVI, se ha venido hablando de ciudades incas «perdidas» en las selvas amazónicas, alrededor de Cuzco. Además de Machu Picchu en 1911, los descubrimientos de El Pajatén en 1963, Vilcabamba La Vieja en 1964, Mamería en 1980 y Gran Vilaya en 1985, son pruebas efectivas de este Imperio en las planicies tropicales del Perú y que animan a muchos a seguir explorando. En este sentido, las historias que circulan sobre la ciudad de Paititi podrían tener una base real, según la teoría que defiende Greg

Deyermenjian y Fernando Jorge Soto Roland, aunque no sea con las características mitológicas de la leyenda, y hacen que los exploradores continúen adentrándose en la selva de Perú, que en cierta manera sigue estando tan inexplorada como hace quinientos años.

ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS

Cientos de exploradores han muerto en estas tierras, asesinados por nativos hostiles, peligrosos animales y enfermedades, o crecidas de las decenas de afluentes del río alto Madre de Dios, que puede inundarlo todo en pocos minutos. Muchas expediciones se han adentrado por estos afluentes y han encontrado algunas ruinas, que las convierten en pistas para seguir buscando Paititi, justo a diez días de viaje de Cuzco, según indica la carta del religioso español escrita hace cuatrocientos años. Pero la selva es tan densa que se puede estar a pocos metros de las pirámides y no verlas. «Podemos estar buscando durante semanas y pasar por alto algo que está sólo a cien metros», indica Greg Deyermenjian, quien ha organizado varias expediciones para estudiar el terreno, incluso sobrevolando cientos de kilómetros de selva con las Fuerzas Aéreas peruanas. Fue él el descubridor de los enormes montículos en forma de pirámides de Paratoari. «El que sean naturales o construidas por el hombre es algo que todavía se está cuestionando. Junto al explorador y cartógrafo peruano Paulino Mamani, fuimos los primeros en llegar allí a pie, en 1996. Pasamos cuatro días y fue imposible examinarlas por completo. Sólo analizamos parte y descubrimos que podrían ser de origen natural, pero nos quedó una gran parte sin explorar. Hay posibilidades de que fueran construidas por el hombre, incluso que sean los restos de una ciudad perdida», asegura.

Tras dos visitas previas a la zona, y con el espaldarazo histórico de la carta del siglo XVI encontrada en el archivo del Vaticano de la Compañía

de Jesús, en el año 2002, un equipo internacional de exploradores, encabezado por el polaco-italiano Jacek Palkiewicz, y treinta investigadores anunciaron haber encontrado la ciudad inca de Paititi. La expedición, que duró dos años, verificó que la ciudad perdida se halla en una zona colindante con el parque nacional del Manu, entre los departamentos del Cuzco y Madre de Dios, en el sudeste de Lima, a diez días de camino del Cuzco, la antigua capital del Imperio, tal y como indicaba el manuscrito. Y tal y como contaba la leyenda, la ciudad está bajo una laguna, en una meseta de 4 kilómetros cuadrados cubierta totalmente de vegetación. Especialistas de la Universidad de San Petersburgo (Rusia) que integran la expedición confirmaron con la ayuda de georradars que bajo la laguna existe un entramado de cavernas y túneles, donde supuestamente podrían estar los tesoros, y vestigios de construcciones preincaicas, lo que indicaría que el lugar empezaba a ser ocupado por los incas, que no pudieron culminar su tarea de conquista en la Amazonía por la llegada de los conquistadores españoles. Desde entonces, ha habido varias exploraciones científicas, y poco a poco, aumenta la información y los datos adquiridos en las exploraciones anteriores. Pero no se ha encontrado ningún tesoro.

Durante dos décadas, Gregory Deyermenjian y Paulino Mamani han recorrido la meseta de Pantiacolla, el extremo del Imperio inca. Su último descubrimiento fue en 2006, en el río Taperachi, al norte del Yavero. Aquí encontraron los asentamientos más lejanos hasta ahora identificados de los incas, más allá de los restos que encontraron en las zonas montañosas en el «Último Punto» en 2004.

Hace cinco siglos, la codicia por el oro de los conquistadores los impulsó a arriesgar sus vidas en las selvas de Perú. Desde entonces exploradores y aventureros siguen arriesgándose; el último, fue el antropólogo noruego Lars Hafksjold, que en 1997 desapareció sin dejar ni rastro en el río Madidi. Pero los exploradores de hoy en día no buscan el oro, sino la

emoción del descubrimiento. Se trata de hallar algo que lleva mucho tiempo perdido en la Historia y resolver al fin su misterio.

El misterio del oro afgano

En el transcurso de la invasión de Afganistán por parte de Estados Unidos, justo después del atentado de las Torres Gemelas, se bombardeó intensamente su capital, Kabul, incluidos los alrededores del Banco Central. Pero a pesar de estar perdiendo el control del país, los talibanes no se resignaban a dejar allí el tesoro más valioso de Afganistán: un montón de oro procedente de la época de Alejandro Magno y las colonias griegas de Asia, que se custodiaba en una cámara acorazada del Banco Central. Aquel 12 de noviembre de 2001, un grupo de mulás talibanes intentaron llevarse el tesoro. En la mejor tradición de las historias de espionaje, uno de los empleados les aseguró que se habían hecho siete llaves de esa cámara y se habían entregado a siete personas que vivían en diferentes lugares del mundo. Para poder abrir la caja de seguridad, antes había que reunir las a todas. Los bombardeos enemigos aumentaban, pero ellos no estaban dispuestos a irse sin el que consideraban su oro. Estaban firmemente dispuestos a volar la puerta del Banco Central de Kabul, aunque con esta acción destruyeran uno de los tesoros arqueológicos más antiguos y valiosos del mundo.

La leyenda del oro de Afganistán nació en el Londres victoriano. Una noche de 1867, durante una cena entre compañeros, un numismático comentó que ese mismo día un mendigo de Asia Central le había hablado de una antigua moneda de oro de gran tamaño: más de 6 centímetros de diámetro y un peso de 169 gramos. El coleccionista de monedas no hizo demasiado caso, puesto que ningún rey de la antigüedad había acuñado moneda con el tamaño que el mendigo decía, y pronto abandonaron el

tema. Todos, excepto un numismático francés que después de la cena localizó al indigente en un destartalado apartamento londinense y pudo ver la moneda de la que se había hablado durante la cena. Pidió más detalles sobre la increíble pieza, y el mendigo le contó que la encontraron entre siete personas. Cinco habían fallecido, y los dos supervivientes decidieron lanzarla al aire para decidir quién de los dos viajaría hasta Europa para venderla a buen precio. El coleccionista francés ofreció por ella mil libras, pero mantendría su oferta sólo durante veinte minutos. A punto de cumplir el plazo, el mendigo aceptó. Recogió sus mil libras y entregó la moneda, una magnífica pieza espléndidamente acuñada, al experto francés.

ALEJANDRO MAGNO Y SUS VICTORIAS

Esta pieza, la moneda de oro más grande de la antigüedad, se manufacturó en la época de Eucrátides, rey de Bactriana, en el siglo II a.C., que conquistó Aracosia (actual Pakistán), perdió luego sus conquistas frente a los partos, y fue asesinado por su propio hijo. Como muchas dinastías reinantes en Asia en la época, la de Eucrátides era de ascendencia griega, fruto de la expansión helénica en los tiempos de Alejandro Magno (356-323 a.C.). La civilización griega había coincidido en la historia con el Imperio persa, indiscutible primera potencia mundial hasta Alejandro. Durante siglos, alternados con épocas de coexistencia e influencia mutua, había habido enfrentamientos entre griegos y persas, en los que pese a ser éstos el pez grande no se habían podido comer al chico; con Alejandro, un griego tardío y periférico, pues era de Macedonia, se invirtieron los papeles. Partiendo del reino de Macedonia, el padre de Alejandro, Filipo, se había apoderado de Grecia, provocando que el joven príncipe se quejara porque su padre no le iba a dejar «nada que conquistar». El objetivo natural de las ansias imperiales de Alejandro no

podía ser otro que el Imperio persa. Con este objetivo atravesó el Hellesponto, que separa Asia de Europa, en el año 334 y en una serie de campañas se apoderó del Mediterráneo Oriental, incluido Egipto, conquistó en menos de cinco años el inmenso Imperio persa, se internó en el corazón de Asia y llegó en 326 hasta el río Indo, en la India.

En el camino de Alejandro estaba una provincia persa llamada Bactria o Bactriana, correspondiente al actual Afganistán, en la época un país muy diferente del actual, fértil y rico. El país se encontraba en medio de la secular ruta comercial entre China y el Mediterráneo, lo que luego se llamaría la Ruta de la Seda, por lo que siempre circularon por su territorio riquezas y objetos artísticos y afluyeron a él metales preciosos producidos por las regiones de alrededor.

Dicen que lo primero que vio allí Alejandro fueron cadáveres humanos dejados para que los devorasen los animales como advertencia para los intrusos. Gobernaba Bactria el sátrapa persa Beso, miembro de la familia real aqueménida, que había participado en Gaugamela, la última batalla de Darío contra Alejandro, mandando la caballería bactriana. Luego había emprendido la huida junto al Gran Rey de los persas, pero no le tenía lealtad, sino que urdió un complot para asesinarlo y suplantarlo. Los hombres de Alejandro encontraron a su gran enemigo Darío abandonado en un carro, agonizante y con el cuerpo lleno de heridas de lanza. Antes de morir, le envió su agradecimiento y un apretón de manos a Alejandro, que se sintió obligado a vengar a tan noble adversario.

Beso mientras tanto se había cubierto con la tiara, es decir, se había proclamado Gran Rey de los persas adoptando el ya histórico nombre de Artajerjes. Alejandro entró a sangre y fuego en su satrapía, y Beso no tuvo más remedio que huir, atravesando el río Oxus (hoy Amu Daria) y refugiándose en Sogdiana, país centroasiático correspondiente a la actual Uzbekistán. Allí fue apresado por dos señores locales, Epitámenes y Datafernes, que para congraciarse con el imparable conquistador le

entregaron su prisionero. Alejandro fue terrible en el castigo al traidor Beso, pues según cuenta Plutarco «lo descuartizó: doblaron hasta juntar dos árboles enhiestos, le ataron a cada uno los miembros y luego, al soltar los dos árboles, como se enderezaron con fuerza, cada uno se quedó con los miembros que estaban atados a él».

El sueño de Alejandro de conquistar todo el mundo conocido, la Ecu-mene, era expresión de su ambición de poder hegemónico y fama imperecedera. No era por tanto un conquistador vulgar que saquea y asuela, como era corriente en tiempos antiguos, sino que pretendía construir un estado universal regido por la cultura que él consideraba superior, la helénica, aunque incorporando a las otras civilizaciones. Hizo que diez mil de sus soldados se casaran con muchachas persas, para sentar las bases demográficas del nuevo pueblo y construyó febrilmente ciudades por todas partes donde estuvo, dando el nombre de Alejandría a decenas de éstas. La misma Kabul, la capital de Afganistán, fue fundada por él con el nombre de Alejandría de Aracosia.

Precisamente la región de Bactriana tiene el sobrenombre de «tierra de las mil ciudades». El factor cultural fue fundamental para el enriquecimiento de la región, y de la mezcla entre los invasores y las tradiciones locales nació la cultura grecobactriana.

La prosperidad material se hacía evidente en unas ciudades que atraían el oro y la plata de los alrededores transformándolos en monedas, joyas y obras de arte. En esta época de esplendor se acuñaron las monedas bactrianas que llevaban grabado el rostro de los generales y reyezuelos de la región, así que a través de éstas se puede saber quién gobernó en cada territorio.

A pesar de las continuas victorias de Alejandro y su ambición imparable, la muerte acabó con sus conquistas en el año 323 a.C., cuando murió con sólo 33 años en Babilonia, seguramente a causa de una encefalitis vírica. Entre las muchas explicaciones legendarias que se han buscado a

la temprana muerte de quien parecía invencible, destacan las que la atribuyen a la maldición del oro bactriano obtenido por medio de la traición y manchado de sangre.

Tras la muerte de Alejandro, su imperio se fragmentó entre sus generales, los *diadocos*. Después de una agitada historia de anexiones y separaciones con gobernantes de distinta procedencia pero de común ascendencia helénica, el reino helenístico de Bactriana cayó en el año 135 a.C., cuando los grecobactrianos no pudieron contener a las tribus nómadas del norte. Los griegos, pensando que quizá algún día pudieran regresar a sus antiguas tierras y recuperar su modo de vida, enterraron sus tesoros de metales preciosos. Nunca volvieron, y las monedas de oro y las joyas quedaron bajo tierra.

Mientras, Bactriana era disputada por varias tribus que tomaban el poder con la misma rapidez que lo perdían en favor de otra tribu rival hasta que llegaron los kushan* hacia el año 80 de nuestra era. Los kushan eran el resultado de una alianza de cinco poderosas tribus de Asia Central, creada con el propósito de apoderarse de Bactriana. Lo lograron, saqueando todo lo que encontraron a su paso, especialmente oro y joyas con las que les gustaba adornarse. Mataron a los descendientes de los griegos que oponían alguna resistencia y camparon a sus anchas por la región durante un siglo. No sólo se llevaron el patrimonio que los reyes griegos habían reunido durante años, sino que también desapareció la cultura bactriana y los restos documentales y arqueológicos que atestiguan su existencia, que se convirtieron en leyenda con el tiempo. En el año 241 de nuestra era también desaparecieron los kushan, llevándose con ellos los secretos de los griegos en Afganistán, hasta que en 1867 apareció en Londres la misteriosa moneda antigua.

Tras este episodio numismático surgió un creciente interés por aquellas regiones asiáticas prácticamente desconocidas en Europa. Los arqueólogos comenzaron a preguntarse por las legendarias «mil ciudades» de Bactriana, y en 1922 se organizó la primera excavación a cargo del prestigioso arqueólogo francés Alfred Fucher. Su reto personal no era la caza de tesoros, sino encontrar los vestigios del reino griego en Asia, y para ello comenzó en los lugares más obvios, como la ciudad de Bal, antigua capital de Bactriana. Sin embargo, no encontró nada, ya que los restos estaban sepultados por capas y capas de construcciones posteriores. Fucher continuó excavando en otros puntos de Afganistán y, al final, tuvo que regresar a Francia sin haber hallado una sola muestra de la cultura grecobactriana, a la que empezó a llamar «espejismo grecobactriano».

Algunos años después comenzaron a salir los primeros indicios a la luz. En Kunduz, al norte del país, un grupo de guardias fronterizos descubrieron fortuitamente un depósito lleno de monedas de plata que tuvieron que entregar al Museo de Kabul, donde fueron analizadas por un grupo de expertos mundiales. Para Frank Holt, profesor de historia en la Universidad de Houston y autor del libro *En la tierra de los huesos: Alejandro Magno en Afganistán*, «esto es la prueba de dos cosas: la riqueza que alcanzó Bactriana y el gran caos que obligó a los griegos a huir al sur abandonando sus bienes». Aún tendrían que pasar quince años hasta el siguiente descubrimiento que revelara algo más sobre esta civilización perdida. Y, como suele ocurrir, fue fruto del azar.

El rey de Afganistán, Mohamed Zahir Shah, solía cazar en Kunduz, en los alrededores del río Oxus, hoy llamado Amu Daria. Cerca del pueblo de Ai Janum tropezó con un objeto extraño: un triángulo gigante bajo el suelo. A pocos centímetros de la superficie estaba el contorno de una ciudad entera. El monarca informó enseguida a una misión arqueológica francesa que se encontraba en el país. El doctor Paul Bérnard quiso investigar personalmente el hallazgo del rey afgano y se desplazó a Ai

Janum poco después, en 1961. En cuanto vio los restos supo que se trataba de una ciudad griega y, además, extraordinariamente grande. Se puso de inmediato manos a la obra para llevar a cabo la ingente tarea de tamizar con todo cuidado y precisión dos mil años de suelo. Finalmente logró sacar a la luz una ciudad rodeada de murallas de 10 metros de altura y 7 de grosor, con un enorme palacio en el centro dotado de habitaciones reales, salas de audiencia, gimnasio, palestra y una sala del tesoro. También se excavó un teatro con capacidad para cinco mil personas, el mayor teatro griego que existía al este del Mediterráneo. Pero cuando Bernard y su equipo realizaron la excavación entre 1964 y 1978, ya no quedaba rastro alguno del oro y las joyas bactrianos. A pesar de no haber hallado el legendario tesoro, demostraron la existencia de un riquísimo reino griego en Afganistán y encontraron valiosos testimonios de cómo era la vida en las provincias helénicas. El oro bactriano acabó por ser hallado en unas circunstancias muy diferentes de las de la excavación de Bernard.

RESTOS DEL IMPERIO KUSHAN

El rey Zahir Shah gobernó prósperamente entre 1933 y 1973, hasta que fue depuesto por su hermano el príncipe Dahud. A partir de esta fecha los comunistas comenzaron a hacerse fuertes en el país. Sin embargo no contaban con el apoyo de toda la población; muchos caudillos se propusieron hacerles frente y buscaron financiar su lucha a base de saquear tesoros nacionales. El arqueólogo soviético Víctor Sarianidi aprovechó la situación y se fue a trabajar a una excavación ya iniciada por soviéticos y afganos en el norte del país, zona poco frecuentada por los occidentales debido a la peligrosidad del viaje. Allí, cerca de la pequeña localidad de Shibargan estaba Yemshi Tepe, una gran ciudad que los kushan heredaron de los griegos, por lo que había restos tanto de una como de la

otra civilización. Según avanzaba la investigación, los arqueólogos se dieron cuenta de que se trataba de un emplazamiento clave en la organización del Imperio kushan. Como ocurrió anteriormente en Ai Janum, apareció también un gran palacio; éste estaba rodeado de edificios que ocupaban una superficie de unas veinte hectáreas —entre ellos un cementerio—, así como de altas murallas formando un anillo impenetrable de unos seiscientos metros de diámetro. El palacio se hallaba sobre una elevación del terreno y podía verse desde todas las direcciones, de lo que se deducía que Yemshi Tepe era una capital.

Victor Sarianidi y los demás del equipo comenzaron a trabajar sobre restos medievales en busca de los reyes kushan. En una colina llamada Tilya Tepe —que significa la colina dorada—, encontraron unos alentadores fragmentos de cerámica pintada. Ahondando en sus excavaciones dieron con lo que parecían las ruinas de un templo, donde había numerosas piezas de hierro angulares que resultaron ser parte del ensamblaje de ataúdes. En ese momento comenzó a llover y los trabajos tuvieron que suspenderse hasta que escampara. Además de la lluvia, los señores de la guerra afganos vigilaban estrechamente al grupo.

El 15 de noviembre, cuando reanudaron las excavaciones, uno de los trabajadores distinguió una pieza brillante en su pala. Había encontrado una cámara funeraria y los restos de una mujer cubierta de oro de los pies a la cabeza y rodeada de una variada colección de objetos que representaban las grandes culturas de su época. Llevaba un espejo de bronce de la dinastía china Jan, una moneda del Imperio parto, una moneda de oro del emperador Tiberio de Roma, un colgante de la diosa griega Atenea y una peineta de marfil india. Los kushan no reparaban en gastos a la hora de honrar a sus muertos: vestían sus mejores ropas, salpicadas de oro con frecuencia, y enterraban muy rápidamente los cadáveres por la noche, de forma que a la mañana siguiente nadie supiera dónde estaban, para proteger así las tumbas de los saqueadores.

Abrumado ante su sensacional descubrimiento, Sarianidi viajó con algunas piezas a Kabul para compartir su hallazgo y buscar consejo de otros arqueólogos. Uno de los presentes era Paul Bérnard, que había estado buscando sin éxito durante diez años lo que Sarianidi había encontrado en uno. Pero el gran tesoro no quedaba reducido a una tumba, puesto que la zona resultó ser un emplazamiento funerario en el que llegaron a excavar seis enterramientos, uno de los mayores yacimientos arqueológicos de objetos de oro jamás encontrados. Los mismos afganos llegaban a Tilya Tepe en cualquier medio de transporte para ver la «colina dorada», y la prensa comparó el descubrimiento con el de la tumba de Tuntakhamón. Quienes creían que éste era el oro que mató a Alejandro, pensaron ahora que se había vuelto a destapar la maldición.

LA MALDICIÓN DE LA GUERRA

Maldito o no, lo cierto es que Afganistán se encontraba en el año 1978 en uno de sus momentos políticos más tensos, y esta situación de inestabilidad afectó profundamente al curso de las excavaciones de Sarianidi. El gobierno filosoviético encontró una fuerte resistencia en los grupos islamistas, y pronto los muyahidines iniciaron una sangrienta guerra contra lo que consideraban un gobierno extranjero. Estados Unidos vio la oportunidad de abrir un frente contra la URSS y financió a los grupos islamistas. Durante la guerra se saqueó gran parte de los yacimientos arqueológicos. Sarianidi cuenta cómo un día llegaron los muyahidines hasta su excavación y «comenzaron a pisotear las vallas que la protegían sin que nadie pudiera hacer nada, hasta que decidimos poner guardas armados para proteger a los trabajadores». De todos modos, la ingente cantidad de oro que se estaba encontrando hacía muy difícil confiar en el equipo, y los arqueólogos tenían que regresar cada noche y dejar señales

estratégicamente colocadas para comprobar que nadie robaba mientras ellos dormían.

El equipo trabajaba a marchas forzadas y fue apareciendo gran parte de los enterramientos: cinco mujeres, un varón y una séptima tumba que no dio tiempo a excavar. Todos estaban orientados en la misma dirección y albergaban una ingente cantidad de oro. Era una inquietante similitud, que revelaba que prácticamente toda la realeza kunshan murió al mismo tiempo por alguna causa desconocida. Uno de los cráneos se envió a Moscú, donde la antropóloga Nadezhda Dubova lo reconstruyó y averiguó que se trataba de una mujer de entre 35 y 40 años. Los hallazgos eran impresionantes; sin embargo el equipo del que Sarianidi formaba parte sólo pudo trabajar dos meses más. «Cada día nos preguntábamos —cuenta— si acabarían atacando el lugar o cuándo llegaría la guerra a Shibargan, la localidad más cercana a la excavación.» Además, se habían quedado sin fondos y sus visados estaban a punto de caducar. Desde la colina veían las nubes de polvo que levantaban los muyahidines al acercarse; los extranjeros, especialmente soviéticos, corrían el riesgo de ser secuestrados o asesinados.

Tenían que trabajar a marchas forzadas, y en esas adversas circunstancias descubrieron la séptima tumba. Pero no hubo tiempo para acabar su trabajo: Sarianidi la abandonó parcialmente desenterrada y el equipo, formado tanto por afganos como por soviéticos, salió huyendo con todo lo que pudo. La excavación se quedó desprotegida y con parte del tesoro bajo tierra, ya que según cree Sarianidi había por lo menos diez tumbas. Fueron escoltados hasta el Museo de Kabul y allí pasaron dos semanas contando y catalogando las 20.600 piezas de oro día y noche. Era una colección de una espléndida variedad y calidad que contenía piezas de diversas épocas y culturas. Junto con su valor económico, servían también para reconstruir la historia de una cultura nómada de la que se tenía escasa información.

En 1979, Sarianidi y su equipo decidieron esperar a la primavera siguiente para reanudar la excavación, pero ese año marcó el inicio de veintitrés años de guerra en Afganistán. La Unión Soviética había entrado en el país la última semana de diciembre amparándose en su derecho a intervenir en cualquier país del mundo bajo gobierno comunista para librarlo de las fuerzas contrarrevolucionarias. Entre otros motivos, el presidente Breznev pretendía impedir que el islam llegase hasta Asia Central. Los soldados de la URSS tomaron en poco tiempo las principales ciudades afganas, pero no tenían control sobre las zonas rurales, donde los caudillos habían decidido unirse frente a los soviéticos. Un ejemplo de la inoperatividad de las fuerzas convencionales de la gran potencia frente a los líderes locales se encontraba en la invasión del valle de Panshir, territorio de Shah Masud, uno de los cabecillas de la guerrilla afgana. Cuando los rusos aseguraron la zona y se retiraron con toda tranquilidad, los afganos aparecieron por detrás de las rocas disparándoles y las tropas soviéticas tuvieron que huir en desbandada. Episodios parecidos se repitieron a lo largo de toda la guerra de Afganistán.

El historiador Frank Holt encuentra ciertas semejanzas entre la campaña de Alejandro y la invasión soviética. «En ambos casos, ejércitos modernos y sofisticados, diseñados para librar grandes batallas, se enfrentaron a grupos insurgentes dirigidos por señores de la guerra y caudillos tribales», explica. En cuanto a clima y terreno, las condiciones de lucha también eran parecidas. La diferencia está en que Alejandro triunfó donde los soviéticos fracasarían. La URSS no logró, en efecto, controlar Afganistán, pese a que mantuvo allí un ejército de 115.000 hombres y empleó un potente arsenal, especialmente el arma aérea, que provocó gran número de víctimas, aunque la cifra de un millón de muertos que aireó la propaganda norteamericana quizá fuera exagerada. Lo que sí está comprobado es que más de un tercio de la población, cinco millones

sobre catorce, abandonó su tierra huyendo de la guerra y se refugió en los países vecinos. Por parte soviética murieron 15.000 soldados.

SAQUEOS PARA FINANCIAR LA LUCHA

Los muyahidines buscaban todos los posibles medios para financiar la guerra y aprovecharon las zonas que no se habían excavado para buscar oro del que poder beneficiarse. Mientras se luchaba en Afganistán, hay fotografías de las casas de subastas Sotheby's y Christie's que muestran monedas y objetos que sólo podían pertenecer al yacimiento de Tilya Tepe. Además de esta fuente de ingresos, una serie de países como Estados Unidos, Arabia Saudí, Pakistán y China decidieron que Afganistán era un escenario perfecto para atacar a la Unión Soviética y empezaron a canalizar su ayuda a través de Pakistán.

En 1986, cuando los muyahidines empezaron a recibir misiles tierra-aire Stinger de fabricación estadounidense, cambió el curso de la contienda. En un país extenso y con pocas carreteras, los helicópteros eran imprescindibles para transportar soldados y víveres, pero ahora, gracias a los misiles, los muyahidines podían derribar las aeronaves soviéticas, y éstas perderían el control de los cielos. Los insurgentes estaban comenzando a ganar la guerra y las bajas entre las filas rusas eran cada vez más numerosas, hasta que en 1989 Mijaíl Gorbachov tomó la decisión de retirarse de Afganistán. Muchos afganos creyeron entonces que los soviéticos se habían llevado el oro bactriano. Sin embargo, el oro del Museo de Kabul había sobrevivido milagrosamente a la guerra afganosoviética.

Pocos años después de la retirada soviética siguió el colapso del gobierno afgano comunista, y el poder fue objeto de disputa entre los señores de la guerra, jefes de grupos poco homogéneos de etnias y tendencias religiosas distintas que abocaron nuevamente al país a otro enfrentamiento. En 1992, la guerra civil entre las distintas facciones islamistas

estaba prácticamente declarada y se preparaba el ataque a la capital, Kabul.

Afganistán no es un lugar seguro para custodiar restos arqueológicos de ningún tipo. El mismo Museo Nacional de Afganistán, al sudoeste de Kabul, fue utilizado como base de operaciones por diversas facciones rebeldes y cada señor de la guerra que estuvo a cargo del museo aprovechó para saquearlo. De allí salían monedas bactrianas y figuras de Buda constantemente, como si cualquiera pudiera llevarse lo que le gustara, y se rumoreaba que se vendían a casas de subastas o en el mercado negro a cambio de armas. Se llegó a un punto en el que cualquier objeto de interés histórico podía desaparecer y, con él, una parte de la cultura y la historia afganas.

Nayibulá, el todavía presidente comunista, sabía lo que estaba ocurriendo y conocía bien a las guerrillas islamistas y las motivaciones económicas que las empujaban a la lucha, por lo que decidió poner a buen recaudo el oro bactriano. Nayibulá era un laico que respetaba la religión predominante en Afganistán, pero deseaba preservar los bienes culturales del país. Sabedor de la inminente destrucción del Museo Nacional de Kabul, ocultó en secreto 90 millones de dólares en lingotes de oro junto con el oro bactriano.

El lugar elegido fue la cámara de seguridad del Banco Central de Afganistán, un búnker subterráneo al que se llegaba a través de tres ascensores. La cámara fue construida por una empresa alemana, a instancias del rey Nadir Shah, en los años treinta. Era una auténtica obra maestra de la ingeniería civil. El presidente Nayibulá convocó a siete personas de confianza como testigos del momento en el que se guardaba el mayor tesoro afgano jamás encontrado. El oro se repartió en siete baúles sellados que se escondieron en la cámara secreta de una cripta impenetrable. La cripta estaba protegida por una puerta de acero con siete cerraduras. A cada uno de los asistentes se le entregó una llave, y después se

dispersaron, algunos por el extranjero. Nadie sabía quiénes eran; de otro modo los muyahidines podían encontrar a sus padres o sus hijos e intercambiarlos por el oro. Por fin el tesoro bactriano parecía estar a salvo.

LA LLEGADA DE LOS TALIBANES

Pero otro fenómeno explosivo aparecería en el ya de por sí inestable escenario político afgano: el ascenso de los talibanes y la implantación en el país de la red al-Qaida. En 1995 comenzó una destrucción y un expolio masivos del patrimonio histórico-artístico afgano sólo comprensible desde las posturas extremistas de los talibanes. En los seminarios del mulá Omar, que acabaría siendo su líder, se estudiaba el islam, pero también la yijad —o guerra santa contra los infieles—, llevada al límite: para ellos infiel era todo el que no seguía su misma corriente teológica. En nombre de la religión obligaron a las mujeres a llevar un burka cubriéndolas por completo hasta los pies, y a los hombres, a dejarse barba sin afeitarse jamás, e incluso llegaron a prohibir a los niños volar cometas por considerarlo una ofensa a Alá. Respecto al arte, prohibían la representación de toda figura humana basándose en una interpretación errónea y tajante del Corán, a la que añadían una política de eliminación de todo resto preislámico. El 26 de febrero de 2001 se llegó al extremo de que el mulá Omar dictó un decreto por el que todas las estatuas e ídolos del país debían ser destruidos por ser dioses de los infieles.

El oro bactriano también se encontraba en el punto de mira de los talibanes, de modo que en septiembre de 1996 apresaron al ex presidente Mohamed Nayibulá y a su hermano, sacándolos a rastras de una base de Naciones Unidas en Kabul. A pesar de las torturas, Nayibulá no reveló dónde se encontraba el oro ni quién tenía las llaves de la cripta del Banco Central. El ex presidente fue torturado, castrado y colgado de la torre de

control de tráfico en el centro de Kabul, junto con su hermano. A pesar de todo, logró llevarse el secreto del oro a la tumba.

Pero los talibanes no cejaban en su empeño de encontrar el fabuloso tesoro bactriano, y guiados por los rumores de la existencia de una cámara secreta llena de lingotes de oro, irrumpieron un día en el Banco Central con sus fusiles AK-47. Se llevaron bolsas de moneda extranjera y, con amenazas, lograron que Mustafá, el jefe de divisas y responsable de la cámara secreta durante más de treinta y cinco años, los llevara hasta ella después de obligarlo a desconectar el sistema de seguridad. Mustafá se negó a dar ninguna información y, mientras los talibanes se marchaban, introdujo una llave en su cerradura y la rompió dentro de ella haciendo palanca, de modo que la cerradura se quedó bloqueada con la mitad de la llave dentro. Nadie se percató de este movimiento. Su negativa a revelarles el secreto de la cámara acorazada le valió a Mustafá tres meses de cárcel y torturas.

El oro bactriano había vuelto a sobrevivir, pero no así el resto del patrimonio artístico del país. En marzo de 2001 se destrozaron tres mil estatuas del Museo de Kabul con las miras puestas en el mercado del arte. El procedimiento que seguían los talibanes era el siguiente: escogían un objeto, lo sacaban del museo y después destruían los objetos similares con el propósito de conseguir el precio más alto posible en el mercado negro. El mayor daño se lo llevarían los Budas de Bamiyán, unas espectaculares estatuas gigantescas de piedra de más de mil seiscientos años de antigüedad. En un ataque sin precedentes, los talibanes utilizaron toneladas de dinamita para volar salvajemente las estatuas budistas y arrasar las pinturas que había alrededor. El objetivo de al-Qaida y los talibanes era hacer olvidar a los afganos su larga historia como uno de los primeros centros de civilización del mundo y borrar su identidad, su cultura y la posibilidad de conocer algo más sobre el pasado de Afganistán en el futuro.

Por aquel entonces la comunidad arqueológica mundial, falta de información concreta y veraz sobre los restos de Tilya Tepe, comenzó a temer lo peor. Corrían rumores de que el oro estaba siendo trasladado de un sitio a otro, pero nadie era capaz de probarlo.

Después del anterior fracaso, los talibanes emprendieron un nuevo ataque contra el Banco Central en el intento de hacerse con todo el oro guardado. Esta vez un helicóptero armado sobrevolaba el banco y, con un plano en la mano, colocaron el aparato justo encima de la cámara de seguridad y lanzaron varios cohetes con la intención de romper el techo de la cámara. Volvieron a fracasar en el banco, pero a cambio requisaron los sofisticados detectores de minas enviados por la comunidad internacional con el fin de desactivar los cinco millones de minas enterradas en Afganistán, y los utilizaron para localizar monedas de oro, plata y cualquier cosa que se pudiera vender. Así, el yacimiento arqueológico de Ai Janum se encontró jalonado de excavaciones ilegales. Parte de la antigua ciudad enterrada no sobrevivió a los bombardeos, y se robaron muchas de sus grandes columnas, algunas de las cuales se han visto decorando cafeterías. Con estos precedentes, muchos arqueólogos e historiadores, tanto extranjeros como afganos, creían que los talibanes habían fundido el antiguo oro bactriano para comprar armas.

Entonces llegó el 11 de septiembre de 2001. El ataque a Estados Unidos promovido por el jefe de al-Qaida, Osama Bin Laden, puso en el punto de mira al régimen talibán. Estados Unidos exigió la entrega de todos los líderes de al-Qaida que se ocultaron en Afganistán, sin posibilidad de negociación ni discusión. El 7 de octubre de 2001 comenzaron los primeros bombardeos norteamericanos contra las bases de al-Qaida en suelo afgano. Estados Unidos y sus pequeñas unidades de ataque provistas de armamento guiado por láser, luchando junto a la afgana Alianza del Norte, empezaron a vencer a los talibanes y a desalojarlos del poder.

TERCER INTENTO CONTRA EL BANCO CENTRAL

A pesar de las sucesivas derrotas, los talibanes prepararon su tercer asalto al Banco Central de Kabul y volvieron a buscar al responsable de la cámara de seguridad, Mustafa, quien pudo huir de su casa antes de que los talibanes lo apresaran. Al final entraron por la fuerza en el Banco Central exigiendo que les abrieran la cámara de seguridad. Un empleado les informó que para abrir la puerta se necesitaban siete llaves que estaban en poder de otras tantas personas, todas ellas repartidas por el mundo. En un primer momento, los talibanes se apropiaron de trece millones de dólares y dieciocho mil millones en moneda nacional. Sin embargo, buscaban el oro desesperadamente. Después arrastraron a dos empleados hasta la puerta de la cámara. Uno de ellos estuvo a punto de morir apaleado por no poder abrir la puerta. Los talibanes no se resignaban a no encontrar la fórmula de conseguir tan deseado tesoro. Probaron con todas las llaves que tenían los empleados, pero fue en vano; palancas, martillos y sopletes tampoco dieron mejores resultados. A las seis horas de intentarlo optaron por volar la cámara con dinamita. Cuando ya habían dado la orden de apretar el detonador, uno de los empleados les gritó que se detuvieran. La cámara había sido diseñada de forma que si alguien intentaba volarla, todo el edificio del Banco Central se derrumbaría encima, no sólo matando a quienes estuvieran allí, sino destruyendo todo su contenido. Acorralados fuera del banco por las fuerzas norteamericanas, los talibanes tuvieron que huir con su dinero en metálico, sin saber lo cerca que habían estado del oro bactriano.

El 12 de noviembre de 2001 se derrocó el régimen talibán y se instauró un gobierno interino para estabilizar el país, encabezado por el presidente Hamid Karzai. El nuevo gobierno hizo un recuento de los activos del país en su intento de reconstruir la nación. Unos meses más tarde, el 28 de agosto de 2002, el nuevo presidente Karzai y los siete dignatarios en

posesión de las siete llaves bajaron hasta la cámara más protegida de Afganistán. Un cerrajero extrajo el trozo de llave que el responsable de la cámara, Mustafa, había dejado en una de las cerraduras durante la primera incursión de los talibanes en el banco. La puerta de la cámara se abrió con sus siete llaves. Después de treinta años de guerra ininterrumpida, nadie creía que aún pudiera existir allí algo de valor. Su sorpresa fue mayúscula cuando encontraron los noventa millones de dólares en lingotes de oro. Sin embargo, no había ni rastro del tesoro de Tilya Tepe. Una inspección posterior reveló la existencia de otra cámara oculta, más pequeña. Allí es donde el presidente Nayibulá —acusado en su día de haberlo vendido a los rusos—, había escondido el tesoro en 1989. Milagrosamente, el rico legado de los griegos y los nómadas kushan había sobrevivido a la guerra y a la inestabilidad política más extremas, y con él también pervive la fascinante historia de estas tierras que hoy conocemos con el nombre de Afganistán.

El rescate del *Titanic*

La portentosa proa del Titanic cubierta de óxido se ha convertido en un icono de la última década del siglo xx. La historia de este barco se ha contado infinidad de veces, pero continúa siendo una especie de seductora figura mítica perdida. En las profundidades del lecho marino, a más de cuatro mil metros de profundidad, el lugar en el océano Atlántico donde se hundió sigue fascinando más de noventa años después. A pesar de no ser el barco donde han perecido más personas, sí es el que más atracción y curiosidad conseguía. Durante setenta y tres años permaneció en la oscuridad del océano, hasta que un grupo de científicos e investigadores trajeron a la luz las primeras imágenes del pecio. Desde entonces, se ha avanzado mucho en la tecnología oceanográfica submarina, se han rescatado más de seis mil objetos y se han realizado exposiciones, incluso viajes turísticos a bordo de pequeños sumergibles, que han levantado gran polémica. El cementerio de millar y medio de personas continúa en nuestros días siendo fuente de numerosas especulaciones entre los partidarios de dejarlo descansar en el fondo marino como un gran monumento subacuático y aquellos que prefieren reflotarlo, restaurarlo y mostrarlo al mundo entero.

La historia de este mítico barco y la de la tecnología oceanográfica son inseparables. El *Titanic* ha animado a los científicos a desarrollar nuevas técnicas y ha servido de campo de pruebas para sus últimos equipos e instrumentos. Entre todos los avances potenciados por el intento, primero, de localizar exactamente dónde se hundió el barco y, después, de obtener las primeras pruebas del pecio, destacan las investigaciones

realizadas por los científicos e ingenieros del Instituto Oceanográfico Woods Hole (WHOI) de Massachusetts, el instituto oceanográfico independiente más grande e importante de Estados Unidos. Woods Hole se dedica a la ciencia, no a buscar tesoros, así que sus investigaciones del lugar del hundimiento siempre han estado animadas por un fin científico. No toman parte en la recogida de objetos del hundimiento de 1912, un lucrativo negocio que comenzó en 1987. Tampoco son muy partidarios de las exposiciones de estas reliquias, que han alimentado desde entonces la creciente epidemia de la «titanicmanía», un fenómeno que ha crecido desde que en 1997 se estrenó la película dirigida por James Cameron, uno de los filmes de mayor éxito de todos los tiempos. La cuestión que ahora se plantean los científicos es el futuro del barco sumergido. Reflotarlo completo todavía es tecnológicamente imposible, y en el fondo del mar no se sabe cuánto tiempo puede resistir a la corrosión del agua y, sobre todo, al saqueo de los cazatesoros.

LA FE CIEGA EN LA TECNOLOGÍA

No hay duda: el *Titanic* es una cautivadora historia sobre la fe ciega en la tecnología. Se construyó en una era dorada, una época de increíbles progresos. La mayoría de los que viajaban en el *Titanic* habían vivido sin electricidad, teléfono o automóviles. Parecía que el ser humano podía conquistarlo todo, hasta las olas del mar. Así que lo que más se repetía en esos días era que se trataba de un barco insumergible. Incluso el veterano capitán Edward John Smith, el más experimentado y prestigioso de la White Star Line, se quedó maravillado por sus novedosas técnicas constructivas y comentó para una revista de la época que «no podía concebir una situación que pudiera causar el hundimiento de un barco moderno. La construcción naval las ha superado».

Un ambiente festivo recibió a los pasajeros cuando, el 10 de abril de

1912, se embarcaron en el Royal Mail Steamship *Titanic* —«el buque maravilla»— en Southampton, en Inglaterra, con destino a Nueva York. «Tenía once plantas de altura, todas ellas cubiertas de deslumbrantes luces. Parecía un enorme y lujoso edificio», recordaría la pasajera Edith Russel. Apodado «el favorito de los millonarios», el navío era conocido por la opulenta decoración de primera clase. Pocos recuerdan que fue registrado como buque de emigrantes. En su tercera clase había gente de 24 nacionalidades.

Al parecer, ni a emigrantes ni a millonarios les inquietaba lo que podría ser otro «misterio del *Titanic*», una profecía de su catástrofe mucho más clara que las de Nostradamus, y desde luego mucho más exacta que cualquiera de ellas en su cumplimiento. Una profecía que en realidad no lo era, puesto que no se había formulado como tal. En 1898 se había publicado una novela titulada *Futility* (Futilidad), escrita por un antiguo marino, Morgan Robertson, que relataba el naufragio de un gran transatlántico. Lo curioso no es que, adelantándose a lo que era la construcción naval de su tiempo, Robertson describiese un barco cuyo tamaño, tonelaje, número de pasajeros o velocidad fuesen muy parecidos, cuando no idénticos, a los del *Titanic*. Lo asombroso es que el transatlántico de la novela se llama *Titan*, que se hunde porque choca con un iceberg, y que el naufragio tiene lugar en abril, el mismo mes en que se hundiría el *Titanic*, «el barco insumergible».

Según cuenta Charles A. Haas en su libro *Titanic: A journey through time*, la clasificación de insumergible apareció por primera vez en una prestigiosa revista de construcción naval británica donde al describir el navío decía que el capitán podía activar un interruptor, cerrar los compartimentos estancos y hacer que el barco fuera «prácticamente insumergible». La prensa sensacionalista se quedó con esa frase y se las arreglaron para borrar la palabra «prácticamente» y así nació la idea de «barco insumergible».

Los propietarios nunca dijeron que el *Titanic* fuera insumergible, pero además de la prensa, tripulantes y pasajeros lo tomaron como cierto. Su confianza fue asegurada por la incorporación a bordo de un invento reciente: el telégrafo inalámbrico de Marconi. Para poco sirvió que estuviera dotado con el equipo de radio más sensible y potente del momento, que garantizaba un alcance de unos cuatrocientos cincuenta kilómetros, aunque a plena potencia podían ser setecientos cincuenta de día y unos tres mil setecientos kilómetros de noche. El 14 de abril de 1912, el radiotelegrafista recibió numerosos avisos en código Morse de otros buques en la zona sobre bloques de hielo. Una de las transmisiones, procedente del cercano barco de vapor *Californian*, fue completamente desatendida por el radiotelegrafista jefe Jack Phillips: «Callaos —contestó—. Estoy ocupado», mientras retransmitía telegramas que los millonarios a bordo enviaban a familiares y amigos.

A las 23.40 horas el mayor navío sobre los mares, de 46.000 toneladas, chocaba a una velocidad de 40 kilómetros por hora, a dos tercios de su camino, contra un iceberg. Lo peor que podía pasar ocurrió: se produjo una gran brecha en el casco del barco. El *Titanic* fue construido para afrontar ese daño y en realidad soportó la inundación de cuatro compartimientos de la parte delantera. Por desgracia, esa noche había seis compartimientos abiertos al mar y eso resultó fatal para el navío insumergible.

Después de medianoche, el capitán Smith dio orden de lanzar los botes salvavidas. La temperatura del agua era de 2 °C bajo cero y sólo había botes para apenas la mitad de las 2.200 personas a bordo, aunque, incluso, muchos de ellos tocaron agua incompletos. El barco insumergible se hundió bajo las olas a las 2.20 horas de la madrugada del 15 de abril de 1912. Se partió en dos y se precipitó cuatro kilómetros bajo el fondo del Atlántico. Murieron unas mil quinientas personas,^{*} entre las que se encontraban algunos de los más prósperos empresarios de aquellos años, la

gente más rica del mundo, famosas estrellas de cine... y muchos inmigrantes de muy bajos recursos que esperaban comenzar una nueva vida en el Nuevo Mundo. Hasta aquí la historia bastante conocida de este trágico hundimiento.

PRIMEROS INTENTOS DE LOCALIZAR EL BARCO

Casi de inmediato tras el hundimiento, se empezó a hablar sobre la localización y posible reflotamiento del *Titanic*. El primer intento provino de Vincent Astor, hijo de John Jacob Astor, uno de los tres hombres más ricos que viajaban en el barco; los otros dos eran Isidor Straus, propietario de los almacenes Macy's, y Benjamin Gugenheim, «el rey del cobre». La fortuna de la familia Astor la había comenzado el bisabuelo —el primer millonario norteamericano, creador del primer trust de Estados Unidos— con el comercio en pieles, y se amplió en las siguientes generaciones con la adquisición de grandes propiedades, industrias y hoteles. Vincent Astor estaba muy interesado en recuperar el cuerpo de su padre y quería montar una expedición con esa finalidad, pero ocho días después de la tragedia el cadáver fue encontrado en el mar por el buque *Mackay-Bennet*, y el hijo del millonario abandonó la idea.

A lo largo de los años se elucubró con todo tipo de planes para reflotar el *Titanic*, desde el empleo de electroimanes hasta una cómica teoría a base de pelotas de ping-pong.

El incentivo de la mayoría de los que planeaban esto no era científico, ni histórico, ni sentimental, sino económico. El *Titanic* debía de guardar en su interior un fabuloso tesoro. Se daba por hecho, por ejemplo, la existencia de una caja fuerte con gemas valoradas en 125 millones de dólares que la multinacional diamantífera sudafricana De Beers envió en aquella travesía. Otros botines eran más especulativos: en la encuesta posterior al naufragio, un estibador habló de que habían cargado una

gran cantidad de lingotes de oro. Eso dio origen a una de las más absurdas teorías sobre la tragedia del *Titanic*, según la cual el oro estaba destinado a pagar armas compradas por el gobierno británico en Estados Unidos, con vistas a la próxima Primera Guerra Mundial y, en consecuencia, había sido un sabotaje alemán lo que hundió el transatlántico.

Sin embargo, antes de nada había que localizar el barco. Por desgracia, los métodos de navegación de la época implicaban calcular su velocidad en relación con la posición de las estrellas y la hora. Hoy sabemos que la última posición conocida del navío erraba en casi 22 kilómetros, lo que podría explicarse debido a un error al mover las agujas de los relojes en el cambio de zona horaria. De modo que en la nave insumergible falló la tarea más importante del oficial de navegación y lo más importante que debía confirmar el capitán del buque, enviando a los barcos de rescate al lugar equivocado.

Ya en 1953 un equipo norteamericano intentó la búsqueda del *Titanic*, mientras que en 1977 hubo un proyecto alemán de localizar y reflotar el transatlántico. Un año después, adelantándose a los hechos, un ingeniero inglés llamado Douglas Wooly reclamó en un juzgado la propiedad del *Titanic*, aprovechando que no existía ningún propietario legal del mismo, lo que le sirvió para recabar financiación para otro frustrado proyecto de búsqueda.

En esos mismos años setenta, Robert D. Ballard, un joven científico del Instituto Oceanográfico Woods Hole (WHOI), se impuso un objetivo: usar la tecnología que estaban desarrollando sus colegas y él para solucionar el mayor misterio marítimo de todos los tiempos. Su plan tomó forma en 1977, cuando la empresa Alcoa cedió al Instituto su barco de salvamento. El barco disponía de una gran sonda que podía enviar instrumentos a 900 metros de profundidad, cedida por la empresa Westinghouse. La Marina norteamericana les suministró el sistema de

iluminación y equipo por valor de 600.000 dólares. Pero la primera salida del barco fue un fracaso. Se rompió la sonda y el contrapeso se vino abajo e impactó en la cubierta, destrozando el buque. No organizarían otra expedición al *Titanic* durante casi una década.

Entretanto aparecieron otros dos personajes a la caza del *Titanic*: el comandante John Grattam y el petrolero Jack Grimm.

Grattam era un antiguo oficial de la Marina británica que había participado en numerosas operaciones de rescate de materiales hundidos. Grattam sostenía que el *Titanic* no se había hundido en el lugar «oficial» —en lo que acertaba— y pretendía haber calculado las coordenadas reales. Con sentido del espectáculo depositó en un banco una caja fuerte donde se suponía encerrada tan valiosa información. El caso es que negoció para su compañía Seawise and *Titanic* Salvage el apoyo financiero de un consorcio japonés formado para la empresa, Japanese *Titanic* Team, pero su proyecto no llegaría a materializarse.

Mucho más serio resultó el intento del petrolero texano Jack Grimm, pese a ser un excéntrico aventurero conocido como «jugador de póquer». Grimm incorporó a su proyecto a dos figuras de prestigio científico en el mundo oceanográfico: el doctor William B. F. Ryan, del Observatorio Geológico Lamont-Doherty de la Universidad de Columbia (Nueva York), y el doctor Fred Spiess, director del Laboratorio de Física Marina del Instituto Oceanográfico Scripps de California.

Pero por otra parte se asoció con un personaje mucho más de su órbita, el aventurero Mike Harris, presidente de un tinglado llamado International Expeditions Inc., que ya en 1974 había proyectado una expedición de búsqueda del *Titanic*, pero que cuando descubrió las dificultades técnicas de la empresa —tras supuestamente localizar el lugar de naufragio— desvió el proyecto a la búsqueda del Arca de Noé en Turquía. Otra de las fantásticas empresas de Harris fue la busca del tesoro de Pancho Villa.

Jack Grimm deseaba encontrar el *Titanic* cuanto antes pero no había equipo disponible en ese momento, así que se desarrolló toda la tecnología desde cero y financió el diseño del Sea Marc, un nuevo y sofisticado sistema de sónar de barrido lateral, que crea un haz de sonido. Lo que hacía del Sea Marc un aparato revolucionario era la amplitud de su alcance, de casi cinco kilómetros de anchura. El problema era que no proporcionaba resultados lo bastante precisos para diferenciar un pecio de una formación marina natural.

La primera expedición zarpó de Florida a mediados de julio de 1980. Grimm determinó catorce lugares donde podían estar los restos del *Titanic*. Pero las tempestuosas aguas y los problemas con el equipo lo forzaron a regresar a tierra el 17 de agosto de 1980. Un año después, la segunda expedición contaba con un sistema de sónar más preciso llamado Deep Tow, capaz de mostrar objetos más pequeños. Se adentraron 1.500 kilómetros en el Atlántico Norte y rastrearon la zona donde se encontraban los catorce lugares ya identificados el año anterior, y los fueron comprobando uno por uno. Se examinaron trece de los catorce objetivos. Entonces ocurrió el desastre. El cabrestante que lanzaba y recuperaba el Deep Tow se rompió antes de terminar la exploración. El equipo de investigadores no sabría determinar si precisamente en ese punto bajo el agua se encontraban los restos del *Titanic*. «Se puede decir que vislumbramos lo que era el yacimiento del *Titanic*. Vimos el paisaje. Pero hasta que no se tiene un identificador, no son más que elementos acústicos», explica Bill Ryan, del Observatorio Geológico Lamont-Doherty, miembro en aquella expedición.

Entonces Ryan decidió utilizar otro elemento del equipo que había financiado Grimm: el sistema de vídeo en color de profundidad. Este vehículo estaba diseñado para grabar al *Titanic* en vídeo, si lograban encontrarlo. No enviaba imágenes al barco, pero sí podía grabarlas para un posterior visionado. Durante los cuatro días de regreso a la costa, el

equipo revisó las imágenes captadas. Detectaron un enorme objeto curvo. «Mi reacción fue “hemos encontrado una enorme roca glacial” pero Grimm gritó “es la hélice”», recuerda Bill Ryan.

Hasta dos años después Grimm no organizó otra expedición. Era 1983 y la misión volvió a fracasar en su intento de confirmar la existencia de la hélice. Las tres expediciones de Grimm en los años ochenta estuvieron muy cerca de conseguir ver el *Titanic*, aunque no fue posible. Sin embargo, dejaron una gran contribución a la ciencia: el fabuloso equipo que utilizaron, gracias al cual se iluminó y se pudo ver por primera vez el lecho marino con gran precisión.

EL GRAN DESCUBRIMIENTO

El 1 de septiembre de 1985, el doctor Robert Ballard y su equipo del Instituto Oceanográfico Woods Hole realizaron el mayor descubrimiento de la historia marítima: detectaron objetos cotidianos de los 2.200 pasajeros del *Titanic*, reliquias que habían estado ocultas en la fría oscuridad del Atlántico durante setenta y tres años. Su localización fue posible gracias a la nueva tecnología utilizada.

Desde años atrás, los científicos, ingenieros y técnicos de Woods Hole trabajaban en un concepto que estaban convencidos abriría el mitificado fondo marino a los ojos del mundo. Lo llamaron *telepresencia* y se basaba en llevar videocámaras a las profundidades oceánicas. En 1982, la Oficina para la Investigación Naval de EE.UU. contribuyó con 2.800.000 dólares al desarrollo de esta tecnología, en especial del *Argos*, bautizado así por el mítico barco que llevó a los argonautas en su búsqueda del vellocino de oro. A cambio, el equipo del doctor Ballard tenía que ayudar a la Marina estadounidense a localizar dos submarinos perdidos: el USS *Thresher*, hundido en 1963, y el USS *Scorpion*, que había naufragado cinco años después a 400 millas al sudoeste de las islas Azores. La

Marina quería que Robert Ballard usara la nueva tecnología para conocer el estado de los submarinos hundidos y la situación de sus reactores nucleares, una misión clasificada como secreta.

Así, con financiación adicional de la Marina, los ingenieros y técnicos de Woods Hole comenzaron a trabajar en el *Argos* en 1982. Este armazón de 1.800 kilogramos y del tamaño de un automóvil, con tres cámaras de visión nocturna y sónar, daría un salto cualitativo en la grabación de imágenes en las profundidades. En 1984, el *Argos* se estrenó en una misión secreta con el USS *Thresher*. Gracias a las imágenes captadas desde la superficie, se vio que el submarino estaba destrozado, completamente aplastado, en el fondo marino.

Una vez cumplida esta misión, la idea de Ballard era adentrarse aún más en el Atlántico para llegar al *Titanic*. Pero Woods Hole es una institución científica y la dirección no estaba convencida de que buscar el *Titanic*, o cualquier nave naufragada, fuera un uso adecuado de sus recursos. Además, era peligroso. Así que antes Ballard tuvo que convencer a los directivos del Instituto de que buscar el *Titanic* sería la mejor forma de probar su nueva tecnología y de encontrar ayuda internacional. Al poco tiempo, el Instituto Francés para la Investigación y Exploración del Mar, o IFREMER —el equivalente europeo al WHOI— se unió a la búsqueda.

La idea era que, primero, los franceses tenían que encontrar el pecio con su sónar y, después, irían los ingenieros de WHOI a tomar imágenes. La primera parte de la expedición se puso en marcha el 24 de junio de 1985. El científico de IFREMER, Jean-Louis Michel comenzó la búsqueda del *Titanic* a bordo del barco de investigación galo *Le Sirve* y con su nuevo sónar acústico remolcado SAR: un sónar de barrido lateral que permitía rastrear hasta los seis mil metros de profundidad; eso es lo que lo hacía tan innovador. Se empleó el SAR directamente sobre el objetivo no explorado por Jack Grimm, pero al sumergirse, el detector de

metales que incorpora el sónar se disparó. La máquina necesitaba ajustes, no funcionaba bien y regresaron a tierra.

Días más tarde, el 12 de agosto, Ballard y Michel se unieron a la parte estadounidense de la búsqueda en el barco *Knorr*, que zarpó del puerto de Ponta Delgada, en las Azores. Pero antes de ir a la búsqueda del *Titanic*, de nuevo Ballard debía cumplir un encargo de la Marina de Estados Unidos: la investigación del otro submarino nuclear, el *USS Scorpion*, hundido 400 millas al sudoeste de las Azores. Las cámaras del Argos permitieron captar que, a diferencia del otro submarino, el *Scorpion* estaba prácticamente intacto en el fondo marino.

Finalizada esta misión secreta, el 24 de agosto, el *Knorr*, repleto de expectantes científicos e investigadores galos y estadounidenses, llegó cerca de la zona donde la búsqueda francesa había cesado. Ballard estaba convencido de que el vídeo era mejor herramienta de búsqueda que el sónar. Pero pasaron los días sin que encontraran nada. A tan sólo cuatro días de su regreso a casa parecía que el *Titanic* había vuelto a esquivar a otra decidida y preparada expedición de búsqueda. La tripulación estaba bastante desanimada. Entonces, a medianoche, recién estrenado el 1 de septiembre, todo dio un vuelco: se empezaron a detectar pequeños objetos en el fondo del mar. «Eran fragmentos de cosas muy angulares. Y ocurrió, según demostró la historia, que las primeras imágenes que obtuvimos fueron de las calderas, con un patrón muy reconocible de remaches en la parte frontal», recuerda Catherine Offinger, navegante del *Knorr*. No había error: el objeto era una caldera de un barco de vapor de principios del siglo xx, pero todavía no se había conseguido captar la imagen para mostrar al mundo el misterioso barco.

Maniobrar el trineo, que es como llamaban al Argos, no era fácil, ya que podía quedar atrapado en el pecio. La mayor dificultad que había que sortear eran los cables que soportaban las gigantescas chimeneas del *Titanic*. «Las chimeneas —explica Ballard— se habían desprendido, y con

ellas todo el aparejo. Afortunadamente, porque así teníamos la cubierta despejada. Estábamos llevando a cabo un trabajo que nadie había hecho antes y sabíamos que teníamos lo último en tecnología. Lo llevamos al límite y salimos indemnes. Allí estaba. No era un montón de chatarra donde sólo se identifican algunas de sus partes. Estábamos ante el *Titanic*.»

Espanaban encontrar el *Titanic* de una pieza, pero en medio del navío hallaron una confusa masa de hierros retorcidos. Fue una sorpresa porque sólo un superviviente de la noche del naufragio —el joven Jack Thayer— narró este hecho, y tenía razón. El barco se había partido en dos entre la tercera y la cuarta chimenea, y ahora yacían a 600 metros de distancia una de otra. Esas imágenes submarinas lo confirmaban.

El 2 de septiembre de 1985, el equipo de investigadores, ante la posibilidad de que el mal tiempo dañase el *Argos*, decidió continuar con un nuevo aparato de investigación geológica submarina, el *Angus*, que fue sumergido bajo el *Knorr*. En lugar de grabar vídeo tomaba imágenes en 35 milímetros, fotografías que sólo podían revelarse a su regreso al barco. El *Angus* tomó miles de fotografías, incluida la primera imagen de cerca de los restos del naufragio. Y la noticia del hallazgo del *Titanic* apareció en la portada de todos los periódicos del mundo.

BAJAR AL FONDO DEL MAR

Al año siguiente, Ballard y su equipo regresaron, en el *Atlantis II*, con la intención de ver directamente las cosas por sí mismos y no a través de imágenes captadas con cámaras. Bajaron hasta el mismo pecio mediante un submarino especial, un vehículo de inmersión a gran profundidad, el *Alvin*, propiedad de la Marina de EE.UU. pero operado por el WHOI. Además, contaban con el prototipo de una pequeña sonda robótica diseñada para entrar en los tubos lanzatorpedos del submarino nuclear

hundido *Scorpion* y así examinar el estado de cualquier arma nuclear activa que estuviera aún a bordo. El diminuto robot fue llamado *Jason Jr.* y se unió al *Alvin* por una amarra. La idea era permitir al sumergible enviar una cámara a zonas y espacios de difícil acceso o que implicaban riesgo. Era una especie de «ojo que nada» para moverse dentro del pecio.

A las 8.30 horas de la mañana del día 13 de julio tuvo lugar la primera inmersión; bajaron Robert Ballard, el piloto Ralph Hollis y el copiloto Dudley Foster. Pero todo salió mal: se produjo una vía de agua en las baterías bastante peligrosa, debido a la mezcla de agua salada con el ácido de las baterías. Después, se perdió el sónar y tuvieron que moverse por el fondo marino a ciegas. «Sólo veíamos unos doce metros por delante, por eso fue una sorpresa cuando lo encontramos», cuenta Foster. «Nos hundíamos y estuvimos allí como doce segundos, pero fue suficiente», recuerda Ballard.

En total se hicieron doce inmersiones, la mayoría con gran éxito. Entre todos los datos e imágenes compilados por los técnicos de WHOI destaca un documento clave: una imagen-mosaico creada a partir de cien fotos seleccionadas de entre las 57.000 tomadas por el dispositivo fotográfico *Angus*. Proporciona una visión imposible de captar de otra forma porque no hay modo de iluminar la enorme estructura en la oscuridad de 4.000 metros de profundidad. Justo después de aquellas expediciones al *Titanic*, el barco *Atlantis II* volvió a zarpar con *Alvin* y con el robot *Jason Jr.* Fueron a explorar el *Scorpion* y el *Thresher*, pero la prensa nunca lo supo.

LOS CAZADORES DE TESOROS

En otoño de 1986, su posición ya no era un secreto, pero el *Titanic* continuaba encerrando muchos misterios y, sobre todo, muchos objetos que gente de todo el mundo mostraba interés por ver. El atractivo de este

legendario barco parece irresistible. Así, mientras los científicos del Instituto Oceanográfico Wood Hole abandonaban el lugar porque para ellos ya no había nada más que investigar, en 1987 el equipo del Instituto Oceanográfico Francés (IFREMER), regresó sobre el *Titanic* con su sumergible de veinte millones de dólares, el *Nautilus* —similar al *Alvin*— con el objetivo de recoger reliquias en asociación con una empresa creada por inversores internacionales. En esta expedición se llevaron a tierra cerca de mil ochocientos objetos, algo que fue muy criticado por los científicos del WHOI por considerarlo una actividad que «carecía de un fin histórico o arqueológico»; incluso sugirieron que se trataba de un acto de profanación.

En 1993, la recuperación de reliquias del *Titanic* ya era un negocio floreciente y se constituyó la empresa RMS Titanic Incorporated que, un año después, fue declarada por el juez federal norteamericano Clark depositaria por rescate del barco, es decir, fue reconocida como la organización con los derechos sobre las posesiones del *Titanic*, lo que incluye el derecho a recuperar artefactos del naufragio. El argumento del juez Clark fue que quería evitar la pelea por el barco al estar en aguas internacionales, incluso que la gente pudiera llegar a «matarse entre sí» ante los codiciados tesoros. La orden dictada por el tribunal de Estados Unidos fue reconfirmada en 1996. Durante las siete expediciones realizadas en 1987, 1993, 1994, 1996, 1998, 2000 y 2004, RMS Titanic, Inc. ha recuperado cerca de seis mil objetos. Elementos como el silbato de vapor de tres toneladas de peso, el mayor construido jamás, han comenzado a exponerse de forma itinerante. Más de diez millones de personas, desde Londres hasta Santiago de Chile, han visitado esta exposición y muchos historiadores y museos empiezan a considerar una buena idea la posibilidad de rescatar más objetos y estudiar cualquiera de la reliquias obtenidas.

El largamente ansiado sueño de subir el *Titanic* a la superficie es

prácticamente imposible. Pero eso no impide que se intente un reflotamiento simbólico, con avances tecnológicos que permiten la recuperación de piezas de este impresionante transatlántico cada vez más grandes. En 1996, la compañía RMS Titanic, Inc. anunció su intención de rescatar ocho de los 269 metros del casco del barco. Hasta ese momento, sólo se habían recuperado trozos de carbón, tazas, platos, joyas y otros pequeños objetos para su restauración. La «gran pieza», como fue apodada, estaba compuesta de acero de entre dos y siete centímetros de espesor.

El método para elevarla fue mediante bolsas llenas de gasoil, que es menos denso que el agua. En 1996, rodeado de atención mediática, un equipo franco-americano enganchó ocho grandes bolsas a la pieza del casco, cada una con 19.000 litros de gasoil. La plancha de acero estaba haciendo a la inversa el mismo camino que ochenta y cuatro años antes cuando, a unos diez metros de la superficie, hubo que soltar la pieza y dejarla volver al fondo porque un huracán se aproximaba a la zona. La sección de la cubierta C, de los camarotes 79 al 81, regresó al fondo del mar por segunda vez. Un año más tarde, el equipo de la RMS Titanic, Inc. lo intentaría de nuevo. Tras un ascenso de media hora, por fin, una generosa porción del *Titanic* —unas 20.000 de sus 46.000 toneladas— conseguiría lo que el barco completo no logró: llegar a Estados Unidos. Tras ochenta y seis largos años bajo el mar, fue recibida con una ceremonia al entrar en el puerto de Boston el 21 de agosto de 1998.

Frente a los defensores de ir sacando objetos del fondo del mar para exponerlos se encuentran los partidarios de mantener un *Titanic* completo en las profundidades del océano y, por ejemplo, mostrarlo en vídeo o película con el realismo que permiten la tecnología actual de alta definición, a modo de «visita virtual subacuática». Esta línea es la que defiende el oceanógrafo del WHOI David Gallo. «Nuestra sensación —indica— es que sería muy emotivo ver el *Titanic* yaciendo en el fondo del mar y tratarlo como un monumento, no como lugar donde recuperar objetos.»

Para su descubridor Ballard también es preferible crear museos submarinos a través de la telepresencia. «La clave reside —asegura— en que uno quiere visitar el lugar donde ocurrió la historia.»

EL FUTURO DEL DELICADO PECIO

Los especialistas del Instituto Oceanográfico WHOI continúan, desde 1985, grabando imágenes que les permitan reunir información para ver cómo ha cambiado el barco y han demostrado que sus cámaras de alta tecnología funcionan bajo las extremas presiones a 4.000 metros de profundidad y logran compensar la oscuridad y el cieno que se levanta al recibir la visita de un sumergible. Esta tecnología es capaz de enviar imágenes de una definición nunca antes vista. Sin embargo, los más pesimistas piensan que no importa lo buenas que sean las imágenes: la gente siempre quiere una visión en vivo de este monumento a la historia. Ya hay varias organizaciones que hacen visitas al pecio. Desde finales de los años noventa, cualquiera que pueda permitirse gastar 36.000 dólares puede alquilar un submarino ruso MIR, uno de los pocos capaces de alcanzar la gran profundidad del *Titanic*, y descender en él. La perspectiva de multitudes de turistas visitando el delicado pecio origina la pregunta: ¿ha ido la tecnología subacuática demasiado lejos?

El estado general de los restos del *Titanic* preocupa cada vez más a la comunidad científica ya que se ha verificado un aumento de la velocidad de corrosión, pese a la escasa proporción de oxígeno en las frías aguas, debido a las fuertes corrientes que recorren todo el fondo marino del sector. Nadie sabe con certeza cuánto tiempo pasará hasta que el *Titanic* acabe desapareciendo. Se ha podido comprobar que, tras noventa años, está comido por el óxido y existen evidencias de que la superestructura es muy frágil. Además, las bacterias del óxido tienen un particular gusto por los remaches que unen las planchas a la quilla del barco. «Por eso lo más

probable es que el pecio acabe por desmoronarse, quizá en cinco o diez años», explica el escritor especialista en el *Titanic* Charles A. Haas. Por tanto, tan dañino puede ser el paso del tiempo como el aumento de actividad y de visitas.

Lo que es seguro es que, incluso después de noventa años, la gente continúa sintiéndose atraída por el *Titanic*. Algunos han invertido fortunas y otros han arriesgado su reputación e incluso su vida. Desde las primeras imágenes en blanco y negro hasta la claridad de las de alta definición actuales y la increíble tecnología que logra reconstruir lo que pasó y llevarnos al pasado, aún permanecemos atrapados en la historia del *Titanic* que sigue reescribiéndose, año tras año, por quienes están dedicados a investigarlo. El propio yacimiento es un monumento en memoria de aquellos que murieron.

Los gemelos del *Titanic*

Los grandes transatlánticos Olympic, Titanic y Britannic nacieron en la primera década del siglo xx, cuando este tipo de majestuosas embarcaciones dominaba el mundo. Los tres barcos, casi idénticos, tuvieron una existencia extraña y un final trágico. Incluso se llegó a hablar de naves marcadas por la desgracia. El final del Titanic y del Olympic está claramente documentado. Sin embargo, tuvieron que pasar más de sesenta años antes de que Jacques Cousteau y su equipo de intrépidos exploradores submarinos desvelaran qué ocurrió el 21 de noviembre de 1916, cuando el barco hospital Britannic explotó misteriosamente y se hundió en menos de una hora, en el canal Kea, en el Mediterráneo oriental. Se esperaba que los restos encontrados por la expedición en diciembre de 1975 pudieran responder a los muchos misterios que rodeaban el naufragio y poder así escribir el capítulo final del Britannic y sus famosos gemelos, los transatlánticos Olympic y Titanic. Pero el puzle no pudo completarse hasta los años noventa.

En 1910, la oleada de inmigrantes que se dirigían al Nuevo Mundo convirtió los transatlánticos en un buen negocio. El tamaño de los barcos que surcaban el Atlántico Norte era enorme. Los armadores de la época querían espacio suficiente para el incesante flujo de pasajeros deseosos de llegar a Estados Unidos, pero también pretendían que fueran naves lujosas. Sabían que este tipo de viajeros los enriquecería, aunque la situación no iba a ser eterna: la mayoría de los inmigrantes no regresaba y realizaba sólo un viaje en la vida. La verdadera riqueza, los ingresos seguros, provenían de los acaudalados pasajeros de primera clase que atravesaban

regularmente el océano por negocios o placer. En aquellos años, para atraer a esos clientes, las compañías de transatlánticos, como Cunard Line y White Star Line, competían ferozmente por construir los barcos más grandes, rápidos y lujosos.

LA RIVALIDAD EN EL ATLÁNTICO

La Cunard dominaba el negocio de pasajeros en el Atlántico y era una de las compañías más importantes del mundo. Consecuencia de la batalla por mantener esa supremacía y ante el temor del gobierno británico de perder el control de su flota mercante a favor de la International Mercantile Marine Company del financiero norteamericano J. P. Morgan, gobierno y armadores se pusieron de acuerdo para construir dos transatlánticos rápidos: el *Lusitania* y el *Mauritania*. Su entrada en servicio en 1907 supuso una amenaza para la White Star Line, la naviera que hasta entonces había tenido los barcos más suntuosos del Atlántico Norte. Su flota quedaba deslucida con la presentación del *Lusitania* y «para la Cunard supuso una gran ventaja sobre la White Star Line porque su nave era la más nueva, la más grande y la más rápida en surcar los mares. Tenía más servicios que ningún otro barco del mundo y atrajo a ricos e influyentes de ambos continentes», cuenta el historiador marítimo Eric Sauder. El *Lusitania* y el *Mauritania* desplazaban 30.396 toneladas, tenían una eslora de aproximadamente 232 metros, con velocidad máxima de 26,4 nudos y una potencia de 70.000 caballos.

En 1902, J. Bruce Ismay se convirtió en el director de la compañía White Star. A partir de 1907, y junto a lord James Pirrie, en un intento por romper el dominio de la Cunard, decidieron diseñar los barcos más grandes y lujosos y dejar de competir en velocidad con sus rivales para pasar a concentrar sus esfuerzos únicamente en la comodidad, la fiabilidad y el precio de sus operaciones. «A Ismay y a lord Pirrie sólo les

preocupaba concebir grandes barcos, de 45.000 toneladas, a los que se denominó clase *Olympic*, y que serían los mayores del mundo, con diferencia», explica el historiador naval y escritor John Maxtone Graham. El nombre de esos grandes barcos eran: *Olympic*, *Titanic* y *Gigantic*, este último pasó a llamarse *Britannic* después de la catástrofe de su hermano gemelo.

En 1908-1909 comenzó en los astilleros Harland & Wolff, en Belfast (Irlanda del Norte) la construcción del *Olympic* y del *Titanic*. Era el inicio de los supertransatlánticos y la primera vez que se construían simultáneamente y en el mismo astillero dos barcos de este tipo. El *Olympic* fue el primero en completarse. Se botó en los astilleros de Belfast el 20 de octubre de 1910 y sorprendió por su tamaño y opulencia. Con 30 metros por encima de su rival más cercano, en esos momentos ostentó con orgullo el título de barco más grande del mundo. En comparación, el *Lusitania* y el *Mauritania*, de la compañía Cunard, parecían barcos de juguete. Además, su interior contaba con un lujo y unas instalaciones nunca vistas hasta entonces: gimnasio, baños turcos, cafés parisinos... todo lo necesario para atraer a los pasajeros influyentes que viajaban con la Cunard. A todo ello se unieron unas novedosas medidas de seguridad, como las puertas herméticas eléctricas, que lo convertían en uno de los transatlánticos más seguros del mundo. Su viaje inaugural hasta Nueva York fue todo un éxito.

El *Olympic* tuvo su primer problema durante el quinto viaje, cerca de Southampton, rumbo a la isla de Wright. Atravesando los estrechos canales de la zona, el barco fue adelantado por un buque de guerra, el HMS *Hawke*, que llegó a colisionar con el gigantesco transatlántico. Su proa rasgó un costado del *Olympic*, destrozando un grupo de camarotes de segunda clase. El accidente ocurrió a la hora de la comida, cuando la mayoría de los pasajeros estaban en los comedores y, milagrosamente, nadie resultó herido. «Culparon al *Olympic* del incidente porque dijeron

que iba demasiado rápido. Pero en la zona ya se habían producido otros accidentes entre transatlánticos y barcos de guerra demasiado atrevidos y que se acercaban demasiado sin darse cuenta de la enorme succión que atraía a los barcos pequeños», explica Maxtone Graham. Ambos barcos quedaron inutilizados tras la insólita colisión. El *Olympic* sufrió daños considerables y tardó seis meses en volver a estar operativo. Las reparaciones exigieron que el personal del astillero Harland & Wolf se retrasase en la construcción del *Titanic*. Los juicios determinaron la culpabilidad del oficial al mando del HMS *Hawke* por no guardar la suficiente distancia entre ambos buques.

En enero de 1912, el *Olympic* sufrió la pérdida de una pala de la hélice de estribor y tuvo que volver al astillero en Belfast para su reparación y, de nuevo, se retrasó la entrega del *Titanic*. De esos días, marzo de 1912, datan las únicas fotografías de los dos hermanos juntos: cuando el *Olympic* fue entregado, amarró en el muelle de la White Star junto al nuevo *Titanic*, y los fotógrafos, que seguían las historias de ambos barcos, los inmortalizaron juntos.

LA MALA SUERTE DEL *TITANIC*

En 1912, la reputación del *Titanic* de transatlántico de lujo se extendió por todo el mundo; ricos y famosos se apresuraron a engrosar la lista de pasajeros, ansiosos por ser los primeros en embarcar. Para asegurarse de que estos huéspedes especiales recibieran el impecable servicio que demandaban, el presidente de la White Star Line desarrolló una estrategia única: cuando estaba a punto de hacer su viaje inaugural, gran parte de la tripulación del *Olympic* se transfirió al *Titanic* para tener contentos a los pasajeros; muchos de ellos ya habían navegado en el *Olympic* y querían ser atendidos por la misma tripulación y por los mismos camareros.

El incidente del *Olympic* y del HMS *Hawke*, ocurrido un año antes, se

olvidó pronto. Hasta un año después, cuando su hermano más joven sufrió un accidente parecido en su viaje inaugural. Era el 10 de abril de 1912 y el *Olympic* se preparaba para zarpar de Nueva York en un viaje regular cuando, al otro lado del Atlántico, su gemelo, el *Titanic* se hizo a la mar. La historia de este viaje es de sobra conocida, pero el destino estuvo a punto de haber cambiado tras un incidente a la salida de Southampton: el *Titanic* tuvo muchas dificultades para salir del muelle, atestado de otros transatlánticos e, irónicamente, su viaje inaugural a punto estuvo de no hacerse.

«El *Titanic* zarpó y pasó demasiado rápido junto a dos barcos: el *Oceanic* y el *New York*, que estaban amarrados en el muelle, donde se estrechaba el canal. El *New York* se soltó de sus amarras y navegó a la deriva a un metro de la popa del *Titanic* cuando uno de los seis remolcadores que habían sacado al transatlántico se enredó con uno de los cabos y tiró de él», relata el historiador naval y escritor Maxtone Graham. La suerte evitó la colisión. Si hubieran chocado, el viaje inaugural habría terminado con un simple lamento en Southampton, pero no fue así.

Superado el incidente, el *Titanic* se dirigió al puerto francés de Cherburgo, donde llegó al atardecer del 10 de abril. Al día siguiente, zarpó a primera hora hacia Queenstown, en Irlanda, donde embarcaron y desembarcaron pasajeros y correo, y puso rumbo a Nueva York. El 14 de abril de 1912, el *Titanic* se enfrentó a su destino al chocar con un enorme iceberg y hundirse en menos de tres horas. A 750 kilómetros de allí, el *Olympic* fue uno de los primeros barcos en recibir las desesperadas llamadas de socorro de su gemelo. Pero estaba demasiado lejos para acudir en su ayuda.

El terrible desastre del *Titanic* causó hondo estupor en la industria naval. El *Olympic* fue retirado del servicio y modificado en un intento por hacerlo más seguro. Algunos de los cambios que hizo la White Star fueron simples concesiones para que el público no se sintiera mal viajando en

una réplica del *Titanic*. Las mamparas herméticas se ampliaron hasta diez metros para que llegaran hasta cubierta. Se añadieron más botes salvavidas, una medida que sí que era verdaderamente necesaria, porque en el *Titanic* no hubo los suficientes botes para salvar a todos los que viajaban en él.

EL TERCER HERMANO: EL *BRITANNIC*

El casco parcialmente construido del tercer barco de la clase *Olympic* sufrió las mismas modificaciones. Además de varias mejoras internas, se construyeron y diseñaron enormes pescantes en las cubiertas de los que colgaban 46 botes salvavidas. Con 10 metros de eslora cada uno, eran los más grandes vistos hasta el momento y tenían espacio suficiente para albergar a todos los pasajeros y la tripulación. Después de rigurosas pruebas e inspecciones, el tercer hermano de la flota estaba en condiciones de navegar con una última modificación: «Le cambiaron el nombre original de *Gigantic* porque sonaba demasiado pretencioso y era como tentar al destino. Ese tipo de ostentación pasó de moda cuando naufragó el *Titanic*. Y le llamaron *Britannic*», cuenta Maxtone Graham.

El *Britannic* fue botado el 26 de febrero de 1914 con la idea de unirse a la ruta transoceánica del *Olympic*, pero la Primera Guerra Mundial alteró para siempre el destino de los hermanos gemelos del *Titanic*. Durante la contienda los transatlánticos se convirtieron en transportes de tropas o en barcos hospitales para repatriar a los heridos a Inglaterra. La Marina británica requisó los grandes transatlánticos. Primero fueron decomisados el *Mauritania* y el *Aquitania*, de la compañía rival, Cunard. Después, el *Olympic* se destinó a transportar tropas. En noviembre de 1915 le tocó al *Britannic*. Como el transatlántico seguía en los astilleros se decidió convertirlo en barco hospital. Equipado con tanto lujo como el *Olympic* y

el *Titanic*, sus valiosos muebles y obras de arte fueron sustituidas por equipo quirúrgico y camas para 3.300 pacientes.

El *Britannic* entró en servicio el 23 de diciembre de 1915. Desde principios de año los aliados se veían envueltos en la desastrosa campaña de Gallípoli. Ésta es una península en la costa europea de Turquía, donde en abril de 1915 desembarcó un cuerpo expedicionario aliado (británicos, australianos, neozelandeses, indios y franceses) en un intento de dominar desde tierra los Dardanelos, el estrecho que da paso del Mediterráneo al mar de Mármara, para así amenazar a Estambul. La operación fue un fracaso rotundo: las fuerzas expedicionarias quedaron atascadas en las cabezas de puente, asediadas por los turcos, que las sometían a bombardeos y ataques, y sufrieron más de doscientas mil bajas. La misión del *Britannic* era evacuar el interminable flujo de soldados heridos a los hospitales de Mudros, en la isla griega de Lemnos, en el Egeo.

La zona representaba un gran peligro; estaba repleta de submarinos alemanes que acechaban en silencio, listos para torpedear barcos desprevénidos. También estaba llena de minas que se colocaban bajo el agua y eran imposibles de detectar por los barcos. En principio los capitanes de los submarinos alemanes no atacaban a los barcos hospitales, claramente identificados, porque así lo prohibían los tratados firmados hasta el momento. Ambos bandos se adhirieron oficialmente a la Convención de Ginebra que declaraba que los barcos hospitales estaban protegidos de ataques, mientras se siguieran ciertas pautas. Así, además del personal médico del barco, sólo podían subir a bordo soldados heridos desarmados y debían cambiar sus uniformes por trajes azules del hospital.

Según algunos historiadores, el *Britannic* incumplía ocasionalmente las normas transportando refuerzos médicos militares desde y hacia el frente. Aunque no era una violación directa de la Convención de Ginebra, el enemigo podía malinterpretar fácilmente sus actos. En octubre de 1916, un ciudadano austríaco que estaba siendo expatriado de Egipto a su

país natal, afirmó haber sido testigo del transporte de soldados en el *Britannic*. Cuando llegó a Austria no tardó en informar a las autoridades de estas posibles infracciones a la Convención. Tuviera o no relación con esa denuncia, el caso es que el 21 de noviembre de 1916 el *Britannic* se hundió. El barco hospital enfilaba el canal de Kea para recoger a pacientes heridos en Grecia y, de repente, una gran explosión sacudió el plácido amanecer. La tripulación corrió a los botes salvavidas. El capitán viró el barco hacia la costa sin darse cuenta de que ya se habían lanzado dos botes. La succión generada por las hélices en movimiento los arrastró hacia las cuchillas y los destrozó. Hubo 1.036 sobrevivientes y sólo 30 muertos. El *Britannic* se hundió en tan sólo cuarenta y cinco minutos, así que pudieron morir muchos más; incluso la tragedia podría haber sido mayor si el barco sanitario en lugar de dirigirse a Mudros para recoger a los heridos, hubiera estado de vuelta. «Entonces, hubiera superado con creces el número de muertos del *Titanic*», indica Maxtone Graham. La White Star había perdido su segundo transatlántico de lujo y otro gigante de los mares se transformaba en leyenda.

A pesar de las mejoras hechas en el casco del barco, el *Britannic* se hundió en menos de una hora, casi tres veces más deprisa que el *Titanic*, y aunque los supervivientes fueron rescatados, los rumores y preguntas sobre el naufragio no se hicieron esperar. Todos se cuestionaban por qué se sumergió tan rápido y, lo que es más importante, qué provocó la explosión inicial. «Corrieron rumores —explica el asesor técnico naval Bill Sauder— de que fue víctima de un torpedo alemán. El *Lusitania* se había hundido sólo un año antes. Y aunque los alemanes habían prometido no seguir torpedeando barcos, nadie les creyó.» Hubo un cruce de acusaciones entre británicos y alemanes. El corresponsal del periódico *The Times* acusó a Alemania de hundir el *Britannic* para deshacerse de un barco que podría resultar un gran competidor en el tráfico de pasajeros después de la guerra. Berlín respondió sugiriendo que el *Britannic*

transportaba personal médico de combate incumpliendo la Convención de Ginebra. «Mandaron un comunicado al *London Times* declarando: “No hundimos deliberadamente el barco pero sospechamos que llevaba gran cantidad de personal militar a bordo”. Fue suficiente para suscitar muchos interrogantes», señala Simon Mills, escritor y propietario de los restos del *Britannic*.

La precipitada investigación de la Marina inglesa hizo poco por acallar los rumores. El informe final declaraba que los efectos de la explosión podrían deberse a un torpedo, pero se inclinaba por que fuera una mina. Simon Mills comenta: «El informe sobre el *Britannic*, si lo comparamos con la investigación del *Titanic*, nunca se completó. Los funcionarios británicos encargados de investigar la pérdida del barco tuvieron muchos problemas. Los supervivientes fueron dispersados y repatriados rápidamente. Había pocos testigos y el informe oficial publicado dos días después fue muy básico».

A pesar de la controversia, el naufragio del *Britannic* desapareció pronto de la conciencia popular. El emperador austríaco Francisco José I de Habsburgo-Lorena, marido de la famosa emperatriz Sissi y el soberano que había iniciado la Gran Guerra al declarar la guerra a Serbia, había muerto tras casi setenta años de reinado y los titulares de la época se centraron en tan dramático hecho. Fue necesario que pasaran más de sesenta años antes de que el *Britannic* volviera a acaparar las portadas de las revistas y periódicos y se revelara los muchos secretos que se había llevado a las profundidades.

EL DESTINO FINAL DEL *OLYMPIC*

Al contrario que sus hermanos, el *Olympic* navegó durante casi veinticinco años, entre 1911 y 1935. En mayo de 1918, durante su vigésimo segunda misión, el *Olympic* se hizo famoso por ser el único transatlántico

capaz de hundir un submarino alemán. Por muy increíble que pareciera, y aunque el barco no era muy maniobrable, embistió a un submarino, el hundimiento fue el final épico de su carrera militar. Unos meses después, Alemania se rindió y el *Olympic* regresó a sus rutas comerciales habituales. Nunca recuperó su fama anterior a la guerra, pero continuó surcando los océanos varios años más, con sus apodos: *El Viejo Confiable*, *El Gran Señor del Atlántico Norte* y *El Fiable*. Pero el 15 de mayo de 1934 ni siquiera él pudo escapar a la maldición de los gemelos del *Titanic*.

Llevaba más de dos décadas en activo, y el paso del tiempo se notaba en su estructura y en su mecánica. El 15 de mayo de 1934, a su llegada a Nueva York, el *Olympic*, por culpa de la niebla, alcanzó al barco faro *Nantucket*; lo partió en dos, destrozando el barco y matando a los siete miembros de la tripulación. El accidente fue el fin del transatlántico. En medio de la gran depresión, las compañías White Star y Cunard, entonces ya fusionadas, decidieron que el viejo barco ya no era rentable. En 1935, sus rutas finalizaron, tras 257 viajes a Estados Unidos. El barco estuvo en Southampton seis meses, hasta que en septiembre fue vendido por 500.000 dólares a sir John Jervis, miembro del Parlamento británico, que tras verse afectado por la depresión de la época lo vendió como chatarra a Thomas Ward & Sons Ship Breakers en Jarrow, Escocia. Desmantelado entero y tras subastar más de cuatro mil quinientos objetos de su interior, acabó sus días. «Fue un fin ignominioso para el transatlántico promocionado en su día como el más grande del mundo», señala Maxtone Graham. En la actualidad, los restos de los grandes interiores del *Olympic* son piezas sueltas que adornan varios hoteles ingleses.

EL EXTRAÑO CASO DE VIOLET JESSOP

En 1911, la joven Violet Jessop, de 23 años, comenzó a trabajar en la White Star Line como camarera en el *Olympic* y vivió el primer accidente

de este transatlántico en la isla de Wight, cuando colisionó contra el HMS *Hawke*. El incidente no la desanimó lo más mínimo y, después, como camarera de primera clase, se enroló en el *Titanic*. Según describió en sus memorias estaba ansiosa por explorar las muchas mejoras que se habían incorporado en esta nave en relación con su primer barco. El lujo del transatlántico, sus obras maestras de ebanistería de Irlanda y Holanda y la larga lista de nombres distinguidos de pasajeros de primera clase no la defraudaron. Pero no imaginó el trágico destino de tanta belleza.

Violet Jessop tuvo suerte: fue uno de los setecientos supervivientes del naufragio del *Titanic*. Más del doble perecieron en las crueles y gélidas aguas del Atlántico Norte. Según explica Maxtone Graham, sobrevivió al hundimiento logrando subir a un bote salvavidas pero, a último momento, un oficial del barco le entregó un bebé abandonado en la cubierta. A la mañana siguiente, Violet y el resto de los supervivientes fueron rescatados por el *Carpathia*. «Cuando llegó al barco apareció la madre. Se había salvado subiéndose a otro bote. La madre cogió a su hijo pero nunca le dio las gracias», cuenta Graham.

Increíblemente, la valiente Violet Jessop se unió a la tripulación del *Britannic* en diciembre de 1915. Había sobrevivido a la colisión del *Olympic* y al hundimiento de *Titanic*; con todo, se presentó voluntaria y fue destinada como enfermera al tercer barco de la compañía White Star. El 21 de noviembre de 1916, cuando una gran explosión hizo temblar al *Britannic*, ella estaba en la cocina; el impacto la sobresaltó: «De repente, oímos un ruido ensordecedor. Todo el salón se levantó de sus asientos... Me trajo recuerdos no tan distantes de la noche aciaga del *Titanic*. La calma con la que nos enfrentamos a lo que ocurrió me dejó una impresión que me ha acompañado siempre», explicaba en sus memorias.

Violet Jessop saltó al mar y fue arrastrada por la succión de las hélices del *Britannic*. Un bote salvavidas le golpeó en la cabeza, rompiéndole el cráneo. Aturdida, la enfermera comenzó a hundirse y, en el último

momento, rozó el brazo de otro superviviente que tiró de ella hasta la superficie. «Cuando la vida no era ya sino un zumbido, subí a la luz del día. Mi nariz sintió el chapoteo de las olas. Abrí los ojos a una increíble mortandad, que me hizo volver a cerrarlos», recordaba en su libro.

Sobrevivir a estas dos tragedias habría sido suficiente para retirarse de la navegación, pero Violet Jessop volvió a embarcarse en el *Olympic* tras el final de la guerra, con el regreso de la nave a las rutas comerciales, y entró de nuevo en el servicio de pasajeros en el Atlántico Norte. En 1950, con 63 años, dejó el mar y se retiró lejos de la costa, a un pintoresco rincón inglés, Great Ashfield, Suffolk, donde vivió sus últimos días, hasta que en 1971 murió de un ataque al corazón. Pero antes, en medio de este bucólico entorno, Violet no pudo escapar a un último encuentro con la maldición del *Titanic* y sus hermanos.

«Una noche, Violet estaba en su casa y su teléfono empezó a sonar en medio de una gran tormenta. Se levantó y cuando cogió el teléfono una voz de mujer preguntó por ella. Cuando se identificó, la mujer le dijo: “¿Es usted la misma Violet Jessop que salvó a un bebé en el *Titanic*?”. Ella contestó: “Sí, pero ¿quién llama en medio de la noche?”. La mujer se rió y dijo: “Yo soy ese bebé” y colgó», cuenta Maxtone Graham. «Le dije a Violet que quizá era algún niño del pueblo gastándole una broma. Pero ella me dijo que era imposible porque nadie conocía la historia más que yo. Es uno de esos misterios que nunca podremos resolver.»

EL HUNDIMIENTO MISTERIOSO

El *Britannic* nunca llegó a realizar un transporte de pasajeros; sólo navegó con tropas y heridos. Y con sus 48.158 toneladas sigue siendo el mayor transatlántico del mundo que descansa en el fondo del mar. Durante décadas, los misterios que rodearon su naufragio continuaron intrigando a los historiadores marinos. En 1975, casi sesenta años después del

desastre, el famoso oceanógrafo Jacques Cousteau decidió localizar los restos del barco. Al principio, Cousteau no logró encontrar el lugar del naufragio. «No estaban donde dijo el Almirantazgo. Se convirtió en toda una búsqueda. Se localizó a 12 kilómetros de donde habían dicho», explica el historiador marítimo Eric Sauder. El extravío del *Britannic* por parte del Almirantazgo británico podría haber sido accidental, pero algunos expertos señalan que también podría ser intencionado para seguir guardando algún secreto. Pero ¿cuál?

Cuando Jacques Cousteau localizó finalmente el *Britannic* a 130 metros de profundidad, recostado sobre estribor, se sorprendió de encontrarlo en un excelente estado de conservación en el fondo del mar. «Cuando un barco se hunde, comienza a deteriorarse, pero el *Britannic* seguía casi igual que el día que se hundió», indica Eric Sauder. En los meses siguientes, el equipo de Cousteau usó la última tecnología submarina para explorar el barco fantasma. Cuando bajó al barco, descubrió graves daños a babor, junto a proa, justo bajo la cubierta. El alcance y localización de la destrucción desconcertó a algunos expertos. Era mucho mayor de lo que esperaban si hubiera sido causado por una simple mina o un torpedo, provocando la especulación sobre una segunda explosión, esta vez desde dentro del barco. Esa teoría acrecentó los rumores de que el *Britannic* llevaba armas para los ingleses. Sin embargo, para el historiador marítimo Sauder sólo fue el resultado de un gran impacto causado al chocar con el fondo marino: el barco golpeó con el morro y las placas de acero salieron despedidas.

Sin embargo, la profundidad de la tumba marina del *Britannic* no permitió que Cousteau completara la investigación del naufragio. «Debido a las limitaciones técnicas de la época, Cousteau sólo pudo pasar cinco minutos en el fondo. Para un barco de 270 metros, no es tiempo suficiente para explorarlo convenientemente», afirma Eric Sauder. El equipo de Cousteau salió del lugar con más preguntas que respuestas.

En 1995, esperando encontrar lo que Jacques Cousteau había dejado sin explicación, el doctor Robert Ballard y su equipo del Instituto Oceanográfico Woods Hole, famoso descubridor del pecio *Titanic* en 1985, regresó al lugar con un gran despliegue de equipos de nueva tecnología: llevó un submarino nuclear y dos vehículos por control remoto que podían examinar diferentes partes del barco al mismo tiempo. Bajó al pecio con los robots submarinos y localizó sus cuatro chimeneas, pero no exploró su interior.

Las cámaras de control remoto grabaron detalles inéditos del gigante transatlántico. Varias imágenes revelaron que había un gran número de ojos de buey abiertos. Entonces, los historiadores comenzaron a preguntarse por qué se dejaron así y si podrían haber ayudado al rápido hundimiento del *Britannic*. La explicación que da Simón Mills es sencilla: «El personal de enfermería dejó abiertas las ventanillas para airear las salas. Si hubieran estado cerradas, quizá el barco se habría salvado». También para Bill Sauder esta situación fue el verdadero motivo de tan rápido hundimiento. «Todos los ojos de buey abiertos dejaban pasar entre una tonelada y tonelada y media de agua por segundo. El *Britannic* se hundía 1 centímetro por cada 75 toneladas de peso añadido. No sólo tuvieron que enfrentarse a los daños, sino también a la inundación provocada por los ojos de buey abiertos», explica.

Sin embargo, una prueba se le escapó al equipo de Robert Ballard: no pudieron encontrar el ancla en la que estaría fijada la supuesta mina culpable del desastre. Era la prueba que proporcionaría una respuesta concreta a la pregunta más inquietante sobre el *Britannic*. ¿Lo hundió una mina o un torpedo alemán? «La mayor parte de las investigaciones gira en torno a documentación histórica en vez de a análisis forenses de los restos. Así, basándonos en la documentación, se puede decir que fue una mina», asegura Bill Sauder. En esta misma línea son las conclusiones

de Simon Mills y Maxtone Graham: «El *Britannic* chocó contra una mina y se hundió».

En 2003, Carl Spencer dirigió el primer equipo que entró en el interior del pecio y documentó los restos del naufragio. También descubrió varias anclas de minas alemanas en el fondo del mar. Con cada exploración, encajaban nuevas piezas del puzle del *Britannic*. «Según pudo comprobar uno de los submarinistas que entró en el barco, donde estaba el daño de la mina, una puerta estanca no estaba cerrada del todo y eso contribuyó al naufragio», indica Eric Sauder. Un buque como el *Britannic* podía navegar con varios compartimientos inundados, pero el agua no pudo ser contenida porque muchas compuertas herméticas se dañaron y no se pudieron cerrar.

Algunos investigadores creen que el mar nunca revelará todos sus secretos y que la verdad tras las historias del *Britannic* y sus hermanos, el *Olympic* y el *Titanic*, seguirá rodeada de un halo de misterio. Otros lo rebaten afirmando que la verdad es conocida por todos; que los tres barcos fueron desafortunadas víctimas en la eterna batalla del hombre por doblegar al implacable mar.

FENÓMENOS INEXPLICABLES

Pirámides: el misterio de su construcción

Durante más de cinco mil años, las colosales pirámides y los formidables obeliscos levantados por los faraones egipcios han asombrado al mundo. Estos monumentos representan una proeza técnica de tal magnitud que arqueólogos y científicos aún siguen buscando claves constructivas que expliquen cómo se levantaron. Para los historiadores resulta terriblemente frustrante que los egipcios no registrasen nada en este sentido. Conocen todos los detalles de su civilización: saben cómo araban el campo, lo que comían y cómo lo preparaban; pero no han encontrado representación alguna sobre la construcción de estas maravillas arquitectónicas, consideradas el mayor monumento del mundo antiguo y uno de los mayores misterios de todos los tiempos. En este sentido, la doctora californiana Maureen Clemmons no comparte la teoría sobre la construcción de las pirámides defendida hasta ahora por prácticamente todos los egiptólogos: la idea de miles de esclavos trasladando gigantescas piezas de piedra mediante rampas de madera, arena y ladrillo no le parece muy creíble. Para ella, ese trabajo representa un esfuerzo tan titánico que difícilmente pudo llevarse a cabo. Por eso, ha elaborado su propia hipótesis, que se basa en el aprovechamiento de un elemento tan natural como el viento. Ahora toda la comunidad científica considera verosímil que los constructores del Antiguo Egipto utilizasen la energía eólica.

Los antiguos egipcios eran marinos, y se servían de la fuerza del viento para navegar por el río Nilo. De hecho, el uso de la energía eólica comenzó en esta zona del planeta, pues es aquí donde se inventó la vela en una

fecha anterior a 3500 a.C. Se cree que el egipcio fue el primer pueblo del mundo que consiguió dominar el viento para propulsar sus barcos. No resulta, por tanto, aventurado pensar que pudieran aprovechar la misma técnica de navegación para aplicarla también en tierra. En 1997, la doctora estadounidense Maureen Clemmons, convencida de ello, se opuso por primera vez a las convicciones tradicionales acerca de la construcción de los grandes monumentos del Antiguo Egipto. Con una persistencia ejemplar, se planteó un objetivo: demostrar que esa civilización utilizó el viento para realizar sus proyectos de ingeniería. Así, lo que comenzó siendo un experimento científico poco relevante, ha recorrido un largo e interesante camino de pruebas y experimentos hasta convertirse en una teoría más entre las muchas que se barajan en torno a las grandes pirámides. Y es que no es tan sencillo, ni siquiera con los materiales y el conocimiento actuales, levantar y trasladar una piedra de 11.000 kilos con la única ayuda de una cometa.

UN EXPERIMENTO HUMILDE COMO PUNTO DE PARTIDA

Maureen Clemmons no es ni egiptóloga ni arqueóloga, pero su pasión por la ciencia la ha llevado a poner del revés los planteamientos convencionales con su innovadora tesis doctoral. Por eso afirma con rotundidad: «La teoría más extendida es la del trabajo manual y el uso de rampas. Yo estoy convencida de la inteligencia de los egipcios, y pienso que utilizaron rampas, trabajo manual y, también, cometas. No creo que una cosa excluya las otras. Creo que nuestra hipótesis incide en las teorías actuales y las fortalece».

El primer problema para la doctora Clemmons fue trasladar sus conjeturas del papel a la práctica. En 1997, rodeada de familiares y amigos, ensayó su teoría por primera vez. Intentó levantar un tronco de secuoya de 3 metros de largo con la única ayuda de dos cometas y los vientos

californianos de Santa Ana. Se trataba de ponerse en el lugar de los antiguos constructores de pirámides: ¿qué materiales tenían los egipcios? ¿Con qué tecnología contaban? Si estuviéramos en su misma situación, ¿cómo utilizaríamos los elementos disponibles?

Los egipcios tallaban sus obeliscos en una sola pieza. Eran pilares finos, en forma de aguja. Creían en el carácter sagrado de estos objetos y los construían por parejas para los templos del dios solar. Su aspecto y su diseño evolucionaron a lo largo del tiempo. Los esbeltos obeliscos del Imperio Nuevo son muy diferentes de los primitivos, de menor tamaño, contruidos siglos atrás. Como Mauren Clemmons y su equipo, parece que los egipcios también comenzaron con obeliscos pequeños. Los primeros pesaban unos doscientos kilos.

En California, el experimento con troncos de secuoya significó un humilde comienzo, pero supuso el primer paso de un viaje de siete años de duración y fue lo suficientemente importante como para que una investigadora «extraoficial» atrajera la atención de otros estudiosos, entre ellos unos ingenieros aeronáuticos de gran renombre y prestigio, como Hans Hornung, director del laboratorio aeronáutico del Instituto de Tecnología Caltech, en California. «Al principio nos sorprendió la idea tan extravagante de la doctora Clemmons y fuimos reticentes, pero ella sólo nos preguntaba si eso era posible», afirma. Maureen Clemmons fue muy persistente: «Respiré hondo, llené mis pulmones de aire. Creo que estuve veinte minutos sin respirar a la espera de una respuesta. Y cuando terminé vi que estaban haciendo ecuaciones sobre una servilleta. Dijeron que lo único que necesitaban para levantar un obelisco de cien toneladas eran: seis minutos y cuarenta y siete segundos», recuerda.

En 1999, el prestigioso Instituto Tecnológico de California (Caltech) firmó con ella un acuerdo: había nacido el proyecto Cometa. La doctora Clemmons pudo reunir un grupo de expertos en diferentes campos llamado a abordar uno de los mayores misterios de la antigüedad: el doctor

Mory Gharib, profesor de aeronáutica; Daniel Correa, supervisor para la construcción; el estudiante de aeronáutica Emilio Graff; el especialista en el desplazamiento de cargas pesadas Troy Chaput; la doctora Elizabeth Barber, experta en tejidos, y hasta contó con un meteorólogo de la NASA, Edward Teets.

EL PROYECTO COMETA

El objetivo de Clemmons era levantar dos obeliscos y mover piedras del tamaño de las utilizadas en la construcción de las grandes pirámides. El lugar elegido para los experimentos de campo fue el desierto de Mojave, en el sur de California. Primero se probó con los obeliscos que, debido a su enorme peso y a su forma de aguja, suponían un reto mayor. El profesor de aeronáutica Mory Gharib lo explica así: «En un objeto en forma de aguja, el centro de gravedad no está necesariamente en el centro, por lo que son varios los retos que se presentan cuando se pretende levantar un cuerpo de estas características, tan grande y pesado».

El primer obelisco que los investigadores decidieron levantar pesaba tres toneladas y media, más que una piedra normal de las pirámides. Si lo conseguían, el siguiente obelisco sería tres veces mayor. El primer paso fue diseñar un sistema de elevación estable, seguro y, sobre todo, adecuado a lo que los antiguos egipcios habrían hecho con los conocimientos y materiales de que disponían. Partieron, por tanto, con dos condiciones previas para el diseño: primero, que resultara seguro y, después, que se pudiera construir sin recurrir a elementos de alta tecnología.

En la práctica, casi todas las teorías se desarrollan a partir de una evidencia histórica que es comprobada a posteriori, pero en este caso el proceso evolucionó al revés. El método se conoce como «de orden inverso»: los primeros ensayos se hicieron con materiales modernos, que paulatinamente fueron reemplazados por los que utilizaban los antiguos egipcios.

«El proceso de orden inverso tiene una cierta lógica, porque se sabe que los egipcios habían dominado la fuerza del viento en sus barcos y que tenían materiales como la madera para el armazón de las cometas, tela para revestirlas y cuerdas para su manejo. El problema es que no podemos asegurar que los conectaran entre sí», afirma el egiptólogo Robert Partridge, presidente de la Manchester Ancient Egypt.

Los historiadores saben que para los antiguos egipcios, el viento era mucho más que una parte de su tecnología: era algo mágico. Amón, uno de los principales dioses del panteón egipcio, representaba también el viento. A pesar de esa importancia, según el equipo de investigadores del proyecto Cometa, nunca se profundizó en las pruebas a favor de su teoría del aprovechamiento del viento en la construcción de las pirámides. Hasta ese momento, egiptólogos y arqueólogos sólo habían dirigido su atención hacia un punto preestablecido.

COMETAS QUE TRABAJAN COMO GRÚAS

En Tebas, la capital del Imperio Nuevo, la doctora Clemmons trabajó con un arqueólogo e ingeniero en geología formado en la Universidad de Londres, Colin Reader. A la sombra de los grandes monumentos intentaron relacionar sus recientes logros científicos con las pistas históricas y arqueológicas que los egipcios dejaron tras de sí. Sobre el terreno, su escepticismo creció. «Necesitaron algún tipo de ayuda. Nuestra credulidad se ve muy forzada si admitimos que hicieron todo esto valiéndose tan sólo de la fuerza humana. Cómo encauzaron esa ayuda, de qué se sirvieron... Eso no lo sabemos. Pero exploremos las avenidas, salgamos al campo, hagamos el trabajo práctico, y veamos qué descubrimos, porque la respuesta tiene que estar en algún sitio», explica Reader ante el gran misterio de la construcción de las pirámides.

En Egipto, antes de las grandes pirámides, antes de los colosales

obeliscos, antes incluso de que los faraones gobernaran el país, era el viento el que imprimía forma y vida al desierto; un aire fuerte que soplaba siempre en una misma dirección. Como el cielo nocturno y las crecidas del Nilo, el viento era una de las pocas constantes en la vida de los antiguos egipcios. El meteorólogo de la NASA Edward Teets ha analizado los «patrones eólicos» del país y ha descubierto que se producen regularmente con un ritmo constante de repetición anual.

Los vientos, sobre todo los del noroeste y nordeste, por la situación del Mediterráneo al norte de Egipto, se convirtieron en una importante herramienta para los egipcios, ya que los barcos de vela transformaron su forma de viajar, comerciar y comunicarse. Por eso, desde una época muy temprana, los egipcios dominaron este elemento natural y usaron velas en sus barcos para viajar de norte a sur. De sur a norte no las necesitaban, pues los impulsaba la corriente del Nilo. No obstante, a pesar de la importancia del río, de la navegación a vela y del viento, apenas existen testimonios escritos sobre ello, y tampoco hay pruebas arqueológicas y se conservan muy pocas pinturas al respecto. Pero se sabe que navegaban a vela y que tuvo que existir una industria.

Al mirar las velas de un barco, la doctora Clemmons observó que tienen un gran empuje y que, literalmente, arrastran el barco por el agua. En su investigación, lo interesante de las cometas fue que no sólo producen empuje, sino también alzamiento. Esto la llevó a trabajar tridimensionalmente. En los laboratorios de experimentación del Instituto Tecnológico de California, los investigadores calcularon el tamaño de las rocas egipcias, así como cuánta fuerza se podía generar con diferentes velocidades del viento y cometas de distinto tamaño. «Utilizamos dos sensores para medir la posición de las alas y un cable principal para medir la fuerza generada por las cometas. Lo primero que observamos es que la fuerza requerida para alzar el obelisco se vuelve constante si se aplica verticalmente a lo largo de todo el proceso. Ante un resultado que nos

complace, como éste, siempre se piensa que, probablemente, estemos en el buen camino», recuerda Emilio Graff, estudiante de aeronáutica en Caltech y miembro del equipo de investigación.

Pero no es lo mismo un estudio teórico en laboratorio que la experiencia posterior en el campo de pruebas. Los ingenieros aeronáuticos demostraron que sabían mucho de vientos, pero no tanto de cometas. Para su aplicación hubo que recurrir a Tim Nelson, experto en el vuelo de cometas. Las primeras pruebas no fueron sencillas y enseguida probaron que, cuando una cometa coge aire y se hincha por primera vez, se produce una fuerza repentina hasta doce veces más potente de lo normal. El experimento podría resultar peligroso. «¿Cuántos hombres se necesitan para arrancar un gran árbol? El viento puede hacerlo en segundos. ¿Cuánto cuesta volcar un camión cisterna? El viento lo hace en segundos. De esta fuerza es de lo que estamos hablando», afirma Maureen Clemmons.

Fue en esta poderosa fuerza del viento en la que se apoyaron para alzar el primer obelisco. Sujetaron una cometa de nailon de 140 metros cuadrados a un obelisco de 3,5 toneladas colocado sobre una plataforma. Un bien pensado entramado de cuerdas ligado a un sistema de frenado y otro de poleas tiró de la pesada pieza. Se estudiaron los ángulos con el fin de no desperdiciar ni un ápice de la fuerza del viento. La estructura debía guiar la piedra hasta ocupar su lugar. Hasta ese momento todos los materiales usados en el experimento eran modernos. Había una razón: el proceso de orden inverso. Es decir, empezaron con elementos conocidos, retrocediendo después a lo desconocido, usando un elemento cada vez, para estar seguros de encontrar el origen del problema que puede llegar a presentarse. En la segunda etapa, como los egipcios no tenían nailon ni acero, los investigadores emplearon materiales similares a los del diseño original. Es probable que las cometas fueran de lino y que cualquier

estructura que hubiera fuese de madera. Además, tenían cuerdas que podrían haber usado como tiro.

El equipo utilizó al principio un sistema de poleas de metal; pero enseguida se replantearon su uso. Los registros arqueológicos contienen datos de poleas egipcias, generalmente de tambores o discos muy resistentes de madera. No obstante, aún existen discrepancias sobre lo avanzado que llegaría a ser ese sistema de poleas. «Si nosotros las usamos como un complemento mecánico, los egipcios parece que las usaron como un medio para desviar o cambiar la dirección de empuje y, también, como retrocesos», afirma el egiptólogo Robert Partridge.

LAS TEORÍAS MÁS ACEPTADAS

La edad de oro del levantamiento de obeliscos en el Antiguo Egipto fue hace treinta y tres siglos, en el Imperio Nuevo. En esa época se alzaron más de noventa obeliscos para celebrar conquistas militares y honrar a Amón-Ra, el dios solar. Cómo se realizó el levantamiento de estas monumentales piedras sigue siendo un misterio y también un objeto de debate entre los historiadores. El interés reside en que no nos han llegado registros sobre ello, como también ocurre con las pirámides. No hay indicios de cómo lo hicieron.

La teoría más ampliamente aceptada es la de los pozos de arena: los obeliscos eran introducidos en un pozo de arena y, cuando se extraía ésta, bajaban hasta un pedestal, en el fondo del pozo. En el último momento, se usaban cuerdas para ponerlos en pie. Así no había problema de que el obelisco quedara colgando libremente, con toda la presión ejercida sobre este punto, sino que estaba sujeto y se deslizaba. Era un proceso muy simple y sencillo.

La aplicación exclusiva de la fuerza bruta es la segunda teoría más aceptada. Pero desde una perspectiva técnica, la idea de miles de

hombres empujando no tiene un sentido lógico. «Resulta inimaginable que tantos hombres trabajaran al unísono para mover y colocar las piedras en el sitio previsto», opina el profesor Mory Gharib y, como él, muchos historiadores.

De la misma forma que los egipcios dieron un paso adelante con la construcción a escala masiva, el equipo del proyecto Cometa quiso enfrentarse al gran reto de incrementar el tamaño de las piedras y, al mismo tiempo, «degradar» su tecnología hasta ponerla a la altura de la que tenían los faraones. Así, tras casi dos años de investigaciones y mucha planificación, el equipo de la doctora Clemmons, en abril de 2001, se preparó para levantar un obelisco de 3,5 toneladas. Sólo utilizaron un andamio y una cometa de 140 metros cuadrados. El meteorólogo de la NASA Edward Teets se encargó de controlar el viento. Su puesto era crucial, pues, para que todo funcionara sin problema era necesario encontrar el momento justo en que la corriente alcanzara la velocidad ideal de 24 kilómetros por hora.

Finalmente, los 3.500 kilos del obelisco se alzaron. Se esperaba que se tardara menos de una hora, pero costó mucho más y hubo que intentarlo de nuevo. Con los medios de comunicación pendientes del experimento y con mucha expectación, en la prueba final la cometa levantó la piedra de 3,5 toneladas en un tiempo récord de 25 segundos. Pero ni siquiera para unos especialistas de principios del siglo XXI fue tan sencillo como parece que fue para los antiguos constructores de pirámides. Este primer gran éxito en la primavera de 2001, lo rememora satisfecho Emilio Graff: «La cifra oficial que salió en la prensa fue de 25 segundos empleados, algo impresionante si se piensa en que se trataba de una piedra de 3,5 toneladas que finalmente terminó colgada de su estructura como un péndulo».

La ciencia siguió trabajando. La doctora Clemmons creía estar muy cerca de demostrar que los antiguos egipcios usaron el viento para levantar sus enormes monumentos. Entonces intervino el supervisor de la construcción, Daniel Correa, para ayudar al equipo a cimentar su éxito. Con la vista puesta en un reto aún mayor, docenas de nuevos voluntarios se incorporaron al equipo. Durante los dos meses siguientes, el campo de pruebas del desierto californiano de Mojave se convirtió en una gran nave de construcción. En su centro, el nuevo obelisco de cemento, con un tamaño que triplicaba el de su antecesor y un peso de 11 toneladas. Un tamaño todavía pequeño comparado con los obeliscos originales, que pesaban entre 50 y 455 toneladas. En realidad, los egipcios usaban granito, pero se trata de una piedra demasiado cara para el experimento. Así que, con el fin de proporcionar mayor consistencia a la pieza, los investigadores utilizan cemento reforzado con un enrejado de rebar, un subproducto del acero.

En su viaje hacia el mundo antiguo, el equipo continuó reemplazando gradualmente algunos materiales modernos por otros disponibles en el Egipto faraónico. Había que sustituir las poleas de acero con cojinetes y las cometas de nailon, y se pusieron manos a la obra para hacer desaparecer cualquier rastro de tecnología actual. Lo primero en cambiar fue el andamio de metal, pues los egipcios no conocían el acero y, desde luego, no eran soldadores. Lo más probable es que utilizaran madera. En la antigüedad importaban de Líbano madera de cedro y de pino. Por eso, con algunos postes telefónicos fabricaron un andamio en forma de A y reemplazaron el acero del resto de la estructura. El reto era que la estructura aguantara la presión de 11.000 kilos.

Por otra parte, la evidencia arqueológica demuestra que los egipcios usaban cuerdas de cáñamo. El equipo tuvo que recurrir a los test de laboratorio para que determinaran su aguante. Primero se probó en seco en una máquina de resistencia a la tracción, después se aplicó agua. Los

datos indicaron que estos cordajes podían ser efectivos con cargas similares a las que soporta el nailon siempre que estuvieran mojados. Se evitaba así que los nudos se deshicieran y que la cuerda se rompiera prematuramente.

La sensación que provocó este proceso de regresión histórica en todo el grupo fue de admiración unánime hacia los egipcios: este pueblo desarrolló durante miles de años un sistema inequívoco para el levantamiento de piedras, que la maquinaria y la tecnología modernas no han podido igualar en cuanto a eficacia y pericia. «Nadie ha hecho nada así desde entonces. Ése es el problema. Nosotros hemos perdido totalmente la tecnología y la destreza que ellos usaron», indica el egiptólogo Robert Partridge.

Durante un viaje a Egipto, el análisis de un obelisco inacabado que sigue en su lecho de roca, abandonado por un desconocido faraón, proporcionó algunas pistas al equipo de investigación. Si no se hubiera agrietado, habría sido el obelisco más grande y pesado del mundo. Mucho más ancho que todos los conocidos hasta el momento, puede que fuera un proyecto demasiado ambicioso, incluso para unos constructores tan asombrosos como los egipcios, que no consiguieron transportarlo. Todo el equipo de Maureen Clemmons se trasladó allí. Estaban seguros de que la investigación de campo, aunque a una escala modesta, los llevaría a conocer algunas técnicas y herramientas útiles para mover un objeto tan enorme.

PIEDRAS DE HASTA OCHENTA TONELADAS

Otras de las teorías convencionales sobre la construcción de las pirámides hablan de rampas y trineos para el transporte de bloques de piedra de dos toneladas y media como promedio. Los bloques se subían en un mecanismo formado por trineos que rodean la pirámide o seguían

una sola y larguísima rampa. Algunos cálculos señalan que para llegar a la cúspide de la Gran Pirámide de Gizeh, teniendo en cuenta el máximo gradiente para una rampa, tendría que haber medido más de un kilómetro y medio de largo. Otro problema añadido es que el hombre puede manejar los bloques pequeños, pero la Gran Pirámide contiene piedras enormes, algunas de hasta ochenta toneladas, que desafían cualquier explicación constructiva. Además, los criterios actuales chocan cuando se enfrentan a los antiguos materiales. Estos grandes bloques debieron suponer un problema especial para los constructores y no sabemos cómo lo resolvieron.

Las piedras rectangulares de la pirámide son de manejo más sencillo que el obelisco, cuya forma geométrica desplaza el centro de gravedad. Sin embargo, el gran desafío es que las pirámides requieren múltiples movimientos y una precisión casi inalcanzable. El profesor de aeronáutica Moy Gharib reconoce que «desde el punto de vista técnico, las pirámides son un reto más allá de lo que nuestra tecnología puede acometer».

Confiado en que el alzamiento del obelisco de 11 toneladas daría más claves para resolver esta cuestión, el equipo regresó al campo de pruebas en septiembre de 2002. Había pasado más de un año desde que levantaron el obelisco de 3,5 toneladas utilizando la fuerza del viento. Por primera vez iban a utilizar una combinación de materiales modernos y antiguos: la cometa era antigua; las poleas, de acero; el obelisco era mayor y toda la estructura era de madera.

Dos expertos en cometas controlaron el tiempo y la estrategia. Para ellos, lo más acertado era intentarlo después de las tres y media de la tarde, pues al atardecer los vientos del desierto californiano son más fuertes. Las pruebas no estaban exentas de peligro. Tenían que estar preparados y no dejar nada al azar. Para ayudar a la piedra a deslizarse, untaron el trineo con grasa animal. Pero los investigadores lamentaron esta idea

cuando la arena en suspensión se pegó a la estructura, pues se incrementaba enormemente la fricción. Aunque no era un equipo de investigadores novatos —ayudados de la fuerza del viento habían levantado ya un obelisco de 200 y otro de 3.500 kilos—, aprendieron que todo puede cambiar en un segundo. Mientras trataban de dominar la fuerza del viento, una racha repentina empujó la cometa hacia el suelo, justo en la dirección donde se encontraba un espectador. Todo quedó en un susto sin mayores consecuencias, pero el riesgo era demasiado grande. La tremenda potencia del viento, sumada a la extraordinaria fuerza de la cometa, habían causado un herido en las pruebas, y el equipo tenía que evitar que esto se repitiera.

Los investigadores tuvieron que introducir cambios en su proyecto, y éstos se inspiraron de nuevo en el mundo antiguo. La doctora Clemmons volvió a su mesa de trabajo y a los jeroglíficos, y encontró la columna Yed. Se dice que este pilar, tradicionalmente asociado con el dios Osiris, ayuda a los humanos a transformarse en seres espirituales en la otra vida. La palabra *yed* significa estabilidad. En sus estudios, la doctora observa en su ancha base y en las estrías que parecen una especie de capitel, una aplicación práctica para la construcción.

En la colina Quartz, donde realizaron las pruebas, el equipo se puso manos a la obra para fabricar pilares inspirados en la columna Yed, pero con postes telefónicos. Tres pilares reemplazaron a los hombres con el fin de que todo el sistema fuese más autónomo en su arranque y estabilización. Dos cuerdas alineadas en paralelo a la dirección del viento aseguraban que nadie corriese peligro.

PRUEBAS QUE CONECTAN DOS MUNDOS

En mayo de 2003, ocho meses después del último trabajo de campo, lo volvieron a intentar, pero había muchas más cosas diferentes en esta

ocasión. Reincidiendo en la técnica de retrospección histórica, el equipo estaba más cerca que nunca de conectar su proyecto con el mundo antiguo. El viento racheado alcanzaba los 50 kilómetros por hora y parecía un buen presagio. Ayudaría a levantar la piedra de 11 toneladas siempre y cuando la cometa no se cayera, porque nunca lo habían intentado en condiciones parecidas. Ni con tantos cambios como habían introducido en el experimento: el obelisco era mucho mayor; la torre era de madera y no de acero; las poleas, también de este material, no llevaban rodamientos; en vez de cuerdas de nailon usaban cáñamo de dos tipos, trenzado y enrollado. El único material moderno que quedó fueron el freno de la cuerda y la propia cometa, confeccionada con nailon, pero con un diseño que llamaba la atención de los críticos.

Si los egipcios habían usado cometas, la cuestión era descubrir cómo serían. Lo más lógico es que utilizaran materiales muy simples, que a su vez producirían una cometa también muy simple. Sin embargo, los investigadores optaron por una solución alternativa, aunque inspirada en descubrimientos arqueológicos. Eligieron un diseño que recordaba a las alas sobredimensionadas del ave que adorna la cúspide de los antiguos templos egipcios. Su aspecto se parece más a una cometa que a un pájaro, y, a los ojos de este equipo de investigadores, demuestra que los egipcios poseían conocimientos de aerodinámica. «Observamos que su envergadura es relativamente ancha comparada con la longitud del tronco del ave, lo que conocemos por *aspect ratio*. Estas alas son las que más se acercan en el vuelo a los 90 grados», afirma Emilio Graff. En una representación egipcia, los investigadores intuyeron un sistema de poleas y ocho hombres tirando de cuerdas, alzando una cometa hasta el cielo. Su planteamiento es que, aunque no hubiera cometas representadas en el arte egipcio, esto no significaba necesariamente que no las conocieran.

El trabajo fue intenso durante todo 2003. En otoño, el equipo trabajó por primera vez sujeto a un plazo de tiempo. Estaban obligados a

terminar su proyecto antes de que finalizase el año, pero los contratiempos fueron continuos. Estudiaron la forma de anular la fricción de los materiales y modificaron los rodillos de madera. Tan sólo necesitaban que la cometa recibiera un poco más de empuje. Sin embargo, el viento más fuerte planteaba muchas dudas. Necesitaban que alcanzara 40 kilómetros por hora como máximo y en el desierto californiano soplaba a 80 durante los experimentos. No podían arriesgarse a tener algún accidente: si se les hubiese roto la cuerda de cáñamo, habrían necesitado más tiempo de trabajo y más dinero. Y no tenían ninguna de las dos cosas. El proyecto no disponía de fondos propios y los experimentos eran muy costosos.

Entonces, la doctora Clemmons volvió su mirada a la costa de California. De alguna manera trataba de encontrar los principios de su teoría en la observación de los marineros de hoy en día. Buscó pistas sobre las herramientas náuticas usadas por los antiguos egipcios en los modernos barcos. Encontró una abrazadera, una engañosa sujeción para cuerdas, que le recordaba un diseño similar que había visto en los jeroglíficos. Observó que el sistema no sólo agarra, sino que además, al penetrar, hace presión. Esto la convenció para retroceder otro paso en la técnica. Encargó a un tallador que moldeara un nuevo freno para la cuerda, y este elemento se convirtió en el fundamental para el control del sistema de vuelo de la cometa. Todos los ángulos se pulieron con delicadeza con el fin de darles el mismo acabado que en el dibujo antiguo.

La idea tuvo éxito en el trabajo de campo, pero en el mundo de la egiptología no convenció a todos. Muchos especialistas ya se habían mostrado escépticos ante la innovadora interpretación del equipo de Maureen, que hablaba de cometas donde ellos sólo veían alas. Ahora también se sorprendieron. Para ellos, el diseño en zigzag de los jeroglíficos es sencillamente la interpretación del agua. «En realidad es un canal, pero se parece mucho a una abrazadera. Yo creo que se trata de una

coincidencia más que de una auténtica conexión entre ambos», opina Robert Partridge.

Tras cinco intentos fallidos para levantar el gran obelisco de 11 toneladas, la moral no decayó. El equipo de Clemmons continuó con sus investigaciones. Quedaban tres meses para la expiración del plazo dado al proyecto, por lo que la presión creció. No obstante, Maureen Clemmons no cambió nada en sus planteamientos. Tan sólo incorporó otra polea al sistema y, finalmente, el freno. Con ello, aunque de forma parcial, se consiguió levantar unos metros la piedra de 11.000 kilos mediante la fuerza del viento y una cometa. Era algo que nadie había conseguido en la época moderna. La prueba avivó el deseo de continuar. Todavía faltaban los retos más difíciles: la conexión definitiva entre el proyecto de los científicos modernos y la técnica más avanzada del mundo antiguo, y buscar una fórmula para convencer al mundo de que algo así ocurrió hace cinco mil años.

EL ÚLTIMO INTENTO

Quedaban algunos detalles por pulir, como, por ejemplo, la cometa. Cuando los egipcios emplearon la fuerza del viento para navegar, lo hicieron con velas de lino. Como último paso del proceso de retroceso histórico, la doctora Clemmons acudió con unas muestras a una experta en tejidos antiguos, la doctora Elizabeth Barber. Quería saber qué clase de lino debía utilizar para la fabricación de las velas. Finalmente optó por uno de los tipos más fuertes y compactos que existen. Lo adquirió en el distrito Garment de Los Ángeles, y Ro Thall, un fabricante de cometas de Oregón, se encargó de la construcción final.

En un ensayo de campo preliminar, el equipo comprobó que el cordaje de cáñamo añadía demasiado peso a la cometa de lino, pero no había tiempo para más pruebas. Un revés frustrante. En esos momentos, dos

semanas después del plazo, decidieron volver a usar la cometa de nailon. «Cuando tratamos de usar esos materiales antiguos no hubo más que problemas. Así es la ciencia: cuando tienes respuesta para una cuestión, hay cincuenta más esperando para sorprenderte», observa Emilio Graff.

Limitados una vez más por la falta de tiempo y de recursos, los integrantes del equipo decidieron recuperar su proyecto sobre la construcción de las pirámides y concentrarse en el transporte y levantamiento de una piedra de 2 toneladas. El viento, esencial para conseguir demostrar su teoría con éxito, no parecía colaborar. Al contrario que los vientos unidireccionales que soplan en Egipto desde el noroeste, en el desierto californiano los investigadores se enfrentaban a vientos cambiantes que, durante las pruebas, restaron eficacia a la cometa. Pero, incluso con ésta a medio vuelo, el bloque de 2 toneladas se movía con facilidad sobre los rodillos de madera. Fue la confirmación de los experimentos previos de la doctora Clemmons, realizados con bloques de cemento y cometas pequeñas. Pero mover la piedra no es lo mismo que levantarla: en las pirámides cualquier error podría destruir el resto de la estructura.

Decidieron construir un pequeño marco en forma de A alrededor de dos piedras que forman la base de lo que iba a ser una pirámide de tres bloques. Los antiguos egipcios hacían rampas con ladrillos de adobe. La que levantó el equipo de pruebas, aunque de madera, era de una consistencia similar y de superficie suave. Y, a pesar de que la construyeron mucho más inclinada que los 10 grados que supuestamente usaron los egipcios, la piedra de 2 toneladas se movió.

El plazo sólo les permite dedicar un día a la construcción de la minipirámide, mientras los egipcios emplearon cerca de veinticinco años para la Gran Pirámide. Según se ha calculado, colocaban una piedra cada dos minutos. «Nosotros conseguimos arrastrar una piedra de 2 toneladas por una rampa y colocarla exactamente donde queríamos, sobre otras dos piedras del mismo peso. **¶**Conseguimos la pirámide más pequeña del

mundo!», recuerda la doctora Clemmons. Bueno, hasta la Gran Pirámide de Gizeh debió de comenzar con tres piedras. La prueba culminó con éxito pero eran conscientes de que el reto mayor seguía pendiente.

En enero de 2004, con el tiempo al límite, la presión era muy fuerte y la doctora Clemmons sabía que todo dependía de la última jornada en el desierto. Tras numerosas pruebas, el obelisco de 11 toneladas debía alzarse en esta ocasión a más de 3 metros del suelo. La última vez que lo intentaron se alzó unos cuarenta grados. Además, en el proceso se rompió una de las poleas y se atascó la cuerda, y el obelisco cayó al suelo. En aquel experimento, tras observar dónde habían estado los errores, se dieron cuenta de que había que devolverle sus guías, colocar cuerdas nuevas, conseguir poleas mayores para que pudieran usarse con este material... Además, como ya habían comprobado la resistencia del material antiguo en el laboratorio, consideraron que en esta ocasión podían utilizar nailon para esta prueba.

El equipo estaba preparado para que siete años de investigación y trabajo de campo dieran sus frutos. Troy Chaput, especialista en el desplazamiento de cargas pesadas, estaba pendiente del viento, que soplaba muy racheado y se necesitaba que llegara a 32 kilómetros por hora para comenzar la gran prueba. Como la vez anterior, la magia opera en realidad entre 38 y 40 kilómetros. Por eso, cuando empezó a moverse y levantarse el obelisco, a todos les pareció algo asombroso. En veintisiete minutos el obelisco se situó a 3 metros sobre el suelo. La última vez que llegó a esta altura, el bloque cayó. Hubo momentos en que el ruido hizo pensar que la estructura no aguantaría y que el desastre iba a ocurrir de nuevo. Pero esta vez continuó alzándose y, después, rodó hasta que llegó hasta su punto de destino. Tras cincuenta y siete minutos, el obelisco se quedó correctamente situado a la altura debida, a más de diez metros sobre el suelo.

Esa piedra pesaba 11.000 kilos, y haberla puesto en pie sin ayuda de la

tecnología moderna, sin grúas ni otro tipo de elementos, excepto el viento y una cometa, hacía que el mundo pudiera observar la magnitud de los logros faraónicos bajo una nueva perspectiva. No demostraba que los egipcios lo hicieran, pero sí que pudieron haberlo hecho de esta forma. Y eso es lo más importante de todo. «Todo lo que dicen sobre perseverancia, tenacidad, esperanza e imaginación es muy importante. Los milagros no pueden producirse sin esas premisas», afirma Maureen Clemmons. El proceso duró siete años y en él colaboraron cerca de cien personas. Empezaron levantando pequeños monumentos, lo que las animó a intentarlo con bloques más voluminosos...

La teoría de la cometa presenta claras discrepancias con el pensamiento de la mayoría de los egiptólogos. Sin embargo, haber demostrado que funciona, puede que algún día la convierta en ortodoxa. De momento no es más inverosímil que otras hipótesis. Al contrario, ha probado que es verosímil.

El misterio del Triángulo de las Bermudas

Durante siglos, las leyendas sobre extrañas desapariciones de naves se han centrado en un área que va desde el sudeste de Miami hasta Puerto Rico, sube en dirección nordeste hasta las islas Bermudas y regresa a Miami, abarcando cerca de un millón de kilómetros cuadrados. Esta zona, conocida como el Triángulo de las Bermudas desde que, en 1964, el periodista Vincent Gaddis tituló así su artículo para la revista Argosy, ha estado asociada a desapariciones de aviones y barcos sin dejar rastro y sin explicación ni motivo alguno, lo que ha inspirado una de las más ricas fantasías y el mayor número de extrañas historias marítimas y aéreas de todo el mundo. Ya Colón, cuando la atravesó en sus viajes, recogió en su libro de navegación problemas en las brújulas y extrañas luces en el cielo y, más tarde en los siglos XVI y XVII, los exploradores europeos informaban de inexplicables hundimientos y de avistamientos de barcos que flotaban a la deriva intactos y sin tripulación, este último, un motivo recurrente en las leyendas de navegantes y viajeros. Las explicaciones, más o menos exóticas y pintorescas, de tales fenómenos se han mezclado con teorías científicas que acaban con toda fantasía mitológica o paranormal. Y, sin embargo, la gente sigue creyendo que fuerzas extrañas y desconcertantes actúan sobre la zona...

EL VUELO 19, EL CASO MÁS CONOCIDO

El 5 de diciembre de 1945, la tripulación del vuelo 19 se preparaba para salir. Se trataba de un vuelo de instrucción rutinario que consistía en

recorrer unos noventa kilómetros hacia las Bahamas y realizar un ejercicio de bombardeo de baja intensidad sobre un barco hundido. Al mando de la escuadrilla se encontraba el teniente Charles Taylor, instructor de vuelo y experimentado piloto con más de dos mil quinientas horas de vuelo, al que acompañaban cuatro oficiales más que pilotaban cada uno de los bombarderos Avenger. La tripulación de los aviones se completaba, además, con otras dos personas: un operador de metrallera y un artillero, excepto en uno de los aparatos, donde el artillero Allen Cosner solicitó ser relevado del servicio, petición que después algunos dijeron que fue provocada porque había tenido un presentimiento. El pronóstico meteorológico oficial de la base aérea de Fort Lauderdale, en Florida, no era excesivamente alarmante; indicaba que el viento soplaba hacia el este a una velocidad de unos cincuenta y cinco kilómetros por hora y se estaban formando nubes a distintas alturas.

A las dos horas de haber iniciado la misión, comenzaron los problemas y la climatología cambió radicalmente. La brújula del teniente Taylor dejó de funcionar y, a pesar de que éste se puso en contacto inmediatamente con el resto de la escuadrilla y compararon sus lecturas del instrumental, no lograron ponerse de acuerdo sobre el punto cardinal hacia el que se dirigía. El teniente Robert Cox volaba también por la zona y escuchó casualmente las llamadas del teniente Taylor. Intentó orientar al instructor de vuelo hacia el norte, mientras él se dirigía al sur para encontrarse con la escuadrilla. Sin embargo, mientras sobrevolaba el sur de la península y los cayos de Florida en condiciones de visibilidad máxima, Cox no descubrió ninguna pista que lo llevase a los cinco bombarderos Avenger y la señal radiofónica del vuelo 19 se debilitaba cada vez más.

Una unidad de rescate de la Marina también captó una transmisión de radio entre los pilotos del vuelo 19. Descubrieron que al menos uno de ellos creía que estaban volando en la dirección equivocada. Todos los operadores radiofónicos de la costa de Florida se esforzaban por establecer

contacto con los pilotos en todas las frecuencias, pero lo único que podían hacer era escuchar cómo los cinco pilotos se enfrentaban a la tragedia que se avecinaba. La última orden que recibieron del teniente Taylor fue anunciar a sus subordinados que cuando alguno de ellos llegara a los últimos 40 litros de combustible, aterrizarían todos sobre el agua... Las posibilidades de ser rescatados en medio del Atlántico eran mayores si permanecían juntos. A las 7.04 de la tarde se recibió la última señal desde el vuelo 19. No volvió a oírse nada más desde aquel momento.

En pocos minutos, la Marina estadounidense dispuso un avión de salvamento Martin Mariner con una tripulación de trece personas para buscar los cinco aviones perdidos. Pero la comunicación con el Mariner también se cortó. Desde el petrolero S.S. *Gaines Mill*, que navegaba al lago de Cabo Cañaveral, se pudo observar una gigantesca bola de fuego cayendo lentamente sobre el océano. Sin embargo, cuando la embarcación llegó al lugar del accidente sólo quedaban manchas de aceite sobre la superficie del mar. Tras esta segunda desaparición, se desplegaron más unidades de rescate para *peinar* exhaustivamente distintos sectores marítimos en busca de cualquier resto que pudiera pertenecer a los aparatos desaparecidos. No tuvieron éxito. En una sola noche se *esfumaron* seis aviones y veintisiete personas sin dejar ningún rastro. Varias décadas después continúan sin ser localizados.

La búsqueda de los aviones se prolongó cinco días más, hasta finalizar el 10 de diciembre de 1945. Entonces una comisión de investigación comenzó a recopilar grabaciones, transcripciones, cartas de vuelo, datos meteorológicos y testimonios personales para intentar averiguar qué funcionó mal. El 24 de enero hicieron públicas sus conclusiones. La causa principal de la desaparición del vuelo 19 fue «la desorientación y confusión del jefe del vuelo, Charles Taylor».

Con el paso del tiempo, el expediente del vuelo 19 ha sido revisado en

varias ocasiones por otros militares, investigadores o escritores especializados en enigmas paranormales, haciendo crecer una leyenda sin la cual hoy, probablemente, no hablaríamos del misterio del Triángulo de las Bermudas. Por su magnitud dramática y las extrañas circunstancias en que se desarrolló, el incidente del vuelo 19 se convirtió en el más célebre, aunque no fue ni mucho menos la primera desaparición misteriosa en la zona.

EL ORIGEN DEL TOPÓNIMO Y DEL NEGOCIO

Durante el siglo XIX hubo, al menos, tres avistamientos de barcos fantasmas: cargueros y buques mercantes que fueron vistos surcando las olas pero sin ningún tripulante a bordo. A lo largo del siglo XX hasta hoy se han esfumado aviones comerciales, militares y privados. Se habla de incontables naufragios y siniestros aéreos... El historiador y escritor Gian Quasar, una de las máximas autoridades en el Triángulo de las Bermudas, asegura en su libro *Los misterios del Triángulo de las Bermudas* que «aunque se suele decir que las desapariciones están en torno a veinte aviones y cincuenta buques a lo largo de toda la historia, actualmente la cifra podría elevarse a doscientas aeronaves y hasta dos mil barcos».

El Triángulo de las Bermudas no es un topónimo reconocido en la geografía oficial, pero desde hace siglos los navegantes le han dado diferentes nombres. Siglos atrás se conocía como el Mar de los Sargazos, el Cementerio del Atlántico, el Triángulo de la Muerte o el Mar de la Perdición o del Diablo... Fue a raíz de la desaparición del vuelo 19 cuando periodistas y escritores comenzaron a relacionar estas leyendas antiguas con la reciente tragedia.

En 1950, la agencia Associated Press publicó un reportaje que recopilaba gran parte de los accidentes inexplicados de la zona. A éste le siguieron otros trabajos periodísticos similares. En 1952, George X.

Sands escribió un artículo titulado «El triángulo de agua», para la revista *Fate*, y durante la década de los cincuenta la zona se conoció también como el Triángulo Mortal,^{*} ya que hasta 1964 no recibiría el nombre por la que conocemos hoy esta porción del Atlántico. El periodista Vincent Gaddis acuñó el término «Triángulo de las Bermudas» en la revista *Argosy* y la leyenda comenzó a extenderse.

En esos días, los medios de comunicación cubrían historias de barcos y aviones perdidos, pero eran pocos los que iban más allá buscando alguna explicación a estas misteriosas desapariciones. Hasta que Charles Berlitz escribió *El Triángulo de las Bermudas* (1974), un auténtico éxito que llegó a vender cinco millones de ejemplares. En sus páginas sugería que estos misteriosos accidentes podían ser causados por extraterrestres, por la influencia de extrañas anomalías energéticas, incluso por el desaparecido continente de la Atlántida.

En la misma época, el director de cine Richard Winner produjo un documental en el que hablaba del Triángulo Diabólico, ya que el nombre Triángulo de las Bermudas, en su opinión «recordaba más a una luna de miel en compañía de una suegra o un ex novio». Winner cuestionaba también la forma geométrica del área, que para él es en realidad un trapecio y no un triángulo. En su filme recogía testimonios de testigos que hablaban de extrañas alteraciones y tragedias inexplicables, e inmediatamente se convirtió en una película de culto. El Triángulo de las Bermudas y su historia centenaria ya se habían hecho un hueco en la cultura popular.

PRIMEROS TESTIMONIOS DE SUCESOS INEXPLICABLES

Los primeros navegantes que cruzaron el Atlántico en el siglo xv tenían que atravesar una región llamada el Mar de los Sargazos, donde la conjunción de la inmensa profundidad marina, la falta de viento y las corrientes

circulares inmovilizaban las naves y propiciaban el crecimiento de unas algas que los marineros a veces tomaban por serpientes marinas. El escritor Gian Quasar afirma que el mismo Cristóbal Colón notó algunos fenómenos extraños, y dejó recogido en su cuaderno de bitácora que en tres ocasiones su brújula señalaba inexplicablemente una dirección equivocada; que, a veces, el mar se levantaba sin que hubiera viento, y que poco antes de llegar al Nuevo Mundo observó una luz levitando en el horizonte que muchos historiadores han interpretado como un meteorito. Si pensamos que Colón era un marino experto, el hecho de que dejara constancia de estos acontecimientos habla por sí mismo de lo inusuales que pudieron parecerle.

Claro que no todo el mundo considera a Cristóbal Colón un genio de la navegación. En 1975, Larry Kusche, bibliotecario de la Universidad del Estado de Arizona, piloto comercial e instructor de vuelo, decidió investigar sesenta de los casos más significativos ocurridos en esta enigmática zona y el resultado fue su libro *El misterio del Triángulo de las Bermudas solucionado*. Según sus conclusiones, Colón y sus hombres sentían un miedo razonable ya que estaban convencidos de que la Tierra era plana y podrían caer por uno de los bordes, y por otra parte, porque el instrumental de la época —brújula y astrolabio— era bastante impreciso en sus mediciones. Por lo tanto, no era de extrañar que reflejara en sus libros estos sucesos motivado por el temor. Sin embargo, la hipótesis de Kusche se basa en una premisa burdamente incorrecta. En la época de Colón estaba ya muy generalizada la idea de que la Tierra era redonda, y desde luego Colón estaba convencido de ello: era imprescindible la forma esférica de la Tierra para su proyecto de alcanzar la India navegando hacia el oeste.

Los marinos decimonónicos llamaban familiarmente esta región la Tumba del Atlántico y el Mar de la Perdición. Lo cierto es que los cayos de Florida son una especie de cementerio de naufragios, donde se

encuentran restos de naves desde el siglo XVII hasta nuestros días. Uno de los primeros casos extraños documentado ocurrió durante la guerra de la Independencia de Estados Unidos. En 1780 desapareció el barco de guerra estadounidense *General Gates*, pero ninguna nave inglesa se atribuyó su hundimiento. Otro caso llamativo tuvo lugar en 1840. La nave francesa *Rosalie* fue hallada a la deriva con todo su cargamento intacto, pero nunca se encontró a la tripulación. Sin embargo, tras las investigaciones realizadas por Larry Kusche, se ha comprobado que el *Rosalie* no constaba registrado en ningún archivo de compañías aseguradoras de la época, por lo que muchos expertos, incluido él, dudan de que realmente existiera. Treinta y dos años después, el *Mary Celeste* fue hallado en condiciones parecidas. Todo estaba en orden dentro del barco, incluso la comida servida sobre la mesa, pero su tripulación de diez marineros había desaparecido dejando el café aún templado en sus tazas. En este caso, «tampoco podemos hablar estrictamente de un misterio bajo el influjo del Triángulo de las Bermudas —explica Larry Kusche— ya que ocurrió a casi cinco mil kilómetros al este de esa área». No obstante, incluso hasta hoy mismo, multitud de vuelos y naves han desaparecido sin dejar huella en esta zona. Y en los casos reales recogidos en archivos, ¿a qué pueden atribuirse estas enigmáticas desapariciones?

CASOS DOCUMENTADOS

Se ha tratado de encontrar explicaciones de todo tipo para este fenómeno: desde causas naturales y científicamente probadas —como huracanes, terremotos submarinos, naves obsoletas y fallos humanos— hasta otros motivos como serpientes marinas, fenómenos electromagnéticos, fuentes de energía provenientes de la Atlántida o alienígenas. Para la comunidad científica las desapariciones tienen explicación y no ocultan ningún misterio. Para otros, en cambio, hay fuerzas extrañas y

desconocidas tras estos incidentes. No hay ningún gobierno, incluido el de Estados Unidos, que reconozca que existe algo fuera de lo normal en esta zona, y de hecho, la Comisión de Denominaciones Geográficas ni siquiera reconoce el nombre «Triángulo de las Bermudas».

La explicación más sencilla a estas desapariciones es que, en lo que concierne a los primeros siglos, la piratería es un factor que debe tenerse en cuenta. El Caribe ha sido uno de los campos de maniobras favoritos para los piratas más famosos de la historia, entre los que se cuentan Barbanegra, Cállico Jack —acompañado de dos mujeres piratas— o el César Negro. La zona era uno de los pasos directos en las rutas comerciales hacia Europa, y una vez en alta mar no había reglas. Alguna de estas naves misteriosamente desaparecidas pudieron haber topado con piratas que saquearan los barcos y vendieran a la tripulación como esclavos o, peor aún, los arrojaran por la borda. Ésta es la teoría que defienden muchos historiadores, como la profesora de la Universidad de Indiana Sarah Knott.

Otros casos de barcos abandonados a la deriva, en los siglos XVII y XVIII, se explican por la incidencia de enfermedades contagiosas transmitidas por los esclavos que transportaban. «Era bastante corriente que tanto la tripulación como los africanos contrajeran enfermedades como la oftalmia, que provoca la ceguera. Hay casos documentados de muertes masivas entre la tripulación y los esclavos que transportaban, e incluso de marinos completamente enloquecidos y aterrorizados que preferían saltar por la borda antes que perder la vista para el resto de sus días», señala la profesora Madeleine Burnside, directora de Mel Fisher Maritime Heritage Society, de Florida.

No obstante, ni la piratería ni las enfermedades pueden explicar la historia del *Cyclops*, un barco carbonero de la Marina estadounidense, que salió el 4 de marzo de 1918 de Barbados con destino a Norfolk, en el estado de Virginia, donde nunca llegó. Medía más de 150 metros de eslora y

llevaba a bordo 309 hombres. Sorprendentemente, a pesar de ser uno de los primeros barcos equipados con radio, nunca llegó a hacer ninguna llamada de socorro. La Marina sospechó que podía tratarse del ataque de un submarino enemigo.

La existencia de un calamar o pulpo gigante es otra teoría fantástica que surgió años más tarde para explicar la desaparición del *Cyclops* y otros navíos en similares extrañas circunstancias. En 1896, unos muchachos encontraron en la playa de San Agustín un enorme esqueleto —de 200 pies (unos 60 metros) de largo, decían— e informaron del hallazgo a la Universidad de Yale. Los científicos de la época identificaron los restos como pertenecientes a un pulpo gigante.

Basándose en parte en este hallazgo, en 1918 la literatura y los periodistas hablaban de un cefalópodo gigante que salía de las aguas para engullir embarcaciones como si fueran insectos diminutos. El *Literary Digest* especuló con la posibilidad de que el *Cyclops* hubiera caído en los tentáculos de uno de estos animales. Al poco tiempo, se descubrió que el esqueleto del animal encontrado en la playa de San Agustín pertenecía a una ballena.

Por muy peregrino que pueda parecer, la especie de cefalópodo llamada pulpo gigante no es ningún mito, pero sólo se da en el nordeste del Pacífico. Hay otra especie, el *architeuthis*, del cual se descubrió un ejemplar en el año 2005 cerca de Tokio, que tiene también grandes proporciones —mide cerca de nueve metros de longitud— y además reacciona de forma extremadamente violenta al ser capturado. Estos animales pueden hundir una pequeña embarcación, como un bote de pescadores. Los pulpos más abundantes en las Bermudas son de pequeño tamaño y suelen vivir en las zonas rocosas de la costa, nunca en la zona del Triángulo, cuyo fondo es arenoso.

Otra teoría aún más extraña que la de los monstruos marinos tiene que ver con la Atlántida, el mítico continente repleto de riquezas y adelantos que fue arrasado y hundido, según narra Platón, por una catástrofe de origen volcánico. El secreto de su existencia y su localización real ha inspirado tanto a historiadores como a charlatanes, entre los que destaca Edgar Cayce, el célebre vidente que en 1930 creyó haber resuelto el enigma de la Atlántida cuando el alma de un atlante entró en contacto con él mientras se encontraba en trance.

Cayce estaba convencido de que el continente perdido se hallaba bajo el mar, donde hoy está la isla de Bimini, y profetizó que en 1968 emergería desde el fondo del mar. Si fuera cierto que aquí existió una civilización avanzada, la tecnología que usaban también se habría hundido con ellos en las profundidades. Según Cayce y sus seguidores, los potentes cristales que los atlantes utilizaban para obtener energía permanecerían aún enterrados. Los seguidores de esta fabulosa teoría indican que posiblemente fueran fuentes de radiaciones naturales que pueden afectar de algún modo a los aparatos de radio y las brújulas próximas. Ésta podría ser la explicación de las anomalías en los campos magnéticos que se han registrado a veces en el Triángulo de las Bermudas, una posibilidad que no convence a todo el mundo.

Para probar la existencia de la Atlántida, los seguidores de Edgar Cayce señalan el Camino de Bimini, una formación rocosa regular que parece hecha por la mano del hombre. El geólogo Eugene Shinn, miembro de la U.S. Geological Survey (USGS), ha investigado durante más de treinta años esta zona. A mediados de la década de los setenta se entregó al estudio del Camino de Bimini. Tomó muestras de roca en varias partes de esta especie de calzada submarina y, en su laboratorio, las sometió a un análisis exhaustivo con el fin de determinar su origen, composición y

antigüedad. No encontró nada que probara o siquiera indicase que aquello era una obra humana.

Claro que sin poder demostrar la existencia de la Atlántida, la hipótesis de los cristales que emanan energía y que interrumpen el rumbo de barcos y aviones en las Bermudas no dejan de ser una simple fantasía. «Lo único que tendrían en común la Atlántida y el Triángulo de las Bermudas es su condición de historias mitológicas», afirma el escritor experto en el continente perdido, Richard Ellis.

ESPECIAL METEOROLOGÍA EN LA ZONA

Hay algo más tangible que los continentes perdidos y con más posibilidades de causar accidentes, y son las especiales condiciones meteorológicas de la zona. Las inclemencias del tiempo, la niebla y los vientos aparecen con gran rapidez y muchos marineros no están preparados para ello. Si se analiza con detenimiento los informes de Fort Lauderdale en el caso del vuelo 19, indican que antes de que despegara el escuadrón predominaba un viento con dirección sudeste, el habitual en el sur de Florida y las Bahamas, pero que durante el vuelo las condiciones climáticas cambiaron bruscamente.

Está comprobado que las tormentas de la zona pueden provocar anomalías en las brújulas magnéticas, que dejan de funcionar correctamente, como le ocurrió al instructor de vuelo Charles Taylor aquella tarde del 5 de diciembre de 1945. En esta situación, para regresar a Florida los pilotos solían volar hacia el oeste siguiendo al sol, pero inexplicablemente, Taylor no lo hizo, a pesar de que, según se puede escuchar en las grabaciones conservadas, algunos de los pilotos que lo acompañaban, mucho menos experimentados que él, sí intentaron proponerle continuar hacia el oeste.

Las autoridades finalmente atribuyeron la tragedia del escuadrón a la

desorientación y confusión de Taylor, pero unos meses después, el 23 de agosto de 1946, ante el descontento y las presiones de los familiares de los fallecidos, el fiscal militar de la Marina inició una revisión del caso que lo llevó a afirmar que el teniente Taylor había sido erróneamente culpado de aquel infortunado accidente y que los cinco aviones desaparecieron como resultado de causas desconocidas.

El investigador de accidentes aéreos Peter Leffe ha examinado toda la información disponible para reconstruir el vuelo 19 minuto a minuto. Sus pesquisas han descubierto que los problemas comenzaron antes incluso del despegue de los cinco aviones. El teniente Taylor, jefe de la misión, pidió ser relevado de sus obligaciones aquel día. De hecho, llegó tarde a la sala de reuniones y el vuelo despegó con retraso. No se sabe exactamente por qué no quiso volar, pero el motivo podría estar relacionado con que no se encontraba bien de salud o sufría algún trastorno relacionado con el estrés.

A pesar de su estado de salud, Taylor era un experto aviador, con unas dos mil quinientas horas de vuelo a sus espaldas, aunque no estaba especialmente familiarizado con la zona. El resto de los pilotos, por el contrario, contaban con mucha menos experiencia. El itinerario fijado consistía en volar hacia el este para realizar unas prácticas de bombardeo, después volar un número determinado de kilómetros en dirección noroeste y girar después al sudoeste, lo que lo hubiera llevado de vuelta a Fort Lauderdale. La misión también incluía un ejercicio de navegación aérea en el que debían prescindir del radiocontrol de apoyo en tierra y basar sus cálculos en el tiempo, la velocidad y la distancia.

Un componente fundamental para la planificación de estos vuelos son las corrientes aéreas predominantes, que añaden velocidad a los aparatos si soplan a favor. Probablemente el vuelo 19, con viento del sudoeste a favor, se alejó más de lo que tenía planeado. Menos de dos horas después de salir de la base, Taylor comenzó a apreciar los primeros problemas. En

la tercera etapa del vuelo, cuando debían girar al noroeste, posiblemente el teniente descubrió que se habían equivocado. A continuación, surgieron los problemas con la brújula y el instructor del vuelo debió entonces guiarse por el horizonte. Taylor veía tierra y quizá pensó que se encontraba sobre los cayos de Florida.

Las grabaciones de las conversaciones de Taylor desvelan que otro piloto, el teniente Cox, que sobrevolaba el continente lo oyó por casualidad. Taylor le dijo que creía estar sobre los cayos y tenía que encontrar el camino de vuelta a Fort Lauderdale. Mientras Cox volaba hacia el sur a su encuentro, la señal emitida por la radio de Taylor se hacía cada vez más débil. Este dato hace suponer, con bastante seguridad, que Taylor estaba adentrándose en el océano y distanciándose de su emisora base. Se alejaban cada vez más porque Taylor volaba sobre las Bahamas, islas que confundió con los cayos de Florida. Es más: nunca estuvo cerca de los cayos. De hecho, los operadores de radio de la costa, a partir de sus cálculos, señalaron la posición del vuelo 19 en pleno océano Atlántico. Las últimas transmisiones interceptadas, situaban al escuadrón a 230 kilómetros de la costa.

LA CONFUSIÓN DEL PILOTO

Las grabaciones de las transmisiones radiofónicas de los pilotos del vuelo 19 también descubren que las capacidades físicas de Taylor se fueron debilitando y su confusión mental fue aumentando por momentos, hasta el punto de confundir en varias ocasiones su nomenclatura, FT-28, por MT-28. Un compendio de errores trágicos se fueron acumulando. El cansancio y la confusión son un problema grave para los pilotos, y si a ambos se suma ciertas limitaciones en el campo de visión o un fallo en los instrumentos de navegación se produce la desorientación espacial, una

situación tan peligrosa que puede acabar en una caída en picado al no poder controlar el aparato adecuadamente.

Según lo que se sabe de los hechos ocurridos aquel día, mientras el sol desaparecía, los bombarderos Avenger estaban cada vez más cerca de quedarse sin combustible. Finalmente, Taylor decidió que en cuanto a uno de ellos estuviera cerca de acabársele el combustible, todos juntos aterrizarían sobre el agua. A pesar de las escasas posibilidades de supervivencia, el reglamento militar obligaba a que los pilotos siguieran todas las instrucciones del jefe en este tipo de vuelos de instrucción y a obedecerlo, aunque éste tomara decisiones equivocadas. Todos lo siguieron. Taylor decidió este amerizaje conjunto porque seguramente pensó que sería más fácil localizar a cinco aeronaves juntas. Prácticamente es el último dato del vuelo 19, puesto que a las 7.04 de la tarde se cortó toda comunicación con Taylor y sus pilotos.

Pocas horas después, también se perdió el contacto con el avión *Mariner* que salió para rescatar al escuadrón. Según la investigación de Peter Leffe, este avión despegó de Florida, giró hacia el este, se adentró en el mar, y allí se esfumó del radar. Hubo testigos que aseguraron ver una enorme bola de fuego precipitándose sobre el océano. «No es muy frecuente, pero un avión lleno de queroseno fácilmente inflamable puede explotar si alguien, por ejemplo, enciende un cigarrillo en su interior», explica Leffe. Además, la conclusión de sus investigaciones es que no hay nada anormal en el trágico accidente del vuelo 19, sino una suma de problemas —como las condiciones meteorológicas adversas, la desorientación y el instrumental que no funcionaba adecuadamente—, que acabaron por desbordar la capacidad del piloto.

La Guardia Costera de Estados Unidos tampoco es demasiado propensa a creer en misterios paranormales, quizá porque desde las costas de Florida reciben cerca de veinticinco llamadas de socorro al día, con una media mensual de setecientas alarmas. Atribuyen la mayor parte de

los accidentes a errores humanos —sobre todo porque hay gente que no sabe navegar o lo hace bajo los efectos del alcohol—, a los fallos mecánicos y a las duras condiciones meteorológicas de la zona. Según Bart Hagermeyer, jefe del Servicio Nacional de Meteorología en Melbourne, Florida, en la zona «chocan corrientes de aire cálidas y frías que forman numerosas tormentas tropicales y huracanes. Muchas veces, estos fenómenos evolucionan con extremada rapidez, de modo que toman por sorpresa tanto a los servicios de meteorología como a los navegantes, ya sean expertos o novatos». También son frecuentes —con unos quinientos cada año— los tornados sobre la superficie del mar, en ocasiones capaces de levantar trombas de agua que pueden alcanzar hasta los trescientos kilómetros por hora en su interior. «A pesar de que se pueden esquivar, también es posible encontrarse dentro de uno al menor descuido y, entonces, es muy fácil que el tornado haga desaparecer por completo la embarcación atrapada», explica Hagermeyer.

Estos peligrosos y caprichosos fenómenos meteorológicos incidieron claramente, según muchos expertos, incluido Peter Leffe, en la trágica desaparición del vuelo 19, máxime si se tiene en cuenta que en aquellos años no se contaba con los complejos sistemas electrónicos actuales. Antes de que salieran los cinco aviones se encontraron con vientos de entre 35 y 45 kilómetros a la hora y nubes a poco más de 700 metros de altitud. Pero aquella tarde el tiempo empeoró rápidamente y el escuadrón se metió en una borrasca. Tanto los truenos como la electricidad estática generada por los rayos pudieron provocar problemas en las comunicaciones por radio y mal funcionamiento en las brújulas y que el vuelo 19, atrapado dentro de la tormenta, perdiera la orientación. El desastre fue causado, cree la mayoría de los investigadores, por una combinación de climatología adversa y fallos humanos, como ocurre con frecuencia en todos los accidentes de las Bermudas. Sin embargo, podrían existir otros motivos que nos explicaran desapariciones aún sin aclarar del todo.

EL PODER DEL MAR

El capitán John Willis salió en su lancha, *Miss Charlotte*, el 2 de mayo de 1998. Las aguas estaban tranquilas, y después de navegar un buen trecho, Willis se echó un rato a descansar antes de comenzar con la pesca. De repente, la lancha se bamboleó violentamente, y una ola de grandes dimensiones lo arrojó de su cama e hizo zozobrar al *Miss Charlotte*, llevándolo hasta el fondo del mar. La investigación posterior reveló que este accidente fue causado por un fenómeno conocido como «olas gigantes». Las costas de Florida y el entorno de las Bermudas son célebres por estas olas extremas e impredecibles que alcanzan alturas muy peligrosas. Las olas comunes miden entre 2 y 3 metros, y por cada cien mil normales surge una que llega a los 8 metros. Su energía es, por tanto, cuatro veces mayor que la de una ola normal, y muchas embarcaciones no son capaces de resistirlo.

Junto a estas olas asesinas las potentes corrientes marinas que recorren el Triángulo de las Bermudas aumentan las posibilidades de naufragar. El profesor Arthur Mariano, de la Universidad de Miami, asegura que la fuerza de estas corrientes explica algunos casos legendarios de extrañas desapariciones, sobre todo si tenemos en cuenta que no hace mucho los marineros se guiaban casi exclusivamente por las estrellas, la luna, el sol y los astros. «Era muy fácil —indica— que una corriente de este tipo desviase el rumbo de un navío. Si a esta desorientación se le añade una tormenta en alta mar, las posibilidades de naufragio aumentan considerablemente.»

La corriente más importante de la zona es la corriente del Golfo, una especie de autopista líquida que lleva las aguas cálidas del sur hasta el norte y de este a oeste atravesando el Triángulo de las Bermudas. Es una corriente muy rápida que avanza a unos ocho kilómetros por hora y su

presión puede dar lugar a pequeños torbellinos de corta vida pero muy intensos que, al igual que los tornados en el exterior, dificultan la navegación y crean grandes olas.

Otra de las consecuencias de estos remolinos oceánicos es el fenómeno conocido como dispersión turbulenta. Incluso si no hay una corriente muy fuerte, la dispersión turbulenta disemina cualquier objeto que se encuentre en el agua a lo largo de un área muy extensa y en muy poco tiempo, lo que explicaría la gran dificultad en encontrar restos de un accidente marítimo o para localizar a posibles supervivientes. En cuestión de tres días, los restos pueden esparcirse por un área de 16 kilómetros cuadrados. La dispersión turbulenta, por tanto, proporciona algunas claves científicas sobre por qué nunca se encontró ningún cuerpo ni restos de los aparatos del desafortunado vuelo 19. La teoría de Arthur Mariano sobre aquel accidente es que «los bombarderos Avenger cayeron al agua destrozados por la tormenta y esparcidos en pequeñas piezas. Sus restos se hundieron rápidamente en el océano debido a la acción de la dispersión turbulenta».

SUCESOS PARANORMALES

Mientras que para la comunidad científica el Triángulo de las Bermudas no supone ningún misterio y casi todos los sucesos más o menos inusuales ocurridos pueden razonarse perfectamente en términos científicos, hay quien asegura que hay algo fuera de lo normal en la zona, pero sus teorías muchas veces cruzan una delgada línea entre lo racional y la ciencia ficción.

Bruce Gernon experimentó un incidente al límite de lo racional, en 1970, que cambió su vida para siempre. Estaba volando sobre las Bahamas, cuando se introdujo con su avión en un extraño banco de nubes de forma circular. Gernon intentó salir de éste volando por el borde en

dirección sur. Sin embargo, según sus impresiones, continuó trazando círculos sin hallar ninguna vía de escape. «Entonces vi una especie de túnel a través de las nubes y pensé que sería mi única salida. Cuando me adentré en él, ocurrió algo inesperado: las mismas nubes formaban ahora franjas que se extendían a lo largo del círculo, mientras rotaban lentamente en sentido contrario a las agujas del reloj», recuerda. Bruce Gernon calculó que tardaría unos tres minutos en llegar al otro extremo del túnel, pero no le llevó más de veinte segundos. Hoy en día está convencido de que lo que realmente hizo fue «volar a través del material del que está hecho el tiempo», por eso ha bautizado aquella fantasmagórica neblina con el nombre de *niebla electrónica*.

Esta niebla electromagnética que describe Gernon era de un color gris extraño y causaba interferencias y mal funcionamiento del equipamiento electrónico y magnético de su avión. También sostiene que en sólo tres minutos —el tiempo que tardó en salir de la tormenta electrónica— hizo un recorrido que en circunstancias normales duraría media hora. La explicación que da a este suceso es que se trata claramente de un fenómeno conocido como «agujero de gusano»,* una hipotética conexión espacio-temporal entre regiones separadas, que en la actualidad se investiga en el espacio. Es más: apoyándose en el mal funcionamiento de las brújulas y en la desorientación de los pilotos, Bruce Gernon cree que el vuelo 19 pudo haber topado con el mismo agujero de gusano en el que él mismo se introdujo, exactamente a la misma hora pero veinticinco años después que el escuadrón desaparecido.

El físico John Hutchison asegura que vivió una experiencia similar a la de Gernon cuando investigaba en el Triángulo de las Bermudas. Hutchison ha llegado a la conclusión de que no toda el área del Triángulo de las Bermudas es activa, sino que estamos ante una fuerza que se desplaza por la región. Sin embargo, la mayor parte de la comunidad científica

rechaza cualquier teoría que incluya agujeros de gusano, viajes en el tiempo, niebla electrónica o magnetismos extraños.

Tampoco está previsto que el Servicio Meteorológico Nacional de Estados Unidos investigue los episodios de niebla electrónica. Bart Hagermeyer —uno de sus responsables más veteranos— afirma que bastante tienen con ocuparse de la niebla meteorológica, «un fenómeno muy real y bien documentado que causa verdaderos estragos cuando aviones y barcos intentan atravesarla» y el Triángulo de las Bermudas ofrece las condiciones ideales para su aparición.

La niebla se da cuando el aire se enfría hasta la temperatura del rocío. Si tenemos un frente frío sobre la corriente del Golfo, que es cálida, nos encontramos con que el agua y el aire cercano a la superficie del mar están a unos 25 °C y, por contra, el aire que pasa por encima sólo llega a unos 10 o incluso menos. Esta diferencia térmica hace que la niebla surja hasta provocar, incluso, condiciones de visibilidad nula en ciertas zonas. A veces resulta muy densa y persistente en algunos puntos de la costa Este de Florida, pero que no tiene nada de extraña y, de momento, es el único tipo de niebla que los meteorólogos reconocen.

Desgraciadamente, la falta de informes detallados y continuos, tal y como se hacen actualmente en las estaciones climatológicas, no permiten averiguar el peso real que tuvo la niebla regular en el fatídico desenlace del vuelo 19. Para el escritor Gian Quasar, la relación está muy clara, ya que la costa de Florida estaba cubierta de niebla aquella noche y los Avenger no disponían de luces para aterrizar. Quasar propone además una explicación alternativa a las más comunes. Según sus investigaciones, el vuelo 19 siguió volando hacia el oeste, cruzó la costa a la altura de Flagler Beach y acabó estrellándose en el pantano de Okefenokee, al sur de Georgia. En algunos informes de la Jefatura de Transporte Aéreo norteamericana a los que accedió el investigador, aquella misma noche del 5 de diciembre de 1945 hay constancia de cinco aparatos sin

identificar cerca del pantano de Okefenokee a las 8.50 horas. Desde las localidades de Jacksonville y Brunswick también se informó del paso de cinco aeronaves, y un avión de carga Solomon detectó entre cuatro y seis aviones atravesando la costa a las 19.00, mientras aún se mantenía contacto con los Avenger. Para Quasar, muchos de estos casos sin resolver, incluyendo el célebre vuelo 19, no se han estudiado con el suficiente detalle y profundidad a pesar de que casos similares siguen dándose una y otra vez.

Como ocurrió en junio de 2005, cuando un avión Piper Aztec volvió a perderse dentro del área del Triángulo de las Bermudas. Se trataba de un vuelo privado en el que el piloto mantuvo contacto con un controlador durante todo el trayecto. La guardia costera de Florida empleó algunos de sus barcos y helicópteros en la localización del avión desaparecido, al mismo tiempo que se pedía a todos los aparatos que sobrevolaban la zona que estuvieran atentos a cualquier señal ELT (Transmisor de Localización de Emergencia en sus siglas en inglés) o, si disponían de las condiciones de vuelo adecuadas, intentasen buscar a los supervivientes. Pero tras veinticuatro extenuantes horas sin encontrar ni restos ni supervivientes, se suspendió el operativo de búsqueda.

«Los errores humanos, las condiciones meteorológicas adversas, las averías del instrumental y causas similares pueden ser los motivos que explican el 90 por ciento de las desapariciones en la zona. Sin embargo, hay un 10 por ciento que nadie ha podido explicar ni descubrir qué ocurrió y por qué no se hallaron restos», asegura el famoso ufólogo e investigador Rob Simone.

Alaska y su Triángulo de las Bermudas

Muy lejos de las cálidas aguas caribeñas de Bermudas, existe otro lugar tristemente célebre por el peligro que conlleva atravesarlo en avión, una ruta obligada para cualquiera que viva allí. La zona tiene forma ligeramente triangular, y está situada al sudeste del estado de Alaska, en la zona que se extiende entre la costa del Pacífico y Canadá. Una desaparición al mes, como media aproximada, le ha valido el sobrenombre, entre los habitantes de Alaska, del Triángulo de las Bermudas del Norte. Pero no sólo los norteamericanos instalados en la zona hablan de estas desapariciones: también los esquimales inupak se refieren con toda naturalidad desde hace siglos a estos extraños sucesos. En este vasto territorio, entre sus habitantes son comunes las historias y leyendas de vecinos, familiares y amigos que se embarcaron un día en una pequeña aeronave y no volvieron jamás a sus casas...

Esto es lo que les ocurrió a Kent, Jeff y Scott Roth, los tres hermanos de Jason Roth. Acostumbrados a la vida en plena naturaleza, entre las tundras, montañas, bosques y ríos de la infinita Alaska, los Roth eran muy aficionados a la caza, la pesca, el esquí y a todo tipo de actividades al aire libre. Los hermanos Roth tenían una especie de ritual que cumplían todos los años. En primavera volaban desde su casa en Anchorage hasta Yakutat, en busca de los mejores ríos, bosques y lagos y coincidiendo con la temporada de pesca de las truchas arcoiris. La primera semana de mayo de 1992 tenían otro motivo más para seguir la tradición. Scott Roth había perdido un ojo el año anterior y tanto sus hermanos como sus amigos querían apoyarlo tratando de seguir con la misma vida que había

llevado hasta entonces. Así que organizaron un viaje en el que participaron los cuatro hermanos Roth y tres amigos. La única diferencia fue que ese año Scott prometió a su esposa que iría en un vuelo comercial, mientras que sus hermanos y amigos volarían en dos aeroplanos.

El viaje de ida no presentó ninguna incidencia, pero el 2 de mayo el tiempo comenzó a empeorar, por lo que Jason Roth y uno de los amigos de la familia decidieron volver a casa en una de las avionetas, peor preparada para el mal tiempo, que el Cessna 340 bimotor que pilotaría de regreso Jeff Roth, experimentado en todo tipo de situaciones climatológicas en Alaska. El resto del grupo —compuesto por Jeff, Scott, Kent y otros dos amigos— aprovecharon para tener una mañana más de pesca. A las seis de la tarde decidieron regresar a Anchorage en la avioneta Cessna 340. Se trataba de un viaje de dos horas de duración y llevaban combustible para volar tres horas. A los veinte minutos de vuelo, Jeff se puso en contacto con la torre de Yakutat para transmitir un mensaje rutinario, pero no se lo volvió a oír más.

EXTRAÑAS COINCIDENCIAS

Al anochecer, las autoridades de la Administración Federal de Aviación (FAA) notificaron el retraso del aeroplano a la familia Roth e informaron que en él viajaban cinco personas y no las cuatro que se creía. Todos intuyeron desde el primer momento que ese quinto pasajero era Scott Roth, que habría cambiado sus planes de regreso con una línea aérea regular como había prometido. A la mañana siguiente, se activó el dispositivo de búsqueda. La Guardia Costera inspeccionó la bahía de Prince William, las Fuerzas Aéreas recorrieron la ruta del avión desaparecido y la Patrulla Aérea Civil se encargó de rastrear montañas y glaciares. Durante cinco semanas se rastrearon 155.000 kilómetros cuadrados y, cuando la búsqueda oficial concluyó, varios voluntarios continuaron patrullando

por el cielo en busca de cualquier resto o pista sobre los cinco hombres desaparecidos. A pesar de haber sido una de las operaciones de rescate más largas y costosas de los últimos tiempos en Alaska, no encontraron nada. Todavía en la actualidad no hay restos del accidente.

Veinte años antes había ocurrido otro excepcional accidente en la zona, precisamente en el mismo corredor de vuelo que utilizaron los hermanos Roth en mayo de 1992: el llamado Victor 319, que recorre el Triángulo de Alaska dividiéndolo en dos. En aquella ocasión, 16 de octubre de 1972, fueron dos políticos los que desaparecieron; uno era el líder de la mayoría en la Cámara de Representantes, Thomas Hale Boggs —la cuarta persona con más poder en el gobierno de Estados Unidos detrás del presidente—, y otro era el prometedor congresista Nick Begich, de 40 años de edad.

Boggs no había nacido en Alaska ni tampoco residía en este estado, pero siempre había tenido una especial relación con la zona desde que apoyó el proyecto de ley de la concesión del estatus de estado de la Unión para Alaska. Como era líder de la mayoría en la Cámara de Representantes, aquel 16 de octubre, Boggs acompañaba al congresista Begich en su campaña de reelección como representante de Alaska en el Senado de Estados Unidos. A diferencia del veterano Boggs, con quince legislaturas a sus espaldas y miembro en su día de la Comisión Warren, que en 1964 se encargó de la investigación del asesinato del presidente John F. Kennedy, Nick Begich era un novato que estaba sacando adelante el que quizá fuera el proyecto legal más importante en la historia de Alaska: la Ley de Arbitraje de las Reclamaciones de los Indígenas de Alaska; el acuerdo de mayor envergadura con los nativos norteamericanos jamás firmado en Estados Unidos. Comprendería 178.000 kilómetros cuadrados de tierra y un presupuesto de algo menos de mil millones de dólares.

A las nueve de la mañana, Begich y Boggs, junto con el asistente Russell Brown, subieron en Anchorage a bordo de un bimotor Cessna

pilotado por Don Jonz, un conocido piloto local de 38 años y con mucha experiencia en las duras condiciones del Ártico, pero famoso también entre la profesión por su arrogancia y su afición al riesgo. A los doce minutos de iniciar el vuelo, Jonz detalló el plan de vuelo a la torre de control y confirmó que el avión contaba con los dispositivos de emergencia necesarios. Fue la primera y última comunicación que se estableció con el aparato. A las doce y media del mediodía el aeropuerto de destino, en la ciudad de Juneau, anunció el retraso del vuelo. Nadie se alertó en esos momentos porque los retrasos de este tipo son comunes en aviones de pequeño tamaño y porque, además, los ocupantes del aeroplano estaban en manos de un maestro en el aterrizaje de emergencia como Jonz. Al caer la noche, aún no se sabía nada de los cuatro hombres, y se los dio por desaparecidos. Se avisó a las respectivas familias y, ante la trascendencia de los políticos, la noticia apareció en todos los noticieros vespertinos del país y se puso en marcha la mayor operación de búsqueda llevada a cabo en los años setenta en Estados Unidos.

A pesar del mal tiempo, el hielo y la nieve en la zona, un Hércules HC130 de las Fuerzas Aéreas salió en busca de los desaparecidos, rastreando a través de las nubes en plena noche con sus sistemas de infrarrojos. Mientras tanto, en el estrecho paso de Portage, al sur de Anchorage —donde se escuchó el último mensaje de Jonz y que es tristemente conocido por sus habitantes por la gran cantidad de aviones allí accidentados—, una unidad de infantería con once hombres exploró la zona a pie. Además, por si el desaparecido Cessna hubiese cruzado hasta la bahía de Prince William, los barcos guardacostas patrullaron las frías aguas, plagadas de icebergs, aunque las probabilidades de sobrevivir en aguas con temperaturas por debajo de los 2 °C se estimaba en apenas quince minutos. Se utilizaron cámaras y sensores de última tecnología aún entonces en estado experimental. Incluso, la Patrulla Aérea Civil de Alaska llegó a desplegar por primera vez para una operación de búsqueda

y rescate un avión espía secreto, el SR 71, capaz de fotografiar la fecha de una moneda a 9.000 metros de altura. No se escatimaron ni los medios humanos ni la tecnología más avanzada en una gran operación, ordenada desde las más altas instancias del gobierno estadounidense por los importantes cargos públicos de los desaparecidos. Junto a los enormes recursos oficiales, también se sumaron gran cantidad de voluntarios civiles que buscaron, a pie o en sus aviones particulares, cualquier señal. Sin embargo, ni siquiera aparecieron los restos del aeroplano.

En este punto muerto de la operación de rescate, comenzaron a surgir pistas increíbles a lo largo y ancho de todo Estados Unidos: desde personas con sueños y premoniciones, pasando por operadores de radio que grababan voces extrañas, o incluso un vidente de la lejana Kenia que aseguraba tener la visión de un aeroplano intacto cubierto de follaje en algún lugar de Alaska. Pero al final, tras treinta y nueve días de infructuosa lucha contra la geografía y el clima, la búsqueda de los dos políticos se suspendió el 24 de noviembre de 1972. Un oficial de alto rango de las Fuerzas Aéreas llegó a confesar lo que muchos temían: que posiblemente jamás se encontraría el Cessna 310 y sus cuatro ocupantes.

¿CONSPIRACIÓN O ACCIDENTE?

¿Por qué, a pesar de los medios desplegados, nunca se encontró ni el avión ni los cuerpos de los desaparecidos? Algunas personas pueden pensar que fue obra de alguna fuerza paranormal que actúa en la zona de forma similar a las leyendas del Triángulo de las Bermudas. Sin embargo, las pruebas históricas apuntan en otra dirección menos esotérica. Cuando ocurrió el accidente de Boggs y Begich, en Estados Unidos se estaba gestando uno de los mayores escándalos políticos del siglo xx, el Watergate, aunque el famoso caso, que le costó la presidencia a Nixon, no estalló hasta en enero de 1973. Thomas Hale Boggs sospechaba que la Casa

Blanca encubría algo. Según declaraciones de su hijo, Thomas Hale Boggs Jr., su padre solía comentar por esos días que se aproximaba el fin de Nixon, hasta el punto de que, más de treinta años después, se ha llegado a preguntar si realmente fue sólo un accidente la desaparición del aeroplano. Sin duda, como líder de la mayoría en la Cámara Baja, su padre tenía más de un enemigo en las altas esferas de la Administración. Es más: en las grabaciones que propiciaron la caída del presidente Nixon, éste no mencionaba a Boggs en términos precisamente amistosos. J. Edgar Hoover, el director del FBI, lo tenía aún en menos estima desde que, el 5 de abril de 1972, Boggs lo acusó de usar métodos de vigilancia más propios de la policía política de Hitler o Stalin que de una democracia moderna y pidió su dimisión.

Casualmente, el FBI fue la única agencia de seguridad estatal que no siguió la operación de búsqueda y rescate del avión accidentado en Alaska. Sin embargo, durante más de dos décadas nadie fue capaz de demostrar ninguna conexión entre este desgraciado accidente y el FBI. En 1992, las cosas cambiaron en virtud de la Ley sobre la Libertad de Acceso a la Información, cuando se recabó información en el FBI para un artículo sobre los veinte años de la desaparición de Boggs y Begich. El artículo se publicó en la revista *Roll Call* de Washington. Gracias a esta investigación periodística aparecieron varios télex y cartas del FBI que nunca se habían visto antes. El primero de ellos relataba cómo un grupo de voluntarios civiles pertrechados de equipos electrónicos habían encontrado lo que podían ser restos de un accidente, y que sus detectores de calor indicaban que podría haber dos supervivientes. Pero, inexplicablemente, nadie siguió esa línea de investigación a pesar de que las autoridades estaban desesperadas por encontrar el más mínimo rastro de los desaparecidos. Mientras tanto, el FBI atendió a las pistas más estrambóticas y dudosas que ofrecían parapsicólogos y videntes. Aunque quizá más llamativo que lo encontrado sea precisamente lo que falta de los archivos

del FBI sobre el accidente de 1972. Han desaparecido las detalladas fotos que tomó el avión espía SR 71 de toda la zona.

La desaparición de Nick Begich, el compañero de viaje de Boggs, también está repleta de dudas para su hijo Nick, «sospechas basadas en la forma de actuar habitual del director del FBI Hoover», afirma convencido de que esta agencia de investigación ocultó los télex recibidos. Tampoco su hijo se explica cómo han desaparecido las fotografías de una de las mayores operaciones de búsqueda y rescate en la historia de Estados Unidos. «Desgraciadamente, sin esas imágenes —señala— no se puede comprobar si hubo alguna posibilidad de encontrar a alguien con vida, tal y como apuntaba la información descubierta.» Tampoco ha sido posible encontrar a ningún testigo de la cuadrilla de rescate, ya que los nombres de los participantes fueron eliminados de todos los documentos. No obstante, el material hallado en el FBI describe con bastante precisión el posible lugar del accidente, uno de los mayores campos de hielo de Alaska, a medio camino entre Anchorage y Juneau: el glaciar Malaspina, que lleva el nombre del navegante español que a finales del siglo XVIII exploró las costas de Alaska.

LA ATRACCIÓN DEL HIELO

Hay otro artículo periodístico de 1972 que puede arrojar algo de luz sobre el accidente del Cessna, que fue escrito por el piloto Don Jonz para la revista *Flying Magazine*. Por una macabra coincidencia apareció en el número de octubre, justo al lado de las noticias sobre el avión desaparecido que él pilotaba. En su artículo, Jonz ponía en duda el papel del hielo como factor de riesgo en la aviación y llegaba a afirmar que pilotos «lo suficientemente inteligentes, hábiles y escurridizos, podían evitar casi al 99 por ciento la amenaza del hielo». ¿Intentó Jonz demostrar que él tenía todas esas cualidades?

Mike O'Neill, otro piloto acostumbrado a las duras condiciones climáticas de Alaska, recorrió una ruta paralela a la del aparato de Jonz el mismo día de su accidente en 1972. O'Neill recuerda que tuvo que elevarse por encima de los 3.600 metros de altura para «evitar las descargas de hielo que pueden desestabilizar el morro de los aviones pequeños. Entra dentro de lo posible que esto fuera lo que le ocurrió a Jonz», asegura. Para la mayoría de sus compañeros, el artículo que Jonz publicó en *Flying Magazine* era una arrogante demostración de superioridad, mientras que otros opinan que no era más que un reflejo de su sarcástico sentido del humor. Pero ¿es posible que arriesgara tanto como para ser el culpable de lo que ocurrió al Cessna 310?

No obstante, aunque la actitud del piloto provocase en parte el accidente, todavía queda por saber dónde están los restos de la aeronave. Y, aún más importante, por qué después de más de treinta años no han aparecido aún. Los nativos cliquot tienen una respuesta a esta pregunta: es obra de los kushtakas, espíritus malignos, mitad hombre mitad nutria. Los kushtakas se aparecen a los viajeros perdidos en los bosques y las aguas bajo diferentes apariencias —por ejemplo, la de un familiar muerto hace tiempo— y logran así llevar a las personas a su reino.

Menos mágica y sobrenatural que esta explicación inspirada en las ancestrales leyendas de la zona, es la teoría de que, probablemente, los numerosos glaciares de Alaska tengan más culpa en las numerosas desapariciones que se dan en el estado, que los espíritus kushtakas. Los glaciares no son exactamente bloques de hielo sólido, sino que su interior está lleno de cámaras vacías y enormes grietas, que a veces alcanzan el tamaño de un bloque de oficinas, capaces de «tragarse» un avión caído en la nieve. Más de treinta años después, el movimiento del glaciar Malaspina —donde se cree que cayó el vuelo de Boggs y Begich— puede haber desplazado los cuerpos a varios kilómetros del punto de impacto original. O bien, los restos pueden estar sepultados bajo toneladas y

toneladas de hielo y permanecer allí hasta que, dentro de varios siglos, el glaciar los expulse de sus entrañas junto a los icebergs que arroja al mar cada año. Y hasta que eso ocurra, nadie sabrá exactamente por qué aquella mañana del 16 de octubre de 1972 desapareció sin dejar rastro un avión con dos políticos de Washington a bordo.

El Roswell ruso

En julio de 1947, un granjero de Roswell, Nuevo México, descubrió lo que posteriormente muchos ufólogos calificaron como restos de un platillo volante, y el gobierno de Estados Unidos como parte de un globo meteorológico. Este hallazgo se consideró un hito en la naciente historia del estudio de los ovnis, y comenzó a conocerse como el incidente Roswell. Menos de un año después de que este suceso ocupara portadas de periódicos y revistas en medio mundo, la base militar secreta Kapustin Yar, en la Unión Soviética, experimentó también su propio encuentro con un objeto volador no identificado. Un avión de caza Mig ruso que intentó enfrentarse a él fue atacado por el ovni y derribado; su piloto murió. Esta historia nunca se contó en los medios de comunicación. Detrás del Telón de Acero, a lo largo de las últimas décadas, se han escondido innumerables secretos, misteriosos incidentes relacionados con naves no identificadas, con combates aéreos contra ellas y laboratorios secretos donde se estudiaba la tecnología extraterrestre... Algunos de estos enigmas empiezan a salir a la luz pública. Por primera vez, en Rusia se puede hablar con testigos de avistamientos y científicos expertos en ufología y documentar con asombrosas e inéditas imágenes, fotografías e investigaciones hasta hace poco ocultas en los informes secretos de la KGB.

Kapustin Yar se construyó bajo la dirección personal de Stalin, unos noventa kilómetros al sudoeste del antiguo Stalingrado y setecientos cincuenta al sur de Moscú. Bautizada inicialmente con el nombre de Vladimirovka, es la base dedicada al desarrollo de misiles más grande y más

antigua de toda Rusia, y también la más ultrasecreta y controvertida durante los últimos sesenta años.

El 19 de junio de 1948, señalan los informes, los controladores del espacio aéreo de Kapustin Yar detectaron un objeto extraño en sus radares en el mismo momento en el que el piloto de un Mig avistaba un objeto alargado y plateado a unos diez kilómetros de la base. El piloto anunció por radio que una potente luz lo estaba cegando. Se cree que recibió órdenes directas del comandante en jefe de las Fuerzas Aéreas soviéticas, el mariscal Pavel Zhigarev, para que cerrara el paso al aparato no identificado: el Mig lanzó un cohete que logró derribarlo. Los informes sugieren que el piloto ruso, en un último intento de retomar el control de su avión, fue alcanzado por las armas del ovni ya en el suelo, y cayó junto con su Mig.

Bill Birnes, ufólogo y editor de la revista norteamericana *UFO Magazine*, tiene su explicación al suceso: «Los extraterrestres probablemente utilizaron un haz de partículas como arma, mientras que el Mig atacaría con las armas que entonces disponían los rusos: ametralladoras, cohetes y alguna versión primitiva de misil, que fueron capaces de romper de alguna manera la capa antigravedad que rodearía al ovni, por lo que se estrelló». Sin embargo, a diferencia del célebre incidente Roswell, este choque nunca llegó a los titulares de los diarios. Según Bill Birnes los restos del aparato no identificado fueron llevados al laboratorio subterráneo de Zhiktur y fue el comienzo del programa secreto de ovnis en la Unión Soviética. Es más, a partir de entonces, los rusos se embarcaron en misiones suicidas donde los pilotos de los Mig tenían que abatir todo objeto desconocido que surcase sus cielos. El objetivo era investigar esa avanzada tecnología de las naves extraterrestres.

Desde que se construyó a principios de los años cuarenta del siglo xx, Kapustin Yar ha estado rodeada del más absoluto hermetismo. Se decía que allí se enviaba a los mejores investigadores, científicos y militares para desarrollar la tecnología armamentística más avanzada de la Guerra Fría. También era el lugar donde se probaban distintos tipos de misiles tierra-aire, tierra-tierra o aire-aire, e incluso misiles para ser lanzados desde los submarinos rusos. La construcción de la base se llevó tan encubiertamente que, incluso, en previsión de que los habitantes de la pequeña población vecina de Zhiktur fueran testigos de lo que ocurría en Kapustin Yar, fueron evacuados y la ciudad se eliminó sin más.

Muchos investigadores creen que el nombre de Zhiktur fue después asignado a un centro secreto de investigación ufológica situado bajo la superficie de la base Kapustin Yar, donde se piensa que se almacenarían los restos de ovnis caídos a la tierra, así como los cuerpos de sus tripulantes. El ufólogo Bill Birnes asegura que muchos países cuentan con centros similares —como el Área 51 en Groom Lake, en Nevada— donde se guarda y estudia la tecnología de los ovnis con el fin de poder practicar ingeniería inversa y así comprender cómo funcionan estos aparatos.

Sin embargo, el accidente de 1948 no fue el primero en el que los cielos rusos veían un objeto volador no identificado. Ya en el año 950 de nuestra era, cuenta Paul Stonehill, autor del libro *UFOUSSR*, el viajero musulmán Ibn Fatlan y su expedición avistaron unos extraños fenómenos en el cielo que los atemorizaron, y se encontraron con que los nativos, acostumbrados a las batallas aéreas entre objetos no identificados, no hacían más que mofarse del terror de la expedición extranjera. Pero hay muchas más leyendas sobre batallas de luz en el cielo. En el siglo xvii, Rusia experimentó un brote de avistamientos de ovnis que muchos testigos describían como «bolas de fuego con forma de cometa». Uno de los episodios más célebres fue el de Robozero, cuando un gigantesco disco llegó a un lago del norte de Rusia. Un testigo directo de los hechos

declaró que aquel 15 de agosto de 1663 se oyó un fuerte estruendo que venía de los cielos, y en pleno mediodía comenzó a descender de un cielo despejado una gran bola de fuego con dos puntiagudos rayos por delante. Iba del sur al oeste y desapareció tras recorrer unos quinientos metros. Sin embargo, luego regresó a Robozero, y permaneció cerca de hora y media sobre la población, llenando de espanto a todo el que lo veía. El documento de este testigo habla también de pescadores escaldados por el agua caliente del lago o de peces luminosos que huían desesperadamente de la bola de fuego.

Este tipo de historias era muy común en la Rusia prerrevolucionaria, y también en el resto de Europa. De hecho, se estima que aproximadamente el 50 por ciento de los ovnis avistados pertenecía a este tipo esférico. En 1892 tuvo lugar otro extraordinario suceso en Moscú. Esta vez apareció publicada la noticia completa en el diario *Svet*, el 17 de marzo. Según un testigo presencial, se trataba de una columna de luz con forma de cono de un color similar al de las llamas normales y con un brillo considerable, como el de una farola del alumbrado público. El punto desde el que aparecían los rayos estaba inmóvil y los rayos permanecieron visibles durante unos veinte o veinticinco minutos.

LA DESTRUCCIÓN DE UN BOSQUE SIBERIANO

Sin embargo, a pesar de que el avistamiento de ovnis ha sido un fenómeno relativamente común y extendido a lo largo de los siglos en Rusia, jamás ninguno ha resultado tan devastador como el suceso que arrasó el bosque siberiano de Tunguska en 1908. El 30 de junio, a las siete de la mañana, la apacible calma del bosque de Tunguska fue interrumpida por una ensordecedora y destructiva explosión de una fuerza equivalente a una bomba de hidrógeno de 40 megatones. Los árboles salieron volando por los aires como si fueran palillos y sus efectos llegaron hasta

Centroeuropa; incluso se detectaron cambios en los campos magnéticos de la Tierra.

Para explicar este extraño incidente se barajaron distintas posibilidades. En primer lugar se pensó que la destrucción de Tunguska se debía al impacto de un meteorito gigante contra la Tierra. Pero no se encontró el cráter ni en el bosque ni en los alrededores. Además, el extraño objeto cambió de trayectoria y voló en dirección contraria, algo que los meteoritos no suelen hacer. Hasta hoy ningún científico ha dado con una explicación satisfactoria, mientras que, según los expertos en fenómenos extraterrestres, hay muchas pruebas que apuntan a que el desastre de Tunguska fue causado por la caída de un aparato que realizó un trazo de maniobras que sólo puede hacer un objeto guiado racionalmente; se cree incluso que fueron dos ovnis los que chocaron contra el bosque.

Algunos informes estudiados por investigadores como Paul Stonehill sugieren que el mismo Stalin pensaba que la explosión de Tunguska fue causada por el lanzamiento de armas experimentales desde algún objeto volador no identificado. Stalin tenía un gran interés en saber si estos objetos venidos del espacio exterior podían constituir una amenaza real para la Unión Soviética, de modo que empleó a algunos de sus mejores científicos para evaluar el posible peligro y, al mismo tiempo, para intentar reproducir estas naves alienígenas, con fines militares, a partir de sus restos.

Uno de los científicos rusos más prestigiosos de la época, Sergei Korolev se propuso, igual que Stalin, resolver el misterioso caso de Tunguska. Korolev, que pasaría a la historia por ser el padre de la carrera espacial soviética y responsable del *Sputnik*, animado por sus observaciones, organizó por su propia cuenta una expedición a Tunguska. Al sobrevolar el bosque, Sergei Korolev y su equipo descubrieron señales de la gran explosión aún visibles. Sin embargo, el hallazgo más sorprendente llegó en forma de fragmentos metálicos muy radiactivos que no

tenían nada en común con los de cualquier otro asteroide o meteorito. Se descubrió también un enclave de unos trescientos metros cuadrados donde no ha vuelto a crecer ni una planta y donde los animales mueren debido al alto nivel de radiactividad presente. Los ufólogos rusos lo conocen hoy con el nombre de la Tumba del Diablo y creen que puede ser el resultado de algún resto metálico radiactivo del hipotético choque entre ovnis. O de la nave nodriza que se estrellara contra el suelo, como apunta la hipótesis del editor de *UFO Magazine*, Bill Birnes.

A pesar de la similitud de sus intenciones, no hay ninguna prueba de que Korolev y Stalin se reuniesen antes de la expedición del científico, pero se cree que éste confesó a Stalin que los fragmentos que encontraron diseminados por el área de Tunguska pertenecían a un ovni. Los informes oficiales del Partido Comunista, sin embargo, cuentan otra versión muy distinta: el desastre de Tunguska fue causado por un meteorito gigante.

Además, surge una pregunta: ¿dónde se llevaron los fragmentos radiactivos encontrados por Korolev? Bill Birnes y otros ufólogos insisten en que, al igual que otros países, los rusos también tenían un lugar donde almacenar la tecnología alienígena, y este lugar era Zhiktur, en los subterráneos de Kapustin Yar, base militar dotada de un sistema de altísima seguridad. Pero ¿qué hacían exactamente allí los científicos de Stalin con estos desechos de ovni? Algunos investigadores, como el profesor Fred Culick del California Institute of Technology (Caltech, universidad conectada a la NASA) avalan la hipótesis de que los restos se estudiaban para obtener la tecnología que les permitiera superar a los norteamericanos en la carrera espacial y mejorar su tecnología armamentística.

Este extremo no es algo que se pueda asegurar a ciencia cierta, pero algunos informes de la época confirman que tanto Stalin como su sucesor, Jruschev, tenían contacto directo con los jefes del programa espacial soviético. También confirman que desde los tiempos de la Segunda Guerra

Mundial, pocos años antes del incidente de 1948, los pilotos de aviones Mig recibían la orden, de parte de los más altos estamentos militares, de disparar a cualquier ovni. Hay que recordar cuán importante fue la carrera espacial y establecer la superioridad de un país sobre el otro en esos años de la Guerra Fría: el dominio tecnológico podría venir de cualquier parte, incluso de las naves extraterrestres.

EL ESPIONAJE NORTEAMERICANO

Estados Unidos tampoco permanecía impasible a las investigaciones de la URSS y, a medida que se extendía el rumor de las actividades llevadas a cabo en Zhiktur, tanto sobre los restos del desastre de Tunguska como los del accidente de 1948, la CIA se interesaba más y más por lo que estaba ocurriendo en aquel lugar. Ya en 1950 algunos agentes estadounidenses hablaban de los avistamientos de ovnis en la Unión Soviética. Lógicamente, tras el interés de la CIA también estaba la investigación armamentística rusa. La primera misión que realizó el avión norteamericano secreto U-2 fue sobrevolar y fotografiar Kapustin Yar.

A principios de la Guerra Fría las actividades desarrolladas en la base de Kapustin Yar incluían la construcción y prueba de sofisticadas armas, misiles y cohetes. Tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos podía miniaturizar hasta cierto punto sus armas, pero los soviéticos no tenían la tecnología necesaria para producir armas atómicas de pequeño tamaño; por eso tenían que construir grandes cohetes que las transportaran. Según explica el profesor Fred Culick, lo que a priori era una desventaja les dio por el contrario una posición privilegiada en la carrera espacial. Stanton Friedman, físico nuclear y ufólogo, asegura que, tras investigar los archivos secretos soviéticos, comprobó que «los rusos hicieron durante dieciocho meses más progresos en el campo del armamento

nuclear de lo que habían previsto para los cinco años siguientes. Y eso ocurría en 1951», indica.

La actividad de Kapustin Yar no pasó inadvertida para los servicios de inteligencia de la superpotencia rival; la prueba de que era uno de los puntos más vigilados por la CIA se encuentra en los numerosos documentos desclasificados que hablan sobre la base soviética. No casualmente, la primera misión de los célebres aviones espía U-2 fue a este lugar. Así se descubrió que Kapustin Yar no era sólo un laboratorio donde se desarrollaban nuevas tecnologías, sino también un campo de entrenamiento para las tropas especializadas que utilizaban estas nuevas armas.

Hay que señalar que esa orden general para los aviadores rusos de atacar a los ovnis que entrasen en su espacio aéreo dio lugar a un incidente que no fue cubierto por el habitual velo de silencio, sino públicamente aireado, el llamado «caso del U-2». El acrónimo ovni significa «objeto volante no identificado». Se lo ha considerado un sinónimo técnico de platillo volante, pero no lo es; no tiene un carácter necesariamente extraterrestre, es más, puede asegurarse que a las autoridades soviéticas les preocupaban más los ovnis de procedencia terrestre, concretamente norteamericana, que los venidos del espacio exterior.

Dentro de esta política de defensa agresiva de su espacio aéreo, el 1 de mayo de 1960, un misil tierra-aire soviético derribó un ovni sobre Sverdlovsk, ciudad situada al este de los montes Urales, famosa por ser el lugar del asesinato de la familia imperial, que hoy vuelve a llamarse Yekaterimburg. Ese ovni resultó ser un avión-espía U-2 que había despegado de Peshawar (Pakistán), con la misión de sobrevolar el mar de Aral y hacer un recorrido por el norte de la URSS, pasando por los puertos árticos de Arjángelsk y Murmansk, para aterrizar en la base noruega de Bødo.

El piloto norteamericano, Francis Gary Powers, que pertenecía a la CIA, logró salvarse lanzándose en paracaídas y fue capturado. El

incidente, bien aireado por Nikita Jrushev, provocó una crisis diplomática internacional, incluidas protestas de los gobiernos de Pakistán, Turquía y Noruega frente a Estados Unidos, exigiendo que no se utilizaran sus territorios para esas misiones de espionaje aéreo. La conferencia cumbre entre los líderes de Occidente y Jrushev, convocada en París para el mes de mayo, tuvo que ser suspendida, y Estados Unidos, aun negando que el U-2 tuviese órdenes de realizar ese vuelo espía, ofreció suspender las misiones de los U-2 para apaciguar a Moscú. Jrushev orquestó perfectamente la propaganda, montando un juicio público para el piloto Powers, que fue condenado a diez años de prisión, aunque dos años después sería canjeado por un famoso espía ruso, el coronel Abel.

Es decir, en el ambiente de la Guerra Fría, los norteamericanos estaban decididos a llevar sus «ovnis» al espacio aéreo soviético, y los rusos a destruirlos sin remilgos. Pese a ello, Estados Unidos se movió lo suficiente sobre la URSS como para obtener un gran volumen de información. Según desvela un documento conjunto de la CIA, las Fuerzas Aéreas y la Marina estadounidense, la base soviética de Kapustin Yar que tanto les interesaba, ocupaba una superficie de 2.250 kilómetros cuadrados. Las fotografías aéreas tomadas en aquella época desvelan que disponía de al menos cuatro lanzaderas de misiles, catorce plataformas de lanzamiento, un radar de precisión, pistas de aterrizaje y muchas otras áreas con una función sin identificar. A pesar del interés y del esfuerzo de la CIA por descubrir los secretos de Kapustin Yar, había algo bajo tierra que los vuelos de los U-2 no pudieron desvelar: si era o no un laboratorio ufológico ruso. Para el especialista Bill Birnes no hay duda, y describe el lugar como un lúgubre laboratorio típicamente soviético, lleno de máquinas dignas de los inventos del tebeo y de hangares que albergaban ovnis accidentados sometidos a ingeniería inversa por parte de los científicos rusos.

Dejando aparte la imaginación del ufólogo, es un hecho comprobado

que en la época estalinista, y aun después, había una fiebre constructora de complejos subterráneos secretos en la URSS. Dichas estructuras se extendían por todo el país. La experta en historia urbana de Moscú, Tatiana Pigariova, documenta la existencia de un metro secreto, paralelo al metro público, para uso de los grandes jefes. Había —y hay— una línea para el uso exclusivo de Stalin (hoy abierta al público) que llevaba desde el Kremlin a la dacha de Stalin en Kúntsevo. Otros ramales, en cuya construcción se siguió trabajando hasta los años sesenta, continúan siendo secreto de Estado, aunque se sabe que unen el Kremlin con los edificios del gobierno de las Colinas de los Gorriones, y siguen hasta el aeropuerto gubernamental de Vnúkovo y hasta Rámenki, una ciudad militar... subterránea.

Otro aspecto intrigante respecto a las instalaciones de Kapustin Yar son los extraños trazos que hay en el suelo, los cuales, vistos desde el aire, forman motivos geométricos, tipo «círculos de cosecha». Hay quien dice que los propios Stalin y Korolev tomaron la idea de los dibujos y las pirámides que construyeron los mayas, disponiendo estratégicamente distintas formas con la intención de atraer y llamar la atención de seres de otro planeta.

Pero a pesar del secretismo el que se desarrollaban, estas investigaciones podían albergar una dimensión propagandística. Las autoridades soviéticas no podían perder la ocasión de hacer pública ostentación de sus éxitos científicos. El 4 de octubre de 1957 lanzaron con éxito el primer satélite artificial al espacio exterior. Era el *Sputnik*. Sólo cuatro años después la URSS volvió a superar a Estados Unidos en la competitiva carrera espacial entre ambas potencias cuando llevó al espacio al primer hombre, el célebre astronauta Yuri Gagarin. Después vendrían la primera mujer en el espacio, el primer paseo espacial o el primer encuentro entre dos naves, una situación de ventaja que duraría prácticamente hasta el año 1981.

La máxima autoridad rusa en ufología es un hombre tan popular que se lo conoce simplemente por su apellido: Ajaja. Alcanzó la cúspide de su fama en las décadas de los años sesenta y setenta, cuando no estaba expresamente prohibido hablar de ovnis, pero tampoco podía hacerse en total libertad. Ajaja ha estado muchas veces en el lugar del accidente de 1948. No muy lejos de allí se estrelló otro ovni en 1961. Asegura que, tras varias mediciones de los campos electromagnéticos de la zona, el área en cuestión tiene la misma forma de la nave extraterrestre: un cilindro de 30 metros de largo por 6 de ancho. Si se mide la energía en la zona, se puede comprobar que es una fuente «extraña y desconocida, positiva en el centro del área y negativa en sus bordes. Los animales lo rodean y nunca pastan en esta especie de cilindro invisible. Para los humanos tampoco es mucho mejor: permanecer mucho tiempo allí afecta al pulso cardíaco y produce un extraño cansancio», cuenta. La versión que da Ajaja sobre este accidente es corroborada por los vecinos de las zonas cercanas, como Shubenkiva Zoya, quien pudo ver desde su casa cómo aquella tarde de 1961 una gran esfera de color rojo subía y bajaba sobre el río Skoudnya.

TESTIMONIOS DE PILOTOS Y ASTRONAUTAS

¿Qué relación tendrían estos accidentes con Kapustin Yar? No sólo la CIA o los expertos estadounidenses les han encontrado un vínculo de conexión. Ajaja también cree que había una especie de guerra contra los pilotos rusos, quienes recibían órdenes de defender a toda costa el espacio aéreo de la URSS y disparar a los ovnis que encontrarán. Los testimonios más impresionantes sobre estas supuestas luchas son de la famosa cosmonauta rusa Marina Popovich, quien asegura haber asistido a combates entre ovnis y aviadores rusos. En 1964 en concreto fue testigo de cómo «el instructor de vuelo militar Alexander Capagan y uno de sus alumnos caían en picado tras el ataque de un ovni», asegura. La heroína rusa

Popovich también afirma que, en 1980, en el transcurso de una de sus expediciones secretas avistó tres sospechosas luces en forma de triángulo.

El caso de Popovich no es el único. El coronel Lev Mijailovich Vyatkin, piloto de pruebas de aviones Mig, cuenta que fue capturado momentáneamente por un ovni el 7 de agosto de 1967. Aquella tarde estaba realizando un giro a la izquierda cuando de repente vio una luz que llegaba desde arriba. Era un disco de considerables dimensiones que comenzaba a iluminarse, y apenas tuvo tiempo para inclinarse y evitar que el rayo de luz chocara con una de las alas. El aparato sufrió una sacudida y los indicadores comenzaron a girar de derecha a izquierda. Lo más extraño es que cuando aterrizó, uno de los mecánicos se dio cuenta de que el ala tocada por el ovni brillaba, y así estuvo en el hangar durante una semana, emitiendo una luz blanca que no desapareció hasta que fue lavada con queroseno. En otras ocasiones, explican pilotos y ufólogos, eran los mismos ovnis los que peleaban entre ellos. Una verdadera guerra en los cielos de Rusia.

A medida que estos incidentes aumentaban y llegaban a oídos de las autoridades soviéticas a través de fuentes tanto militares como testigos civiles, el gobierno se esforzaba cada vez más en acallar a los protagonistas, encubrir información oficial y controlar a la prensa. En aquellos días, según cuenta Vladimir Seminov, que trabajó veintiséis años en la KGB, la agencia de espionaje rusa preparaba los informes oficiales sobre la cuestión. Conocido como el *expediente azul de la KGB*, recogió una imponente colección de documentos escritos durante veinte años: desde mediados de los sesenta hasta bien entrada la década de los ochenta. Se trata del más completo informe oficial sobre actividades ufológicas jamás encargado por ningún gobierno del mundo. En él se mencionan miles de testimonios sobre avistamientos, accidentes y luchas entre ovnis, todos ellos descritos con minuciosos detalles en sus correspondientes fichas. Por ejemplo, el *expediente azul* menciona un avistamiento simultáneo

acaecido en una docena de ciudades rusas no lejos de Kapustin Yar, entre las diez y las once y media de la noche del 21 de marzo de 1990. Fueron muchos los que vieron uno o dos ovnis, y un testigo en particular pudo observar cómo uno de ellos lanzaba un rayo de luz hacia el suelo.

En cierto modo, la presión de los rumores era tan fuerte que muchos investigadores creen que la KGB publicó este informe para responder a ellos de forma oficial, pero también aseguran que no es más que la punta del iceberg, y que la agencia de espionaje soviética guarda mucha más información sobre el tema.

ATAQUES DE OVNIS

La situación política interna también tuvo su papel. De no haber caído la URSS a principios de los noventa, posiblemente muchos de estos incidentes permanecerían ocultos, como ocurrió con los inexplicables fallos que surgieron en las pruebas espaciales realizadas en Kapustin Yar. Entre los ufólogos circula una historia, según cuenta el físico nuclear y especialista en ovnis Stanton Friedman, que dice que durante los años cincuenta y sesenta cuatro lanzaderas explotaron en sus plataformas en la base Kapustin Yar, en una especie de venganza extraterrestre por disparar contra platillos volantes. Recientemente se han encontrado cintas rodadas por una cámara militar con imágenes que muestran a dos ovnis esféricos chocando contra el suelo el 3 de junio de 1960, cerca de Kapustin Yar, y a tres militares huyendo de la onda expansiva. Los memorandos subsiguientes hablan de explosiones masivas en la zona durante al menos una hora después del accidente de ambas naves alienígenas y de cómo una de las esferas localizó y destruyó un depósito de

combustible. Los restos de ambos ovnis se enviaron inmediatamente al complejo subterráneo de Zhiktur.

Pero ¿qué interés podrían tener los alienígenas en nosotros? El experto Bill Birnes defiende que la tierra es para ellos «una especie de colonia subdesarrollada, y del mismo modo en que superpotencias como la URSS y Estados Unidos dirimen sus diferencias en terceros países, los ovnis vienen a la Tierra a luchar entre ellos por nuestros recursos».

También muchos ufólogos se preguntan aún por el motivo que llevó a la URSS a mantener tan herméticamente el secreto de los ovnis. El hijo del presidente Nikita Jruschev, Sergei, que pasó varios años como investigador en Kapustin Yar, apela al poder represor del gobierno de Stalin: «Simplemente —dice— en aquellos años enviaban a la gente a prisión».

Los tiempos de Stalin, la Guerra Fría y la carrera espacial han pasado, pero los fenómenos relacionados con los ovnis parecen tener aún una especial predilección por las tierras rusas. En 1989 se vio otro ovni cayendo a tierra en los alrededores de Kapustin Yar. En 1997 se trasladaron hasta la legendaria base los restos de un ovni accidentado en Polonia. En mayo de 2005, Kim Murphy, corresponsal del *Los Angeles Times* en Moscú, publicó cómo un lago de la zona desapareció completamente en pocas horas; los testigos contaron que, a modo de las ondas del desagüe de un lavabo, por el centro del lago se esfumó todo el agua. Y la lista de sucesos misteriosos documentados no acaba...

En los últimos años, con el gobierno de Putin, en Rusia la información sobre ovnis no está tan disponible como antes. Para el ufólogo Bill Birnes esto tiene su explicación: antes de que el ingente y valiosísimo volumen de investigación ufológica generado por la antigua Unión Soviética desde finales de la Segunda Guerra Mundial caiga en manos privadas, el presidente Putin está volviendo a levantar otra vez el telón de acero sobre Kapustin Yar. Como en tiempos pasados, la base rusa vuelve a rodearse de misterio y secretismo.

El enigma de los círculos de cosecha

A principios de los años ochenta aparecieron en Wiltshire, sur de Inglaterra, unos círculos que parecían dibujados de forma extraña en los campos de cereal, como si algo con un movimiento en el sentido de las manecillas del reloj se hubiese posado y, suavemente, impreso los sembrados. A partir de entonces, el fenómeno de los crop circles o círculos de cosecha estalló. Sobre campos de trigo, avena, cebada, colza, incluso patata, cada vez más granjeros descubrían estas marcas y, en años posteriores, pictogramas mucho más complejos. La fiebre creció y estas formaciones fueron apareciendo en campos de todo el mundo; hay más de diez mil círculos de cosecha documentados y fotografiados en treinta países diferentes. Varían desde diseños geométricos simples hasta composiciones complejas y cuidadosamente realizadas. El fenómeno ha captado la atención de místicos y científicos. Las teorías de qué o quién los ha podido realizar van desde los que aseguran que son mensajes dejados por los extraterrestres que nos visitan, a los partidarios de que son creados por rayos de microonda, fenómenos meteorológicos o, sencillamente, los que creen que son bromas hechas por gamberros con más o menos aspiraciones artísticas.

El misterio de los círculos de cosecha es algo familiar entre muchos granjeros del mundo. Se han visto estas marcas, con tamaños desde los 60 centímetros a más de 1 kilómetro de diámetro, en Estados Unidos, Canadá, Bulgaria, Hungría, Japón, Países Bajos... Normalmente, se trata de figuras geométricas, con diseños más o menos complejos pero nunca aleatorios. Los primeros que se encontraron fueron círculos simples y,

después, fueron evolucionando con círculos tangentes a círculos, o conectados por ejes, líneas paralelas inclinadas... La gran pregunta es saber su procedencia. Y la respuesta ha causado acalorados debates, sobre todo desde 1989, cuando por toda Inglaterra empezaron a descubrirse cientos de formaciones de este tipo. El fenómeno se hizo tan popular que hasta la familia real británica o el grupo de rock Led Zeppelin, además de los periódicos de todo el Reino Unido, mostraron interés y emitieron su opinión sobre el asunto. Sin embargo, según algunos expertos, el fenómeno se remonta a varios siglos atrás.

PRIMEROS INDICIOS Y ESPECULACIONES

Existen antiguas crónicas que describen extrañas formaciones que aparecían de pronto por la noche. En la Edad Media se referían a ellos como los «Círculos de los duendes» o los «Círculos de las brujas». «La gente de aquella época los unía siempre a acontecimientos nocturnos, de ahí que se atribuyeran a las hadas, duendes o brujas que actúan sólo a la luz de la Luna», explica el experto George Bishops del Centre for Crop Circle Studies (CCCS), en Gran Bretaña.

Entre los documentos más antiguos sobre este fenómeno se encuentra la pintura realizada en una roca por un aborigen en Australia hace miles de años. Si se observa detalladamente, el dibujo representa una escena de un hombre con un casco junto a algo que tiene forma de platillo volante. Es más: debajo se aprecia claramente el dibujo de una espiral muy similar a la que se reproduce en algunos círculos de las cosechas. Algunas personas interpretan la imagen como la representación del encuentro de los humanos con unos extraterrestres. Debajo del ovni que vuela, están dibujados unos anillos concéntricos en el suelo, lo que podría ser, aseguran, el ancestro de los círculos encontrados en varias localizaciones a lo largo de

Gran Bretaña. ¿Podría existir alguna relación entre los círculos de estas piedras y los de los campos de cultivo británicos?

«Existen pruebas de que gran número de monumentos antiguos, como Stonehenge, tienen una relación directa con el fenómeno de los círculos en los campos de cultivo. De hecho, se especula con que los círculos de piedra se colocaron alrededor de los círculos de cosecha. Si analizamos la geometría de aquellas formaciones vemos que no son circulares, sino que se desvían un poco y forman un óvalo, o elipsis, irregulares. Si medimos con precisión las marcas de los campos de cultivo descubrimos exactamente la misma desviación. Además, la localización, la dimensión y la forma de los círculos en el campo coinciden exactamente con las marcas en las piedras», asegura Terry Wilson, autor de *The Secret History of Crop Circles*. Por ahora, esta relación es pura especulación. Los antiguos arquitectos de Stonehenge y de otros círculos con gigantescos bloques megalíticos no dejaron ningún documento escrito y los historiadores ni siquiera están seguros de cómo se construyeron, así que mucho menos se atreven a asegurar por qué coinciden con los círculos de los campos de cultivo.

El primer documento escrito del que se dispone podría ser uno del año 1678, conocido como *Mowingodevil* (expresión pintoresca que podría traducirse como «cortando el césped como un diablo» o «cortando el césped locamente»). La antigua crónica habla de noticias de Hartfordshire, localidad cercana a Londres, donde un granjero había tenido problemas con un trabajador porque pedía demasiado dinero por segar su campo. La discusión terminó con una frase lacónica: «Que lo sigue el diablo», arguyó el granjero. Y esa noche, según el texto de 1678, se produjeron ciertos hechos diabólicos. Luces raras y sonidos extraños se escucharon en el campo y, a la mañana siguiente, una sección del terreno apareció completamente aplastada, formando un claro óvalo. Era como si el diablo hubiera escuchado la maldición del granjero y hubiera aceptado

el reto. Esta historia, además del texto, se representó en una ilustración donde aparece el demonio con una guadaña, rodeado de un campo plano y todos los tallos en paralelo. «Todas las pruebas nos inducen a pensar que se trata de un círculo típico, con el tipo de ilustración y narración en el texto que haríamos si tuviéramos que describir un círculo de un campo de cultivo sin haber tenido información previa de este tipo de fenómenos», explica Terry Wilson.

Después de la publicación del texto y la ilustración de *El diablo cortador de césped*, no apareció ninguna evidencia o historia sobre los círculos de cosecha durante más de doscientos años. El fenómeno pareció quedar completamente olvidado y sólo surgieron noticias esporádicas, como si la gente tuviera miedo a hablar de estas marcas por si molestaban a las fuerzas sobrenaturales que podrían esconderse tras los círculos de la cosecha. Claro que los escépticos aseguran que no hubo noticias porque no había nada de que hablar. Sin embargo, en las últimas décadas, los círculos en los campos han levantado pasiones conduciendo a una variedad de elaboradas teorías.

ESTALLA EL FENÓMENO

Con el siglo xx llegó la proliferación del transporte aéreo y la visión de las granjas desde el cielo se hizo muy común. Y desde el aire los círculos de cosecha comenzaron a quedar completamente expuestos. Por primera vez, los científicos comenzaron a fijarse en el fenómeno. Cuando aparecieron los círculos de Wiltshire, hubo todo tipo de conjeturas sobre el misterio. El lugar era propicio para los misterios y para despertar la imaginación de los amantes de lo paranormal: a pocas millas está el círculo de piedras de Avebury, una construcción neolítica de más de cinco mil años que es hoy todavía un enigma; también próximo se encuentra el mayor montículo artificial prehistórico en Europa, la pirámide llamada

Silbury Hill, y a su lado unos extraños caballos blancos aparecen grabados en las rocas calizas circundantes y, al sur de estas planicies, se encuentran las ruinas de piedra de Stonehenge, el monumento prehistórico más famoso de la Tierra. Una zona con atracciones turísticas y muchos seguidores del festival pagano de Lammas...

Los caminos y campos de Wiltshire comenzaron a ser patrullados cada vez por más investigadores del fenómeno. Uno de los más famosos es el ingeniero eléctrico Colin Andrews, quien ya antes de analizar la zona, era conocido en Inglaterra por su condición de ufólogo. Esos primeros círculos eran formas sencillas que nada tenían que ver con las elaboradas figuras que empezaron a aparecer años después. A Andrews lo intrigó tanto que, junto a Pat Delgado, un ingeniero vecino de la región, escribieron, en 1989, *Testimonios circulares*, un libro que se convirtió sorprendentemente en un *best seller*. A las pocas semanas de su publicación, todo el mundo hablaba sobre los círculos y se especulaba con todo tipo de teorías, incluida la visita de alienígenas. «Algo estaba sucediendo en los campos del sur de Inglaterra. Además, comenzamos a recibir noticias que confirmaban que fenómenos similares estaban apareciendo en otros lugares del mundo», recuerda Colin Andrews, actualmente el experto en el tema más conocido de Inglaterra.

El temor llegó a las altas esferas. Al ejército británico lo preocupaba que naves no identificadas estuvieran recorriendo su espacio aéreo. La Unión Nacional de Granjeros inglesa ofreció una recompensa de mil libras por cualquier dato que llevara a la detención de quien estuviera causando esos daños a la agricultura. La iniciativa para la primera investigación oficial vino de la primera ministra Margaret Thatcher. El encargo de la investigación recayó sobre Colin Andrews, quien dedicó los siguientes diez años a estudiar el fenómeno. «Cada persona interpreta estas marcas de forma diferente. Hay gente que piensa que son obras de arte; otros, comunicación extraterrestre y otros, simple vandalismo. Yo

creo que está ocurriendo algo fascinante y de importancia crucial. Y la ciencia debería averiguar de qué se trata y qué es lo que lo provoca», indica Andrews.

Las marcas solían aparecer a la luz del día en lugares donde el día anterior no había nada anormal. Durante la noche se montaron guardias con cámaras infrarrojas, binoculares y grabadoras sensibles para registrar una posible actividad inusual. Pero los equipos de visión nocturna no registraban nada, pero a la mañana siguiente aparecían algunos círculos. También llamaba la atención que en el suelo no se detectaban rastros o residuos, y las plantas de los alrededores no estaban afectadas. «Pero lo más asombroso de todo era que no se apreciaba que existiera ningún camino de acceso, ninguna huella o rastro de tallos rotos en la espesura del campo alrededor de los círculos», cuenta Andrews.

Se puso en marcha una investigación científica. Se tomaron muestras de los círculos de cosecha y se analizaron en el laboratorio dirigido por el biofísico norteamericano Paul Levengood. Tras examinarlas, encontraron numerosas anomalías, entre ellas que las semillas habían desaparecido. «No había semillas en las vainas. Analizamos unas cuatrocientas cincuenta muestras procedentes de ocho países diferentes. Y en todas ellas se detectaron todas y cada una de las anomalías detectadas en la primera muestra original. Las plantas mostraban cuatro o cinco anomalías que somos incapaces de explicar», afirma la colega del doctor Levengood, Nancy Talbott.

Una de las deformaciones más reveladoras aparecía en las articulaciones de los tallos, los nódulos. En las muestras tomadas en los círculos de algunos campos de cultivo los nódulos habían estallado, habían reventado desde el interior, algo parecido a lo que le sucede a un tejido vivo al que se mete en el microondas. Se empezó a pensar en la teoría de que «un agente de calor, que podría ser un microondas, estaba interactuando con los líquidos dentro de los tallos de las plantas», explica Nancy

Talbott. Algunos atribuyeron esta radiación de alta frecuencia a naves extraterrestres que quemaban los campos formando círculos con sus emisiones de energía de microondas. No se llegó a ver ningún platillo sobre los campos ni se filmó ningún mensaje geométrico mientras se realizaba, pero los partidarios de la teoría de los extraterrestres destructores de las cosechas aseguraban que, de hecho, en la zona de los campos de cultivo había bastantes avistamientos de ovnis. Hasta el punto de que algunos investigadores aseguran que un tercio de todos los círculos de los campos de cultivo pueden relacionarse con avistamientos de ovnis. También hablan de niebla vista frecuentemente, poco después de una formación; y de extraños sonidos agudos en los campos de los círculos.

Sin embargo, la explicación del fenómeno del equipo de Levengood fue mucho más prosaica. Según Nancy Talbott, los círculos son producidos por unas fuerzas desconocidas llamadas plasmas, que no son más que masas de partículas de aire electrificadas, causantes entre otros de los relámpagos y las auroras boreales. «Los análisis de los terrenos y de las plantas revelan la presencia de fuertes campos magnéticos, impulsos eléctricos y algún tipo de calor que, posiblemente sean radiaciones por microondas», señala.

En 1990 surgió otra teoría. El físico y meteorólogo Terence Meaden indicó que la causa de los círculos podría ser un fenómeno meteorológico. Para Meaden los círculos solían aparecer en zonas donde el viento genera remolinos que se cargarían eléctricamente a causa de fricciones internas. Sensibles a las variaciones locales de los campos eléctricos, los remolinos se situarían sobre los campos. Según su hipótesis, esa especie de torbellino o pequeño tornado podría descender hasta la superficie del campo, donde permanecería estacionario; al desvanecerse, en el terreno quedaría una pequeña depresión con forma de caracol, resultado de los vientos en espiral, con todas las cosechas inclinadas hacia abajo en un círculo, en el sentido de las agujas del reloj. Por fin aparecía una teoría

que tenía cierto sentido y que convencía a quienes no aceptaban una explicación sobrenatural.

LAS FORMAS SE COMPLICAN

Durante algún tiempo, sobre todo en el ámbito científico, la teoría del torbellino prevaleció hasta que los círculos se fueron convirtiendo en formas cada vez más complicadas. En mayo de 1990, cuando de pronto aparecieron dos círculos conectados por una línea recta, todo cambió. A partir de entonces comenzaron a aparecer trazos de diseño elaborado y llamativos dibujos, algunos de tamaños colosales. Entonces, la teoría del torbellino de Terence Meaden dejó de tener sentido. Lo que antes eran diseños sencillos, se presentaban ahora como cruces celtas que adoptaban la llamada geometría sagrada de las cinco formas en equilibrio, componiendo galaxias espirales, fases de la luna, signos astrológicos, símbolos mágicos y alfabetos desconocidos. Por su complicación y diseño, no eran tramas que pudieran ser realizadas por la naturaleza. Año tras año los diseños eran más complicados. Era como si una inteligencia superior estuviera intentando llamar la atención. Algunas personas se lo tomaron muy en serio convencidos de que un gran marcador de círculos intentaba enviar mensajes para iniciar a los seres humanos en misterios cada vez más profundos. Otras insistían en que ningún ser humano podría haber concebido una obra tan magnífica y complicada.

A principios de la década de los noventa, la *circulomanía* proliferaba en Inglaterra por todas partes y cada verano aumentaban los seguidores e investigadores devotos de los círculos con todo tipo de teorías. El fenómeno comenzó cuando la gente acudía entusiasmada, una y otra vez, a visitar los círculos. Se los empezó a llamar *croppys* o, en castellano, *ceréalólogos*, y procedían de todo el mundo. Los campos de trigo más remotos se convertían así en puntos de encuentro internacionales, algo que no

gustaba demasiado a los granjeros, que veían en estos grupos a violadores de la propiedad privada, ya que se metían en sus terrenos y pisoteaban sus campos. Incluso, algunos granjeros, incapaces de alejar a los visitantes no invitados, colocaron buzones para donaciones en las entradas a sus terrenos: de esta forma, los intrusos podían compensar en parte el daño que causaban en los cultivos.

Personas con distintos niveles de preparación científica inspeccionaron los lugares, dieron multitud de explicaciones, fundaron revistas dedicadas en su totalidad al tema... Los puntos de reunión de esta comunidad eran pubs, como el Barge Inn, en Wiltshire, el centro neurálgico reconocido de todos los entusiastas del misterio. Allí se creó un área de exposiciones y se colocaban tablones de anuncios con las últimas noticias de los círculos. En la parte de atrás del pub, los *croppys* acampaban cada verano, como si se tratara de una comuna hippy de los años sesenta. En la actualidad todavía se reúnen. Lo que atrae a todos esos peregrinos no es únicamente la belleza de los diseños. Se dice que los interiores de los círculos son fuentes de una misteriosa energía y que se experimentan cosas que desafían la realidad: los instrumentos electrónicos se descontrolan, las baterías se descargan, las brújulas se desconciertan, los relojes cambian rápidamente de hora... Incluso se les atribuye efectos afrodisíacos, conocidos como «el efecto viagra», ya que hay bastantes hombres que declaran haber tenido erecciones al pisar uno de estos círculos. Las explicaciones a tales fenómenos van desde la radiación ambiental a los traicioneros campos electromagnéticos, pero nadie sabe a ciencia cierta qué es lo que causa estas reacciones.

MÁS SEÑALES DE ALARMA

En junio de 1991 se descubrieron estos círculos en terrenos de la Casa Real británica. El príncipe Carlos y lady Diana llamaron a consulta a

Colin Andrews y le pidieron que los acompañase a analizar los dibujos sobre el terreno. Sin embargo, debido a la filtración publicada en el periódico *Today*, todos los planes fueron cancelados, según afirma Colin Andrews. A los pocos meses, en septiembre de 1991, el bombazo apareció en todos los periódicos. Dos jubilados amigos de Southampton, llamados Doug Bower y Dave Chorley, anunciaron que llevaban quince años haciendo figuras en las cosechas y reclamaron la recompensa ofrecida por un periódico británico. Según Bower, la idea le surgió en los años sesenta, cuando vivían en Australia y se comenzó a hablar de avistamientos de ovnis relacionados con unas misteriosas marcas aparecidas en la hierba o en el campo. En aquellos días a estos círculos se les denominaban «nidos de ovnis». Tras trasladarse a Inglaterra en la época del boom de los fenómenos de Wiltshire, en su pub habitual se juntó con su compañero de bromas, David Chorley. Ambos encontraban muy graciosos los informes de ovnis y pensaron que podría ser divertido engañar a los crédulos. Desde 1978 hasta 1990 se dedicaron a hacer multitud de círculos de cosecha. Bower y Chorley hicieron incluso una demostración ante la prensa de cómo hacían las formas insectoides más elaboradas.

Los primeros dibujos sólo les ocupaban unos minutos y los realizaban aplanando el trigo con la pesada barra de acero que Bower utilizaba como mecanismo de seguridad en la puerta trasera de su tienda de marcos de cuadros. Más adelante utilizaron una plancha de madera atada a un trozo de cuerda y un ovillo de hilo para las medidas. Entonces, cuando la teoría del físico Terence Meaden sobre los torbellinos parecía haber convencido a todos, Doug Bower y Dave Chorley decidieron llevar más allá el reto y, gradualmente, fueron diseñando y ejecutando figuras cada vez más elaboradas, con círculos más complejos. La teoría de Meaden quedó invalidada: no se podía explicar cómo aparecían *crop circles* dentro de otros círculos, con barras y líneas rectas. De pronto, los círculos en los cultivos comenzaron a aparecer en la prensa y a ser investigados por

ufólogos que se tragarón la broma y empezaron a propagar la teoría de que la inteligencia humana no podían ser responsable de los dibujos tan sofisticados.

IMITADORES Y ARTISTAS

Tras confesar Bower y Chorley a la prensa su engaño, una ola de alivio recorrió la opinión pública. Ellos dejaron de hacer círculos pero le siguieron muchos imitadores. «Basta una guía para dibujar la geometría y un aplastador para dejar plano el terreno», explica John Lundberg, conocido diseñador de círculos que confiesa que ha dibujado más de cien formaciones, pero se niega a decir cuáles, porque cree que parte del impacto que provocan se debe al aura de misterio que las rodea. Sin embargo, John Lundberg podría estar involucrado, junto a otro artista de vanguardia, Rod Dickenson, en la creación de uno de los más famosos círculos: el de la plantación de trigo de Avebury, creado para el periódico *Daily Mail* por dos artistas londinenses como parte de un experimento que revelaría la extraordinaria predisposición de la gente a creer en cualquier cosa. Parece ser incluso que Rod Dickenson y John Lundberg aprendieron a hacer círculos en los cultivos gracias a los consejos de Doug Bower.

Lo cierto es que hacer un círculo en un campo de cultivo es fácil: se fija la guía para marcar el diámetro; después una persona coge la guía, mientras otra marca el círculo sobre el trigo y, por último, el área se aplasta sencillamente con una tabla de 1,20 metros, con una cuerda para arrastrarla. Los patrones más complejos se consiguen haciendo muchos círculos y añadiéndoles florituras. Una sola formación puede tener hasta mil quinientos círculos. A menudo, los creadores marcaban sus diseños con sagradas geometrías y dibujos mágicos para transmitir la sensación de misterio al público que los contemplaba.

Misterio resuelto. Los círculos de los campos de cultivo quedaron justificados con la explicación de Bower y Chorley. Pero para muchos investigadores su historia presenta algunas lagunas inexplicables. Para comenzar, está la cuestión geográfica. Ellos son los únicos que han reconocido trazar estos dibujos desde 1978 hasta comienzos de los noventa. Pero ¿cómo un fenómeno de escala mundial puede explicarse por las acciones de dos hombres con una guía y una tabla? «Ellos nunca explicaron cómo habían hecho los círculos que aparecieron en Australia, Canadá, Estados Unidos o Rusia. Es evidente que no estamos hablando de una conspiración internacional. Con lo que contaron Doug y Dave lo único que hay es una explicación del fenómeno local. Ellos lo hicieron en Inglaterra, pero ¿quién los trazó en tantos otros sitios?», se pregunta Colin Andrews.

También está el hecho del análisis científico del estado de las plantas que, en algunos casos, aparecieron destrozadas, pero en otros surgieron como si se hubieran caído por sí mismas sin intervención humana alguna. «En los primeros círculos, los tallos aparecían sin daño alguno, sin evidencias de haber sido aplastados», cuenta la experta Lucy Pringle, fundadora y miembro del Centre for Crop Circle Studies. Entonces, surgió una nueva perspectiva sobre los hechos. Se comenzó a hablar de que, por un lado, estaban los círculos realizados como engaños que, generalmente, son los más complicados y realizados en el sur de Inglaterra. Pero también estaban los llamados círculos originales de los campos de cultivo localizados por todo el mundo y que solían tener diseños más sencillos y con detalles muy sutiles, como por ejemplo, que no existían vías de acceso visibles a ellos.

En opinión de algunos expertos, hay una gran diferencia entre los que se consideran fenómenos de la tierra y los falsos círculos realizados por la mano del hombre. «Te quedas completamente desconcertado cuando ves con tus propios ojo uno de estos círculos. No sé a qué atribuirlo. Estoy completamente desorientado», cuenta Carl Kuhn, propietario de una

granja situada entre Alberta y Saskatchewan, en Canadá, donde en el verano de 1999, cuando recolectaba el trigo, halló una gran brecha con las plantas aplastadas formando una marca en forma de espiral en medio del campo. Formaban tres círculos, pero lo más asombroso de todo era «que no se apreciaba que existiera ningún camino de acceso, ninguna huella, ningún rastro de tallos rotos en la espesura del trigo», asegura.

«Poco a poco la historia de Bower y Chorley ha ido perdiendo fundamento y credibilidad, y cada vez hay más gente que vuelve a preguntarse por qué siguen ocurriendo estos fenómenos», afirma Andrews. De hecho, año tras año, siguen apareciendo desconcertantes formaciones en los campos de grano maduro. Y con estas apariciones, continúa la peregrinación de *croppys*. Increíblemente, se está produciendo el regreso del fenómeno. En 2002, el director norteamericano de origen indio M. Night Shyamalan volvió a rescatar los círculos de los campos de cereales con el filme *Señales*, protagonizado por Mel Gibson. La película, con menos éxito que su *thriller* psicológico *El sexto sentido* que lo catapultó a la fama, volvía a la teoría de los extraterrestres con, según la crítica, un uso poco imaginativo de los *crop circles*. Pero volvió a surgir la pregunta: ¿hay algo más que un engaño o la obra de algunos artistas detrás de estos círculos?

ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS

Tras la confesión de Bower y Chorley en 1991, el fenómeno pareció perder interés. Para los científicos esto fue positivo. Si podían encontrar evidencias previas a 1978, año en que según su confesión comenzaron a actuar, el argumento del engaño quedaría completamente desacreditado. Algunos historiadores se pusieron manos a la obra. Antes de 1980 hay registrados cerca de cuatrocientos círculos en doscientos noventa casos extraños. «Puede que haya más casos, pero éstos son los que están

documentados», asegura George Bishop. La investigación que ha realizado Terry Wilson demuestra sin lugar a dudas que el misterio de los círculos se remonta mucho más allá de 1978, a varias décadas atrás. Entre los casos documentados, está el ocurrido en 1975 en una granja de Minnesota, donde un granjero encontró un ternero mutilado. Días antes, un fotógrafo desde una avioneta fotografió largas cadenas de círculos: hasta cuarenta y siete dibujos diferentes todos en el mismo terreno. «Fue un descubrimiento histórico: nunca tuvimos un número de círculos tan alto, hasta entrados los años noventa», explica el escritor Terry Wilson. Y ocurrió antes de la actuación de Bower y Chorley y a miles de kilómetros de Inglaterra. A partir de estos casos, el fenómeno se volvió a situar en sus comienzos y surgió de nuevo la duda original: ¿quién hacía esos círculos?

Desde que, en 1999, aparecieron los tres círculos en la granja de Carl y Pat Kuhn, para ellos el misterio no ha hecho más que aumentar. En dos de los tres círculos no ha vuelto a crecer nada, ni hierbajos. «Me resulta extraño. Parece que todo hubiera sido causado por una extraña fuerza, pero no tengo explicación. No he visto nada parecido en todos mis años de granjero», cuenta Carl Kuhn. Tan extraño que algunos aseguran que está fuera de la realidad. Dicen que hay una cuarta dimensión, una dimensión paralela que la ciencia convencional no puede explicar. Sería como una especie de proyección de lo que percibimos como realidad y de la que sólo captamos impresiones aisladas como, por ejemplo, los círculos de los campos de cultivo. Extrañas huellas que vienen de otra dimensión y dejan marcas que aparecen por la noche y desaparecen con la recolección. Otra teoría de la explicación sobrenatural del fenómeno.

En agosto de 2000, Colin Andrews anunció los resultados de la investigación que durante décadas había llevado a cabo. Sus conclusiones indican que un 80 por ciento de los círculos ha sido trazado por la mano humana. Un descubrimiento posible gracias a las técnicas detectivescas

más antiguas: Andrews contrató a un equipo de personas que vigilaron los campos. En algunos casos, los embaucadores fueron grabados con cámaras de infrarrojos. «Tenemos grabado en vídeo cómo se realizaron algunos de los círculos más laboriosos. Bajo las plantas hemos descubierto los rastros escondidos de las vías de acceso, incluso huellas de tractores que se adentraban en el campo. También hay huellas de ocho centímetros de profundidad que coinciden con las marcas de los zapatos de personas en los puntos exactos donde estuvieron paradas para trazar el dibujo», concluye Andrews.

Pero ¿qué explicación tiene el 20 por ciento restante? Según Andrews, un porcentaje también podría ser obras fraudulentas y sólo en una minoría no hay pruebas de la intervención humana. Según su explicación, los llamados círculos originales son producto del electromagnetismo. Según parece, un potente campo electromagnético no sólo elimina las plantas y produce el fallo de los aparatos eléctricos, sino que también deja su rastro en el terreno. «Tras nuestro análisis, hemos descubierto que el campo magnético en la tierra imita el patrón del grano en el terreno. No sólo sigue fiel el modelo sino que amplía el grado de magnetismo, la fuerza magnética y lo rota unos tres grados», explica Andrews.

Sea cual sea el origen de los *crop circles*, el fenómeno continúa hoy en día con todo tipo de especulaciones al respecto. «Estamos hablando de un fenómeno de cientos de años para el cual todavía no hemos encontrado una explicación medianamente convincente», señala Andrews. Mientras, las organizaciones *cerealológicas* han crecido y se han dividido. Tras Colin Andrews, Pat Delgado y Terence Meaden, los *cerealólogos* más famosos del mundo, han empezado a surgir otros expertos con teorías más prudentes o científicas. Meaden y Delgado desertaron tras la confesión de los primeros engaños. Andrews, en 2002, incluso denunció que la CIA estaba involucrada. Doug Bower, con cerca de 80 años, sigue siendo en Inglaterra una estrella mediática de la contracultura

paranormal. Su compañero de travesura, Dave Chorley, murió en 1997. Ninguno de los dos previó la enorme repercusión de sus dibujos. Para ellos no fue más que una broma. Sin embargo, los círculos de cosecha son un poderoso símbolo contemporáneo: para los que los consideran un regalo divino o de los alienígenas son, incluso, objetos de culto, y para los escépticos, la mayor broma artística del siglo xx.

Cazadores de extraterrestres

¿Estamos solos? ¿Podría haber otra civilización inteligente en el universo? Son cuestiones planteadas desde que el hombre miró el cielo, comenzó a enviar señales al espacio y se paró a escuchar una respuesta. Durante siglos, los astrónomos han orientado sus telescopios hacia el cielo preguntándose qué estaría pasando en las estrellas y planetas lejanos. Científicos y soñadores siguen tratando de responder a una pregunta: ¿hay alguien ahí fuera? Son cazadores de extraterrestres, empeñados en descubrir hipotéticas formas de vida que pueden haberse originado, existido o todavía vivir en otros lugares fuera del planeta Tierra. Actualmente no existe prueba alguna que demuestre o desmienta su existencia. Pese a ello, hay una cantidad impresionante de trabajos y publicaciones serios sobre el tema. Sin embargo, éste continúa siendo uno de los grandes misterios sin resolver por el ser humano.

El 30 de octubre de 1938, la noche anterior a Halloween, millones de personas en Estados Unidos quedaron impresionadas ante lo que escucharon en la radio. En el programa semanal de la cadena CBS, ocurrió un fenómeno que nunca antes había sucedido. Un joven Orson Welles, junto al grupo de actores de la Mercury Theater Company dramatizaron *La guerra de los mundos*, una obra de ciencia ficción escrita, en 1898, por H. G. Wells. La narración estaba disfrazada de programa musical interrumpido por noticias de unos astrónomos que acababan de ver unas extrañas explosiones en Marte. Después, se informaba de que un meteorito —que resultó ser una gigantesca nave— caía en New Jersey. La atmósfera de la transmisión era de un realismo total. Los que no oyeron el

principio del programa donde se advertía que era una dramatización pensaron que un ejército marciano estaba invadiendo la Tierra en naves dotadas de armas destructoras y gases venenosos... El programa de Orson Welles produjo la alarma general, sobre todo en las calles de New Jersey y Nueva York, y demostró tres cosas: el extraordinario poder que tenía la radio para movilizar a las masas; la genialidad del responsable de este curioso engaño, que catapultó a la cima la carrera de Welles, y el convencimiento de muchas personas de la existencia de seres inteligentes originarios de otros mundos fuera de la Tierra, una posibilidad que está en la mente humana desde hace milenios.

«Desde que la Humanidad alzó la vista a la noche estrellada existe ese anhelo en lo más profundo del ser humano. Todo el mundo se ha parado a mirar el cielo y se ha preguntado en alguna ocasión: ¿habrá alguien mirando desde ahí arriba?», indica Seth Shostak, astrónomo del Instituto SETI (Search for Extraterrestrial Intelligence), una entidad que nació en los años setenta con el apoyo de la NASA y que busca pautas que puedan servir de pruebas científicas de la existencia de vida extraterrestre.

UN MILENARIO ANHELO HUMANO

En el Antiguo Egipto se lo llamaba Ra, el dios Sol. Los griegos poblaban el cielo de cientos de dioses y diosas que describen en su literatura como «seres de más allá de la Tierra». Además, daban nombres y formas humanas a las constelaciones: Sagitario, el arquero; Orión, el cazador; Hércules, el héroe... También desde hace siglos el ser humano sabe que la Luna ejerce una enorme influencia sobre la Tierra; afecta a las mareas, a las cosechas, incluso a las emociones. Existen pruebas desde hace más de dos mil años de que hemos tratado de comunicarnos con alguien de más allá de los confines terrestres. En las altiplanicies peruanas, por ejemplo, se han encontrado gigantescos dibujos en el suelo, algunos de más de 3,5

kilómetros y que sólo se pueden ver desde el cielo. Estas líneas de Nazca, en las pampas de Jumana, son un conjunto de figuras zoomorfas, fitomorfas y geométricas grabadas en la superficie de las mesetas desérticas entre los años 300 a.C. y 600 d.C. por los pobladores de la zona, quizá como un intento de comunicación con otras posibles formas de vida. ¿Podría ser la primera pancarta de bienvenida del ser humano a los extraterrestres?

En el siglo xvi empezó a cambiar la percepción del ser humano con respecto al universo. Aunque entonces la realidad se confundía con el mito y la superstición, la incipiente ciencia de la astronomía sólo hacía aumentar la convicción de que no estamos solos en el universo. A la cabeza de esta disciplina estaba el astrónomo polaco Nicolás Copernico. Su libro *De Revolutionibus Orbium Coelestium* (*De las revoluciones de las esferas celestes*), publicado póstumamente en 1543, es considerado como el punto inicial de la astronomía moderna. Fue él quien «situó el Sol en el centro en lugar de a la Tierra, lo que reemplazó la visión geocéntrica del mundo por una heliocéntrica. Esto supuso, en relación con la vida extraterrestre, que la Tierra era otro planeta más. La pregunta que surgió entonces fue ¿cuánto se parecerán todos esos otros planetas, alrededor del Sol, a la Tierra?», indica Steven J. Dick, historiador del Observatorio Naval de Estados Unidos.

A principios del siglo xvii, el italiano Galileo Galilei llevó a cabo las primeras observaciones astronómicas sistemáticas con telescopio y llegó a la convicción de que la teoría copérnica —criticada como herética por la Iglesia católica— era esencialmente válida, lo cual le comportaba ser procesado por herejía. En la actualidad, esta teoría heliocéntrica es considerada como una de las más importantes en la historia de la ciencia occidental.

Los primeros en intentar resolver las cuestiones que se desprendían de la nueva configuración del universo fueron los escritores y artistas a través de sus creaciones. De sus mentes soñadoras nacieron los trabajos más tempranos de lo que más tarde llamaríamos ciencia ficción. Mientras, los científicos exploraban los cielos con lentes cada vez más potentes y hacían cálculos más exactos. En 1850 ya se habían descubierto cinco planetas, las manchas solares y un satélite de Marte. En 1877, el astrónomo italiano Giovanni Schiaparelli, a través del gran espejo del telescopio del Observatorio de Brera (Milán), observó algo que asombraría al mundo: los canales de Marte, unas líneas rectas que recorrían la superficie del planeta y que, en aquellos días, dio mucho que pensar sobre la probabilidad de que a 56 millones de kilómetros de distancia hubiera vida. Esta mera posibilidad iba a ser suficiente para encender la imaginación de científicos y soñadores de todo el mundo.

En 1865, el francés Julio Verne publicó *De la Tierra a la Luna*, anunciando lo que sería realidad un siglo más tarde: el 12 de abril de 1961, el mayor soviético Yuri Gagarin se convirtió en el primer hombre en el espacio. El 5 de mayo de 1961, el comandante Alan Shepard fue el primer estadounidense que viajó al espacio desde Cabo Cañaveral, en la costa de Florida, el principal centro de las actividades espaciales de Estados Unidos desde el año 1950. Aquellos primitivos «viajeros del espacio» fueron lanzados al espacio por medio de cohetes que impulsaban cápsulas, un método parecido a la bala lanzada con un enorme cañón del *Viaje a la Luna* ideado por la imaginación de Verne.

En 1901, el británico H. G. Wells escribió *El primer hombre en la Luna* sobre unos astronautas que se encontraban con una sofisticada raza de criaturas parecidas a insectos. Ya antes había escrito novelas con mucho éxito como *La máquina del tiempo* (1895), *El hombre invisible* (1897) o

la famosa obra dramatizada en la radio por Orson Welles, *La guerra de los mundos* (1898).

En 1902, el director francés Georges Méliès inauguró el género de ciencia ficción en el cine con su película de catorce minutos, en dieciséis fotogramas por segundo, *Viaje a la Luna* (o en francés *Le Voyage dans la Lune*), basada en las novelas *De la Tierra a la Luna*, de Julio Verne, y *El primer hombre en la Luna*, de H. G. Wells. Sus criaturas humanoides tenían cabeza de pollo y pinzas de langosta. La imagen, en blanco y negro, de la cara de la Luna con un proyectil clavado en el ojo se ha convertido en un icono de la cultura popular.

MENSAJES A OTROS PLANETAS

Mientras escritores y directores de cine europeos especulaban con la vida en otros planetas, un astrónomo norteamericano creía estar muy cerca de confirmarlo: Percival Lowell. Proveniente de una familia adinerada, se licenció en matemáticas por la Universidad de Harvard en 1876, aunque desde niño estuvo fascinado por la astronomía. Esta ciencia dejó de ser para él un pasatiempo en 1893 cuando, siendo un próspero hombre de negocios en Boston, Lowell leyó un artículo sobre los canales de Marte de Schiaparelli que cambiaría su vida. Dejó sus negocios y se dedicó por completo a la astronomía y al estudio del planeta rojo. En 1895 publicó sus primeros descubrimientos y teorías en un libro titulado *Mars*, que se convirtió en un *best seller* de la época. En él aseguraba que había indicios evidentes sobre la existencia de seres más avanzados que nosotros.

En 1896, Lowell construyó su observatorio en el lugar más elevado y oscuro al que podía llevar su telescopio: en Flagstaff, Arizona y, al poco tiempo, se hizo famoso al realizar la sorprendente afirmación de que había hallado unas estructuras artificiales en Marte. Los intrincados rastros de los canales dibujados por Giovanni Schiaparelli, según Lowell,

fueron contruidos por los marcianos para transportar agua desde los casquetes polares al ecuador del planeta. Una teoría que no fue aceptada por la mayoría de la comunidad científica y durante muchos años fue motivo de burla. Pero Lowell no se desanimó y pasó miles de horas observando y haciendo minuciosos bocetos de todo lo que veía desde su telescopio. Después, convirtió los dibujos en mapas y en globos marcianos, observaciones que recoge en *Mars and its Canals* (1906) y *Mars As the Abode of Life* (1908). El Observatorio Lowell, en Flagstaff, todavía permanece activo en nuestros días; en sus archivos se mantienen guardados sus manuscritos y mapas como tesoros y han servido como estímulo a otros científicos.

A partir de Lowell, la investigación extraterrestre tomó otro rumbo. Los científicos comenzaron a alegar que, si nosotros los podíamos ver, tal vez entonces, los extraterrestres también podrían vernos a nosotros. Sin embargo, ya desde antes se habían propuesto iniciativas científicas de comunicación interplanetaria. A finales del siglo XIX, el matemático alemán Karl Friedrich (1777-1855) quiso plantar enormes franjas de trigo en la estepa siberiana, en forma de un gran triángulo, como signo de vida inteligente en la Tierra para aquellos que nos observaran desde el espacio exterior. El astrónomo austríaco Joseph von Littrow propuso abrir una red de canales de metro y medio de profundidad en el Sahara y prenderles fuego a modo de señales a nuestros parientes extraterrestres. Littrow señalaba que la construcción de una circunferencia perfecta indicaría mejor la presencia de inteligencia que la escritura de símbolos matemáticos. En Francia, el científico autodidacta Charles Cros (1842-1888) animó al gobierno galo para que construyera un espejo gigante para reflejar la luz solar hacia Marte.

El descubrimiento, en 1887, de las ondas de radio transformó todas las ramas de la ciencia. La idea de que algo o alguien pudiera recibir o enviar mensajes implicaba que había la posibilidad de comunicarnos con otros

mundos. Éste era el sueño de Nikola Tesla, un físico e ingeniero serbio afincado en Estados Unidos. En 1899, realizando experimentos en Colorado Springs, creyó haber detectado una señal. No anunció nada hasta 1901 por temor a desatar una polémica. Pero ese año publicó un pequeño artículo («Talking with the Planets»), en el que previó que la posibilidad de mandar mensajes entre planetas sería uno de los asuntos de mayor interés del siglo xx. Manifestó que había detectado señales que podrían deberse a un control inteligente. «Cada vez estoy más convencido —escribió— de que he sido el primer ser humano en escuchar un mensaje de bienvenida de un planeta a otro.»

Estas declaraciones tuvieron mucha repercusión y publicidad, pero en círculos académicos la idea de una comunicación por radio con el espacio exterior fue acogida con escepticismo, incluso con sarcasmo. Tuvieron que pasar otras dos décadas para que se volviera a retomar la hipótesis de la comunicación interplanetaria. Y fue gracias a otro pionero de la radio, Guglielmo Marconi. «Marconi creyó haber detectado una señal por radio desde Marte. La noticia apareció varias veces en las páginas del periódico *The New York Times* durante 1919 y en los comienzos de los años veinte», asegura el historiador Steven J. Dick; aunque «... al final, Marconi perdió interés por el asunto y todos los puntos y rayas que recibió continuaron siendo un misterio. Otras personas, sin embargo, continuaron pensando que podrían significar algo.»

Fue el caso del astrónomo David Todd, especialista en eclipses solares, quien en la década de los veinte comenzó a interesarse por la posibilidad de que los marcianos pudieran comunicarse con la Tierra a través de ondas de radio. Ya en 1909 se le ocurrió la idea de lanzar un globo más allá de la atmósfera y utilizar un aparato de radio desde allí para detectar posibles señales de Marte. Entre el 29 y el 30 de agosto de 1924, Marte se encontraba en el punto más cercano a la Tierra, lo que según Todd proporcionaba las óptimas condiciones de comunicación con el planeta rojo.

Solicitó al ejército norteamericano que cerrase por unos minutos todas sus transmisiones de radio en la zona de Washington y, asombrosamente, el ejército accedió. El jefe de las Operaciones Navales envió un despacho a las estaciones de radio a su mando pidiéndoles que se evitara toda transmisión innecesaria y que quedasen a la escucha ante cualquier señal extraña.

Durante el experimento de Todd, otro científico que trabajaba con él, C. Francis Jenkins —quien había inventado una primitiva versión de televisión llamada «máquina de transmisión continua de fotomensajes de radio»—, registró lo que fue descrito como «una curiosa representación gráfica de un fenómeno de radio». Era algo parecido a la imagen de un rostro. Pero Jenkins era mucho más conservador que Todd, y declaró que no creía que tal fenómeno estuviera relacionado con Marte. David Todd, siempre queriendo ir más allá, afirmó que tal vez sí procedieran del planeta rojo.

Todavía en la actualidad se puede ver la representación gráfica captada. Tiene nueve metros de largo por más de quince centímetros de ancho. Algunas personas lo interpretan como el perfil de un rostro humano. Otras hablan de la posibilidad de que se trate de un código marciano que los extraterrestres esperan que descifremos. Y lo intentó el jefe de criptografía de la Armada de Estados Unidos, William Friedman —famoso por haber descifrado numerosos códigos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial—, pero no le dio tiempo porque murió antes de descifrar la misteriosa película grabada por el primitivo aparato de Jenkins.

NACE LA ERA DE LOS OVNIS

Entre los años treinta y cuarenta, los científicos descubrieron varios cuerpos celestes y mundos extraños; sistemáticamente se barajó la idea de

que alguno de ellos pudiera estar habitado. En 1947, el piloto del Servicio Forestal de Estados Unidos Kenneth Arnold, mientras sobrevolaba el estado de Washington, vio lo que describió como «discos voladores». Unos días después, en una conferencia de prensa, el ejército de Estados Unidos pareció confirmar lo que podría ser una invasión extraterrestre en Roswell, Nuevo México. Había nacido la era de los ovnis. Las autoridades militares y civiles no pararon de recibir miles de llamadas de personas que decían haber visto platillos volantes. Desde siempre, el cine y la televisión no han dejado de difundir ideas sobre seres de otros planetas que han visitado la Tierra, algo que aún hoy siguen haciendo; en las producciones de Hollywood les gustaba mostrar qué aspecto podrían tener los extraterrestres que pudieran llegar a visitarnos...

Era el comienzo de la Guerra Fría y la gente tenía miedo a todo lo que sobrevolara el cielo porque se pensaba que podrían ser aviones soviéticos que intentaban bombardear Estados Unidos. Además, los norteamericanos estaban a punto de lanzar un cohete al espacio y muchos pensaban que los alienígenas podrían hacer lo mismo y enviar una nave a la Tierra. La gente acabó interpretando lo que veía en el cielo como de origen extraterrestre y, sobre todo, hostil.

Desde el principio, las Fuerzas Armadas de Estados Unidos participaron de este fervor popular. En 1947 llevaron a cabo secretamente un proyecto llamado Libro Azul para investigar a los ovnis. En 1969, este proyecto saldría a la luz y se daba por concluido con la afirmación de las Fuerzas Aéreas de que «no había pruebas tangibles de que los ovnis fueran una amenaza para la seguridad nacional estadounidense». Todos esos extraños fenómenos que desde hacía años cientos de personas habían divisado en el cielo podían tener una explicación meteorológica o electrónica, según los portavoces de las Fuerzas Armadas norteamericanas, y no indicio de ningún peligro o invasión extraterrestre.

Entre los astrónomos, la posibilidad de comunicación con otros

mundos se mantiene viva, alimentada no por la obsesión de los ovnis sino por la posibilidad de encontrar pruebas científicas. El astrónomo pionero Edwin Hubble demostró que hay otras galaxias más allá de la Vía Láctea y que el Universo está en constante expansión. Esto abría posibilidades infinitas para la vida inteligente en otros planetas. Hubble, considerado como el padre de la cosmología observacional aunque su influencia en astronomía y astrofísica tocó muchos otros campos, fue el primero en utilizar en 1948 el telescopio Hale del observatorio Monte Palomar, en California, el telescopio más grande del mundo. Murió en un accidente en 1953, pero poco antes manifestó que estaba convencido de que «muchos de los planetas divisados por el Hale pueden ser aptos para la vida».

A mediados del siglo xx aumentó el interés por buscar la respuesta a cómo se podía determinar científicamente la existencia de vida en otras partes de la galaxia. En un intento de responder a esta cuestión nació la llamada «paradoja de Fermi». El físico italiano Enrico Fermi, alrededor de 1950, se planteó que, si había tantas civilizaciones en el espacio exterior, por qué no las veíamos en la Tierra. Así, el razonamiento de Fermi era que, si consideramos que el Universo tiene de 1.200 o 1.500 millones de años y si realmente hay civilizaciones extraterrestres deberían haberse expandido y haber poblado ya la galaxia. Pero mirando alrededor, no vio ninguna indicación de que estuvieran por aquí. Y se planteó a sí mismo una pregunta: nuestra galaxia debería estar repleta de civilizaciones, pero ¿dónde están? La respuesta de Fermi a su paradoja fue que toda civilización avanzada de una galaxia desarrolla con su tecnología el potencial de exterminarse y el hecho de no encontrar otras civilizaciones extraterrestres implicaba para él un trágico final para la Humanidad.

La introducción de las técnicas fotográficas a partir del siglo XIX y el desarrollo, a partir de la Segunda Guerra Mundial, de los detectores de ondas de radio (radiotelescopio) impulsaron el desarrollo de la principal rama de la astronomía: la astrofísica, y facilitó el estudio de la composición, estructura y evolución de los cuerpos celestes. Algunos astrónomos norteamericanos comenzaron a pensar que, tal vez, no se necesitaba un gran ojo sino un gran oído para descubrir la vida extraterrestre. Así nació la llamada «nueva astronomía», que postulaba que los cuerpos celestes irradian energía a lo largo del espectro electromagnético de muchas formas, aparte de la óptica. Una nueva generación de astrónomos se dedicó a estudiar esta teoría. Fueron los pioneros del futuro SETI: el proyecto del gobierno de Estados Unidos para la búsqueda de inteligencia extraterrestre.

Entre estos nuevos científicos destacaron los trabajos de Frank Drake. En 1960, después de doctorarse por la Universidad de Harvard, Drake empezó a trabajar en el Observatorio Astronómico de la Radio Nacional, en Green Bank, Virginia. «Siempre he tenido la seguridad de que no estamos solos. En nuestra galaxia hay cuatrocientos mil millones de estrellas y una gran parte de ellas son como nuestro Sol. Las condiciones para la vida que se dieron en la Tierra pudieron también darse en otros lugares. Además, en el resto del Universo hay cien millones de galaxias: no hay duda de que hay vida inteligente en algún lugar del Universo», afirma Frank Drake.

Para confirmar sus teorías utilizó un radio telescopio de 13,5 metros capaz de localizar señales a 1.420 megahercios. Es decir, en una frecuencia «marcador» o en el «punto de encuentro» de un átomo de hidrógeno. Este proyecto se llamó Ozma. En la primavera de 1969 se conectaron los receptores de Ozma e inmediatamente este grupo de científicos obtuvo resultados. «Primero apuntamos la antena a Tau Ceti. Después, enfocamos el telescopio a Epsilon Eridani, a unos once millones de años luz,

y oímos una señal que nunca habíamos escuchado antes. Mi primer pensamiento fue que era demasiado fácil: ir a una primera estrella y encontrar una señal. Enfocamos a otro punto, pero cuando volvimos al punto de partida, ya no pudimos localizar la señal de nuevo», recuerda. Varias semanas más tarde, localizaron una señal similar y descartaron la posibilidad de que se tratara de interferencias de radio que provinieran de otro transmisor en la Tierra. Entonces, ¿de qué se trataba?

El proyecto Ozma suscitó un gran interés durante 1961. En la reunión anual de la Academia Nacional de Ciencias, Drake reveló una ecuación que situaría la búsqueda de extraterrestres a la cabeza de la investigación científica. «Era la fórmula para calcular el número de civilizaciones que podría haber habido o hay en el espacio», explica Drake. Su ecuación determina el valor de N , que representa el número de civilizaciones de nuestra galaxia que tienen el potencial para comunicarse por radio. Es una forma de cuantificar las posibilidades que tenemos de recibir un mensaje del espacio exterior. Y, según Drake, las posibilidades matemáticas son muy buenas. Este trabajo fue una atrevida fórmula que conmocionó el serio mundo de la astronomía e influyó notablemente en los trabajos del entonces joven astrónomo Carl Sagan y su afirmación de que «hay mucho espacio disponible allí fuera».

Pero también los soviéticos estaban interesados en estas investigaciones. En los años sesenta, en lugar de buscar alrededor de estrellas cercanas, los soviéticos prefirieron usar antenas casi omnidireccionales para observar grandes extensiones del cielo, pensando en la existencia de algunas civilizaciones avanzadas capaces de irradiar enormes cantidades de energía de transmisión.

LA CONQUISTA DE LA LUNA Y DE MARTE

En 1961, el astronauta John Glenn describió una órbita alrededor de la

Tierra en el espacio exterior comenzando así la era espacial y una carrera que, al igual que nuestros más remotos antepasados, para la NASA tenía como objeto el deseo de llegar a la Luna, y lo lograron el 21 de julio de 1969. Pero antes, desde 1964, sondas espaciales no tripuladas fueron enviadas al espacio para tomar fotografías y estudiar los planetas. Algunas de ellas aterrizaron en Marte, buscando indicios de vida. Algunas llevaban consigo mensajes de bienvenida dirigidos a otras civilizaciones extraterrestres.

En 1974, investigadores no oficiales de platillos volantes anunciaron que poseían pruebas de que la aviación estadounidense tenía doce cuerpos de alienígenas ocultos en la base de las Fuerzas Aéreas de Wright Paterson en Dayton (Ohio). Esto dio pie a un debate que se prolongó a lo largo de varios años y que disparó la venta de libros de ciencia ficción... También ese año, Frank Drake envió desde la mayor antena del mundo, la del radiotelescopio de Arecibo (304 metros), en Puerto Rico, un mensaje simbólico codificado de tres minutos por radio hacia el cúmulo de estrellas M13 a 25.000 años luz de distancia; la respuesta tardaría cincuenta mil años en llegar a la Tierra. En esos años, ese tipo de mensajes para posibles alienígenas eran toda una novedad y la idea de Drake influyó, incluso, en los guionistas de la película *Encuentros en la tercera fase* de Steven Spielberg, que en 1977 incluyeron en el argumento las originales e inquietantes notas musicales con las que los extraterrestres querían establecer contacto con los humanos.

El mensaje de Frank Drake, cuando se decodificaba adecuadamente, mostraba una imagen que comenzaba con un sistema numérico y terminaba con la fórmula de una molécula de ADN, la molécula básica de la vida humana. «Era un bosquejo del aspecto de un ser vivo para que los extraterrestres vieran cómo somos y que, básicamente, se hicieran una idea de que somos primates. Después, había un dibujo del telescopio desde donde se mandó el mensaje para que tuvieran una idea de nuestra

tecnología», indica Frank Drake. Sin embargo, tres años más tarde del envío del mensaje al espacio se recibió una respuesta. O, al menos, eso creyeron los científicos de la Universidad de Ohio. «Fue una señal bastante más potente de las que habíamos recibido en el pasado: unas cinco o seis veces más potente. Y me quedé atónito», recuerda Jerry Ehman del Radio Observatorio de la Universidad del Estado de Ohio.

La búsqueda de inteligencia extraterrestre iba despertando gradualmente el interés y el apoyo de la comunidad científica internacional. En 1980, el programa SETI (Search for Extra Terrestrial Intelligence) fue apoyado totalmente por el gobierno estadounidense, hasta el punto que recibió fondos federales por encima de los diez millones de dólares a principios de los años noventa. En 1992, las cosas cambiaron radicalmente y el Congreso de Estados Unidos recortó el presupuesto para el programa; en menos de un año, después de quince años de búsqueda y más de sesenta millones de dólares gastados en investigación, SETI se vio obligada a mendigar subvenciones en el sector privado. En 1993 se convirtió en una sociedad sin ánimo de lucro: el Instituto SETI en Mountain View, California, presidida por Frank Drake. Bill Hewlett y David Packard, creadores de la compañía de ordenadores HP, proporcionaron la base financiera. Gordon Moore, cofundador de Intel, y Paul Allen, cofundador de Microsoft, hicieron cada uno donaciones de un millón de dólares. El Instituto entonces lanzó el Proyecto Phoenix, nombre que hacía alusión a que SETI había surgido de sus propias cenizas.

La labor de SETI se centraba en analizar las señales electromagnéticas captadas por distintos radiotelescopios distribuidos por el mundo y enviar mensajes de distinta naturaleza al espacio, con la esperanza de que alguno de ellos tuviera respuesta. Su estrategia, conocida como Búsqueda Orientada, era examinar cuidadosamente las regiones alrededor de mil estrellas elegidas cercanas similares al Sol, todas a menos de 200 años luz de distancia, buscando señales entre los 1.000 y 3.000 megahercios.

Utilizaban las mayores antenas del mundo: Arecibo (304 metros), situada al norte de Puerto Rico, y la de Parkes (64 metros), en Australia.

En previsión de un posible contacto, el Instituto creó, a finales de los noventa, el protocolo SETI. El primer punto de actuación se basaba en asegurarse y confirmar que la señal que se detecta es realmente extraterrestre y que no proviene de algún satélite artificial o de alguna interferencia originada por el hombre, usando para ello una segunda antena situada en otro lugar diferente. El segundo punto señalaba que, en caso de descubrir cualquier indicio, había que informar inmediatamente a todo el mundo. «De hecho, la información de una tecnología extraterrestre es patrimonio del mundo y el Instituto SETI no tiene la intención de mantenerlo en secreto», cuenta Jill Tarter, directora del proyecto Phoenix. De momento, Phoenix ha examinado más de la mitad de las estrellas de su lista de elegidas. Hasta ahora, no se ha encontrado ninguna señal claramente extraterrestre.

VIAJES AL PLANETA ROJO

Pero los telescopios de tierra tenían sus limitaciones, así que desde 1964, desde las primeras misiones del *Mariner*, los científicos han tratado de acercarse a esa posible vida extraterrestre mediante viajes a otros planetas; la primera parada era Marte. En 1965, un cohete Atlas envía la sonda *Mariner 4* a un viaje de siete meses y de 520 millones de kilómetros a Marte. Desde hacía tiempo se sabía que había agua y que tenía una atmósfera parecida a la Tierra, así que tal vez hubiera vida allí también. *Mariner 4* mandó las primeras imágenes de cerca de un planeta que no era la Tierra.

Las dos misiones del *Mariner 6* y *7*, en 1969, enfocaron sus cámaras a las desconcertantes zonas polares del planeta y los científicos descubrieron que las manchas blancas no eran hielo de agua sino de dióxido de

carbono y que las manchas negras no eran vegetación sino polvo en suspensión moviéndose. En 1971, cuando el *Mariner 9* comenzó a trazar una órbita geosincrónica alrededor de Marte, se convirtió en la primera nave espacial que daba una vuelta completa a un planeta que no era la Tierra. La carrera hacia Marte continuó y, en menos de cinco años, los norteamericanos consiguieron pasearse mediante control remoto por la superficie del planeta rojo.

La primera sonda en posarse y enviar datos desde la superficie de otro planeta fue la soviética *Venera 7*, que el 15 de diciembre de 1970 llegó a Venus, aunque sólo envió datos durante poco más de veinte minutos. En 1976, las *Viking 1* y *2* de la NASA se posaron suavemente sobre la superficie de Marte y transmitieron a la Tierra imágenes del paisaje marciano. Estas dos sondas realizaron pruebas en el suelo en busca de vida marciana durante algo más de seis años. «Se daban todos los elementos necesarios para la vida y, sin embargo, cuando aterrizaron las naves no había nada en absoluto. Es muy extraño: es como si todas las luces estuvieran encendidas pero no hubiera nadie en casa», explica el científico de la NASA Chris McKay.

Una vez más, esta prueba real de la existencia de vida más allá de la Tierra se vio eclipsada por el deseo del público de mezclar ciencia y ciencia ficción. El interés de la gente se centró en una foto donde se apreciaba una estructura aparentemente artificial en la superficie de Marte que guardaba un asombroso parecido a un rostro humano. Sin embargo, más tarde se demostró que no eran más que un montón de rocas fotografiadas al atardecer marciano.

Mientras tanto, en la Tierra se había producido otro descubrimiento que sacudió a la comunidad científica. En 1984, el gobierno norteamericano halló en la Antártida un pequeño meteorito —no más grande que una patata— proveniente de Marte, con materia orgánica, que podría indicar la presencia de vida en el pasado. En 1995, cuando observaron al

microscopio al ALH 84001 se descubrieron restos de materia orgánica que podría indicar la presencia de vida en el pasado. «El equipo del Centro Espacial Johnson cree haber encontrado fósiles en este fragmento. No sabemos con seguridad si son de Marte, pero ésta es una posibilidad que nos hace pensar que la vida pudo pasar de Marte a la Tierra, o viceversa», afirma el científico de la NASA.

A finales de 1996, la NASA lanzó a Marte la nave no tripulada *Global Surveyor*. Después, el 4 de julio de 1997, la *Mars Pathfinder* aterrizaba en el planeta rojo, lo que supuso el inicio de una nueva serie de expediciones al planeta vecino. El fracaso llegó en diciembre de 1999, cuando la nave *Polar Lander* no pudo aportar pruebas sobre la existencia de agua ni en los polos de Marte ni en su subsuelo, a causa de un fallo técnico en la antena del aparato. «Cuanto más profundicemos en el conocimiento de Marte, más posibilidades habrá de demostrar que una vez hubo vida allí», explica McKay. «La pregunta de si hay vida en Marte, o en cualquier otro lugar del Sistema Solar o fuera de éste, afecta nuestra posición en el Universo. Una cosa es pensar en un Universo donde somos la única vida, y otra cosa bien distinta es un Universo donde hubiera más vida», indica el historiador Steven J. Dick.

En julio de 2006, en Marte estaban operando los rovers Spirit y Opportunity de la NASA, las sondas *Mars Global Surveyor*, *2001 Mars Odyssey* y *Mars Reconnaissance Orbiter*, todas ellas de la NASA, además de la sonda *Mars Express* de la Agencia Espacial Europea (ESA).

¿CADA VEZ MÁS CERCA?

No existe todavía prueba tangible de vida en otros mundos, y menos aún de vida inteligente, pero ello no detiene a los investigadores. Según Frank Drake, «si te paras a examinar la biología de la Tierra, te das cuenta de que una de las características de la vida es su oportunismo, su

adaptabilidad, pero con nuestra forma de pensar conservadora tendemos a creer que la vida sólo puede existir en planetas como la Tierra. Estoy seguro de que nos vamos a encontrar con mundos que no siguen las leyes que conocemos». El astrónomo del Instituto SETI Seth Shostak añade: «Sólo porque no los hayamos encontrado no quiere decir que no estén».

Han pasado más de cien años desde que Percival Lowell especuló acerca de la vida en Marte y, aunque parece ser que en el planeta rojo no existe la avanzada civilización que él profetizó, su obra es un buen legado para el pensamiento actual basado en que la búsqueda de vida es lo más interesante del estudio de las estrellas. Lowell, además, tuvo razón al suponer que Marte sería el primer planeta que nos iba a proporcionar respuestas con sentido. Fue un visionario que abrió el camino. Justo antes de su muerte en 1916, Percival Lowell observó lo que creyó ser el noveno planeta del Sistema Solar. En 1930, los astrónomos del Observatorio Lowell confirmaban la existencia del «planeta X» y, en honor a su memoria, lo bautizaron con el nombre de Plutón, tomando las iniciales P y L de este visionario.

La búsqueda de vida extraterrestre continúa. Cuando tengamos la certeza de que compartimos el Universo con otras criaturas inteligentes, no hay duda de que cambiará profundamente el punto de vista del ser humano. Nadie puede asegurar cuándo esta aspiración humana podrá dar su fruto. Todavía no se ha resuelto la pregunta que siempre nos hemos planteado: ¿estamos solos? Tal vez, nos empeñemos en buscar un tipo equivocado de vida y la civilización más avanzada que la nuestra. No obstante, hasta que no haya una señal inequívoca e innegable de la existencia de otra civilización, podemos seguir imaginando que nuestros vecinos extraterrestres están intentando ponerse en contacto con nosotros o que nosotros debemos buscarlos sin descanso.

PERSONAJES LEGENDARIOS

La vida secreta de Ramsés II

El reinado de Ramsés II posiblemente sea el más prestigioso de la historia de Egipto, tanto en el aspecto económico como en el cultural y militar. Ramsés II es uno de los faraones más conocidos debido a la gran cantidad de monumentos e inscripciones que dejó a lo largo de los sesenta y siete años de mandato. Ningún otro faraón levantó tantas y tan grandiosas estatuas de sí mismo, ni ha dejado tantos vestigios de su activa regencia. Sin embargo, más de tres mil años después, historiadores, egiptólogos y arqueólogos todavía no han resuelto muchos misterios de su larga vida, sus batallas, su relación con sus súbditos o con su familia. Se sabe que el tercer faraón de la XIX Dinastía de Egipto gobernó entre 1290 y 1224 —otros historiadores dicen 1279-1212 a.C., más tiempo que ningún otro faraón lo hiciera antes ni después— y que tuvo numerosas esposas y una extensa prole: sus vástagos podrían haber sido más de noventa. Algunos expertos creen que es el faraón mencionado en el Éxodo bíblico, el responsable de la expulsión de los judíos de Egipto. También a él le atribuyen el primer tratado de paz que se firmó en la historia. Los sensacionales descubrimientos hallados en los años noventa en la tumba KV-5 de El Valle de los Reyes han aportado nuevas pistas sobre este esquivo personaje del antiguo Egipto, pero, de momento, aún hay numerosas cuestiones sin aclarar sobre Ramsés II o Ramsés el Grande.

En 1290 a.C., Ramsés II comenzó su reinado. En ese período, conocido como el Imperio Nuevo, Egipto conoció su último y más brillante esplendor, gracias a una etapa de prosperidad económica. Los jeroglíficos se usaban desde hacía mucho tiempo. Las pirámides de Giza habían sido construidas unos mil años antes. Y el sistema religioso que incluía diversos dioses se había convertido en el foco espiritual de una población que creía firmemente en la vida después de la muerte. Hubo muchos faraones antes y habría muchos más después de Ramsés II, pero pocos pudieron igualarlo en el tiempo que pasó en el poder: durante sesenta y siete años su presencia fue una fuente dominante de la civilización.

Al contrario de muchos de sus predecesores, Ramsés II no nació dentro de la realeza. Su familia formaba parte de la milicia egipcia. Pero cuando su abuelo Ramsés I fue nombrado corregente del faraón Horemheb, que no tenía hijos, el joven Ramsés II entró en la línea sucesoria del trono. En 1306 a.C., Horemheb murió dejando su reino a Ramsés I y así comenzó la XIX Dinastía.

Durante esta próspera época en la historia de Egipto, conocida como la era dorada, todos los soberanos trataron de mantener la posición del Estado dentro y fuera de sus fronteras, que había sufrido cambios importantes durante los años anteriores. Uno de los más devastadores ocurrió durante la XVII Dinastía. El lazo de unión más poderoso de Egipto, la religión, sufrió importantes cambios: el faraón Ajnatón intentó imponer un sistema basado en la creencia de un solo dios en lugar de los numerosos dioses egipcios, que fueron reemplazados por Atón, el Sol. Fue un cambio muy drástico para los egipcios, que echaban de menos sus sistemas de creencias, pero poco podían hacer contra el poder supremo del faraón. A su muerte, los monarcas que lo sucedieron, incluido Tutankhamón, pasaron mucho tiempo intentando reparar el mal causado por Ajnatón.

En 1306, Ramsés I, al igual que los faraones anteriores a él, intentó

ganarse la lealtad de sus súbditos con la reinstalación de las antiguas creencias en las que muchos dioses presidían el país. Mientras tanto, su hijo Seti recibía formación militar con el fin de recuperar el terreno perdido. El imperio de Egipto estaba siendo reconstruido y tanto Seti I como su hijo Ramsés II fueron fundamentales en ese resurgimiento del país.

En 1305, después de la muerte de su padre, Ramsés I, Seti I pasó a ocupar el trono. En aquel momento, Ramsés II sólo tenía nueve años pero, como heredero, ya era educado para su futuro puesto. Aprendió a leer, escribir, religión y formación militar. Al cumplir diez años, su padre lo nombró general del ejército. Pero no era más que un título, ya que, como futuro rey, su seguridad era fundamental y cualquier acción que la pusiera en peligro, como una campaña militar, estaba descartada. Alrededor de los 14 años, cuando su padre ya llevaba siete años en el poder y siguiendo el ejemplo de los dos reinados anteriores, Ramsés fue nombrado corregente, el puesto más importante en el Antiguo Egipto, pues suponía compartir el trono con el faraón titular. Las inscripciones de esa época lo describen como un «astuto joven dirigente». Las intenciones de Seti estaban dirigidas a asegurar desde muy pronto la autoridad de Ramsés en la mente del pueblo egipcio. Seti anunció en vida a sus súbditos su intención de designarlo heredero y, vinculándolo al poder en calidad de corregente, zanjó cualquier duda de quién sería el siguiente rey.

Al joven príncipe le fue otorgado un palacio real y un importante harén: tener muchas mujeres era necesario para poder asegurar el futuro de la XIX Dinastía. Como heredero, concebir el mayor número de descendientes era una de sus obligaciones. Y parece ser que se tomó muy en serio esta obligación. A lo largo de su vida tuvo, al menos, media docena de esposas principales y varias mujeres de menor rango, además de numerosas concubinas. Durante la década que duró el reinado de su padre, Ramsés ya era padre de más de diez hijos y muchas hijas. La descendencia estaba asegurada y, con ella, la continuidad de la XIX Dinastía.

Además de ser un padre joven, tenía otras muchas responsabilidades. Desde que fue asociado al poder por su padre, lo acompañó en sus empresas militares. A los 15 años luchó a su lado en Libia. Un año después, junto a la frontera de Siria. Con 22 años ya dirigía la guerra sin la ayuda de Seti. Sin embargo, las campañas militares sólo le ocupaban dos o tres meses al año. Durante los meses restantes, se encargaba de supervisar la explotación de canteras para la construcción de los enormes monumentos que se han convertido en sinónimo de la antigua civilización egipcia. Durante esos años, por ejemplo, supervisó lugares como Aswan, y allí posiblemente nació su enorme interés por la construcción. «Era ambicioso, y sus edificios son los más grandes que existen entre la Gran Pirámide y la llegada de los romanos. Estaba empeñado en construir lo que nadie antes había edificado», explica Kenneth A. Kitchen, arqueólogo y profesor de la Universidad de Liverpool. Después de todo, tanto la construcción como la estrategia militar y engendrar hijos formaban parte de las tareas de un faraón, y Ramsés II fue excelente en estas tres ocupaciones.

EL FARAÓN OMNIPOTENTE

Ramsés II estaba muy bien preparado cuando ascendió al trono tras la muerte de su padre, en 1290. Se desconoce la edad exacta que tenía en el momento de ser coronado tercer faraón de la XIX Dinastía, pero algunos estudiosos creen que acababa de cumplir 20 años. Se había formado durante una década y cuando, finalmente, llegó al poder una de sus primeras labores fue levantar monumentales construcciones para proyectar su omnipotente imagen, algo a lo que estaban obligados todos los faraones. «Quiso dejar su huella en todos los lugares importantes. Como sus monumentos fueron tan grandes y él fue uno de los últimos faraones, sus obras han sobrevivido mejor que las construcciones de reyes anteriores»,

indica la conservadora de Arte Egipcio del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, Catherine H. Roehring. «Fue muy longevo y, por lo tanto, tuvo mucho tiempo para construir estatuas de sí mismo y, además, más grandes y mejores que las de otros reyes», explica la egiptóloga y escritora Barbara G. Mertz. Así, el nombre de ningún otro faraón se halla tan a menudo en monumentos antiguos como el de Ramsés II.

El objetivo de tanto monumento y esplendor era despertar en el pueblo —que tenía escasas posibilidades de ver al faraón— admiración y, al mismo tiempo, temor. «Sólo a través de las estatuas podían ver su magnificencia, su poder y su grandeza», explica Rita Freed, conservadora de Arte Egipcio, Nubio y de Oriente Próximo del Museo de Artes de Boston. «La mayor parte del arte y la literatura egipcios —añade— es propaganda y, por lo tanto, tenemos sólo una visión unilateral de las cosas: la imagen de héroe, gran militar y buen padre que quería dejar Ramsés II.» Así, esa especie de obsesión por construir templos enormes y espectaculares era la forma de dejar perpetuado que se trataba de un poderoso rey y tan grande como cualquier faraón anterior.

Muchas de las mayores construcciones arquitectónicas egipcias fueron levantadas durante el Imperio Nuevo. Majestuosos templos que se alinean en el paisaje y que se han convertido en símbolos de la antigua civilización. Y los más impresionantes se construyeron durante el reinado de Ramsés II. Su extenso programa constructivo era símbolo evidente de poder en esa época. Así, no sólo se dedicó a llenar las riberas del Nilo de hermosas y enormes construcciones, sino que también usurpó la autoría de muchas de ellas a sus predecesores, incluido su padre, y superó con creces en labor constructora a otros faraones. Trasladó la capital a Pi-Ramsés, en el delta del Nilo, que ya había sido capital durante la XV Dinastía, así como durante la dominación de los hicsos, que la llamaron Avaris. Destruída en las guerras contra los hicsos, Ramsés II la reconstruyó, empleando para ello el trabajo esclavo de los israelitas como

veremos más adelante; en la Biblia se la denomina simplemente Ramsés o Rameses. También amplió el templo de Abidos, hizo importantes reformas en el templo de Amenofis III, erigió el enorme complejo funerario del Ramesseum en Tebas, o los templos en Nubia, entre los cuales el más famoso es el de Abu Simbel, el templo tallado en roca más grande jamás construido. En él hay cuatro estatuas de Ramsés sentado de más de veinte metros de altura. Era la manera de establecer su posición: el tamaño indicaba importancia en el arte de Egipto. El templo está dedicado a los dioses Amón y Ra, pero incluso el propio Ramsés aparece como divinidad.

Hay que recordar que en el Antiguo Egipto el rey era considerado un ser divino. Su labor era interceder e intermediar entre los dioses y el pueblo. Y la más importante responsabilidad del faraón, como dios viviente, era mantener el orden en la civilización. Ramsés se tomó el papel de deidad muy en serio. Aunque no fue el primer faraón en hacerse adorar como un dios, sí lo fue en hacerlo tan obviamente y en dedicarse templos y estatuas de forma sistemática. Además, fue de los pocos faraones —junto a Hatshepsut o Amenhotep III— que realmente creían, o pretendían creer, que habían sido engendrados por el todopoderoso dios Amón-Ra.

En Abu Simbel, detrás de las cuatro estatuas sentadas, se levanta la entrada a un templo que se interna unos sesenta metros en la montaña. En él se observan ocho figuras de Ramsés con la imagen del dios de los muertos, Osiris, que vigila el pasillo que termina en una cámara sagrada. Dentro de ésta, se erigen estatuas de los grandes dioses de Egipto y Ramsés aparece sentado entre ellos. Es más, según indica la conservadora Rita Freed, «aparece Ramsés el rey adorando a Ramsés el dios, creando una imagen muy interesante ya que él mismo se dignifica como dios. Ningún otro rey lo había hecho antes de forma tan descarada».

Por todo, en Egipto todavía hoy se pueden encontrar incontables

estatuas de Ramsés II. Eran símbolos de un rey que en realidad era visto por muy pocos, pero era idolatrado por todos. Aunque algunos eruditos consideran a Ramsés II como el faraón de la opresión y no sólo por su notable actividad de construcción en todo Egipto llevada a cabo por enormes cantidades de esclavos. Edward F. Wente, egiptólogo y profesor en el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, puntualiza: «Es un error ver al faraón como un tirano que se imponía a su pueblo. Simboliza mucho más las aspiraciones del pueblo de alcanzar el cielo y representa al pueblo ante los dioses. Si Egipto servía a los dioses, los dioses servirían al pueblo y lo bendecían y le traerían prosperidad».

EL VALIENTE GUERRERO

En los primeros años de su reinado, los esfuerzos de Ramsés estuvieron encaminados a mantener la paz interior alcanzada por sus predecesores. Durante los tres primeros años, Ramsés II vivió una vida tranquila. Centró su atención en construir enormes monumentos y tallando y retallando jeroglíficos y relieves por todo el país. No emprendió su primera campaña militar como faraón hasta el quinto año de su reinado. En 1286 empezó una expedición con la intención de controlar la totalidad de la costa oriental del Mediterráneo y recuperar las fronteras del imperio de la época de los Tutmosis. Sus esfuerzos resultaron un éxito, y él y sus tropas regresaron victoriosos tras haber reconquistado a los hititas una franja costera desde lo que hoy llamamos Suez hasta lo que sería el norte del Líbano.

Los hititas, al igual que los egipcios, tenían técnicas militares muy avanzadas y temidas por sus enemigos. La invasión de sus tierras por Ramsés causó gran tensión entre ambos países. Al año siguiente, las dos potencias se prepararon para combatir, un enfrentamiento conocido por la batalla de Kadesh. Kadesh era una ciudad fortificada hitita que cerraba

el paso por el valle del río Orontes (hoy Nahr-el-Asi), situada al norte de la actual Damasco, a la altura de la ciudad libanesa de Trípoli. Se convertiría en la frontera de los imperios egipcio e hitita, el freno de los intentos egipcios de reconquistar lo que había sido el imperio de Tutmosis I, al inicio del siglo xv a.C., que llegó hasta el Éufrates. Ni Seti ni Ramsés II lograrían pasar más allá de Kadesh. Allí fue donde por fin se encontraron los ejércitos egipcios con la coalición sirio-hitita del rey Muwatallis y uno de los momentos más celebrados del reinado de Ramsés II y del que existe más información. Sin embargo, si se analizan los diferentes documentos de la época, el desenlace de la batalla es incierto: lo que ocurrió fue registrado por ambos lados y las versiones difieren notablemente. Los expertos sostienen que, posiblemente, la verdad está a medio camino entre lo que resaltaron los egipcios y lo que destacaron los hititas.

Según se cuenta, Ramsés separó a su ejército de veinte mil hombres en cuatro unidades. La fuerza de avanzada capturó lo que creyeron espías hititas. Sin embargo, estos supuestos espías en realidad fueron colocados ahí por los hititas para tender una trampa a los egipcios haciéndoles creer que sus enemigos se encontraban a más de 150 kilómetros. Ramsés, sin sospechar el engaño, continuó guiando a su primera unidad hacia el norte, a una zona cercana a Qadesh. Cruzando el arroyo de al-Mukadiyeh, acampó sobre la orilla septentrional. Mientras estaban estableciendo el campamento, los egipcios recibieron noticias aterradoras: los hititas, en realidad, estaban a menos de tres kilómetros. Ramsés estaba enfurecido por haber caído en una emboscada. El resto de su ejército estaba a mucha distancia cuando fueron atacados por los hititas. Al final, los refuerzos llegaron justo a tiempo para salvar a su jefe.

El resto de la historia es muy contradictoria. Tras tres mil quinientos años es muy difícil estar seguros de los acontecimientos que se desencadenaron después de que aparecieron los refuerzos militares de Ramsés. En los documentos de ambos lados, las versiones cambian. «Al leer la

descripción de los hechos según Ramsés, se puede pensar que fue una de las estrategias militares más brillantes de la historia, ya que adivinó lo que ocurriría y ordenó a su tropa que se ocultara y aparecieran en el momento preciso», explica la egiptóloga Barbara G. Mertz. Sin embargo, los historiadores aseguran que Ramsés desconocía la estrategia de los hititas y que fue su valentía y la ayuda de sus ejércitos los que hicieron que ganara la batalla. «No logró echar a los hititas. Se puede decir que fue un empate para los dos países», cuenta Kenneth A. Kitchen, profesor de arqueología en la Universidad de Liverpool.

El hecho de que la proclamación como vencedor de Ramsés fuese verdad o no es menos importante que la forma en que él se presenta a sí mismo ante los dioses. Su hazaña se cantó en una de las muestras más brillantes de la poesía épica egipcia: el *Poema de Kadesh*, profusamente grabado en los templos de Luxor, Karnak y Abidos y donde él siempre aparece como héroe. Las numerosas descripciones de la batalla, donde se autoproclama vencedor —que tuvo que luchar prácticamente solo contra los enemigos guiado por el dios Amón—, están realizadas con intención de transmitir a los dioses que él merecía su poderosa posición como rey de un imperio, aunque al final fuera incapaz de derrotar a los hititas.

«Después de quince o veinte años de guerra, Ramsés se dio cuenta de que no conseguiría ganar y decidió firmar la paz. De esta manera se inaugura un período de prosperidad económica y cultural, una época dorada que duró varias generaciones», señala el profesor Kitchen. Logró firmar con el rey hitita Hattusil un tratado de paz, que algunos historiadores consideran el primero del que se tiene noticia histórica aunque otros señalan que hay precedentes en las relaciones egipcio-hititas. Esta declaración de paz se selló con un matrimonio. Ramsés tomó como esposa a una princesa hitita para demostrar sus buenas intenciones; sin embargo, su nueva esposa no fue más que una de tantas mujeres de su vasto harén. Asegurada la paz, desde ese momento Ramsés se dedicó al

mantenimiento de su imperio que iba desde Sudán en el sur hasta el Mediterráneo al norte; desde Libia en el oeste hasta el Orontes al este.

PERPETUANDO LA DINASTÍA

Es imposible viajar por Egipto sin ser testigo de las numerosas obras construidas por Ramsés y comprobar su poder. Las inscripciones y relieves describen su determinación por mantener su civilización y en las paredes de muchos templos muestra lo orgulloso que estaba de sus numerosos hijos. Tenía una familia enorme y contaba siempre a la vez con dos reinas principales. «Hay más nombres de reinas registradas junto a Ramsés de los que hay junto a cualquier otro monarca egipcio», indica la egiptóloga Barbara G. Mertz.

De entre su más de media docena de esposas principales, una destaca sobre el resto: Nefertari. De acuerdo con varios documentos antiguos, Nefertari fue la mujer más querida por Ramsés. El faraón la honraba haciendo que su presencia fuera conocida en todo el imperio. En Abu Simbel, junto al enorme templo, hay otro más pequeño dedicado a la diosa egipcia Hathor y a su querida esposa donde se hallaron dos figuras talladas idealizadas que representan a Nefertari y, a su lado, otras cuatro estatuas de su devoto marido. Nefertari dio a Ramsés numerosos hijos, pero como ella, ninguno le sobrevivió.

Ramsés lloró durante años la muerte de su querida esposa y muestras de su devoción están reflejadas en el lugar destinado para su entierro, en El Valle de las Reinas. A 12 metros debajo de la superficie de la tierra se encuentra su tumba de 1.740 metros cuadrados maravillosamente decorados. La tumba de Nefertari, en opinión de numerosos expertos, es la tumba más hermosa de cuantas se conocen. La momia desapareció hace mucho tiempo, pero gracias a los esfuerzos de conservación de la Organización de Antigüedades Egipcias y del Instituto Getty de Conservación

de Los Ángeles, muchos de los relieves han sido restaurados y reparados. Siguiendo las creencias de la religión egipcia, las diferentes escenas que Ramsés hizo pintar en las paredes son escenas que aseguraban a Nefertari su paso al otro mundo sin encontrar ningún obstáculo. La riqueza del lugar se interpreta como prueba del amor de Ramsés II, el cual quería que Nefertari hiciera su viaje más allá de forma segura y con la esperanza de reencontrarse algún día. El faraón la sobrevivió más de cuarenta años.

A pesar de la tristeza por la pérdida de Nefertari, Ramsés II, como soberano de un imperio, debía seguir procreando para asegurar la continuidad de uno de sus hijos después de su muerte. La sucesión era fundamental. Antes de que llegara al trono su abuelo hubo un período de gran confusión en relación con la sucesión real. «Uno de los motivos por los que se nombra rey a Ramsés I fue porque tenía un hijo y un nieto que aseguraban la sucesión», asegura la conservadora Rita Freed. En la antigüedad, el elevado índice de mortalidad requería tener grandes familias porque una elevada proporción de los hijos morían. El faraón podía permitirse cuidar, educar y alimentar a una gran prole, que después formaría parte de la élite de la administración real y del ejército.

Tras la muerte temprana de su favorita Nefertari, Ramsés tuvo otras esposas, como Isetnefret, que le dio cuatro hijos —entre ellos Merenptah, el sucesor—, la princesa hitita Matnefrure, su propia hermana (o hija) Henutmira, la dama Nebettauy, así como dos de sus más bellas hijas, una de Nefertari (Meritamón) y otra de Isetnefret (Bint-Anat). Su existencia fue tan larga que sobrevivió a la mayoría de las reinas principales, esposas secundarias y concubinas y de sus descendientes, entre ellos a su hijo favorito Khaemuset, reputado mago y gran sacerdote de Ptah, hijo de Nefertari.

Se cree que Ramsés II fue padre de más de noventa hijos y, a diferencia de otros faraones, los exhibía con orgullo en muchos monumentos. Al tallarlos en piedra no dejaba dudas en la mente de sus súbditos que la

Dinastía XIX iba a continuar mucho después de que él hubiera desaparecido. En el Ramasseum, su templo funerario, muchos de sus descendientes aparecen de forma destacada. «Al mayor de sus hijos le fue otorgado el título de Hijo Mayor del Rey, y como tal ayudó a su padre en las funciones de faraón y en la administración real», explica Kenneth A. Kitchen. Y es que a medida que el faraón envejecía, es posible que necesitara ayuda de sus hijos para la toma de decisiones.

EL ÉXODO DE LOS JUDÍOS

En los casi sesenta y siete años que reinó Ramsés, China ya había desarrollado su primer diccionario que incluía cuarenta mil caracteres. Siria y Palestina habían comenzado la Edad del Hierro. Los griegos invadían Troya. También es el período de la historia que se suele relacionar con el Éxodo de la Biblia, del que, según muchos expertos, Ramsés II fue responsable. El nombre de Ramsés aparece en la Biblia en varias ocasiones, aunque no para designar al contrincante de Moisés, al que siempre se refiere como Faraón, sino para nombrar lugares geográficos. La primera es el distrito «de lo mejor del país», en el delta del Nilo, donde José instaló a sus hermanos, según nos cuenta el Libro del Génesis (47, 11). En el Éxodo (1, 11) se vuelve a citar ese nombre, junto al de Pitom, como las dos «ciudades-tesoro», es decir, que servían de almacenes para las campañas militares, en cuyas obras se obligó a trabajar a los esclavizados israelitas. También aparecen en el libro de los *Números* (33, 3 y 33, 5), cuando se enumeran las etapas del éxodo israelita. «Debieron de escapar, pero se dice que Ramsés los echó de Egipto», explica Kenneth A. Kitchen.

EL DESCUBRIMIENTO DE SU TUMBA

En 1881 se encontró un escondite de momias reales, y la de Ramsés II era una de ellas. La momia descubierta era la de un hombre viejo, de cara alargada y nariz prominente, y actualmente se puede ver, protegida por una urna de cristal presurizado, en el Museo de El Cairo. Fue encontrada en el Valle de los Reyes, en la tumba KV7, en la mitad norte de la necrópolis, muy próxima a los descansos eternos de sus hijos y nietos, en KV5 y KV8. Se cree que, al final de la XXI Dinastía, el cuerpo de Ramsés II fue trasladado por los sacerdotes a un lugar más seguro, destino que sufrieron prácticamente todos los faraones enterrados en el Valle de los Reyes. En aquellos años, las momias eran reunidas en un mismo sitio con la intención de evitar los saqueos. Estos cambios de localización en relación con el lugar original en que fueron enterrados los faraones han sido motivo de numerosas especulaciones. Algunos egiptólogos sugieren que es imposible tener certeza sobre la verdadera identidad de las momias. Otros expertos indican que hay pruebas suficientes para asegurar que esos cuerpos pertenecían a monarcas poderosos del Antiguo Egipto. Si se tienen en cuenta las peculiaridades de Ramsés II, hay pocas dudas sobre la autenticidad de su momia. Así, se sabe que Ramsés tuvo un reinado muy largo y hay muy pocas momias que muestren el cuerpo de un hombre mayor, según razona la egiptóloga Rita Freed. «Murió posiblemente con más de 90 años. Al estudiar su momia vemos que tenía artritis, que cojeó durante sus últimos años y que tenía una infección en la mandíbula, que posiblemente le causó la muerte», señala Bob Brier, egiptólogo de la Universidad de Long Island.

La muerte de Ramsés marcó el final de una era. El poderoso imperio que había mantenido durante décadas se vio gravemente conmocionado. Su hijo decimotercero, Meremtah o Merneptah o Meneptah, que de las tres formas se transcribe, heredó el trono. Los expertos sostienen que posiblemente tenía 50 o 60 años cuando comenzó a reinar, pero no llegó a estar a la altura del poderoso legado de su padre. No gobernó durante

mucho tiempo y cuando murió, su hijo, que por derecho debía gobernar, tuvo que disputarse la sucesión con varios hijos aún vivos de Ramsés II. Los historiadores creen que otro de los hijos de Ramsés consiguió continuar la línea sucesoria tras la muerte de Meremtah. Los numerosos conflictos que surgieron tras su muerte quizá no habrían ocurrido si no hubiera sobrevivido a tantos hijos: dicen que Ramsés llegó a enterrar, al menos, a doce de sus propios hijos antes de su muerte.

Hoy en día, al contemplar el cuerpo de Ramsés II, el cadáver no muestra al grandioso monarca que hizo erigir templos que deberían durar miles de años ni al faraón que derrotó a los hititas. La momia muestra a un anciano nonagenario, que sufría artritis, tenía la espalda curvada, las encías infectadas y los dientes desgastados. Fue encontrada en la tumba número 7 —o KV-7— de el Valle de Los Reyes y, lamentablemente, parte de su interior estaba destruida por numerosas inundaciones. En ella todavía trabaja un equipo de arqueólogos franceses que siguen buscando información sobre la vida de este monarca. Al mismo tiempo, otro grupo de arqueólogos se centran en la tumba KV-5, otro hallazgo relacionado directamente con Ramsés II.

El descubrimiento de la tumba KV-5 data originalmente de 1825, cuando el explorador británico James Burton excavó un túnel hacia las primeras cámaras. La KV-5 estaba llena de escombros y muy dañada también por las inundaciones. Burton cavó hacia lo alto de la tumba y esbozó la parte superior de lo que parecían varias cámaras. Unos setenta y cinco años después, Howard Carter —responsable del descubrimiento de la tumba de Tutankhamón—, creyó que era un lugar insignificante y descartó nuevas excavaciones. Utilizó KV-5 para guardar los restos de otras excavaciones.

La KV-5 fue básicamente olvidada otros ochenta y cinco años, hasta que en 1987 un equipo de arqueólogos, que trabajaba en un proyecto de mapas, empezó a remover los escombros dejados por Carter y que

alcanzaban tres metros de piedras. En 1988, los arqueólogos usaron el espacio donde Burton se arrastraba para entrar al interior de la KV-5. Durante los siguientes seis años, los arqueólogos se centraron en despejar los escombros de dos cámaras. Descubrieron que las tumbas estaban decoradas con importantes escenas históricas que mostraban a Ramsés II presentando a varios hijos fallecidos a diferentes dioses egipcios. «A medida que fuimos despejando el suelo de las cámaras, encontramos miles de piezas de barro, cientos de joyas y restos momificados que demostraban que las tumbas habían sido utilizadas para los hijos de Ramsés II. Después, descubrimos más y más nombres de sus hijos. Claramente, la tumba tenía mucha más importancia de la que James Burton o Howard Carter pensaban», explica el egiptólogo Kent Weeks, de la Universidad Americana en El Cairo.

En el invierno de 1994, los arqueólogos emprendieron una excavación a gran escala y hallaron una tercera cámara, con dieciséis columnas; además, una puerta al fondo indicaba que todavía había más. El 2 de febrero de 1995 descubrieron que la KV-5 era enorme y con un pasillo de más de treinta metros. «Es la tumba más grande del Valle de los Reyes y, posiblemente, la mayor de Egipto. Además, tiene un diseño único y se puede considerar como el primer ejemplo de un mausoleo familiar egipcio», indica Kent Weeks. Los arqueólogos afirman que al menos cuatro de los hijos de Ramsés están enterrados allí. Incluso, se habla que podrían encontrarse hasta cuarenta y ocho descendientes.

Lo cierto es que pasarán varios años antes de que a través de la KV-5 se puedan desvelar todos los secretos de Ramsés II y de su familia, de momento a salvo y escondidos en las paredes de estas tumbas. Mientras, su vida seguirá despertando la imaginación de muchos escritores, y su reinado y sus hazañas nos seguirán llenando de admiración.

La maldición de Tutankhamón

Tras más de cinco años de búsqueda, cuando el 26 de noviembre del año 1922 el británico Howard Carter rompió con cautela el sello de la tumba que acababa de descubrir, la luz de una vela le mostró uno de los más extraordinarios hallazgos jamás realizados por un arqueólogo: la tumba de Tutankhamón. Este descubrimiento resucitó a un jovencísimo rey ya olvidado, del que se conocía muy poco, y despertó un gran interés por la magia y el misticismo de una civilización antigua. En 1925, el mundo pudo ver la auténtica cara del faraón, representada en una magnífica máscara de oro con incrustaciones de vidrios de color y piedras finas. Su aspecto solemne y las riquezas que lo rodeaban eran sorprendentes. El joven Tutankhamón, cuentan los historiadores, vivió durante la época dorada de Egipto, cuando Luxor y Tebas eran la potencia hegemónica del mundo civilizado, por lo que gobernó un país inmensamente rico. Pero poco más se sabe de su esplendor. Todavía hoy los investigadores no han podido contestar las múltiples preguntas y enigmas que ha generado el descubrimiento de su tumba.

La antigua civilización egipcia vivía en armonía con la Tierra. Cada cambio de estación, cada anochecer y amanecer les permitían presenciar la continuidad del ciclo de la vida, de la muerte y del renacimiento que tenían lugar en la naturaleza que los rodeaba. Ante tal prueba de la capacidad del universo para regenerarse, estos hombres profundamente espirituales adoptaron la creencia de que ellos también volverían a nacer después de la muerte. El culto funerario pasó a ser la obsesión de los vivos y determinó todos los aspectos de la sociedad egipcia.

La religión estaba tan omnipresente en esta civilización que, como señala el arqueólogo Zahi Hawass, director de la Meseta de Giza, la zona donde están localizadas las pirámides, «crearon las ciencias para ser útiles en otra vida, mientras que actualmente nosotros creamos las ciencias para sernos útiles en nuestra vida diaria. Ésa es la diferencia y explica por qué se edificaron las pirámides, se creó la astronomía, el arte, la ciencia y todo lo que los egipcios diseñaron para servir a la religión y a la vida en el otro mundo».

LA TUMBA, UNA CASA PARA LA ETERNIDAD

Según la creencia egipcia, tras la muerte, se ponían en una balanza el corazón del difunto y la pluma de Maat, la diosa de la verdad. Si pesaba más el corazón que la pluma, el «monstruo engullidor» destruía enseguida el espíritu. Pero si ambas quedaban en equilibrio, el alma podía deambular por la Tierra. «En lugar de imaginar que sus almas se elevaban a un paraíso después de la muerte, los egipcios se imaginaban a ellos mismos viviendo en este mundo pero como espíritu, sin sufrir los trastornos inherentes al cuerpo físico, como pasar calor o frío, sufrir de enfermedades o de hambre», señala James Allen, conservador de Arte Egipcio del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

En Egipto, la tumba permitía al espíritu o «doble» del difunto, también llamado Ka, tener un lugar para descansar cada noche y un sitio donde almacenar lo que necesitaría para sobrevivir en este otro mundo. Su interior reflejaba la posición y riqueza de su propietario, y no se escatimaban gastos a la hora de equiparlas para el más allá. Parece ser que, en realidad, a los egipcios no les interesaban sus casas: podían vivir en ellas no más de cuarenta o cincuenta años. Sin embargo, sus tumbas eran otra cosa: vivirían allí miles y miles de años.

Las más suntuosas tumbas pertenecían a los célebres faraones,

incluyendo las grandes pirámides del comienzo de la dinastía de los reyes. Sus arquitectos diseñaron falsos pasillos y puertas secretas con el fin de proteger sus preciosos contenidos para la eternidad. De forma regular, algunos ladrones de aquellos tiempos consiguieron entrar y saquear las tumbas. Ninguna pirámide se escapó del saqueo. Por esta razón, a partir del siglo XVI a.C., los faraones optaron por la seguridad y mandaron construir en un valle rocoso fuera de Tebas unas tumbas, no tan insignes como las que se habían visto hasta el momento, pero más fáciles de guardar. Un valle poco acogedor pero fácil de vigilar suponía una ventaja importante para cualquier necrópolis real. El arquitecto Ineenee escribió dentro de la tumba de Tutmosis I esta inscripción: «He edificado la tumba de mi majestad, nadie ve, nadie oye y nadie escucha». Al menos, ése era su objetivo.

Esta tierra estéril recibió el nombre de Valle de los Reyes porque en ella fueron sepultados al menos cuarenta reyes y miembros de la realeza. Cuando las grandes dinastías egipcias del Nuevo Reino pasaron a la historia, los guardianes del lugar desaparecieron y todas las tumbas fueron saqueadas, una tras otra. Todas menos una, que permaneció escondida durante más de tres mil años, incluso después de entrar en escena un nuevo tipo de saqueador: el arqueólogo moderno.

EL SUEÑO DE HOWARD CARTER

A principios del siglo XX, Egipto se encontraba bajo el control de Gran Bretaña. Muchos extranjeros acudían allí y se instalaban en hoteles clásicos como el Palacio de Invierno de Luxor o llevaban a sus invitados en cruceros privados por el Nilo. Durante el corto invierno, algunos de los turistas más ricos se metían a arqueólogos llevados de una parte por la curiosidad científica y, de otra, por la codicia. Todo lo que encontrasen tendría que dividirse en dos; el gobierno egipcio se quedaba una parte y

la otra mitad sería para el descubridor. Por esta razón muchos museos y «arqueólogos» fueron a escarbar a la zona.

El hallazgo definitivo estaba aún por llegar: una tumba de faraón intacta. Howard Carter, hijo de un pintor inglés, esperaba conseguirlo. Londinense, de personalidad compleja y carácter enfermizo, viajó por primera vez, bajo la tutela de lady Amherst, a Alejandría a los 17 años. Se enamoró de las antiguas ruinas y se reveló como un arqueólogo competente. En 1909, George Herbert, lord Carnarvon, contrató a Carter para supervisar una concesión que le permitía excavar en la parte oeste de Tebas. De nacionalidad inglesa y gran fortuna, Carnarvon era un hombre aficionado a la aventura. Llegó a Egipto para recuperarse de un accidente de coche que había tenido en Alemania, y decidió meterse en el negocio de la arqueología mientras estaba convaleciente.

El temperamento tranquilo del aristócrata se reveló complementario con el carácter serio de Carter, y juntos consiguieron hallazgos de cierto valor arqueológico. Sin embargo, Carter no se mostraba satisfecho, siempre pendiente de los pasos de Theodore Davis, un millonario estadounidense que trabajaba en el Valle de los Reyes y que en 1906 había encontrado una copa de vidrio azul con una inscripción con el nombre de Tutankhamón. La temporada siguiente halló en un estrecho pozo polvos de embalsamamiento y unas vasijas con las mismas marcas. En esta época, Tutankhamón era, en cierto modo, un desconocido. Se sabía que había reinado un rey llamado así que no duró mucho en el trono, y se habían encontrado algunos monumentos con su nombre escrito.

La imagen del hipotético faraón obsesionaba a Carter. En 1914, lord Carnarvon compró, a petición suya, la concesión del Valle de los Reyes. Carter obtuvo el permiso legal para excavar allí a pesar de que los más reconocidos arqueólogos pensaban que el lugar estaba agotado y que no quedaba nada por descubrir. Pero Carter sentía que algo lo esperaba debajo de las rocas y los escombros de este valle y no se dejó intimidar.

Los efectos de la Primera Guerra Mundial dejaron los sueños de Howard Carter pendientes: tuvo que esperar hasta 1917 para poder empezar a excavar en el Valle de los Reyes. Comenzó a explorar cada rincón de la necrópolis con cientos de trabajadores que removían toneladas de rocas y tierra. «El Valle estaba lleno de escombros. Así que Carter trabajó sistemáticamente en varias partes retirando rocas hasta llegar al suelo originario. Pensó que sólo así podría asegurarse de que no había una entrada de una tumba», apunta T. G. H. James, uno de sus biógrafos. Al mismo tiempo, varios especialistas reunían pruebas procedentes de otras excavaciones en todo Egipto, empezaban a saber más sobre el misterioso faraón Tutankhamón y se comenzó a pensar que podría estar enterrado en algún lugar de estas colinas de piedras calizas.

EL DESCONOCIDO REY TUT

Tutankhamón vivió durante la época dorada de Egipto, cuando Luxor y Tebas eran la potencia hegemónica del mundo civilizado. Gobernó un país muy rico, una próspera civilización que se sitúa en la mitad del siglo XIV a.C., cuando corrientes de agitación se levantaban en las aguas del Nilo. La diplomacia prudente del rey Amenofis III había asegurado más de treinta años de paz sin interrupciones, pero todo acabó cuando subió al trono su iconoclasta hijo Ajnatón. Éste decidió abandonar el panteón de los dioses que su pueblo había venerado durante siglos para venerar únicamente el poder de la luz representada en el círculo solar y denominada «Aten» o «Atón». Cerró los templos antiguos en Tebas, lo que dio motivo de rencor a los poderosos sacerdotes, y se trasladó a una nueva capital dedicada a su dios Atón. Muchos especialistas opinan que Tutankhamón pudo ser hijo del viejo Amenofis III o, quizá, el hijo del mismo Akhenatón.

Para Gay Robins, profesor de arte antiguo egipcio en la Universidad de

Emery, en Atlanta (Estados Unidos), «Tutankhamón es un personaje frustrante porque no sabemos exactamente quién es. Tenemos pruebas de que es de sangre real, que su padre era un rey, pero nunca se menciona quién era ese rey. Aquí nace la gran polémica entre egiptólogos».

El príncipe Tut se crió seguramente entre los flamantes palacios de la nueva ciudad, que se llamaba entonces Ajtaton, es decir, «viva imagen de Atón», la actual Tell al-Amarna, a 400 kilómetros de El Cairo. Allí veía cómo su padre rendía culto a Atón, el dios del disco solar, sobre quien había fundado una religión monoteísta, y creció seguro del poder benéfico de sus rayos. Su padre o suegro, o las dos cosas, Akhenatón, murió o perdió poder en el decimoséptimo año de su reinado. Los historiadores discrepan sobre quién reinó después. Coinciden en el hecho de que en el año 1333 aproximadamente Tutankhamón fue coronado rey, aunque no se encontraron indicios de su edad. Con el país dividido entre los sacerdotes de la antigua religión y las ideas radicales de su antecesor, el nuevo faraón se enfrentaba a un futuro precario.

EL TRIUNFO DE LA PERSISTENCIA

En la primavera del año 1922, Howard Carter llevaba ya cinco largos años trabajando bajo el calor del desierto, removiendo cada roca, sin resultados, por lo que lord Carnarvon, cansado ya, quería abandonar la búsqueda. Carter pidió a su patrocinador que resistiera una temporada más. Le interesaba especialmente un trozo de tierra que quedaba por investigar. Este terreno se encontraba delante de la tumba del rey Ramsés VI, justo en el camino que tomaban los visitantes para entrar en el valle y, por consiguiente, era un sitio más difícil de excavar.

El 1 de noviembre de 1922, Carter inició la que iba a ser su última campaña en el Valle de los Reyes. Los trabajadores tenían buen ánimo. El arqueólogo había comprado un canario para alegrar la casa que se había

construido fuera del valle. Lo llamaban el «pájaro dorado» y todos estaban convencidos de que les iba a traer suerte. Y parece que así fue. Tres días más tarde, el 4, cuando Carter se dirigió hacia el lugar de excavación, justo después del desayuno, escuchó un rumor nervioso: los trabajadores habían desenterrado un peldaño. Pronto aparecieron quince escalones más que llevaban a una puerta con el sello del chacal y de las nueve cautivas, el sello real de la necrópolis.

La diligencia extraordinaria y el carácter persistente de Howard Carter triunfaron: encontró la tumba real. Lord Carnarvon estaba en Inglaterra y, como patrocinador, hubo de esperar dos largas semanas a que volviera. Finalmente, el 26 de noviembre de 1922, un pequeño grupo se juntó delante de la puerta. Entonces Carter apartó los escombros restantes y rompió el sello de Tutankhamón. Pero también encontró pruebas preocupantes de que alguien había excavado antes. Tras la puerta apareció un túnel lleno de piedras. Para consternación del equipo, parecía que, en realidad, se había abierto un pasaje entre las rocas que luego había sido rellenado. La gran duda era si el ajuar funerario se encontraría intacto o ya habría sido víctima de saqueo muchos años atrás.

Llegaron a una segunda puerta. Nervioso, Carter hizo un pequeño agujero en la esquina superior izquierda. Encendió una vela para comprobar si había gases peligrosos, y luego ensanchó el agujero y observó el interior. A sus espaldas, esperaban Carnarvon; su hija, lady Evelyn Herbert, y un ayudante, Arthur Callender. Carter pasó la luz dentro y metió la cabeza. Se quedó callado. Su silencio pareció durar una eternidad para la gente que estaba allí, aunque probablemente no pasarían más de unos segundos. Por fin lord Carnarvon, impaciente, le preguntó sobre lo que estaba viendo. Carter murmuró: «Cosas maravillosas», palabras que ahora ya son célebres. Dentro, su luz iluminó el tesoro dorado del más importante descubrimiento arqueológico de la Historia. En ese día decisivo de noviembre de 1922, el arqueólogo Carter hizo realidad el sueño de

hallar una tumba real en el Valle de los Reyes, propiedad de un faraón poco conocido, Tutankhamón, el joven rey Tut.

UN TESORO INIMAGINABLE

Mientras los ojos de Carter se iban acostumbrando a la luz, empezaron a surgir de las sombras detalles del interior de la sala, animales extraños, estatuas y oro; por todas partes el centelleo del oro. Se quedó sobrecogido por el asombro. El grupo pasó a través de esa pequeña abertura y recorrió con precaución la antecámara de la tumba. Ante los pies de Carter yacían los iconos religiosos y los tesoros de la vida cotidiana de un rey de una época pasada. Su biógrafo T.G.H. James, lo describe así: «En lenguaje familiar diríamos que se quedó boquiabierto, pasmado. Nunca ningún excavador en Egipto se había encontrado ante tan extraordinaria colección de material. Y, por supuesto, sólo era el inicio de lo que se iba a descubrir».

El tiempo parecía haberse detenido en esta pequeña cámara. Reinaba el desorden; unos carros desmontados se amontonaban en un rincón. Algunos lechos ceremoniales de gran tamaño se alineaban en la otra pared. Dos estatuas de tamaño real, con toda probabilidad del rey, se enfrentaban a los dos lados de una puerta, como dos guardianes de otro tiempo.

El desorden demostraba que la tumba había recibido la visita de los salteadores, aunque no la habían desvalijado, seguramente porque fueron sorprendidos por los guardianes. «El robo debió de perpetrarse pocos años después del enterramiento del rey, y los ladrones debieron de entrar por lo menos dos veces», anotó Howard Carter.

Las dos puertas de la antecámara tenían agujeros a nivel del suelo, pero eran aberturas pequeñas, por las que sólo cabría un niño, y por donde únicamente podían haber sacado objetos pequeños. La abertura de

la puerta que, según comprobarían luego, daba a la cámara mortuoria había sido tapada posteriormente, mientras que el agujero de la otra se había quedado abierto. En la pequeña sala o anexo que cerraba esta última puerta, reinaba el caos entre los objetos que contenía, es decir, que allí se encontraba todo tal cual lo habían dejado los ladrones. En cambio en la antecámara se había intentado ordenar las cosas. Por cierto, éstas eran tan numerosas que harían falta siete semanas para sacarlas.

Al día siguiente, Carter notificó su descubrimiento a las autoridades locales, tal como exigía la ley egipcia. El arqueólogo añadió que no planificaba explorar más hasta que no se hubiera vaciado totalmente la antecámara. En realidad mintió. A escondidas, Carter había penetrado en la cámara mortuoria y había hecho un plano de las otras cámaras. En una fotografía de la época se puede ver dónde colocó una cesta y un montón de escombros para esconder una de las entradas. No quería que los egipcios se enteraran de todos los detalles.

Al entrar en la cámara mortuoria, se quedaron asombrados al ver que un edículo dorado llenaba prácticamente la sala. Alrededor tan sólo quedaba espacio para unos objetos rituales que habían sido cuidadosamente colocados.

En total, la tumba se componía de cuatro cámaras: la antecámara que servía de distribuidor, el pequeño anexo revuelto por los ladrones, la cámara mortuoria y, pasando a través de ella, la sala del Tesoro, en la que una estatua de Anubis, el dios del mundo de los muertos, guardaba el cofre donde se habían almacenado los órganos internos momificados del rey. En la cámara mortuoria, Carter levantó con precaución los paneles del dorado edículo y se encontró con un segundo edículo colocado dentro. Estaba cerrado con una cuerda y mostraba todavía intacto el sello del faraón. Era la prueba definitiva de que los ladrones no habían tocado el sarcófago. Y significaba que la momia de Tutankhamón se encontraba todavía dentro... La noticia de este increíble descubrimiento cautivó la

imaginación de la gente en todo el mundo. Un público embelesado seguía con entusiasmo cualquier noticia sobre el faraón.

Carter y su equipo de conservadores planificaron trabajar únicamente durante los suaves meses de invierno. Querían estudiar la antecámara antes del mes de febrero de 1923, fecha del cierre de la temporada de excavación. Cada artefacto nuevo les ofrecía una nueva visión sobre la historia misteriosa de la vida de Tutankhamón. Innumerables estatuas rituales de la imagen del rey reflejaban la estampa de un joven armado para luchar contra los tormentos en el más allá.

Los objetos de la tumba eran una mezcla entre objetos fabricados específicamente para el funeral y otros que el muerto utilizó en la vida cotidiana. «Algunas cosas como sus sandalias llevan pintadas unos extranjeros atados. Esto venía a significar que cuando las llevaba estaba pisando a sus enemigos», observa el profesor Gay Robins. Entre los instrumentos de música y el material para escribir se encontraron cuatro juegos de mesa, prueba de que eran el pasatiempo favorito de muchos egipcios de la época.

En un ataúd en miniatura se encontró un recuerdo conmovedor: un mechón de pelo gris. Una inscripción lo identificaba como perteneciente a la reina Tiye, posiblemente la abuela del joven rey. Muchos objetos tienen como adornos la imagen de Tutankhamón y su mujer, Anjnesamón, hija menor del rey Ajnatón, quien pudo haber sido la propia hermanastra del faraón. El conservador Zahi Hawass subraya el cariño que se muestra la pareja: «En sus retratos parece muy enamorado de su esposa, porque si contemplamos la escena en la que aparece junto a ella, se puede ver que sólo llevan un zapato para demostrar que son una misma persona». Además, se guardaron en un rincón unos arcos y flechas como recuerdos de las guerras con los extranjeros que atormentaron el reino del joven faraón, todavía conocido como Tutankhatón en los primeros tiempos de su reinado.

UN REINADO CORTO Y AGITADO

Cuando Tut subió al trono en el año 1333 a.C., Egipto estaba bajo la amenaza del enemigo. Los poderosos hititas estaban frente a sus fronteras y una serie de plagas arrasaban el país. Muchos de sus súbditos creían que esa nueva religión que veneraba el «disco solar» era la causa de los males de Egipto. El imperio necesitaba un soberano unificador, pero ante los ojos de los egiptólogos, el rey era demasiado joven para dirigir sin ayuda los asuntos del Estado. Su principal consejero pudo haber sido Ay, un pariente mayor que él, con mucha influencia sobre el joven Tutankhamón. «Sabemos también que otro hombre llamado Horemheb, que fue general de Tutankhamón, pudo haber tenido mucho poder. Creo que estos funcionarios reales, y quizá otros más, decidieron traer el orden mediante el caos. Y me imagino que el pobre Tutankhamón no tenía derecho a opinar sobre los acontecimientos», señala Gay Robins.

Algunos años más tarde, Tut dejó la ciudad nueva de Ajtatón y empezó a reconstruir los templos antiguos de Tebas. Cambió su nombre por Tutankhamón, lo que parece una señal de que la vieja religión y la veneración de cientos de dioses habían vuelto a ganar su favor. Sin embargo, al cumplirse el octavo año de su reinado, se acabaron todas las esperanzas. El joven rey murió. Se embalsamó su cuerpo y se colocaron los objetos mortuorios en su tumba. Ay, el viejo consejero de Tut, nombrado nuevo faraón, tocó la boca, las orejas y los ojos de la momia, abriéndolos para que el espíritu pudiera vagar en su vida futura. Finalmente, se cerró el panteón, que no volvió a ser abierto hasta tres mil años después.

NACIONALISMO EGIPCIO Y TENSIONES

Con la desaparición prematura de lord Carnarvon (de la que hablaremos más adelante), Carter perdió más que un amigo. Su mundo se hundió. El conde era un hombre importante en su entorno social y también influyente en la política de esa época. Carter se encontró completamente solo frente a las constantes interrupciones de los funcionarios del gobierno egipcio. Restringió el acceso de los visitantes a la tumba, lo que provocó un aumento de la tensión. La pugna por el control sobre las excavaciones se había abierto. Por una parte, el arqueólogo británico y, por otra, el Servicio de Antigüedades egipcio.

Egipto había estado bajo control extranjero durante dos mil años y en esos días un amenazador partido nacionalista pretendía mostrar su fuerza. Era un asunto de política y el arqueólogo británico era la persona menos adecuada para tratarlo. Sus biógrafos señalan que no estaba especialmente dotado para la diplomacia. Cuando Morcos Bey Hanna, el ministro egipcio de Obras Públicas, discutió con él sobre los derechos de visita, un insensato Carter cerró la tumba, dejando la tapa del sarcófago aún colgada de las cuerdas sobre el ataúd. «Carter fue un arqueólogo muy bueno, pero también fue una persona muy rara y cometió muchos errores. Para mí, su error más grande fue creer que la tumba era suya. No lo era. La tumba pertenecía a Egipto», explica Zahi Hawass. El cierre favoreció involuntariamente la posición de las autoridades egipcias. El Servicio de Antigüedades tomó el control de la tumba y cambió rápidamente las cerraduras. La medida fue muy bien recibida en todo el país.

Transcurrió un año antes de que Carter pudiera volver a la excavación, para lo que se vio obligado a hacer concesiones importantes. Sin el apoyo de la familia Carnarvon, que «abandonaba cualquier demanda sobre los tesoros», el arqueólogo tuvo que aceptar las normas impuestas por el gobierno egipcio. En octubre de 1925, Carter levantó por fin la tapa del ataúd para descubrir otro ubicado dentro y luego otro, y otro, y otro...

El enterramiento del rey era como un juego de cajas chinas o como las

capas de una cebolla. Primero había cuatro edículos superpuestos, sin casi espacio entre ellos, de madera dorada y llena de jeroglíficos. Luego venían tres sarcófagos de piedra rosa adornados con planchas de oro, unos dentro de otros. A continuación un sarcófago de madera bastante sencillo, y luego otro de madera chapada de oro, con incrustaciones de piedras preciosas y cristales multicolores. Y por fin, un sarcófago antropomorfo de 1,80 metros de largo, hecho totalmente de oro, con los ojos de obsidiana y algunas incrustaciones de lapislázuli, vidrio y coralina.

En su interior reposaba la momia de Tutankhamón, con la cabeza encerrada en una magnífica máscara mortuoria de oro incrustada de piedras preciosas y vidrios de color.

Se utilizaron unos cuchillos calientes para separar la máscara del cráneo. Por fin, el arqueólogo inglés pudo contemplar los rasgos momificados del rey. El aspecto solemne del joven rey dejó a Carter sin habla. También hallaron, envueltas dentro del ataúd, más de un centenar de joyas, todas muy simbólicas, con contenidos divinos.

UNA MOMIA RODEADA DE INCÓGNITAS

La apertura del sarcófago descubrió fabulosas riquezas, pero al mismo tiempo dio lugar a muchas preguntas. La primera fue conocer la causa de la muerte del faraón. En noviembre de 1925, doctores y arqueólogos se juntaron para empezar la autopsia del cuerpo del rey Tut. Los restos se encontraban en pésimas condiciones debido a una combustión química que transformó parte de las capas en hollín. La piel, en su mayor parte, se había conservado muy mal y se mostraba frágil y arrugada. Se habían envuelto cada uno de los dedos de los pies y de las manos del rey, y sus brazos cruzados escondían una herida embalsamada de unos nueve centímetros en el lado izquierdo de su abdomen. Un estudio de la

estructura de sus huesos llevó a los expertos a la conclusión de que el rey tenía unos 18 años a su muerte.

En caso de ser verdad, habría subido al trono siendo un niño de unos 8 o 9 años. Este asunto levantó muchas más dudas aún entre los egiptólogos: ¿hasta qué punto sus consejeros lo escuchaban? ¿Podían ellos ordenarle callar? ¿O más bien, ahora que se lo había reconocido rey y tenía ese carácter divino atribuido a los faraones, podía dar su opinión? Las investigaciones siguieron, en principio, la línea marcada por los forenses. En el año 1968, unos análisis revelaron un pequeño fragmento extraño dentro del cráneo. ¿Era esto sólo un remanente del proceso de embalsamamiento o prueba de una herida mortal en la cabeza? Muchos se preguntaron si no habría sido herido en una batalla. Incluso se planteó la posibilidad de que fuera asesinado. De nuevo, todo eran especulaciones.

Para Gay Robins, la hipótesis más simple es que, a medida que iba creciendo Tutankhamón y empezó a tomar sus propias decisiones, algunos consejeros pudieron pensar que no iba a necesitar más su ayuda. «Quizá algunos de estos funcionarios no querían dejar ese poder. Así que resultaba más fácil matar al rey», indica. Algunos egiptólogos apuntan al viejo consejero de Tut, Ay, como el responsable de su hipotético asesinato. Después de todo, fue quien subió al trono a la muerte del joven faraón. Otros apuntan al popular comandante en jefe del ejército, el general Horemheb.

Un experto como Zahi Hawass sugiere que la prueba decisiva se encuentra en una carta escrita por la desesperada viuda de Tut, Ankjesamón, en la cual suplica a los enemigos mortales de Egipto, los hititas, que le ofrezcan una boda con un príncipe real. «Después de su muerte, ella no quiere casarse con nadie en Egipto. No se fiaba de nadie, quizá porque sabía lo que había ocurrido. Si su esposo no hubiera sido asesinado, nunca habría pedido a un rey extranjero que fuera y se uniera en matrimonio con ella. Por eso creo que como sabía que habían asesinado

al rey Tut, ella prefería no tener nada que ver con Ay o con Horemheb», señala Zahi Hawass.

Sin embargo, la joven viuda al final se casó con el nuevo rey, el consejero Ay, que gobernó como faraón muy pocos años. A su muerte, el general Horemheb se quedó con la corona y empezó a reconstruir el imperio. «Cuando finalmente Horemheb fue coronado rey, se atribuyó el mérito de casi todo lo que Tutankhamón había realizado. Borró su nombre de casi todas las inscripciones y lo sustituyó por el suyo», apunta William J. Murname, profesor de historia antigua en la Universidad de Memphis, en Tennessee (Estados Unidos).

No obstante, otros especialistas en egiptología discrepan completamente de esta versión, pues depende demasiado de la edad de la momia. James Allen, conservador de Arte Egipto en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, opina que «la edad se basa en el análisis de la momia y de la soldadura de los huesos. Pero resulta que hay un margen de error posible de unos diez años, ya que uno se desarrolla más lenta o más rápidamente dependiendo del lugar del planeta donde se encuentre. Tutankhamón podría tener 27 años cuando murió, lo que significa que podría haber subido al trono con 17 años y no con 9».

Sea como fuere, la tumba es demasiado esplendorosa para tratarse de un rey menor, no solamente en edad. ¿Fue Tut la fuerza que impulsó el intento de Egipto de alejarse de la herejía de Ajnatón? Quizá eso explique por qué su tumba contenía tantas riquezas. Para el profesor Murname, «lo que hizo Tutankhamón significó tanto que en su funeral le ofrecieron una despedida especialmente rica. Le proporcionaron unos equipos mortuorios excepcionalmente lujosos aun para las normas de la época de la XVIII Dinastía. Puede que eso represente un dorado apretón de manos de los dioses, como para agradecer un trabajo bien hecho».

Howard Carter dedicó más de una década de su vida a trabajar en la tumba y a la conservación de sus piezas. No obstante, nunca culminó la publicación definitiva de sus descubrimientos. Murió de cáncer en 1939, a los 68 años y en un relativo olvido. T. G. H. James, su biógrafo, lo describe como «un hombre triste, quizá incluso desilusionado cuando murió. Había realizado probablemente el descubrimiento más importante que se ha realizado nunca. Pero le pesó demasiado».

Al final, el legado de Carter se basa en la misma meticulosidad de su trabajo. Los más de cinco mil objetos que sacó de la tumba de Tutankhamón atraen a cientos de miles de personas al Museo de El Cairo cada año. «Carter tiene el mérito de haber insistido en buscar la tumba. No se pueden buscar tesoros como Indiana Jones. Un buen arqueólogo tiene que tener paciencia, y es lo que lo llevó al éxito», afirma Zahi Hawass.

Pese a su intenso trabajo y el de los investigadores que siguieron su estela, todavía quedan muchas preguntas sin respuesta. La vida de Tutankhamón sigue siendo un misterio. Howard Carter advirtió a aquellos que quisieran seguir los pasos del faraón con esta frase: «Las sombras se mueven pero la oscuridad nunca se levanta totalmente». La momia reposa en la cámara mortuoria originaria. Se trata del único gran rey de Egipto que todavía está en el Valle de los Reyes. El sarcófago de oro y su ajuar funerario, único vestigio de esplendor, asombran a quienes los ven en el Museo de El Cairo, pero en realidad fue un faraón de la XVIII Dinastía de importancia menor, olvidado durante siglos y siglos, que ha regresado para ofrecer un ejemplo más de las maravillas que le esperan a quien va en busca de la historia. Y a pesar de su prematura muerte, de que no dejó herederos y de que su tumba no puede compararse con la de otros faraones, Tutankhamón se ha convertido en el más conocido de los antiguos reyes egipcios. La leyenda lo acompaña desde hace más de tres

mil años, a la vez que una implacable maldición persigue a quienes osaron profanar su tumba. En su historia se mezclan el misterio de una novela dramática y tantas víctimas como en una película de terror. La momia de Tutankhamón yació en la soledad de su cámara mortuoria, rodeada de fabulosos tesoros, durante milenios. Hasta que en 1922, con la apertura de su sarcófago, comenzaron a producirse las misteriosas muertes de quienes participaron en el descubrimiento. Ahora, más de ochenta y cinco años después, la ciencia examina todos los detalles y busca nuevas pistas para determinar qué hay de cierto tras uno de los mitos históricos más duraderos de nuestro tiempo.

LA MALDICIÓN DE TUTANKHAMÓN

El Cairo, la capital de Egipto, es una ciudad tan antigua que a veces la llaman «la madre del mundo». En ella aún sobrevive el espíritu del Antiguo Egipto. No lejos del centro, la modernidad de los rascacielos y el bullicio del bazar ceden el paso a las pirámides. Pero quizá donde el pasado y el presente se unen de un modo más íntimo es en la dorada máscara de la momia más famosa de Egipto, la de Tutankhamón. Antes del descubrimiento de su tumba, este antiguo faraón era prácticamente desconocido para los historiadores. Las preguntas que se hacían sobre este rey giraban en torno a su posición histórica al final de la XVIII Dinastía. Emily Teeter, egiptóloga del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, afirma que «Tutankhamón es una especie de extraño misterio por derecho propio. Era muy joven cuando llegó al trono y falleció siendo muy joven por causas desconocidas. Vivió en una época muy curiosa y turbulenta del Antiguo Egipto, por lo que hay una tremenda cantidad de romanticismo y de mito que ha ido creciendo a su alrededor».

1922: un hito para la arqueología

Cuando Tutankhamón murió, su cuerpo fue transportado al otro lado del Nilo. Según la costumbre, la situación de la tumba era un secreto que muy pocos conocían. Con el tiempo, el escondite fue olvidado y su rastro desapareció. El redescubrimiento de la tumba en 1922 fue acogido como un gran triunfo arqueológico. Cuando sacaron a la luz los tesoros enterrados con él, todo el mundo fijó sus ojos en Tutankhamón. Los historiadores querían saber con exactitud quién era aquel faraón, cuánto tiempo había gobernado y cómo había muerto. Pero pronto surgió otra pregunta que nada tenía que ver con la arqueología, y ésta era decididamente más siniestra: ¿por qué las personas asociadas con el descubrimiento sufrían una muerte inusual y temprana?

Enfermedades repentinas, un suicidio, un asesinato, varias muertes y diferentes extraños sucesos se produjeron en personas que habían visto o tenían relación con el sarcófago, hechos que se dieron a conocer como «algo más que simples coincidencias». Para algunos todo ello tiene una explicación: la momia de Tutankhamón está protegida por una mortífera maldición que se liberó en el momento en que se abrió su tumba, una teoría que ha apasionado a la opinión pública desde hace más de ocho décadas.

Mark Nelson, epidemiólogo australiano de la Universidad de Monosh, es un ejemplo de este entusiasmo. Con técnicas de investigación propias de un detective, Nelson ha examinado viejas pistas y ha puesto a la leyenda bajo la rigurosa luz de la ciencia. Experto en la prevención de enfermedades coronarias, ha sido el primer investigador que ha analizado de un modo científico la veracidad de la leyenda de la maldición de Tutankhamón. Hasta ese momento, todos los investigadores se habían limitado a rechazar la posibilidad de que existiera tal cosa. «Por eso decidí utilizar métodos de estudio epidemiológico en mis investigaciones

sobre la maldición —afirma Mark Nelson—. Lo interesante está en saber si se disipará el mito al emplear un enfoque científico.»

Por lo general, el enfoque en este tipo de investigación pretende ver si existe una asociación entre la exposición a «algo» y el desarrollo de la enfermedad. Así, el primer paso para Nelson fue aprender todo lo posible sobre la maldición y sus supuestas víctimas con la ayuda de la tecnología moderna. Las investigaciones de Nelson comenzaron centrándose en quienes estuvieron más expuestos a la maldición para averiguar cuánto tiempo vivieron y por qué murieron. Si la maldición existe, los datos lo refrendarán. Sin embargo, esta simple premisa no siempre se cumple cuando el objeto de exploración es la Historia.

Extraña sucesión de muertes

Tras el descubrimiento, Carter y Carnarvon se convirtieron en celebridades inmediatamente, pero su alegría iba a durar poco porque siete semanas después de haber abierto oficialmente la cámara mortuoria, lord Carnarvon murió. Y aún habría más muertes. La leyenda asegura que Howard Carter y su equipo descubrieron, en 1922, las maravillas de la tumba de Tutankhamón pero también despertaron a una maldición de 3.500 años.

Los diarios de la época contaron la historia en la que el patrocinador de la expedición, lord Carnarvon, aparecía como la primera víctima de la maldición. El descubrimiento todavía procuraba titulares, y el equipo era aclamado por el mundo de la arqueología. Lord Carnarvon abandonó el Valle de los Reyes para tomarse unos días de descanso. No regresó. La enfermedad llegó rápidamente: una infección se extendió por todo su cuerpo. Cuando empeoró, fue trasladado de inmediato a El Cairo. Llamaron a los médicos y su hija Evelyn acudió a atenderlo. Murió el 5 de abril de 1923.

La noticia de que Carnarvon había fallecido de neumonía recorrió el mundo. En ese momento, la leyenda de la maldición de Tutankhamón tomó cuerpo. Se dijo que «había profanado la tumba y había recibido su castigo». Según Emily Teeter, «le da un aire romántico a la historia el hecho de que, supuestamente, la noche que falleció lord Carnarvon se apagaran todas las luces de El Cairo y que su perro en Inglaterra empezara a gemir y cayera muerto. Y ocurrieron un montón más de cosas misteriosas. Aquello fue el principio de esta horrible maldición contra cualquiera que hubiera trabajado en la tumba».

Al poco tiempo, a las redacciones de los periódicos de todo el mundo llegaron informes sobre varias muertes más, que sólo parecían tener una cosa en común: su relación con la tumba de Tutankhamón. La primera de la serie era en realidad anterior al fallecimiento de lord Carnarvon; fue la del canario de Howard Carter, que se consideraba que había traído buena suerte a la excavación. Parece que una cobra atacó y mató al pajarito el mismo día en que Carter abrió la tumba. La cobra era un animal totémico asociado a los faraones, y los trabajadores nativos empezaron a murmurar. Según ellos, el espíritu de Tutankhamón no había muerto.

Seis meses después de haber fallecido Carnarvon, su hermanastro Aubrey murió de una infección tras una operación quirúrgica de poca importancia. Arthur Mace, un ayudante próximo a Carter, tuvo que dejar de trabajar debido a su mala salud. Murió de pleuresía antes de que la tumba hubiese sido despejada. Dos años más tarde, en 1926, un egiptólogo francés, George Bendi, se cayó durante una visita a la tumba y falleció poco después; un príncipe egipcio murió a tiros tras haber visto el descubrimiento; la vida del egiptólogo James Henry Breasted acabó por una infección bacteriana; el magnate de los ferrocarriles estadounidenses George J. Gould se resfrió en la tumba y también murió de neumonía... Y la lista no acaba aquí. El secretario personal de Howard Carter, Richard Bethel, falleció de un infarto. Poco después, el padre de Bethel escribió

una nota diciendo que no podía soportar más horrores y se suicidó tirándose desde una ventana.

Los periodistas buscaban cualquier circunstancia y subrayaban la relación de todos ellos con la tumba de Tutankhamón, por muy indirecta que ésta fuese. En 1924, apenas un año después del gran descubrimiento, según algunos diarios, más de veinte personas habían sido víctimas de la maldición. No es extraño que la leyenda quedara firmemente arraigada en la tradición popular.

Tablillas amenazantes para proteger sepulturas

El siguiente paso en la investigación de Mark Nelson fue centrarse en la tumba. Comenzó por los objetos encontrados en su interior para ver si podían contener pruebas de una maldición. A pesar de la gran variedad de piezas de interés, el hallazgo decepcionó a algunos historiadores. Les extrañaba la falta de documentos escritos. En la tumba no encontraron papiros ni ningún otro tipo de documentos históricos. También estaban desconcertados por la forma y el tamaño de la tumba: sólo un corredor y cuatro salas, en total, menos de ciento diez metros cuadrados. Muy poco para lo que estaban acostumbrados: la tumba de Ramsés II, por ejemplo, es ocho veces mayor que ésta. La egiptóloga Emily Teeter dice al respecto que, «cuando se compara la tumba de Tutankhamón con la de otros faraones, más o menos contemporáneos, su tumba es minúscula, y parece muy claro que no era real aunque fuera utilizada como sepulcro real».

Howard Carter y su equipo fotografiaron, recogieron y catalogaron cuidadosamente los tesoros de la tumba, pero existe un rumor que dice que uno de los hallazgos fue escondido: una tablilla que contenía la maldición que prometía la muerte a aquellos que profanaran la tumba. Si tal tablilla hubiera existido, sería una prueba física de la maldición, lo que

le habría dado más credibilidad. En el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, la investigadora Emily Teeter confirma la existencia de tablillas con maldiciones: «En la pared de una tumba construida alrededor del año 2400 a.C., mil años antes de Tutankhamón, aparece una. No hay ninguna duda de lo que es este texto. Sale de la boca del propietario de la tumba, que se llama Beu, y dice que cualquiera que entre en esa tumba y la profane será agarrado por un ave, que le retorcerá el cuello y lo matará».

Aunque encontradas en pocas tumbas, en las maldiciones egipcias hay todo tipo de amenazas, desde daños corporales hasta castigos de los dioses. La razón que explica esta costumbre es que en el Antiguo Egipto existía una lamentable tendencia a saquear las sepulturas. Se entraba en las tumbas para llevarse los valiosos objetos que acompañaban al muerto, generalmente piezas muy apetecibles para los ladrones. Por este motivo, según afirma Emily Teeter, «cuando la gente construía una tumba, sabía que corría peligro de que la saquearan, e intentaba protegerla. Sin embargo, teniendo en cuenta que prácticamente todas las tumbas de Egipto fueron profanadas, las advertencias no fueron muy eficaces. En las tumbas en las que hay maldiciones inscritas, por lo general, los textos son claramente visibles. En la tumba de Tutankhamón había muy pocos ornamentos. La cámara mortuoria está pintada, ni siquiera tiene bajorrelieves. En realidad, en esa cámara no hay lugar alguno razonable para la inscripción de una maldición».

Los arqueólogos creen que en la tumba de Tutankhamón robaron dos veces, probablemente poco después de haber sido enterrado. Sus suposiciones se basan en los distintos tipos de roca que llenan el pasillo. Los objetos pequeños, más fáciles de transportar, eran los más codiciados. Se buscaba oro, perfumes y tejidos, pues se podían vender sin problemas y sin levantar sospechas en cualquier bazar.

Howard Carter encontró varios anillos de oro envueltos en un trapo.

Dedujo que se les habían caído a los ladrones justo cuando los guardianes del Valle los descubrieron, y que éstos, más tarde, rellenaron el pasillo que iba a la tumba para evitar nuevos saqueos. Sin embargo, siempre negó los rumores sobre una maldición escrita. Mark Nelson dice al respecto: «Carter era un hombre sincero y meticuloso. Si hubiera encontrado un objeto con algo escrito, habría sido un hallazgo importante, tanto si fuera una maldición como cualquier otra cosa». Así que hay pocas posibilidades de que Carter lo ocultara a los ojos del mundo.

Un maleficio con más de veinte víctimas

Siguiendo la leyenda de que la muerte llegó rápidamente a quienes profanaron la tumba, cualquier observador atento enseguida percibirá que la maldición se comporta de un modo muy parecido al de una infección. Quien entra en la tumba «enferma» y, como si se tratara de un grave resfriado o una neumonía, se muere. Por esta razón el epidemiólogo Mark Nelson decidió estudiar la maldición con el mismo método que utilizaría con cualquier otra enfermedad transmisible. Los artículos periodísticos más sensacionalistas señalaban que el maleficio se había cobrado más de veinte víctimas, pero su trabajo científico fue más allá de estos datos con el fin de separar los hechos de la ficción.

Según las investigaciones de este epidemiólogo australiano de la Universidad de Monosh, tenía que haber una relación objetiva con el momento en el que los afectados estuvieron expuestos; de lo contrario, si el solo hecho de visitar la tumba dispara la maldición de la momia, todos los que habían estado en ella desde los años veinte hasta la actualidad, evidentemente, estarían afectados. Si había un espíritu malévolo o, en su caso, un agente infeccioso o un agente tóxico, lo más probable según Nelson es que estuviera relacionado con el hecho de abrir la tumba, o el sarcófago, o quizá con el examen de la momia.

Siguiendo el razonamiento del epidemiólogo, hubo cuatro momentos en los que parecía más probable que pudiera activarse la maldición: el primero fue cuando el equipo de excavación entró en la cámara mortuoria. A propósito de esto, el arqueólogo y director de las pirámides de Giza, Zahi Hawass, que ha presenciado varias aperturas de tumbas antiguas, tiene su propia versión de cómo nace una maldición de este género. «Si cierras una sala durante tres mil años —señala—, contendrá gérmenes que no puedes ver. Luego, si la abres y entras inmediatamente te infectarán estos gérmenes. Eso es lo que le ocurrió a lord Carnarvon. Por esa razón, siempre aviso a mis colegas de que cuando descubran una tumba tienen que abrir la puerta durante dos días hasta que el aire viciado haya salido y haya entrado el aire fresco.»

El segundo momento en que la maldición puede activarse corresponde al instante de abrir el primer sarcófago; el tercero, al levantamiento de la tapa del último de los seis sarcófagos, y el cuarto, al examen de la momia de Tutankhamón. Igualmente, es preciso definir el tipo de contacto con el fin de determinar qué personas estuvieron expuestas a «algo» y separarlas de las que no tuvieron exposición alguna.

Con el objetivo de averiguar quiénes estaban delante cuando se dieron los cuatro momentos de posible exposición, Mark Nelson acudió a los abundantes documentos originales y diarios de trabajo que llevaban Howard Carter y el ayudante de Arthur Mace. En los diarios y el libro que escribió poco después del descubrimiento, titulado *La tumba de Tutankhamón*, Carter detalla a los presentes el momento en que se rompieron los sellos, se abrió la puerta, se abrió el sarcófago y se examinó la momia. En cada una de estas situaciones, o en varias de ellas, estuvieron presentes veinticinco personas. La lista incluye a lord Carnarvon, su hija, Howard Carter, Arthur Mace, Arthur Callender y a otros veinte científicos y dignatarios. Todos estuvieron expuestos potencialmente a la maldición. ¿Cuántos de estos personajes murieron al poco tiempo? ¿Con

exactitud cuándo falleció cada uno de ellos? Sabemos que lord Carnarvon murió sólo siete semanas después de abrir la cámara mortuoria; ¿pudo matarlo algo que había en la tumba?

Para responder a estas preguntas, además de conocer la suerte de quienes en potencia estuvieron expuestos, el doctor Nelson analizó a otros once occidentales de los que se sabe que visitaron la zona a través de los escritos de Carter, pero no estuvieron en la tumba durante los momentos de posible exposición. También a varias mujeres, esposas y familiares de los científicos, pero no a los trabajadores del país. El investigador excluyó a los posibles egipcios porque, al proceder de una cultura y una población diferentes, tienen distintas expectativas de vida, y porque de muchos de ellos no existen registro de nacimientos y defunciones. Así, para que los datos fueran coherentes, se centró en los occidentales, procedentes de Estados Unidos, Reino Unido y Francia, principalmente. La idea era comparar a los dos grupos para ver si hay alguna diferencia estadística importante en cuanto a la supervivencia entre ellos.

La primera sorpresa es que el análisis del grupo que en potencia estuvo expuesto, indica que sobrevivió una media de veintiún años tras la visita o el trabajo en la tumba y como media llegó a los 70 años de edad. Por cada muerte prematura inesperada, hubo varios que vivieron varias décadas. Es cierto que lord Carnarvon falleció siete semanas después, pero su hija Evelyn, que estaba con él aquel día, vivió otros cincuenta y siete años y falleció a los setenta y ocho años de edad. Arthur Mace, potencialmente expuesto dos veces, falleció cinco años más tarde, pero el fotógrafo de la expedición, Harry Burton, con cuatro posibles exposiciones, vivió diecisiete años más y murió a los 60. Sir Alan Gardner, que estuvo presente en dos ocasiones, falleció a los 84 años de edad, cuarenta y un años después del descubrimiento de la tumba. «Si realmente existiera la maldición de una momia —afirma Nelson—, la media de vida debería ser muchísimo más baja.»

La segunda sorpresa aparece ante el grupo que no estuvo expuesto. Vivieron, como media, hasta veintinueve años después de que la tumba se abriera y fallecieron, como media, a los 75 años, cinco más que el grupo que estuvo expuesto. «En el grupo que no estuvo expuesto —indica— había algunas mujeres, y eran más jóvenes. Por lo general, en las sociedades occidentales, las mujeres viven de seis a siete años más que los hombres. Si eliminamos las diferencias debidas a la edad y al sexo, no hubo ninguna variación estadística importante entre los dos grupos. El hecho de que esas personas vivieran de veinte a treinta años más, hasta una media de 70 y 75 años de edad, respectivamente, sugiere que no existió ninguna entidad física llamada la maldición de la momia.»

¿Fue el faraón el primer afectado?

Es posible que nunca sepamos por qué ni cómo murió Tutankhamón, pero cuando se investiga una maldición, hay que seguir todas las pistas. Y las más importantes nos las podría aportar el propio faraón. Y aquí surge otra especulación sobre si murió por causas naturales o si sufrió una muerte violenta. Los historiadores saben que tuvo un matrimonio muy breve, una vida corta y falleció joven y de un modo trágico. A medida que se conocen más datos, crecen las dudas: ¿pudo tener algún papel en la maldición el tipo de muerte de Tutankhamón? ¿Fue la primera víctima de la maldición?

Tutankhamón era un muchacho muy joven cuando subió al trono, tal vez sólo tenía 9 años. Su edad es una de las incógnitas sin resolver. Algunos historiadores indican que murió a los 18 años. La combinación de una muerte temprana, un sepelio apresurado y una pequeña tumba ha suscitado muchas preguntas a los egiptólogos y cierta controversia entre los investigadores, pues no todos están de acuerdo. Michael King y Gregory M. Cooper, criminólogos y coautores de *¿Quién mató a*

Tutankhamón?, creen que el faraón fue asesinado. Para ambos, se pueden desentrañar todas las dudas planteadas alrededor de la muerte del faraón mediante las actuales técnicas de criminología, aunque éstas haya que aplicarlas sobre un acto cometido hace tres milenios.

Primero descartaron la muerte por accidente, enfermedad o suicidio, pues, según Michael King, «lo que averiguamos al examinar los documentos históricos fue que no había nada que pudiera indicar que Tutankhamón padeciera una enfermedad que le pudiese haber causado la muerte, ni había ninguna indicación que demostrase que había muerto inesperadamente. Y así nos fuimos alejando de la idea de una muerte natural o por accidente. En cuanto al suicidio, tampoco hubo nada que nos llevase a pasar de la mera teoría». De este modo, la única opción que quedaba era el asesinato.

Para demostrarlo, como si se tratase de un caso actual, King realizó a Tutankhamón un análisis de nivel de riesgo. El funcionamiento es el siguiente: las víctimas de alto riesgo, delincuentes o policías, por ejemplo, estadísticamente, tienen más probabilidades de ser víctimas aleatorias de la oportunidad. Por el contrario, las víctimas de «riesgo bajo», como las amas de casa y los niños, tienen más posibilidades de conocer a sus agresores y de ser un objetivo concreto para ellos. Un faraón joven y bien protegido encajaría en este último grupo. Si fue asesinado, King cree que conocía a su asesino: «De algún modo, murió en sus aposentos privados, y empezamos a investigar quién podía tener acceso al rey en esos momentos. Y tenía que reducirse a su círculo de acompañantes y funcionarios íntimos».

Basándose en este método, en el motivo y la oportunidad, y tras haber examinado a todos los individuos del círculo próximo de Tutankhamón, según estos dos criminólogos, entre los posibles sospechosos destaca el consejero real, llamado Ay, que se convirtió en rey tras la muerte del faraón. Además, pudo ser el responsable de que Tutankhamón acabara

en aquella pequeña tumba. «El trato que recibió fue increíble —opina Michael King—. La falta de cuidado en la preparación de su tumba tuvo una gran importancia para nosotros. Incluso la falta de cuidado en los murales de las paredes y el suelo de la tumba parecía no ser apropiada para un faraón, y eso nos indicó que podría ser consecuencia de la ira y la frustración, como diciendo: “Acabemos con este tipo y quitémoslo de encima”.»

James E. Harris es un profesor de ortodoncia jubilado de la Universidad de Michigan, en Estados Unidos. También es una de las pocas personas vivas que han tocado la momia de Tutankhamón. Lo hizo en 1976 como parte de un proyecto para radiografiar los cráneos de faraones egipcios. Según recuerda, «lo primero que uno piensa es que el cuerpo parece muy pequeño, tal vez debido a que se fragmentó cuando se retiraron los tesoros, por lo que la momia no está en buenas condiciones. La cabeza está separada del resto del cuerpo, así que la cogimos y la pusimos en nuestro cefalómetro e hicimos unas placas frontales y laterales de ella. Todavía tenía restos de vendas alrededor del cráneo, pero se podía ver que era un individuo de rasgos muy finos y muy joven».

Las radiografías realizadas por el doctor Harris proporcionan un nuevo aspecto del antiguo rey. Como ortodoncista, le prestó una atención particular a los dientes. Tutankhamón tenía una dentadura perfecta. Pero estos antiguos dientes también guardan una sorpresa más: para este especialista no pertenecen a un hombre de 18 años. «Nuestras radiografías —mantiene Harris— indican que cuando murió posiblemente tuviera 21 o 22 años de edad. Tutankhamón fue un rey niño al principio, pero no era un rey niño cuando falleció. Era un adulto joven.»

Tuviera la edad que tuviese, los investigadores tampoco se ponen de acuerdo a la hora de determinar exactamente cómo se produjo su muerte. El cadáver ha sido examinado por médicos, por radiólogos y por numerosos expertos y cada cual da sus explicaciones sobre por qué y cómo

falleció. Un fragmento de hueso en el interior del cráneo levanta sospechas y ha creado cierta controversia alrededor de una posible muerte violenta. En contra de esta teoría se sitúa James E. Harris. «El fragmento —afirma— estaba roto como si le hubieran dado un golpe con un objeto en la cabeza, en particular en la base del cráneo; pero la información que tenemos de los expertos que han examinado las radiografías es que eso no fue la causa de su muerte.» Es más probable que dicha ruptura pueda haber sido provocada en el proceso de momificación, cuando se le retiró el cerebro. En las radiografías se pueden ver muy bien las placas de las bóvedas craneales, y nada indica una finura anormal, ni hay señales de fracturas.

Para Emily Teeter, no hay ninguna prueba concluyente de que fuera asesinado. «Pudo haber pillado una gripe y haberse muerto. Simplemente no lo sabemos, y creo que, hasta que haya pruebas más concluyentes, prefiero decir: causa de muerte, desconocida.» Según esta eminente egiptóloga de la Universidad de Chicago, en estos últimos años ha habido un esfuerzo por analizarlo todo «desde un punto de vista más científico, huyendo de la idea de una maldición religiosa y buscando otro motivo por el cual algunas personas que trabajaron con momias fallecieron de forma prematura. Y básicamente se ha centrado todo en distintos tipos de esporas, mohos o microbios que puedan estar presentes en las momias».

La necesidad de misterio y romanticismo

El Museo Field de Chicago alberga a varios cientos de momias. Como conservador de la colección egipcia, el trabajo de Jim L. Phillips consiste en cuidarlas. Su opinión al respecto es tajante: «No conozco a una sola persona que haya enfermado por trabajar con momias». El propio proceso de momificación impide que haya peligro en su manipulación. Los

egipcios creían que necesitaban el cuerpo en la otra vida. Querían mantenerlo entero para poder vivir la vida eterna e idearon un sistema mediante el cual secaban el cuerpo para alejar de él a las bacterias que normalmente destruirían la carne. Sin bacterias para devorar la carne, una momia se puede conservar eternamente. Los hongos y mohos dañinos no crecen fácilmente en ella.

Existe una teoría que afirma que a lord Carnarvon lo mató el ántrax u otras esporas mortíferas que dejaron para proteger la tumba. Pero para James L. Phillips, la posibilidad de una guerra biológica es nula. «Si fuera verdad —dice—, encontraríamos muertas a otras personas que entraron para robar lo que había en la tumba, algo que los egipcios hicieron desde el principio de la momificación. Y no conozco ningún caso en el que se hayan encontrado individuos muertos en las tumbas por haber intentado robar hace mil años, o quinientos, o hace cien años.»

Emily Teeter señala al respecto que se suele olvidar el hecho de que, inicialmente, Carnarvon estaba en Egipto debido a su delicada salud y que estaba allí convaleciente. Se sabe que había tenido un accidente de automóvil hacía unos años y su médico lo había enviado a Egipto por motivos de salud. En aquella época era muy común que los británicos ricos viajaran lejos del húmedo entorno de las islas para ir al agradable, cálido y sano clima de Luxor. Sin embargo, en el Egipto de los años veinte, antes de la penicilina, incluso algo tan cotidiano como el afeitado podía resultar fatal. En el caso de Carnarvon, sólo hizo falta una pequeña herida. Se cuenta que se rasuró una picadura de mosquito al afeitarse y luego se le infectó el corte.

La explicación médica la da el epidemiólogo de la Universidad de Monosh, Mark Nelson: «En los trópicos o en climas cálidos como el de Egipto, las bacterias que normalmente viven en la piel pueden aprovechar la oportunidad de una herida para adentrarse en el tejido, extendiéndose e infectándolo. Y lo que probablemente sucedió en ese caso

fue que llegaron a un vaso sanguíneo y se extendieron por todo el cuerpo. El término médico correcto es septicemia. Se puede convertir en una infección terrible. Y es frecuente que, en esas circunstancias, se contraiga una neumonía, que es una infección de los pulmones. Es una muerte muy frecuente entre los ancianos porque su sistema inmunitario, su cuerpo, está agotado». En el certificado de defunción de Carnarvon consta que murió de neumonía.

Entre los historiadores existe un acuerdo general sobre la maldición de Tutankhamón. Peter Dorman lo explica así: «La maldición de Tutankhamón tiene el mismo atractivo que la leyenda de Elvis Presley para la imaginación popular. En todas partes hay gente que tiene la esperanza de que Elvis siga vivo en algún sitio, y creo que también esperan que la maldición pueda tener cierta validez». La teoría de Emily Teeter es que el oro fantástico, la belleza de los objetos encontrados en la tumba y lo conmovedor de que se tratara de un faraón que había muerto muy joven, no basta. «La gente quiere tener más misterio y más romanticismo.»

El argumento más contundente contra la teoría de la maldición lo aporta el propio Howard Carter. Estuvo allí durante todas las fases del descubrimiento original, por lo que si había alguien destinado a la muerte, tenía que haber sido él. Sin embargo, Carter falleció en 1939, a los 64 años de edad, cuando habían transcurrido dieciséis años desde su descubrimiento, según los hallazgos de Nelson. Y aunque toda la investigación de este epidemiólogo australiano ha sido publicada en el *British Medical Journal*, el mito puede ser mucho más divertido y aterrador que los hechos. «La maldición perdurará a pesar de lo que he confirmado —afirma Nelson—, y el motivo es que la existencia del mito no tiene nada que ver con los hechos reales del caso. Se debe al modo en que la sociedad lo percibe. Aunque esa persona haya estado enterrada durante tres mil quinientos años, hemos profanado su cadáver y su tumba y, por

lo tanto, debería sucedernos algo.» De esta forma, a pesar del escepticismo de la ciencia y de los descubrimientos de las nuevas tecnologías, la leyenda de Tutankhamón puede perdurar, lo mismo que las historias de la muerte de lord Carnarvon y las de todos aquellos que se cruzaron en el camino de aquel joven faraón.

La leyenda del rey Arturo

Entre los relatos perdurables a lo largo de los siglos en la civilización occidental y que han llegado a nuestros días destaca uno cuyo origen data de la Alta Edad Media, en una época de convulsas migraciones y de brutales guerras étnicas. Un relato de héroes y grandes batallas, de un poderoso y magnánimo rey, de fraternidad de nobles caballeros y su cruzada para crear un mundo perfecto. Todos estos elementos han ido creciendo y enriqueciéndose con las aportaciones de trovadores, juglares, escritores, novelistas o guionistas de cine, hasta convertirse en una de las historias más conocidas de la cultura occidental: la leyenda del rey Arturo y sus caballeros de la Tabla (o mesa) Redonda. Al leer las fantásticas versiones, incluso, contradictorias de la historia surgen las dudas: ¿existió el rey Arturo? ¿Fue cierta esta leyenda?

Durante más de un milenio los bardos británicos han cantado al gran Arturo, el rey sabio que unió Britania y fundó el maravilloso reino de Camelot. El rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda encarnaron los ideales de la caballería, héroes dispuestos a sacrificar su vida por honor, por amor y por su país. Su historia ha llegado a cada rincón del planeta. «Arturo es el rey ideal, el símbolo de la monarquía, del rey que intentó hacer el bien; quien, con todo en contra, luchó para crear una sociedad utópica. Para crear Camelot en una época de gran violencia», explica Christopher Snyder, profesor de historia de la Universidad de Marymount, en Arlington (Estados Unidos). Como en las antiguas Grecia y Roma, la historia de Camelot se ha ido forjando a lo largo de los siglos. Mucho se ha estudiado sobre la existencia auténtica de Arturo y su

mundo. Se han encontrado emplazamientos bretones de mediados del siglo v que se han relacionado con algunos de los lugares que aparecen en las novelas: Camelot, Glastonbury, Avalon... En este entorno de mito, ¿existió realmente un Arturo histórico y real?

LA FICCIÓN ROMÁNTICA Y LA REALIDAD HISTÓRICA

La leyenda de Arturo y sus caballeros tiene todos los ingredientes necesarios de una historia imperecedera: poder, generosidad, intrigas palaciegas, guerreros, nobles valientes, doncellas virtuosas, amistad y traición, hechicería, batallas espectaculares... Todo un microcosmos que refleja las pasiones y los anhelos humanos. Así, más de mil quinientos años después de que comenzara a forjarse esta leyenda, la historia de Arturo sigue presente. Según los historiadores, hay suficientes pruebas que evidencian que hubo algo de cierto. «El problema es que el nombre de Arturo nunca existió», explica Scott Lloyd, autor de *Pendragon. The Origins of Arthur*. «Eso no significa que no existiera un personaje con ciertas características similares a la leyenda. Pero algo pasó a finales del siglo v o principios del vi que ha quedado enterrado bajo el halo de la ficción romántica», explica Bryn Walters, miembro de la Asociación de Arqueología Romana.

En 1469, sir Thomas Malory, un empobrecido caballero inglés, escribió la historia del mayor rey de Britania. Su libro *Le Morte D' Arthur* consagró para siempre la leyenda del rey Arturo. El relato de Malory comenzaba con una Britania dividida y sin soberano. Los príncipes rivales estaban al borde de una guerra civil, reclamando la corona del rey Uther Pendragon, quien a su muerte dejó el reino sin un heredero reconocido. Para evitar un derramamiento de sangre y resolver el conflicto, los príncipes se sometieron a una prueba mística: todos tendrán la oportunidad de extraer la espada del rey, que el mago Merlín hizo aparecer clavada en

una piedra con una inscripción que decía: «Quien sacare esta espada de esta roca, será el rey legítimo de Inglaterra». Muchos lo intentaron y todos fracasaron. Esto propició que el trono de Inglaterra quedara vacante a la espera de que apareciera quien había sido designado por la Providencia como el gobernante.

Entonces, un joven se acercó al arma: ninguno sabía —y él, mucho menos— que era el hijo y heredero del monarca. Al conseguir liberar la espada de la piedra, probaba su derecho a ser rey. Pero muchos de los caballeros no quisieron reconocer a Arturo como el nuevo soberano, hasta que Merlín reveló la historia que hay detrás del nacimiento del muchacho, demostrando así que por sus venas corría sangre de los Pendragon, y que por tanto era el legítimo heredero al trono de Inglaterra. Y es que Arturo «no conoció ni a su padre ni a su madre. Nació del obstinado deseo de un hombre hacia una mujer que no podía ser suya», cuenta Bonnie Wheeler, especialista en estudios artúricos.

El padre de Arturo, el rey Uther, fue consumido por la pasión por Igraine, la esposa de otro poderoso príncipe britano, el duque Gorlois de Cornualles. Para conseguirla, el rey Uther hizo un pacto con el mago Merlín, quien por medio de sus artes cambió la apariencia del rey para que todos lo confundieran con Gorlois. Engañada, Igraine hizo el amor con quien creía su esposo y concibió un hijo, consecuencia del adulterio, que fue entregado a Merlín. Lo bautizaron con el nombre de Arturo y el mago se lo llevó para educarlo lejos de la corte.

El libro de Malory cuenta cómo el joven rey Arturo dirigió a sus leales caballeros en una victoriosa cruzada para unir su fragmentado reino. Su fama hizo que muchos caballeros de todos los rincones de la cristiandad llegaran para ponerse a sus órdenes. Su corte se convirtió en una poderosa ciudadela, Camelot. Después, se casó con la princesa Ginebra y, con la dote de la reina, Arturo recibió una gran mesa redonda, donde reunió a grandes héroes en un círculo de fraternidad: sir Kay, sir Bedivere, los

hermanos Gareth y Gawaine (Galván), Percival, Tristán, Galahad... y, sobre todo, el paradigma del caballero, Lancelot (Lanzarote) del Lago, llegado de «más allá del mar». Los caballeros de la Tabla Redonda iluminaron el mundo con las glorias de sus gestas; lucharon por los desvalidos, liberaron a los oprimidos, aplastaron a los perversos y depravados... «Todos los caballeros europeos querían ir a la corte del rey Arturo, seguir al más carismático de todos los reyes, el más ejemplar y admirable de los héroes», explica Bonnie Wheeler. Y entre todos sus caballeros, el que más luchó, amó y sufrió fue Lancelot. Juró servir a su rey, pero su corazón pertenecía a la reina Ginebra. Su amor abrió la puerta a un caos total y a la destrucción del reino perfecto de Camelot.

LUJURIA Y ENVIDIA

Según la leyenda, la lujuria había consumido al propio rey. De joven, Arturo tuvo relaciones con la mujer de otro hombre: lady Morgana. Pero su pecado superó el simple adulterio porque Morgana era su hermanastra. De su incestuosa unión nacería un hijo: el traidor Medraut o Mordred. Con el tiempo, los malvados planes de Mordred destruirían a Arturo y traerían la desgracia al reino. Todo esto también había sido profetizado por el mago Merlín antes de que finalmente fuera traicionado por su aprendiz Nimué, quien lo encerró en el corazón de la montaña Bryn Mirddim.

Según el libro de Malory, el fin de Camelot comenzó una trágica noche, cuando Ginebra y Lancelot cayeron víctimas de su pasión. Mordred les tendió una trampa y el gran héroe de Camelot tuvo que luchar con sus amigos los caballeros, para escapar con vida. Era la traición de un caballero y debía ser castigada con severidad. La propia Ginebra era culpable de la traición. Arturo, con el corazón roto, no tuvo más remedio que condenarla a la hoguera. Cuando se estaba ejecutando la sentencia,

Lancelot apareció para rescatar a Ginebra. El rescate de la reina rompió la hermandad de la Tabla Redonda. En el caos posterior, Mordred reunió un ejército y disputó el trono a su padre, el rey. Comenzó una guerra entre los que apoyaban al viejo rey Arturo y los que defendían los derechos del hijo no reconocido. En una terrible batalla en la fortaleza romana de Camboglanna —la Camlann de las leyendas— situada junto al muro de Adriano, se produjo el enfrentamiento decisivo que devoró a los héroes de Britania: los grandes caballeros de la Tabla Redonda murieron. Al final sólo quedaban Arturo y Mordred: el rey y su hijo bastardo enfrentados en un duelo a muerte. Heridos ambos mortalmente, el cuerpo de Arturo fue trasladado «espiritualmente» por mar hasta llegar a la isla de Avalon, donde dormiría en el tiempo, ni vivo ni muerto, hasta que Britania volviera a necesitarlo de nuevo. Así terminaba la leyenda de Arturo contada por sir Thomas Malory, a finales del siglo xv.

El libro de Malory está basado en una historia milenaria que se remonta a la Britania del siglo v. Pero en los primeros documentos, a Arturo no lo llamaban rey. Hasta los siglos xii y xiii no hacían mención de ninguna Tabla Redonda ni de Camelot. «A medida que nos remontamos en la historia, la figura de Arturo se hace menos importante, más insignificante. Si seguimos hacia atrás, llegamos a un momento en que la primera fuente que disponemos, ni siquiera lo menciona», indica el escritor e historiador Scott Lloyd. Para Jeremy Adams, profesor de historia de la Universidad Metodista, «la gente del siglo xii creía que había existido y que seguía ejerciendo algún tipo de influencia política, pero los historiadores tenemos bastantes dificultades en descubrir la procedencia de este rey Arturo». En lo que todos los eruditos coinciden es en que la historia del rey Arturo no es el relato de un solo hombre o de un solo momento histórico. Descubrir la verdad tras la leyenda requiere una búsqueda en el tiempo para entender cómo el gran símbolo del pueblo britano se creó y creció a lo largo de cientos de años.

LA PROSPERIDAD ROMANA

La verdadera historia de Arturo en el marco de Britania es la de cómo una isla celta se convirtió en una provincia romana, después en un reino sajón, en un territorio normando y, finalmente, en una nación unida y poderosa. Más allá del mito de Camelot, en el centro de la historia está el recuerdo de un antiguo príncipe guerrero, el héroe que salvó Britania en sus peores momentos: en la Edad Oscura que siguió a la caída del Imperio romano.

Así, mucho antes de que sir Thomas Malory describiera a Arturo como el rey de Camelot, los bardos de Britania cantaban a un poderoso caudillo llamado Arturo. Los historiadores han rastreado los orígenes de su historia hasta los siglos V y VI, pero de momento no han encontrado pruebas de la existencia del héroe. «Hay muchos investigadores que intentan descubrir quién fue el auténtico Arturo porque hay muchos candidatos posibles, pero los historiadores no pueden precisarlo porque ninguno tiene pruebas sobre su existencia», opina Christopher Snyder. No existen textos de aquella época que mencionen al rey Arturo. Según parece, la ausencia de documentos escritos y la propia leyenda son producto de una oleada de guerras y migraciones que remodelaron Europa después de la caída de Roma, en la llamada Edad Oscura. «Una época con un gran flujo de extranjeros que se mezclaron y juntos formaron una nueva cultura y una nueva nación que terminó siendo Inglaterra», explica el especialista Bryn Walters.

En la antigüedad, la isla de Britania era el hogar de un conjunto de tribus celtas. Compartían idioma y costumbres, pero nunca formaron una nación. Entonces, las legiones romanas invadieron las islas en el siglo I d.C. Durante los siguientes trescientos cincuenta años, las ciudades y leyes romanas convirtieron la isla en una tierra poderosa: Britania. El

Imperio romano trajo una fuerte cultura, una civilización, un estado y un ejército unificado. La Britania romana era una sociedad muy moderna: estaba muy estructurada; el gobierno estaba jerarquizado, había calzadas y grandes edificios, las legiones romanas construyeron carreteras, fuertes y puestos avanzados. Pero casi todo desapareció en los siglos V y VI.

En la próspera era antes de la caída de Roma, el Imperio luchó por integrar y controlar a las tribus celtas de Britania. En la frontera septentrional, las legiones levantaron el Muro de Adriano: una muralla de piedra de 120 kilómetros para contener a las tribus bárbaras hostiles: los pictos, los salvajes habitantes de Escocia. Como en todas las colonias romanas, los nativos britanos tenían prohibido llevar armas. Para mantener la ley y el orden, los legionarios de lejanas tierras —como Galia, Europa del Este y Oriente Próximo— eran enviados a guarnecer las fortalezas de Britania. El nombre de «Arturo» se oyó por primera vez en el grito de batalla de la caballería romana en el Muro de Adriano. «El primer nombre conocido como Arturo es un comandante romano llamado Lucius Artorius Castus, que llegó a Britania en el siglo II d.C., después de una larga carrera militar. Su historia podría haber contribuido a la de Arturo», cuenta Christopher Snyder. Ciudadano romano de lo que actualmente son los Balcanes, Lucius Artorius Castus estaba al mando de una guarnición de caballería sármata, jinetes de las orillas del mar Negro. En 185 d.C., los pictos atacaron la muralla. Artorius Castus y sus hombres acudieron a rechazar la oleada bárbara. Hay datos históricos que sugieren que Castus y sus tropas estuvieron cerca del Muro de Adriano y algunos investigadores afirman que sus hazañas y las de sus jinetes forjaron la base de la leyenda del rey Arturo.

El comandante Artorius Castus podría ser un predecesor, o tal vez un antepasado, pero sobre todo aporta un nombre a la búsqueda histórica de Arturo. Él es el primero, pero no el último de los personajes que los historiadores creen que forjaron la leyenda. Sin embargo, los primeros

relatos artúricos apuntan a una encrucijada posterior en el tiempo, tres siglos después de Artorius, y no en el cenit del Imperio romano, sino durante su caída.

EL ANHELO POR LA LLEGADA DE UN HÉROE SALVADOR

El drama comenzó a principios del siglo v con un duro invierno y una devastadora invasión de lo que hoy es Francia: la tierra romana de las Galias. En vísperas de Año Nuevo de 406, tres tribus germánicas cruzaron el congelado río Rin y arrasaron la Galia; las últimas legiones romanas en Britania abandonaron la isla para unirse a la batalla. Fue el final del dominio romano de Britania. Siglos de orden y prosperidad dieron paso al caos. Britania fue cercada. Por el oeste, invasores irlandeses acechaban la costa. En el norte, los pictos franqueaban el Muro de Adriano. Por el este, anglos, jutos y sajones atacaban desde el mar. La historia de lo ocurrido quedó registrada en uno de los escasos documentos que han sobrevivido de la época: un apasionado sermón escrito por un clérigo británico, Gildas el Sabio. Pero el documento de Gildas, *De excidio et conquestu Britanniae*, deja suelto un elemento crucial: no menciona a ningún Arturo en sus textos. El clérigo aporta la historia de un país que suspiraba por un héroe, Britania, sitiada por los bárbaros y dividida por la guerra civil.

Cuando Roma abandonó Britania, la provincia se fracturó en zonas tribales, dividiéndose en un mosaico de principados enfrentados. Según Gildas, los nuevos señores de Britania eran una plaga tan corrupta como los atacantes bárbaros, con reyes tiranos, jueces pocos honrados y «siempre explotando al inocente». Cuando la autoridad romana se disolvió, los tiranos locales que la sustituyeron se dedicaron a expandir su poder tomando ciudades, regiones, provincias... creando el escenario perfecto para la aparición de la historia de Arturo. Así, cuando los

ataques de los bárbaros y las luchas civiles sembraban el caos, los britanos soñaban con un héroe que unificara el país, repeliera al enemigo y recuperara la gloria perdida de la época de Roma.

Antes de que apareciera la figura de Arturo, Britania tuvo que soportar al peor de los reyes, un hombre que en lugar de combatir a los invasores, los invitó a quedarse, todo un tirano y traidor: el rey Vortigern. Los historiadores debaten sobre su nombre y sobre la fecha en que gobernó. Parece ser que Vortigern no es un nombre, sino que se corresponde con un título que significa *Superbus tyrannus*, el gran rey de los britanos. Era un hombre muy poderoso, capaz de reunir un consejo para tomar una decisión para la defensa de Britania. Sin embargo, en la leyenda, Vortigern se convirtió en un personaje despreciable, en un terrible y detestable tirano. Todos los expertos coinciden en que fue un poderoso terrateniente, que se hizo con la poca autoridad que quedó en la Britania central del siglo V, tras la caída del Imperio romano. Vortigern permitió a los mercenarios sajones establecerse en las tierras del reino, usándolos como un ejército particular para reprimir cualquier tipo de levantamiento en su contra y para defender Britania de una oleada de ataques bárbaros. Su gobierno supuso un ciclo de acontecimientos que terminó con la llegada de Arturo.

Según Gildas el Sabio, decidió contar con el peor enemigo de Britania como ejército privado: los sajones. Según crónicas posteriores, Vortigern forjaría su ruinoso alianza con el más peligroso de los jefes bárbaros, Hengist, el legendario caudillo de los sajones, intentando de esta forma enfrentar a unos bárbaros con otros, siguiendo lo que era una práctica normal —aunque de negativas consecuencias— en el Imperio romano, que en cierto momento llegó a depender militarmente de la recluta de bárbaros. Pactó con los sajones y les regaló tierras a condición de que lucharan contra otros bárbaros. El pacto de Vortigern con Hengist haría que los sajones se apoderaran para siempre de las ricas y fértiles tierras

inglesas. Jutos, anglos y sajones llegaron en el siglo v desde las tierras bajas costeras continentales, de lo que hoy es Dinamarca y Alemania. La arqueología indica que no se produjo una invasión súbita, sino que se trató de una migración lenta y constante porque sus propias tierras se estaban inundando. Los sajones y frisios vivían en tierras muy bajas, en terrenos húmedos e inundados porque la plataforma continental se estaba desplazando y la zona septentrional de Europa se hundía. «Empezaron a llegar a Britania como ladrones, pero poco a poco se fueron quedando. Necesitaban tierras de labranza y en la costa oriental de Britania eran bastante buenas», explica Snyder. Matthew Bennet, experto de la Academia Militar de Sandhurst, indica que los sajones tenían pequeñas barcas costeras, para surcar el litoral y para atravesar el canal de la Mancha por Dover, justo el punto más estrecho, y donde, según la tradición, desembarcaron los caudillos sajones Hengist y Horsa. Las tierras de Kent se convirtieron en el primer reino germánico en Britania.

El pacto de los sajones de servir como mercenarios al rey Vortigern desembocó en una serie de guerras étnicas, una lucha épica que reclamaba la presencia de un líder para rescatar a los britanos, vencer al usurpador y expulsar a los invasores sajones de su territorio: el legendario rey Arturo. Así, el tirano Vortigern está a caballo entre dos mundos diferentes: la historia documentada y la fantasía del mito artúrico. Y es que la búsqueda de Arturo siempre se mueve entre esta imprecisa frontera entre la realidad y la imaginación. «A principios de la Edad Media, los historiadores pocas veces pensaban en la realidad histórica, como en la actualidad. Distinguir entre realidad y ficción no era algo que los preocupara demasiado», aclara Christopher Snyder.

Cientos de años después, un personaje cargado de misterio y llamado Nennius escribió en Gales, entre 796 y 830, una historia repleta de mitos sobre los britanos, la *Historia Britonum*, en la que se hace la primera mención escrita de Arturo. Según Nennius, el trato de Vortigern con los

sajones fue un acuerdo desleal alimentado por la lujuria. Vortigern se volvió loco de deseo por la hija de Hengist, el jefe de los mercenarios: la bella y pagana Rowennah. El relato de Nennius afirma que el caudillo sajón Hengist vendió a su hija a Vortigern por el precio del reino inglés. Tras el trato, el rey yació con Rowennah. Con la bendición de Vortigern, Hengist reunió cuarenta barcos de guerreros y tomó Kent, las tierras de labranza más ricas de Britania. Esta melodramática historia no fue escrita hasta trescientos años después de la muerte de Vortigern.

La historia de Gildas resulta más real: cuando los sajones fueron empleados por los britanos como mercenarios, recibieron tierras y provisiones por sus servicios, pero no se conformaron con ello y se rebelaron para conseguir más tierras. Entonces, éstos se vieron obligados a dejar sus tierras a medida que los sajones extendían sus asentamientos. Relatos legendarios cuentan que los refugiados britanos, enfurecidos por la expansión sajona, volvieron su ira contra el tirano Vortigern. Un ejército de britanos sitió su fortaleza y algunos relatos afirman que le prendieron fuego, pero, según Nennius, el castigo llegó del cielo y Vortigern pereció de forma miserable.

EL ICONO DE LA UNIDAD

Otros escritores aseguran que el asedio que terminó con Vortigern fue una victoria del último romano que ostentó el poder en Britania, un héroe que unió a los britanos y expulsó a los sajones: Ambrosius Aurelianus, un hombre que pudo ser el modelo histórico del legendario rey Arturo. En la leyenda, el rey Arturo es coronado tras pasar una prueba mística. La espada hincada en la piedra se convertía en un icono de la unidad británica, el instrumento gracias al cual un príncipe honesto haría resurgir a una tierra destruida. Pero, en la vida real, la salvación de los

britanos sólo fue posible tras un gran derramamiento de sangre, la sangre de los sajones.

Ambrosius Aurelianus era un terrateniente rico y poderoso, dueño de grandes extensiones de tierra en el sur de Britania. Luchó para contener a los sajones e impedir que penetraran en las ricas zonas agrícolas del sudeste. Ambrosius Aurelianus es una de las últimas figuras documentadas de la Britania posromana. Su historia abre una puerta a la época de Arturo y las guerras sajonas. Hasta mediados del siglo v, los anglosajones estuvieron confinados en pequeñas asentamientos en la costa. Poco a poco, se fueron recibiendo más colonos y las fronteras se fueron ampliando. A principios del siglo vi, las tribus germánicas eran dueñas de vastos territorios en toda la isla. «En el año 449, la germanización en la baja Britania era tan elevada que la toma del poder se hizo inevitable», explica el historiador Jeremy Adams. Los caudillos britanos no suponían una amenaza. En lugar de unirse para luchar contra los invasores, los príncipes rivales se enfrentaron unos a otros. Los britanos sólo podían soñar con un héroe que llegara en su defensa.

Desesperados e incapaces de frenar la matanza, la leyenda dice que los caudillos britanos se reunieron con los sajones para hablar de paz. En la ficción, el círculo de Stonehenge marcó el lugar del encuentro. Aunque estas piedras llevaban en pie miles de años antes de la época artúrica, la leyenda dice que Stonehenge fue erigido en el siglo v para marcar el gran acto de traición de las guerras sajonas. La historia afirma que caudillos britanos y sajones accedieron a deponer las armas y hablar de paz. «Todos acordaron ir desarmados, pero los sajones aprovecharon el momento para matar a los caudillos britanos», explica Adams. Según el escritor y clérigo del siglo xii Geoffrey de Monmouth, los sajones asesinaron a un total de 460 barones y cónsules en la que se denominó Matanza de los Ancianos, en cuya memoria se levantó el anillo gigante de

piedra. La incorporación de Stonehenge a la leyenda artúrica proviene, pues, del autor que más contribuyó a crear el mito del rey Arturo.

«Arturo procedía de una pequeña calle de Oxford, en la cual había vivido Geoffrey de Monmouth hacia el año 1130. Cuando Geoffrey decidió escribir su *Historia regum Britanniae* (*Historia de los reyes de Britania*) entre 1135 y 1139, tomó elementos reales y relatos orales y los mezcló, dando lugar al Arturo de ficción que todos conocemos y que centra el interés de todos los historiadores», indica la especialista en estudios artúricos Bonnie Wheeler. El libro de Geoffrey de Monmouth se remontaba a seiscientos años atrás para narrar la historia de los reyes de Britania con una nueva perspectiva. Antes de Geoffrey, Arturo era un oscuro guerrero de la Alta Edad Media; después de Geoffrey, se transformó en un monarca modelo. «En el mundo actual es difícil imaginar el gran impacto que tuvo este libro. Sabemos que terminó la *Historia* entre 1136 y 1139. En 1150 había cientos de copias del manuscrito circulando por Europa. Es algo extraordinario para un manuscrito medieval de su extensión y complejidad», dice Wheeler. Según el escritor Scott Lloyd, el libro de Geoffrey se hizo tan popular e influyente que dictó la historia de Britania durante los siguientes doscientos o trescientos años.

PRIMERAS REFERENCIAS LITERARIAS

En el siglo XI, las leyendas de Arturo se extendieron por transmisión oral; en el siglo XII se escribieron los importantes relatos de Geoffrey de Monmouth, Chrétien de Troyes, Gottfried de Estrasburgo y Robert de Borron, éste ya a principios del XIII, etc. El libro de Monmouth es el primer texto que recoge una historia completa del legendario rey Arturo. También ilustra cómo la historia británica está entrelazada con mitos celtas y prerromanos, como Stonehenge. Monmouth usó la obra de Gildas como base, pero de ella eligió lo que necesitaba para su libro y rechazó lo que no

precisaba. En la historia de Geoffrey aparece un héroe que venga la Matanza de los Ancianos: el rey guerrero Arturo. Pero en la historia de Gildas —escrita en la misma época en que ocurrían los sucesos—, el héroe no es Arturo sino Ambrosius Aurelianus, al que se refiere como el último romano en Britania, cuya familia llevaba la púrpura, es decir, que era de alto rango. «Ambrosius era un caudillo militar y puede que fuera el precursor de Arturo o alguien en torno al cual se construyó la leyenda. No sabemos mucho de él, pero sí que fue un importante dirigente de finales del siglo v», indica Snyder.

Algunos investigadores actuales creen que, como último romano, Ambrosius pudo haberse aprovechado de los viejos fuertes, calzadas y tácticas romanas para formar una nueva tradición militar. Su legado alcanzó tal fama que su nombre está presente en todo el país. Así, lugares en Gran Bretaña actuales, como Ambrosden, Amberley, Amesbury (antiguamente Ambresbery), parecen estar directamente relacionados con el nombre de Ambrosius. Muchos historiadores creen que en su día pudieron ser emplazamientos militares y Ambrosius pudo usarlos para levantar una frontera ante la oleada de los pueblos germánicos.

Gildas registró la reunificación de los britanos bajo el mando de Ambrosius y la forma en la que empezaron a tener victorias sobre los sajones. Pero si Ambrosius es Arturo, su carrera se extendería desde la legendaria Matanza de los Ancianos, en el siglo v, hasta la batalla final de Arturo en el siglo vi, casi cien años. «Puede que estemos hablando de dos personas: Ambrosius el Viejo y Ambrosius el Joven. Entonces sería una dinastía», señala Bryn Walters, de la Asociación de Arqueología Romana. En la mítica historia de Geoffrey de Monmouth, Ambrosius y Arturo proceden del mismo árbol genealógico. Geoffrey dice que Ambrosius es el hermano de Uther Pendragon, el padre mítico de Arturo. En algún momento del siglo vi, el poder de Ambrosius tuvo que pasar a un hombre más joven. «En la historia nos falta un personaje, el que transmitió la

potestas, y su heredero fue el que batalló. ¿Sería el misterioso Arturo el heredero de Ambrosius Aurelianus? No puedo afirmarlo, pero existe la posibilidad de que sea así», añade Walters.

LA OFENSIVA CONTRA LOS SAJONES

Puede que nunca se sepa si se trata de una leyenda. Lo que sabemos es dónde confluyen las historias de Arturo y Britania: en la batalla de Mons Badonius, en inglés moderno Badon Hill, la colina de Badon. Una batalla decisiva entre nativos britanos y sajones, que forjó el destino de la isla en los años venideros y produjo la leyenda del rey Arturo. La figura de Arturo está asociada con este período y la mayoría de los expertos la sitúan a mediados de esta época, sobre el año 500, justo cuando se cree que tuvo lugar la batalla de Badon Hill.

A principios del siglo VI, la expansión sajona amenazaba con engullir toda la isla. La arqueología, la historia y la leyenda coinciden en que, alrededor del año 500, algo cambió el curso de los acontecimientos: podría tratarse de la monumental batalla de Badon Hill. La leyenda dice que fue el momento en que los britanos pasaron a la ofensiva contra los sajones y los vencieron tras una serie de combates. La tradición cuenta que los britanos se unieron, al fin, bajo el estandarte de un caudillo invencible. Nennius afirma que Arturo fue el comandante de las batallas, el *dux bellorum*. En esta crónica, escrita cientos de años más tarde, Arturo aparece primero como jefe de los britanos. Nennius aporta una lista de doce batallas legendarias libradas supuestamente por el enérgico Arturo. La batalla de la colina de Badon fue una de las más duras. La leyenda describe a los enemigos como un poderoso ejército luchando en territorio britano: si ganaban los sajones, los britanos estarían condenados y el enemigo dominaría la isla.

Según los textos, fueron tres días de feroz combate. Los guerreros

anglosajones lucharon principalmente a pie, lo que permitió a los britanos una ventaja fundamental, ya que ellos utilizaron caballos. Desde la época de los romanos, la caballería había sido decisiva para el control de Britania. A caballo, los guerreros podían superar a los que luchaban a pie. «Britania era famosa por su caballería, que podía controlar el tiempo, el lugar y el ritmo del conflicto. En Badon Hill, los sajones no montaban. Podían ser fácilmente repelidos por una fuerza móvil de jinetes bien armados», según indica Matthew Bennet, de la Academia Militar de Sandhurst. Algunos historiadores afirman que éste fue el origen de los caballeros del rey Arturo.

En Badon Hill, con el destino de Britania en juego, la caballería dirigida por un caudillo supremo, precursora de Arturo y sus caballeros, pudo cambiar la historia, venciendo a sus enemigos sajones. Esta visión épica de esta batalla proviene de Geoffrey de Monmouth y fue escrita más de seiscientos años después de que sucediera. Pero si existió realmente un Arturo, en Badon Hill éste llevó a los britanos a la victoria. El triunfo de la colina de Badon está confirmado en el relato de Gildas el Sabio. «Tenemos pruebas de que Badon Hill ocurrió. Además, hay evidencias arqueológicas que indican el estancamiento de la expansión sajona a principios del siglo VI», afirma Snyder. Gildas se refiere a esta batalla como un momento decisivo en la historia de los britanos. Tras derrotar a los sajones, hubo un período de relativa paz y los britanos disfrutaron de una generación de prosperidad y seguridad. Una edad de oro que la leyenda atribuye a Arturo.

Fuera Arturo o Ambrosius, según Gilas la paz sólo duró una generación. Al final del siglo VI, la fuerza o el personaje que unió a los britanos y los llevó a la victoria, el «espíritu de Arturo», se había perdido. Claro que, si hubo un resurgimiento britano en el siglo VI, una «época artúrica», ¿por qué se ha perdido la identidad del caudillo que los guió a la victoria? Una teoría apunta al propio nombre de Arturo y a los estandartes y

títulos de los que hacían alarde los guerreros. Según Walters, Arturo es un nombre que proviene de un título. Hay muchos títulos nobiliarios que comienzan por *art'*, *arth'*, *arthe'* en los textos antiguos. Tenían que ver con un oso. «Hubo algún personaje en la Historia que tuvo un estandarte con un oso y era conocido por ese símbolo», cree. De *arth'*, la palabra celta que significaba «oso», a Arturo, el rey, la leyenda pudo haber evolucionado a partir de un hombre que ni siquiera se llamaba Arturo. Con los siglos, trovadores y escritores transformaron el «oso» de Badon Hill en un poderoso rey medieval, y la paz y la prosperidad del siglo VI en la caballerescas gloria del Camelot de Arturo.

LA CREACIÓN DEL MITO

La leyenda y la literatura sobre Arturo evolucionaron juntas. La imagen de sus armas, sus nombres y sus armaduras reflejan los cambios de la tecnología y de la política de los tiempos cambiantes. En el siglo XII, los relatos sobre Arturo daban forma a la vida cotidiana en las cortes europeas. Un rey mítico y sus legendarios caballeros se convirtieron en los modelos dominantes de la época, símbolos de una época caballerescas: el rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda.

Hubo una figura misteriosa, que no tiene nombre, que mantuvo la estabilidad en Britania y la paz durante una generación. En la oscuridad de esa época se convirtió en una luz. La leyenda dice que aquel hombre acabó siendo rey y que fundó una comunidad ideal: Camelot, con su Tabla Redonda, que sirvió de modelo de gobierno benigno y bien estructurado y fue el arquetipo de las órdenes de caballería. Con el tiempo, el héroe de Badon Hill adquirió el legendario nombre de Arturo. Pero los documentos de esa época no mencionan las glorias de Camelot, la fraternidad de la Tabla Redonda ni el amor de Lancelot y Ginebra, piedras básicas del mito artúrico. Y es que el Arturo que ha fascinado

durante siglos es el que vive en la literatura, «en un mundo de utopías, al que asociamos con la Tabla Redonda, la pompa de la corte y lo caballeresco, no con una figura artúrica que pudo vivir en una choza en el siglo VI», explica Bonnie Wheeler, especialista en estudios artúricos.

Pero ¿cómo se pasa de un guerrero terrenal a las glorias etéreas de la leyenda? A través del mito. Contando una y otra vez sus relatos, los britanos remodelaron su pasado. El mito comenzó cuando los caudillos de la época oscura desaprovecharon la oportunidad de salvar a su país, luchando entre ellos. «Britania era una zona políticamente destrozada. Había siete reinos sajones y diez o doce reinos galeses. Estaba completamente dividida», señala Adams. A finales del siglo VI, varios asentamientos anglosajones del siglo V se convirtieron en siete reinos: Wessex, Mercia y Kent extendieron su poder y crearon poderosos Estados. «Los jutos y los sajones regresaron. Ya no estaban ni Arturo ni Ambrosius para proteger a los britanos y los sajones ganaron», señala Walters.

A principios del siglo VII, el dominio de los sajones ya se extendía por toda la isla y los britanos nativos se vieron confinados al oeste, en lo que hoy es Gales y Cornualles. Otros huyeron cruzando el canal de la Mancha, al norte de Francia, a lo que se ha llamado Bretaña. Sin un jefe que organizara la defensa, la orgullosa tierra de Britania se marchitaba y moría. Los sajones se afianzaron tanto en el país que se consideraban a sí mismos como nativos. En el siglo X se habían unido para formar una nación: Inglaterra, la tierra de los anglo-sajones. Despreciaban a los britanos calificándolos de intrusos, de «galeses», la palabra que los sajones utilizaban para denominar al extranjero. Los britanos, confinados en sus fortalezas del oeste, soñaban con las glorias pasadas y con el rey que rechazó a los invasores. Los que sobrevivieron en Gales y Cornualles, en el oeste de Britania, añoraban la época en la que tenían el control de la isla. En casi todas las leyendas, ese período corresponde con la época de Arturo.

A medida que las generaciones transmitían las crónicas de las victorias,

el héroe de Badon Hill se fue convirtiendo en un guerrero invencible. Los trovadores lo elogiaban y los monjes comenzaron a escribir su historia. Si nos remontamos a las primeras fuentes, en la primera parte del siglo IX, ya se hablaba de Arturo de forma legendaria: luchó en doce batallas y en todas resultó victorioso. En una dio muerte a 960 soldados en un solo día. Las familias nobles galesas, con sueños de grandeza, reivindicaban el legado del héroe y remontaban sus orígenes a Arturo. «Según las fuentes escritas del período medieval, era tradición que las familias aristocráticas de Britania llamaran Arturo a sus hijos y a los reyes. También era costumbre en Gales, Escocia e, incluso, en Irlanda», señala Snyder. Puede que cuando la nueva generación de príncipes llamados Arturo alcanzara la mayoría de edad, sus hazañas se confundieran con la leyenda y Arturo terminó siendo virtualmente inmortal. Su esfuerzo había sido tan titánico y sus metas —la defensa de la paz, el orden, el imperio de la ley— tenían tanta nobleza que la leyenda se apropiaría del personaje convirtiéndolo en un símbolo nacional.

LA SOMBRA EN FRANCIA

La búsqueda de Arturo, de Camelot y de la Tabla Redonda nos transporta a muchas épocas y lugares: a sangrientas batallas en Badon Hill, a fortalezas inglesas en Gales y Cornualles, incluso al otro lado del canal de la Mancha, en las tierras de Francia, donde los britanos en el exilio eran llamados bretones. Los britanos que se vieron obligados a exiliarse en la costa de Francia, en la región de Bretaña, se aferraron al legado de su patria. Sus canciones sobre Arturo se fundieron con una nueva y poderosa cultura y tradición militar. «Arturo era una figura muy importante en la colonia británica de Bretaña, donde un enorme asentamiento britano había transformado el país. Los gobernantes de Bretaña, en lugar de dividirse como los celtas, formaron un reino de gente que hablaba celta y

francés romance. Era una Bretaña más grande, porque incluía además la mitad de lo que hoy es Normandía», explica Jeremy Adams, de la Universidad Metodista.

Pasaron los siglos. En la costa de Francia comenzó a surgir una gran fuerza militar, mezcla de celtas y francos, hijos de caudillos vikingos y de los britanos exiliados: los normandos. En el año 1066, el duque normando Guillermo puso sus miras en las riquezas de la Inglaterra sajona, al otro lado del canal. Sus tropas se dirigieron a Britania cantando a un príncipe que había humillado a los sajones quinientos años antes. Y la leyenda de Arturo volvió a casa. En tierras separadas, bretones y britanos alimentaban recuerdos de un mismo héroe. Con el tiempo se convirtieron en relatos de gloria de un rey llamado Arturo y sus caballeros. Así, los mitos de diverso origen se fusionaban en la historia artúrica. Y cada escritor añadía algo nuevo, modificándola y contándola de una forma diferente. «Arturo es un personaje importante en la literatura bretona. Durante mucho tiempo se ha defendido que toda la tradición artúrica de la Edad Media es el resultado de la poesía bretona», dice Adams.

Cinco siglos después de la batalla de Badon Hill y cuatro después de que los sajones se hicieran con el poder, la historia de Arturo y la de Britania llegaban a un momento clave: la conquista de la isla por los normandos, que cruzaron el canal de la Mancha en el año 1066. La fuerza invasora era una alianza, entre el duque de Normandía, Guillermo el Conquistador con sus caballeros y su leal flanco izquierdo, los bretones. En la batalla de Hastings, el 14 de octubre de 1066, destruyeron a los sajones y tomaron la Corona de Inglaterra. «El ejército bretón —cuenta Adams— estaba mandado por un tal Arturo. Los bretones se unieron a los normandos en un acto de venganza.» Las canciones bretonas sobre Arturo llevadas desde Francia comenzaron a fundirse con el mito de Arturo proveniente de Cornualles y Gales. Para reforzar su reino, los nuevos caudillos

ingleses representaron a los sajones como ocupantes peligrosos; el legado de Arturo fue la propaganda perfecta.

El narrador de la conquista normanda, el escritor, erudito y clérigo del siglo XII Geoffrey de Monmouth, fusionó folclore galés con fábulas francesas para reinventar a un rey Arturo justo. El héroe de Geoffrey estaba hecho a medida del nuevo orden de Inglaterra. Según Adams, los orígenes de Geoffrey de Monmouth no están claros, pero parece que su familia podía ser bretona y galesa; para él, la tradición artúrica era un método de enfrentarse a la resistencia sajona. «Su propósito era fortalecer el poder normando», afirma Adams.

LOS CABALLEROS Y SU TABLA REDONDA

En la época posterior a la conquista normanda, los relatos sobre el rey Arturo se extendieron por todas las cortes europeas. Los trovadores de los siglos XII al XV transformaron el antiguo guerrero britano en un monarca medieval. Sus jinetes del siglo VI se convirtieron en caballeros, iconos de un nuevo modo de comportamiento: la caballería. La evolución de la historia heroica de Arturo reflejaba siglos de cambiantes modelos sociales. La imagen de sus leales caballeros, sus ropajes y formas de luchar representan la historia de la carrera de armamentos de la Edad Media.

En el siglo XV, la cota de malla dio paso a elaboradas armaduras metálicas. Los caballeros con su brillante coraza, icono artúrico de los caballeros, proceden de esta era. Eran guerreros especializados que comenzaban a entrenarse a partir de los 7 años, que dominaban todas las armas y aprendían a usar lanzas, escudos y caballos. El entrenamiento y el combate culminaban en la aventura artúrica por excelencia: dos hombres enfrentándose en la justa o torneo. Era sobre todo un espectáculo. La idea era que la gente viera cómo deportistas bien

entrenados intentaban derribar de su montura a su adversario. Era una técnica muy difícil. Los cronistas dieron forma a los legendarios compañeros de Arturo para reflejar el mundo real de los caballeros de la época. Los verdaderos caballeros de las cortes comenzaron a copiar lo descrito en la literatura y a imitar al arte. En las historias artúricas todo era perfecto: la corte ideal, el rey perfecto, los caballeros con su forma de comportarse... y, entonces, los caballeros reales para reafirmar su prestigio y encumbrarse intentaban imitarlos.

La fraternidad de los caballeros justos encontró su expresión en la legendaria Tabla Redonda, el más tópico de los objetos relacionados con las historias artúricas. Se trataba de una mesa hecha para que ninguno de sus miembros estuviera en un lugar de presidencia. Aunque Arturo era el rey, todos los caballeros tenían voz y podían ser escuchados. Algunos investigadores afirman que los soldados celtas se reunían en círculos de fraternidad por las mismas razones que los legendarios caballeros del rey Arturo. Pero la gran mesa de madera del mito es pura ficción, creación de poetas franceses después de que el Arturo de Geoffrey de Monmouth triunfara en toda Europa. «La Tabla Redonda aparece alrededor del año 1200, producto de autores franceses. No sabemos exactamente en qué se inspiraron, probablemente en los relatos de los trovadores de la Edad Media, que llevaban en su repertorio historias sobre reuniones de guerreros que dieron lugar al mito de los Caballeros», indica Snyder.

Muchos expertos comparten la teoría de que el ciclo del rey Arturo se compone de curiosas historias con las que los trovadores agradaban a las gentes de esa oscura y triste época y que, con frecuencia, se transmitían leyendas cuyo significado simbólico desconocían, añadiendo pasajes de su propia cosecha. Los relatos del ciclo artúrico, de origen pagano, fueron cristianizados por clérigos de la época para educar al pueblo y a los nobles. Las creencias ajenas al cristianismo se convirtieron en santos

cristianos; los druidas, en sacerdotes; los guerreros, en caballeros cruzados, en el Santo Grial...

En el mito, la Tabla Redonda actúa como un imán reuniendo a héroes e historias de todas las tierras. La leyenda siguió creciendo en los siglos XII y XIII, y empezaron a aparecer nuevos personajes. El núcleo de la Tabla Redonda se construyó sobre tres antiguos nombres galeses: Cai, Bedwyr y Gwalchmai. Cai, un pícaro soldado en el mito galés, se convirtió en sir Kay, el legendario hermano adoptivo de Arturo. Bedwyr, un espadachín, terminó siendo sir Bedivere, portador de la espada del rey. El mejor amigo de Arturo, Gwalchmai, se convirtió en el temerario sobrino de Arturo, sir Gawaine.

Mientras se confundían siglos de historias francesas e inglesas, aparecía un híbrido de personajes que convirtieron la leyenda de Arturo en una tragedia épica. La prometida de Arturo, Guenhumara en la tradición galesa, se convirtió en la hermosa pero infiel reina Ginebra (Geneveve, Genoveva). Y de Francia llegó el gran caballero de toda la recreación artúrica: el querido amigo de Arturo y torturado rival, el amante de la reina: Lancelot del Lago. Finalmente, apareció Medraut o Mordred, el más complejo de los compañeros galeses de Arturo: camarada, sobrino, traidor, hijo y heredero. «Al final, se trata de la historia de una familia desmembrada; de unos amigos enemistados, de Gawaine contra Lancelot; de Mordred conspirando para destruir a Arturo», explica Wheeler.

LA CAÍDA DE CAMELOT

Arturo y Mordred enfrentados en un duelo mortal. Lancelot y Ginebra atrapados en un amor adúltero... Toda una tragedia gótica, con la Tabla Redonda como punto de partida, y el castillo más poderoso de la cristiandad como escenario: la legendaria ciudad de Camelot. En la historia clásica

del rey Arturo la envidia y un amor prohibido provocan la caída de Camelot. La esposa de Arturo, la reina Ginebra, y Lancelot son descubiertos por el hijo del rey, Mordred, haciendo el amor. Éste maneja la traición de los amantes para socavar todo lo que Arturo ha construido. Un melodrama que no tiene nada que ver con los momentos de migración sajona y el conflicto étnico que condenó la era histórica de Arturo. Pero si no fuera por la tragedia de Camelot, pocos investigadores continuarían la búsqueda del antiguo rey Arturo.

Lancelot y Ginebra revelan cómo los autores medievales convirtieron mitos britanos en la ficción novelesca de Camelot. Así, muchas de las novelas del rey Arturo describen personajes y situaciones adaptados, a veces idealmente, de otros personajes o situaciones del siglo XII o de anteriores épocas. Camelot no es un nombre inglés, sino una innovación de escritores franceses. El primero en utilizarlo fue el poeta del siglo XII Chrétien de Troyes. «Hubo escritores que escucharon canciones y mitos recitados por los trovadores y los incorporaron a sus cuidadas y refinadas obras», indica Snyder. Los poetas franceses concibieron Camelot como el escenario del comportamiento del código medieval: la caballería. Y el centro de sus obras no era el rey británico, sino el caballero francés Lancelot del Lago, creación de la cultura cortesana de la Francia del siglo XII, un personaje puramente literario, que además de manejar la lanza y la espada, escribía poemas y tenía unos exquisitos modales tanto en la corte, como en el campo de batalla. El carácter y las hazañas de Lancelot promovían los ideales de la época: fuerza física y valor en combate, servicio leal al rey y a la cristiandad, sufrimientos y sacrificios sin esperar provecho personal... Un superhéroe de la época de la caballería. Incluso su trágico y prohibido amor por la reina fomenta el ideal caballeresco. «Su relación con la reina personifica los ideales del amor cortesano. Se siente inspirado por su reina Ginebra, hace grandes hazañas por su rey,

por el reino y por la cristiandad. Pero, al mismo tiempo, sabe que está traicionando a su mejor amigo y a su rey, Arturo», explica Boulton.

Sin embargo, esta historia no aparece en el texto que introduce a Arturo en el mundo medieval: el libro de Geoffrey de Monmouth. Tampoco allí se menciona Camelot ni a Lancelot. En su lugar, describe la caída de Arturo como el fruto amargo de la insaciable ambición del rey y la traición de su pariente más cercano, Mordred. «La historia de Mordred siempre recoge la extraña relación con Arturo. A veces, era su hijo; otras, su sobrino, pero siempre estaba lleno de enemistad y odio hacia Arturo», dice la especialista Bonnie Wheeler.

En la historia de Monmouth, el camino a la perdición comenzaba con la búsqueda más audaz de Arturo, una misión para conseguir las glorias de la ciudad santa de Roma. Según Geoffrey, el emperador romano dio un ultimátum a Arturo para que pagara tributo a Roma. Reacio a inclinarse ante el emperador, Arturo reunió sus ejércitos para comenzar una cruzada que marchara sobre aquella ciudad. Así, el rey se fue a Roma dejando a Mordred como lugarteniente de Britania. Pero en vez de defender el reino, Mordred hizo un pacto con los enemigos de Arturo y se apoderó del trono. En la crónica de Geoffrey, esta traición provoca que Arturo deje Roma, regrese y desencadene la batalla final con Mordred, el conflicto que dejaría Britania en ruinas.

Trescientos años después, sir Thomas Malory retomó la historia, mezclando los relatos de los poetas franceses con la crónica de Geoffrey. Según Malory, la traición de Mordred nada tuvo que ver con Roma, sino con Lancelot y Camelot. En su libro describía un melodrama clásico, en el que Mordred interpreta al informador que revela la pasión prohibida entre Lancelot y la reina Ginebra. «No se trataba de un simple acto de adulterio; socavaba los cimientos del Estado. Y con ello la caída del Estado artúrico, a pesar de que era perfecto», explica Boulton. El rey condenó a la reina a ser quemada en la hoguera. Lancelot lo arriesgaba todo

por salvarla de las llamas. El rescate de la reina desencadenaba la guerra civil, un amargo conflicto orquestado por Mordred. La Tabla Redonda y Camelot estaban condenados...

En Camlann, según la leyenda, hace mil quinientos años el rey de Britania libró su última batalla. Pero a diferencia de la batalla de Badon Hill, no hay rastros en la historia de lo que ocurrió en Camlann. Sólo aparece, trescientos años después, en una línea de una crónica galesa: en *Annales Cambria* se cita que «el conflicto de Camlann, en el que murieron Arturo y Medraut provocó la devastación de Britania». «En *Annales Cambria* —explica Adams— se dan las fechas de las batallas de Badon y Camlann. Pero el texto nos induce a interpretar a Arturo y a Medraut como amigos y no como enemigos. No nos da una interpretación clara.» Esta vaga y confusa referencia se convertiría con los siglos en una mítica fábula sobre el bien y el mal. Cuando Geoffrey de Monmouth escribió su crónica en el siglo XII, Camlann se había convertido en el Apocalipsis británico. Los escritores artúricos posteriores describieron la batalla como una guerra civil. Los britanos se volvieron contra ellos mismos y en ella el personaje de Mordred traicionó a Arturo, provocando así su fin. Tras mil años de mitos, sir Thomas Malory recogía la batalla como un detestable enfrentamiento entre padre e hijo. Este peligroso duelo marcó el fin de una época que nunca salió del todo de la sombra del mito.

EL REY INMORTAL

El Arturo que conocemos hoy, basado en el cuento tejido por Malory en el siglo XV, fue escrito en el tramo final de la era medieval, en un país devastado por la guerra civil y acosado por los cambios. «Malory escribió en una época con grandes fracturas en Inglaterra, con disputas entre la realeza, como la guerra de las Dos Rosas, donde se disputaba quién iba a ser el rey de Inglaterra. El Arturo de la historia de Malory es un hombre

que puede curar las heridas de la fractura, pero que al final es destruido por ellas», indica Bonnie Wheeler. A finales del siglo xv, las dos casas, de Lancaster y York, dividieron Inglaterra en la guerra de las Dos Rosas, una lucha por la Corona que duró veinte años. En pleno baño de sangre, Thomas Malory reunió todas las versiones del mito de Arturo en un relato épico. El libro de Malory se convirtió en el epitafio de una era, una elegía para llorar el final de la edad de oro de la caballería. La realidad es que en esa época la guerra incluía armas de fuego que supusieron el final de la caballería. Los caballeros perdieron sus características y su estatus social en el campo de batalla frente a los nuevos soldados con arcabuz. Sin embargo, en el relato de sir Thomas, la edad de oro de los caballeros termina con la batalla entre Arturo y Mordred: padre e hijo, rey y heredero malgastan su vida y el destino de la nación en una contienda familiar. Claro que en el mito el rey no muere y sigue esperando en la isla de Avalon hasta su regreso cuando Britania vuelva a necesitar a su rey. «El mito proviene directamente de las valquirias. El Walhalla es la misma historia. Y la isla de Avalon es como el Jardín de Alá, el Walhalla, o el Paraíso», dice Bryn Walters.

Después de quince siglos, la misión de Arturo en Roma ha ofrecido a los historiadores recientemente una nueva y tentadora pista. Un nuevo modelo de Arturo que ha aparecido en los últimos años a partir de estudios de las crónicas romanas. «Hay un rey británico bien documentado que hizo ciertas cosas atribuidas a Arturo, como llevar un ejército al continente. Vivió en el mismo período. En mi opinión podría ser el Arturo original tanto como cualquier otro», indica Geoffrey Ashe, miembro del Comité de Investigación de Camelot. A finales del siglo v, según estos documentos romanos, representantes del Imperio romano solicitaron a los britanos ayuda frente al ataque de los bárbaros. Un rey llamado Riothamus acudió a la llamada de Roma y con doce mil hombres cruzó el mar. «La carrera militar de Riothamus en el continente ha hecho pensar

a muchos investigadores que Geoffrey de Monmouth pudo utilizarlo como modelo para la descripción de su Arturo, y que, según contó, viajó de Britania al continente», afirma el historiador Christopher Snyder.

Riothamus luchó por Roma, pero a diferencia del poderoso Arturo de Geoffrey, este histórico rey de los britanos no regresó a su patria. Las crónicas sugieren que Riothamus murió camino de una ciudad llamada Avalon. Al final, la búsqueda siempre acaba en retazos de la historia. «Tenemos muchas fuentes, pero no nos aportan suficiente información. No nos dan suficientes fechas para continuar. No estamos seguros de dónde y cuándo ocurrió», afirma el escritor Scott Lloyd.

Los hilos de la historia artúrica se han entrelazado a partir de innumerables fuentes: desde la tradición celta hasta las glorias de Roma, pasando por las odas de la Edad Media y la llegada de los sajones, a la conquista normanda y la guerra de las Dos Rosas. Pero la búsqueda de un único personaje histórico en la base de la leyenda resulta confusa. «La primera posibilidad es que nunca existiera un personaje como Arturo. Otra teoría es que existiera pero que los historiadores todavía no lo hemos podido identificar, y la tercera hipótesis es que Arturo fuera una figura compuesta con elementos de personajes históricos y legendarios. Entonces, su historia provendría de los hechos de muchos personajes que existieron como Lucius Artorius Castus, el comandante romano del siglo II d.C.; Ambrosius Aurelianus, el líder britano del siglo V mencionado por Gildas, o Riothamus, el rey británico del siglo V. Todos ellos hicieron cosas atribuidas a Arturo. Al final, la unión de todos ellos puede dar forma al verdadero Arturo», indica Christopher Snyder.

Realidad o ficción, nadie puede negar el poder de Arturo, rey de los britanos. Su leyenda propició el auge de la caballería. Su legado forjó la historia de Inglaterra y todo el que sueña con un mundo justo y armonioso puede buscar la inspiración en él. Sobrevivió durante siglos como un gran héroe y Arturo se convirtió para siempre en inmortal.

El código de los templarios

Todo comenzó en 1096, cuando se inició lo que los musulmanes llamaron al-Hurub al-Salibiya y los cristianos occidentales denominaron Cruzadas. El resultado de esos doscientos años de lucha fueron alianzas y enemistades que duran hasta hoy, pero también gran número de leyendas que tienen como protagonistas a héroes, guerreros, mártires y reliquias sagradas, como la lanza de Longinos o el Santo Grial. En esta intersección entre realidad, ficción y leyenda encontramos la historia de los caballeros templarios. Todavía hoy surgen múltiples interrogantes sobre su origen y misión. No fueron la primera orden militar en fundarse en la región; sin embargo, desde sus comienzos hasta el final de sus días fueron favorecidos por los gobernantes. Sin duda, los Caballeros del Templo de Salomón son fuente de constante fascinación en la imaginación contemporánea.

Los objetivos de las expediciones militares de los cruzados eran, por una parte, frenar las incursiones y el avance islámico en los reinos cristianos. Por otra, recuperar Jerusalén, bajo dominio árabe y, posteriormente, turco desde el siglo VII. La recuperación de Jerusalén conjugaba motivos religiosos, psicológicos y sentimentales, además de causas más pragmáticas; fue una especie de guerra preventiva contra la amenaza que suponían para Europa los turcos selyúcidas. Las repercusiones de este conflicto modificarían profundamente las relaciones entre el mundo islámico y el cristiano hasta nuestros días.

La Primera Cruzada salió de Europa en 1096, después de que el papa Urbano II exhortara durante el Concilio de Clermont (Francia) a todos

los cristianos a que viajasen a Tierra Santa para combatir a los musulmanes. Esta Primera Cruzada se llamó también *passio generalis*, debido a que cualquiera, ya fuera caballero, mercenario o un simple ladronzuelo, podía participar y además disfrutar de una indulgencia eclesiástica que perdonaba penas de cárcel, deudas y crímenes. En mayo de 1099, los cruzados llegaron a las fronteras septentrionales de Palestina y al atardecer del 7 de junio acamparon a la vista de las murallas de Jerusalén. El 15 de julio, después de tres años de sangrientas batallas y matanzas indiscriminadas en las que turcos, árabes y persas, divididos internamente, fueron perdiendo terreno frente a los cristianos europeos, por fin se tomó la ciudad santa de Jerusalén.

UNA NUEVA ORDEN RELIGIOSO-MILITAR

El paso de Jerusalén a manos cristianas reabrió la ruta de los peregrinos hacia los Santos Lugares del nacimiento y pasión de Cristo, pero esa afluencia de viajeros atrajo enseguida a bandas de merodeadores sarracenos que los asaltaban, robaban y mataban.

Hacia 1119, los cruzados gobernaban Jerusalén al mandato del rey Balduino II. Hugo de Payens, un noble francés emparentado con los condes de Champagne, veterano de la Primera Cruzada, con fama de piadoso y valiente, se ofreció para proteger, junto a otros siete caballeros (Godofredo de Saint-Omer, Godofredo Roval, Godofredo Bisol, Payens de Montdidier, Archimboldo de Saint-Aignan, Andrés de Montbard y Gonremar, a los que se uniría luego el noveno «fundador», el conde Hugo de Champagne), a los cristianos que peregrinaban desde el Mediterráneo hasta los Santos Lugares.

La idea de formar una especie de gendarmería o milicia permanente —no se puede hablar de ejércitos profesionales en la época—, formada por caballeros, es decir, miembros de la clase noble que desde la cuna

eran educados para la guerra, pero que a la vez profesasen la fe cristiana con el mismo fervor y disciplina que las órdenes monásticas, puede decirse que estaba en el aire. En 1118, Raimundo del Puy, recién nombrado maestro de una orden ya existente, la de los hospitalarios de San Juan, decidió extender su tarea de dar asistencia sanitaria a los peregrinos en el Hospital de Jerusalén, y convertirla en una orden militar, como iban a ser desde los comienzos los templarios. Unos y otros profesaron en principio la regla benedictina, haciendo los tres clásicos votos monásticos de castidad, pobreza y obediencia, a los que unían el de combatir a los infieles.

Ésta es la génesis de los templarios aceptada generalmente por la historiografía académica, aunque los aficionados a las explicaciones esotéricas cuestionan en la actualidad esta explicación del nacimiento de la Orden del Temple.

Algunos interesados en el tema, como el escritor Tim Wallace-Murphy, coautor de *Guardian of the Secrets of the Holy Grail*, dudan que defender las rutas de peregrinación fuese la verdadera misión de Hugo de Payens y sus hombres: «Nueve caballeros de mediana edad, ancianos para la época —explica Wallace-Murphy— poco podían hacer para proteger a los viajeros en Tierra Santa». Además, no se ha encontrado ningún documento escrito que les atribuya la función de custodiar los caminos y proteger a los peregrinos. Lo cierto es que los primeros años de los templarios en Tierra Santa resultan bastante oscuros.

Pocos años después de su compromiso, Hugo de Payens y algunos de sus caballeros visitaron al Papa para conseguir respaldo oficial de la Iglesia. El Concilio de Troyes (Francia) aprobó en 1128 formalmente la regla de la Orden del Temple, de cuya redacción se encargó san Bernardo, abad de Claraval (Clairvaux), el personaje más influyente de toda la Iglesia, por encima incluso de los papas.

En un principio, los caballeros templarios se encontraban en la más

absoluta pobreza, hasta el punto de que Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer tenían que compartir el caballo. Así surgió lo que sería emblema de la Orden: dos guerreros montados en un mismo caballo. El rey de Jerusalén, Balduino II, les permitió instalarse en un ala del palacio real, en la explanada del antiguo Templo de Salomón, de donde derivaría su denominación: «*Pauperes conmilites Christi templique Salomonici*», es decir, «Caballeros pobres de Cristo y del Templo de Salomón».

Según la Biblia, Salomón construyó un magnífico templo (Reyes, II, 6) para guardar el Arca de la Alianza en un santuario recubierto de oro. La tradición habla de que allí se guardaban también incontables tesoros y los secretos de la sabiduría de Salomón. El templo ocupaba una gran explanada elevada respecto al resto de la ciudad, pues de hecho se trataba del monte Moria, donde el Génesis cuenta (capítulo 22) que Abraham estuvo a punto de sacrificar a su hijo Isaac. En el año 587 a.C., los babilonios saquearon y destruyeron el Templo. Fue reconstruido dos veces, la última por Herodes el Grande, y definitivamente destruido, literalmente arrasado, por el romano Tito en el año 70 de nuestra era. Tras la conquista árabe del siglo VII, los musulmanes eligieron ese emplazamiento privilegiado para construir su mezquita principal, al-Aqsa, y la Cúpula de la Roca, un santuario sobre la roca desde la que Mahoma subió al Cielo.

Para los cristianos, el lugar más sagrado de Jerusalén no era ése, sino el monte Calvario, sobre el que se levanta la iglesia del Santo Sepulcro, aunque la explanada del Templo o de las Mezquitas, es el escenario de las tentaciones del Diablo a Jesucristo (Mateo, 4, 5-6). En todo caso, su clara ubicación dominante indujo a los cruzados a convertir la mezquita de al-Aqsa en residencia del rey, y por benevolencia de éste —que posteriormente haría otras muchas donaciones a la Orden, al igual que hicieron sus súbditos— allí se instalaron los templarios hasta la pérdida de Jerusalén en 1187. De hecho, la actual mezquita de las mujeres, aneja a al-Aqsa, era la gran sala capitular de los templarios.

Sin embargo, para algunos historiadores no es fácilmente explicable cómo a una recién fundada orden de caballería le fue donado semejante emplazamiento, de tal valor y extensión, teniendo en cuenta que sólo eran nueve hombres.

En 1867, en el transcurso de unas excavaciones en la explanada de las Mezquitas (Monte del Templo para los judíos), se halló lo que podría dar alguna pista del interés de los templarios por Jerusalén. Un equipo de arqueólogos británicos, encabezados por el teniente Warren, del Cuerpo de Ingenieros Reales, descubrió una serie de túneles que se extendían en forma de abanico desde la mezquita blanca de al-Aqsa hasta la Cúpula de la Roca, donde se suponía que estuvo anteriormente el Templo de Salomón. El equipo de Warren también localizó algunas herramientas, armas y espuelas de los caballeros templarios, lo que demostraba que estos pasadizos habían sido utilizados o, al menos, descubiertos o excavados, por dichos caballeros.

La leyenda siempre ha asociado esta orden religioso-militar con el poder, la riqueza y la posesión de valiosos objetos sagrados. Algunas especulaciones los relacionan con excavaciones secretas que llevaban a cabo en el subsuelo del Templo, donde pudieron haber buscado el Arca de la Alianza. Así, los primeros masones relacionaron a los templarios con el Arca y los tesoros del rey Salomón. Investigadores actuales sostienen que, casi con seguridad, los templarios buscaban reliquias cristianas escondidas. Y entre ellas, una de las más importantes es el Santo Grial, siempre unido a la leyenda templaria.

Además de la importancia religiosa de las reliquias en aquellos años, existía algo más terrenal para explicar las excavaciones templarias en Jerusalén. La teoría más aceptada apunta a que buscaban las joyas y metales preciosos que los judíos enterraron allí en el año 66 d.C., durante la revuelta judía contra los romanos. En esta línea, uno de los manuscritos del mar Muerto, el llamado Rollo de Cobre, hallado en 1952, muestra,

cincelados sobre una plancha de este metal, una serie de símbolos que parecen enumerar el inventario del tesoro de los judíos, calculado en más de doscientas toneladas de oro y plata que desaparecieron completamente. No se sabe si Hugo de Payens y sus caballeros dieron con el tesoro, pero algunos historiadores afirman que al concluir sus excavaciones, en el año 1128, los templarios llegaron a Europa y se convirtieron en una de las órdenes religioso-militares más ricas y poderosas. A partir de ese momento se produjeron grandes cambios que afectaron a la Orden del Temple y a toda Europa.

A pesar de este poder político y económico, y de sus votos religiosos de castidad, obediencia y pobreza, los templarios no eran aceptados por todos los estamentos. Se veía con extrañeza y desconfianza que fueran guerreros y monjes, lo cual no les impidió contar con el apoyo manifiesto de la Iglesia. San Bernardo, abad de Claraval, monasterio de la orden de Cluny, desde 1115, teólogo cristiano y uno de los hombres más influyentes en la Iglesia de su tiempo, escribió: «Un caballero templario es un caballero valiente e íntegro en cualquier circunstancia, porque su alma está protegida por la armadura de la fe, igual que su cuerpo está protegido por la armadura de metal. Está doblemente armado, y no tiene por qué temer a hombres y demonios». San Bernardo, canonizado por el papa Alejandro III en 1174, era pariente de uno de los nueve fundadores de la Orden, quienes estaban igualmente emparentados entre sí, bien por lazos de sangre o matrimoniales. Gran parte de la vida de san Bernardo se centró en convencer a los cristianos de que debían emprender una Segunda Cruzada.

Tras su regreso a Europa, los templarios llevaron a cabo una de las campañas con mayor éxito de la historia, reclutando a hijos de familias nobles, junto con sus posesiones y fortuna, para dedicarse a la causa del joven Reino Latino, o Franco, de Jerusalén, un territorio políticamente muy inestable. En poco tiempo comenzaron a recibir grandes extensiones

de tierra en toda Europa a través de donaciones, como la que hizo el rey de Aragón en 1130. Además, algunos de los caballeros más fanáticos y mejor entrenados, generalmente de noble extracción, ingresaron en la Orden formando lo que el sabio san Bernardo describiría «como un puñado de honrados guerreros que podían vencer a cualquier sobrecogedora horda». La victoria cristiana en la batalla de Montgisard, librada en 1177 contra el ejército del sultán Saladino, demostró lo acertado de las palabras escritas por san Bernardo.

DESTREZA, ESTRATEGIA BRILLANTE Y VALENTÍA

Saladino, sultán de Egipto, Siria, Palestina, así como de zonas de Arabia, Yemen, Libia y Mesopotamia, acaudilló un ejército de 26.000 musulmanes con el que invadió Palestina, atravesando el Sinaí desde Egipto en noviembre de 1177. Los templarios concentraron a todos los caballeros de la Orden que pudieron reunir para defender Gaza, pero Saladino pasó de largo, hacia la fortaleza costera de Ascalón. El rey Balduino IV, llamado el Leproso, que pese a su enfermedad era un valiente guerrero, reunió quinientos caballeros que, bajo la protección de la reliquia de la Vera Cruz, lograron llegar a Ascalón justo antes que Saladino, y guarecerse tras sus murallas. El sultán fue, por una vez, imprudente. Creyó tener vencidos a los cristianos, pues no había fuerzas ante sí que le disputaran la entrada en Jerusalén, hacia donde se dirigió, dejando una pequeña fuerza para vigilar a los encerrados en Ascalón.

El rey Balduino salió entonces, reunió sus fuerzas con las de los templarios, y juntos emprendieron la persecución de Saladino, cuyas tropas se habían ido dispersando para saquear el territorio de los alrededores. El 25 de noviembre, cuando el ejército de Saladino cruzaba un barranco junto al castillo de Montgisard, en las cercanías de Ramala, los cristianos cayeron sobre él por sorpresa. Fue un desastre para los musulmanes: los

cristianos vieron al propio san Jorge que los ayudaba en la batalla, y Saladino estuvo a punto de ser capturado, salvándose sólo por el sacrificio de su guardia personal de esclavos mamelucos. El ejército de Saladino huyó hacia Egipto, con enormes pérdidas, mientras el ejército cristiano era recibido triunfalmente en Jerusalén.

La victoria de Montgisard y batallas similares, que precisaban de una estrategia brillante y un entrenamiento especializado, hicieron muy populares a los caballeros templarios. Se convirtieron de hecho en el primer ejército profesional desde la caída del Imperio romano, no porque tuvieran mejor entrenamiento que otros caballeros europeos, pues en realidad toda la nobleza de la época vivía para la guerra, sino porque en el sistema feudal imperante en la Cristiandad, la disponibilidad de combatientes era muy incierta, mientras que los templarios se dedicaban a su misión todo el tiempo, estaban siempre listos para ser movilizados y entrar en combate.

Gracias a la cantidad de bienes donados por todo Occidente, podían vanagloriarse de ser uno de los ejércitos mejor equipados. En la batalla utilizaban, además de lanzas, hachas o mazas, espadas normandas de gran tamaño, capaces de partir en dos a un hombre de un solo tajo. Incluso sus caballos —robustos animales de raza Destrier— estaban entrenados para patear, cocear y morder en medio del combate. Pero su éxito como militares no se debía sólo a sus medios técnicos. Los templarios juraban obediencia y lealtad hasta la muerte durante sus ceremonias de iniciación. Una vez entraban en combate, nunca abandonaban el campo de batalla. Si se rendían y eran capturados por el enemigo, tenían que enfrentarse al cautiverio o a la ejecución, por lo que preferían luchar hasta la muerte, convencidos de que su sacrificio los llevaría directamente al Cielo. Esta conjunción de destreza militar, armamento y mentalidad suicida les hizo ser temidos incluso por grandes jefes militares islámicos como el poderoso Saladino.

Su ascenso fue meteórico. Hacia el año 1300, la Orden que habían fundado los nueve caballeros casi doscientos años antes, comenzaba a forjarse una leyenda debido a su secretismo y se encontraba en el punto álgido de su poder terrenal. Con miles de caballeros, la Orden logró establecer una sólida red de apoyo en Occidente y mantuvo su presencia en Oriente. Otro ingrediente de su éxito fue su gran capacidad operativa en caso de conflicto. Los templarios desempeñaron un papel fundamental en las Cruzadas. Eran capaces de enviar trescientos caballeros (lo que junto a sus escuderos, caballos, maestros armeros y artesanos suponía en la época una considerable fuerza militar) a Tierra Santa en menos de ocho meses. Luchaban al servicio de monarcas europeos como Ricardo Corazón de León de Inglaterra o Luis VII de Francia, allí donde se los solicitara, y sus tropas servían igual como efectivos de reemplazo que como apoyo para la retaguardia o avanzadilla para romper las líneas enemigas.

LAS PRIMERAS «TARJETAS DE CRÉDITO»

A partir del año 1150, los templarios idearon un ingenioso sistema para proteger a los viajeros cristianos de los salteadores de caminos sin tener que vigilar constantemente las rutas de peregrinación: viajar sin dinero ni objetos de valor para evitar ser víctimas de un atraco. Así, antes de comenzar el viaje, los peregrinos depositaban sus objetos valiosos y títulos de propiedad en cajas custodiadas por los templarios. A cambio recibían una nota con un código cifrado. Cada vez que necesitaban dinero a lo largo del camino, los viajeros solicitaban efectivo en la encomienda local templaria, que les entregaba la cantidad necesaria y escribía un nuevo código en la nota original. Al regreso, viajeros y peregrinos recogían sus pertenencias con la misma nota o pagaban su factura. La única forma de quitarles el dinero era descifrar el código, algo prácticamente

imposible dada la férrea disciplina templaria al respecto. Se trataba, en definitiva, de una tarjeta de crédito.

Además, los templarios también ofrecían servicios similares a los de las entidades financieras actuales: transferencias, pagarés, alquiler de cajas fuertes, planes de pensiones y unos controvertidos depósitos de alta rentabilidad, y todo ello salvando las restrictivas disposiciones eclesiásticas sobre el préstamo con interés y la usura. Para esquivar los preceptos de la Iglesia en esta materia, los templarios no cobraban intereses a sus clientes, sino rentas o alquileres. De todos modos, los templarios recibieron extraordinarias prebendas de la Iglesia, que solía hacer la vista gorda ante sus negocios. Hasta el punto de que en 1139 Inocencio III publicó una bula que concedía privilegios sin precedentes a la Orden. Se les permitía atravesar fronteras, fueron eximidos del pago de impuestos y estaban por encima de cualquier autoridad, excepto la del Papa. A principios del siglo XIV, la Orden del Temple constituía la más importante empresa bancaria mundial.

Existen diversas teorías para explicar este trato de favor a los caballeros del Temple. El agradecimiento de la Iglesia por proteger a los peregrinos parece a priori la más razonable, pero expertos en historia medieval como George Smart se muestran escépticos: «Posiblemente, tras esta alianza tan generosa había un pacto de silencio contraído a causa de las reliquias y manuscritos que los templarios hallaron en el Templo de Salomón: documentos que apuntaban a una interpretación de las Sagradas Escrituras muy distinta de los dogmas de la Iglesia, como la posible existencia de un matrimonio entre Jesús y María Magdalena. También una interpretación diferente de la relación de Jesús con los apóstoles o cualquier otra cosa que supusiera una diferencia con los cánones aprobados».

Cualquiera que fuera la razón que justificara estos privilegios, los templarios acumularon gran poder e influencia en todos los aspectos de la

vida en la Edad Media. Construyeron iglesias y castillos, compraron tierras, granjas y fábricas y participaron en el comercio internacional y los negocios de importación y exportación. «Se calcula que tan sólo un esca- so 5 por ciento de los caballeros de la Orden luchaban en el frente», afirma el historiador Alan Butler. Cada país tenía un maestro templario que ejercía la autoridad sobre los caballeros de cada cuartel o encomienda. Sobre todos ellos estaba la autoridad del gran maestro, elegido de forma vitalicia, que también se encargaba de controlar los negocios de Occidente, gracias a los cuales se mantenían las Cruzadas en Oriente.

EL PRINCIPIO DEL FIN

Tras varias décadas de lucha en el Mediterráneo, y mientras el imperio occidental de los templarios se encontraba en su momento de máximo esplendor, comenzaron las primeras disensiones de las fuerzas cristianas. El punto de inflexión llegó en 1187. En el oeste de Galilea se entabló una batalla decisiva para el futuro de las Cruzadas y, por tanto, para la Orden Templaria: la batalla de los Cuernos de Hattin, enclave llamado así por la forma de las dos colinas gemelas donde tuvo lugar. El 4 de julio, unos ochenta caballeros templarios comandados por el gran maestro Gérard de Ridfort se reunieron cerca de Seforia con otras unidades cristianas hasta formar un ejército de veinte mil hombres, que se enfrentó una vez más al sultán Saladino, jefe de un ejército algo mayor y con más caballería, lo cual suponía una ligera desventaja para los cruzados. El calor era sofocante y la retaguardia se veía continuamente acosada por los arqueros montados de Saladino. Tras una reunión los jefes militares cristianos decidieron que lo mejor sería esperar la llegada de las tropas enemigas desde una posición fácilmente defendible y con abundante agua. Esta decisión, sin embargo, no contó con el apoyo unánime de todos los jefes

cruzados. Gérard de Ridfort, un hombre de carácter colérico y no muy brillante como estratega, fue uno de los disidentes.

El gran maestre era un caballero flamenco que había llegado a Palestina en busca de fortuna, como tantos otros. Uno de los grandes señores del reino, Raimundo, conde de Trípoli, le había prometido darle en matrimonio a una rica heredera, pero al final se la dio a otro. Despechado, y en vista de que no podía alcanzar la riqueza por el matrimonio, decidió hacerlo por el celibato, y Gérard de Ridfort ingresó en la Orden del Temple. Desde entonces le guardó una gran hostilidad al conde de Trípoli. Puesto que era éste el principal defensor de una estrategia prudente, Ridfort convenció al poco firme rey Guido de lo contrario. «Como la decisión de esperar a Saladino partió de uno de sus rivales, el gran maestre Ridfort prefirió seguir el camino contrario y emprender el ataque», explica el escritor Tim Wallace-Murphy. En pleno día y sin agua ni cobijo, el ejército cristiano comenzó la marcha por un terreno yermo en dirección a Tiberíades, una ciudad en la orilla occidental del mar de Galilea. Las tropas francas estaban exhaustas y sedientas y, otra vez por influencia del gran maestre, el rey decidió detenerse a pasar la noche, en vez de hacer un supremo esfuerzo y llegar al lago. En ese momento, fueron rodeados por las fuerzas de Saladino, que prendieron fuego a las hierbas secas, asfixiando a los cristianos con el humo. El ataque de Saladino, al amanecer del 4 de julio, diezmó rápidamente a los cruzados, hasta el punto de que se dice que fue la batalla más desastrosa en Tierra Santa. Los prisioneros fueron vendidos como esclavos y el gran maestre Ridfort rompió el juramento de no permitir que el enemigo lo capturase vivo, y en lugar de buscar la muerte para evitarlo, negoció un rescate. Unos meses después, Gérard de Ridfort murió tras la batalla de Acre, donde fue hecho prisionero y decapitado.

La derrota de Cuernos de Hattin fue el principio del fin para los caballeros cruzados. Manchada su reputación como orden militar, los

templarios se encontraron completamente desmoralizados, hecho agravado además por el rumor de que durante la lucha también se había perdido una de las reliquias más preciadas que llevaban, un fragmento de la Cruz de Cristo. Poco después, Saladino tomó Jerusalén.

Los cristianos siguieron luchando por Tierra Santa. Tuvo lugar una Tercera Cruzada encabezada por tres soberanos: el emperador Federico Barbarroja, Felipe Augusto de Francia y Ricardo Corazón de León de Inglaterra, que reconquistó Acre en 1191, pero no Jerusalén. Otro emperador, Federico II Hohenstaufen, logró recuperar Jerusalén en 1229, aunque no por las armas, sino por negociaciones, aunque duró poco en manos cristianas, pues en 1244 la perdieron definitivamente frente a los turcos. Cuarenta y siete años más tarde cayó la última fortaleza cristiana, San Juan de Acre, antiguo puerto de la bahía de Haifa. Las cruzadas posteriores, bajo los auspicios de san Luis IX de Francia o Eduardo I de Inglaterra, fracasaron por completo.

Como apuntan los historiadores especialistas en la Edad Media y escritores Karen Ralls y Tim Wallace-Murphy, la existencia de los templarios dependía en parte de la existencia de Tierra Santa. Por un lado, tras la derrota, se interpretaba que Dios no los había bendecido como habían hecho creer a todo el mundo. Por otro, los templarios se habían organizado para mantener un ejército que protegiera los territorios cristianos en Oriente, pero éstos ya habían desaparecido, por lo que ya no eran necesarios. Quizá acuciado por esta situación, el nuevo gran maestre Jacques de Molay visitó todas las cortes europeas a principios del siglo XIV en el intento de organizar una nueva cruzada. Habían pasado dieciséis años sin conflictos y no encontró apoyo en ningún rey. Después de casi doscientos años de matanzas, la era de las Cruzadas había acabado y la Orden del Temple pagaría un precio muy alto por haber sido una Iglesia dentro de la Iglesia y un poderoso estado dentro del Estado.

«Eran completamente autónomos. Incuestionables para todos, excepto para el Papa», indica el historiador Sean Martin.

LA TEORÍA DE LA CONSPIRACIÓN

A principios del siglo XIV, el rey Felipe IV de Francia, llamado el Hermoso, convocó una reunión para hablar sobre la posible fusión del Temple con otras órdenes militares. Jacques de Molay llegó a París con un gran cargamento de valiosos regalos y numerosos caballeros. Pero la reunión sólo era una trampa para reunir a las altas jerarquías de la Orden. Aprovechando la situación, la mañana del viernes, 13 de octubre de 1307, todos los establecimientos templarios de Francia fueron atacados por sorpresa, sin tener en cuenta sus privilegios, y los caballeros, hechos prisioneros y acusados de crímenes, en lo que constituyó uno de los mayores escándalos públicos de la época. Entre los arrestados se encontraba el gran maestre Jacques de Molay. El rey se incautó de sus propiedades y se les imputaron delitos graves como negar a Cristo, escupir y orinar sobre la Cruz o practicar la homosexualidad o el culto al diablo... hasta llegar a más de cien cargos. ¿Estaban siendo los templarios víctimas de una conspiración?

Para explicar este cambio de actitud hacia la Orden, hay que recordar que por aquel entonces ya no estaba abierto el frente de Oriente. Así, tener un ejército permanente, sin base militar y sin batallas, era algo que provocaba cierta inseguridad entre los dirigentes europeos. «El rey francés Felipe IV en particular —señala Alan Butler— pocos años antes de 1307, había heredado la región de Champagne, donde estaba el cuartel general de los templarios y temía que éstos le reclamasen un nuevo territorio al sur.» Su padre le legó una nación empobrecida y maltrecha a causa de diversas operaciones militares fracasadas, y el rey debía grandes

sumas de dinero a los templarios. «Vio claramente que si destruía la Orden, evitaría tener que pagar sus deudas», explica Alan Butler.

Respecto a los cargos de herejía que se atribuyeron a los templarios, era práctica corriente delatar a cualquiera ante la Inquisición por culto al diablo. El mismo Felipe IV el Hermoso, que había sido excomulgado, acusó de fechorías similares al papa Bonifacio VIII cuatro años antes, sólo porque quería imponer en Roma a alguien más a su favor. El Papa de aquel momento, Clemente V, de nombre Bertrand de Got, había sido elegido por el rey Felipe IV y estaba bajo su protección, acuartelado en Francia en vez de ocupar la sede papal de Roma. Jacques de Molay buscó la protección de Clemente V. La detención de los templarios sin la autorización del pontífice, de quien dependía directamente la Orden, hizo protestar a Clemente pero el rey Felipe lo convenció presentándole las confesiones obtenidas bajo tortura y consiguió que el Papa promulgara la bula *Pastoralis praeminen* que decretaba la detención de los templarios en todos los territorios cristianos.

La suerte de los templarios cayó en manos de la Inquisición, un organismo procesal creado por la Iglesia en 1229 para combatir a los albigenses del sur de Francia, que se puso posteriormente a disposición de los monarcas católicos. Durante los cinco años siguientes al primer arresto, los métodos de la Inquisición demostraron ser enormemente efectivos; se basaban en no derramar sangre ni matar a los acusados, pero con la potestad de arrancar confesiones bajo torturas, como mantener a los prisioneros colgados boca abajo, quemarles las extremidades o clavarles tornillos. De esta forma, de 138 templarios interrogados en París, 105 admitieron haber negado a Cristo durante sus ceremonias de iniciación; 103, que el beso era parte de sus ceremonias y 123 confesaron haber escupido sobre la Cruz. «Muchas de las acusaciones se cebaron en lo que ocurría durante las ceremonias de iniciación, aunque nunca se encontró

ninguna prueba física de mala conducta, ni testigos», afirma el historiador George Smart.

Esta vulnerabilidad de la Orden es la que aprovechó la Iglesia, que consideró ilegales ciertos rituales que no fueran realizados en su seno y por sacerdotes. El propio gran maestro, De Molay, se declaró culpable de la mayoría de los delitos imputados, pero dos meses después se retractó de su confesión asegurando que había sido torturado. La Inquisición lo obligó a repetir la confesión en público, a lo que Jacques de Molay se negó, proclamando de nuevo su inocencia el 18 de marzo de 1314, junto con Geoffrey de Charney, maestro de Normandía. Fueron quemados en una hoguera a orillas del Sena. Las cenizas de ambos se arrojaron al río. Así nadie tendría reliquias que venerar. Se dice que antes de morir, el gran maestro lanzó una maldición contra el Papa y el rey de Francia, anunciando que se reunirían con el Creador antes de finalizar el año. «El papa Clemente V murió apenas un mes más tarde. Felipe IV, un hombre joven, lo hizo en noviembre por culpa de un accidente de caza», señala Sean Martin. Se investigó durante siglos si fue una prueba de los poderes demoníacos de los templarios o una señal de justicia divina que avalaba su inocencia.

EL TESORO ESCONDIDO

Otro misterio acompañó a la desaparición de la Orden: dónde estaban las grandes riquezas de los templarios. Cuando los hombres de Felipe IV se hicieron cargo de todas las posesiones templarias, a lo largo y ancho de Francia, no encontraron prácticamente nada. Se los llamaba Humildes Caballeros del Templo de Jerusalén y no tenían posesiones individuales, pero eran más ricos que cualquier reino europeo de la época. Llegó a haber dos mil encomiendas templarias en Europa, formando parte activa de la sociedad medieval, puesto que eran muchos los que trabajaban para

ellos en granjas, molinos y viñedos, o bien hacían negocios con los caballeros o depositaban sus ahorros en los fondos de la Orden. Poseían además una flota de barcos que transportaba pasajeros y mercancías entre Oriente y Occidente. «Llegaron a ser la primera multinacional y la primera entidad bancaria europea», asegura la historiadora medieval Karen Ralls.

Junto con sus riquezas terrenales, se suponía que los templarios poseían un tesoro sagrado compuesto por multitud de reliquias acumuladas durante sus años en Tierra Santa. La leyenda decía que encontraron los restos de la Cruz de Cristo, el Arca de la Alianza o el Santo Grial. Algunos estudiosos han creído ver indicios de ello estudiando escrupulosamente los cargos de la Inquisición contra los templarios. Los delitos correspondientes a brujería, sodomía o blasfemia eran genéricos y se utilizaban en casi cualquier proceso. Pero sólo los templarios fueron acusados de venerar una cabeza que podría ser un rostro con barba, una cabeza de tres caras o un busto parlante, según distintas especulaciones. En la Alta Edad Media los cristianos atribuían grandes poderes mágicos a las reliquias de santos, y eran muchos los ejércitos que las llevaban en el campo de batalla, confiando en su protección. Muchos sospechaban que los templarios tenían en su poder una de las reliquias más importantes y veneradas de la Cristiandad: la cabeza de san Juan Bautista.

Aún hoy hay organizaciones de distintos lugares que afirman poseer la auténtica cabeza del Bautista. En el edificio templario, en Templecombe, en el sur de Inglaterra, las pinturas muestran una cabeza sin cuello y con la mandíbula desencajada, lo que para algunos parece ser un indicio de la existencia de esta reliquia. Otros opinan, sin embargo, que podría representar la cabeza de Jesús tal y como se ve en el Sudario de Turín, otros de los objetos sagrados cuyo descubrimiento se atribuía a los caballeros en Constantinopla durante la Cuarta Cruzada el año 1204, quienes lo trajeron a Europa desde Oriente. El sudario apareció en la ciudad francesa de

Lirey, cuarenta años después de la muerte del rey Felipe IV el Hermoso. Lo encontró la familia francesa Charney, que compartía apellido con Geoffrey de Charney, maestre de Normandía quemado en la hoguera junto a Jacques de Molay.

Quizá Felipe IV el Hermoso también buscaba estos tesoros de culto cuando asaltó los cuarteles de la Orden en 1307. Lo cierto es que su deuda con los templarios desapareció pero no logró resolver sus problemas económicos como había esperado. El rey consiguió hacerse con algunas propiedades basándose en los gastos que habían supuesto la prisión y las sesiones de tortura, pero al disolver la Orden en 1312, el papa Clemente V pensó que todas las tierras y bienes del Temple debían pasar a otras órdenes religiosas y no al rey. Se dice que aquella mañana los hombres del monarca no encontraron apenas dinero y casi ni rastro de algún documento. La clave de este misterio puede hallarse en los caballeros supervivientes, miles de caballeros que nunca fueron procesados, entre otras cosas, porque la mayoría de los arrestos tuvieron lugar en Francia e Inglaterra. «Probablemente, sólo uno de cada diez caballeros templarios fue capturado», señala Alan Butler. En Baviera fueron absueltos. En Portugal, debido a la importante lucha que estaban desempeñando frente a los árabes en aquella parte de la península Ibérica, se limitaron a cambiar de nombre y pasaron a llamarse Caballeros de Cristo. Incluso en Francia, donde la persecución fue más dura, muchos templarios escaparon a los arrestos masivos.

Gracias a este trato desigual, según sus afinidades con la Iglesia en cada país, gran parte de los miembros del Temple pudieron escapar antes de que la orden de captura emitida desde Francia se hiciera pública. De tres mil templarios franceses se capturó a 620, que fueron reclusos en la torre de Chinon, en el valle del Loira. Durante su encierro cubrieron las paredes con símbolos extraños: corazones, estrellas de David, figuras geométricas, rejas... Todavía en la actualidad no se ha conseguido

descifrar este código, y no se sabe si se trata de un mapa del tesoro o instrucciones dirigidas a los templarios supervivientes para una última misión.

El historiador Alan Butler cree que estos supervivientes comenzaron a huir lentamente hacia el este de Francia, a través de unas regiones montañosas escasamente pobladas por granjeros y pastores. Los templarios conocían muy bien la zona, puesto que llevaban más de cien años utilizando estas rutas comerciales que partían de Francia y atravesaban los Alpes, hasta la Suiza actual, un lugar aislado y difícil donde los ejércitos al uso no podían operar. No existen pruebas de que los templarios huyeran a los Alpes con sus tesoros, pero los habitantes de la zona sufrieron una curiosa transformación por la misma época de la caída en desgracia de la Orden. «Tres pequeñas regiones en los Alpes se unieron para luchar contra su señor, el duque Leopoldo I de Austria», explica Alan Butler. Éste pretendía controlar el paso a Italia y envió a cinco mil hombres armados para defender la región. En Morgarten los esperaba una emboscada de 1.500 campesinos que lograron vencer a un ejército muy superior. «Se convirtieron en los hombres más temibles de Europa. Pero hasta aquel momento no había constancia de que los campesinos suizos tuvieran experiencia militar», cuenta Butler. Estos campesinos se convirtieron rápidamente en soldados profesionales y fundaron comunidades que destacaban por su pericia en los negocios financieros. Algunos cuentos populares de la época hablan de caballeros vestidos de blanco que acudían en ayuda de los campesinos durante la lucha. Alan Butler considera que esta evolución no puede tratarse de una coincidencia, y apunta también a las peculiaridades del sistema bancario suizo frente al resto de los sistemas occidentales, especialmente en lo que concierne a lo que él denomina secretismo patológico.

Sin embargo, la mayoría de los buscadores de tesoros templarios opinan que la cuestión no está zanjada. Poseedores de una gran flota que utilizaban inicialmente para el transporte y más tarde para el comercio, los templarios no tenían por qué escapar por tierra. Así, por ejemplo, los dieciocho barcos anclados en el puerto de La Rochelle desaparecieron el mismo 13 de octubre de 1307. Las especulaciones sobre la huida por vía marítima colocan a los barcos templarios desde el Báltico hasta el mar de Arabia, y del Mediterráneo a las costas de América del Norte, aunque la hipótesis que podría estar más cercana a la realidad es la que sitúa a los templarios escapando hacia Escocia, reino que había roto con el Papa en aquel momento.

Robert the Bruce, el rey escocés, había sido excomulgado por el papa Clemente V, a causa del asesinato de uno de sus rivales, perteneciente a la Iglesia. Ni la corte ni la población se rebelaron contra Robert the Bruce, y el país entero fue excomulgado. Así las cosas, era muy poco probable que Escocia llevara a cabo la orden papal contra el Temple. Y de modo recíproco, los templarios tenían motivos suficientes para apoyar a Escocia en su guerra contra Inglaterra, lugar en el que sus dirigentes habían sido arrestados. Al igual que ocurre con las leyendas suizas, la tradición escocesa dice que, en 1314, los caballeros templarios se unieron a Robert the Bruce contra los ingleses en la batalla de Bannockburn, y le dieron la victoria frente a un ejército tres veces mayor que el suyo. Sin embargo, no existen pruebas contundentes de la existencia de templarios escoceses después de la disolución de la Orden, ni siquiera buceando en el pasado de un antiguo clan escocés: los Sinclair o Saint Claire, una familia fundamental en la trama de *El código Da Vinci*, cuyos descendientes, aún hoy, proclaman su pasado templario.

Los Sinclair fueron una de las primeras familias en donar tierras cuando

los caballeros templarios comenzaron a buscar ayudas en Europa en 1120. A principios del siglo XIV, la familia había construido el castillo de Rosslyn. Dos siglos más tarde, en 1546, María de Guisa, regente de Escocia y madre de la futura reina María Estuardo, escribió una carta a lord William Sinclair mencionando la existencia de un gran secreto dentro de Rosslyn, que se interpreta como una referencia a las reliquias y tesoros del Temple. En 1446, los Sinclair encargaron la construcción de una capilla adyacente a unos canteros, precursores de las logias masónicas. Esta capilla está recubierta de grabados con símbolos cristianos, templarios e incluso paganos, que parecen formar otro código secreto, lo que hace pensar a algunos investigadores que se trata de un mapa que guía hasta una cripta bajo la capilla del castillo de Rosslyn en la que se habrían enterrado importantes documentos religiosos. Siguiendo estas pistas, a finales de la década de los noventa del siglo XX, un grupo de investigadores compró las tierras adyacentes y alquiló taladros hidráulicos para llegar a la cripta. Pero ante el peligro que corría el castillo, las autoridades de la zona decidieron poner fin a esta búsqueda. En la actualidad no permiten ya más planes de excavación.

EVIDENCIAS EN ESTADOS UNIDOS

Rosslyn no es un caso aislado, y los cazatesoros excavan en cualquier sitio del que sospechen que alberga oro templario escondido. Un ejemplo de este empeño por encontrar algún resto de sus riquezas es el conocido como Pozo del Dinero, situado en una isla de Nueva Escocia, Canadá. Desde hace doscientos años, hay quien asegura que los templarios llegaron a América siguiendo antiguas rutas vikingas que conocían muy bien, ya que los normandos, de quienes habrían aprendido a navegar, son descendientes de los vikingos. Según esta hipótesis no sería de extrañar que se refugiaron en el Nuevo Continente.

En 1795, tres adolescentes de una isla llamada Oak, en la provincia canadiense de Nueva Escocia, encontraron un agujero y comenzaron a cavar con la esperanza de encontrar un tesoro. Lo que hallaron fue una estructura construida por la mano del hombre, formada por capas de troncos y piedras colocadas a intervalos de tres metros. Los muchachos abandonaron su búsqueda, pero en 1800, tres consorcios distintos prosiguieron cada uno su propia excavación. Se dice que llegaron a encontrar una piedra llena de símbolos codificados, que desapareció poco después. Al llegar a los 27 metros de profundidad, el túnel comenzó a inundarse. El Pozo del Dinero resultó ser una compleja trampa diseñada de tal modo que si se cavaba a la profundidad suficiente, el agua marina comenzaba a llenar el agujero. De esta manera, la única forma de recuperar el hipotético tesoro que se encontrase allí era saber exactamente el recorrido del túnel y excavar a su alrededor.

Desde su descubrimiento se han perdido seis vidas en el intento de desvelar su contenido. El primer trabajador murió en 1861 debido a la explosión de una caldera; el segundo, en 1887, y los últimos cuatro exploradores fallecieron en 1965, cuando los alcanzó una fuga de gas en el túnel. En 1990, la batalla legal entre los dos propietarios de la isla obligó a interrumpir las excavaciones. Ya octogenarios, los dueños acordaron vender la isla a nuevos exploradores que retomaran la búsqueda del tesoro de los templarios, del Santo Grial, del tesoro del capitán Kidd o de lo que se encuentre bajo el pozo, convertido ya en una leyenda que, al igual que la historia templaria, se resiste a morir.

La causa que explica esta pervivencia de los templarios en la memoria histórica occidental está en la propia naturaleza humana. La fascinación que ejercen llevó a las logias masónicas, nacidas hace doscientos años, a adoptar sus símbolos, jerarquía y ceremonias, con el objeto de proclamar su origen templario. Y en pleno siglo XXI ha contribuido a la proliferación de productos y obras sobre los misterios templarios, ya sean videojuegos,

novelas, películas o grupos de música. Sin embargo, esta atracción no siempre se ha producido. En el siglo XIX, el novelista sir Walter Scott retrató a los templarios como auténticos villanos en su obra histórica *Ivanhoe*; en 1960, el ocultista Alistair Crowley afirmaba que eran seguidores del culto a Satán. En películas como *El Reino de los Cielos* o *El código Da Vinci* aparecen retratados como auténticos fanáticos. En resumen, la trayectoria de los Caballeros Pobres de Cristo y del Templo de Salomón conjuga drama, misterio y un vacío documental en el que los inventores de fábulas se han movido a sus anchas. Un vacío que, posiblemente, crearon ellos mismos, cuando desapareció el archivo principal de los templarios que el último gran maestro ordenó quemar y destruir por completo. Una dramática pérdida para los historiadores pero muy favorable para la creación de la leyenda.

El asesinato de los Médicis

Los Médicis fueron una de las familias más importantes del Renacimiento italiano. De extraordinaria influencia en el arte, el comercio y la religión, sus despiadadas tramas de influencias y alianzas les procuraron muchos enemigos que los querían apartar del poder. En 1478, sus rivales se unieron para matar a los hermanos Lorenzo y Juliano de Médicis en la catedral de Florencia, el Duomo. Durante quinientos años, la versión popular del complot se interpretó como una disputa entre dos potentes familias: los Médicis y sus rivales, los Pazzi. No hay duda de que miembros de la familia Pazzi mataron a Juliano, y casi también consiguieron eliminar a Lorenzo, pero en realidad el crimen de hace quinientos años es un caso sin resolver. ¿Realmente fueron los Pazzi los cerebros de este intento de asesinato y sólo fue una lucha local entre familias? En el año 2000, un estudiante de la Universidad de Yale, Marcello Simonetta, encontró una carta secreta en los archivos de Urbino que señala a las fuerzas impulsoras de este sangriento hecho, describiéndolo como una compleja conspiración con tentáculos que llegaban hasta el papado.

Hubo un tiempo en que la república de Florencia era el latido cultural del mundo y su corazón fueron los jóvenes hermanos Médicis, Lorenzo y Juliano. Su influencia en la banca, la religión y la política se extendía a toda la península Itálica; un poder que Lorenzo entendía muy bien a pesar de que tan sólo tenía 20 años cuando llegó al poder. Culto, refinado, brillante y audaz, muy seguro de sí mismo y dotado de gran inteligencia, Lorenzo de Médicis, digno nieto de Cosme, realizó durante su

principado (1469-1492) el ideal del Renacimiento italiano: poeta, filósofo, mecenas y diplomático, era muy «consciente del poder de la cultura florentina como herramienta diplomática», según asegura la historiadora Melissa Bullard, de la Universidad de Carolina del Norte. Su hermano menor, Juliano —abierto, atractivo y nada político—, era su asesor. La labor de los hermanos era muy diversa: auspiciar a artistas como Miguel Ángel, designar cargos, ser la importantísima banca del papado, conquistar nuevos territorios... Pero, por su juventud, daban la impresión de vulnerabilidad y su inexperiencia les creaba enemigos.

«En 1470, Lorenzo cometió muchos errores políticos. Se distanció de mucha gente. Los hermanos se enfrentaban a adversarios en todas las esferas de influencia», explica el historiador y conde Niccolò Capponi. En la banca, la familia Pazzi recelaba de su poder y riqueza. En la Iglesia, el papa Sixto IV se ofendió por la negativa de Lorenzo a concederle un préstamo. Y en política, otros señores, como el duque de Urbino, mudaron su lealtad de la Florencia de Lorenzo a otras ciudades, buscando siempre unir fuerzas contra quien poseía el mayor poder en la Península en aquel momento.

Los ingredientes de esta pócima de rencor eran sobradamente conocidos pero a lo largo de los siglos ha prevalecido una historia sobre la conspiración de los Pazzi, basada en el intento de matar a los dos hermanos durante la misa mayor en el Duomo de Florencia. Sin embargo, culpabilizar sólo a los Pazzi simplifica demasiado el asesinato haciendo que parezca que la familia de banqueros fue la única responsable.

El historiador Marcello Simonetta comenzó a investigar aquel suceso tras el descubrimiento de una carta escrita en 1478 por Federico II de Montefeltro, IX conde y primer duque de Urbino, supuesto amigo de los Médicis, a Cicco Simonetta, regente de Milán e importante aliado de Lorenzo de Médicis, además de antepasado renacentista del historiador.

Investigando la vida de su antepasado, encontró esa carta, un descubrimiento que aumentó su curiosidad. Marcello Simonetta, entonces, comenzó una búsqueda para reconstruir los acontecimientos anteriores a la conspiración y encontrar pistas sobre el artífice de la trama.

La siguiente pista se la aportó una segunda carta del duque de Urbino indicando a Cicco que tuviera cuidado con Lorenzo y «advirtiéndole que no era un aliado seguro. La carta describía a Lorenzo como enemigo secreto de Cicco Simonetta», explica Marcello Simonetta, actual historiador y profesor de la Universidad Wesleyan. El duque de Urbino había capitaneado operaciones militares de Lorenzo y actuaba a dos bandas, poniendo a Cicco en contra de Lorenzo. Esta contradicción le hizo pensar a Marcello Simonetta que el duque tenía la clave del misterio sobre el artífice de la llamada conspiración de los Pazzi. Pero una cosa eran sus suposiciones y otra muy diferente conseguir las pruebas del complot.

RIVALIDADES FAMILIARES

En el siglo xv, Italia distaba muchísimo de ser un país unificado, cosa que no alcanzaría hasta la segunda mitad del siglo xix. Roma, Florencia y Nápoles, entre otras, eran capitales de Estados rivales, deseosos de apoderarse unos de otros. Y para un mercenario como el duque de Urbino, la lealtad se vendía al mejor postor. «La familia Pazzi tenía un interés personal en todo este asunto. Querían ser los sustitutos de los Médicis porque era el clan con mayor poder financiero de Florencia, después de los Médicis. Había una competición directa entre las dos familias», señala Marcello Simonetta. En la época de Lorenzo el Magnífico, Florencia era el principal centro financiero europeo, pero se había quedado demasiado pequeña para dos familias tan ambiciosas como las de los Médicis y los Pazzi.

No hay duda: el poder de Lorenzo molestaba a la familia Pazzi porque

ejercía el patronazgo político. Lorenzo era el padrino de Florencia, intercambiaba favores por poder y dinero y gobernaba la ciudad aunque sin cargo oficial, controlando a la gente y, sobre todo, la elección de cargos. Era un sistema político fundado generaciones atrás, desde que, a principios del siglo xv, su abuelo, Cosme, *el Viejo*, subió al poder, ofendiendo a muchas familias establecidas con anterioridad en Florencia, como los Pazzi.

Los Médicis se convirtieron en los principales banqueros y comenzaron a desarrollar empresas comerciales en las más importantes ciudades, no sólo de Italia, sino de toda Europa y, sobre todo, operaban en Roma. «En Roma desarrollaron lo que se convirtió en la auténtica base de su riqueza, proporcionando servicios financieros al papado», explica la historiadora Melissa Bullard. De hecho, los Médicis se convirtieron en los banqueros favoritos de la poderosa Santa Sede y, a mediados del siglo xv, su banca obtenía más de la mitad de sus beneficios en Roma. En 1430 y 1440 tenían mucho más dinero que ningún otro banquero de Europa que, en aquel entonces, era decir del mundo.

El joven Lorenzo de Médicis no dudaba en hacer valer sus influencias y poder. Como buen político, manipulaba el sistema colocando a sus amigos en los puestos clave, en detrimento de familias más importantes y establecidas como los Pazzi, a quienes «Lorenzo tenía miedo. Eran demasiado grandes. Demasiado ricos. No se atrevía a darles un puesto político en Florencia. Podía perder el control y por eso les hacía el vacío. Esa actitud les molestaba profundamente y fue lo que los llevó a la conspiración», indica el escritor Lauro Martines, autor de *Sangre de abril*, un riguroso estudio sobre la conspiración de los Pazzi, el intento de asesinar en 1478 a Lorenzo y Juliano.

Sin duda la familia Pazzi tenía muchos motivos para desear sus muertes. Sin embargo, los Médicis tenían una larga lista de enemigos, incluido el Papa. La cuestión histórica era saber quiénes encabezaron la

conspiración para matar a los hermanos: el artífice del plan seguía siendo un misterio.

LA CARTA SECRETA

Marcello Simonetta, como un detective, siguió la pista hasta un archivo poco conocido en Urbino, la ciudad natal del duque que guardaba su correspondencia desde 1470 y que nunca antes había sido estudiado. Tras años de incesantes negociaciones, Marcello logró acceder al archivo y allí encontró una pequeña carpeta con cartas del siglo xv. «La carpeta se había guardado en una caja aparte. Sabían que contenía algo importante pero no sabían qué era», explica. Reconoció inmediatamente la letra de la cancillería de Urbino y una carta en especial le llamó poderosamente la atención: «Era muy larga y no tenía ningún sentido. Era un incomprensible enredo de símbolos». Algunas frases eran un poco abstrusas, de construcción rara porque, a diferencia de las cartas que ya había estudiado en Yale, esta carta estaba codificada, repleta de números, letras griegas y símbolos variados. Aunque no podía descifrarla, la fecha le resultó intrigante: febrero de 1478, apenas dos meses antes del intento de asesinato de los todopoderosos hermanos Médicis.

La carta estaba dirigida al embajador del duque en Roma. Su misión era leer las cartas, palabra a palabra, al Papa. Marcello Simonetta pensó que si podía descifrarla, posiblemente se revelarían nuevos detalles sobre la conspiración de los Pazzi contra Lorenzo y contra el poco conocido Juliano, un personaje muy querido y admirado en Florencia pero que vivió siempre a la sombra de su hermano mayor, uno de los intelectuales más destacados de la época y uno de los mecenas a través de los cuales se forjó el Renacimiento italiano. Pero en medio del conocido florecimiento artístico y cultural, tras la genialidad de Lorenzo se escondía su ambición.

La religión y la política impregnaban todos los aspectos de la vida del

Renacimiento, con líneas casi invisibles entre la Iglesia y el Estado. El Papa servía no sólo como líder espiritual de la Iglesia católica sino también como príncipe terrenal, sediento de poder y hambriento de territorios. Así, Sixto IV era un formidable rival, que le pisó terreno a los Médicis en alguna ocasión eligiendo a sus sobrinos, en vez de a Juliano, para puestos claves de la Iglesia. La gota que colmó el vaso llegó cuando el pontífice quiso comprar Imola, una ciudad en la región italiana de Emilia-Romaña, no muy lejos de Florencia. Lorenzo la quería para sí y se negó rotundamente a prestarle el dinero que necesitaba para su adquisición, enfureciendo al Papa. Sólo los más confiados se atreverían a un movimiento tan arriesgado, retando a una fuerza aparentemente inconquistable como el papado, que siempre conseguía lo que quería.

Sixto IV decidió entonces pedirle el dinero a otros banqueros, la familia Pazzi, que ansiaban conseguir la gracia del papado y tener la oportunidad de vengarse de Lorenzo, un enemigo que compartían con el Papa. «El Papa se puso en contra de Lorenzo. Al año siguiente, en 1474, nombró a un nuevo arzobispo de Pisa, ciudad que estaba bajo gobierno florentino, y lo hizo sin consultar a Lorenzo o ningún miembro de los Médicis. Ahí empezaron todos los problemas entre Lorenzo y el papa Sixto IV. Los banqueros Pazzi ya habían entrado en escena», describe Lauro Martines. El nuevo arzobispo era Francesco Salviati, que desempeñaría un papel principal en la conjura contra los Médicis. «El Papa —añade— sólo insistía en que no hubiera derramamiento de sangre. En otras palabras, quería que se los quitaran de en medio, pero no que los mataran.»

Fuera o no cierto, durante siglos se ha cuestionado el grado de implicación del Papa en el intento de asesinato, pero no había pruebas. Tras el descubrimiento de esa carta largo tiempo olvidada en el archivo de Urbino se podría arrojar luz sobre un misterio de quinientos años de antigüedad y descubrir quién fue el cerebro del complot contra los Médicis. Para ello, antes Marcello Simonetta tuvo que descifrarla. Y no fue fácil

porque el duque de Urbino era conocido como el maestro de la escritura cifrada y su carta presentaba un reto especialmente difícil.

El historiador Simonetta descubrió una clave para descifrar los códigos ocultos gracias al diario de su pariente Cicco Simonetta. Era un punto de partida: Simonetta fue comparando la carta de su antecesor Cicco, que había servido como canciller del aliado más importante de los Médicis, Milán, y la carta dirigida al embajador del duque en Roma. Usando copias de la carta y las líneas maestras de Cicco, halló algunas constantes, por ejemplo, cada letra podía estar representada por dos símbolos diferentes. Y a cada persona correspondía un símbolo: como el Papa... Lorenzo de Médicis... y el duque de Urbino.

LA DESLEALTAD DE FEDERICO DE MONTEFELTRO

A lo largo del siglo xv, Florencia competía por ocupar su lugar en las cambiantes fronteras del sur de Europa. Como en un juego de ajedrez, cada gobernante vigilaba los movimientos de sus vecinos. Por ejemplo, Lorenzo temía que Nápoles pudiera unirse a Francia para invadir Florencia. El objetivo de Lorenzo pasó a ser mantener unidos a todos sus aliados. «Lorenzo estaba seguro de que si algo le ocurría a su ciudad, las fuerzas milanesas intervendrían en su ayuda. Esas tropas protegían su régimen», indica Ricardo Fubini, historiador de la Universidad de Florencia. La conspiración de los Pazzi ocurrió precisamente cuando se rompieron todas esas alianzas.

Esta inestable situación diplomática creó grandes oportunidades para mercenarios como el duque de Urbino. Era usual que los soberanos de pequeñas ciudades-estado redondeasen su presupuesto sirviendo como condotieros, es decir, jefes de pequeños ejércitos o bandas armadas que alquilaban sus servicios al mejor postor. Federico de Montefeltro era uno de tantos que combatían a las órdenes de señores o repúblicas más

importantes, como el Papa, el rey de Nápoles, el duque de Milán, Florencia o Venecia. También podía suceder que estos militares mercenarios utilizaran sus poco limpias ganancias en la guerra para ser protectores de las Artes y las Humanidades en sus propias ciudades. Ése era el caso, por ejemplo, de Ludovico Gonzaga, primer marqués de Mantua, mecenas de Mantegna, o del propio Montefeltro, que quiso hacer de la diminuta Urbino un centro artístico de gran nivel.

Federico había recibido una exquisita educación en la afamada «escuela para príncipes» del humanista Vittorino de Feltre, en Mantua, y se había formado militarmente con un general prestigioso, Nicolò Piccinino, por lo que el florentino Vespasiano da Bisticci lo consideraba el príncipe ideal, que combinaba la vida contemplativa con la activa. Otro erudito contemporáneo, Paolo Cortese, escribe que Montefeltro es, junto a Cosme *el Viejo* de Médicis, el más grande mecenas del siglo xv. Gozaron del mecenazgo de Federico figuras de primera categoría como Piero de la Francesca —de quien nos han llegado dos soberbios retratos del duque—, Francesco de Laurana o Melozzo da Forlì. No es casual que cuando Castiglione escribió su famosísimo libro *El cortesano*, situara la acción en la corte de Urbino.

Esta exquisitez de espíritu no excluye que Federico de Montefeltro fuera, como todas las figuras del Renacimiento, capaz de traiciones y crueldades inauditas, y que su lealtad dependiera de su propio interés. Era el profesional de la *condotta* más requerido de Italia, con una cotización que, debido a la fuerte oferta, fue aumentando durante toda su vida, hasta alcanzar la cifra, muy elevada para la época, de 165.000 ducados al año. Había servido con Lorenzo de Médicis en la guerra de Volterra de 1472, pero no tuvo el mínimo escrúpulo en conspirar contra él cuando el Médicis se enfrentó con el Papa. Éste era el señor natural de Federico de Montefeltro, cuyos antepasados habían recibido el feudo papal de Urbino en el siglo xii. Aparte de esa relación institucional —que también podría

haber sido traicionada—, Federico había sido condotiero al servicio papal y Sixto IV lo ascendió de conde al muy exclusivo título de duque.

«En 1474 recibió el título de duque de manos del Papa. Se sintió muy agradecido y decidió hacer todo lo que el Papa o el rey de Nápoles quisieran», afirma Lauro Martines. «Florenia empezó a sospechar del duque de Urbino porque no creía que fuera un capitán leal», cuenta el historiador Ricardo Fubini.

Y además no ocultaba sus lazos con el Papa y hay una carta no cifrada en la que agradece al santo pontífice la bonita cadena de oro que ha regalado a su hijo Güidobaldo, cadena que el heredero luce en un cuadro que ha sido situado entre febrero y abril de 1478. Un regalo de alguien con tanto poder como el Papa indicaba la creciente influencia del duque y servía como confirmación de su alianza con el pontífice. Además, el Papa casó a su sobrino predilecto, Giovanni della Rovere, con la hija de Federico de Montefeltro, Giovanna. Así que hay más que sospechas de que el duque y el Papa podrían haber estado implicados en el complot. Pero el duque tenía una coartada porque cuando ocurrió el asesinato en la catedral, él no estaba en Florenia, aunque sus tropas sí estuvieron cerca. «El duque se defendió afirmando que el hecho de que las tropas llevaran sus colores no significaba que él las hubiera enviado, ni suponía que él estuviera implicado en la conspiración», afirma la historiadora Melissa Bullard.

PODER, TRAICIÓN, VENGANZA Y VIOLENCIA

¿Qué saben los historiadores de los hechos ocurridos en Florenia el 26 de abril de 1478? Parece ser que ese fin de semana muchos de los conspiradores llegaron a la ciudad para una fiesta, un ardid planeado para atraer a los hermanos Médicis al mismo lugar. «Lo difícil era encontrar la ocasión en la que ambos estuvieran juntos en un sitio lo bastante público

para que los asesinos pudieran acercárseles. Matar a uno significaría que el otro huiría inmediatamente», afirma monseñor Timothy Veron, canónigo de la catedral de Florencia. Pero Juliano decidió no asistir a la fiesta y hubo que cambiar el lugar. Sólo había un sitio en el que los dos hermanos estarían juntos ese domingo después de Semana Santa: en la misa mayor del Duomo. Los conspiradores convencieron al condotiero Giovan Battista da Montesecco para que matara a Lorenzo. Pero cuando se cambió el lugar de la conspiración, se echó atrás. No quería cometer ese tipo de acto en un lugar sagrado.

Juliano llegó a la catedral con Francesco dei Pazzi, su cuñado. El viejo Iacopo dei Pazzi, cabeza de la familia rival, lo abrazó pero sólo para comprobar si iba armado o llevaba peto. Iba completamente desprotegido. Por razones de seguridad, los hermanos se separaron, situándose en lados opuestos del templo. La señal del ataque era la consagración de la forma, el cuerpo de Cristo, un momento perfecto porque todos los asistentes, incluidos los Médicis, estarían centrados en el misterio de la Eucaristía. Cuando se alzó la hostia y todo el mundo estaba atento a la celebración, los conspiradores sacaron sus dagas y atacaron.

Francesco dei Pazzi se abalanzó sobre Juliano asestándole al menos diecinueve puñaladas ante el horror de su familia. A su lado, ayudándolo en el asesinato, estaba Bernardino di Bandino Baroncelli. Otro grupo encabezado por dos sacerdotes atacó a Lorenzo. Se abalanzaron sobre él, como para apuñalarlo con una daga corta. En ese momento Lorenzo se dio la vuelta y se cubrió con la capa, instante en el que fue herido detrás de la oreja. Entonces, los seguidores de Lorenzo lo rodearon defendiéndolo. Se movieron rápidamente hacia la sacristía de la catedral, cerraron las puertas de bronce y le salvaron la vida. El guardaespaldas de Lorenzo fue alcanzado, y Juliano yacía muerto mientras su sangre regaba el suelo sagrado de la catedral.

La noticia sobre el intento de asesinato se extendió por la ciudad

mientras Iacopo dei Pazzi se dirigía al palacio de la Señoría gritando «Libertad, libertad», la clásica invitación a la sublevación contra los tiranos. «Sin embargo, y según la historia, los defensores de los Médicis respondieron con gritos de “*palle!*”, refiriéndose a la insignia del escudo de armas de la familia», cuenta la historiadora Melissa Bullard. El blasón de los Médicis presentaba, en efecto, tres anillos entrelazados, a los que popularmente se les decía *palle* (bolas, en italiano); el grito «*palle!*» se había convertido en una invocación medicea: es célebre que cuando el hijo de Lorenzo el Magnífico fue elegido papa León X en 1513, el cardenal Farnesio salió del cónclave gritando «*palle, palle!*», con lo que todo el mundo se enteró de la elección.

Ese apoyo sorprendió a los conjurados que pensaban que Lorenzo era una persona impopular y que habría una revolución espontánea. Pero ocurrió justo lo contrario. Una hora después Lorenzo salió de la sacristía vivo. Enseguida se dio cuenta de que debía aprovechar el momento; tenía que usar su casi milagrosa supervivencia como un modo de consolidar su posición y poder en Florencia. Así que su venganza fue brutal e inmediata. Un baño de sangre inundó la ciudad y se sucedieron «tantas muertes —escribiría Maquiavelo— que las calles se llenaron de restos humanos».

Francesco dei Pazzi fue apresado, desnudado y asesinado. Su cuerpo se dejó pudrir bajo el sol toscano. También Iacopo dei Pazzi fue ejecutado. Su cadáver sería desenterrado dos veces; la primera, tras ser excomulgado, fue sacado del panteón familiar y sepultado junto a la muralla, en tierra no santa. No contentos con ello, lo exhumaron de nuevo y el cadáver desnudo fue arrastrado por las calles de Florencia y arrojado al río Arno. Otros fueron decapitados y la mayoría, descuartizados. Algunos sospechosos fueron arrojados desde las ventanas superiores del Palazzo Vecchio y el arzobispo de Pisa, Francesco Salviati, fue colgado de una ventana de la Señoría. Lorenzo se aseguró de que todos supieran que no toleraba a los traidores y fueron asesinados sin piedad los que tuvieron la

más mínima relación con los conspiradores. «La ciudad era un completo caos. Mataron a un total de cien personas», señala Marcello Simonetta. «Todas las ejecuciones se hicieron en el corazón de la ciudad; la idea era mostrar al populacho lo que le ocurría a ese tipo de gente y dar una lección a otros posibles miembros de la oposición política en Florencia», explica Lauro Martines.

Al resto de los miembros de la familia Pazzi los secuestraron y les confiscaron todas sus pertenencias para venderlas, hasta el punto que pasaron a la clandestinidad. Algunos, incluso, cambiaron de apellido. Lorenzo pretendía extinguirlos y borrar su recuerdo para siempre porque él y su entorno responsabilizan de todo a los Pazzi. Ese día de abril de 1478, Botticelli y Leonardo se hallaban en Florencia y plasmaron la venganza de Lorenzo en su obra. Leonardo dibujó a Bernardo Bandini Baroncelli ahorcado, y Botticelli pintó a los más importantes conspiradores en la fachada de un edificio principal, como parte del castigo.

Que Lorenzo viviera iba a cambiar la historia. Le esperaban hechos memorables por delante, ayudando a su hijo y a su sobrino a convertirse en papas —León X y Clemente VII, respectivamente—. Sin su apoyo a Miguel Ángel, al que permitió vivir en su palacio, éste no hubiera sido conocido y sus famosas esculturas no vigilarían las tumbas de Lorenzo y Juliano, en la iglesia de San Lorenzo de Florencia.

EL CÓDIGO CIFRADO, AL DESCUBIERTO

Si volvemos a las últimas investigaciones para descubrir quién fue el artífice de la conspiración para matar a los hermanos Médicis, el descubrimiento de Marcello Simonetta del código de una carta escrita por el duque de Urbino ha sido fundamental. Sus primeros experimentos fueron con grupos de letras y palabras o «lo que parecían palabras —explica— porque realmente no sabía dónde empezaban o terminaban». Para

ayudarlo a ver el código de otra manera, Marcello Simonetta asignó un número a cada símbolo. La frecuencia de los números le ayudó a encontrar una serie de símbolos repetidos. A los caracteres que más se repetían les asignó una vocal. Ya que la letra «A» es la más común en italiano, la sustituyó por los símbolos que más se repetían y, como por arte de magia, del galimatías empezaron a aparecer algunas palabras. «La palabra resultante era “*La sua santità*”, que significa «su santidad», el papa Sixto IV, a quien iba dirigida la carta», explica. El descifrado dio sus frutos. Y apareció el nombre de quien había servido de jefe de la conspiración de los Pazzi: el propio duque organizó la matanza.

El duque de Urbino decía en la carta: «Hazlo, deshazte de Lorenzo en cuanto puedas. Yo te enviaré mis tropas y te ayudaré a escapar». Era la prueba que Marcello Simonetta buscaba. «Esta carta cifrada demuestra que el Papa estuvo informado en todo momento. Tuvo que saber que los soldados estaban implicados y que se iba a usar la violencia contra los Médicis. Federico de Montefeltro expuso la situación política; explicaba al Papa que había que hacerlo rápido y bien, porque si fallaban, los implicados tendrían problemas. Después describía asuntos prácticos, como el envío de las tropas», asegura Simonetta.

Según este historiador, la carta detallaba que las tropas estaban listas, esperando sostener al nuevo régimen, dirigido por marionetas de los Pazzi. El problema después del asesinato habría sido establecer algún tipo de orden en la ciudad. Y de eso se habrían encargado tropas de Federico de Montefeltro. Expertos militares como el duque habrían ayudado a coordinar el golpe. Eso significaba que el duque, no los Pazzi, había planeado el asesinato y la estrategia. Tuvo los medios, los motivos y la oportunidad de llevar adelante el violento ataque. «Cada vez estoy más convencido de que sin su ayuda, sin la garantía militar que proporcionó a toda la operación, probablemente los conspiradores no se hubieran atrevido a hacerlo», asegura Simonetta.

«Descifrando la carta, el profesor Simonetta ha arrojado nueva luz sobre el hecho de que la conspiración no fue una trama local urdida por la familia Pazzi contra sus rivales de Florencia, los Médicis, sino que implicó a muchas de las grandes figuras diplomáticas y políticas de Italia», indica Melissa Bullard. El resultado de esta investigación ha sido alterar la visión de la conspiración que se tuvo durante siglos: pasó de ser una contienda familiar a una intrincada trama encabezada por políticos fuera del territorio florentino. Además, este trabajo trazó un perfil diferente del duque de Urbino. «Los habitantes de Urbino lo consideran un santo, a partir de cómo lo representaron los eruditos del Renacimiento. No creo que el descubrimiento lo convierta en un demonio, pero sí demuestra que fue un político implacable», dice Marcello Simonetta.

Pero ni Federico de Montefeltro con su intriga, ni Lorenzo el Magnífico con su brutal represión, hacían nada fuera de lo común en su tiempo. El Renacimiento supuso un extraordinario avance de la civilización, se desarrollaron no sólo las artes, sino también las humanidades y las ciencias. Pero esto no excluye que fuera una época en que la política estaba impregnada de inmoralidad, y que la crueldad constituyera una actitud aceptada, como lo venía siendo desde la antigüedad y seguiría siendo hasta finales del siglo XVIII.

Un caso de conspiración: el asesinato de Robert Kennedy

En la sofocante tarde del 12 de junio de 1968, una caravana fúnebre abandonaba la catedral de San Patricio y la ciudad de Nueva York. En el último vagón del tren que se dirigía a Washington reposaba el ataúd del senador Robert F. Kennedy. Junto a la comitiva, miles de personas esperaban junto a las vías a dar su último adiós bajo un asfixiante calor. La muerte del senador y candidato a la presidencia, con tan sólo 42 años, recordaba la consternación nacional que siguió al asesinato de su hermano mayor, John Kennedy, ocurrida cinco años antes. Pero había un consuelo para los que lloraban la pérdida de RFK: el departamento de Policía de Los Ángeles, que investigaba el asesinato, aseguró que no había dudas sobre el autor del crimen, a diferencia de lo que había ocurrido a finales de 1963 en Dallas con el presidente. La noche del asesinato de Robert Kennedy el palestino inmigrante, de 24 años, Sirhan Bishara Sirhan, fue detenido con una pistola recién usada delante de más de setenta testigos. La policía estaba segura de tener al culpable. Durante veinte años los archivos clasificaron como cerrada la investigación del asesinato y la sencilla versión de Sirhan Sirhan actuando solo sería aceptada como auténtica. Sin embargo, a muchas personas todavía hoy les asaltan las dudas. ¿El asesinato de Robert Kennedy fue el desesperado acto de un loco? ¿Fue producto de una conspiración a gran escala? Sin duda, Robert Kennedy tenía enemigos con suficientes motivos para querer asesinarlo.

Estados Unidos en 1968 parecía dividido en dos por la guerra de Vietnam y los derechos civiles. También era un año con elecciones presidenciales. En aquellos días, entre los que ansiaban resolver los problemas del país se encontraba un recién llegado con el mejor apellido posible en la política norteamericana: Kennedy. Era senador por el estado de Nueva York y había ejercido el cargo de fiscal general de Estados Unidos (equivalente a ministro de Justicia) desde 1961 hasta 1964. Además, durante la presidencia de su hermano, *Bobby* fue uno de sus asesores más próximos, enfrentándose a problemas como la invasión de bahía de Cochinos en Cuba, en 1961, o como la crisis de los misiles de Cuba dieciocho meses más tarde. «En aquel momento Robert Kennedy no era el hermano del hermano, era una figura mucho más valiente, con más empatía y con mucha más pasión», recuerda Frank Mankiewicz, secretario de Prensa del senador. Animado por esta pasión, desde que anunció su candidatura en marzo de 1968, la campaña del joven Kennedy se convirtió en una especie de cruzada. El presidente Johnson había anunciado que no buscaría la reelección y en la carrera presidencial demócrata participaban el vicepresidente Hubert Humphrey, seguido muy de cerca por el senador Eugene McCarthy y por Kennedy. Era una batalla por el control del Partido Demócrata, además de por la presidencia. El candidato RKF optó por atacar la creciente participación de Estados Unidos en la guerra de Vietnam. Esperaba, además, erradicar las barreras raciales que dividían a la nación y envió un mensaje de idealismo a sus seguidores. Defendió a los pobres y a los que no tenían derecho al voto. Y, durante la campaña, se ganó la fidelidad de multitudinarias y fervientes masas.

EL MISMO APELLIDO VUELVE A HACER HISTORIA

El sistema electoral estadounidense se basa en que los dos grandes partidos van designando, en un prolongado proceso estado por estado,

unos delegados para la convención que designará a la candidatura presidencial del partido, bien mediante caucus (asambleas de miembros), bien mediante elecciones llamadas primarias. Los distintos estados tienen un número variable de delegados, según su población.

En mayo, el joven Kennedy obtuvo la victoria en las primarias de Indiana y Nebraska, pero perdió en Oregón a favor del senador Eugene McCarthy. Este hecho estableció el escenario para las cruciales elecciones primarias de California —el estado con mayor número de delegados— el 4 de junio, una batalla que marcaría su consagración o su ruina. Se trataba de una dura campaña electoral. Para relajarse pasó ese día de votaciones en Malibú, en casa de un amigo, John Frankenheimer, quien en 1962 había dirigido el *thriller* político *El mensajero del miedo* (*The Manchurian Candidate*), que, de cierta manera, se anticipó a la historia. Protagonizada por Frank Sinatra, la película transcurría en plena Guerra Fría y reflejaba el clima de la era de Kennedy; los protagonistas habían luchado en Corea, y se urdía un complot comunista para colocar un candidato propio —aparentemente de extrema derecha— en la presidencia de Estados Unidos, con lavado de cerebro incluido. Pero aquello no era más que ficción... La noche del 4 de junio, el senador Robert Kennedy pensó quedarse en casa de Frankenheimer y evitar así su planificada celebración de victoria en el hotel Ambassador, de Los Ángeles. Pero cuando los periodistas se negaron a ir a Malibú, él aceptó acudir al hotel.

Cuando llegó no había policía protegiéndolo. En 1968, los candidatos a la presidencia aún no recibían protección oficial por parte del Servicio Secreto. Y a petición del candidato, no había ningún agente de policía en escena. Los consejeros de Kennedy le habían sugerido que evitara al departamento de Policía de Los Ángeles por el bien de su imagen. La policía utilizaba métodos crueles para sofocar las manifestaciones contra la guerra y estos manifestantes eran el electorado más importante para Robert Kennedy. «Querían que fuera el candidato del pueblo, sin

uniformes a su alrededor», cuenta Daryl Gates, jefe del departamento de policía de Los Ángeles.

El 4 de junio de 1968 se apuntó la mayor victoria en su carrera hacia la nominación demócrata al ganar las primarias en Dakota del Sur. Justo antes de medianoche quedó claro que Kennedy había ganado también en California, acercándose un paso más a la nominación para la presidencia del Partido Demócrata. Hasta esa fecha, parecía que nada lo detendría para obtener la nominación oficial de su partido.

Tras dejar la sala de baile donde había pronunciado su discurso de victoria, el senador recorrió el camino hacia la cocina del hotel Ambassador. Pasaban quince minutos de la medianoche. El candidato se dirigía a dar una conferencia de prensa en la cercana sala Colonial. El camino más rápido era volver por la cocina y atravesar la despensa. Entonces se oyeron unos disparos. Kennedy yacía en el suelo, sangrando abundantemente por la cabeza. Una bala se incrustó en su cerebro. «Lo que ocurrió sigue siendo un misterio. A pesar de los sesenta testigos que se encontraban en la sala, todo fue tan rápido que la gente no dejó de mirar en todas direcciones; hubo tantos heridos que los testigos no pudieron ver realmente lo que pasó», indica Phillip Melanson, profesor de ciencias políticas de la Universidad de Massachusetts además de escritor.

LA ACTUACIÓN POLICIAL

Cinco víctimas yacían en la cocina. Entre ellos, el ayudante de Kennedy, Paul Schrade, estaba herido en la cabeza. «Sentí —recuerda— como si me hubieran electrocutado. Estaba entumecido y me dolía el pecho. La gente me había pisoteado durante el caos que se produjo después.» Un joven con una pistola de calibre 22 en la mano y los ojos vidriosos permanecía entre la multitud que gritaba. Hubo una dura lucha por quitarle la pistola y, en medio del caos, alguien gritó «¡Matadlo!». Finalmente,

consiguieron reducir al pistolero. Minutos después la policía llegaba a la escena del crimen y se apresuraba a sacar al sospechoso del hotel Ambassador y meterlo en un coche. Lynn Compton, ex fiscal del Estado, lo explica así: «Tenía la pistola y estaba cargada con balas; no había duda de que una de ellas había matado a Kennedy».

Los oficiales de policía se apresuraron a afirmar que no iba a ocurrir lo que en el asesinato de su hermano en Dallas, donde el departamento de policía había hecho el ridículo por permitir que Jack Ruby matara al presunto asesino del presidente, Lee Harvey Oswald, antes de que se celebrara el juicio. «Aquello causó un trauma y un ridículo nacional», explica Phillip Melanson.

La posibilidad de una conspiración estaba en la mente de todos y las acciones de la policía fueron objeto del mayor de los escrutinios y de todo tipo de comentarios. Cuando los agentes metieron al sospechoso en una sala de interrogatorios, él se sentó tranquilo pero se negó a decir su nombre. «Casi empezó a disfrutar del interrogatorio. Se comportó como lo que nosotros llamamos un chulo», cuenta Willian Jordan, sargento del departamento de Policía de Los Ángeles.

A última hora de la mañana, un joven apareció en el departamento de policía de Pasadena; había visto una foto del agresor en el periódico y dijo a los agentes que el sospechoso era su hermano. Se registró el hogar de la familia Sirhan en Pasadena y, dentro de la habitación de Sirhan, los investigadores encontraron lo que selló su destino: dos libros de notas, llenos de apuntes donde había garabateado «RFK... RFK... y RFK debe morir el 5 de junio de 1968». Era prueba suficiente.

Tras veinticuatro horas de agonía, la mañana del 6 de junio el secretario de prensa Frank Mankewicz emitió un trágico comunicado de la muerte de Robert Kennedy en el hospital El Buen Samaritano de Los Ángeles. Lo habían matado tan sólo dos meses después de que el líder de los derechos civiles, Martin Luther King Jr., también fuera asesinado en

Memphis, Tennessee, por la bala de un rifle que nadie está seguro quién disparó. Sirhan Sirhan fue acusado del asesinato de Kennedy. Aquel joven delgado, desconocido y modesto, de repente fue catapultado al centro de la opinión pública. Mientras el país se disponía a enterrar a otro Kennedy asesinado, comenzaron los preparativos para el juicio de Sirhan. Tanto la defensa como la acusación intentaron contestar a la pregunta que el libro de notas no lograba descifrar: el motivo del asesinato.

El acusado repitió numerosas veces a la policía que no recordaba nada sobre los disparos. Dijo estar confuso sobre lo que había ocurrido aquella noche en el Ambassador. Durante los meses siguientes, Sirhan fue sometido, tanto por parte de la acusación como de la defensa, a varias sesiones de hipnosis en un intento de hacerle recordar los hechos. Sirhan nunca admitió el asesinato de Robert Kennedy, por lo que se dejó en manos de los fiscales determinar un posible motivo. Como era palestino, insistieron en que la razón del asesinato era debido al apoyo del senador a Israel y su promesa de que, si era elegido presidente, suministraría a ese país aviones militares.

Cuando comenzó el juicio, los abogados de Sirhan tomaron una importante decisión: no se centrarían en la culpabilidad de su cliente o en las pruebas físicas. Por el contrario, se apoyaron en demostrar sus mermaidas facultades mentales. Presentándolo como un asesino loco, sus abogados esperaban, al menos, salvarlo de la pena de muerte. Sin embargo, la estrategia de defensa al cuestionar el estado mental de Sirhan falló. En abril de 1969, Sirhan Sirhan fue acusado de asesinato y condenado a muerte en la cámara de gas de California. La sentencia fue conmutada más tarde por cadena perpetua, después de que el Tribunal Supremo de Estados Unidos declarase inconstitucional la pena de muerte. Los acontecimientos de aquella noche de junio de 1968 nunca fueron resueltos. El departamento de Policía pidió al público que confiara en la versión oficial del suceso. El caso fue cerrado, o eso parecía.

DEMASIADAS INCÓGNITAS SIN ACLARAR

En el juicio, la labor policial y las pruebas nunca fueron cuestionadas. Los críticos de la investigación insistieron en que quedaban lagunas sobre la actuación de Sirhan en solitario. La primera cuestión que no estaba clara era el recuento de balas. ¿Cuántas balas fueron disparadas realmente en la cocina del hotel Ambassador? La pistola de Sirhan sólo podía albergar ocho proyectiles y todos ellos fueron disparados, según la respuesta de la policía. El jefe de criminología de la policía de Los Ángeles, DeWayne Wolfer supervisó la reconstrucción de los hechos y diseñó un complicado diagrama para justificar la teoría de las ocho balas disparadas desde el arma de Sirhan. Según este análisis, una de las balas se perdió en el techo; cinco entraron en las víctimas que sobrevivieron y dos balas impactaron en el cuerpo del senador Kennedy. Eso hace un recuento del máximo de balas que podía albergar la pistola de Sirhan.

Pero los testigos, incluyendo a William Bailey, uno de los oficiales del FBI en la escena del crimen, dijeron que había pruebas de que se dispararon dos balas más. Casi una docena de agentes de policía declararon haber visto lo que no dudaron en calificar como agujeros de balas en el marco de una puerta, dos proyectiles que no podía albergar la pistola de Sirhan. Incluso, hay fotografías que muestran esos agujeros extras en la puerta señalados, en un primer momento, por la policía como causados por balas. «Siempre nos preguntamos por qué no se presentaron estas fotos como pruebas en el juicio», indica Paul Schrade, ayudante de Kennedy y víctima en el atentado.

Según el escritor y profesor de ciencias políticas Phillip Melanson, la clave de todo esto está en que, si realmente eran agujeros de bala, si se cuentan las balas, Sirhan disparó diez. Algo difícil cuando la pistola del calibre 22 tenía una capacidad de ocho balas. La explicación de la policía

sobre las misteriosas marcas fue completamente diferente: ninguno de los policías que vieron los agujeros eran unos forenses especialistas y, por lo tanto, no podían saber si las marcas estaban hechas por una bala o podrían estar provocadas por muchas otras causas. Se necesitaba una persona cualificada para estudiarlo... pero nadie lo hizo.

Aún hay una segunda cuestión por resolver sobre el asesinato: ¿cuál fue la distancia real entre el arma de Sirhan y el senador Kennedy? Según el coronel Thomas Noguchi, que dirigió la autopsia de Kennedy, le dispararon a quemarropa. Basó sus conclusiones en las pruebas físicas. Sin embargo, éstas entraban en contradicción con los testimonios de los que allí estuvieron. La mayoría de los testigos de la cocina dijeron que Sirhan se encontraba a varios metros de Kennedy cuando le disparó. Para la policía esta discrepancia sólo es producto de la confusión de los testigos.

Además, surge otra duda: el informe de la autopsia estableció que la bala mortal fue disparada desde atrás. Los testigos, sin embargo, afirmaron que Sirhan estuvo, en todo momento, frente a Kennedy. ¿Cómo podría Sirhan entonces haber hecho el disparo? Según Phillip Melanson, «ningún testigo vio cómo Sirhan disparó a Kennedy». Es más: tampoco hubo pruebas de si coincidía la pistola y el proyectil que lo mató. Después de un cuidadoso examen en el laboratorio criminal de la policía, los expertos en balística descubrieron que la bala estaba demasiado deformada como para permitir ningún análisis definitivo. «Desde el punto de vista balístico, no podemos estar seguros de que las balas de Sirhan mataran a Robert Kennedy. Logísticamente no podemos asegurarlo. Así, cuando se habla de la posibilidad de que hubiera otra arma estamos queriendo decir que el asesino del senador Robert Kennedy sigue libre», afirma Phillip Melanson. En esta línea, algunos expertos indican que hubo dos asesinatos la madrugada del 5 de junio. Dos pistolas que acabaron con la vida de Kennedy desde distintos lugares. Sirhan sólo tenía una y, por tanto, ¿dónde está la otra pistola y quién la disparó?

Para los más críticos al trabajo de investigación del departamento de policía significaba que el asesinato del senador había conseguido justo lo contrario de lo que pretendía evitar la policía: preguntas sin respuestas. «Las preguntas siguen ahí: ¿existió un segundo revólver que fuera disparado aquella noche? ¿Hubo un segundo asesino, alguien que no fuera Sirhan Sirhan? Todavía no conocemos la respuesta», señala Paul Schrader. Por el contrario, para el sargento de policía Willian Jordan «es físicamente imposible que hubiera una conspiración y no hemos encontrado ninguna prueba al respecto. Ningún investigador ha podido probarlo».

LA MUJER DEL VESTIDO DE LUNARES

Entre los que insistieron en que el asesinato de Robert Kennedy podría ser producto de una conspiración, se encontraban varios testigos que habían intentado dar sentido a la caótica escena del hotel Ambassador. En este caso se comprobó que la gran cantidad de testigos no hizo más fácil el trabajo de los investigadores. Al contrario, cada cual dio una versión diferente de lo que creía haber contemplado.

No hay duda de que Sirhan Bishara Sirhan fue visto y, consecuentemente, capturado con una pistola recién disparada. Sin embargo, los testigos vieron a una mujer sospechosa en compañía de un hombre, junto con Sirhan, en la escena del asesinato. Así lo aseguró Sandra Serrano, entonces una joven de 21 años, colaboradora en la campaña de Kennedy. Ese día se encontraba en una de las salidas de incendios cuando el político fue asesinado. Según Serrano, una pareja joven salió corriendo, gritando que acababan de disparar al senador. Ambos chillaron: «¡¡e hemos disparado, le hemos disparado!» y desaparecieron antes de que tuviera tiempo de actuar. Menos de una hora después, ya se especulaba sobre que el asesinato podría ser producto de una conspiración.

En esos primeros momentos, nadie comprobó la información dada por Serrano. Contó en la televisión su historia y se convirtió en la testigo más famosa de la misteriosa mujer vestida con un traje de lunares. Dos semanas después del asesinato, el 20 de junio, el sargento de policía Hank Hernández se citó a cenar con Sandra Serrano. Después, se dirigieron al cuartel general para pasar la prueba del polígrafo y Serrano volvió a contar la historia sobre el joven y la mujer con un traje de lunares, pero bajo la presión del policía, se retractó de su declaración. Hernández grabó el interrogatorio, una grabación que permaneció en secreto en los archivos del departamento durante los siguientes veinte años.

«Ella terminó por negarlo bajo tanta presión. Era una persona honesta y no pretendía mentir. A veces, los testigos intentan ayudar tan mal que dicen lo que creen que quieres que digan. Es lo peor de un caso de conspiración. La gente quiere ayudar, pero no es precisa», cuenta el sargento de policía William Jordan. En su única intervención pública sobre el asunto en 1988, Serrano declaró a un periodista de la radio que, en 1968, sólo dijo a la policía lo que ellos querían oír.

Pero Serrano no fue la única persona que dijo haber visto a una misteriosa mujer con un vestido de lunares en el hotel Ambassador. El sargento de policía Paul Sharaga también afirmó tener testigos de este hecho. Minutos después del tiroteo, una afligida pareja que se identificó como los Bernstein le dio la descripción de unos posibles sospechosos que coincidían con lo señalado por Serrano. Y volvieron a repetir que la mujer llevaba un vestido de lunares. Sharaga no tenía dudas de que la información de los Bernstein era auténtica «porque fue una reacción espontánea, a los pocos minutos del asesinato, y no habían tenido oportunidad de adornar lo que creyeron que vieron u oyeron», asegura. El departamento de policía nunca intentó encontrar a la pareja y los agentes y sus superiores afirmaron no haber recibido nunca el informe de Sharaga con sus declaraciones.

Pero más inquietante fue el hecho de que otros testigos dijeran haber visto, en diferentes lugares del hotel, a la mujer del vestido de lunares en compañía de Sirhan. Pero, de nuevo, el departamento de policía tomó estos testimonios como simples casos de confusión de identidad durante un momento de caos. Ocho meses después del tiroteo, el misterio fue zanjado, al menos para la policía: indicaron a la prensa que habían encontrado a la sospechosa y que no tenía nada que ver con el asesinato, sino que se trataba de Valerie Schulte, una voluntaria de la campaña de Kennedy. Claro que aquel nefasto día, Valerie iba con muletas, algo que ningún testigo indicó haber visto durante toda la investigación anterior en referencia a la mujer vestida de lunares. Además, Valerie Schulte era rubia y no morena, como habían descrito los testigos. «La realidad es que nunca se encontró a la mujer del vestido de lunares, nadie supo quién era, ni su papel en la escena del crimen o como cómplice de Sirhan Sirhan», señala Phillip Melanson.

DESAPARECEN LAS PRINCIPALES PRUEBAS

Durante los años siguientes al asesinato de Robert Kennedy, el departamento de policía de Los Ángeles mantuvo un absoluto silencio sobre el contenido de los archivos del FBI. Cuando pasaron los años setenta, la especulación, que ya había comenzado después de la condena de Sirhan, se incrementó. La policía no se cansaba de afirmar en público que era un caso resuelto, pero nunca sacaron a la luz ni contaron a ningún periodista la información que tenían, sino que guardaron todo en secreto. En 1987, la comisión de la policía de Los Ángeles se rindió a la presión pública y a una serie de demandas ordenando que el jefe Daryl Gates hiciera públicos los archivos del caso Kennedy. La apertura de los archivos proporcionó a los críticos munición suficiente para acusarlos de encubrimiento,

ya que su contenido reflejaba bastantes dudas sobre el trabajo de la policía o sus informes.

Las evidencias y pruebas más importantes habían desaparecido, incluyendo el material que podría haber resuelto las teorías que favorecían una conspiración. Por ejemplo, en abril de 1969, sólo un mes después de la condena de Sirhan, se supo que más de dos mil fotografías utilizadas en la investigación fueron quemadas por la policía, que también destruyó en secreto los marcos de la puerta de la despensa de la cocina donde tantos investigadores insistieron en la existencia de dos impactos de bala de una segunda arma, y los paneles del techo. La explicación de la policía fue «no tener suficiente espacio en la sala de pruebas para almacenar más material». Para William Bailey, ex miembro del FBI, «podían haber tenido más imaginación a la hora de explicar por qué habían destruido pruebas tan importantes».

Con la falta de pruebas y tantas preguntas sin respuestas sobre la investigación, los defensores de una posible conspiración quedaron relegados al reino de la especulación. Una de las conjeturas que se planteó fue la susceptibilidad de Sirhan frente a la hipnosis y la posibilidad de que su mente estuviera alterada durante el tiroteo. Algunos expertos que lo vieron tras el atentado piensan que Sirhan estaba hipnotizado y había sido entrenado para desviar la atención de los investigadores que buscaban una conspiración. «Sirhan demostró ser un excelente sujeto hipnótico. Se sorprendieron de lo fácil que era hipnotizarlo y lo difícil que fue hacerlo hablar tras el tiroteo. Se habló de que era una persona que podría haber sido manipulada por otros a través de la hipnosis.» Las notas encontradas en su casa, llenas de escritos repetitivos sobre su deseo de matar al senador, también parecían ser síntoma de algún tipo de hipnosis. Sin embargo, en la actualidad, la idea de que Sirhan era un robot asesino, como un personaje de *El mensajero del miedo*, es sólo un callejón sin salida.

Más de treinta años después del asesinato de Robert Kennedy, las pistas siguen congeladas.

Los que critican a la policía de Los Ángeles no encontraron otros posibles sospechosos, aunque había muchos candidatos porque Robert Kennedy tenía enemigos con motivos suficientes para querer asesinarlo. Jimmy Hoffa, todopoderoso presidente del Sindicato de Camioneros, la organización sindical más importante de Estados Unidos, turbio personaje de métodos gangsteriles y comprobadas complicidades en los bajos fondos, había sido perseguido por Robert Kennedy desde su puesto de Fiscal General, y estaba en la cárcel desde el año anterior al asesinato, cumpliendo una condena de trece años. Significativamente fue indultado en 1971, cuando sólo llevaba cuatro años preso, por Richard Nixon, a quien la desaparición de Robert Kennedy le abrió un fácil pasillo a la Casa Blanca. Tampoco se puede desdeñar la inquina que se tenían Bob Kennedy y J. Edgar Hoover, el intocable jefe del FBI, un auténtico poder fáctico en Estados Unidos durante cuarenta y ocho años.

Se habló de la mafia, de renegados de la CIA, del Ku Klux Klan... Paul Schrade y otros críticos creen que, a pesar de que los archivos de la policía están incompletos, la búsqueda de las respuestas debería continuar. Para Phillip Melanson, los informes tampoco responden a las preguntas de conspiración, a la culpabilidad o inocencia de Sirhan y a la autoría del asesinato, y no debería haberse cerrado el caso.

EL SILENCIO DEL ASESINO

Durante todos estos años, Sirhan ha guardado silencio y cada vez que ha solicitado la libertad condicional su petición ha sido rechazada. Sirhan tuvo la oportunidad de conseguirla por primera vez en 1986. Ante el tribunal expresó su remordimiento por el crimen, pero negó que efectuara los disparos que mataron al senador. En 1997 volvió a repetir que él

no había matado a Robert Kennedy, y aseguró que sólo era víctima de una trampa. Estas afirmaciones no lo han beneficiado puesto que siempre se le ha denegado la condicional. Tampoco han servido para que aclarara las preguntas sin respuestas que rodeaban al asesinato de Robert Kennedy.

Mientras para Daryl Gates, jefe del departamento de policía de Los Ángeles, el asesinato está completamente aclarado y no hay misterio alguno en lo que hizo Sirhan, para el ex miembro del FBI William Bailey ha habido que «aceptar la versión oficial de lo que ocurrió y tomar como cierto algo que no lo es». Claro que Lynn Compton, ex fiscal del Estado es más explícito: «Las teorías de la conspiración sugieren dos cosas: o que éramos totalmente incompetentes o que formábamos parte de la conspiración. Tendré que dejar pensar al público si yo formé parte de la conspiración».

El hotel Ambassador de Los Ángeles, escenario del asesinato, cerró sus puertas en 1989 y el edificio en que funcionó como hotel durante ochenta y cuatro años se demolió completamente para construir una escuela secundaria. Robert Kennedy está enterrado en el Cementerio Nacional de Arlington, en el estado de Virginia, a pocos kilómetros de Washington, junto a la tumba de su también asesinado hermano, el presidente John F. Kennedy. Todavía hoy nadie sabe muy bien cómo entró el asesino en la cocina y cómo descubrió el cambio de recorrido, plan alterado en el último instante, que condujo al candidato por ese lugar. Tampoco está claro si actuó solo, ni qué razones lo llevaron a asesinar. Además hay dudas sobre el número de balas, su trayectoria, la cercanía de los protagonistas y la forma en la que fueron heridas las víctimas. Bastantes incógnitas, según mantienen los partidarios de la conspiración. Mientras, el Departamento de Prisiones ha negado a Sirhan la libertad condicional en diez ocasiones. A pesar de que su familia ha pedido que se abra una

investigación sobre el caso, no ha habido respuesta oficial y él sigue en su celda californiana.

LEYENDAS NAZIS

Las profecías sobre el nazismo

El fenómeno de la vertiginosa ascensión de Hitler al poder, la posterior guerra mundial y la caída del nazismo han llamado la atención de todo tipo de investigadores, desde los historiadores más rigurosos hasta los amantes de las ciencias ocultas y la adivinación. Hay muchos que creen que la figura de Hitler y sus siniestras hazañas fueron profetizadas en numerosos textos antiguos. Incluso hay quienes opinan que ya la Biblia predijo la existencia de un hombre que «destruiría a poderosos y al pueblo de los santos», en una clara alusión del pueblo judío. Algunas predicciones las hicieron figuras muy conocidas, como Nostradamus; otras, casi se perdieron para la historia, blanco de la persecución del régimen nazi por sus blasfemas palabras y sus oscuros vaticinios. En cualquier caso, todas estas profecías ofrecen el escalofriante retrato de una fuerza malvada y siniestra que aterrorizaría el mundo.

Algunos investigadores afirman que las primeras profecías que anuncian el auge y caída de Hitler y los suyos están en el Antiguo Testamento. Los partidarios de esta teoría se apoyan en un paralelismo entre Amán—figura que aparece en el libro de Esther— y el fin de los jefes más relevantes de la Alemania nazi. Amán era el ministro principal o valido de Asuero, nombre que dan los judíos a Jerjes, Gran rey de los persas. Amán era «el segundo en honores después del rey», según dice el Libro de Esther (13, 3), y había tenido que disputar ese puesto con el judío Mardoqueo, tío de la nueva esposa de Asuero, la seductora Esther, el cual, tras perder el pulso con Amán, siguió intrigando contra él. De ahí viene sin duda la animadversión de Amán hacia los judíos y su intento de

neutralizar su influencia, que sin duda era grande en el reino de Asuero. Es curioso que la política antisemita de los nazis tuviera la misma excusa: neutralizar lo que según ellos era un excesivo y disimulado predominio hebreo en la sociedad alemana.

Amán acabó sus días colgado junto a sus diez hijos de las horcas que, en un principio, se habían destinado a los judíos. En el texto hebreo aparecen, además, tres letras que se han interpretado como equivalentes al año 5707 del calendario judío, fecha que corresponde al año 1946 en el calendario actual.

En 1946, el tribunal internacional de Nuremberg sentenció a morir en la horca precisamente a once jerarcas nazis, aunque hubo también una condena en rebeldía: la del secretario de Hitler, Martin Bormann, desaparecido sin que se sepa hasta la fecha si logró escapar o murió en la confusión de los últimos días del Reich.

El más destacado de los condenados era Hermann Göring, número dos del régimen por su condición de delfín de Hitler y mariscal del Reich (es decir «el segundo en honores después del rey», como dice el Libro de Esther refiriéndose a Amán, lo que enriquece la teoría de la profecía). Además, era comandante en jefe de la poderosa Luftwaffe o Fuerza Aérea y acumuló muy diversos altos cargos: presidente del Reichstag, ministro del Interior de Prusia, montero mayor...

Göring logró suicidarse con una cápsula de cianuro poco antes de la ejecución de la sentencia, que sí se aplicó, en cambio, a los otros jerarcas nazis, diez en número como los hijos de Amán, y reos, como éstos, de perseguir a los judíos: Joachim von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores; Wilhelm Keitel, jefe del Mando Supremo de las Fuerzas Armadas (OKW, Oberkommando der Wehrmacht); Ernst Kaltenbrunner, jefe del Organismo Supremo de Seguridad del Reich (RSHA); Alfred Rosenberg, ideólogo del racismo y ministro de Territorios Ocupados; Hans Frank, gobernador general de Polonia; Wilhelm Frick, ministro del Interior

hasta 1943; Julius Streicher, director del periódico antisemita *Der Stürmer*; Fritz Sauckel, comisario general para la Mano de Obra (eufemismo para el trabajo forzado); Alfred Jodl, jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas; Arthur Seyss-Inquart, antiguo *gauleiter* (jefe del partido) de Austria y comisario general de los Países Bajos.

En la Biblia se encuentra lo que puede interpretarse como más pistas sobre el nazismo en el Libro de Daniel, uno de los profetas menores. Entre otras cosas, cuando Nabucodonosor persigue a los judíos que se niegan a adorar su estatua de oro, ordena que los arrojen a un horno encendido (Daniel, 3, 8-22).

La acción del Libro de Daniel se sitúa en el siglo VI a.C., aunque en realidad fue escrito tres siglos más tarde y relata como profecías acontecimientos ya históricos, relativos a los reyes persas Ciro, Cambises, Darío y Jerjes, a Alejandro Magno y a las dinastías fundadas por los diadocos, los generales de Alejandro que se repartieron su Imperio.

Entre los seléucidas que gobernaban la parte asiática, cita a Antíoco IV Epifanes, del que dice: «Surgirá al fin en lugar de éste un hombre despreciable, a quien no se conferirá la dignidad real, sino que se introducirá mediante la astucia y se apoderará del reino a fuerza de intrigas. Las fuerzas enemigas serán completamente derrotadas por él y aniquiladas, así como un jefe de la Alianza» (Daniel, 11, 21-22).

La Alianza se refiere al pueblo de la Alianza con Dios, es decir el pueblo hebreo, y ese «jefe» que cita Daniel es el sumo pontífice del templo de Jerusalén Onías III, que fue depuesto por Antíoco Epifanes. Los que creen en las profecías bíblicas del nazismo ven una prefiguración de Hitler en dicho Antíoco, por la forma en que éste llega al poder, sin derecho legítimo, mediante engaños e intrigas, y por la persecución que desencadena contra sus súbditos judíos, culminando en lo que para éstos es el mayor sacrilegio, «la abominación de la desolación», la profanación del Templo.

Antíoco está a punto de derrotar definitivamente al reino lágida de Egipto, cuando una intervención exterior lo salva: «Vendrán contra él las naves de los quittim, y tendrá que desistir de su propósito» (Daniel, 11, 30). Los quittim son los romanos, y en la lógica profética prefigurarían a los estadounidenses, llegados en sus naves para salvar a Inglaterra en la Segunda Guerra Mundial. Pero el versículo continúa de forma aún más dramática; Antíoco ve cómo la llegada de los quittim le impide el triunfo, «pero desahogará su furor contra la alianza santa». Como es sabido, los planes de exterminio de los judíos se aceleraron conforme avanzaba la Segunda Guerra Mundial y la intervención de Estados Unidos y la URSS iba haciendo patente que Hitler no lograría «su propósito».

LAS PREDICCIONES DE NOSTRADAMUS

En el siglo XVI de la era cristiana, vuelven los vaticinios sobre el ascenso del nazismo y el poder de Hitler, al menos eso es lo que interpretan varios expertos en los libros de Michel de Nostradamus. El célebre visionario Nostradamus comenzó a escribir en el año 1555 sus *Centurias*, unos diez libros o capítulos que contienen cien asombrosas predicciones cada una, escritas en estrofas de cuatro versos, llamadas cuartetos. Sus seguidores creen firmemente que el vidente predijo la Revolución francesa, el Gran Incendio de Londres, el asesinato de John Fitzgerald Kennedy o los ataques del 11 de septiembre a las Torres Gemelas. También aseguran que, en el primer volumen de sus *Centurias*, Nostradamus auguró la aparición de tres Anticristos: el primero sería Bonaparte; el segundo, Hitler, y el tercero está aún por venir, aunque los más catastrofistas especulan con una posible tercera guerra mundial relacionada con el integrismo islámico más radical.

Los investigadores consideran que de toda la obra de Nostradamus hay cuatro cuartetos que podrían hacer referencia explícita a Hitler o, al

menos, guardan un paralelismo directo con su trayectoria vital. En la primera de ellas, Nostradamus escribió:

*De lo más profundo del Occidente de Europa,
de gente pobre un joven niño nacerá
que por su lengua seducirá a muchos.
Su fama aumentará en el reino de Oriente.*

Al repasar la historia familiar de Hitler comienzan las primeras coincidencias. Casualidades o no, lo cierto es que el origen de Hitler es muy humilde, «de gente pobre». Su padre, Alois Hitler, era agente de aduanas en Braunau, un puesto fronterizo entre Austria y Baviera donde nació Adolf el 20 de abril de 1889. En 1876, el hombre que habría de convertirse en el padre de Adolf Hitler cambió su apellido Schicklgruber por el de Hitler. Los Schicklgruber fueron una familia campesina durante muchas generaciones en Waldviertel, en la parte noroccidental de la Baja Austria. Alois había nacido en la pequeña aldea de Strones, en 1837, hijo ilegítimo de una sirvienta que trabajaba en casa de un propietario supuestamente judío.

Se casó con su sobrina Klara Pölz, también campesina, su tercera esposa y madre de Adolf y de otros cinco hijos.

Prosiguiendo la interpretación de los versos de Nostradamus, sus dotes para la retórica y la demagogia política hacen que «por su lengua» seduzca a muchos. En este punto, ningún historiador duda de la increíble capacidad de argumentación de Hitler para defender sus ideales y, sobre todo, de su facultad de convencimiento y de elocuencia. También fue cierto que «su fama aumentará en el reino de Oriente».

Lo que puede interpretarse en un doble sentido: por una parte puede hacer alusión a la fascinación que sintieron los austríacos ante su compatriota que había llegado a canciller de Alemania, que permitió la anexión de Austria por el Reich o Anschluss (11 de marzo de 1938) sin

disparar un solo tiro, entre el entusiasmo generalizado de la población austríaca. Hay que tener en cuenta que el nombre nativo de Austria es Österreich, literalmente el imperio del Este o de Oriente en alemán arcaico.

También puede referirse a la triste notoriedad alcanzada por Hitler en Rusia, el país más oriental de Europa, tras la invasión lanzada sin previa declaración de guerra el 22 de junio de 1941. La campaña de Rusia alcanzó unos niveles de crueldad y encarnizamiento sin parangón en el resto de Europa y costó la vida a más de veinte millones de rusos. Los nazis realizaron durante su ocupación de los territorios soviéticos una auténtica guerra de exterminio, pues consideraban a la eslava una raza inferior, sólo un punto por encima de la judía.

Para muchos investigadores, la segunda cuarteta de Nostradamus es aún más clara. Dice así:

Vendrá a tiranizar la Tierra.

Hará crecer un odio latente desde hace mucho.

El hijo de Alemania no observa ley alguna.

Gritos, lágrimas, fuego, sangre y guerra.

Los dos primeros versos responderían al clima social que propició el ascenso de Hitler al poder. Tras la Gran Guerra, la Primera Guerra Mundial, Alemania fue duramente castigada por el Tratado de Versalles, que estableció elevadas reparaciones de guerra que debía satisfacer a los vencedores. Esas condiciones no sólo pesaron terriblemente sobre la economía alemana, sino sobre la propia dignidad nacional, cuando la imposibilidad de pagar las reparaciones llevó a Francia y Bélgica a ocupar militarmente la cuenca minera del Ruhr, el corazón industrial de Alemania.

Otra de las humillaciones que salieron del Tratado de Versalles fue una serie de restricciones militares, que limitaban a niveles inanes su ejército y su marina e incluso prohibían que tuviese fuerza aérea.

El pueblo alemán, frustrado ante las intromisiones extranjeras y la precaria situación económica, buscó un jefe que le diera seguridad. Y eso precisamente era lo que ofrecía Hitler: seguridad. Seguridad no sólo en el campo del orden público —hasta entonces convulsionado por los enfrentamientos entre izquierdistas y derechistas— o en el económico, con una política que creaba empleo y daba fortaleza al marco, que había pasado por un proceso inflacionario delirante. También ofrecía seguridad en el plano de la psicología colectiva: le daba al pueblo alemán una explicación de su derrota en la Gran Guerra —algo que a los alemanes les resultaba difícil comprender— y de las penurias posteriores: todo se debe a la traición y a los manejos de los judíos, contra quienes canalizó las frustraciones fruto de la mala situación económica y las humillaciones de la política internacional.

Hitler estaba convencido de que su Reich duraría mil años y sería el Tercer Imperio (*Reich* significa «imperio» en alemán), después del Sacro Imperio de Carlomagno, que duró hasta la época napoleónica, y del Imperio alemán puesto en pie por el canciller Bismarck en el siglo XIX, que tuvo una vida mucho más corta, pues sólo llegó hasta 1918.

Los historiadores coinciden en que el poder de Hitler provino del pueblo de Alemania, donde se presentó a sus seguidores como «el hombre del pueblo». Según explica la experta Marla Stone, Hitler era un hábil demagogo, capaz de presentar eficazmente a cada público el mensaje que quería oír. «Sin duda, la mayoría del 33 por ciento de los alemanes que había votado en el año 1933 al partido nazi —señala— no podía imaginar entonces que su voto provocaría seis millones de judíos y veinticinco millones de soviéticos muertos. Así gradualmente la población comenzó a temer a la Gestapo, a las SS y a la policía secreta.» O lo que es igual, la gente tenía miedo de enfrentarse al nazismo, al «hijo de Alemania» que «no observa ley alguna».

La tercera cuarteta es quizá la más fascinante y controvertida, debido a su enigmático último verso. Nostradamus escribió:

*Un capitán germano vendrá escudándose tras falsas esperanzas.
Y su revuelta verterá gran cantidad de sangre.
Bestias enloquecidas de hambre los ríos atraviesan.
La mayor parte del campo estará contra Hister.*

Hitler era el capitán germano que promete lo imposible, la revuelta es el nacimiento del partido nazi y el derramamiento de sangre fue evidente. Para algunos investigadores, las bestias salvajes que cruzan ríos puede referirse a las invasiones de Polonia, Francia y Rusia, para las que hubo que salvar algunos de los grandes ríos europeos, pero ¿qué es Hister? Una teoría defiende que Hister es el apellido Hitler, fonéticamente próximo y basta con cambiar una letra para que sea idéntico. Otros piensan que se refiere al río Danubio, cuyo nombre latino es Ister, como referencia a Austria, país por donde pasa este río y también lugar de nacimiento del dictador.

El enigma aumenta al analizar la cuarta estrofa, aún más misteriosa. En ella Nostradamus predice:

*Cerca del Rin, de las montañas austríacas,
un grande nacerá demasiado tarde.
Un hombre que defenderá Hungría y Polonia
y nunca se sabrá qué se hizo de él.*

Identificar a Hitler con «un hombre que defenderá Polonia» causa no poco desconcierto. Al fin y al cabo, la Segunda Guerra Mundial se desencadenó por la agresión de la Alemania nazi contra Polonia. Sin embargo, buena parte del territorio polaco fue anexionado al Reich y fue posteriormente defendido por la Wehrmacht frente al avance soviético. Los

soldados alemanes defendieron también ferozmente Hungría ante la ofensiva del Ejército Rojo.

De todas formas aún se han hecho otras interpretaciones. Dado que las *Centurias* de Nostradamus están escritas de forma deliberadamente oscura, en un francés arcaico y pintoresco, entreverado de palabras en español, italiano, hebreo o latín, algunos investigadores interesados en encontrar profecías interpretan que esa cuarteta habla de un hombre que se defenderá de Hungría y Polonia.

Los nazis, en efecto, justificaron su invasión de Polonia en 1939 fingiendo un ataque previo polaco. Más difícil es encontrar sentido a «defenderse de Hungría», puesto que Hungría era un aliado del Reich, que incluso entró en guerra al lado de Alemania, participando en la invasión de Rusia. Solamente en octubre de 1944, cuando el gobierno húngaro intentó firmar la paz con la URSS por su cuenta, hubo un conflicto entre Hungría y Alemania, el cual provocó un golpe de Estado utilizando a los elementos húngaros más filonazis.

El último verso de la cuarteta se interpreta como una alusión al final de Hitler, dando pábulo sobre todo a quienes creen que su suicidio junto a Eva Braun, el 30 de abril de 1945, fue una farsa y que el cadáver que se mostró era el de uno de los incontables dobles del Führer. De ser cierto, la huida de Hitler no sólo sería una de las más extraordinarias de la historia, sino que además contaría con el respaldo de una profecía de Nostradamus.

VATICINIOS DEL SIGLO XIX

Avanzando en el tiempo, hemos de viajar hasta el siglo XIX para volver a encontrar pruebas escritas de profecías sobre Hitler. En 1830, el adivino y místico bávaro Matthias Stormberger manifestó una destacada precisión en sus predicciones del mundo del siglo XX. Así, auguró el

nacimiento del ferrocarril, el automóvil y el avión. De ellos dijo que «se construirán artilugios de hierro y monstruos férreos ladrarán por el bosque. Llegarán carros sin caballos ni aparejo, y el hombre surcará el aire como un pájaro». También supo predecir la Primera Guerra Mundial cien años antes, y dio los detalles sobre un conflicto que se convirtió en la Segunda Guerra Mundial, sobre la Gran Depresión y una tercera adversidad, otra guerra mundial. Stormberger dejó escrito estas explícitas palabras:

Dos o tres décadas después de la primera guerra vendrá una segunda aún más larga. En ella se implicará la práctica totalidad de las naciones del mundo. Millones de hombres perecerán, sin ser soldados. Del cielo caerá fuego y muchas grandes ciudades serán destruidas.

Tal y como él predijo, veinte años después del fin de la Primera Guerra Mundial comenzaba la Segunda Guerra Mundial, que superó ampliamente los cuatro años de duración de la primera, y en la que, por primera vez en la historia, la mayor parte de los muertos no eran militares, sino civiles inocentes. Frente a los medios militares anteriores, las nuevas formas de hacer la guerra desarrollaron extraordinariamente los bombardeos aéreos intensivos sobre las grandes ciudades.

Por la misma época, otros personajes que no eran precisamente adivinos ni videntes supieron adelantarse y prever los acontecimientos futuros. Uno de ellos, el reconocido historiador Jacob Burckhardt, dejó escrito en su correspondencia un retrato clarividente de los totalitarismos que asolarían Europa en el siglo xx:

Veo una Europa gobernada por tergiversadores que harán que el pueblo marche en ejércitos industrializados, en campos, al son de los tambores.

También el poeta Heinrich Heine se adelantó en noventa años a los acontecimientos. Nacido en Düsseldorf en 1797, en 1820 comenzó a hacer

una serie de predicciones en las que muchos ven el presagio del régimen nazi. La más famosa era una advertencia dada en 1821 que decía:

Aquellos que comienzan quemando libros acaban quemando hombres.

Hasta 1840, más de noventa años antes del III Reich, Heinrich Heine escribió proféticas obras y sátiras, y las palabras del poeta hasta nuestros días han alimentado la controversia, como su afirmación:

Tor surgirá sacudiéndose el polvo de los ojos y blandiendo su martillo hará pedazos las grandes catedrales góticas.

Hay que señalar que Thor, como se escribe en lengua germánica, era sinónimo de «trueno», mientras que el rayo se representaba con su martillo. Además el dios Tor era el equivalente a Júpiter en el panteón germánico (por eso el jueves, *dies Jovis*, día de Júpiter, se dice *thursday* en inglés) y como tal tenía el poder de descargar rayos y truenos sobre la Tierra, una buena metáfora de los bombardeos aéreos.

En 1933, la lista de los veinte mil volúmenes quemados por la Alemania nazi incluía las predicciones de Stormberger, los escritos de Burkhardt y las obras completas de Heine.

LOS TEÓSOFOS Y LA SUPERIORIDAD DE LA RAZA

En 1860, más de medio siglo antes de la aparición de Hitler, surgió una nueva filosofía religiosa que iba a convertirse en la ideología del III Reich. La voz pertenecía a Helena Petrovna Blavatsky. Madame Blavatsky, como la llamaban, fue uno de los profetas más influyentes y fascinantes de su época. En 1875 fundó la Sociedad Teosófica, que aunaba conceptos religiosos de la Nueva Era, la cristiandad, el paganismo y el ocultismo. Su libro más importante, *La doctrina secreta*, pronto inspiró al

nacionalsocialismo. En él presentaba una historia de la humanidad dividida en siete etapas evolutivas que denominaba «razas raíces». Para que la última raza, la superior —a la que llamó aria—, permaneciera, era necesario eliminar las razas primitivas. Una derivación de la teosofía de madame Blavatsky fue la ariosofía, doctrina que aseguraba que toda la sabiduría y las civilizaciones más avanzadas provenían de los caucásicos o arios.

El teósofo alemán Guido von List aunó ambas corrientes espirituales y se convirtió en un fiel creyente en el poder y los derechos adquiridos de la raza aria. En consecuencia, sus profecías destilan cierta esperanza en una figura salvadora, lo cual no le resta una sorprendente cercanía con la realidad. En 1910, Von List dijo:

Que los acorazados de Odín disparen truenos, centellas y balas de cañón, y traigan el orden a nuestro alrededor subyugando a las razas inferiores de este mundo.

También proclamó una misteriosa profecía que decía lo siguiente:

Un extraño llega de arriba trayendo el orden, sentándose a la mesa y provocando aquiescencia y conformidad en todo.

Lo importante no son las palabras en sí, sino los comentarios posteriores a ellas, en las que List hablaba, en 1910, exactamente de un Führer que uniría no sólo a Alemania y Austria sino a todo el pueblo germano. Según Nicholas Goodrick-Clarke, catedrático de la Universidad de Exeter (Gran Bretaña) fue aún más lejos. «Sugirió —afirma— que una fuerza milenaria regresaría en 1932 para llevar la revolución a Alemania, y que no pasaría más de un año para la proclamación del III Reich.»

Los ecos de la teosofía de madame Blavatsky, amplificadas por la teoría de la supremacía del pueblo ario de Von List, acabarían resonando en las

ideas de Lanz von Liebenfels, considerado por muchos historiadores el padre del nacionalsocialismo. Liebenfels estaba convencido de que la quinta raza o raza de la esperanza, su coetánea, alcanzaría en poco tiempo la cima de la espiritualidad. Su actividad como propagandista fue incansable, y elaboró incontables disertaciones y folletos sobre los que él llamaba «los claros» (*die Licht*) y «los oscuros» (*die Dunklen*) con todo tipo de detalles sobre su anatomía, sus conductas sexuales o su comportamiento en la guerra.

En 1904, Liebenfels ya hablaba de la raza aria como los «hombres de Dios» o *Gottmenschen* y defendía la esterilización de los enfermos y las razas inferiores, teoría que más tarde usarían los nazis para justificar las atrocidades en campos de exterminio como el de Auschwitz. De entre todas sus publicaciones destacaba la revista *Ostara*, un panfleto extremista que tenía en el joven Hitler a uno de sus más ávidos lectores. Años más tarde, éste citaría párrafos enteros de *Ostara* en su obra *Mein Kampf* (*Mi lucha*), escrita en 1924 y considerada como el catecismo del movimiento nacionalsocialista. Peter Levenda, autor del libro *La alianza maléfica*, recoge el testimonio de Liebenfels sobre una visita que hizo Hitler a su oficina de Viena para discutir teorías ocultistas. Al parecer, le dio tanta lástima de sus evidentes penurias económicas que Liebenfels le regaló a Hitler varios ejemplares de la revista y le pagó el billete de vuelta en autobús.

PREDICCIONES ASTROLÓGICAS

A medida que se acerca la época histórica que ocupó el III Reich, las predicciones se hacen cada vez más numerosas. Los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial vieron una notable popularización de la astrología. Elsbeth Ebertin era una de las más populares astrólogas de la época, editora de la revista *Mirada al futuro*. En 1923, un

lector le pidió que predijera el futuro de su hijo, nacido el 20 de abril de 1889 (fecha real del nacimiento de Adolf Hitler). En el número de julio del mismo año, Ebertin publicó una predicción sorprendentemente cercana a lo que sería la trayectoria hitleriana. El resumen de su carta astral comenzaba así:

Un hombre de acción, nacido el 20 de abril de 1889 con el sol en 29 grados de Aries en el momento de su nacimiento puede exponerse a un peligro por acciones excesivamente incautas y probablemente hará estallar una crisis incontrolable.

A ello añadió que la persona en cuestión, de la que no sabía más que sus datos de nacimiento, sería tomada muy en serio y su destino era ser un valiente jefe militar en batallas futuras, que se sacrificaría por la nación germana e impulsaría un movimiento de liberación alemán. Aunque en 1923 sólo el círculo más íntimo lo llamaba Führer, Ebertin usó esta misma palabra para definir a esa persona nacida el 20 de abril de quien un lector pedía la carta astral.

Uno de los personajes más decisivos en la vida de Hitler fue Dietrich Eckhart, sin cuya colaboración posiblemente éste no hubiera llegado a ser lo que fue. Poeta y traductor, tenía mucho talento, era brillante y ejercía una tremenda influencia sobre el austríaco. Según Nicholas Goodrick-Clarke hasta el punto que fue el mentor de Hitler y lo preparó para convertirse en un futuro líder. Ambos se conocieron en 1919, cuando Hitler, soldado en el ejército alemán, recibió la orden de infiltrarse en un grupúsculo radical que respondía al nombre de Partido Obrero Alemán. Hitler acabó uniéndose a ellos y colaboró activamente desde un principio, hasta que el grupo se transformó en el Partido Nacionalsocialista Alemán o, más reducido, partido nazi.

Sin embargo, Eckhart supo de Hitler mucho antes: durante una sesión de espiritismo a la que asistió una noche de 1915. Según el propio Eckhart relata, una voz le dijo que un alemán llevaría a la raza aria hasta la

victoria final sobre los judíos, y que era su misión guiar a ese mesías. En cuanto Eckhart vio a Hitler, supo que era el hombre de quien le había hablado aquella voz años antes, que cumpliría la profecía de un glorioso futuro de esplendor para los alemanes, y se convirtió inmediatamente en su mentor.

Los dos hombres no podían ser más distintos. Eckhart era un poeta y traductor, consumidor habitual de drogas, y Hitler era vegetariano, abstemio y ni siquiera fumaba, pero Eckhart se empeñó en llevarlo a todo tipo de reuniones y actos sociales, presentándolo como el salvador de Alemania. También lo ayudó a moldear su ideología y a utilizar todos los recursos del lenguaje corporal y mejorar la oratoria persuasiva innata de Hitler. Su autoestima crecía progresivamente, aunque Hitler en esa época se llamaba a sí mismo «el tamborilero» —*der Trummer*—, el que tocaba para otro. Un día se dio cuenta de que él era el salvador de Alemania, tal y como lo presentaba Eckhart en público, y su actitud cambió radicalmente. Ahora él era el Führer. Y en 1923, Eckhart agonizante por culpa de un ataque cardíaco, pedía a sus acólitos que siguieran a Hitler con estas palabras: «Él bailará, pero soy yo quien canta la canción».

Siete años más tarde, en 1930, aparece otro vidente, Erik Jan Hanussen, el astrólogo más famoso de Centroeuropa, una auténtica estrella de la época, propietario de un Cadillac y un impresionante yate, que llegaría a ser conocido como el Nostradamus de Hitler y el profeta del III Reich. Sus predicciones astrológicas y sus sesiones de hipnotismo y mentalismo impresionaban enormemente al público que acudía a sus espectáculos. Por aquel entonces, Hitler se había rodeado de un pequeño grupo de fanáticos, pero el partido no estaba lo suficientemente consolidado. Faltaba un pequeño empuje, y las profecías de Hanussen serían las encargadas de proporcionárselo.

En 1932 comenzó a extenderse el rumor de que Hitler había tenido una serie de encuentros con él, y en marzo de ese mismo año predijo

públicamente que aquél se convertiría en canciller de Alemania en un plazo de doce meses. En el momento de esta predicción, la situación de Hitler no era precisamente esperanzadora.

Las elecciones de julio de 1932 le habían dado a los nacionalsocialistas 230 diputados, pero el canciller Von Papen disolvió enseguida las cámaras y, en una nueva elección celebrada en noviembre, los nazis sufrieron un sensible retroceso con la pérdida de dos millones de votos, mientras que los comunistas ganaban terreno a costa de ellos. En el plano personal, la amante de Hitler había tratado de suicidarse por primera vez; repetiría el intento en 1935. Hitler recurrió desesperado a Hanussen. Según afirma en sus investigaciones Peter Levenda, profesor en la Universidad del Sur de California, el vidente le aconsejó que volviera a su lugar de nacimiento y arrancara una raíz de mandrágora del cementerio a medianoche, el último día del año 1932. «Así solucionaría todos sus problemas y el 30 de enero de 1933 sería el dueño de toda Alemania.» Según se cuenta, el 1 de enero de 1933, después de este conjuro, Hanussen posó sus manos sobre el Führer y entró en un trance místico del que salió asegurando que veía una victoria imparable para Hitler. Así ocurrió. «El 30 de enero, Hitler ya era canciller de Alemania. En cuestión de días, las predicciones de Hanussen se habían cumplido asombrosamente», cuenta Peter Levenda.

Unos días después, el adivino hizo otro pasmoso vaticinio. «Predijo —explica Levenda— que un importante edificio del gobierno ardería, y que este desastre traería un gran cambio en el futuro político germano. Cinco días más tarde —el 27 de febrero de 1933— se incendiaba el Reichstag (el Parlamento de Berlín), suceso que Hitler aprovechó para culpar a los comunistas, dar un golpe de Estado, declarar la ley marcial y tomar el poder absoluto.»

El vidente Hanussen murió asesinado en abril de 1933, a las afueras de un bosque berlinés. No se sabe exactamente los motivos que llevaron a

ordenar su eliminación; quizá era un hombre que sabía demasiado, o quizá Hitler se avergonzara de que su vidente personal se llamase en realidad Hermann Steinschneider y fuera un judío checo.

ESOTERISMO Y ESVÁSTICAS

Tras su ascenso al poder, Hitler inició una campaña, hecha de megalomanía y fanatismo, que lo llevará al dominio del mundo. Para defender el futuro de la raza aria y su supremacía intentó buscar sus raíces en el pasado. Así nombró a Heinrich Himmler jefe supremo —Reichsführer— de las SS, quien creó la Sociedad de la Herencia Ancestral del Reich, con el propósito de encontrar pruebas científicas y arqueológicas de los orígenes de la raza aria que demostraran los derechos naturales de ésta. Himmler estaba especialmente interesado en rastrear las que él llamaba culturas asilo. Para ello planeó expediciones a Perú, Etiopía y una que, finalmente, llevó a cabo con éxito al Tíbet, donde buscaba esvásticas en cualquier resto arqueológico para demostrar que los arios habían estado allí.

«Himmler creía firmemente en la idea de equiparar la pureza racial con el poder espiritual. Hitler le dijo a sus allegados, a sus consejeros más cercanos y amigos que su fin era crear un nuevo hombre. Éste es un concepto muy esotérico, muy espiritual si se quiere, pero pretendía crear un nuevo ser humano para purificar la raza que tenemos y llevarla a otro nivel de la evolución», explica Peter Levenda.

Entre los consejeros de Himmler se encontraba un miembro del partido, un hombre que presumía de ser vidente y experto en esoterismo, llamado Karl Maria Wiligut, y conocido como el Rasputín de Himmler, en referencia al legendario místico ruso que tanto influyó en la familia Románov, especialmente la zarina Alejandra. Siguiendo las visiones de Wiligut —que afirmaba tener un contacto ancestral con las antiguas

tribus germanas—, Heinrich Himmler compró en 1934 un castillo en ruinas en Westfalia, el castillo de Wewelsburg, que fue adoptado como el centro de mando de las SS. El castillo de Wewelsburg se transformó en el Camelot de los superhombres arios. Para Peter Levenda, el castillo se diseñó según el modelo del rey Arturo y la Tabla Redonda artúrica, con doce asientos que los oficiales de alto rango de las SS utilizaban para meditar. Allí también asistían a todo tipo de rituales y ceremonias iniciáticas.

Pero si parece extraño que los nazis se empeñasen en buscar las raíces de la raza suprema o en recrear la corte del rey Arturo, hay que recordar que todavía tenían creencias aún más asombrosas, como la de la existencia de una civilización que vivía en el interior de la Tierra. Esta idea se basaba en una popular novela de la época titulada *Vril, el poder de la raza venidera*, escrita por Edward Bulwer-Lytton, el autor de *Los últimos días de Pompeya* y uno de los autores más significativos de la época victoriana y considerado con aquella obra pionero de la ciencia ficción y de la narrativa fantástica. En el libro se hace un retrato de una sociedad totalmente deshumanizada, en la que la tecnología y la manipulación del lenguaje por parte del poder anulan al hombre, coartan su capacidad de pensar y de sentir, en él se cuestionan los conceptos de progreso y civilización.

Por muy asombroso que parezca, los seguidores de esta teoría de la Tierra Hueca afirman que hay humanos viviendo bajo la superficie del planeta y que cuando Alemania cayó, Hitler y sus hombres escaparon en un submarino. Algunos añaden que en una de sus bases secretas, bajo el casquete polar, Hitler se unió a una raza superior que viaja en ovnis por el interior del planeta. Una leyenda contraria a la opinión de la abrumadora mayoría de los historiadores, que saben que Hitler se suicidó junto a Eva Braun en su búnker de Berlín el 30 de abril de 1945.

Esta muerte, para algunos, también tiene significados ocultos. La fecha escogida por Hitler era la víspera de una fiesta druida conocida como los

Fuegos de Bel en el calendario religioso de los antiguos celtas. Así su suicidio no sería un acto de cobardía, sino un ritual de honor llamado «rito de Endura», que se realizaba en pareja, como hizo Hitler y su reciente esposa Eva Braun. Aunque tampoco hay que olvidar que otros dos de sus hombres de confianza, Karl Haushoffer y Josef Goebbels, también se suicidaron con sus esposas y en actos casi idénticos al de Hitler.

Por otra parte, existe un hecho material que resulta absolutamente determinante para conocer la fecha del suicidio de Hitler: en los últimos días de abril del cuarenta y cinco, el Ejército Rojo había llegado a sólo trescientos metros del búnker de la Cancillería donde se encontraba el Führer; si no se suicidaba, corría riesgo de ser capturado vivo, algo que él había decidido que no ocurriría, cuando supo la suerte de Mussolini. Es más, esa captura podría haberse producido si los soviéticos hubiesen sabido que Hitler estaba escondido tan cerca, pero no se enteraron hasta el mismo 30 de abril, según el testimonio de la teniente intérprete del Estado Mayor Elena Rzhnevskaya, encargada del interrogatorio de prisioneros.

MISTERIOS SOBRE EL TERCER ANTICRISTO

El 8 de mayo de 1945, cinco años y medio después de la invasión de Polonia —detonante de la Segunda Guerra Mundial—, el ejército alemán se rindió a los aliados. Era el fin del Anticristo, pero ¿qué ocurría con las profecías? ¿Quedaría alguna por cumplirse aún y regresarían los nazis bajo otra forma para acabar su misión? Los profetas del pasado auguraban terribles cataclismos para el futuro. El profeta bávaro Stromberger escribió en el siglo XIX con extraordinaria precisión:

Tras la Segunda Gran Guerra, llegará una tercera conflagración universal que

acabará decidiéndolo todo. Habrá armas totalmente nuevas. En un día morirán más hombres que en todas las guerras precedentes.

Y se atreve a poner fecha a la contienda: ni sus hijos ni sus nietos la vivirán, pero sí la generación siguiente. Hay quien fecha esta tercera generación entre 1990 y 2010. Pero él no estaba solo en sus profecías sobre un tercer cataclismo de destrucción. También Nostradamus nombró un tercer Anticristo que causaría grandes males en la Tierra, pero lo hizo utilizando palabras susceptibles de múltiples interpretaciones:

Mabus entonces muy pronto morirá, vendrá.

De gentes y bestias terrible descalabro.

Luego, de pronto, se verá la venganza.

Cien, mano, sed, hambre, cuando corra el cometa.

¿Quién es ese Mabus del que habla Nostradamus?

Escribiendo al revés Mabus sale «Subam»; todavía hay que forzar un poco el vaticinio, y darle la vuelta a la letra «b», para que resulte «d», en cuyo caso tenemos «Sudam», que pronunciando la «u» como «a», como se hace a veces en inglés, nos da el nombre de Sadam Husayn.

El problema es que Sadam Husayn podía parecer el Anticristo mientras se mantuvo la falacia de que poseía armas de destrucción masiva. Hoy, demostrada la inexistencia de tales armas y tras su deposición, detención y muerte en la horca, parece más bien un pobre diablo.

Para Occidente, Osama Bin Laden sería el candidato a Anticristo más creíble en estos momentos, aunque algunos aficionados a las profecías apocalípticas aseguran que éste está por llegar.

La interpretación de algunos investigadores es que si se suman las predicciones de Nostradamus, realizadas en el siglo XVI, y las de Stromberger, en el XIX, el resultado podría ser una tercera guerra mundial dirigida por un tercer Anticristo. Aunque posiblemente la profecía más escalofriante la hizo, en 1940, el propio Hitler al afirmar en un multitudinario

mitin: «Nuestro deseo y voluntad es que este Reich dure mil años. Estaremos contentos de saber que el futuro será enteramente nuestro».

Claro que el Reich de los Mil Años se quedó, simplemente, en el Reich de los Doce Años.

El expediente ODESSA

El desembarco en Francia de las fuerzas aliadas en junio de 1944 marcó el comienzo del fin de la Segunda Guerra Mundial, aunque Hitler, desoyendo toda previsión, ordenó a sus tropas que continuaran luchando a vida o muerte por la victoria. Desde que comenzó la guerra en 1939, el Führer y sus seguidores ya habían exterminado a millones de personas, siguiendo sus teorías de la supremacía de la raza aria, pero ahora que se acercaba la derrota de Alemania y el final del Tercer Reich, no todos sus colaboradores cercanos estaban de acuerdo con sus fanáticos planes. Muchos nazis comenzaron a planear su supervivencia tras la derrota que se preveía. Recién terminada la guerra, se creó una red de colaboración desarrollada por grupos nazis para supuestamente ayudar a escapar a miembros de las SS. A esa organización se la conoce por ODESSA (del alemán Organisation der Ehemaligen SS-Angehörigen, esto es, Organización de Antiguos Miembros de las SS) y, aunque tanto ex miembros de las Waffen-SS como del partido nazi han negado que existiera, algunos de los altos cargos que tuvieron contacto directo con Hitler y que abandonaron Alemania tras el final de la Segunda Guerra Mundial encontraron ayuda para huir y sobrevivir fuera, especialmente en España y Argentina. Si no existió una red de apoyo, ¿quién ayudó a los fugitivos en el exilio?

Poco después del día D, el 6 de junio de 1944, un grupo de los más importantes hombres de negocios alemanes, encabezados por Hjalmar Schacht —un banquero que había dirigido la economía de la Alemania nazi— se reunieron en el hotel Maison Rouge de Estrasburgo (Francia),

sin que el hasta entonces jefe supremo, Adolf Hitler, supiera nada. El propósito de esta reunión era encontrar una salida para todos los nazis y sus colaboradores después de la presumible derrota de Alemania, puesto que intuían que, casi con toda seguridad, todos los bienes y activos de Alemania caerían en manos de las fuerzas aliadas y los soviéticos. El primer paso para poder recuperar sus riquezas después de la catástrofe era sacar del país los lingotes de oro, divisas, joyas y obras de arte confiscadas antes de que se cerrasen todas las rutas hacia el exterior.

Puede que su intención fuera lavar todos los activos y capital posibles para poder reconstruir el Reich después de la guerra. Sin embargo, según un documento hallado sobre esta reunión, los hombres citados en el hotel Maison Rouge sentaron las bases para crear una organización internacional que tendría como objetivo ayudar a los jerarcas nazis a escapar de Alemania y proporcionarles fácil acceso a los tesoros escondidos fuera del país.

PREPARADOS PARA HUIR

Cuando comenzaron a descubrirse los primeros campos de concentración, los dirigentes y máximos colaboradores del Reich no dudaron que debían escapar. La brutalidad y el horror que encerraban eran de tal calibre que el por entonces general Dwight D. Eisenhower temía que las generaciones futuras no fueran capaces de creer lo que allí ocurrió. El mundo entero estaba escandalizado y pedía un justo castigo, y éste llegó pocos meses después de la derrota alemana, cuando comenzó el juicio de Nuremberg el 20 de noviembre de 1945. Allí comparecieron 22 jerarcas del Reich y del Partido Nacionalsocialista —en principio sólo iban a ser diez, pero los soviéticos insistieron en aumentar la nómina de reos— acusados de conspiración y crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad. En realidad faltaban casi todos los principales actores: Hitler,

Goebbels y Himmler se habían suicidado y Bormann había desaparecido. Un año después, once de estos hombres, seguidos de otros muchos prisioneros de menor fama, fueron condenados a la horca. Hermann Göring, el sucesor que había designado Hitler, se suicidó con cianuro antes de ser llevado al cadalso.

Los miles de fugitivos nazis que habían participado en los crímenes que habían sido juzgados en Nuremberg captaron el mensaje tras estas ejecuciones ejemplares. A quien tuviese la más mínima sospecha de que podría ser capturado, más le valdría cambiar de nombre y arreglárselas para salir de Alemania. Muchos de estos hombres prefirieron quedarse en su país, simplemente cambiando de identidad y de vida. Otros decidieron ocultarse y un pequeño número optó por abandonar Alemania. La huida no era tan fácil: las fronteras estaban estrechamente vigiladas y plagadas de puntos de control; a ojos de los aliados, prácticamente cualquier alemán varón y adulto era sospechoso. Sin embargo, a pesar de estas medidas, se estima que miles de criminales de guerra lograron escapar de la justicia.

Muchos historiadores creen que pudieron fugarse de Alemania gracias a una especie de red informal compuesta por nazis exculpados y simpatizantes varios, que se escudaba bajo el nombre de asociaciones alemanas legales de cooperación internacional. Su misión era proporcionar pasaportes falsos y rutas seguras para la huida al extranjero a través de una vía clandestina conocida como «la Araña» (*Die Spinne*, en alemán). La primera parte de la ruta consistía en llegar a la frontera sur de Alemania sin ser descubiertos por los militares franceses, británicos, estadounidenses o rusos. Para ello se habían dispuesto una serie de alojamientos seguros —graneros, chozas o refugios de montaña— a lo largo del camino, controlados por simpatizantes del depuesto régimen nazi. Desde allí los fugitivos cruzaban los Alpes por caminos fronterizos y pasaban a Austria o Suiza y, después, a Italia.

La ruta de Die Spinne contaba también con unos aliados involuntarios: los santuarios católicos de la llamada «ruta de los monasterios», donde los monjes normalmente acogían a todos los fugitivos sin preguntarles si eran judíos que huían de los nazis o nazis que huían de la justicia. Sin embargo, no todos los religiosos católicos ayudaron a los nazis sin percatarse de ello. Existen pruebas de que al menos un alto jerarca vaticano era algo más que un simple simpatizante del nacionalsocialismo y de las teorías de Hitler: el obispo alemán Alois Hudal estaba convencido de que el nazismo podía beneficiar a la Iglesia católica como respuesta contra el comunismo, «un movimiento político en el que la Iglesia veía al mismo demonio. Por eso, el obispo Hudal tuvo un especial interés en ayudar a escapar a los criminales de guerra», asegura el novelista Christopher Simpson.

Wilhelm Hottl, un espía nazi superviviente, va más allá, al asegurar que «desde el principio, el papa Pío XII —que había sido nuncio de Su Santidad (embajador del Vaticano) en Alemania antes de ser elegido— era profundamente anticomunista y conocía los tejemanejes del obispo Hudal». Es más, lo dejó actuar a su antojo, pues en cierto modo era la forma de ayudar sin tener que involucrarse personalmente. Por el contrario, hay quienes afirman, como Eli Rosenbaum, alto cargo de la Oficina de Investigaciones Especiales del Departamento de Justicia de Estados Unidos, que a pesar de las actividades de algunos miembros de la jerarquía católica, «no era ésta la política oficial del Vaticano».

LA AYUDA EN EL EXILIO

Una vez que se lograba salir de Alemania y llegar a Italia, el riesgo de ser capturado prácticamente desaparecía, y fueron muchos los países que acogieron de buen grado a la élite del Tercer Reich. Algunos de sus integrantes optaron por quedarse en España, entonces bajo la dictadura del

general Franco. En Egipto y Siria fueron bienvenidos y acabaron entrenando a las fuerzas militares de estos países para luchar contra el enemigo común: el creciente número de judíos que comenzaba a asentarse en Palestina. Otros se aventuraron a cruzar el Atlántico y acabaron en algunos países de Latinoamérica, donde en muchos casos se los recibió con los brazos abiertos.

En Argentina, por ejemplo, ya existía una comunidad de origen alemán sólidamente asentada en el país, muy influyente y en la que las tesis políticas del nacionalsocialismo alemán habían ganado miles de adeptos. A ello habría que sumar la figura de Juan Domingo Perón, el controvertido presidente populista que confesaba públicamente su admiración por Adolf Hitler y que facilitó pasaportes argentinos a los fugitivos, haciendo de este país el retiro ideal para muchos ex nazis. Incluso, algunas fuentes han atribuido, sin evidencia documentada, su colaboración con el grupo ODESSA.

Además de la parte logística de la huida —búsqueda de rutas seguras, alojamiento o pasaportes—, una operación de este tipo necesitaba millones de dólares de la época, además de auténticos profesionales en el lado más oscuro de las finanzas: el de los fondos robados, la falsificación de documentos y la amenaza al estilo mafioso. Uno de estos hombres fue el ingeniero especialista en operaciones especiales perteneciente a las Waffen-SS Otto Skorzeny. De 1,90 metros y con el rostro lleno de cicatrices de un hombre duro, encarnó el ideal de militar nazi para Hitler, de quien era uno de los oficiales favoritos. Skorzeny, en 1943, encabezó un comando que dirigió la operación para rescatar a Mussolini, que había sido detenido por el gobierno monárquico del mariscal Badoglio tras el «golpe de Estado legal» de julio. La operación, llamada *Unternehmen Eiche* (Operación Roble), fue llevada a cabo con éxito. Más tarde, siguiendo órdenes de Berlín, intentó asesinar al general Eisenhower en

París. En esta ocasión, aunque fracasó estrepitosamente, las fuerzas aliadas comenzaron a llamarlo «el hombre más peligroso de Europa».

El 8 de mayo de 1945, con la guerra ya terminada, Otto Skorzeny se entregó al ejército norteamericano. Los dos siguientes años fue recluido en un campo de prisioneros, donde comenzó a organizar un grupo clandestino compuesto por paracaidistas y por antiguos miembros de las SS, según se recoge en un informe confidencial aliado. Se cree, además, que durante el tiempo en que estuvo prisionero, Skorzeny participó en el nacimiento de una escisión de Die Spinne, bautizada con el nombre de ODESSA.

A pesar de sus antecedentes, un tribunal militar de Nuremberg lo absolvió en septiembre de 1947, aunque aún estaba en busca y captura por criminal en Rusia, Checoslovaquia y la nueva República Federal de Alemania. En 1949, mientras esperaba a ser juzgado por todas las causas abiertas en su contra, logró escapar del campo de prisioneros de Darmstadt, en Alemania, gracias a la ayuda de antiguos contactos de las SS, disfrazado de soldado estadounidense. Algunas fuentes aseguran que la ayuda para la huida fue de un comando de élite del SAS (Special Air Service) británico. Lo que sí es cierto es que un famoso oficial británico de servicios especiales, el teniente coronel Yeo-Thomas, que en el tribunal de Nuremberg había dado un importante testimonio para incriminar a los nazis de Buchenwald, prestó en cambio un testimonio favorable a Skorzeny que fue decisivo para su absolución.

Se cree que Skorzeny viajó por toda Europa e incluso pudo volver a entrar en Alemania con otra identidad, la de Rolf Steinbauer. Posiblemente, de vuelta en su país colaboró con la CIA, que en aquella época necesitaba urgentemente hombres con experiencia en el contraespionaje y las operaciones clandestinas para combatir el comunismo en la nueva Guerra Fría. Al final, todos los cargos y acusaciones pendientes de Skorzeny fueron retirados.

Skorzeny se estableció en Madrid y siguió ejerciendo la carrera de ingeniería. Hacia el año 1949 comenzó a viajar a Argentina, acogido por el presidente Perón y su esposa. Precisamente en el refugio de montaña de Evita Perón pasó algunas temporadas, supuestamente estudiando instalaciones militares del gobierno argentino. No obstante, se sabe que poco antes de su muerte, en 1952, Evita Perón dejó a cargo de Skorzeny la Fundación Evita Perón y los cien millones de dólares que la sostenían, posiblemente una mínima parte —usada como tapadera— de todo el oro que salió de Alemania en los últimos días del Tercer Reich. Así, Skorzeny financió a diversas organizaciones de extrema derecha y neonazis durante casi treinta años, al tiempo que mantenía contacto con los nazis fugados de Alemania en nombre de ODESSA. «Sin embargo, cuando se lo interrogaba en público, negaba tener conocimiento de organización alguna con ese nombre», asegura el escritor Christopher Simpson. De cualquier forma, fuera o no Skorzeny el máximo responsable de los teje-manajes de ODESSA y Die Spinne, el engranaje de ambas funcionaba a la perfección: los nazis seguían huyendo de Alemania y las riquezas del régimen estaban ya bien seguras en bancos extranjeros.

CONTRATACIÓN MASIVA DE ESPÍAS

Las fuerzas aliadas, especialmente Estados Unidos e Inglaterra, también ayudaron a muchos nazis a escapar, siempre y cuando después pudieran aprovecharse de sus servicios. El fin de la Segunda Guerra Mundial dio paso a la Guerra Fría. Fue la época en que, una vez derrotado el enemigo común, afloraron las tensiones entre la Unión Soviética y las potencias occidentales y comenzó, en ambos lados, una carrera desesperada por reclutar a oficiales nazis y antiguos espías de la Gestapo. El pago por los servicios prestados solía incluir la retirada de todos los cargos y causas pendientes con la justicia militar.

Klaus Barbie, conocido como el *Carnicero de Lyon* y jefe de la Gestapo en esta ciudad francesa, fue un buen ejemplo de lo que ocurría con los espías nazis. Enviado por Estados Unidos a Alemania para controlar los crecientes movimientos comunistas en el país, Barbie aportaba muy poca información valiosa y aprovechable para la CIA. Sin embargo, en vez de reconocer su error y extraditarlo cuando fue reclamado por el gobierno francés, Estados Unidos ayudó a Barbie a escapar a través de la ruta de los monasterios.

El clima político internacional se fue enrareciendo por momentos. Al comienzo de la década de los cincuenta, la guerra que Estados Unidos libró en Corea frente al bloque soviético desató en todo el mundo el temor a vivir una nueva contienda mundial, con la diferencia de que esta vez sería bajo la terrible amenaza de un conflicto nuclear. Mientras la opinión pública y las autoridades de las potencias ganadoras en la Segunda Guerra Mundial dejaban de lado las causas pendientes por crímenes de guerra, los antiguos nazis que aún quedaban en Alemania vieron su última oportunidad para escapar, hasta el punto de que Simon Wiesenthal, probablemente el «cazanazis» más célebre de la historia, dijo en una ocasión que los únicos que realmente sacaron algún provecho de la Guerra Fría fueron los criminales de guerra alemanes. Entre ellos se encontraban dos de los hombres más buscados en toda Europa: Adolf Eichmann y Josef Mengele.

El teniente coronel de las SS Adolf Eichmann no era un dirigente nazi que interviniera en las decisiones políticas de la «solución final» (eliminación total de los judíos de Europa), ni siquiera un alto mando de los que dirigieron su puesta en marcha y ejecución. Era un eficaz mando intermedio de la rama logística, el encargado del transporte de víctimas hacia los campos de exterminio, uno de los engranajes del infame mecanismo del genocidio, sin cuya labor «profesional» no se habrían podido alcanzar los elevadísimos números de muertos, cifrados en seis millones.

El doctor Mengele, por su parte, se había ganado el sobrenombre de *Ángel de la Muerte* gracias a los desquiciados experimentos que llevaba a cabo entre algunos de los miles de hombres, mujeres y niños que llegaban a Auschwitz. La mayoría murieron o sufrieron graves secuelas de por vida. Ambos escogieron Argentina como país donde asentarse tras la guerra. Entre otras razones, porque la cálida acogida del matrimonio Perón a los expatriados nazis, y la numerosa comunidad que ya vivía allí, hacían de este país el lugar más atractivo para iniciar una nueva vida.

Al contrario de lo que pudiera parecer en un principio, no todos elegían la discreción en su país adoptivo. Mientras Eichmann —que se hacía llamar Ricardo Klement, y decía ser un refugiado italiano de la región septentrional germanoparlante— desempeñó durante diez años tareas de poca relevancia pública, como oficinista, gerente de lavandería, mecánico y encargado de una granja de conejos, ganando lo justo para mantener a su esposa y sus cuatro hijos, a finales de los años cincuenta Mengele se movía por Buenos Aires con su nombre auténtico y llevaba una activa vida social debido en parte a que, a diferencia de la mayoría de los nazis fugitivos, provenía de una familia acomodada y no dependía, pues, de organizaciones como ODESSA.

A pesar de vivir discretamente con el falso nombre de Ricardo Klement, en 1957 Eichmann fue descubierto por los servicios secretos de Israel (el Mossad), quienes tardaron dos años en determinar su identidad nazi. Tras dos semanas de vigilancia, el 11 de mayo de 1960 los espías israelíes lo secuestraron en plena calle y lo enviaron a Israel. Allí se lo sometió a un polémico y largo juicio.

Mengele, al conocer por los periódicos la noticia del arresto de Eichmann a manos de los agentes israelíes, cerró su negocio farmacéutico de Buenos Aires y desapareció de la faz de la Tierra. Cuando se volvió a saber algo de él, estaba en Paraguay bajo la protección del general Stroessner, presidente de la dictadura militar paraguaya desde 1954. El

Ángel de la Muerte acabó asentándose en una remota región de Brasil, camuflado con distintos nombres falsos y contando con la única protección de una pistola. Se había convertido en el criminal más buscado del mundo y su dinero ya no podía protegerlo como antes. En 1965 se encontró en Uruguay el cadáver mutilado de su amigo y también nazi exiliado, Hubert Cukurs. Se cree que Cukurs iba a entregar a Mengele a los servicios secretos israelíes a cambio de una recompensa, pero fue secuestrado, torturado y asesinado por miembros de ODESSA antes de que pudiera llevar a cabo la operación.

LOS PERSEGUIDORES

Además de los cazanazis independientes, ODESSA se enfrentaba a otro enemigo: los servicios de inteligencia de un pequeño país nacido en 1948, Israel, uno de cuyos primeros objetivos nacionales fue llevar a los nazis más buscados frente a la justicia. Entre los cazadores de nazis independientes, el más célebre fue el investigador judío austríaco Simon Wiesenthal, un superviviente de los campos de exterminio —estuvo internado en doce campos de concentración durante más de cuatro años y escapó de milagro de la ejecución en numerosas ocasiones—, que dedicó más de cincuenta años de su vida a localizar, identificar y encarcelar a criminales de guerra nazis que se encontraban fugitivos. De profesión arquitecto, fue su libro publicado en 1967, *Los asesinos entre nosotros*, el que desveló la existencia de ODESSA al gran público.

Según Wiesenthal, la primera vez que oyó hablar de esta organización secreta fue en boca de un antiguo oficial de los servicios secretos alemanes que conoció en los juicios de Nuremberg. Posteriormente, gracias a esta fuente —de la cual nunca reveló el nombre— y a sus exhaustivos trabajos de investigación, Wiesenthal consiguió localizar e identificar en 1954, en Buenos Aires, a Adolf Eichmann, e informó de ello al Centro de

Investigación del Holocausto Yad Vashem en Israel; finalmente el prófugo fue capturado por el Mossad. Sin embargo, el jefe del Mossad, Isser Harel, aseguró en varias ocasiones que Wiesenthal no tuvo ningún papel en la captura de Adolf Eichmann. Fuera o no cierto, gracias a las investigaciones de Wiesenthal se pudieron localizar y llevar ante la justicia a más de mil cien criminales de guerra y reos de la humanidad en todo el mundo. Él murió durmiendo el 20 de septiembre de 2005 a los 96 años, de los cuales cincuenta y ocho dedicó a perseguir a los responsables del genocidio judío.

Lo que sí es cierto es que la captura y posterior juicio de Eichmann tuvo que suponer un fuerte contratiempo para ODESSA y sus simpatizantes, que aún soñaban con el resurgir del Tercer Reich. Pero aún fue peor el temor a que Eichmann contara datos comprometedores para la causa nazi. Para evitar que tanto los judíos más deseosos de venganza como los mismos miembros de ODESSA pudieran asesinarlo, el ex coronel de las SS pasó todo el juicio encerrado en una cabina de vidrio antibalas. Fue condenado a morir en la horca por crímenes contra la Humanidad, sentencia que se cumplió el 31 de mayo de 1962. Su relato sobre el holocausto, sin asomo de remordimiento, inspiró a una nueva generación de cazanazis que no habían vivido directamente la Segunda Guerra Mundial, como fue el caso del matrimonio Klarsfeld.

A finales del año 1970 se observó un cierto despertar de la memoria judía, principalmente puesta en marcha por Beate —una alemana de confesión luterana— y Serge Klarsfeld —un judío francés cuyo padre había muerto en Auschwitz— quienes, gracias a sus búsquedas, reclamaron el juicio de los responsables nazis y de sus colaboradores franceses.

Ambos inventaron una nueva técnica de búsqueda basada en el enfrentamiento directo y en un inteligente uso de los medios de comunicación. La primera vez que acapararon portadas y titulares de los periódicos y revistas alrededor del mundo fue cuando, en 1968, Beate Klarsfeld

abofeteó al entonces canciller de la República Federal de Alemania, Kurt Georg Kiesinger, vinculado al partido nazi en su juventud, como más tarde pudo demostrar el matrimonio. Kiesinger fue derrotado contundentemente en las siguientes elecciones a la cancillería. Pero el mayor éxito de la pareja no fue tan inmediato. La captura de Klaus Barbie, el *Carnicero de Lyon*, les llevaría doce años de extenuante trabajo.

Klaus Barbie vivía entonces en Bolivia haciéndose llamar Klaus Altman, arropado por la inteligencia militar estadounidense —parece ser que deseosa de librarse de él— y por los sucesivos dictadores a los que Barbie servía como consejero en temas de seguridad, y que denegaban todas las peticiones formales de extradición enviadas por el gobierno francés.

Junto a las numerosas trabas burocráticas, el matrimonio Klarsfeld vivió varios intentos de atentado. En 1979, un paquete bomba destruyó completamente su vehículo aparcado en la puerta de su domicilio. En una nota, el grupo ODESSA se declaraba responsable. Tras varias tentativas de asesinato y debido a las constantes amenazas sobre toda la familia, Beate, Serge y sus hijos tuvieron que vivir con constante protección policial durante más de un año. ODESSA nunca antes había atacado a los cazanazis, motivo por el cual hay quien sugiere que estas bombas fueron obra de una nueva generación de terroristas que utilizaban el nombre de la mítica red de apoyo nazi para amedrentar a sus oponentes.

Por fin, en 1983, tras la caída de la última junta militar que gobernó Bolivia, los Klarsfeld convencieron a las autoridades bolivianas para que arrestaran a Barbie antes de que éste pudiese escapar del país. Ya en prisión, Klaus Barbie se empeñó en negar su identidad, pero un rápido proceso de extradición a Francia, facilitado por el presidente Hernán Siles Zuazo, lo llevó de nuevo al escenario de sus atrocidades, Lyon, donde lo esperaba un juicio tan espectacular como el de Eichmann en Israel.

Entre los defensores legales de Barbie se encontraban algunos de los mejores abogados de Europa, incluido el famoso y muy polémico letrado francés Jacques Vergès, que cobraron altos honorarios, aparentemente aportados por un millonario suizo de ideología nazi. Durante el juicio corrió el rumor, nunca probado, de que esta cara defensa estaba siendo costeadada por ODESSA. Pero a pesar de su equipo de letrados, Barbie fue condenado a cadena perpetua en 1987 y falleció en prisión cuatro años más tarde.

NAZIS EN ESTADOS UNIDOS Y SUIZA

Estados Unidos mantuvo una actitud ambigua respecto a los nazis fugitivos. Durante algunos años después de la guerra, el gobierno estadounidense permitió la entrada en el país de antiguos nazis, en su mayoría científicos, cuyos conocimientos fueran de utilidad en el campo militar, de la información o de la carrera espacial. Esta política de acogida fue completamente suprimida en 1979 con la creación de una Oficina de Investigaciones Oficiales, dependiente del Departamento de Justicia. A partir de ese momento, ningún miembro del partido nazi sospechoso de haber cometido crímenes de guerra podría permanecer impunemente en Estados Unidos. Esta oficina ha llegado a investigar a más de quinientas personas a la vez y ha llevado a juicio a decenas de criminales de guerra. A los condenados se les retiraba su ciudadanía estadounidense y eran deportados o extraditados.

Casi cinco décadas después de su creación, ODESSA depararía aún alguna sorpresa. A finales del siglo xx saltó a la luz la relación entre el gobierno neutral de Suiza y el III Reich. Los banqueros suizos nunca han negado que en su poder se encontraban multitud de cuentas bancarias de judíos que murieron en el Holocausto, pero se comenzó a sospechar que estos bancos también custodiaban millones de dólares que los nazis

sustrajeron en los países anexionados o conquistados durante la guerra. No hay pruebas firmes que lo avalen, pero se especula con la hipótesis de que mucho después de la guerra, los bancos suizos aún tenían abiertas las cuentas de numerosos criminales de guerra nazis, dinero del que no tenían que dar ninguna explicación, amparados en el secreto bancario. Hasta el punto de que todavía hoy hay quienes afirman que es posible que el oro nazi se esté utilizando aún para financiar actividades neonazis a lo largo y ancho del planeta.

UN PUZLE SIN ENCAJAR

Persistentemente negada por algunos y ardientemente defendida por otros como una organización secreta cuyo objetivo no era sólo rescatar a sus camaradas de la justicia de la posguerra, sino fundar un IV Reich capaz de hacer realidad los sueños de Hitler, lo cierto es que, en opinión de muchos expertos, las piezas dispersas del rompecabezas de ODESSA aún no han terminado de encajar. Con el paso del tiempo, la generación que creó ODESSA ha desaparecido. Otto Skorzeny, el supuesto cerebro de la organización, murió de cáncer en Madrid en 1975, y Josef Mengele se supone que falleció en 1979; ambos, sugieren algunos, protegidos en todo momento por ODESSA. No obstante, más de medio siglo después, algunos historiadores y testigos de aquella época aseguran que la amenaza del nacionalsocialismo no se erradicó por completo tras la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial.

En esta línea argumental, en 1972, el famoso escritor británico Frederick Forsyth publicó una novela inspirada en las actividades e historia de esta organización secreta titulada *Odessa*, donde un reportero de Hamburgo, tras el suicidio de un viejo judío, intenta encontrar una red de ex nazis en la Alemania moderna. La novela de Forsyth —que usa técnicas de investigación periodística debido a su experiencia como corresponsal

de la agencia Reuter en la década de 1960— atrajo inmediatamente la atención de millones de lectores en todo el mundo sobre esta especie de Reich en la sombra.

Por el contrario, también hay quienes, como el ex espía nazi Wilhelm Hottl, opinan que ODESSA como organización fue sobrevalorada por los periodistas de la época. «Funcionaba más bien —afirma— como una especie de institución benéfica para facilitar la huida de Alemania a los líderes nazis en peligro de ser juzgados.» El escritor e investigador Christopher Simpson también cree que hay bastante mitificación tras esta red: «Al igual que el FBI en un determinado momento hizo creer que había un agente casi detrás de cada ciudadano, ODESSA ha explotado su imagen de misterio, haciendo creer que en cada grupo de extrema derecha nazi se encontraba uno de sus hombres».

Hitler y el ocultismo

El ascenso meteórico de Adolf Hitler, quien en poco menos de quince años pasó de la más absoluta oscuridad a detentar todo el poder en la Alemania nazi, ha planteado gran cantidad de interrogantes entre sus coetáneos y entre algunos historiadores actuales, que se plantean si Hitler fue simplemente un hábil maestro de las malas artes políticas o supo aprovecharse de algún tipo de poder oculto. No obstante, lo que sí es cierto es que él, desde muy joven, parecía poseer ya una firme convicción acerca de su elevada misión y que el nazismo acabó constituyéndose como algo más que una simple doctrina política. El partido nazi se inspiró en grupos ocultistas nacidos a finales del siglo XIX en Alemania, cuyas ideas estaban relativamente extendidas en el país por aquellos años y que se combinaron con la violenta reacción nacida a principios del siglo XX, contra el materialismo y el positivismo, bajo la forma de una especie de espiritualidad que abogaba por la vuelta a la naturaleza y por la búsqueda de las verdaderas fuerzas de la vida. Ciertos círculos pseudointelectuales alemanes de finales del siglo XIX y principios del XX llegaron a obsesionarse con movimientos de inclinaciones más o menos místicas, en escuelas y tradiciones iniciáticas, rituales paganos e ideas acerca de la pureza nórdica que influyeron en Hitler desde su juventud.

A grandes rasgos, éste era el mundo en el que, en 1889, nacía Hitler, en Braunau am Inn, «pequeña ciudad junto al río Inn, bávara por la sangre y austríaca por la nacionalidad, iluminada por la luz del martirio alemán», según su propia descripción. La lengua materna de su familia era el alemán, y a Alemania —nación moderna e industrializada— es a la que

Hitler se sintió firmemente unido, incluso, idealizando su lejano y mítico pasado. Se sabe que de joven, Hitler quiso dedicarse al arte, y con tal fin se trasladó a Viena en 1907, pero no pudo superar las pruebas de ingreso a la prestigiosa Escuela de Bellas Artes. En esa ciudad vivió una temporada gracias a una pequeña herencia y a la venta de las acuarelas que pintaba, y allí fue donde descubrió una serie de panfletos antisemitas llamados *Ostara Hefte*; Ostara era una divinidad germánica muy poco conocida, diosa del Sol que se renueva en primavera según Beda el Venerable. Los *Ostara Hefte* alentaban una visión ocultista del mundo, basada en una grotesca lucha racial que comenzó en un pasado remoto. Una de sus teorías consistía en que los hombres-simio judíos habían sido capaces de vencer a los arios, raza de gigantes casi divinos, al ultrajar a las rubias mujeres arias. De este modo, el judío estaba logrando degradar la raza aria. Otros de sus postulados básicos era la firme creencia de un salvador, un mesías ario que devolvería la grandeza al pueblo germano. A grandes rasgos, éstas fueron las ideas de antisemitismo extremo que Hitler abrazó durante toda su vida.

LA PRIMERA SEÑAL MISTERIOSA

En mayo de 1913, Hitler abandonó Austria para instalarse en su querida Alemania, donde se alistó en el ejército tan pronto como estalló la Primera Guerra Mundial. Tras su paso por el frente, Hitler solía contar una milagrosa historia para demostrar que la Providencia lo protegía. Según su relato, grabado en documentos sonoros, un día en que estaba en una trinchera con otros camaradas, escuchó de repente una voz que le dijo: «Levántate y ve hacia allá». El mensaje era tan claro e insistente que el soldado Hitler obedeció de inmediato y, cuando apenas había recorrido veinte metros a lo largo de la trinchera, un obús cayó sobre la zona donde él había estado, matando a todos sus compañeros.

Muchos ocultistas tomaron este episodio como un buen indicativo de que fuerzas sobrenaturales guiaban al joven Hitler en su misión. Una salvación milagrosa que no evitó que Alemania perdiera la Gran Guerra en 1918, lo que provocó un profundo malestar social en el país y numerosas revueltas en las que se enfrentaban las organizaciones obreras y los llamados *Freikorps*, milicias nacionalistas formadas por los restos del ejército alemán derrotado, especialmente por militares con empleos de oficial, de los que había decenas desocupados. La derrota, pues, difundió tales sentimientos de furia, desasosiego y humillación, que se convirtieron en condiciones imprescindibles para el posterior desarrollo del partido que lideró Hitler.

Repasando la historia, se sabe que, todavía como soldado, a Hitler se le encomendó vigilar las reuniones de un pequeño grupo radical que pronto se convirtió en el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores, un largo nombre frecuentemente abreviado como partido nazi. En apenas tres años, Hitler ascendió vertiginosamente en su organigrama hasta convertirse en el líder —el Führer—, en 1921.

Consciente del poder casi mágico de los símbolos, una de sus primeras obsesiones fue la de crear un emblema tan potente, al menos, como la hoz y el martillo del Partido Comunista. El elegido fue la cruz gamada o esvástica. *Svastika* es una palabra sánscrita que significa «buen augurador» y designa un símbolo solar de la antigua India. Su conocido diseño es una estilización del símbolo solar, y se encuentra en culturas tan distintas como las de la vieja China o la América precolombina. Ha aparecido en las ruinas de Troya y en vasos ibéricos encontrados en Numancia o en lápidas de las tribus cántabras. Los griegos y los romanos la utilizaban como elemento decorativo, como puede verse por ejemplo en los mosaicos de la villa romana de Carranque (Toledo). También la adoptaron los primitivos cristianos, y así aparece en las catacumbas de Roma; la interpretación cristiana, según los escritores místicos

medievales, es que se trata de una representación de Cristo derivada de la omega griega. En tiempos recientes, antes de que fuera desprestigiada por el nazismo, la esvástica era el emblema de la Aviación de la República de Finlandia y de Letonia, pues su figura sugiere un movimiento helicoidal. En Alemania, antes incluso de la existencia del Partido Nacionalsocialista, ya era utilizada la cruz gamada por grupos ultranacionalistas —como muestran fotografías anteriores a la aparición de los nazis— de miembros de los Freikorps con esvásticas en los cascos.

Fue el mismo Hitler quien modificó este antiguo símbolo para conferirle su característico diseño: una bandera de fondo rojo —que simbolizaba la sangre y el ideal social— con un disco blanco —en representación del nacionalismo y la pureza de la raza— y, justo en medio, la cruz gamada negra.

No es casual que los colores rojo, blanco y negro hubieran sido los de la bandera del Imperio alemán, el II Reich (1870-1918), elegidos por su artífice Otto von Bismarck, el Canciller de Hierro, una figura histórica admirada por Hitler. Los colores nunca son inocentes. La República democrática de Weimar que sustituyó al II Reich, cambió la bandera alemana por una de color negro, rojo y amarillo, que había sido la enarbolada por los liberales y revolucionarios anteriores al Imperio. Esa misma bandera sería elegida, tras la caída del III Reich hitleriano, tanto por la República Federal de Alemania como por la República Democrática Alemana.

En aquellos días, el partido nazi se adentraba en su primera gran crisis, de la que Hitler saldría aún más fortalecido. El 9 de noviembre de 1923 tuvo lugar el llamado putsch de Munich o *Bierkeller Putsch* (golpe de la cervecería), en el que participaron una amalgama de ultranacionalistas capitaneados por Hitler y por el muy prestigioso general Erich Ludendorff, que había sido el cerebro militar alemán durante la Gran Guerra.

Hitler y sus secciones de asalto, las *Sturmabteilung* o SA, marcharon

contra la sede del ayuntamiento de Munich con la intención de tomar el poder y comenzar así una revolución nacionalista. Sin embargo, la policía abortó el incipiente golpe de Estado matando a dieciséis miembros del Partido Nacionalsocialista. Hitler fue condenado por traición a la patria, pero el juicio se convirtió en una verdadera plataforma de propaganda política para él y, a finales de 1924, ocho meses después de ser encarcelado, estaba libre. Salió de la cárcel como un verdadero patriota, defensor de Alemania frente a lo que él denominó la traición de los judíos. Su creación personal, la esvástica, se convirtió en un poderoso icono que simbolizaba a los mártires nazis caídos en Munich y se exponía en todas las reuniones del partido que lideraba.

Por aquel entonces, los acercamientos nazis al mundo de lo oculto procedían de sus colaboradores directos más que por el propio Hitler. Sus compañeros ideológicos Rudolf Hess, Goebbels y Heydrich, según algunos expertos, formaban una pequeña «promoción» de estudiantes de ocultismo, a la que más tarde se unió Heinrich Himmler. Rudolf Hess, encarcelado junto al Führer en el fuerte Landsberg, a raíz del putsch de 1923, lo ayudó a sacar a la luz *Mein Kampf* (*Mi lucha*), su obra más conocida: Hitler dictaba y Hess mecanografiaba capítulo tras capítulo. Cuando Hess abandonó la prisión, unos meses después de Hitler, el Führer lo nombró su lugarteniente, uno de los hombres más poderosos del NSDAP, el partido nazi.

Todos los biógrafos coinciden en que Hitler conoció al siniestro geógrafo y ocultista Karl Haushofer por mediación de Rudolf Hess. A través de los ojos de Haushofer surge una historia fantástica donde los arios son transformados en una raza especial: astutos, inteligentes, humanos pero en contacto con jerarquías espirituales que los entrenan, frente a los que las demás razas son inferiores. Unas revelaciones que más tarde fueron aplicadas en el III Reich con fuerza en la búsqueda del superhombre y el exterminio de los judíos.

RITOS DE INICIACIÓN

Al salir de la cárcel, Hitler creó una nueva unidad paramilitar, la Schutzstaffel, más conocida por las siglas SS. Sus miembros se distinguían por su uniforme negro, su juramento de lealtad personal al Führer y por sus misteriosas prácticas de iniciación y tortura. El jefe de este grupo, cuidadosamente escogido por Hitler, fue Heinrich Himmler, un personaje iniciado en las ciencias ocultas que llegó a ser considerado como el segundo hombre más poderoso dentro del Reich. Si bien el hombre de confianza de Hitler, Rudolf Hess, fue quien probablemente le sugirió la idea de que podría ser la figura redentora del poder teutón de la que muchos de los grupos ocultistas y antisemitas del siglo XIX hablaban, fueron las creencias de Himmler —que estaba convencido de que Hitler era la reencarnación de varios héroes y guerreros de la antigüedad germana— las que animaron aún más el mesianismo de líder nazi.

Fiel a sus convicciones, Himmler buscaba sus oficiales entre quienes pudiesen demostrar una ascendencia aria sin contaminar de, al menos, 175 años de antigüedad. También entre sus creencias estaba el convencimiento de que los niños concebidos en cementerios nórdicos heredaban el espíritu de los héroes allí enterrados y, con tal finalidad, llegó a publicar una lista de cementerios apropiados para la procreación.

Himmler se adentró en el ocultismo a través de sus estudios del Santo Grial. Así, el entrenamiento de los miembros de las SS, supervisado por él, consistía en un ritual iniciático al estilo de las órdenes religiosas medievales, que tenía lugar en el castillo de Wewelsburg, en Westfalia, que Himmler compró en ruinas en 1934 y reconstruyó durante los once años siguientes, y en cuyo salón principal había una mesa redonda decorada con cruces gamadas. Bajo el salón, se encontraba el «vestíbulo de los muertos» donde Himmler tenía previsto instalar doce urnas funerarias

con los restos de los héroes de las SS, para su culto posterior. Se trataba de claras referencias a la leyenda artúrica de los Caballeros de la Tabla Redonda y a la épica de los Doce Pares de Carlomagno, fundador del Sacro Imperio Romano-Germánico o Primer Reich, que subsistió hasta la derrota del emperador Francisco II de Habsburgo en la batalla de Austerlitz (1805).

«Esta forma de engarzar el pasado y el presente —explica el historiador George Mosse—, de mezclar los modelos teutones de la Edad Media con las SS es muy importante en la doctrina ocultista y Himmler, por muy extraño que parezca dado su genio racional para la organización, creía en las ciencias ocultas.» Creía en el magnetismo, el mesmerismo, la homeopatía, en los videntes, echadores de cartas, curanderos, hipnotizadores y hechiceros, de los que se rodeó durante toda su vida, hasta el punto, aseguran sus pocos biógrafos, de que muchas veces no se atrevía a tomar una decisión sin consultarlos.

CONTROL MENTAL

Las autoridades alemanas prohibieron a Hitler, después de salir de la cárcel, hablar en público. Durante este período aprovechó no sólo para crear las SS y reorganizar la jerarquía del partido, sino también para preparar su regreso triunfal, que tendría lugar en marzo de 1927, cuando de nuevo se le permitió convocar mítines públicos de los que su autoridad y carisma saldrían aún más fortalecidos.

Algunos expertos aseguran que en este dominio de las masas tuvo mucho que ver la misteriosa figura de Erik Jan Hanussen, un célebre prestidigitador, médium y vidente y uno de los personajes más extraños de los primeros tiempos del nazismo alemán. Sus exhibiciones paranormales constituyeron un tema habitual de las polémicas berlinesas a principios de los años treinta. Hitler ya tenía un buen dominio de la retórica,

pero Hanussen le enseñó algo más sobre el espectáculo y lo ayudó a perfeccionar una serie de poses teatrales bastante eficaces en una época en la que el público no tenía la oportunidad de ver a los oradores de cerca. Los ocultistas añaden que Hanussen también adiestró a Hitler en técnicas de control mental y dominio de masas. Una influencia que no todos sus colaboradores aceptaban: es sabido que Hanussen irritaba poderosamente a Goebbels; el futuro ministro de la Propaganda veía en él a un charlatán de feria convertido en un influyente asesor.

Ayudara o no la experiencia de Hanussen, basta observar las grabaciones fílmicas de la época para advertir el terrible poder que emanaba de las palabras de Hitler, capaces de movilizar a masas enteras, hasta el punto que lo han comparado con la sensibilidad de un médium y el magnetismo de un hipnotizador. Sin embargo, la explicación de su poder de seducción oral y su extraordinaria habilidad para influir en los demás, desde una perspectiva menos esotérica, es para numerosos historiadores que a los alemanes, humillados por la derrota y empobrecidos por la caótica situación económica, simplemente les gustaba escuchar lo que decía Hitler.

Hitler apoyaba su discurso racista y de supremacía contra los supuestos traidores a la patria y enemigos de la raza aria, los judíos, en una serie de movimientos políticos destinados a enemistar a los rivales del partido nazi entre ellos. Aunque no logró la mayoría en las elecciones de 1932, Hitler aceptó la cancillería (presidencia del Gobierno) en enero de 1933; su llegada a la cabeza del gobierno alemán fue saludada por sus seguidores con numerosas reuniones plagadas de banderas y esvásticas.

Fuera o no consecuencia de prácticas ocultistas la llegada al poder del partido nazi, lo cierto es que una vez que Hitler accedió al gobierno de Alemania, el partido pudo continuar con sus planes de eliminación de la democracia, apoyado por grandes capas de una población que apenas se resistió al proyecto de reivindicación y regeneración nacional del líder

nazi. Hasta los medios de comunicación cambiaron de actitud hacia la mayoría de los políticos alemanes: de acusarlos de los males del país antes de la subida de Hitler al poder, pasaron a una luna de miel con el gobierno en la que todo eran elogios para la labor de las autoridades hitlerianas.

CONEXIÓN DEL PRESENTE CON EL PASADO

Las conexiones de Hitler con el pasado alemán pasan por su pasión por la obra del compositor Wagner y sus heroicas sagas inspiradas en leyendas y mitos germánicos. En más de una ocasión Hitler afirmó que su religión estaba basada en el *Parsifal* wagneriano, ópera centrada en el caballero medieval germano —un héroe nacional— que consagró su vida entera a la búsqueda del Santo Grial. Dusty Sklar, autora del libro *The Nazis and the Occult*, asegura que a Hitler «le atraía poderosamente la imaginería medieval, hasta el punto de haberse fotografiado portando una armadura». Incluso fue impresa una tarjeta postal propagandística titulada *Der Bannerträger* (el portaestandarte o abanderado) que se hizo muy popular, en la que aparecía Hitler a caballo con armadura completa y sosteniendo la bandera nazi.

Es más: hay una leyenda muy difundida, pero con poca base real, que afirma que de joven Hitler visitó la Schatzkammer (Cámara del Tesoro) del Hofburg o Palacio Imperial de Viena, donde vio, entre las joyas históricas del Sacro Imperio, la Santa Lanza. Hitler quedó fascinado por esta reliquia que pretendía ser la lanza que se clavó en el costado de Cristo agonizante, según el Evangelio de San Juan (19, 34): «... uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza y seguidamente salió sangre y agua». La tradición cristiana le adjudica la acción a Longinos, el centurión romano que presidía la ejecución según el Evangelio apócrifo de Nicodemo, a quien cita el martirologio cristiano como «San Longinos

soldado, de quien se refiere que traspasó con una lanza el costado del Señor». Esa Santa Lanza fue muy oportunamente encontrada en 1098, durante la Primera Cruzada, en un momento en que los conquistadores cristianos estaban en situación muy apurada, asediados en Antioquía. El hallazgo de la reliquia infundió tal ánimo a los cruzados que arrollaron a los sitiadores y continuaron su avance triunfal hacia Jerusalén. Supuestamente fue traída luego a Europa y terminó formando parte del tesoro de los emperadores germánicos.

Hay, no obstante, multitud de leyendas sobre la Santa Lanza que le atribuyen peripecias diferentes. Una de ellas dice que estuvo en posesión de Parsifal o Perceval, caballero de origen germánico que aparece en las leyendas del rey Arturo y los Caballeros de la Tabla Redonda, y que guerreros teutónicos la convirtieron en su talismán. Los ocultistas de la época sostenían que aquel que tuviese en sus manos la lanza también tendría en sus manos el destino del mundo. La leyenda cuenta que Hitler, que conocía su significado místico, quiso apoderarse de ella: para la mentalidad ocultista, un instrumento usado para un propósito tan importante se transforma en un foco de poder mágico. Así que el 14 de marzo de 1938, fecha de la anexión de Austria, Hitler ordenó que la lanza fuera trasladada de Austria a Alemania. Junto a otros objetos del tesoro de los Habsburgo, fue cargada en un tren blindado y protegido por las SS, y cruzó la frontera alemana.

Bastante más patente que este rumor histórico es la conexión que Hitler hizo entre el cristianismo convencional y el ocultismo nazi. A pesar de que con frecuencia denominaba a sus subordinados como sus «apóstoles», este uso de la iconografía y los conceptos cristianos era meramente superficial, puesto que el Cristo de Adolf Hitler era una figura nacional que apenas tenía lazos con el Jesús del Nuevo Testamento ni, por supuesto, con el Antiguo: el superhombre ario. De hecho, Hitler era violentamente anticristiano y describió el cristianismo como la peor

broma que los judíos habían gastado a la Humanidad. Según afirma Manfred Rommel —hijo del célebre mariscal de campo alemán Erwin Rommel— Hitler llegó a decirle a su padre, bastante creyente: «Tu Dios es para los débiles, y el mío es para los fuertes».

LA CREACIÓN DE UNA NUEVA RAZA

Hasta poder crear ese nuevo superhombre, los científicos nazis buscaron, mediante exámenes, pruebas y mediciones de todo tipo, a los mejores de entre la juventud alemana, erigidos en paradigma del ario perfecto, rubio y de ojos azules. Los elegidos recibían una educación especial para desarrollar tanto su salud y bienestar físico como el adecuado respeto a la autoridad. Claro que sus intenciones iban más allá de la mera formación de la juventud: aspiraban a la creación de una nueva raza de amos salidos del ideal ario, malinterpretando a su favor la teoría de la selección natural de Darwin, por la cual sólo sobreviven los ejemplares más fuertes y mejor adaptados al medio. En este caso, la raza más fuerte era a la que pertenecía el superhombre ario.

El comandante en jefe (Reichsführer) de las SS, Himmler, fue también el más ferviente defensor de esta misión. Promovió el estudio del origen de la raza aria encargando a antropólogos nazis, como Walter Darré, Shaffer y Sieberg, investigaciones sobre el tema, algunas bastantes siniestras realizadas en los campos de concentración. Y, según parece, además de arbitrar medidas destinadas a la procreación de la raza pura y malinterpretar a Darwin para instigar el genocidio sistemático que el III Reich emprendió en sus últimos años, tenía otras extrañas costumbres. La escritora Dusty Sklar describe que «un profesor de antropología, estudiando algunos testimonios de los juicios de Nuremberg, descubrió que era una práctica corriente decapitar a algunos miembros de las SS entre

los que mejor cumplían el ideal ario para intentar comunicarse con los maestros orientales a través de sus cabezas».

Los nazis, empeñados en corroborar la teoría ocultista de que los alemanes descendían de los superhombres arios, emplearon a un equipo de arqueólogos en la búsqueda de pruebas físicas que demostraran la relación ente alemanes y arios. Según la escritora Dusty Sklar, hubo una rama de las SS encargada de rastrear entre la población de toda Europa los posibles descendientes de los arios que aún conservaran su pureza de sangre. Incluso, llegaron a viajar al Tíbet en su búsqueda. Sin embargo, este hecho es cuestionado por muchos autores e investigadores. De lo que no cabe duda es de que el sueño de Hitler de revivir una raza de superhombres arios que dominasen el mundo desencadenó la Segunda Guerra Mundial.

INFLUENCIA DE VIDENTES Y ASTRÓLOGOS

La relación de Hitler con la astrología y la predicción en general se ha debatido mucho debido a que no existe ninguna prueba de que Adolf Hitler consultara jamás a ningún astrólogo, aunque muchos se han jactado de haber sido los gurús del Führer. De hecho, alejaba de su entorno a cualquier tipo de profeta: con él ya era suficiente y, además, tenía pánico a los malos presagios. Así, en 1934 se tomó la primera medida contra las prácticas ocultistas; la policía de Berlín prohibió todas las formas de adivinación del futuro, desde los quirománticos de feria hasta los astrólogos de sociedad. Después vino la supresión de todos los grupos ocultistas.

A pesar de ello, un oscuro astrólogo llamado Karl Krafft llegó a ser un personaje clave de uno de los más enigmáticos episodios de la guerra. Krafft predijo el 2 de noviembre de 1939 —apenas dos meses después del inicio oficial de la contienda—, que la vida de Hitler peligraría por culpa de una explosión. Seis días después, un potente artefacto destruyó la

tribuna que Hitler había abandonado minutos antes. Esta predicción le valió a Krafft la confianza de un miembro de la jerarquía nazi ya atrapado en las redes del misticismo: Rudolf Hess, entonces segundo hombre en importancia dentro del gobierno nazi, después del Führer.

Sin embargo, los efectos de la posible influencia de Krafft y otros videntes en Hess no fueron visibles hasta año y medio después de la predicción de Krafft, en la primavera de 1941, cuando Alemania dominaba prácticamente toda Europa Occidental y la lucha se centraba contra Gran Bretaña. Por motivos que se desconocen, Hess estaba convencido de que sólo él sería capaz de firmar un tratado de paz con el Reino Unido, y para ello se embarcó en un peligroso y rocambolesco vuelo en solitario a través del mar del Norte, el 10 de mayo de 1941. Cargado con distintos símbolos esotéricos, Hess acabó cayendo en paracaídas sobre Escocia, y se convirtió en el prisionero de guerra más famoso del mundo. Los historiadores en su mayoría coinciden en señalar que Hitler era completamente ajeno a los planes de Hess. Aquel día de mayo se había producido la alineación de seis planetas con la luna llena, una predicción que Hess consideró enormemente favorable para su misión. Tras su fracaso, Hitler renegó de él, afirmando que se había vuelto loco por culpa de astrólogos y adivinos.

Como consecuencia de este incidente, la inteligencia británica erróneamente creyó que también el Führer se dejaba guiar por los designios astrales. Entraron en contacto con Louis de Whol, un refugiado que afirmaba estar relacionado con el «astrólogo favorito» de Hitler, Karl Krafft, el vidente que predijo la bomba de 1939. Investigaciones posteriores revelaron que Whol no conocía a Krafft, pero los servicios secretos británicos aprovecharon el personaje y el momento para crear 50 profecías falsas atribuidas a Nostradamus, el famoso astrólogo del siglo XVI, en las que se auguraban catastróficos resultados para los planes del III Reich. Las profecías escritas por Louis de Whol, impresas de forma que

parecían editadas legalmente en Alemania, se repartieron por todo el territorio germano. Minar la moral del enemigo es otra forma de hacer la guerra...

EL APOCALIPSIS FINAL

En 1945, Alemania estaba completamente asfixiada por sus enemigos: las fuerzas aliadas —Gran Bretaña y Estados Unidos— por un lado, y los rusos por otro. Con este cambio de dirección en la contienda, Hitler prácticamente desapareció del panorama público. Parte de su energía y su fuerza provenían directamente de las masas, y su magnetismo se debilitaba a pasos agigantados, hasta que en enero de 1945 decidió retirarse a su búnker de Berlín, donde preparó su último plan: la completa destrucción de Alemania. En primer lugar, ordenó la demolición de todas las fábricas, centrales eléctricas, vías de ferrocarril, puentes, carreteras, así como de los suministros de ropa y alimentos.

En esta última etapa de la guerra, afirma Manfred Rommel, «Hitler solía repetir que si los alemanes no eran capaces de ganar, merecían la muerte», una sentencia que algunos ven inspirada en el pensamiento ocultista. Para el historiador George Mosse esta mentalidad «tiene la peculiaridad de creer que el devenir de los hechos acaba siempre de forma brusca en un gran Apocalipsis». Así, cuando Alemania se acercaba al colapso la reacción de Hitler se correspondió exactamente con lo que podía esperarse del pacto de un mago con los poderes del mal y, basada en el sacrificio, comenzó una orgía de sangre y destrucción.

Adolf Hitler parecía estar obsesionado con esa idea terminal, y el 29 de abril se casó con su amante, Eva Braun. Algunos historiadores indican que, posiblemente, el elevado concepto que tenía sobre sí mismo y sobre su misión en la Tierra, le impidieron hacerlo mucho antes. Al día siguiente, ambos se retiraron a la suite privada del búnker y se suicidaron

mientras las bombas rusas caían sobre Berlín. La fecha de su muerte, 30 de abril, esconde una siniestra correlación, hasta el punto de que hay quien cree que su elección no fue por azar: coincidía con la noche de Walpurgis, una de las veladas más importantes para los seguidores del satanismo. El efecto de la muerte del Führer sobre Alemania fue como si un hechizo se hubiera deshecho. En una semana, la Alemania nazi se había rendido incondicionalmente y el reino de la esvástica había tocado a su fin.

Algunos expertos no dudan en afirmar que el ocultismo residía en la médula de los crímenes que diferenciaron al nazismo de otras dictaduras: la guerra contra los judíos inspirada en una visión ocultista de la humanidad, dividida entre superhombres y criaturas infrahumanas. La matanza sistemática de judíos fue el objetivo principal de su régimen; un fin que Hitler plasmó en su testamento político, dictado horas antes de su muerte, y en el cual todavía llamaba a la lucha contra el judaísmo.

Años más tarde, al intentar explicar por qué habían seguido el camino de crimen y barbarie diseñado por Hitler, algunos ciudadanos alemanes alegaron que los poderes ocultos de Adolf Hitler lograron imponerse a su voluntad. Frente a los creyentes en la fuerza intrínseca de los rituales, los símbolos y la magia, los escépticos defienden que el poder del ocultismo sólo reside en el dominio que alguien tiene de aquellos que sí creen en él. En marzo de 1936 Hitler hizo una declaración que resumía con precisión las creencias en fuerzas ocultas que guiaban su espíritu: «Voy por donde la Providencia me dicta —dijo— con la seguridad de un sonámbulo».

El Tren Fantasma de los nazis

El papel de la Resistencia en la Europa ocupada es objeto de distinta valoración entre los historiadores. Únicamente en los Balcanes o en las inmensas áreas de la Unión Soviética ocupadas tras la invasión alemana de 1941, hubo grupos numerosos de partisanos que desarrollaran una acción militar importante en el transcurso de la guerra, hasta el punto de que Yugoslavia, Albania y Grecia se liberaron a sí mismas. En Europa Occidental hubo una implicación de la población diferente según los países, desde la resistencia pasiva y pacífica, pero casi unánime, de los daneses, hasta el caso de Francia, donde fue mucho más común la colaboración que la Resistencia. No obstante, después del desembarco aliado en Normandía (junio de 1944), cuando se vio clara la derrota del Eje, se multiplicó tanto el número de resistentes como sus acciones.

En general, puede decirse que en Europa Occidental la Resistencia no tuvo ninguna incidencia militar notable, consistiendo su aporte a la causa aliada en información y espionaje, sabotajes, y redes para proporcionar la huida, a través de España o Suecia, de prisioneros escapados, aviadores aliados derribados, perseguidos políticos y judíos.

En Bélgica funcionó una red dedicada a rescatar a los pilotos aliados que caían bajo fuego alemán, para ayudarlos a escapar por la *Línea Comet*, una ruta que atravesaba toda Europa, hasta los Pirineos, compuesta por diversos contactos y casas seguras donde poder esconderse. Los hombres y las mujeres de la *Línea Comet* belga protagonizaron una de las

historias más extraordinarias de la guerra: la del convoy conocido como el Tren Fantasma.

Todo comenzó cuando en 1940 los alemanes atravesaron las fronteras belgas venciendo rápidamente tanto al ejército nacional como a las tropas británicas que habían acudido en su ayuda. Al principio, el gobierno militar nazi instalado en Bruselas intentó presentarse como el libertador de los belgas frente al imperialismo británico.

Ayudó a ello la actitud contemporizadora del rey frente a la ocupación y la colaboración de muchos belgas, especialmente flamencos, seducidos por la ideología fascista. Pero tras el desembarco de Normandía, en el verano de 1944, la presión aliada se hizo cada vez más fuerte para las tropas de Hitler, y Heinrich Himmler, al mando de la Gestapo, decidió entonces enviar a Richard Jungclaus, un comandante más autoritario, para que se ocupara con mano de hierro del gobierno belga. Como miembro de la policía política nazi, la Gestapo, Jungclaus tendría que encargarse de sofocar cualquier acto subversivo de la población civil, animada por el imparable avance de los aliados.

A su llegada, Jungclaus se encontró con un problema logístico: la cárcel de Saint-Gilles, en la capital belga, tenía ya mil quinientos prisioneros. ¿Qué podía hacer con todos esos presos políticos ocupando la prisión? Como eran enemigos del Reich, Jungclaus decidió aplicar la «solución final» y enviarlos a todos a algún campo de exterminio alemán. Para ello ordenó encerrar a los prisioneros —en su mayoría miembros de la resistencia belga, más unos cincuenta pilotos aliados— en un tren especial compuesto por vagones de transporte de ganado, donde apiñaron sin piedad a los presos.

El teniente estadounidense John Bradley se encontraba en 1944 en el último vagón, ocupado por militares que, antes de ser capturados, se las habían arreglado para esconderse, al menos durante un tiempo, de los alemanes. Su viaje hasta el Tren Fantasma comenzó dos años antes, cuando se alistó en las Fuerzas Aéreas con 25 años de edad. Su primer destino fue Inglaterra, donde llegó en 1943. El 5 de noviembre de ese mismo año, el piloto estadounidense salió de su base para bombardear la ciudad de Gelsenkirchen. Su misión consistía en 25 salidas con su avión, y la de aquel día era ya la número 24. Pero fue alcanzado y su aeroplano comenzó a arder, por lo que abandonó el aparato en llamas saltando en paracaídas. Cuando llegó al suelo —cuenta Bradley en un exhaustivo informe que transcribió su esposa Bárbara mientras él se recuperaba de la tuberculosis al final de la guerra—, preguntó por dónde se iba a Alemania y salió corriendo en sentido contrario. A los pocos días, su esposa recibió un telegrama de las Fuerzas Armadas lamentando la desaparición de Bradley en acto de servicio.

Bradley había caído en Holanda. Disfrazado con un uniforme que un policía le prestó, comenzó un viaje que lo llevó hasta Bruselas, donde albergaba la esperanza de contactar con la *Línea Comet* para salir de Bélgica. Miembros de la Resistencia lo escondieron en una casa de belgas antinazis junto con otro compatriota, el sargento Royce Mac MacGillvary. Una noche, la Gestapo llamó a la puerta y los dos tuvieron que huir, casi sólo con lo puesto, por la puerta trasera. Ambos vagaron por los campos belgas, huyendo, unos cinco meses más, hasta que fueron capturados.

El capitán Alfred Sanders, piloto de un B-24, fue otro de los estadounidenses que viajaron en aquel convoy. Durante un bombardeo relámpago sobre Leipzig, en Alemania, el avión de Sanders fue alcanzado y, tras el fallo sucesivo de todos sus motores, tanto él como su tripulación

tuvieron que saltar en paracaídas, dispersándose por los alrededores de la ciudad belga de Ronquières. El azar hizo que un fotógrafo anónimo captara el momento y, después de la guerra, Sanders recibió aquellas fotos por correo. El avión se incendió inmediatamente, pero enseguida fueron rodeados por un gran número de belgas que se encargaron de ocultarlos. Sanders llegó a vivir con catorce familias diferentes, personas que eran conscientes del riesgo que corrían alojando a un militar enemigo.

Un día, un agente infiltrado de la Gestapo lo engañó asegurándole que en el Palacio de Justicia de Bruselas le proporcionarían los documentos necesarios para salir del país. Sanders, como tantos otros, acabó en Saint-Gilles, la cárcel de la Gestapo en la capital belga. A pesar de los intentos de los oficiales alemanes, Sanders no facilitó información sobre los miembros y actividades de la Resistencia. Por otra parte, los miembros de ésta tomaban bastantes precauciones para que sus protegidos tuvieran la mínima información posible que pudiera incriminarlos en caso de caer en manos alemanas; por tanto, Sanders poco podía contar.

LA CONEXIÓN ENTRE SUPERVIVIENTES

El canadiense Stuart Leslie fue otro de los pilotos prisioneros en el Tren Fantasma. Con apenas 22 años ya pilotaba un avión Halifax de la Royal Canadian Air Force. Al volver de un bombardeo en la frontera de Bélgica con Francia, fue avistado y alcanzado por los aparatos alemanes. Único superviviente del derribo, Stuart Leslie llegó a una granja en la que sólo se hablaba francés, pero al lado vivía una joven, Elizabeth Regout, que podía comunicarse algo en inglés. «Mi primera imagen de esos momentos —recuerda Leslie— es que me llevaron una botella de ginebra y algo de ropa.» Durante su estancia en la granja, Leslie tenía una rutina peculiar. De día se quedaba tomando el aire en la terraza de la granja, y

de noche salía a pasear con Elizabeth o con Alice, su hermana, pero siempre con una falda para que, visto a distancia, Leslie pareciera una mujer.

Al poco tiempo, la Resistencia lo envió a Bruselas para intentar buscarle una salida del país. Allí pasó a estar bajo la protección de Louise Schoupe, una activista de la Resistencia. Pero Leslie volvió otra vez al campo, donde siguió huyendo y refugiándose durante un par de meses más. Un día encontró casualmente a dos personas que no eran belgas como creía a primera vista: se trataba de John Bradley y Royce MacGillvary, quienes llevaban varias semanas escondiéndose. Los tres decidieron continuar la huida juntos, hasta que fueron detenidos en Namur, al sur de Bélgica, por un control alemán. Estuvieron a punto de conseguir engañarlos, pero uno de los policías nazis decidió volver a registrar a los tres hombres y, en el último momento, descubrió la placa de identificación de MacGillvary.

Los pilotos fueron conducidos al Petit Château de Bruselas, lugar donde la Luftwaffe, la aviación nazi, custodiaba a sus prisioneros. Según las normas de la guerra, los militares que viajaban sin uniforme podían ser fusilados sin miramientos bajo la acusación de espionaje, pero si confesaban la identidad de quienes los habían ayudado a escapar y esconderse podían ser tratados como prisioneros de guerra. Al final, los tres fueron enviados a la prisión de la Gestapo, Saint-Gilles (Sint-Gillis).

Allí también se encontraba Elizabeth Regout, muy implicada en las actividades de la Resistencia desde que ayudó a Leslie a escapar. Según recuerda, las condiciones en las que vivían eran dramáticas, «las celdas eran oscuras y asfixiantes, estaban llenas de cucarachas y había sólo tres colchones para seis personas». En aquel calabozo, Elizabeth descubrió un nombre escrito en la pared: Stuart Leslie. El piloto canadiense había pasado antes por la misma celda que ahora ocupaba ella.

Mientras la cárcel de Saint-Gilles se saturaba paulatinamente de

prisioneros, la lucha cambió de cariz para los alemanes, que veían cómo las fuerzas aliadas iban ganando terreno tras desembarcar en la región francesa de Normandía, el 6 de junio de 1944. Aquel día, el cabecilla de la resistencia belga Herman Bodson y sus hombres, expertos en sabotajes, escondidos en el bosque, tenían el encargo de volar la línea telefónica entre París y Berlín. Especialista en explosivos, Bodson consiguió cortar las líneas de comunicación alemanas. El signo de la contienda era cada vez menos favorable para Alemania.

UN VIAJE TERRORÍFICO

La liberación de París a finales de agosto aumentó la presión que Richard Jungclaus sentía ante los sucesivos fracasos y derrotas alemanas. Aprovechando la reciente liberación de la capital francesa, varios diplomáticos de países neutrales, como Suecia, trataron de negociar con Jungclaus una salida para los prisioneros políticos de Bruselas, pero éste optó por la medida más drástica posible, quizá en un último y desesperado intento por demostrar el poder nazi a los aliados, cada vez más cerca de la capital belga.

El 1 de septiembre, Jungclaus ordenó que los prisioneros de Saint-Gilles fueran llevados a Alemania en tren desde la Gare du Midi de Bruselas. A las dos de la mañana se transportó a todos los encarcelados en camiones hasta la estación, y allí fueron obligados a introducirse en vagones para ganado. Era un cautiverio aún más inhumano que las celdas sin ventanas de Saint-Gilles. En cada vagón, con una capacidad máxima para cuarenta personas, se apelotonaban más de cien y sólo disponían de un cubo a modo de letrina. El aire y la luz sólo entraban por las rendijas de los tableros de la pared.

Pero no estaban solos en su dramático viaje. Los trabajadores del ferrocarril, a quienes se había dado la orden de preparar el tren para su

partida, se encargaron de tranquilizar a los pasajeros, prometiéndoles que harían todo lo posible para evitar que el tren partiera. Con el sabotaje de una bomba de combustible, esa misma noche, comenzó una larga cadena de retrasos y averías que iban enfureciendo gradualmente a los alemanes. Lo que en teoría no eran más que unos sencillos preparativos rutinarios se fueron alargando hasta la mañana siguiente. No sólo mecánicos y mozos estaban al tanto de la operación: el ingeniero que debía relevar a su compañero de la noche aseguró estar indispuerto, lo que retrasó unas horas más la revisión del tren y las vías antes de salir hacia Alemania, hasta que por fin se encontró al ingeniero Louis Verheggen. Años más tarde, Verheggen confesaría que los oficiales de las SS que lo custodiaban se encargaron de hacerle entender desde el principio —apuntándole repetidas veces con sus armas mientras trabajaba— que cualquier intento de sabotaje por su parte le supondría la muerte.

Hasta bien entrada la tarde, el tren no se puso en marcha. Los hombres de Jungclaus habían ordenado que se dirigiese hacia Malinas, una ciudad a 20 kilómetros de Bruselas, donde recogería a un grupo de judíos. Este viaje duró ocho horas. Las dificultades a lo largo del camino fueron innumerables: las señales de las vías lo obligaban a parar y los raíles lo desviaban hacia la vía equivocada. Hacia la medianoche estaba prevista la llegada del tren.

DOS DESAPARICIONES EN POCAS HORAS

Mientras, los diplomáticos extranjeros proseguían las negociaciones con el inflexible Jungclaus en Bruselas. Éste pareció ceder cuando un médico alemán le aseguró que la Resistencia belga amenazaba con atacar a los soldados alemanes en sus mismos trenes si no accedía a liberar a los prisioneros. Jungclaus decidió finalmente no liberarlos, pero no los llevaría a Alemania, sino que los entregaría a las autoridades belgas. En los

ferrocarriles nadie, ni siquiera el ingeniero Verheggen, estaba al tanto de la nueva orden de Jungclaus y todos seguían intentando retrasar la marcha del tren.

Verheggen sabía que en Malinas la torre de agua había sido destruida, y por ello, aunque no le hacía falta, pidió agua con la intención de llevar el convoy hasta la ciudad vecina de Muizen. Allí se detuvieron durante la noche, pero los empleados de la estación olvidaron informar a Bruselas de que el tren se encontraba allí en lugar de Malinas. A las doce de la noche en Bruselas, Jungclaus cedió y envió un telegrama a Malinas ordenando el regreso del tren. Pero el tren ya no estaba allí. Para las autoridades y los negociadores de Bruselas, el convoy de prisioneros se había convertido en el Tren Fantasma.

El 3 de septiembre, tras varias horas de retraso, los oficiales de las SS de Muizen recibieron el telegrama de Jungclaus. Con los ingleses moviéndose rápidamente en la frontera con Francia, y avanzando 120 kilómetros en once horas, la administración nazi de Bruselas estaba contra las cuerdas. Jungclaus, gran experto en las tácticas de represión policial, pero menos en las militares, fue nombrado jefe militar de la región belga, pero no fue capaz de reagrupar a sus hombres para repeler el ataque británico.

A su vez, en la ciudad de Muizen, el ingeniero Louis Verheggen ponía en marcha el tren rumbo a Bruselas en menos de treinta y cinco minutos. Sospechaba que la orden de regresar era una trampa y, cuando se estaban acercando a la Gare du Midi, tomó otro camino por sorpresa, y dejó el convoy en una cercana terminal de carga llamada Petite-Île.

Los nazis no parecían darse cuenta o, al menos, no les importaban demasiado las idas y venidas del tren. La capital del país era un auténtico caos y los ingleses estaban muy cerca de la ciudad. Se oían cañonazos y disparos, y los alemanes corrían por todas partes. Excepto, precisamente, en la estación de Petite-Île, un enclave aislado del resto de la ciudad. De

nuevo se repitió la historia: era la segunda vez en pocas horas que el tren de los prisioneros de Saint-Gilles se perdía.

LA LIBERACIÓN Y HUIDA

Hasta las once de la mañana, los miembros de la Cruz Roja no encontraron el Tren Fantasma. Según recuerda Elizabeth Regout, «nos dijeron que habían negociado nuestra liberación, pero que los alemanes aún merodeaban por la zona y cabía la posibilidad de que nos disparasen si salíamos de allí». Dos horas más tarde, se abrían las puertas de los vagones. Sin embargo la liberación de prisioneros no se completó del todo: nadie abrió el vagón donde estaban encerrados los pilotos aliados, posiblemente olvidados por su captores nazis que ya habían huido de la estación.

Pasaron otras seis horas más y llegó la noche del 3 de septiembre. Los pilotos consiguieron abrir la puerta del vagón. Ajenos a la huida de los guardianes nazis, comenzaron a escapar sigilosamente de uno en uno, por temor a que los soldados alemanes los descubrieran. Stuart Leslie y Alfred Sanders recuerdan que tenían tal miedo que estaban convencidos de que los alemanes les estaban disparando por la espalda mientras huían.

Sanders logró escapar atravesando los suburbios industriales de la ciudad hasta el canal central de Bruselas, donde se reunió con John Bradley y Royce MacGillvary. En cuanto vieron una barcaza atracada en el canal, se acercaron a ella y, movidos por la discreción y la diferencia de idiomas, entablaron un diálogo algo absurdo con su tripulación. El saludo del capitán holandés fue «Reina Guillermina». La Reina Guillermina de Holanda, acompañada por su gobierno, había abandonado su país cuando fue invadido por los alemanes. Instalada en Londres, mantuvo en el exilio la legitimidad del Estado holandés. Para los antinazis

holandeses era todo un símbolo, justo al revés que el rey Leopoldo III de Bélgica, que había permanecido en el trono durante la ocupación y contemporizado con los nazis. Entonces, Alfred Sanders contestó inmediatamente «Presidente Roosevelt», y el capitán de la barcaza respondió «mi camarada», abrió la ventana para verlos y les preguntó en holandés qué querían. John Bradley le dijo en inglés «aviador americano». El capitán entendió y, tras esta breve conversación de identificación, los dejó entrar y pasar la noche allí.

Esa noche, mientras huían, los primeros hombres de la infantería motorizada británica habían entrado en Bruselas. A la mañana siguiente, cuando los tres pilotos aliados despertaron en la barcaza holandesa, la liberación de la ciudad era un hecho. Las calles estaban llenas de gente que avanzaba y corría hacia el centro, cada vez más concurrido. En la intersección entre dos grandes avenidas, vieron por fin al ejército aliado en Bruselas.

Entretanto, Jungclaus había logrado salir de Bélgica y regresar a Alemania, donde fue degradado por sus superiores como castigo por haber perdido Bélgica. Enviado a Yugoslavia, acabó sus días en el transcurso de una escaramuza con la Resistencia, en 1945.

Hoy en día, el teniente John Bradley está convencido de que la liberación del Tren Fantasma fue todo un símbolo para la población belga, más allá de la solidaridad con los prisioneros. A pesar de los años transcurridos desde entonces, los amigos y camaradas que han sobrevivido estas décadas siguen reuniéndose en la basílica nacional de Koekelberg, en Bruselas, para recordar lo que vivieron allá por 1944 y homenajear a los compañeros de la *Línea Comet* que ya no están entre ellos. El mismo Tren Fantasma ha sufrido también el inevitable paso del tiempo. De él sólo se conservan dos vagones de madera que descansan en un almacén de la compañía nacional de ferrocarriles belga.

MISTERIOS RELIGIOSOS

Los manuscritos del mar Muerto

En 1947, en los altos acantilados desde los que se domina el mar Muerto, electrizó al mundo el mayor descubrimiento de manuscritos de la historia. Seis décadas después, estos manuscritos siguen conservando todo su misterio. Fueron escritos en hebreo, arameo y griego, y algunos recogían claramente los libros del Antiguo Testamento. Sin embargo, los eruditos continúan debatiendo sobre quiénes fueron sus autores. Algunos hablan de la rica historia de una comunidad religiosa de hace más de dos mil años, los esenios, cuyas ideas parecen precursoras del cristianismo. Por la época en la que se escribieron —alrededor de la del nacimiento del cristianismo—, los investigadores esperaban que pudieran aportar pruebas del Jesús histórico. Pero la búsqueda de ese vínculo está siendo bastante complicada para los expertos. Actualmente, nuevos ojos están mirando los antiguos pergaminos e, impulsados por seductoras pistas, están dando forma a nuevas interpretaciones de los textos. Gracias al empleo de nuevas tecnologías y de herramientas ideadas para los forenses modernos, los investigadores siguen pistas hacia nuevas cuevas en las que puede haber más textos. Utilizan el ordenador y rayos infrarrojos para descubrir palabras que antes eran invisibles. Estos textos que, a diferencia del Nuevo Testamento, nunca habían sido corregidos ni tocados, ¿podrían arrojar una nueva y significativa luz o revelar algún secreto de la cristiandad o quizá hasta sobre el propio Jesús? ¿Podrían contener algo comprometedor, algo que cuestionase, y hasta refutase, las tradiciones establecidas?

A 395 metros bajo el nivel del mar, las orillas del mar Muerto son el

lugar de más baja altitud y más árido de la Tierra. En once cuevas, todas dentro de una distancia de 3 kilómetros, en los espectaculares acantilados que se alzan alrededor, fue donde se encontraron los manuscritos del mar Muerto. Estos pergaminos revolucionaron al mundo arqueológico y les ha dado a historiadores y traductores una labor gigantesca, que aún hoy en día no se ha terminado. Es más: los expertos todavía esperan encontrar nuevos documentos y, regularmente, hay algunas expediciones que trabajan en la zona con modernos radares de penetración para buscar cuevas que se pudieron haber pasado por alto. El potencial cultural e histórico del lugar es enorme según todos los expertos. La simple idea de descubrir nuevos documentos que puedan proporcionar nuevas pistas animan a seguir las investigaciones en este desierto; el desierto de Judea mencionado en los evangelios por el que Jesús caminó y donde Juan el Bautista habló de una voz.

EL DESCUBRIMIENTO

En 1947, un pastor beduino que buscaba una cabra perdida, llamado Mohamed ed-Dhib (el Lobo), arrojó una piedra en la ahora llamada cueva número 1. Sonó como si la piedra hubiese golpeado con cerámica, con algo artificial.

En su interior, encontró diez vasijas; en una de ellas había varios fardos cuidadosamente envueltos en lino. Al regresar al campamento, donde lo esperaban sus primos mayores, Jumaa Mohamed y Jalil Musa, todos ellos pastores de la tribu Taamireh, dedicados al contrabando entre Transjordania y Palestina, desplegó una larga tira de piel en la que había unos extraños escritos. Los beduinos sabían que su hallazgo era antiguo, pero desconocían cuál era su verdadera antigüedad. Intentaron vender los pergaminos en Belén, donde se los quedó un zapatero apodado Kando. Kando no podía apreciar su valor, pero era un árabe cristiano del

rito ortodoxo sirio, y le pareció que los manuscritos estaban escritos en siríaco antiguo, por lo que decidió ofrecérselos al metropolitano —título equivalente a arzobispo— Mar Athanasius Yeshue Samuel, cabeza de la Iglesia Siria en Jerusalén. Las idas y venidas entre Belén y Jerusalén duraron tres meses, y al final Mar Samuel pagó a Kando 24 libras palestinas (97 dólares), de las que 16 fueron para los descubridores beduinos.

¿Quién iba a imaginarse que esos sucios bultos hechos jirones representaban el mayor hallazgo de manuscritos de la historia y permitían atisbar la mente de los judíos que hace dos mil años luchaban por sus ideas religiosas en las calles de Jerusalén? Fueron necesarios más de cincuenta años de investigaciones para descifrarlos y todavía hoy los expertos tienen diferentes teorías a la hora de dar una interpretación histórica de estos documentos ocultos.

Se sabe que las cuevas donde se encontraron los textos fueron vaciadas artificialmente con el propósito de almacenar manuscritos en ella. Están repletas de orificios donde probablemente había estantes, igual que en una biblioteca moderna. «En la cueva número 4 se encontró el mayor filón de manuscritos del mar Muerto. Es posible que en sus orígenes hubiera en torno a trescientos setenta y cinco mil fragmentos de textos amontonados casi hasta el techo, mezclados con lodo, rocas, heces... todo lo que se fue acumulando con el paso de los años», explica Robert Eisenman, profesor de la Universidad Estatal de Long Beach (Estados Unidos) y autor de *Santiago, el hermano de Jesús*. En la cueva se podía leer y, además, era «un buen lugar para cuando los atacaban depositar aquí los manuscritos, o arrojarlos apresuradamente para protegerlos», señala el profesor James Vanderkam, de la Universidad de Notre Dame, miembro del equipo internacional encargado de la edición y traducción de los manuscritos y experto en escritos sagrados judíos.

La mayoría de los manuscritos datan aproximadamente de entre los años 200 a.C. y 66 d.C., y entre ellos se encuentran los textos más

antiguos de que se dispone en lengua hebrea del Antiguo Testamento bíblico. Así, 24 manuscritos bíblicos encontrados en la cueva número 4 —correspondientes a los libros de Deuteronomio, Josué, Jueces y Reyes— son aproximadamente mil años más antiguos que los textos hebreos conocidos hasta entonces. Además, entre los documentos más antiguos e interesantes están los llamados textos sectarios o textos no bíblicos, de los que se han descubierto más de seiscientos. Y ahí es donde comienza el emocionante trabajo de interpretar lo que significan los manuscritos. Se sabía lo que decían los textos bíblicos porque eran copias de libros del Antiguo Testamento, pero los textos sectarios son totalmente nuevos y proporcionan información sobre las condiciones existentes en Judea que dieron origen al cristianismo. Las primeras lecturas de los expertos apuntaban a grandes revelaciones. Estudiosos de la Escuela Americana de Investigación Oriental, que examinaron los manuscritos, fueron los primeros en darse cuenta de su antigüedad. Sin embargo, en la década de 1940, la confusa situación política de la zona significó grandes dificultades para las investigaciones. Las cuevas estaban en la zona del mandato británico de Palestina antes de la creación del actual Israel. Cuando fueron descubiertos los manuscritos estalló la guerra, que dividió el territorio del mandato entre Jordania, Egipto y el nuevo Estado judío, quedando esa zona del mar Muerto bajo soberanía jordana. Casi perdido entre las noticias sobre la contienda, el 12 de abril de 1948, un comunicado hecho en Baltimore (Estados Unidos) por el cronista W. F. Albright sacó los pergaminos a plena luz. Informó que eran de la época de los Macabeos, de Herodes, y por lo tanto, de Jesús.

Durante años hubo un parón en las investigaciones. La guerra en la zona no facilitó el estudio de los manuscritos, aunque al saberse su valor se buscaron más en los acantilados cercanos a donde se descubrieron y comenzó un mercadeo de documentos de origen algo dudoso. Aunque la cueva número 4 fue la más importante de todas, el padre De Vaux, de la

Escuela Bíblica y Arqueológica Francesa de Jerusalén, y G. Lankester Harding, del Departamento de Antigüedades de Jordania, que en febrero de 1949 realizaron la primera expedición científica, exploraron un total de 277 cuevas, en 37 de las cuales encontraron restos de presencia humana; en muchas de ellas había manuscritos, lo que significó que muchos fragmentos circulaban por el mercado negro de antigüedades. Además, el equipo que descubrió la cueva número 4 se ofreció a pagar a los beduinos 30 piastras por cada centímetro cuadrado de manuscrito que encontraran. Fue un incentivo inadecuado porque rasgaron los pergaminos grandes en pequeños trozos para que les pagaran más, destrozando los textos, lo cual ha dificultado la labor de conservación y posterior interpretación. Los historiadores, antes de poder completar el rompecabezas, tenían que conseguir todos los trozos que fuera posible. A comienzos de 1949, en un paréntesis de la guerra entre árabes y judíos al proclamarse el Estado de Israel, el Servicio Arqueológico Jordano, con la colaboración del Museo Arqueológico de Palestina, inició la exploración sistemática de las grutas y las excavaciones en el área circundante a las cuevas de Qumrán, que se prolongó durante casi una década.

En 1954, el metropolitano Samuel publicó un anuncio en el *Wall Street Journal* poniendo en venta cuatro manuscritos del mar Muerto. En febrero de 1955, el Estado de Israel los compró anónimamente por 250.000 dólares y comenzó inmediatamente un plan para la construcción del Santuario del Libro, un pabellón del Museo de Israel diseñado especialmente para exhibir los manuscritos del mar Muerto, con una construcción inspirada en las vasijas en las que se encontraron. Los manuscritos se convirtieron en una seña de identidad del nuevo Israel, que no ahorró medios para obtener la mayor parte posible de ellos. En el Santuario del Libro se pueden contemplar algunos de los más espectaculares, como el gran Rollo de Isaías desplegado en toda su longitud, aunque también hay en

exhibición copias y otros documentos judíos de la época de la Segunda Rebelión (132-135 de nuestra era).

Los manuscritos contenían todos los libros del Antiguo Testamento con la excepción del de Esther, un magnífico tesoro para el judaísmo, más antiguos incluso que la Biblia como la conocemos actualmente. Si ésta fue la simiente del judaísmo, algunos investigadores pensaron que también podría ser la del cristianismo. Así, desde el primer descubrimiento, se sabía que un tesoro casi tan importante como los propios manuscritos sería encontrar en ellos una palabra: Jesús, como conexión con el cristianismo. En la actualidad, todavía no finalizada la labor de interpretación de los miles de fragmentos hallados, aún no se ha hallado ese vínculo.

Pero no todos los documentos que se encontraron son bíblicos. Uno de los hallazgos más fascinantes fue el llamado Rollo de Cobre (actualmente en el Museo de Amman), que tuvo que ser cortado en tiras para poder ser abierto; contenía una lista de tesoros y sesenta localizaciones en diversos puntos de Palestina. Otro manuscrito, llamado el Rollo del Templo, contenía una serie de normas de vida de la secta esenia, dadas directamente por Dios, y detalladas instrucciones para construir un Templo de Jerusalén que no tenía nada que ver con el existente en la época, el de Herodes. Este rollo fue incautado por los israelíes tras su victoria en la guerra de los Seis Días (1967) en Belén, donde lo conservaba desde hacía muchos años el famoso zapatero Kando, que pretendía 1.300.000 dólares por él.

EL JUDAÍSMO COMO BASE DEL CRISTIANISMO

Las cuevas estaban cerca de una antigua comunidad llamada Qumrán, a orillas del mar Muerto, en especial la cueva número 4. Hoy en día, las ruinas de Qumrán se cuecen en silencio bajo el sol, pero para los

arqueólogos, estas piedras hablan como un libro abierto. El asentamiento terminó de forma violenta, evidentemente destruido por un ataque militar, romano con toda probabilidad. Se cree que aquí vivía un grupo judío heterodoxo, los esenios, aunque algunos expertos piensan que también podían ser saduceos. Según el historiador Flavio Josefo, los esenios eran uno de los tres grupos judíos principales de la época, junto con los fariseos y los saduceos. Esta secta judía fue descrita en la época de Jesús por el historiador romano Plinio y por los judíos Josefo y Filón. «Creo que se los puede llamar radicales. Se consideraban a sí mismos conservadores del estilo correcto de vida. Creían que eran ellos quienes interpretaban correctamente la Ley de Moisés. Y además trataban de vivir de acuerdo con sus interpretaciones de dicha ley», observa el profesor James Vanderkam.

En obediencia a la Ley de Moisés, llevaban una vida estricta y creían en los baños rituales de inmersión total en agua de tres a siete veces al día para purificarse, algo que no resultaba fácil en el desierto. Por ello construyeron un elaborado sistema que canalizaba el agua de lluvia desde Jerusalén, a unos treinta kilómetros de allí, y la vertían desde los acantilados en unos pequeños acueductos que llegaban hasta las cisternas donde la guardaban para su uso personal y para los baños rituales. Entre el numeroso material arqueológico, en las cuevas se descubrieron aljibes de inmersión, una especie de cisternas con escalones para que la gente bajase por ellos y se sumergiera a modo de ritual de purificación. «Si se examinan los documentos, sobre todo los de normas comunitarias, se ve que era algo que se exigía diariamente a los miembros de la comunidad», indica Robert Eisenman.

Los esenios eran vegetarianos, no admitían mujeres y cedían todas sus posesiones a la comunidad. Entre las ruinas, los arqueólogos han encontrado restos de lo que algunos investigadores consideran un *scriptorium* en el que los escribas pudieron haber copiado las sagradas escrituras del

Antiguo Testamento. «Muchos son textos poéticos como los salmos, pero expresan las ideas de este grupo. Varios de ellos tratan sobre el futuro, hablan del mesías, del final de la guerra...», indica James Vanderkam.

El profesor de historia judía de la Universidad de Chicago Norman Golb cree que la variedad de escritos contenidos en los manuscritos podría significar que no fueran originarios de Qumrán, sino que pudieron ser llevados allí durante un ataque de los romanos. «Los lugares en los que fueron encontrados —dice Golb— están situados en el lecho del río Awatti o cerca de él, tras haber dejado atrás Jerusalén. Siguiendo la historia de los judíos de Jerusalén en aquella época, creo que se vieron obligados a sacar los manuscritos de la ciudad. Siguieron los pasadizos secretos de los que Josefo habla en *Las guerras judías*, y los escondieron en cuevas, cisternas y por todo el territorio próximo al mar Muerto, con la esperanza de que aquel terror pasaría y podrían recuperarlos y llevarlos de nuevo a Jerusalén.» Pero, según este experto, posiblemente no fueron los esenios quienes los transportaron ya que no tuvieron tanta importancia en su época. «Josefo dijo que no había más de cuatro mil en toda Palestina. Y eran una pequeña parte de una gran cantidad de habitantes judíos de la ciudad.»

Aunque la opinión de Golb es respetada, la mayoría de los eruditos siguen identificando a los conservadores de los escritos judíos del mar Muerto con el grupo radical de los esenios que vivían en Qumrán.

Lo cierto es que, tanto si proceden de Jerusalén como de los esenios de Qumrán, son valiosos porque le dan un contexto histórico al siglo I de nuestra era. «Nos muestra el pensamiento del pueblo judío en un momento crucial de su historia», asegura Norman Golb. El período entre los dos primeros siglos antes de nuestra era y el siglo I de nuestra era fue una época de monumentales sucesos. Los romanos ocupaban Palestina y sobre el pueblo judío reinaba una dinastía extranjera, sostenida por Roma. La Primera Rebelión judía del año 66 de nuestra era fue aplastada

por Tito, que conquistó Jerusalén en el año 70 y arrasó la ciudad y el Templo, que ya no era el de Salomón, sino el de Herodes, pero que de todas formas era el símbolo de la nación judía. La última resistencia hebrea se dio tres años después en Masada, y tuvo tintes apocalípticos. Masada es un peñasco escarpado que alza sus 396 metros junto al mar Muerto, con las faldas verticales y la cima plana, donde el rey Herodes había construido una fortaleza inexpugnable para defenderse no de invasores, sino precisamente de su pueblo, los judíos. Allí se refugiaron un millar de zelotes, como se llamaba a los nacionalistas radicales. No había forma de atacar sus empinadas murallas, pero los romanos, pacientemente, construyeron un inmenso terraplén, que todavía hoy asombra a los visitantes, desde el llano hasta el amurallado borde de la meseta, por donde pudieron subir sus máquinas de guerra para asaltar Masada. Los zelotes no eran adversarios para los legionarios romanos y no intentaron luchar por Masada; cuando comenzó el asalto la incendiaron y se suicidaron en masa, sobreviviendo solamente dos mujeres y cinco niños que habían escapado del suicidio ritual escondiéndose en los depósitos subterráneos de agua. Todavía hubo una segunda rebelión entre los años 133 y 135, pero también fue aplastada con contundencia por los romanos. En ambos casos, los supervivientes fueron expulsados en masa de su tierra, dando lugar a la Diáspora judía.

Mientras todo eso sucedía, los pensadores judíos intentaban reconciliar sus creencias y la Ley de Moisés con los constantes desastres que sufrían. Gran parte de ello está reflejada en los manuscritos sectarios del mar Muerto, donde se habla de Apocalipsis, de una guerra final, del mesías que vendrá a ayudar... «Son ideas singulares, preciosas, y se puede ver de dónde procede el cristianismo», afirma Robert Eisenman.

Los primeros eruditos en estudiar los manuscritos comprendieron que eran algo muy valioso para el judaísmo, pero advirtieron que también afectaban al cristianismo. Comenzaron a cotejar frases similares entre el Nuevo Testamento, el añadido cristiano a la Biblia hebrea, y los manuscritos del mar Muerto. Descubrieron que hay ideas en los pergaminos que tienen cierta relación con las ideas de los primeros textos cristianos y que pertenecían claramente a los antiguos judíos. Así, por ejemplo, en los Hechos de los Apóstoles (4, 32-37 y 5, 1-10), se describe cómo en la primitiva Iglesia, la llamada Iglesia de Jerusalén, los seguidores de Jesús entregaban sus propiedades a la comunidad para resolver cualquier necesidad económica que la gente pudiera tener. Para muchos investigadores, ésta es una conexión con el grupo esenio asociado a los manuscritos. Según los textos encontrados, este grupo debía entregar las propiedades privadas para que no hubiera distinciones debidas a la riqueza.

Otras similitudes existen, en opinión Robert Eisenman, entre el Documento de Damasco y el Nuevo Testamento cristiano. El llamado Documento de Damasco es en realidad un antecedente de los manuscritos del mar Muerto. Fue encontrado en 1897 en la *genizah* (depósito de textos inservibles) de una vieja sinagoga de El Cairo por el erudito Solomon Schester. Data de la Edad Media y encerraba una información preciosa sobre la secta de los esenios, que en un momento dado había salido huyendo de sus enemigos en Jerusalén hacia Damasco, de donde viene su nombre. Sorprendentemente, en las cuevas del mar Muerto aparecieron nueve copias fragmentarias del Documento de Damasco, mil años más antiguas que el manuscrito de El Cairo.

Hay varios textos del Nuevo Testamento que recuerdan pasajes del Documento de Damasco: el que habla de arrojar redes, como simbolismo de los primeros cristianos como pescadores (Mateo, 13, 47); las referencias al cáliz que «es la nueva alianza en mi sangre» (Lucas 22, 20), según

el relato de la Última Cena que hacen los tres evangelios sinópticos y el texto del camino en el desierto. Según James Vanderkam, ambos grupos adoptaron la profecía de Isaías 40, 3: «Preparad en el desierto un camino para Yahvé».

«En los manuscritos —explica Eisenman— están en el desierto de Judea dándonos a entender que han ido allí a esperar la llegada de Dios. En el Nuevo Testamento, en los cuatro evangelios, se habla de Juan Bautista y la voz que clamaba en el desierto, preparando el camino del Señor.» La posibilidad de que Juan el Bautista hubiera pasado algún tiempo con la comunidad de Qumrán es verosímil para algunos eruditos, ya que en los evangelios (Mateo 3, 1-3, Marcos 1, 4, Lucas 1, 80 y 3, 2-4) se indica que estuvo un tiempo en el desierto cerca de esta área.

«No sabemos —añade— si algunos de los seguidores de Jesús leyeron los manuscritos, pero lo que sí podemos decir es que en los textos encontramos algunas de las ideas que aparecen en el Nuevo Testamento. Se repiten algunas de las frases. Como que el grupo de los manuscritos se refiere a sí mismo como “los hijos de la luz” y hablan de sus rivales como “los hijos de las tinieblas», y esas mismas expresiones son utilizadas en el Nuevo Testamento.» En los manuscritos, los esenios escribieron que Dios había dividido a la humanidad en dos bandos. Uno, del que formaban parte ellos, era el de los hijos de la luz. Los que se encontraban fuera de su comunidad eran los hijos de las tinieblas, a los que se debía evitar por impuros: eran los distintos enemigos de los esenios, tal vez los sacerdotes del Templo de Jerusalén, los fariseos, los saduceos, san Pablo, los romanos o cualquiera que no se guiara estrictamente por la Ley de Moisés. Jesucristo se refiere a los «hijos de la luz» en Lucas 16, 1-9 contraponiéndolos a «los hijos del mundo», y, según la interpretación de algunos expertos, estos versículos podrían recoger su crítica a los esenios por su forma de vida, por rechazar a los pecadores, frente a la idea del cristianismo del amor universal.

En esta línea, muchos investigadores afirman que los manuscritos son prueba de algo que historiadores académicos contemplaban desde hace mucho: que el nacimiento del cristianismo no supuso una innovación o una quiebra del sistema judaico, sino que constituyó una continuación, aunque posteriormente incorporase influencias cosmopolitas que lo diferenciaron del judaísmo. Para Eisenman no hay ninguna duda: estos textos confirman que las raíces del cristianismo son claramente judías. Según este experto, la versión del cristianismo de Pablo de Tarso —un judío cosmopolita que vivía fuera del estrecho ambiente de Palestina, entre gentiles, y era ciudadano romano— es una modificación de las formas estrictamente judías, llevadas a Grecia y a Roma, y convertidas en una religión universal que aceptaba a los gentiles. Pero los primeros cristianos eran judíos y estaban imbuidos de la cultura, incluida la cultura literaria y los pensamientos, de las personas entre las que vivían y con las que se relacionaban. «Eso es lo que los manuscritos han revelado —indica—: que como mínimo el cristianismo tomó prestados conceptos, ideas y textos de los manuscritos, pero que luego evolucionó y se convirtió en algo muy distinto del judaísmo.» El lenguaje era similar pero el contexto cambió según fue evolucionando el cristianismo. «Creo que cualquiera que lea este documento verá que las características del cristianismo están aquí una tras otra: bautismo, inmersión en ríos, purificación del cuerpo, Espíritu Santo, bautismo del alma, limpieza del alma, hacer un camino en el desierto... Pero el camino está relacionado con las leyes impuestas por Moisés», indica Robert Eisenman.

Para la mayoría de los eruditos, las referencias al Apocalipsis y el mesías son una interpretación de los momentos que se vivían entonces de lucha contra un ejército de ocupación, los romanos, y de cómo podían enfrentarse a las turbulencias políticas con la ayuda de Dios.

Los movimientos mesiánicos de los manuscritos no mencionan a Jesús, pero existen pruebas de que «esperaban la llegada de dos mesías:

uno que sería descendiente de David, y el otro sería un sacerdote. En el Nuevo Testamento, Jesús es el mesías descendiente de David según nos lo indican las genealogías de los evangelios. Pero también tiene aspectos sacerdotales, sobre todo en la Epístola a los Hebreos», dice James Vanderkam. Efectivamente, en esta carta de san Pablo, dirigida probablemente a la comunidad cristiana de Jerusalén, se compara a Cristo con el rey-sacerdote Melquisedec (Hebreos 7, 17).

UN TESORO SIN DESCUBRIR

Los escribas del mar Muerto escribieron en pergaminos de piel de cabra y en papel hecho de fibras de papiro. Aunque algunos de los manuscritos de dos mil años de antigüedad se encuentran en un extraordinario buen estado, hay miles de otros fragmentos que están muy deteriorados. En diversas instituciones arqueológicas, desde hace años, los científicos trabajan como neurocirujanos para salvar dichos fragmentos y utilizan las más modernas herramientas para desvelar los secretos que encierran los manuscritos. La restauración ha sido continua desde que se descubrieron. Su primera tarea consistió en corregir los errores de conservadores anteriores, como unir los fragmentos con cinta adhesiva corriente. Tras retirar la cola de los delicados fragmentos para poder conservarlos, se están restaurando los soportes de cuero de los manuscritos debido a que la enorme salinidad ambiental de la zona los ha deteriorado. Otros equipos investigadores internacionales llevan años intentando resolver el mayor rompecabezas del mundo. Y es que la labor de traducir estos antiguos manuscritos está siendo muy complicada, no sólo debido a la enorme cantidad encontrada y a que más de trescientos documentos están deteriorados y fraccionados, sino además porque están escritos en una complicada caligrafía, la cual carece de vocales, y donde las palabras suelen

estar todas juntas, de modo que según cómo se separen se les puede dar un sentido u otro.

Bruce Zuckerman, profesor de la Universidad de Southern California, y su equipo han creado un software para limpiar los textos difíciles de leer. «Muchas veces, en los manuscritos del mar Muerto, igual que en otras inscripciones antiguas, pueden variar temas enteros de historia y de religión según la lectura de una sola letra. Leer bien esa letra, puede cambiar la historia», cuenta Zuckerman. «A veces, mis colegas y yo estamos alrededor de una gran mesa trabajando con setecientos rompecabezas, cada uno de los cuales tiene diez mil piezas, que están todas revueltas.» Esto da idea de la dificultad que los investigadores están teniendo para interpretar los textos de los manuscritos. Por medio de su trabajo con el ordenador, el profesor Zuckerman está iluminando zonas oscuras de los mismos, abriendo nuevas palabras y un nuevo entendimiento, tras reparar letras e incluso rellenar espacios en blanco. En su labor utilizan rayos de luz infrarroja, como si fueran rayos X, para detectar y ver a través de la suciedad que se ha ido acumulando con el paso del tiempo.

Uno de los manuscritos estaba hecho sobre una delgada y larga lámina de cobre, algo muy inusual. Mientras que el 25 por ciento de los otros documentos eran copias de libros sagrados, el Rollo de Cobre era aparentemente el mapa de un tesoro, con un inventario de riquezas e indicaciones sobre dónde estaban enterrados el oro y la plata. El texto señala sesenta lugares distintos en los que se encontrará otra copia de este documento con su interpretación. «Mi teoría consiste en que hay dos documentos que son como una cerradura y una llave, y ambos son necesarios para averiguar dónde está el tesoro», cuenta Bruce Zuckerman. Es posible que el tesoro ni siquiera exista. Muchos han seguido las indicaciones y todavía no se ha encontrado ninguno. Por eso sigue fascinando.

Ése no es el único misterio de los manuscritos. Muchas de las referencias a lugares y personas están escritas en una clave que los eruditos han

tenido que descifrar: un obstáculo más para llegar a su verdadero significado. Hay muy pocos nombres escritos en ellos, lo que significa que no hay mención alguna de Jesús, sino que los escribas emplearon palabras cifradas. Casi siempre se refieren a pueblos e individuos por medio de claves o epítetos, incluyendo a veces juegos de palabras para referirse a ellos y no siempre es evidente a quién se refieren. Según muchos investigadores, el empleo de estas palabras cifradas podría ser un método para protegerse y no ser perseguidos.

En todos los manuscritos aparecen frases como Maestro de Justicia, sacerdote malvado, Kittim (los asirios)... Aunque hay quien piensa que se refieren a Jesús o a Juan Bautista en estas citas, los historiadores creen que no se pueden aplicar a ellos, sino que lo más probable es que los escribas estuvieran describiendo a sus propios enemigos o sus problemas. Como ejemplo, se cree que el Maestro de Justicia es el fundador de los esenios; que el sacerdote malvado podría ser alguien con quien no estaban de acuerdo o que estaba enseñando un mensaje diferente. Lo que está claro es que no hay ningún manuscrito que permita asegurar que existió una influencia fundamental sobre Jesús, Pedro o sobre los primeros cristianos. Ése es el consenso de los investigadores, pero en ese consenso también se admite que el verdadero valor de los manuscritos es que constituyen una fuente histórica única sobre el pueblo judío en una época muy problemática y determinante, en la que se produjeron las infructuosas revueltas contra la ocupación romana señaladas anteriormente, cuyo resultado final fue la disolución del reino judío, la destrucción de su principal seña de identidad, el Templo de Jerusalén, y la deportación del pueblo hebreo, que empezó así una diáspora de dos mil años. Paralelamente, uno de los muchos grupos heterodoxos del judaísmo, los cristianos, se desgajó del tronco común y comenzó una historia que lo llevaría a convertirse en la cultura dominante del mundo.

«Los únicos grupos que sobrevivieron fueron los cristianos que seguían

las enseñanzas de san Pablo, esto es, la Iglesia cristiana de san Pablo, que se convirtió poco después de que Jesús fue crucificado.» Eisenman cree que ése es el cristianismo que hoy conocemos y que evolucionó a partir de los grupos judíos que escribieron los manuscritos del mar Muerto. «Pablo fue preparado por esa comunidad. Todo su vocabulario refleja su preparación en ese grupo. Es evidente que tuvo desavenencias y lo abandonó. Cuando Pablo y otros como él llevaron este material al extranjero, a un mundo grecorromano, dio un giro de 180 grados, absorbiendo los elementos de las religiones místicas, como el culto a Osiris», pretende Eisenman. Y fue entonces cuando el cristianismo cambió, cuando dejó de estar compuesto principalmente por miembros judíos, y las tradiciones judías perdieron importancia. «Hubo cambios en las distintas formas de pensar, pero creció a partir de una base judía», afirma James Vanderkam. «Ninguno —de la comunidad de Qumrán— pudo volver porque todos fueron exterminados, pero dejaron sus documentos, y nosotros hemos tenido la suerte de haberlos descubierto en los siglos XX y XXI», añade Robert Eisenman. Para muchos eruditos no hay duda: cristianos y judíos comparten un mismo pasado, aunque a algunos no les guste especialmente la idea. La originalidad del cristianismo y su ruptura con la tradición judaica no son tan grandes, como han contribuido a demostrar los manuscritos del mar Muerto.

En busca del Arca de Noé

El monte Ararat, a 5.200 metros sobre el nivel del mar, es la cumbre más alta de Turquía y la más grande del mundo por su volumen. Su nombre en armenio significa «la madre del mundo»; los turcos lo llaman Agri Dagi, «el monte áspero», mientras que los persas significativamente dicen Kuhi Nuh, «la montaña de Noé».

La cima está siempre cubierta por una capa de hielo de 40.000 metros cuadrados y 91 metros de alto. Si a esto se le suman temperaturas de hasta cuarenta grados bajo cero y vientos de 160 kilómetros por hora, se crea un entorno complicado y peligroso para la escalada. Está localizado en el este de Turquía, cerca de las fronteras de Armenia e Irán y a sólo 240 kilómetros de Irak. La mayor parte de la zona está militarizada y conseguir permiso para explorarla es muy difícil. A pesar de todas estas dificultades, el Ararat ha sido la meca de los buscadores del Arca de Noé durante todo el siglo xx, sin contar los múltiples testimonios, que durante dos mil años, han asegurado haber encontrado pruebas que certifican que el Arca encalló allí, tal y como indica el Antiguo Testamento. Más recientemente, Rex Geissler, coeditor de Los exploradores del Ararat, afirma haber reunido el testimonio de cerca de setenta personas que aseguran haber visto con sus propios ojos un objeto con forma de barco debajo del hielo del monte Ararat.

La historia del Arca de Noé, según los capítulos sexto al noveno del libro del Génesis, habla de una enorme embarcación construida por orden de Dios para salvar del diluvio a Noé, su familia y «de los animales puros, y de los animales que no son puros... sendas parejas de cada

especie» (Génesis, 6, 19). Cuando remitió el diluvio «el día diecisiete del séptimo mes quedó anclada el Arca sobre los montes de Ararat» (8, 4).

El sentimiento religioso de unos y el espíritu aventurero de otros ha llevado a multitud de personas a realizar una ascensión llena de peligros al monte Ararat, en busca de una reliquia cuya existencia está cuestionada por muchos investigadores. Sin embargo, las religiones cristiana, judía y el islam creen en Noé y su Arca.

Si seguimos la narración de la Biblia, el versículo 15 del capítulo sexto del Génesis dice que el Arca de Noé medía 300 codos de largo, lo que equivaldría a entre 135 y 274 metros. En la exactitud de su tamaño hay bastantes discrepancias entre los historiadores, ya que hay divergencias respecto a la longitud exacta de esta unidad de medida. La mayoría de los estudiosos hebreos cree que el codo medía aproximadamente 45 centímetros. Esto significa que el Arca habría tenido 135 metros de largo, 22,5 metros de ancho y 13,5 metros de altura; con un espacio de suelo disponible de más de 9.000 metros cuadrados, algo así como el tamaño de 20 canchas de baloncesto. La Biblia tampoco especifica claramente dónde llega a parar el Arca. El Génesis dice que se dirigió a las montañas de Ararat, pero no al monte. El problema de localización surge al tener en cuenta que Ararat era también el nombre de un reino que, a principios del segundo milenio antes de nuestra era, se extendía en un radio de 483 kilómetros alrededor del monte con el mismo nombre, entre los ríos Araxes y Tigris. Es el Urartu de los documentos asirios, citado también en la Biblia como el lugar adonde huyeron los hijos del rey Senaquerib tras asesinar a su padre (II Libro de los Reyes 19, 37). De ahí la confusión de muchos de los buscadores.

REFERENCIAS HISTÓRICAS

Lo cierto es que existen muchas historias parecidas sobre arcas flotantes

en todas partes del mundo. El Corán, siguiendo con bastante fidelidad al Génesis, hace un relato pormenorizado del diluvio y de cómo Dios salva a Noé en la sura XI, versículos 2751, y dice que «el Arca se posó sobre el monte Chudí» o Judi (versículo 46), un macizo montañoso de casi cuatro mil metros de altitud situado en la región de Mosul, en el Kurdistán iraquí.

El *Poema de Gilgamesh*, encontrado en una tablilla cuneiforme en Nínive, la capital asiria, y posiblemente la fuente que inspiró al relato bíblico, cuenta en primera persona el desembarco de un arca en el monte Nisir, al nordeste de Babilonia. El mito hindú del diluvio contenido en el *Satapatha Brahmana* se refiere a una «montaña del Norte», donde Manu ata su barco a un árbol por consejo de su amigo el pez gigante.

Los griegos mencionan al monte Parnaso o las montañas de Tesalia, donde llegó la nave de Decaulión y Pirra tras el diluvio de la mitología helénica. Leyendas similares se narran desde Alaska hasta Perú. De hecho, básicamente todas las civilizaciones antiguas tienen historias similares sobre la destrucción del mundo a través de una gran inundación y sobre una nave salvadora, lo cual induce a pensar que se trata de un mito fundacional para muchos pueblos antiguos y que, posteriormente, fue adoptado por el cristianismo.

«Casi todos los buscadores del Arca acuden a Ararat gracias a una mezcla entre su fe y el reclamo sensacionalista del lugar», opina B. J. Corbin, investigador y coeditor de *Los exploradores del Ararat*. Un reclamo que comenzó ya en el año 275 a.C., con uno de los relatos del diluvio mesopotámico escrito por Beroso, un sacerdote caldeo del dios Bel, recogido por el erudito cristiano Eusebio de Cesárea, «padre de la historia de la Iglesia». El historiador judío del siglo I de nuestra era Flavio Josefo menciona las peregrinaciones a los restos del Arca de Noé.

Entre otros, habría intentado subir al monte Ararat para contemplar el Arca el apóstol Santiago —patrón de Armenia, al igual que de España—

por lo que se levantó en su falda un monasterio armenio llamado de Santiago. El pequeño monasterio estaba junto al pueblo de Arguri, que según las tradiciones armenias se levantaba sobre el primer lugar donde se había instalado Noé tras el Diluvio, en el que había construido un altar para ofrecer sacrificios a Dios. De hecho, en lengua armenia, «él plantó la viña» se diría «*argh urri*», por lo que el nombre de la población hacía referencia al famoso incidente de Noé con el zumo de uva. Había un único árbol, el cual según los habitantes de Arguri era un madero del Arca que, clavado en el suelo, había echado raíces. Árbol, pueblo y monasterio fueron arrasados por una erupción volcánica en 1840 y no queda rastro de ellos.

El rey Haithon de Armenia escribió, en 1274, que en la cumbre del monte Ararat, «el más alto que existe», se ve «un gran objeto negro» que es el Arca de Noé. Marco Polo también describió en sus viajes haber encontrado testigos que situaban el Arca en la cima del Ararat.

En el año 1829 se volvieron a encontrar nuevos testimonios sobre el Arca. Tras su expedición al monte Ararat, el explorador alemán Friedrich von Parrot —primer occidental en llegar a la cima— contó en su libro *Viaje a Ararat* cómo en el monasterio de Echmiadzin vio un fragmento del Arca. En 1876, cuarenta y siete años después, el noble inglés James Bryce regresó de Ararat con —asegura él— una prueba de la existencia de la embarcación bíblica. Se trataba de una pieza de madera de algo más de un metro y con signos de haber sido trabajada por la mano del hombre que encontró a 4.000 metros de altitud. No obstante, al no poder determinarse la antigüedad de su hallazgo, simplemente se desdennó.

Después de este episodio, la búsqueda del Arca cayó en desgracia. Las teorías de la evolución de Darwin cuestionaban severamente las teorías bíblicas, y se optó por otras expediciones arqueológicas más tangibles para atraer a la opinión general, como las excavaciones de ciudades homéricas en el último tercio del XIX o el descubrimiento de la tumba de

Tutankhamón en 1920. En 1936, el joven arqueólogo neozelandés Hardwicke Knight reactivó el interés por el Arca al descubrir unos enormes maderos bajo el hielo en la cara norte del monte Ararat, lo que dio pie a medio siglo de incesantes investigaciones, búsqueda de pruebas y rumores sobre la existencia y localización del Arca de Noé, que duran hasta nuestros días.

Tres años después del descubrimiento de Hardwicke Knight, la revista cristiana *The New Eden* publicó una historia singular según la cual en 1917 el piloto ruso Vladimir Roskovitski pudo ver un barco del tamaño de un bloque de casas mientras sobrevolaba el monte Ararat. Tras oír su testimonio, el zar Nicolás II envió hasta allí una expedición militar que tomó fotografías e incluso se habla de que llegó a rodar algunas tomas en película cinematográfica. Pero estos documentos fueron enviados al zar unos días antes de la Revolución rusa y, presuntamente, los bolcheviques se hicieron con todo el equipo de escalada y las fotos durante las revueltas siguientes. Sin embargo, cuarenta y siete años más tarde el editor de *The New Eden*, Floyd Gurley, afirmó que él mismo inventó la historia del piloto ruso, una farsa en la que muchos aun dicen haber participado.

En la década de los cuarenta continuó la aparición de restos del Arca de Noé en el monte Ararat, hasta que en 1955, y por primera vez en la historia, se grabaron imágenes del lugar. Estas imágenes forman parte de un documental realizado por el ingeniero francés Fernand Navarra durante su visita a Ararat, acompañado de su hijo de 13 años, Raphaël. Navarra narró su experiencia en el libro *Yo descubrí el Arca de Noé*, donde, al igual que en el documental, cuenta cómo tras cuatro días de escalada divisó lo que parecía ser madera en el fondo de una grieta de 12 metros de profundidad. Navarra, convencido de que se trataba del Arca, intentó llegar hasta allí, pero se dio cuenta de que, aunque la madera era perfectamente visible, se encontraba dentro de una gruesa capa de hielo. Aun así consiguió seccionar un pedazo de madera de 1,5 metros de

longitud. En los años cincuenta todavía no se había inventado la datación por carbono 14; no obstante, las pruebas disponibles en la época arrojaron un resultado de aproximadamente cinco mil años de antigüedad, lo suficiente para encajar en la mayoría de las fechas propuestas por los historiadores bíblicos para el Diluvio universal. Este descubrimiento, que no cuenta con el apoyo de ninguna autoridad académica, motivó aún más a los buscadores del Arca.

NUEVAS PISTAS

La búsqueda del Arca tomó un nuevo rumbo cuando en 1960 la revista *Life* publicó unas imágenes facilitadas por un experto de la aviación turca, el capitán Ilhan Durupinar. Se trataba de una depresión o huella —llamada desde entonces Durupinar en honor a su descubridor— en forma de barca, excavada en la roca a 24 kilómetros al sur de Ararat, similar en formas y dimensiones a la que, hipotéticamente, podría haber sido el verdadero Arca de Noé. Ese mismo año, la Fundación de Investigaciones Arqueológicas se desplazó a Turquía para estudiar esta estructura, dictaminando que se trataba probablemente de una formación de lava y que no parecía tener la huella de ninguna embarcación.

Sin embargo, la Fundación recaudó fondos para realizar una nueva expedición en 1969, que contaría con Fernand Navarra como guía. Sus excavaciones arrojaron el resultado que buscaban: encontraron más madera bajo el hielo. Cuando se analizó esa madera comparándola con la que Navarra extrajo en 1955, se descubrió que eran idénticas en tipo y edad: una especie de roble que no existía en cientos de kilómetros a la redonda. Y ésta es precisamente la prueba en la que se apoyan los defensores de la existencia del Arca de Noé: si esta especie no es originaria del Ararat, la forma más fácil de que llegara hasta esos 5.000 metros de altura era flotando sobre el agua. Sin embargo, años después, al realizar

la datación por radiocarbono, resultó que el roble tenía entre 1.700 y 1.900 años de antigüedad, bastantes menos de lo que se había pensado al principio. El descubrimiento resultó decepcionante para los buscadores del Arca: eran árboles demasiado jóvenes como para haberse utilizado en la construcción de la nave.

La Fundación no se desanimó y buscó una segunda opinión, la del inventor del sistema de datación mediante carbono 14, Willard F. Libby. Según Alfred Lee, uno de los integrantes de esta expedición, «Libby explicó que la prueba del carbono 14 puede no ser fiable en ciertos casos, sobre todo si las muestras estaban contaminadas, como parecían estar los fragmentos de madera extraídos del Ararat». Pero esto tampoco fue suficiente para convencer a los escépticos, y pronto comenzaron a alzarse voces desacreditando a Navarra, desde historiadores islámicos que aseguraban que la zona había estado densamente poblada de árboles antes del año 1000 después de Cristo, hasta un guía de la primera expedición, de 1955, que aseguraba haber visto a Navarra comprar la madera en una localidad cercana al monte Ararat. A pesar de las opiniones más escépticas, este acontecimiento sirvió para que el debate y los testimonios sobre el Arca de Noé afloraran.

Alfred Lee, dibujante especializado en arqueología e integrante de la expedición de 1969, recibió en su casa de Estados Unidos la llamada de un anciano de origen armenio, George Hagopian, quien le contó que en una época en que su villa natal en Armenia llevaba sufriendo cuatro años de intensa sequía y la nieve de las cumbres era apenas una pequeña mancha, uno de sus tíos le dijo que su abuelo y otros patriarcas del lugar ya habían visto la embarcación de Noé. Aprovechando la sequía, subieron al monte Ararat. El Arca estaba allí, al borde de un precipicio y con una escalera que no llegaba a tocar el suelo en uno de sus lados. Hagopian trepó hasta el tejado del Arca y se asomó por las —según su testimonio— cerca de cincuenta grandes ventanas que tenía el Arca. «Posiblemente el Arca

del que hablaba George Hagopian se encuentre bajo el hielo en el cañón Ahora», afirma Alfred Lee. El cañón Ahora es una profunda hendidura de la cara norte del monte Ararat.

Pero los testimonios de esta asombrosa visión no quedaron ahí. Ed Davis fue otro de los testigos que acudieron a Lee asegurando haber visto el Arca desde una distancia de menos de un kilómetro y medio. Perteneciente al Cuerpo de Ingenieros del Ejército estadounidense, Davis estaba construyendo una ruta logística a través de Irán en el verano de 1943. En un descanso, su amigo y conductor, un joven llamado Badi, que era un chófer civil agregado al ejército, lo llevó al monte Ararat para ver el Arca. Al igual que Hagopian, Ed Davis mantuvo el secreto durante muchos años. No se conocían entre ellos, y Hagopian ya había muerto hacía tiempo cuando Davis reveló lo que había visto. El Arca descrita por el norteamericano se encontraba al fondo de una profunda sima, partida en dos, muy probablemente a causa de uno de los frecuentes movimientos sísmicos de la zona. Según su descripción, contenía grandes jaulas de madera de varios tamaños y otras más pequeñas de hierro. Sin embargo, este metal no empezó a utilizarse hasta el año 1500 a.C., por lo que, aceptando literalmente la cronología bíblica, Noé habría podido descubrir el hierro casi mil años antes, en 2300 a.C.

Las vívidas experiencias e imágenes que dibujó Alfred Lee animaron a una nueva generación de buscadores del Arca. Desgraciadamente para ellos, el recrudecimiento del conflicto kurdo provocó el cierre de la zona a los exploradores hasta su reapertura en 1982, gracias a los esfuerzos del ex astronauta James B. Irwin, octavo hombre en llegar a la Luna y el primero en conducir un *buggy* sobre la superficie lunar en 1971. Miembro del grupo religioso High Flight Foundation, realizó siete expediciones al monte Ararat en Turquía, en la década de los ochenta. En ninguna de ellas llegaron a encontrar la prueba definitiva de la existencia del Arca. En 1991 falleció de un ataque al corazón sin haber logrado su objetivo.

Desde que la prohibición fue levantada en 1982, diversas expediciones científicas han visitado el lugar sin poder encontrar pruebas concretas de la existencia de la mítica Arca de Noé, ni revelar pistas concluyentes del lugar final de descanso del Arca. Curiosamente, esta larga lista de infructuosas búsquedas y descubrimientos tibiamente acogidos por la comunidad científica no ha hecho sino acrecentar la fiebre del Arca. Entre 1985 y 1991 se contaron más de veintisiete expediciones al monte Ararat y se comenzaron a difundir imágenes fotográficas y vídeos de lo que antes sólo se había podido ver en dibujos. En 1989, el periodista turco Ahmet Ali Arslan, que había escalado el Ararat más de cincuenta veces acompañando a exploradores extranjeros, tomó fotografías, a 200 metros de distancia, de una formación rectangular que se encontraba bajo el hielo en la meseta oeste. Enseguida se organizó otra expedición, con un equipo de expertos norteamericanos y turcos, para sondear la zona con radares, pero se utilizaron aparatos tan primitivos que apenas se obtuvieron resultados. Antes de que se pudieran llevar equipos más complejos, las autoridades turcas volvieron a cerrar la montaña a los investigadores. A partir de ese momento, los estudios que se pudieron realizar fueron bastante escasos: analizar vorazmente las imágenes del cañón Ahora y la meseta oeste captadas desde un helicóptero, pero tan borrosas que no son una prueba convincente.

LOS EXPLORADORES DE LOS NOVENTA Y LA CIA

Tras los pobres resultados de las expediciones de los ochenta, exploradores como Ron Wyatt y David Fasold volvieron sus miras a Durupinar, la formación geológica con forma de barco descubierta por el capitán Durupinar, que fue anteriormente descartada. A pesar de que sus métodos no eran muy ortodoxos para la mayoría de la comunidad científica, lograron mostrar unas estriaciones en la roca con forma de casco. Cerca

de Durupinar se halló un fragmento de cerámica donde aparecía una figura humana con un martillo en la mano y con la inscripción NOACH escrita al revés, palabra que podría identificarle como Noé. A pocos kilómetros, encontraron también un cementerio con lápidas que podrían haber pertenecido al Arca de Noé; una de ellas tenía ocho cruces, símbolo quizá de los ocho humanos que según el relato bíblico viajaban en el barco, y otras son idénticas a las anclas de piedra usadas tradicionalmente por los hebreos.

Mientras algunos investigadores intentaban localizar el Arca en Durupinar, comenzó otra búsqueda muy diferente en los despachos de los servicios de inteligencia estadounidenses. El rumor había comenzado a extenderse en los años setenta. Se decía que existían fotografías militares e instantáneas tomadas desde satélites de la CIA, que permanecían clasificadas. Un rumor que nadie sabía si era o no cierto. Porcher Taylor, profesor en la Universidad de Richmond (Virginia) en la actualidad, comenzó a interesarse por el misterio del Arca de Noé cuando era cadete en la academia militar de West Point, allá por 1973. En ella se comentaba que un satélite espía estadounidense KH-9 —a 643 kilómetros de la Tierra— desvió accidentalmente la trayectoria de su cámara en el transcurso de una misión rutinaria de vigilancia del corredor turco soviético: en lugar de identificar los misiles de una base soviética, a 64 kilómetros del monte Ararat, tomó imágenes del mismo monte. Los analistas fotográficos de la CIA vieron en esas imágenes la proa de un barco sobresaliendo de un glaciar.

Veinte años más tarde, cuando Taylor ejercía como abogado en Florida, asistió a una conferencia impartida por el doctor George Carver, un antiguo alto cargo de la CIA durante los setenta. Al abrirse el turno de preguntas, Taylor se atrevió a preguntarle por aquellos rumores sobre el Arca de Noé escuchados durante su estancia en West Point. «El doctor Carver contestó que la CIA no trabajaba en el asunto del Arca de Noé,

pero que, efectivamente, esas fotografías existían», cuenta Taylor. Aquel día de 1993, Carver invitó a Taylor a seguir el asunto del Arca con él y éste aceptó. «Lo primero que me advirtió Carver es que jamás debía pronunciar las palabras “Arca de Noé” si no quería ver que se me cerraban todas las puertas en los servicios secretos», explica. Finalmente, en 1995, tras dos años de peticiones formales y negociaciones en la sombra, Taylor y Carver consiguieron que el Pentágono desclasificara algunas fotografías tomadas por una misión de reconocimiento estadounidense, en 1949. Las fotos estaban catalogadas con el título «La anomalía de Ararat». Esta anomalía parece ser algo enorme que sobresale bajo el hielo en la esquina noroeste de la meseta oeste del monte Ararat. En las fotos se apreciaba una estructura curvada y horizontal con aspecto de haber sido fabricada por la mano del hombre. La prueba tampoco se considera concluyente porque las imágenes no estaban tomadas lo suficientemente cerca para determinar con exactitud qué era la misteriosa forma bajo el hielo.

Porcher Taylor descubrió en los archivos del servicio secreto imágenes más precisas, pero aún clasificadas como *top secret*, tomadas con aviones espías U-2 y satélites KH-11, capaces de fotografiar un pomelo desde el espacio. «A pesar de que desde dentro de los servicios de espionaje —cuenta Taylor— se reconoce en voz baja que “la anomalía de Ararat” es un arca, todas mis peticiones para lograr la desclasificación de las imágenes han sido denegadas.» La explicación de Taylor es que, si se tratara de una formación geológica, muchos podrían alegar que el gobierno de Estados Unidos pierde el tiempo estudiando rocas por el mundo, y «si verdaderamente existiera el Arca, habría quien criticase que el gobierno se dedique a investigar objetos con significado religioso en vez de verdaderos objetivos militares».

En septiembre de 1999, Taylor se las ingenió para lograr sus propias imágenes de alta resolución. Convenció a la compañía propietaria del

Ikonos, un satélite comercial de alta resolución, para que, durante su primer viaje, calibrara su nuevo satélite utilizando las coordenadas del satélite espía estadounidense para «la anomalía de Ararat». El 5 de octubre se vieron por primera vez, públicamente, las imágenes más cercanas captadas desde el espacio; revelan una figura rectangular que salía del lado noroeste de la meseta oeste del monte. La mayoría de los expertos coincidieron en que es una formación que no sigue la estructura del resto de la montaña, pero no todos son capaces de asegurar tajantemente que se trate de una embarcación, o siquiera de algo construido por el hombre. En septiembre de 2000 se tomó otra imagen del mismo lugar: en ella aparecían una serie de agujeros. Un equipo de seis expertos en análisis fotográfico dio su opinión profesional: tres de ellos creían que podría tratarse de una estructura fabricada; otros dos llegaron a la conclusión de que se trataba simplemente de una roca; el otro la encontró de dudosa interpretación.

La ola de calor del año 2003 derritió grandes cantidades de nieve del monte Ararat y permitió tomar imágenes de satélite más claras que las existentes pero, por el momento, es imposible asegurar que lo que existe en la cima del Ararat es el Arca de Noé. El escritor y presidente de ArcImaging (Archaeological Imaging Research Consortium, la primera organización que obtuvo permiso del gobierno turco para investigar la montaña en 1981), Rex Geissler, propone continuar la investigación pero con la tecnología adecuada. Para él «es imprescindible utilizar radares de penetración potentes y explorar concienzudamente bajo el glaciar que hipotéticamente cubre el Arca». De momento, su grupo de investigación negocia con el gobierno turco para poder acceder otra vez a la montaña. Uno de los motivos por los que el gobierno no permite el acceso a la zona es porque es uno de los escondites preferidos por la guerrilla kurda; según cuentan los habitantes de la montaña, el lugar favorito entre los guerrilleros es una gran estructura rectangular a la que llaman el Arca

Sagrada. Y mientras Geissler logra ese permiso, siguen sin conseguirse las pruebas científicas que demuestren la existencia de Noé y de su nave salvadora.

La Sábana Santa

Desde 1578, atraídos por la reliquia más famosa del cristianismo, miles de creyentes acuden a la ciudad italiana de Turín. Quieren ver un trozo de tela de poco más de 4 metros de largo por 1,20 de ancho, donde se aprecia la imagen de frente y de espaldas de un hombre muerto por crucifixión. Como tantos otros millones de cristianos, están convencidos de que se trata del auténtico sudario de Jesús, la «Sábana Santa» que envolvió su cuerpo tras su muerte. Algunos científicos avalan esta creencia; opinan que su tenue imagen color sepia contiene datos precisos sobre la forma en que murió Cristo: desde signos de violentos golpes en las piernas y la abrasión de la cruz en su espalda hasta las marcas que la corona de espinas dejó en su frente, pasando por las heridas producidas por los clavos en las muñecas y los pies. Incluso se puede apreciar una herida abierta en el costado. Sin embargo, no toda la comunidad científica está de acuerdo. La prueba del carbono 14, realizada en 1988 con los auspicios de la Santa Sede, donde se confirmaba la datación del sudario en la Edad Media, ha sido refutada por varios expertos que afirman que no se hizo bien y, por tanto, ponen en duda su valor. La controversia no acaba ahí. En la línea contraria, entre todas las posiciones discrepantes, poco a poco se abre paso una controvertida teoría: la que defiende que el sudario fue creado por Leonardo Da Vinci hace poco más de quinientos años.

Según la tradición cristiana, la Sábana Santa, o *Sindone*, de Turín fue la tela en que se envolvió el cuerpo de Jesús después de su muerte. Es una sábana de lino de 4,36 metros de largo y 1,10 metros de ancho, sobre

la que se ven con claridad dos líneas oscuras, triángulos blancos, marcas de quemaduras producidas durante el incendio de Chambéry en 1532. También está representada la doble imagen, es decir, frontal y dorsal de un hombre muerto por crucifixión. Sin embargo, algunos científicos escépticos han puesto en cuestión estas creencias con pruebas que contradicen la tradición cristiana.

PRIMERAS REFERENCIAS HISTÓRICAS

Los relatos bíblicos nos cuentan que Jesús fue enterrado según la tradición judía. Cuando lo bajaron de la cruz, envolvieron el cadáver con una mortaja del tamaño de un cuerpo humano. En el Evangelio de san Juan se cuenta que al enterarse de que habían removido la piedra que cerraba la sepultura de Cristo «Pedro y otro discípulo iban al sepulcro corriendo los dos juntos; el otro discípulo corrió más que Pedro y llegó antes al sepulcro, y agachándose vio los lienzos tirados y el sudario que había estado sobre su cabeza, no tirado con los lienzos, sino recogido en un lugar aparte» (Juan, 20, 3-7). San Lucas por su parte dice: «Pedro se levantó y se fue corriendo al sepulcro; se asomó y sólo vio los lienzos» (Lucas, 24 12). «Si los relatos bíblicos son ciertos, la tumba de Jesús no estaba totalmente vacía, ya que en ella se encontraba la mortaja. Pero el Nuevo Testamento no hace mención de ninguna imagen milagrosa en el sudario», confirma el historiador del Nazareth College, Timothy M. Thimbodeau.

En realidad, tuvieron que pasar décadas para que, ya en el siglo I, los textos cristianos mencionasen algo. En estos documentos se hace referencia a una sábana que se guardaba en Edesa, en Turquía Oriental. Después, el rastro del Sudario se pierde durante más de un milenio. Hasta que en el siglo XIV reapareció súbitamente: una sábana llamada la «auténtica sábana mortuoria de Cristo» fue exhibida en 1355 en la

población francesa de Lirey, unos doscientos kilómetros al sudeste de París. Su propietario, el caballero Geoffroy de Charny —perteneciente a una familia francesa relacionada con los caballeros templarios, una orden militar conocida por proteger y comerciar con reliquias— nunca aclaró cómo había llegado la pieza de lino a su poder; pero financió la edificación de una iglesia para acoger la reliquia: Nuestra Señora de Lirey, que atrajo a gran cantidad de peregrinos que convirtieron el supuesto sudario de Cristo en un gran negocio. Henri de Poitiers, obispo de Troyes, logró averiguar que se trataba de un lienzo astutamente pintado. El escándalo saltó de inmediato. Su sucesor en el cargo, Pierre d'Arcis, exigió el cese de la exhibición y, a finales de 1389, escribió al papa Clemente VII pidiendo su ayuda para acabar con aquel engaño. Pero sorprendentemente el Papa dictaminó que la sábana podía ser expuesta. El historiador Antonio Lombatti explica así la decisión papal: «El clero necesitaba de estas cosas para ganar adeptos. Era una época en que apenas había nadie que supiera leer y escribir. Un papa escribió una vez que, para que la gente ignorante creyese, eran más importantes las pinturas y reliquias que cien sermones». Además, en aquella época, la prosperidad de monasterios y regiones enteras de Europa giraba en torno a las reliquias que atraían a multitudes de fieles y convertían aldeas en florecientes ciudades y enriquecían a órdenes religiosas y a señores feudales.

En 1453, la familia De Charny pasó por dificultades económicas, lo que la obligó a vender el sudario al duque Luis I de Saboya, que continuó exhibiéndolo al público. Tras medio siglo de exposiciones itinerantes, Sixto IV los autorizó a levantar en Chambéry la Santa Capilla de la Sábana Sagrada. Allí un incendio en 1532 dañó parcialmente el sudario. Como la figura contenida en el paño se salvó de la quema, la tela se rodeó de un halo milagroso. A partir de entonces, se expuso en raras ocasiones. En octubre de 1578, el duque Emmanuel Filiberto de Saboya trasladó la sábana a Turín para que fuese venerada por san Carlos Borromeo,

arzobispo de Milán y el sudario no volvió a Chambéry. Se instaló definitivamente en la catedral de San Juan Bautista de Turín en 1694.

Los partidarios de la llamada «teoría Leonardo», que defienden que se trata de una obra del famoso artista del Renacimiento, afirman que en 1494 apareció una nueva Sábana Santa en Vercelli, Italia. «Era una sábana diferente de la denunciada mucho antes como una pintura fraudulenta. Ésta de 1494 está realizada por Leonardo, y es el conocido Sudario de Turín de hoy en día», asegura convencida la escritora Lynn Picknett.

Una de las hipótesis es que no se trata de una obra de arte. No está pintada, ni es un entintado, sino algo muy parecido a una primitiva imagen fotográfica confeccionada tres siglos antes de la invención de la fotografía. De hecho, cuando en un ordenador se invierten las luces y sombras de la imagen, se percibe la figura aún con mayor claridad. El fotógrafo Stephen Berkman ha utilizado exclusivamente tecnología renacentista para confeccionar un facsímil fotográfico de la reliquia y cree que hay evidencias suficientes para pensar que podría ser obra de Leonardo. Sin embargo, quienes defienden la autenticidad del Sudario afirman que hace quinientos años ningún artista podía hacer una réplica con detalles tan precisos. Claro que si alguien hubiera sido capaz, Leonardo, un verdadero genio, es un candidato perfecto. Inventó el carro de combate, la bicicleta, máquinas volantes, el submarino y muchos ingenios más. Además, al tener conocimientos de anatomía, sabía lo que le ocurría a un cuerpo humano que había sido crucificado, y lo que ignoraba, lo podía imaginar.

LA PRIMERA FOTOGRAFÍA DE LA HISTORIA

La investigación de Stephen Berkman se adentra en el terreno científico: demostrar el hecho de que Leonardo hubiera tomado la primera

fotografía de la historia, algo que plantea serias dudas en el mundo científico. «En el Renacimiento ya se usaban lentes y gafas e, incluso, con anterioridad, en 1276, Roger Bacon las menciona. Había, por tanto, conocimiento de las lentes y sus propiedades. Si Leonardo diseñó un método fotográfico, cada una de las lentes utilizadas por él formarían parte de una cámara oscura», asegura Berkman. Una cámara oscura es, como su nombre indica, algo parecido a un cuarto oscuro, con una abertura que deja penetrar la luz. Por una sencilla ley física, la luz viaja en línea recta. Pero, cuando los rayos lumínicos reflejados por un objeto brillante pasan a través de un hueco pequeño en un material delgado y opaco, no se dispersan, sino que se cruzan formando una imagen invertida en la superficie paralela a la rendija. Esta ley óptica de la cámara oscura se conoce desde el siglo v. Leonardo podría haber sido un precursor en su aplicación al crear la espectral imagen del Sudario. Su capacidad para fijar la imagen sería otra obra maestra del genio del Renacimiento.

Para comprobar esta teoría de la posibilidad de que Leonardo combinara una técnica fotográfica, novedosa y desconocida, con un poco de pintura o incluso sangre humana, el fotógrafo Stephen Berkman ha utilizado su propia cámara oscura de tela negra y mezclado sustancias químicas a las que Leonardo habría tenido acceso: sal común y nitrato de plata. Con estos ingredientes preparó una emulsión sensible a la luz, y la aplicó a una tela del mismo tipo que la utilizada para el Sudario: sarga con espiquilla de tres por uno. Un maniquí de tamaño natural le sirvió de modelo pues, debido a que su cámara oscura precisa de un tiempo de exposición muy largo, el objeto que había que fotografiar no debía moverse en absoluto, porque hasta el movimiento de su respiración quedaría reflejado. En el Sudario la imagen aparece muy sólida, firme como una piedra, y Leonardo, que además era anatomista, podía perfectamente haber hecho un maniquí de este tipo. Además, se sabe que experimentaba con cadáveres. El resto está en seguir las indicaciones de los

textos del Nuevo Testamento, donde se describen con detalle todos los efectos de la crucifixión.

Durante cuarenta y tres días, la cámara oscura de Stephen Berkman estuvo enfocando al maniquí. A la débil luz de una bombilla color ámbar se comprueba que, sobre la tela, se reprodujo una imagen del maniquí en tonos delicados, tenues. Se puede percibir perfectamente la figura que se muestra cabeza abajo y en negativo, pero una vez invertida se vuelve más clara y es sorprendentemente parecida a la del Sudario. Con este experimento, Berkman considera que ha demostrado que es posible hacer una fotografía mediante las técnicas existentes en época de Leonardo.

Claro que si Leonardo pudo crear su propio método fotográfico trece años antes del nacimiento oficial de la fotografía, no parece razonable que sus biógrafos no mencionaran un hecho de tanta trascendencia. La explicación puede estar en el secretismo que envolvía todas las actuaciones del genio. En más de una ocasión utilizó la escritura encriptada para ocultar mensajes o a veces sólo se podían leer reflejados en un espejo. Los partidarios de esta hipótesis sostienen que el genio tenía razones de peso para mantener su logro en el más absoluto secreto. «Que no haya registros de su invento, al crear una imagen fotográfica, se podría deber al peligro que eso entrañaba, porque la Iglesia perseguía todo este tipo de cosas», opina Lynn Picknett, y Stephen Berkman lo refrenda: «Operar con estos compuestos químicos lo habría convertido en sospechoso de brujería o de alquimia, algo muy peligroso en la época».

Los partidarios de la autoría de Leonardo del Sudario se ratificaron aún más en su planteamiento, cuando, en 1898, se produjo un descubrimiento que proporcionó la primera pista sobre su realización. El abogado italiano Secondo Pia obtuvo permiso para tomar la primera fotografía de la tela y quedó sorprendido ante los negativos: el rostro y la figura de un hombre con bigote y barba, melena larga y ojos cerrados. Era la cara de Jesús y se veía con mayor claridad en dichos negativos que en la propia

Sábana Santa. Era como si se hubiese utilizado un procedimiento fotográfico para crear la imagen.

¿Y SI FUERA EL PROPIO LEONARDO DA VINCI?

También hay quien piensa que la Sábana Santa es en realidad un autorretrato de Leonardo. «Mirando objetivamente el Sudario de Turín, incluso los que siguen pensando que se trata de la imagen de Jesús murmuran en voz baja que se parece a Leonardo Da Vinci. Se distinguen muy bien su cara, alargada, con una nariz prominente y el nacimiento del pelo en las mejillas», indica Lynn Picknett. Incluso algunos defensores de esta teoría creen que el artista añadió pintura a la imagen para alterar el parecido.

Antropólogos de la Universidad de Michigan se ofrecieron voluntariamente a estudiar el Sudario y compararlo con la imagen de Leonardo. El método utilizado en este caso fue una comparación de tipo forense dividida en dos etapas: en la primera se realizó un análisis de los rasgos imagen a imagen, marcando los puntos clave de la expresión; la segunda, fue un sencillo proceso de superposición para comprobar que esos puntos clave coincidían. Precisamente ése fue el principal objetivo: determinar la coincidencia de una serie de marcas faciales, claramente definidas en el rostro sobre la pantalla del ordenador. En este segundo paso, si el mapa de expresión personal que conformaban los puntos era prácticamente idéntico, podría tratarse de la misma persona.

Antes de usar esta técnica para comparar un retrato de Leonardo con la imagen del sudario, los investigadores estadounidenses realizaron una prueba previa de comprobación con dos autorretratos de Leonardo, dibujados por el artista en épocas diferentes de su vida. «Cuando hicimos la superposición pudimos demostrar que la proporción entre la imagen más temprana y la posterior era prácticamente idéntica. Si se tratara de un caso forense, diríamos que la evidencia es aplastante, que se trata de la

misma persona», afirma el antropólogo forense Norman Sauer. Más tarde aplicaron la misma técnica a una imagen del Sudario y a un retrato de Leonardo Da Vinci, pero, debido a los diferentes ángulos de la cara, con estas dos imágenes no se pudo realizar la prueba de la superposición. No obstante, sí fue posible someterlas al análisis comparativo: una al lado de la otra. Primero compararon la línea de los ojos; después, la posición de la nariz y, por fin, la boca. En todos los casos la proporción se mantuvo. El resultado del experimento fue confirmar que hay similitudes en los rasgos expresivos de ambas imágenes. Los datos del análisis facial ofrecieron resultados interesantes, pero no se consideraron definitivos. De nuevo, las pruebas no fueron concluyentes, lo que preocupa a los estudiosos del sudario desde hace décadas.

En 1976, el físico John Jackson quiso demostrar que la imagen del Sudario podía haber sido impresa en la tela al colocarse sobre un objeto tridimensional, por ejemplo, un cuerpo. Jackson, que trabajaba en los laboratorios de la Fuerza Aérea estadounidense, decidió estudiar la posible aplicación de las técnicas de mejora digital de imágenes a la Sábana Santa. Durante varios años trabajó en colaboración con Eric Jumper, miembro del consejo ejecutivo de la Hermandad del Santo Sudario, y consiguieron someter una fotografía de la reliquia a un analizador de imágenes VP-8, un avance militar que servía en principio para interpretar fotos de satélite. Jackson mostró lo que él consideró un esquema primitivo de los detalles faciales del Sudario, y constató que las imágenes de la Sábana Santa no se formaron por contacto sino de forma tridimensional. La intensidad y el brillo de la imagen varían de un punto a otro. Así, por ejemplo, la nariz aparece más brillante que las mejillas, lo que para este investigador demostraba que la tela cubría un cuerpo tridimensional, ya que, relacionando intensidad y distancia, se pueden computar los niveles reales de intensidad que se ven en el Sudario. Para Jackson,

los resultados de su investigación que confirman la tridimensionalidad del Sudario fueron el certificado de autenticidad de la reliquia sagrada.

EL ADN DE JESUCRISTO

Décadas después del experimento de Jackson, los diseñadores gráficos de una importante empresa de animación de Los Ángeles utilizaron ordenadores mucho más potentes para ampliar el estudio tridimensional de Jackson de 1976. Dentro del equipo estaba Barrie Schwartz, un fotógrafo que ha trabajado intensamente con imágenes en tres dimensiones. Él se encargó de quitar el color y pasar a una imagen negativa en blanco y negro. Después, borraron la información gráfica que consideran innecesaria, como los pliegues de la tela y las marcas triangulares que aparecen cerca de los hombros, pues se produjeron en un incendio que casi destruyó el Sudario en 1532. Gracias a la ayuda de programas informáticos específicos que convierten las luces y sombras de la imagen en valores espaciales, el resultado que obtuvieron ha animado a aquellos que creen en la autenticidad de la Sábana Santa como mortaja de Jesús: el aspecto desvaído y fantasmal de la imagen obtenida por esta investigación californiana es prueba en pro de la autenticidad para los creyentes.

Dos años más tarde, John Jackson realizó una nueva investigación. Esta vez, se trató de estudiar el tejido de la Sábana Santa, para lo que pidió permiso a la Iglesia católica, que consciente del poder hipnótico que tiene la reliquia sobre las masas de creyentes, accedió. El 30 de septiembre de 1978, coincidiendo con el 400º aniversario de la llegada de la Sábana Santa a Turín, los científicos estadounidenses del Shroud of Turin Research Corporation (Corporación de Investigación del Sudario de Turín, STURP) comenzaron a estudiar el Sudario in situ. El equipo estaba formado, además de por muchos voluntarios y creyentes relacionados con la religiosa Hermandad del Santo Sudario, por 32 científicos de

diferentes laboratorios estadounidenses, como el Sandia National Laboratory, el Jet Propulsion Laboratory, Los Alamos National Laboratory; de algunas industrias científicas, como Oriole Corporation, y de varias universidades. Como en todas las ocasiones en que la Iglesia ha mostrado el Sudario —más de tres millones de personas acudieron emocionadas a la catedral de Turín durante la última exhibición pública en el año 2000— en aquel experimento la expectación fue enorme.

Los investigadores del STURP estuvieron examinando el Sudario durante ciento veinte horas sin interrupción: cinco días seguidos del 8 al 13 de octubre de 1978. Una de las pruebas más interesantes, basada en muestras de fibra, la realizó tres meses más tarde el doctor Walter McCrone, un reputado experto, ya fallecido, en el análisis microscópico, que se hizo famoso por autenticar numerosas obras de arte. Sus estudios muestran una cantidad significativa de pigmentos en la imagen: ocre rojo en las zonas del cuerpo y bermellón en las zonas de la sangre; son pinturas utilizadas en la Edad Media. También halló restos de sustancias rosadas, y partículas de pigmento pegadas entre sí gracias a un fijador orgánico, que identificó como ténpera al colágeno. De todo ello McCrone dedujo que la imagen del Sudario era una pintura, y añadió que no contenía restos de sangre. Los resultados del trabajo de McCrone no fueron, obviamente, del agrado de los creyentes en la reliquia sagrada, ya que confirmaban la hipótesis artística. Otros especialistas que examinaron después el lienzo llegaron a la misma conclusión: no hay rastro de sangre, sino restos de óxido de hierro.

Sin embargo, para los defensores de la autenticidad de la Sábana Santa, el hecho de que el Sudario presente ligeros trazos de pintura no quiere decir necesariamente que sea una pintura. «En la Edad Media se hicieron muchas copias del Sudario y, después de pintarlas en presencia del original, utilizándolo como modelo, se superponían haciendo presión sobre el original. Era lo que se llamaba una segunda reliquia, porque

había estado en contacto con el original. De ahí podrían provenir los restos de pintura», dice el escritor Mark Gustin. La conclusión a que había llegado McCrone de que no había restos de sangre fue refutada científicamente en 1980 por el doctor Allen Adler, miembro del STURP, mediante pruebas químicas realizadas con las fibras del Sudario. Aseguró haber encontrado proteínas de sangre. A pesar de ello, la polémica sobre si las marcas son restos de sangre o de pintura sigue sin resolverse.

RAYOS GAMMA Y CARBONO 14

Algunos investigadores, como August D. Accetta, del Centro del Sudario de California del Sur, aseguran que la imagen se formó por la proyección sobre el lino de una intensa energía de rayos gamma, emitida en el preciso instante en que Jesús resucitó: «Yo, como muchos de mis compañeros —dice Accetta—, creo que la Sábana Santa es el sudario de Jesús, y que la imagen es el fruto de un fenómeno muy extraño e inusual que ocurrió en las 36 horas siguientes a su muerte, y que se corresponde con lo que históricamente conocemos como Resurrección». Para comprobarlo, el doctor y otros voluntarios se inyectaron isótopos radiactivos en dosis inocuas. Esperaron a que el preparado se extendiera por el cuerpo, igual que si fuera oxígeno, y aplicaron un escáner de rayos gamma con el fin de medir el voltaje en cualquier parte del cuerpo. Los resultados muestran una imagen nuclear con varias similitudes objetivas con la Sábana Santa.

En los años ochenta, otros científicos razonaron que el camino más directo hacia la verdad era determinar la edad de la tela mediante la datación por carbono. Así, en octubre de 1987, después de más de seis siglos de controversia, el Vaticano autorizó algo insólito: el corte de una pequeña muestra de la reliquia más famosa del mundo para someterlo a la datación mediante radiocarbono. En presencia del cardenal Ballestrero, entonces arzobispo de Turín, fue cortada una tira de 1 por 7

centímetros y cerca de 150 miligramos. En el método de datación por carbono —ideado en los años cincuenta por Willard F. Libby, que recibió en 1960 el premio Nobel de Química— hay que quemar la muestra para recuperar el gas, que es el dióxido de carbono. Como el lino del Sudario es una materia vegetal, contiene isótopos de carbono 14 y carbono 12. Mientras el carbono 12 no se descompone en absoluto, el carbono 14 —que se encuentra en todo ser vivo— se descompone en un plazo de tiempo conocido: según Libby descubrió a partir del momento de la muerte, la cantidad de dicho isótopo se reduce a la mitad cada 5.568 años. Así, si se conoce la porción de radiocarbono que hoy contiene el cuerpo de un hombre, por ejemplo, y se analiza el cadáver de alguien que murió en el pasado, podrá determinarse cuándo vivió. Para fijar la edad del Sudario, los científicos tenían que calcular la relación entre los dos componentes. La muestra fue dividida en tres trozos y fueron analizados en laboratorios especializados de Zurich, Oxford y Tucson, sin que los investigadores encargados del trabajo supieran que estaban datando restos procedentes del Sudario.

El 18 de septiembre de 1988, los medios informaron de los resultados y quienes creían en la autenticidad del Sudario de Turín recibieron una demoleadora noticia: según los análisis científicos llevados a cabo en los tres laboratorios, la Sábana Santa de Turín fue confeccionada entre los años 1260 y 1390. Cronología que se corresponde más o menos con la primera mención del Sudario: comienzos del siglo XIV, en Francia. La prueba de carbono 14 se unía a los documentos históricos, la iconografía, los materiales y las técnicas empleadas que bastaban para situar la aparición de la sábana en Francia en el siglo XIV. El radiocarbono daba así una explicación razonable para quienes habían dudado de la autenticidad del Sudario. Y lo hizo con razones científicas. «En tanto que científicos, sólo podemos ofrecer respuestas objetivas, y creemos que éstas no permiten una duda razonable. Estos resultados proporcionan evidencia

concluyente sobre el origen medieval del lino del sudario de Turín. Pero no podemos influir en lo que otras personas quieran o no quieran creer», afirma Tom Brown, del Laboratorio Nacional de Lawrence Livermore. La Iglesia aceptó el veredicto de la ciencia, pero confirmó que el valor de la imagen es preeminente respecto al eventual valor de muestra histórica.

En 1989, un informe publicado por una veintena de científicos en la revista *Nature* confirmó el origen medieval de la Sábana Santa. Sin embargo, el caso del Sudario de Turín permanece abierto porque, en enero de 2005, el científico del STURP, Raymond Rogers, del Laboratorio Nacional de Los Álamos, publicó un informe invalidando las muestras examinadas con carbono 14. Según su opinión, las muestras habían sido tomadas en una zona del Sudario que había sido reparada, por lo que no tenía nada que ver con la sábana original. El microscopio de Rogers y los análisis químicos revelaron fibras de algodón, tintes e hilos empalmados en la muestra analizada de un tipo de algodón que no está en el Sudario. Sin embargo, otro eminente investigador, el físico John Jackson, opina que Rogers se equivoca, porque si se hubiera realizado una reparación del tejido, se apreciaría una interrupción de las hiladas que conforman la trama del paño y no hay ningún tipo de interrupción en la tela. Además, Jackson sigue refutando los resultados de la datación por carbono, pero por razones muy diferentes. Para él, el incendio de 1532 pudo haber provocado una interacción química con el dióxido de carbono natural que hay en la atmósfera y formado estructuras químicas dentro del propio tejido.

También como descrédito contra la prueba del radiocarbono, algunos investigadores afirman que la muestra del lienzo fue cortada en un solo lugar, y que no se hizo un muestreo estadístico de toda la superficie del lienzo como exige el método o, al menos, de sus diferentes partes esenciales. Es más, para los que la ciencia se topa con la fe, la prueba del

radiocarbono de nada sirve para determinar la antigüedad de la Sábana Santa, ya que la energía desprendida por el cuerpo de Jesucristo en el momento de la resurrección habría alterado la proporción de carbono 14. Así, desde 1990, tras los informes de científicos independientes que cuestionaron la validez de la investigación con carbono 14, el STURP y otros organismos se han dedicado a promover nuevas investigaciones por las irregularidades que se produjeron en la toma de muestras para la datación.

ANÁLISIS POLICIAL

Con las dudas relativas a las pruebas de datación por carbono, al menos para algunos, los investigadores han elegido otras vías para buscar la verdad. Bob Cornuke, ex policía y experto en investigaciones forenses, y Barie Goetz, especialista en análisis de muestras de sangre en tejidos, evaluaron el Sudario desde el punto de vista forense. Para ello examinaron la base y la dirección de las marcas rojas para ver si eran más propias de sangre que de pintura y aplicaron los mismos principios de análisis que utiliza la policía en los escenarios de crímenes para investigar si el Sudario podía ser un retrato veraz de Jesús tras su muerte. «Se ven con claridad las marcas de abrasión y los cortes. Hay una marca oscura, que es muy similar a la que se produciría si alguien se hiciera un corte y le frotasen la herida con papel de lija. Esto se corresponde con la abrasión producida por el movimiento de un gran tablón de madera en la espalda de Cristo mientras lo llevaban o cuando fue crucificado», afirma Bob Cornuke.

Las marcas podrían determinar el tiempo que duró la tortura de Jesús, a partir de las heridas que recibió. Pero es precisamente la perfecta colocación de los restos de sangre lo que no convence plenamente a estos investigadores. «Una herida en el cuero cabelludo oprime el pelo contra

el cráneo, y no salta hacia el exterior para caer lentamente. Y la sangre seca, como la de los brazos, no pasaría nunca a la tela; sin embargo, está en el Sudario de Turín», asegura Joe Nickel, de la revista *Sceptical Enquirer*. La búsqueda de la verdad analizando un rastro de sangre sólo ha provocado nuevas preguntas.

Otra de las pruebas forenses realizadas por un equipo estadounidense de diseñadores gráficos, que confeccionó un modelo tridimensional de la figura de la Sábana Santa de Turín, descubrió que algunas proporciones de la imagen del Sudario son anatómicamente incorrectas. La figura humana empleada sólo coincide con la del Sudario si se alarga deliberadamente. En este caso las proporciones de la cabeza parecen algo deformes: la frente es demasiado corta, la cara demasiado estrecha y los brazos son excesivamente largos. Los diseñadores explicaron las erróneas proporciones de la imagen por la posición del cuerpo envuelto. Este extremo podría venir refrendado porque en el siglo I, en los enterramientos judíos, los cadáveres reposaban sobre una especie de almohada de piedra, lo que provocaba que la cabeza basculase hacia delante. Pero, según estos expertos, las manos tampoco tienen una postura correcta. Si se tiene en cuenta la falta de movilidad muscular de todo cadáver, no puede mantener esa postura. No obstante, los creyentes en la reliquia tienen para eso otra respuesta: un cadáver puede mantener esa postura si el rígor mortis se había iniciado ya y le rompieron los brazos para poder moverlos. Al igual que en el pasado, el misterio de la tela de lino con su tenue imagen sigue sin ser resuelto. Analizada por expertos forenses, sigue despertando muchas dudas acerca de su naturaleza.

Frente a los fervorosos creyentes en la autenticidad de la reliquia, están quienes aseguran que la historia de la Sábana Santa es sólo una historia de escándalo, que se remonta al siglo XIV. En cualquier caso, la Sábana Santa es como un espejo: para unos refleja lo que sabemos; para otros, lo

que creemos. Como afirma John Jackson: «Esta imagen cierra algunas mentes y abre algunos corazones».

La búsqueda de la Lanza Sagrada

A lo largo de la historia, uno de los objetos sagrados del cristianismo más venerado y codiciado ha sido la lanza de Longinos, el arma con la que un centurión romano atravesó el costado de Cristo cuando estaba en la cruz. Dice la leyenda que la lanza tiene poderes que se transmiten a quien la posee. Desde Atila a Constantino el Grande, pasando por Carlomagno y los emperadores germánicos, incluso Hitler, han creído en estos poderes milagrosos. La historia se inicia en el Nuevo Testamento, cuando el Evangelio de san Juan describe que en la crucifixión un soldado traspasó el costado de Jesús con su lanza para asegurarse de que estaba muerto. La leyenda bautiza a ese personaje como Longinos y el arma pasó a ser venerada. La leyenda creció y cobró fuerza con el paso de los siglos: se decía que cualquiera que poseyera la lanza tendría el destino del mundo en sus manos para lo bueno y para lo malo.

La crucifixión de Cristo, en el año 33 de nuestra era, es sin duda uno de los acontecimientos más importantes de la Historia de la Humanidad. Es un punto de partida de nuestra Historia. Para más de dos mil millones de cristianos, Jesús es el hijo de Dios, que murió en la cruz por la redención de los seres humanos. Esta creencia es tan sólida que otorga a los instrumentos de su ejecución una importancia sagrada: la cruz, los clavos, la corona de espinas y la lanza de un soldado romano que atravesó su costado tienen tanta importancia y poder de atracción que han sido buscados y codiciados por los hombres más poderosos e influyentes de la Historia.

La pasión y crucifixión de Cristo aparece en los Evangelios de san Marcos, san Mateo, san Lucas y san Juan. Pero las escenas de la crucifixión

de Mateos, Marcos y Lucas difieren bastante de las de Juan. San Juan, en el capítulo 19, versículos 33-37 de su Evangelio, dice que los judíos, para que los ejecutados no quedasen en la cruz el día sagrado del sábado, le pidieron a Pilatos que se les quebraran las piernas —para que no escapasen si seguían vivos— y los quitaran. «Mas al llegar a Jesús y verlo muerto, no le quebraron las piernas; pero uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza, y seguidamente salió sangre y agua» (versículos 33-34).

«La parte de los Evangelios que describe la Pasión de Cristo y la escena del soldado clavando la lanza a Jesús parece ser un hecho exacto en el relato de la ejecución, la cual fue el episodio central de la vida de Jesús; el recuerdo de este suceso se mantuvo muy vivo en los primeros cristianos. Según todos los eruditos que estudian los Evangelios, es cierta», explica Thomas Parker, profesor de historia de la Universidad Estatal de Carolina del Norte.

EL PRIMER MILAGRO

Los Evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) no refieren este suceso, aunque hacen referencia a un centurión, es decir, un oficial romano cuyo cargo equivaldría a capitán, al mando de los soldados que vigilaban la ejecución: «El centurión situado frente a Él, al verlo expirar así, exclamó: “Verdaderamente era Hijo de Dios”» (Marcos, 15, 39; en parecidos términos, Mateo, 27, 54 y Lucas, 23, 47). A partir de las dos fuentes, la tradición griega identificó al soldado que dio la lanzada con el centurión que, aparentemente, protagonizó la primera conversión. El Evangelio apócrifo de Nicodemo, escrito en el siglo IV, fue más lejos, y le puso nombre al centurión que reconoció la divinidad de Jesús: Longinos. Se trata de un nombre derivado probablemente de la palabra griega *logjé*,

que significa «lanza», o sea, que el nombre del centurión significa «el lancero».

El martirologio romano, sin embargo, cita a «san Longinos, soldado, de quien se refiere que traspasó con una lanza el costado del Señor». Fuera centurión o simple soldado, las tradiciones cristianas han identificado por tanto al autor de la lanzada y le han atribuido distintas acciones prodigiosas, desde que advirtió a Pilatos del error que había cometido crucificando a Cristo, hasta que tenía un ojo enfermo que se le curó con una salpicadura de la sangre de Jesús. Luego se habría ido a Capadocia de eremita, donde alcanzaría el martirio y se convertiría en san Longinos.

«En el siglo XIII un dominico llamado Jacobo de la VoráGINE recopiló todas las historias relacionadas con Longinos en *La leyenda dorada*, gracias a lo cual en la actualidad contamos con una colorista y detallada historia que aparece en numerosas obras de arte de occidente», explica el padre Michael Morris, de la Escuela Dominica de Berkeley (San Francisco).

No hay prueba histórica alguna que deje constancia del arma que utilizó Longinos, pero se sabe que pertenecía a un destacamento destinado en la fortaleza de Jerusalén. El arma específica de los legionarios romanos era el *pilum*, un arma arrojadiza, pero también se usaba el *hasta longa*, que responde al tipo más convencional de lanza, y que habría sido la usada para herir el costado de Cristo. Tenía una punta de hierro de unos 25-35 centímetros, astil de madera y regatón metálico, midiendo en total entre 1,80 y 2,70 metros, aproximadamente.

Se especula que esa lanza estaría en la armería de Jerusalén, pero en el año 66 los judíos se sublevaron contra la dominación romana y se apoderaron de todas las instalaciones militares romanas, incluida la armería, que vaciaron para equiparse. La tradición supone que en ese turbulento período la lanza de Longinos permanecería oculta y protegida.

Cuando Tito reconquistó Jerusalén en el año 70, no dejó piedra sobre

piedra: la ciudad fue literalmente arrasada y despoblada, y sobre sus ruinas se estableció el campamento de la X Legión. Aunque se prohibió a los judíos residir en ella, con el paso del tiempo muchos volvieron a su antigua capital. En el año 131 se produjo una nueva rebelión de los zelotes, que lograron apoderarse de la ciudad, y la mantuvieron hasta el año 135. Reconquistada de nuevo por Roma, Adriano decidió crear una colonia, es decir, una ciudad romana poblada con antiguos legionarios, como fórmula para acabar con la ciudad símbolo del fundamentalismo judío. Así surgió Colonia Aelia Capitolina, donde de nuevo se prohibió que residiesen judíos, aunque sí se toleró a los cristianos.

Por aquellos días, el destino de la lanza se convirtió en un secreto cuidadosamente guardado. Con el paso del tiempo, su leyenda fue creciendo. Pronto, se convirtió en un símbolo de la fe: la gente creía que la lanza tenía poderes, una creencia que se mantuvo durante mucho tiempo y se convirtió en objeto de obsesión de muchos gobernantes europeos.

LA HISTORIA DE LA RELIQUIA

La lanza estuvo oculta durante los trescientos años después de la muerte de Cristo. Se recuperó durante la mayor expedición arqueológica de la antigüedad: la excavación de Jerusalén ordenada, tras un sueño, por santa Elena, la madre del emperador Constantino. «En la ciudad había un templo dedicado a Venus. Elena fue llevada hasta allí y ordenó su demolición. Bajo los cimientos del templo encontraron una tumba que ella y otros creyeron que era la de Jesús. En ese lugar está en la actualidad la basílica del Santo Sepulcro», señala el historiador Thomas Parker.

Pero santa Elena también descubrió los instrumentos utilizados en la ejecución de Cristo: la corona de espinas, algunos de los clavos y la cruz de madera en la que murió. Según la leyenda, santa Elena logró identificar la verdadera cruz de Cristo tras un milagro. Se habían encontrado tres

cruces cerca de lo que se suponía el monte Calvario (donde actualmente está la basílica del Santo Sepulcro). Santa Elena pensó que estaba sobre la pista buena, pues Cristo fue crucificado junto a dos ladrones según los testimonios evangélicos, y decidió hacer una prueba de fe.

«Llevó a un hombre muerto, lo colocó sobre una cruz y no pasó nada. Después, sobre otra y tampoco sucedió nada. Pero al posarlo sobre la tercera cruz el hombre se levantó y resucitó. Tomaron aquel suceso como la validación divina de que se trataba de la cruz de Cristo», cuenta Michael Morris. La historia parece increíble y poco probable, pero fue extensamente documentada por testigos y recogida por historiadores posteriores.

Algunas tradiciones orales y escritos de los primeros cristianos aseguran que el rico judío José de Arimatea, miembro del Sanedrín y seguidor de Jesús, que aparece citado de forma unánime en los cuatro Evangelios como quien pidió y obtuvo de Pilatos el cadáver del crucificado y le dio sepultura, se preocupó de preservar la cruz, los clavos, la corona de espinas y el sudario de Cristo. José había empezado su colección de objetos personales de Jesús después de la Última Cena, guardándose la copa en la que Jesús había consagrado el vino. Así se atribuye a José de Arimatea la conservación inicial del Santo Grial y de la Santa Lanza. También hay historiadores que afirman que estas reliquias llegaron después a manos de san Mauricio, comandante de la Legión Tebana martirizado por el emperador Maximiliano. Por medio de las claves que dejaron José de Arimatea y san Mauricio, santa Elena pudo redescubrir algunos de estos objetos en Jerusalén.

Esto ocurrió en la época del emperador Constantino, en el año 312, y para la gente de la época los poderes mágicos de las reliquias sagradas estaban fuera de toda duda: estaban impregnadas de santidad y por ende de fuerza. Entonces, y durante todo el Medievo, eran considerados auténticos talismanes protectores, tenían efectos curativos, además del

magnetismo y poder que podían otorgar a sus poseedores. Según cuenta el obispo Eusebio de Cesarea, biógrafo contemporáneo de Constantino, en 312, antes de la batalla de Puente Milvio contra Magencio, cuya victoria le daría el Imperio, Constantino tuvo una visión y un sueño. «Vio con sus propios ojos, superpuesto al sol, un trofeo en forma de cruz construido a base de luz, y al que estaba unida una inscripción que rezaba: “Con este signo vence” (...) En sueños vio a Cristo, hijo de Dios, con el signo que apareció en el cielo, y le ordenó que (...) se sirviera de él como de un bastión en las batallas...» Constantino se hizo cristiano a raíz de la ayuda divina en la batalla. Al año siguiente publicó el Edicto de Milán, que establecía la libertad del culto cristiano, e hizo numerosas donaciones a la Iglesia que fueron la base del poder material que ésta tendría ya a lo largo de toda la historia.

Para algunos historiadores, su conversión fue fruto de una verdadera experiencia religiosa. En el año 312 después de Cristo no había razones prácticas para convertirse. «El número de cristianos eran escaso, no eran poderosos ni estaban relacionados», explica Thomas Parker.

Otro importante sector de la historiografía opina justo lo contrario. Los cristianos habían crecido bastante en número hasta formar una importante minoría. Hacia el año 300 constituían al menos un 10 por ciento de la población del Imperio, evaluada en sesenta millones de habitantes. Algunos autores elevan la cifra de seis millones hasta quince millones de cristianos. Además era una comunidad muy cohesionada, muy activa y solidaria con sus correligionarios, y tenía fuerte presencia en la capital, Roma. En el contexto de guerra civil en que Constantino le disputaba a Magencio el poder imperial a las puertas de Roma, la alianza con los cristianos era una interesante opción política.

Elena regresó a Roma y dejó la lanza en Jerusalén por temor a cometer un sacrilegio si transportaba una reliquia. Junto a su hijo Constantino empezó la construcción de grandes iglesias como acto de devoción. Se

fomentó la visita de peregrinos a los Santos Lugares de Palestina. Gracias al relato de uno de estos primeros peregrinos se conserva el primer documento histórico escrito del paradero de la lanza. Data del siglo VI, cuando un peregrino, llamado Antonino —más tarde conocido como san Antonio de Piacenza— visitó la basílica del Monte Sión en Jerusalén en el año 570 y vio una lanza erguida de tal forma que parecía una cruz. Esta crónica registrada en un archivo ha sobrevivido hasta nuestros días.

LA DEVOCIÓN DE CONSTANTINO

Constantino no tuvo la lanza, que se quedó en Jerusalén, pero sí los clavos de la crucifixión de Cristo, que convirtió en símbolos del Imperio: uno fue fundido para una corona (la llamada Corona de Hierro, que se conserva en la catedral de Monza, Italia); el otro fue fundido para hacer una segunda lanza, que sería llamada Lanza de Constantino. Algunas fuentes la relacionan con la fundación de la ciudad que se convertiría en la capital de un poderoso imperio ya que aseguran que esta lanza fue utilizada para trazar los límites de la nueva capital, Constantinopla. Lo cierto es que la lanza y la cruz eran reliquias sagradas que denotaban poder. Desde entonces, cuando el Imperio de Occidente era atacado por tribus bárbaras, sus jefes, desde Alarico hasta Atila, pedían la lanza como parte del tratado de paz con Roma. Incluso estos guerreros paganos creyeron en los poderes místicos del arma. Pero ninguno de los soberanos ni papas del siglo V entregaron ninguna de las reliquias consideradas sagradas. Las dos lanzas, la de Jerusalén y la de Constantinopla, estaban bajo control de los emperadores bizantinos hasta que los persas saquearon Jerusalén en el año 614. Las sagradas reliquias de la Pasión cayeron en manos de los paganos pero, según el *Chronicon Paschale*, la punta de la Santa Lanza, que estaba partida, fue donada a Nicetas, quien la llevó a Constantinopla y la depositó en la iglesia de Santa Sofía.

«Cuando Jerusalén fue capturada, alguien consiguió arrancar la punta de la lanza y huir a Constantinopla. Cuando el emperador bizantino Heraclio consiguió recuperar Jerusalén, en el año 631 devolvió las reliquias a la basílica del Santo Sepulcro, pero la punta de la lanza partida a principios de siglo se quedó en Constantinopla», afirma el padre dominico Michael Morris. Así, la porción más grande de la lanza, la vio el peregrino Arculpus en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén alrededor de 670, donde debió de haber sido restaurada por Heraclio. La lanza de Longinos estaba rota pero su poder místico no se debilitó. Dos grupos reivindicaban la posesión de la Santa Lanza original: la parte mayor, la del asta, se hallaba en Jerusalén; la punta rota, en la catedral de Santa Sofía y, más tarde, en la capilla de los Faraones de Constantinopla.

PODER RELIGIOSO Y POLÍTICO

Carlomagno fue proclamado emperador del Sacro Imperio Romano en 800, año en que lo coronó el papa León III en Roma. La posesión de la Santa Lanza se convirtió en el símbolo de su gobierno. Fue el primero de una larga lista de dirigentes que utilizaron este poder religioso para unificar su imperio. En los siglos siguientes, la Lanza ayudaría a los reyes sajones de Inglaterra, a Enrique I de Alemania y al emperador Otón I. Todos llevaron la lanza en las batallas, obtuvieron grandes victorias y rindieron homenaje al invencible poder del arma e, incluso, lucharon hasta la muerte por conservarla.

Pero ¿cómo llegó a manos de Carlomagno la poderosa reliquia sagrada? A los 25 años del reinado de Carlomagno, el Papa le regaló una lanza, supuestamente llevada por Constantino en las batallas, conocida como de San Mauricio. Carlomagno creyó que era la auténtica de Cristo, la Santa Lanza que poseía los poderes divinos. «Se creía que el emperador que poseyera la Santa Lanza tendría garantizada la victoria por el

poder intrínseco que conllevaba. El emperador tenía la misión de defender el imperio de Cristo contra todos sus enemigos y siempre saldría victorioso porque poseía las verdaderas armas, en forma de reliquias, de Jesús», indica el historiador Hermann Fillitz, ex director del Kunsthistorisches Museum de Viena.

La lanza de San Mauricio tenía un diseño inconfundible del siglo VII, y por tanto era poco probable que se tratara de la original de Constantino. Sin embargo, en aquel entonces poco importaba: el Papa afirmaba que era la Santa Lanza y que aún conservaba marcas de los clavos traídos de Jerusalén por santa Elena para Constantino. Para los súbditos del Imperio era sagrada. «Según se creía, todo aquel que se acercara a la reliquia, recibiría el don de la santidad. Por eso, hubo una profusión de lanzas y clavos de Cristo», indica Michael Morris. Ésta puede ser la explicación de por qué existen tradiciones distintas sobre los avatares de la Lanza, que se pierden desde los orígenes del cristianismo. El caso es que las grandes victorias de Carlomagno contra sajones y musulmanes potenciaron el carácter sagrado de la lanza de San Mauricio, y sus soldados creyeron que su emperador sería invencible mientras luchara con el arma. La leyenda cuenta que un día, mientras el emperador cruzaba un arroyo, la lanza se le cayó. Los soldados vieron en ello un terrible presagio, que se hizo realidad. Carlomagno murió poco después, en el año 814.

A partir de ahí, la Santa Lanza se convirtió en trofeo de los reyes de toda Europa. A principios del siglo X formaba parte de los tesoros del rey sajón de Inglaterra. La vendió a un conde italiano y éste se la regaló al rey Rodolfo de Borgoña. Rodolfo, consciente del valor de talismán para el Imperio Romano Germánico, hizo un trato con el rey Enrique I el Pajarero de Alemania, canjeando la lanza de San Mauricio por todo el cantón de Bahl, en la actual Suiza. Así el rey de Borgoña se hizo con la ciudad de Basilea a cambio del arma.

LA ATRACCIÓN DE LOS EMPERADORES GERMÁNICOS

Enrique I el Pajarero, primer rey de Alemania de la Casa de Sajonia, es considerado el fundador de la Alemania moderna y se convirtió en el primer gobernante alemán en codiciar la Lanza. Creía haber sido elegido por Dios para ser el heredero directo del Imperio romano de Constantino, pero el Papa no lo veía así. Para demostrar su legitimación divina, Enrique hizo alarde de poseer la Santa Lanza y comenzó una lucha entre el poder temporal y el eclesiástico que duraría siglos. Enrique se dedicó a acumular reliquias sagradas y construyó una capilla especial para exponer su colección. A su muerte, la Lanza pasó a su hijo Otón I el Grande. En la batalla de Beergen, en el año 939, cuentan que rezó con la Lanza hasta que su ejército se hizo con la victoria. «En el año 955 — explica Robert Benson, historiador medieval y profesor en la Universidad de Los Ángeles (UCLA)— consiguió una aplastante victoria contra los húngaros y acrecentó su poder. Comenzaron los rumores de que era más que un rey y empezó a sonar en Alemania que debería ser honrado con la dignidad imperial.» Fue de hecho coronado emperador por el papa Juan XII en 962. Otón el Grande sabía que la lanza de Longinos, la otra Santa Lanza, estaba en Oriente. «Dio gracias a Dios por la victoria, empezó a creer que se debía al poder de su lanza y regaló una copia del arma a los reyes de Hungría y de Polonia. Los tres se hicieron amigos», explica el ex director del Kunsthistorisches Museum de Viena, Hermann Fillitz.

Su nieto, Otón III, quiso aumentar los poderes de la lanza de San Mauricio y le añadió —con hilos de oro, plata y cobre—, en el fragmento de la punta, un clavo, pretendidamente uno de los que sujetaron a Cristo en la cruz. De nuevo, en las batallas, los emperadores del Sacro Imperio lograron la victoria y la Lanza volvió a convertirse en el símbolo divino del poder germánico. «En el antiguo mundo germánico, la lanza era un símbolo de poder. El gobernante era de alguna manera el representante

de Dios en la Tierra. Esta arma confería autoridad al nuevo dirigente en el momento de acceder al trono a través de una ceremonia religiosa. Así la lanza se convirtió en un símbolo religioso y de poder», señala el historiador medieval Robert Benson.

En el siglo XIII, la lanza de San Mauricio, regalo del Papa a Carlomagno, quedó vinculada a los emperadores germánicos y comenzó a ser identificada con Longinos y con el Santo Grial. Las tradiciones germánicas afirman que esta lanza, luego llamada de los Habsburgo, fue blandida como talismán por Carlomagno, en el siglo IX, durante 47 campañas victoriosas. En 1227, el papa Gregorio IX aseguró al emperador Federico II Hohenstauffen que era la que había atravesado el costado de Cristo. En 1250, Federico II llevó el arma a Nuremberg, donde estuvo 550 años —hasta la llegada de Napoleón— como parte de los tesoros del Sacro Imperio Romano Germánico. En 1350, Carlos IV, emperador germánico de la Casa de Luxemburgo, grabó sobre la lanza lo que todos sus súbditos creían, la inscripción que la destacaba como la auténtica reliquia de Cristo. Así aplicó un remate de oro en el que se lee: «*Lancea et Clavus Domini*» (Lanza y clavo del Señor, en latín) y el papa Inocencio VI estableció oficialmente su veneración como la lanza de la Pasión. Sin embargo, siempre que había una importante batalla que podía decidir el destino de algunos de los reinos europeos, aparecía una Santa Lanza en el bando ganador.

LA CABALLERÍA Y LAS CRUZADAS

En 1095, el emperador de Oriente escribió una carta al papa Urbano II solicitándole ayuda militar en su guerra contra los turcos selyúcidas. En el penúltimo día del Concilio de Clermont (Francia), el 27 de noviembre de 1095, el Papa usó esta carta para atacar el comportamiento de la nobleza de entonces, llamándolos blasfemos y saqueadores. El Papa los

retó a luchar valientemente como caballeros de Cristo y salvar Jerusalén. Proclamó, al grito de «*Dieu le veult!*» (Dios lo quiere!), la denominada Primera Cruzada (1096-1099). Un ejército de caballeros normandos, occitanos y borgoñones dio respuesta a Urbano II y acudieron a Tierra Santa.

«La caballería de aquellos años significó un intento de la Iglesia para dominar a la nobleza de los siglos X y XI, dándole una causa noble para luchar y la idea de un nuevo modo de vida. Esto se expresó en los modelos de la literatura de la época: el sueño de la búsqueda de las reliquias religiosas fue uno de los temas constantes de los libros de caballería», señala el medievalista Robert Benson. A partir de entonces, los escritores medievales, comenzando por el poeta francés Chrétien de Troyes alrededor de 1180, y más tarde Robert de Boron, ambos inspirándose en Godofredo de Monmouth, autor en 1136 de *Historia de los reyes de Britania*, vincularon el destino del Santo Grial y de la Santa Lanza con la aventura del rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda. Después, entre 1200 y 1205, el alemán Wolfram von Eschenbach dio a conocer la odisea de Parsifal, que completaba los mitos artúricos iniciados un siglo antes, y en el que el músico Richard Wagner se inspiró en el XIX para componer su ópera *Parsifal*, que tanto impresionaría a Hitler.

A fines del siglo XI la nobleza europea respondió al papa Urbano II enviando a sus caballeros a salvar Tierra Santa y las reliquias de Cristo en manos de los turcos. Miles de cruzados se unieron a la causa, partiendo de puntos tan lejanos como Inglaterra o Flandes. Cuando llegaron a Constantinopla, el emperador bizantino sintió más temor que alivio por su presencia, y procuró que pasaran rápidamente hacia Oriente según iban llegando. En el invierno de 1097, ya en Siria, estos Caballeros de Cristo pusieron sitio a la antigua ciudad cristiana de Antioquía. En mayo de 1098, un comerciante introdujo a los cruzados en la ciudad y se hicieron

con ella tras siete meses de sitio. Entonces llegó un ejército musulmán y los cruzados quedaron a su vez sitiados. Cansados, hambrientos y diezmados, la situación empeoraba para los cristianos. Un soldado dijo haber tenido una visión de san Andrés, que le dijo dónde encontrar la Lanza Sagrada de Cristo. Ante la atenta mirada de los escépticos, el soldado comenzó a cavar el suelo de la catedral de San Pedro y encontró una antigua lanza de hierro. Los cruzados se sintieron llenos de un renovado ardor y rompieron el cerco, derrotando a sus enemigos. «El descubrimiento de la Lanza les dio una provocadora e inspiradora seguridad. El ejército musulmán era más numeroso y estaba en su propio terreno. Los cruzados estaban cansados y fue una hazaña extraordinaria, sólo explicable gracias a la pasión y el fervor religiosos», afirma Robert Benson.

Los cruzados atribuyeron la victoria al poder de la Lanza. Creyeron que era la auténtica reliquia de Cristo. Un año después cayó Jerusalén. Al poco tiempo, esta pica se convirtió en objeto de dudas y discrepancias sobre su autenticidad. Pero los jefes de las cruzadas no hicieron caso de esta polémica y ofrecieron al emperador de Oriente la Lanza de Antioquía. Sin duda, el emperador tenía sus motivos para aceptarla, aunque en su poder estaba la supuesta Lanza original desde hacía generaciones. Sin embargo, la aparición de la lanza de Antioquía provocó gran confusión entre los cristianos armenios que afirmaban tener la «auténtica reliquia de la crucifixión». Algunos escritores sirios y armenios desarrollaron una serie de mitos y leyendas. Al final, la lanza de Longinos encontrada por santa Elena, la lanza que Constantino hizo con un clavo de Cristo, y la de Antioquía fueron a parar a Constantinopla.

En 1204, la IV Cruzada, traicionando su sentido inicial de ayudar al Imperio de oriente frente a los turcos, atacó a dicho Imperio y tomó Constantinopla, sometiéndola a saqueo; los cruzados establecieron el Imperio Latino de Oriente, uno de cuyos emperadores, Balduino II, vendió en 1241 la punta de la Lanza de Longinos al rey Luis IX de Francia, quien

construyó la Santa Capilla en París para guardarla. La punta permaneció allí hasta la Revolución francesa. El resto del arma se quedó en Constantinopla. El viajero Jean de Mandeville, autor del *Libro de las maravillas del mundo*, declaró en 1357 que había visto la reliquia de la Santa Lanza en París y en Constantinopla, y que la de esta última ciudad era mucho más antigua que la francesa.

Las lanzas de Constantino y de Antioquía desaparecieron y se perdieron en la historia. Cuando los turcos tomaron Constantinopla en 1453 el asta de la Lanza cayó en su poder. En 1492, el papa Inocencio VIII hizo una oferta al sultán turco: el hermano del sultán, que estaba cautivo, se intercambiaba por el asta de la Lanza, que desde entonces está en poder del Vaticano. «Se encuentra en uno de los cuatro pilares del crucero de la basílica de San Pedro», indica el padre dominico Michael Morris.

Actualmente, existen cuatro Lanzas Santas censadas. La que se conserva en el Vaticano. Otra está en París, adonde fue llevada por san Luis en el siglo XIII, cuando regresó de la VII Cruzada. La tercera es la que se custodia en la Schatzkammer o Cámara del Tesoro del palacio imperial, en Viena, que es la que encandiló y sedujo a Constantino el Grande, a Carlomagno, a Federico Barbarroja y a Hitler. La hoja partida de doble filo de esta lanza no tiene asta; cuenta con tres remaches de oro y plata y con la inscripción del siglo XIV «*Lancea et Clavus Domini*». Junto a la Lanza, están la corona y otras joyas del Sacro Imperio Romano Germánico. La cuarta Lanza Sagrada se conserva en la catedral de Cracovia (Polonia), pero tan sólo es una copia de la vienesa que Otón regaló a Boleslav el Bravo.

LA OBSESIÓN DE HITLER

La adquisición del papa Inocencio VIII de la Lanza, en el siglo XV, marcó el final de una era. La creencia en el poder de la reliquia que había

dominado durante toda la Edad Media desaparecía. El Sacro Imperio Romano Germánico, que había comenzado con Carlomagno en el año 800, terminó mil años después, cuando Napoleón venció en Austerlitz (1805) a Francisco II, el último emperador germánico, que pasó a ser Francisco I de Austria. El Imperio Romano Germánico quedó disuelto, y se creó el Imperio austríaco. Esa secuela del Sacro Imperio siguió en poder de los Habsburgo, que habían ocupado el trono imperial sin interrupción desde 1438, y que se consideraban continuadores históricos del mismo, por lo que cuidaron y protegieron los antiguos trofeos imperiales en su Cámara del Tesoro de Viena.

Tras mil años en los que las reliquias del cristianismo se utilizaron como signos de poder, el misticismo y la magia dio paso a la era de la razón y la ilustración, que culmina en el llamado Siglo de las Luces, el XVIII. Sin embargo, en el siglo XIX, tras las décadas de conmoción que supusieron la Revolución francesa y las guerras derivadas de ella, hasta la batalla de Waterloo en 1815, se produjo en Europa un movimiento recesivo en cuanto a lo racional, desencantado con el presente y nostálgico del pasado. Es el Romanticismo.

«La identidad nacional en Europa occidental cambió a principio del siglo XIX. El Romanticismo tenía fuertes raíces en el pasado nacional y conformaba la fuente de los valores humanos», señala el profesor de la Universidad de Los Ángeles, Robert Benson. La literatura, la poesía y la música europea del siglo XIX estaban inmersas en el Romanticismo. Los orígenes de las historias románticas alemanas se encontraban en las antiguas leyendas del Sacro Imperio germano. Y Richard Wagner encarnó el espíritu de la época.

Poco a poco en Europa volvía a producirse una revaloración del interés por la Edad Media. Empezaron a idealizarse las hazañas de los valientes caballeros que arriesgaban su vida por su honor y su fe. «En los primeros años del siglo XIII surgió el primer gran renacimiento literario en

Alemania. Un renacimiento de la lengua, la poesía y la literatura germanas. Wagner lo utilizó y explotó, usó su energía e intentó crear una mitología germánica que inspirara sus obras y fuera parte de la percepción nacional de los alemanes», describe Benson.

Richard Wagner compuso *Parsifal*, su última ópera, a partir de una historia de la Edad Media y de los caballeros teutones en busca del Santo Grial. Estrenada el 26 de julio de 1882, un año antes de su muerte, *Parsifal* es su obra más controvertida, repleta de connotaciones esotéricas y simbólicas, manifestación escénica del misticismo tradicional. La clave del éxito era la posesión de la Santa Lanza, la lanza de San Mauricio símbolo del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Cuentan que, en 1912, en una representación en Viena, Adolf Hitler quedó fascinado por la ópera y la leyenda en que se basaba. Hitler estaba muy familiarizado con la Lanza de los Habsburgo: había estado en poder de sus héroes Federico Barbarroja y Otón el Grande, emperadores del I Reich, el Sacro Imperio, que encarnaron la grandeza del pueblo germano. Y comenzó la leyenda moderna de la Santa Lanza, también denominada después *lanza del destino*.

Parece ser que Hitler, ya desde 1913, cuando era estudiante de arte en Viena, era un asiduo visitante del museo del Palacio Imperial y sentía una gran atracción por el conjunto de piezas conocidas como «las insignias de los Habsburgo» o tesoro sacro. Adolf Hitler prestaba especial atención a la Lanza que la leyenda identifica con la que atravesó el costado de Cristo. El 8 de marzo de 1938, Hitler entró en Viena y en septiembre, poco después de la anexión de Austria al III Reich, ordenó el traslado de los tesoros de los Habsburgo a Nuremberg, hogar espiritual del movimiento nazi. Es conocido el fetichismo del Führer por los símbolos del poder germánico, y la Lanza podía ser una forma de legitimar su régimen recurriendo al valor histórico del arma. «Para él, el tesoro del Sacro Imperio Romano Germánico era importante para mostrar la tradición de ese

Imperio llevada a su propia idea de imperio alemán. Quería tener la Lanza como símbolo de continuidad desde el siglo x hasta finales del siglo xx. Para los nazis estas reliquias irradiaban una magia especial: todos aquellos que entraban en contacto con ellas conseguirían fuerza y poder», explica el especialista en antigüedades Willi Korte.

El Sacro Imperio Romano Germánico duró mil años; el Tercer Reich de Hitler debía durar otros mil. Pero el imperio de Hitler no fue ni sacro, ni romano. Hitler despreciaba el cristianismo y tenía miedo del catolicismo. Su régimen tomaría la forma expresada por su filósofo favorito, Nietzsche, quien formuló la doctrina de la «voluntad de poder», por la cual una raza de superhombres se levantaría sobre la plebe y gobernaría con mano de hierro. El filósofo pensaba que la idea de los cristianos de ofrecer la otra mejilla era ridícula y hablaba de Jesús de Nazaret como alguien que merecía morir a manos de los romanos. Hitler fue consecuente con estas ideas.

En 1938, Hitler tomó posesión de la Lanza que supuestamente había herido a Jesús. En sus manos no fue signo de redención y gobierno divino, sino de limpieza étnica y tiranía. La expuso en la cripta de Santa Catalina, en Nuremberg, escenario de las actividades de los Maestros Cantores de la Edad Media (sobre los que Wagner compuso la ópera favorita del dictador). Tras una revelación, Hitler finalmente la dejó bajo la custodia de oficiales de la SS y con un acceso muy restringido. El entonces comandante en jefe (Reichsführer) de las SS y posterior encargado del genocidio nazi, Heinrich Himmler, consideraba su trabajo en las SS casi como una cuestión religiosa. La obsesión de Hitler con la limpieza de la raza llevó a la creación de un centro dedicado a realizar estudios científicos de todas las facetas de la identidad alemana: la Deutsches Ahnenerbe, también conocida por «Herencia de los ancestros». Himmler se lo tomó como algo personal, participando activamente en los estudios, recaudando fondos y reclutando investigadores, arqueólogos e

historiadores encargados de buscar en los emplazamientos religiosos y encontrar las reliquias y los huesos de Enrique I el Pajarero. Y es que Himmler admiraba a Enrique I. Creía ser descendiente directo de este rey fundador de Alemania. Se hizo con la iglesia donde Enrique I había guardado la Lanza y otras reliquias sagradas y allí organizó ceremonias religiosas al estilo de las SS.

Pero también Hitler era un admirador de este rey. En el famoso castillo de Wewelsburg, en Westfalia, decoró las habitaciones con los estilos de las épocas de sus emperadores favoritos: dormía en la habitación de Enrique I. El Führer regaló a Himmler una copia del arma y expuso la verdadera lanza de San Mauricio en la catedral de Santa Catalina de Nuremberg, ciudad donde la Lanza había estado durante el Primer Reich, hasta que el ejército de Napoleón llegó a la ciudad en 1796, que fue trasladada a Viena. Nuremberg había tenido mucho poder durante los siglos del Sacro Imperio Romano Germánico y fue la primera capital de Alemania. La Lanza se exhibió en mítines nazis en la ciudad durante los años 1938 y 1939. A partir de 1940, cuando la guerra se intensificó y comenzaron los bombardeos aliados, se trasladó a una cámara acorazada. Su seguridad no estaba garantizada, por lo que se construyó otra cámara acorazada a 150 metros debajo de la fortaleza de Nuremberg. «Los nazis querían protegerla porque pensaban que, cuando acabara la guerra, Alemania podría recuperar su poder, con los nazis o sin ellos, y la Lanza volvería a ser un símbolo», afirma Willi Korte.

El 20 de abril de 1945, el general Mark Clark, del ejército de Estados Unidos, descubrió la Lanza de los Habsburgo en el castillo de Nuremberg. Hitler y el III Reich habían caído. El 7 de enero de 1946, la lanza de San Mauricio regresó al Palacio Imperial de Viena, donde se conserva hoy. La copia que Otón el Grande regaló al pueblo polaco continúa en la catedral de Cracovia. La Lanza sagrada de Antioquía, descubierta por la revelación de san Andrés y que alentó a los cruzados en 1098, se perdió al

igual que la lanza de Constantino. La reliquia preservada hoy celosamente en Etschmiadzin, en Armenia, es un tesoro cultural del pueblo armenio y la Santa Lanza de Longinos continúa en el Vaticano. La punta se trasladó, durante la Revolución francesa, de la Santa Capilla de París a la Biblioteca Nacional de Francia, donde se perdió. Pero ¿dónde está la lanza original? No importa. Todo depende de la fe, una fe que se remonta a un misterio que comenzó hace más de dos mil años en una yerma colina a las afueras de Jerusalén, con la ejecución de un carpintero de Nazaret llamado Jesús.

El código Da Vinci a examen

¿Cuál es la verdadera historia que hay detrás de El código Da Vinci y su sorprendente retrato de Jesús y María Magdalena? ¿Es posible que los verdaderos orígenes del cristianismo fueran ocultados o modificados por los fundadores de la Iglesia? ¿Leonardo Da Vinci dejó pistas heréticas secretas en algunas de sus obras de arte? ¿Hay algo real en el libro de Dan Brown? ¿Y en esas teorías de complots urdidos en la sombra por poderes ocultos de la Iglesia católica, según cuenta su libro?

*El código Da Vinci describe con audacia la leyenda del Santo Grial y cuestiona los orígenes de la fe cristiana. Según la novela, existe una creencia secreta tan poderosa que ha estado más de mil años custodiada por un misterioso culto medieval. Se trata de una verdad tan revolucionaria que es incluso responsable de la muerte de reyes. Esta herejía aparece codificada en las obras de uno de los mejores artistas de la historia... Eso es lo que narra el libro. Sin duda el argumento es sorprendente y fascinante y por ello ha seducido a millones de lectores en todo el mundo. La obra combina con astucia la historia verdadera con acontecimientos totalmente ficticios. En realidad, ningún material herético u ortodoxo de *El código Da Vinci* es nuevo. Todo lleva siglos publicado en obras teológicas e históricas. Para separar la verdad del mito, primero debemos retroceder dos mil años y analizar la extraña historia alternativa sugerida en la novela y comprobar qué partes son reales y cuáles son mera invención literaria, inexactitudes históricas o deliberadas tergiversaciones.*

El código Da Vinci empieza con la muerte de un conservador del Museo del Louvre de París, asesinado y colocado en la misma posición que el Hombre de Vitrubio, dibujo realizado por Leonardo, que aparece en el suelo del museo, con un mensaje críptico escrito a su costado y un pentágono dibujado en el pecho con su propia sangre. A partir de ahí surgen una serie de acertijos, revelaciones, iconos, rompecabezas e hipótesis narradas a un ritmo vertiginoso y con trama policíaca en las más de quinientas páginas del libro. La primera pista lleva hasta la iglesia del Temple de Londres donde se encuentra una serie de efigies de antiguos caballeros que protegen un linaje sacro. Después, las claves están en una iglesia de París con un monumento que sugiere el nacimiento en Egipto de la hija de Jesús y de un linaje de descendientes. Más tarde, los secretos se esconden en una capilla en Escocia llena de símbolos de una antigua conspiración para conservar ese linaje sacro. Finalmente, un culto misterioso tiene intención de revelar esta asombrosa verdad al mundo.

El argumento de la novela de Dan Brown se basa en una historia que existía mucho antes de que se escribiera *El código Da Vinci* y de la que ya se ha hablado en estas páginas. En la obra se desarrolla la idea de que María Magdalena, una de las seguidoras de Jesucristo, era también su pareja; de hecho, incluso, llegaron a casarse. Esta teoría ha aparecido en numerosas leyendas que se encuentran recogidas en el ensayo *El enigma sagrado*, escrito por Michael Baigent, Richard Leigh y Henry Lincoln, que ya se analizó en el capítulo 5. De hecho, estos autores demandaron por plagio a los editores de *El código Da Vinci*. «Es más posible que un hombre estuviese casado, tuviese hijos y reivindicara un derecho al trono —afirma Richard Leigh— que hubiese nacido de una virgen, anduviese sobre el agua y resucitase de los muertos.»

Pero *El código Da Vinci* va más allá y también asegura que en el momento de la crucifixión, María Magdalena estaba embarazada y se vio

obligada a huir para salvar su vida y la de su hijo. Una leyenda francesa que data de alrededor del año 900 dice que huyó a Egipto, donde su secreto permanecería a salvo. Allí, dio a luz a una hija a la que llamó Sara, la única y verdadera descendiente de Jesús y heredera de su reino en la Tierra. «El nombre de la niña, Sara, en hebreo significa “princesa”. Así, creo que el nombre es una referencia al linaje», explica la experta Margaret Starbird, autora del libro *María Magdalena y el Santo Grial*.

TRAS EL SANTO GRIMAL

Los historiadores aseguran que no hay ninguna prueba de que exista un linaje de Jesús hasta nuestros días. Aun así, la leyenda cuenta que, en el año 42 de la era cristiana, Sara, con 12 años, María y otras personas cruzaron el Mediterráneo y llegaron a la costa del sur de Francia en un barco sin remos llevando consigo la «sangre real». Y a partir de ahí, *El código Da Vinci* afirma que los descendientes de Sara emparentaron con el linaje de los reyes de Francia en la Alta Edad Media, los merovingios.

Es cierto que los merovingios reinaron en Francia durante cerca de trescientos años (476-750). Pero en 751, su poder había pasado a la historia. Así que, según *El código Da Vinci*, necesitaron realizar un nuevo esfuerzo para mantener vivo el linaje sacro. Para el historiador y escritor Richard Leigh, los intentos modernos de interpretar el convulso marco histórico en que se desenvuelve la forma de pensar esotérica, gnóstica y caballeresca de la Edad Media, inevitablemente han acabado en la creación de una sociedad secreta o semisecreta conocida como Priorato de Sión. De hecho, en 1099, se fundó un auténtico Priorato de Sión, pero en el mundo ficticio de *El código Da Vinci* su objetivo es nada menos que proteger el linaje de Jesús y María Magdalena. Para ello, el Priorato creó uno de los grupos más enigmáticos de la historia, los caballeros templarios, monjes guerreros de las Cruzadas.

En *El código Da Vinci* estos caballeros fueron enviados por el Priorato de Sión para buscar documentos en las ruinas del Templo de Salomón, en Jerusalén, que supuestamente recogían una genealogía de la descendencia de Jesús. Según la novela, los documentos y la asombrosa verdad que contenían fueron posiblemente utilizados por los templarios para chantajear a la Iglesia. En poco tiempo, los templarios se hicieron ricos y poderosos y se convirtieron en enemigos que había que eliminar. Así, el viernes 13 de octubre de 1307, el rey Felipe IV de Francia, llamado el Hermoso, llevó a cabo un ataque sorpresa contra los caballeros templarios en sus dominios. Sus miembros fueron encarcelados, y sus jefes, torturados y ejecutados, lo que conmocionó a la Europa de entonces.

Como ya se ha dicho en este libro, los caballeros templarios existieron realmente y también su persecución. En lo que la novela de Dan Brown difiere de la historia es en la interpretación de los motivos y los resultados de la matanza. En *El código Da Vinci*, algunos consiguieron escapar y huir con los secretos de los documentos de la Sangre Real. Los documentos fueron entregados al Priorato de Sión para ser guardados en lugar seguro. Según la novela, la Iglesia inició una búsqueda de los documentos con la intención de destruirlos. Esta búsqueda de los documentos sobre la Sangre Real se convirtió en la búsqueda del Santo Grial.

«Hoy en día a menudo pensamos en dicha búsqueda como la de un objeto material: un tesoro, un cáliz de oro, algo así. Pero en las versiones medievales de la historia, era la búsqueda de algo trascendente o espiritual», señala Karen Ralls, profesora de historia de la Universidad de Oxford. En el libro *María Magdalena y el Santo Grial*, Margaret Starbird afirma que la idea del Santo Grial como un cáliz o un recipiente que contuvo la sangre de Cristo es un símbolo arquetípico de lo femenino. La tierra como recipiente, la madre como recipiente, el útero como recipiente. Y es ahí donde la propia María Magdalena podría ser el propio Santo Grial, como sugiere *El código Da Vinci*.

La ficción continúa narrando que a través de los siglos, el Priorato de Sión escondió esta verdad a la Iglesia, y que los manuscritos que demostraban el linaje sacro fueron pasando de un gran maestro a otro hasta que, al final, llegaron a las manos del gran maestro más famoso de todos, Leonardo Da Vinci... o eso dice el libro. También asegura que Leonardo codificó este conocimiento secreto en sus obras de arte. En *La Última Cena*, por ejemplo, la novela afirma que la figura de aspecto femenino sentada a la derecha de Jesús no es san Juan, como todo el mundo cree, sino una mujer: María Magdalena. A partir de ahí continúan las especulaciones del autor. ¿Estaba Leonardo intentando decirnos algo? ¿Realmente escondió pistas en sus cuadros? ¿Es éste el secreto más asombroso de todos los tiempos que la Historia oficial se ha encargado de ocultar?

EL MATRIMONIO DE JESÚS Y MARÍA MAGDALENA

Los primeros relatos sobre María Magdalena no incluidos en el Nuevo Testamento estuvieron escondidos en el desierto durante casi dos mil años y fueron descubiertos por un campesino en 1945 cerca de la población de Nag Hammadi, en la región de Luxor, en Egipto. Allí se hallaron trece códices escritos después de la muerte de Jesús, posiblemente en el siglo II, que arrojaban una nueva luz sobre los primeros años del cristianismo y que contenían ideas sobre la religión cristiana que no aparecen en la Biblia. Estos papiros despertaron el interés de todos los especialistas del mundo, ya que son una de las pocas fuentes directas existentes de los llamados «evangelios gnósticos», y cuentan versiones muy poco ortodoxas sobre la vida de Jesús.

Entre los más de cien textos cristianos —además de *La República* de Platón— que contienen los códices, los estudiosos de las Escrituras le han dado especial importancia al Evangelio de Tomás, al que algunos llegan a considerar «el quinto Evangelio», aunque el actualmente más conocido

por el gran público, gracias a una fuerte campaña de prensa, es el Evangelio de Judas.

Según propone *El código Da Vinci*, la idea de que María Magdalena pudo haber sido esposa de Cristo y madre de su hija, fue al poco tiempo censurada por la primera Iglesia, razón por la cual, supuestamente, estos Evangelios gnósticos tuvieron que ser escondidos en los desiertos de Egipto.

María Magdalena, así llamada porque era de Magdala (posiblemente la población de Tariquea, en Galilea, junto al lago Tiberíades), es citada por los cuatro Evangelios canónicos (es decir, de Mateo, Marcos, Lucas y Juan) como una de las mujeres que, junto a los doce apóstoles, acompañaban a Jesús (Lucas, 8, 1). La escritora Margaret Starbird señala que «es citada en ocho listas diferentes que incluyen a otras mujeres; en siete de ellas es mencionada en primer lugar». Se habla de ella casi exclusivamente al final del relato de la Pasión, como uno de los testigos de la muerte en la cruz que luego intervinieron en los ritos funerarios de Jesús, así como una de las personas a quienes se apareció Jesús después de resucitar. En una ocasión, la aparición es a ella sola (Juan, 2, 11-18), lo que indicaría una especial distinción por parte de Cristo.

Aparte de eso, no se cuenta nada de María Magdalena, salvo que Jesús «había sacado siete demonios» de ella (Marcos, 16, 9, y Lucas, 8, 2), es decir, que le había practicado un exorcismo.

El nombre de María es en hebreo Miriam, que quiere decir «lugar alto donde reside la divinidad». Es obvio que la Virgen que concibió en sus entrañas al Hijo de Dios tenía que llamarse María. Se podría argumentar, por tanto, que el nombre de María Magdalena también indica que llevó en su seno la semilla de la divinidad, o sea, un hijo de Jesucristo. Sin embargo, la verdad es que ese nombre, el de la hermana de Moisés en los tiempos antiguos, era muy común entre los judíos de la época de Jesús. El Nuevo Testamento cita siete Miriams o Marías; cinco —incluida la

Virgen— en los Evangelios, otra distinta en los Hechos de los Apóstoles, y otra más en la Epístola a los Romanos.

La imagen con la que se asocia más a María Magdalena, la de prostituta arrepentida, es un equívoco muy antiguo. De hecho, en las escrituras no hay ninguna prueba de que María Magdalena fuese una prostituta. En el Evangelio de san Lucas (6, 36-49) se narra que había una mujer en la ciudad que era una pecadora, la cual fue a casa de Simón, donde estaba comiendo Jesús, «y llevando un vaso de alabastro lleno de perfume, se puso por detrás, junto a sus pies, y llorando comenzó a regarlos con sus lágrimas, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los besaba y ungía con el perfume». El relato, si lo sacáramos de su contexto, tendría indudablemente un matiz erótico, lo que puede alimentar la idea de que Jesús tuvo a María Magdalena como compañera sentimental.

El problema es que Lucas no da ningún nombre. A la tradición le gusta proporcionar nombres y, por tanto, en Occidente esta figura se identifica con la de María Magdalena, según opina la teóloga y profesora del Nuevo Testamento Deirdre Good, del Seminario General de Teología de Nueva York.

Los padres de la Iglesia griegos distinguían tres personajes evangélicos distintos en María Magdalena: María de Betania, la hermana de Lázaro y la pecadora sin nombre. Los padres romanos y la tradición latina, en cambio, tendían a confundir a las tres en una sola. El papa san Gregorio Magno identificó a la prostituta del vaso de alabastro con María Magdalena en el siglo VI, convirtiéndola así en uno de los grandes protagonistas del arte occidental. La pintura europea, desde el Renacimiento al Barroco, ha representado innumerables veces a María Magdalena ricamente vestida y alhajada, para indicar su lujuriosa condición de ramera, o desnuda, más o menos cubierta con sus cabellos o con alguna piel de animal, como penitente arrepentida. Es indudable que esta última iconografía fue aprovechada por muchos artistas como excusa para pintar desnudos y

hacerlos pasar por cuadros de devoción. Sin duda la profusión de desnudos de María Magdalena contribuyó a reafirmar la creencia de que era una meretriz.

Pero convirtiendo a la Magdalena en prostituta, san Gregorio no pretendía poner en cuestión ese aspecto «feminista» del cristianismo. «Gregorio —explica Good— no lo hizo para desprestigiar a las mujeres, sino para que la gente se diese cuenta de que incluso a ese tipo de pecadores tan despreciados, Dios los amaba lo suficiente para tenerlos en su gracia.»

Tampoco existe ninguna prueba de que los Evangelios gnósticos fueron deliberadamente destruidos o escondidos; la mayoría de los historiadores creen que es muy posible que estos textos simplemente se perdieran. Además, señalan que las pocas referencias bíblicas a la relación de María Magdalena con Jesús en los Evangelios canónicos ni prueban ni desmienten que estuviesen casados y tuviesen una hija. Incluso si fuera así, no se trata de algo que necesariamente debiera suprimirse, ya que era lo más común en esa época, como indica Margaret Starbird: «A principios del siglo I, los padres judíos tenían el deber de encontrar una mujer para su hijo antes de que el joven cumpliera los 20 años. Había muy pocas excepciones».

Pero, si no había nada que ocultar respecto a María Magdalena, ¿qué puede haber de peligroso para la Iglesia oficial en los Evangelios gnósticos? *El código Da Vinci* se basa en estos pasajes escritos por sectores del primer cristianismo, que defendían la idea de encontrar a Cristo en el interior de cada uno en vez de a través de la Iglesia, un concepto que distingue a los gnósticos de otros cristianos y de la tradición heredada hasta nuestros días. Es esta noción lo que suponía una amenaza importante para las autoridades eclesiásticas; eso hace que la tesis de *El código Da Vinci* sobre una Iglesia que lleva dos mil años deformando la historia sea algo factible. El libro de la doctora Elaine Pagels, especializada en el

estudio de los orígenes del cristianismo, *Los Evangelios gnósticos*, publicado en 1980, es una de las principales fuentes de Brown para esta teoría; incluso cita su estudio en *El código Da Vinci*.

LEYENDAS FRANCESAS SOBRE LA HIJA DE JESÚS

Las historias del Grial aparecen por todas partes, desde Palestina hasta Inglaterra. Pero una de las leyendas más extendidas narra que María Magdalena y su hija buscaron refugio en Egipto con el tío de la Virgen María, José de Arimatea. En Alejandría seguramente encontraron un ambiente judío al que se habrían adaptado para vivir. Entonces, según la leyenda, alrededor del año 42 de nuestra era, María, Sara y José dejaron Egipto y navegaron en una barca sin remos hasta la costa de las Galias, la provincia romana que actualmente es Francia, concretamente a la región de Provenza. «Hay una leyenda que dice que trajeron consigo la sangre real. La sangre real no se lleva en un bote con una tapa, sino que se refiere a que fluye en las venas de la niña», asegura Margaret Starbird. Algunas historias les siguen la pista hasta cerca del pueblo de Saintes-Maries de la Mer, en la costa de Provenza. Aquí, María y su hija vivieran el resto de su vida.

Hoy en día, existe en dicha población una iglesia que data del siglo IX y conmemora esta creencia. Está dedicada a dos figuras de las Escrituras: María Cleofás, hermana de la Virgen María, y la madre de Santiago el Mayor y de San Juan, que en los Evangelios es llamada simplemente Salomé, aunque la tradición la llama María Salomé.

En esta región provenzal se conservan otras leyendas que cuentan que el malvado rey Herodes metió a varios seguidores de Jesús en barcas sin velas ni remos que fueron empujadas mar adentro, para que sus pasajeros perecieran. Entre éstos se citan a las dos Marías a las que está dedicada la iglesia local, a la Magdalena, a Lázaro el resucitado y su hermana

Marta, y hasta al ciego de Jericó (Marcos 10, 46-52). A ellos se uniría Sara, que llegó a la barca andando sobre las aguas. Algunos dicen que era una abadesa egipcia, lo que justificaría el color oscuro que se le adjudica, aunque también se le han atribuido orígenes más fantásticos. En otras versiones legendarias, Sara estaba en la costa del sur de Francia, recibió allí a las Marías y se convirtió al cristianismo. Según las leyendas francesas, los numerosos pasajeros se desperdigaron, quedándose en la costa sólo María Cleofás y María Salomé, con Sara como sirvienta.

En el templo de Saintes-Maries de la Mer se exhibe una imagen de rostro negro a la que localmente se llama «Sara la egipcia». Los gitanos, por su parte, la llaman María la Kali (la Negra en lengua caló) y la veneran especialmente.

Parece que la teoría de la localización del Santo Grial de Dan Brown no coincide con la creencia popular. Así, la idea más extendida de la localización del Santo Grial no lo sitúa en Francia como indica *El código Da Vinci* sino en Glastonbury, Inglaterra, donde se alza una majestuosa abadía del siglo XII, levantada sobre restos de una iglesia anterior que se remontaría incluso al tiempo de la llegada de los sajones en el siglo VII, que es supuestamente lugar de enterramiento del mítico rey Arturo.

La tradición asegura también que allí es donde José de Arimatea llevó el Grial para guardarlo. José incluso dejó a la vista un recuerdo de su visita: clavó en el suelo su cayado, y éste se convirtió en un arbusto espinoso de una especie oriental, conocido como el Espino Sagrado de Glastonbury. Según la profesora de historia de la Universidad de Oxford Karen Ralls, a mediados del siglo XIV, el abad John de Glastonbury fue quien introdujo la leyenda sobre el Grial y José de Arimatea, pero no fue hasta finales del siglo XV cuando los propios monjes de la abadía empezaron a propagar esta historia. Incluso la leyenda habla que a partir de entonces surge un manantial de un agua extraña, de color rojizo, símbolo de la sangre de Cristo derramándose de la copa sagrada. Esta agua sigue

fluyendo desde el llamado Pozo del Cáliz, y creyentes y peregrinos llegan de todas partes del mundo en busca de las propiedades sobrenaturales y curativas del manantial.

EL CONCILIO DE NICEA

Una de las tramas más famosas del libro de Dan Brown es la que sostiene que Leonardo Da Vinci y otros artistas eran partícipes de una serie de herejías que no se atrevían a expresar en público por miedo a represalias religiosas. Así la obra de Leonardo estaría llena de pistas que apuntan a unos conocimientos secretos sobre María Magdalena con la intención de mantener vivos los hechos que las autoridades eclesiásticas habían obligado a ocultar. «Es muy posible que haya algo de verdad en las leyendas. Yo creo que la unión sagrada de Cristo y María Magdalena era el centro de la historia cristiana y que desgraciadamente, incluso trágicamente, se perdió a principios del nacimiento del cristianismo y no se incluyó dentro de la historia», defiende Margaret Starbird.

Según *El código Da Vinci*, en el año 325 de nuestra era, la adoración a María Magdalena se vio relegada a la clandestinidad tras el Concilio de Nicea, convocado por el emperador romano Constantino con el fin de construir una sola Iglesia y encontrar una forma uniforme y simple de cristianismo con la que todos los obispos, frecuentemente enfrentados, estuvieran de acuerdo. La Iglesia condenó las creencias de los gnósticos como herejías y decidió lo que es adoptado como texto oficial para el Nuevo Testamento. Por tanto, Constantino ordenó que destruyeran los textos gnósticos, dejando sólo los Evangelios canónicos que ahora podemos encontrar en la Biblia. De nuevo, esta teoría de *El código Da Vinci* no es original. Según Timothy Freke, coautor del libro *Los misterios de Jesús*, «la verdad sobre los orígenes del cristianismo se pierde porque sólo se permite la supervivencia de una historia que es la escrita por el

obispo Eusebio, el relaciones públicas de Constantino, su propagandista».

Pero parece ser que, según afirman la mayoría de los historiadores religiosos, en el Concilio de Nicea no hubo ningún debate sobre la censura de ninguno de estos textos, ni se seleccionaron los libros que se convertirían en la versión oficial de la fe. Una vez más, no hay ningún documento de los concilios cristianos que pruebe la inclusión o exclusión de los libros que se identificarían con los textos no canónicos de la biblioteca de Nag Hammadi, según señala, entre otros expertos, George Gorse, profesor de historia del arte del Pomona College. En realidad, el canon evolucionó durante varios siglos y los 27 libros que forman ahora el Nuevo Testamento no fueron recopilados hasta cuarenta y dos años después del Concilio de Nicea. La afirmación de que otros documentos sobre los orígenes cristianos fueron destruidos en este período es una mera exageración. La quema de libros sucedió, pero se produjo siglos después y por razones diferentes.

La idea de *El código Da Vinci* de que la Iglesia quiere acabar con la leyenda de María Magdalena ha encontrado apoyo en aquellos que la vinculan con un antiguo mito egipcio. Basándose en esta teoría, la primera Iglesia estaría ansiosa por borrar todo lo que conectaba la historia del Nuevo Testamento con rituales paganos de adoración, como la divinidad egipcia Osiris y su esposa, la diosa Isis, que en el cristianismo primitivo se habrían transformado en Jesús que muere y resucita y en su esposa María Magdalena. Así, a los ojos de la primera comunidad cristiana, puede que Cristo y la Magdalena fuesen la personificación de ese mismo principio de unión sagrada que aparece en el mito de Isis y Osiris. Sin embargo, los teólogos tradicionales aseguran que considerar a María Magdalena como una diosa es ir más allá de lo que nos cuentan las fuentes existentes. Además, la Iglesia considera santa a María Magdalena, y como tal la celebra el día 22 de julio desde tiempos antiguos,

antes del siglo x en Oriente y a partir del siglo xii en Occidente, adquiriendo aún más fuerza su culto a partir de la Contrarreforma. Existen multitud de templos dedicados a esta advocación, y muchas monjas a lo largo del tiempo han elegido como nombre de religión el de María Magdalena, alcanzando algunas de ellas a su vez la canonización, de modo que en el Santoral romano hay varias Marías Magdalenas. No cabe por tanto pensar que la Iglesia hubiera querido menospreciarla ni borrarla de la Historia.

LOS REYES MEROVINGIOS

Como se explicó en el capítulo 5, el padre Bérenger Saunière, un humilde párroco de pueblo, cuyo apellido adoptó Brown para dárselo a Jacques, el ficticio conservador del Louvre asesinado en *El código Da Vinci*, inició una reforma de su iglesia de Rennes-le-Château. Según cuenta la leyenda, durante la reforma, Saunière encontró los llamados *dossieres secrets*, que apoyarían la idea de un linaje sacro prolongado hasta nuestro tiempo a través de una dinastía de reyes franceses medievales, monarcas que podrían ser descendientes de Jesucristo.

En *El enigma sagrado*, los autores llegaron a la conclusión de que fue posible que Jesús estuviera casado y hubiera tenido hijos, y que éstos se casaran para pasar a formar parte de la dinastía merovingia, protagonista de increíbles historias, como que tenían capacidad de curar con las manos y de hablar con las bestias o de disfrutar de una especie de comunicación extrasensorial con el mundo natural. El último de los merovingios fue Dagoberto II, que se casó con una princesa visigoda y cuyo reino sólo duró tres años. Murió asesinado y algunos historiadores creen que existen algunos indicios, no pruebas, de que la Iglesia tuvo algo que ver en su muerte.

Los merovingios y esta leyenda aparecen en los *dossieres secrets*

encontrados en el interior de una columna visigótica de Rennes-le-Château, de la que se hace eco *El código Da Vinci*. En realidad, la conexión entre Jesús y Dagoberto, el último de los merovingios, no está demostrada. Dagoberto existió, pero no hay pruebas que indiquen su pertenencia a un linaje sacro, y otros relatos de su muerte aseguran que fue víctima de un clan enemigo. Además, la columna visigótica removida durante la reforma de Saunière no tiene un hueco lo suficientemente grande como para que pudieran guardarse allí documentos secretos. Otra vez, un misterio más de novela que de la realidad histórica.

EL PRIORATO DE SIÓN Y LOS TEMPLARIOS

Las historias sobre un linaje sacro no acaban aquí. Según *El código Da Vinci*, hay otra serie de documentos mucho más antiguos que contienen nada menos que una genealogía que se remontaría hasta Jesús y María Magdalena; estas antiguas escrituras son llamadas los *documentos del Sangraal*; Sangraal, una palabra medieval para designar al Santo Grial. Y es que cuando se menciona el Grial por primera vez, es citado como una sola palabra, Sangraal. En la Edad Media, alguien, de manera arbitraria, separó la palabra después de la «n» y antes de la «g» y el resultado fue San Graal, Santo Grial. Sin embargo, si separamos la palabra Sangraal después de la «g», sale Sang Raal o Sang Real, es decir, Sangre Real. Al menos ésta es la teoría que defiende Richard Leigh en su libro *El enigma sagrado*.

Con los *documentos del Sangraal* la historia se traslada de Francia a Jerusalén, a las ruinas del templo de Salomón, donde *El código Da Vinci* asegura que estaban escondidos estos antiguos pergaminos. El jefe de la Primera Cruzada, Godofredo de Bouillon, es, según Leigh, de ascendencia merovingia.

En julio de 1099, los cruzados rompieron las defensas sarracenas de

Jerusalén, conquistaron la ciudad, y convirtieron al triunfante Godofredo de Bouillon en soberano de Tierra Santa. Aunque rechazó la corona de rey, porque dijo no poder llevarla donde Jesucristo había llevado una de espinas, Godofredo adoptó el título de Protector del Santo Sepulcro. Según *El código Da Vinci*, ese mismo año estableció el Priorato de Sión, la misteriosa sociedad encargada de proteger al linaje sacro durante diez siglos.

Existen pruebas documentadas de que en 1099, cuando Jerusalén fue capturada por los cruzados, un grupo de jóvenes religiosos se instaló en una abadía situada en la cima del monte Sión y formó una orden: la Orden de Sión. De hecho, un Priorato de Sión medieval existió en realidad. Pero en la novela este Priorato tenía una misión secreta: hacerse con los *documentos del Sangraal*; para llevárselos de Jerusalén, el Priorato creó una unidad militar, una orden de caballeros llamados los caballeros templarios. En *El código Da Vinci*, supuestamente, los templarios entregaron los documentos del Sangraal a sus maestros, el Priorato de Sión, guardianes del linaje sacro. Ellos conservarían el secreto.

Ya sabemos que, en realidad, la Orden del Temple no tiene nada que ver con sectas ni sociedades secretas. Era una institución de la Iglesia, lo que se llama una orden militar, es decir, una orden religiosa cuyos miembros hacían los votos de pobreza, castidad y obediencia, aunque en realidad fuesen guerreros, y la Orden como tal tuviese como misión la guerra contra los infieles. Pero no existe ninguna prueba de que algunos caballeros, tras la disolución de la orden, escaparan hacia Jerusalén llevando los *documentos del Sangraal*, como pretende *El código Da Vinci*. Lo mismo puede decirse de su pretendida relación con el Priorato de Sión.

Otros enemigos de la Iglesia oficial que han dado lugar a leyendas esotéricas son los cátaros, nombre de origen griego que significa «puros». Los cátaros no eran ninguna secta secreta, puesto que actuaban con toda normalidad a la luz del día; eran una herejía del cristianismo o incluso, según algunos estudiosos, llegaron a ser una religión distinta, tan grandes eran sus divergencias con la doctrina católica. El catarismo se desarrolló en el siglo XII especialmente en el sur de Francia, por lo que sus adeptos fueron también llamados albigenses, por la ciudad de Albi, uno de sus centros principales. Era una herejía de naturaleza dualista, es decir, que creía en la existencia de dos principios enfrentados, el Bien y el Mal. Negaban la existencia de la Santísima Trinidad, considerando que Jesucristo y el Espíritu Santo eran meras emanaciones de Dios. Negaban la libertad de las criaturas humanas y no creían en la resurrección de la carne ni en el Infierno. Criticaban los vicios y la avaricia de los miembros del clero oficial y rechazaban los sacramentos, en vez de los cuales tenían prácticas peculiares como el *consolamentum*, que tenía los efectos del bautismo, la confesión y la comunión, o la *endura*, un ayuno que se llevaba hasta la muerte y que los cátaros consideraban como una especie de martirio.

Con tales creencias en una época en que no existía libertad religiosa, no es extraño que la Iglesia pretendiese extirpar la doctrina cátara; tras varios intentos infructuosos de reconversión de los cátaros, lanzó contra ellos en 1208 la llamada Cruzada albigense, solución militar seguida de la labor de «limpieza» de la Inquisición, institución creada específicamente contra los cátaros. En estas operaciones represivas, Roma contó con la colaboración del rey de Francia, a quien le preocupaba el carácter también heterodoxo en lo social de los cátaros, que amenazaba las estructuras del reino.

«Fue la primera cruzada que tuvo lugar en Europa, en territorio europeo, en vez de en Tierra Santa. También fue la primera cruzada que

enfrentó a cristianos contra otros cristianos», detalla Richard Leigh, autor de *El enigma sagrado*. Los soldados del rey francés fueron enviados para defender la fe ortodoxa. La cruzada albigense continuó durante cuatro décadas en las que redujeron todos los pueblos cátaros del sur de Francia, lo que le sirvió al rey de Francia para incautar sus propiedades.

Así, se utilizó la herejía como una excusa para una apropiación masiva de las tierras. En uno de los últimos ataques contra los cátaros, una leyenda vuelve a aparecer. La historia data del siglo XIII, y dice que el día antes de la toma de la fortaleza de Montségur por el senescal de Carcasona en 1244, tras largos meses de sitio, cuatro monjes huyeron por el escarpado acantilado con un misterioso tesoro cátaro que podrían ser los *documentos del Sangraal* que la Iglesia quería destruir. Pero se trata de mera especulación. Un universitario alemán nazi, Otto Rahn, que en los años treinta se instaló en la ciudad de Ariège, en la antigua región cátara, fue quien, adelantándose siete décadas a Dan Brown, conectó a los cátaros con el Grial, publicando un fantasioso libro titulado *La Corte de Lucifer*.

LAS PISTAS ESCONDIDAS EN *LA ÚLTIMA CENA*

El artista florentino Leonardo Da Vinci es una figura muy carismática y enigmática; según el *best seller* de Dan Brown, sería el gran maestro del Priorato de Sión, cuyas creencias ocultas podrían estar expresadas en sus pinturas, sobre todo en *La Última Cena*. Junto a Jesucristo, según la novela, la figura que debería ser Juan es en realidad María Magdalena. Los dos, Jesús y ella, están en el centro del cuadro, sugiriendo un papel de iguales. Además, añade misterio el hecho de que en la pintura aparece la mano de Pedro con un cuchillo apuntando hacia el lado izquierdo (la derecha de Cristo y los apóstoles), representando quizá la hostilidad de algunos por el papel relevante que Jesús otorgaba a María Magdalena.

También aparece la mano de Tomás levantada, con el índice estirado hacia arriba, en un gesto amenazante, tal vez expresando los celos de los apóstoles hacia la Magdalena y su papel como pareja de Cristo. En el centro de la pintura, la composición de las figuras de Cristo y la supuesta Magdalena forma una V, un antiguo símbolo que representaba las deidades femeninas de la fertilidad, lo que también puede interpretarse como alusión a esa función portadora de la semilla de la estirpe de Jesús, de Santo Grial viviente que habría sido María Magdalena.

«Leonardo Da Vinci, como todos los artistas, incluía símbolos en sus obras de arte para que el público reconociese su significado visual. Pero no se trataba de símbolos heréticos introducidos en secreto en sus cuadros», explica George Gorse, profesor de Historia del Arte del Pomona College. En el Renacimiento, se pintaron numerosas *Últimas Cenas*. Juan siempre está al lado de Cristo y siempre tiene ese aspecto femenino, tanto en las cenas como en la numerosa iconografía de la época que lo sitúa en escenas alrededor de la Pasión. Es el único apóstol barbilampiño, lleva el cabello largo y tiene finas y bellas facciones, lo que no quiere decir que sea una mujer. La androginia aparece por otra parte en algunas obras de Leonardo, de quien se dice que sentía debilidad por los efebos afeminados. Su san Juan es un provocativo ejemplo de ello y, por cierto, levanta el dedo exactamente igual que el apóstol de *La Última Cena*. Además, algunos historiadores del arte opinan que el cuchillo que sostiene Pedro apunta claramente a Bartolomé, uno de los doce apóstoles cuyo martirio consistió en que lo desollaran vivo.

Otra de las teorías de Dan Brown que los historiadores rechazan es que la forma en V sea el símbolo de lo sagrado femenino. La distribución de las figuras en el cuadro de Leonardo es algo muy común en este artista, que siempre hacía una composición dinámica. Así, la forma de V de la parte centro-izquierda del cuadro sirve en realidad para crear un efecto

dinámico que nada tiene que ver con simbolismos de lo sagrado femenino.

La conexión de Leonardo con el Santo Grial es históricamente poco probable. La leyenda del Grial, conectada a las leyendas artúricas, tuvo gran popularidad en la Edad Media, cuando, a partir de fuentes muy anteriores, Robert de Borron compuso su poema hacia 1180, mientras que Chretien de Troyes escribió por esas fechas *Le Conte du Graal*. Fue resucitada por el Romanticismo en el siglo XIX, cuando se editaron algunas de las obras medievales, pero en la Italia del Renacimiento despertaban poco interés. Por otra parte, Leonardo Da Vinci no pudo haber sido un gran maestro del Priorato de Sión, ya que eso no encaja con la personalidad solitaria e individualista del artista. «En los quince manuscritos de Leonardo, cientos y cientos de frases escritas, no hay ninguna prueba que demuestre que estuviese en ninguna organización religiosa secreta de los siglos XV y XVI», señala el historiador George Gorse.

LOS TEMPLARIOS EN EL REINO UNIDO

En *El código Da Vinci*, un posible escondite del Santo Grial es la iglesia del Temple en Londres, construida por los caballeros templarios y consagrada en 1185. Dentro de esta iglesia hay dos espacios diferenciados: una planta tradicional que acaba en un altar, adornado con una vidriera en la que se representan a dos templarios a lomos de un caballo y, al lado, se encuentra la primitiva iglesia, de planta circular siguiendo un esquema peculiar de las iglesias templarias, donde yacen en el suelo las figuras de diez caballeros

Lo más importante es la forma circular de la construcción que, según *El código Da Vinci*, se trataba originariamente de un templo pagano donde posiblemente se llevaron a cabo rituales sexuales y donde los templarios buscaban refugio en un mundo que rechazaba los documentos

que ellos protegían y el linaje que juraron defender. Para los historiadores, el lugar no tiene ningún misterio; el diseño circular está inspirado en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, de planta circular, que lógicamente inspiró la arquitectura de los templarios, conectados desde su creación con ese santuario, cuya defensa era su razón de ser original. La vinculación arquitectónica con el paganismo es del propio Santo Sepulcro, inspirado en las más antiguas iglesias de Roma, a las que se da el nombre de *martirium*, que a su vez seguían el modelo del mausoleo de Augusto, de planta circular hasta el punto de que en el siglo XVII fue utilizado como plaza de toros por los españoles de Roma.

Según la novela, los documentos de la Sangre Real fueron guardados en este templo de Londres sólo durante una noche antes de ser llevados al norte, a otro escondite en Escocia: la capilla de Rosslyn, situada cerca de la ciudad de Edimburgo. Supuestamente fue construida por los templarios en 1466 y en *El código Da Vinci* es conocida como «la catedral de los Códigos». Posee multitud de fascinantes relieves de las tradiciones cristiana, judía, pitagórica, rosacruciana y otros cánones esotéricos. Según asegura la novela, estos relieves son pistas que unen a todos los grupos asociados con el linaje sacro. Lo cierto es que la capilla de Rosslyn, en el distrito de Midlothian, fue construida con los auspicios de sir William Saint Clair, último príncipe de Orkney (1410-1484), descendiente de los merovingios. Incluso, en el templo hay una losa funeraria que sugiere que este noble escocés era también un caballero templario. Además, en la novela, los Saint Clair, que históricamente estuvieron vinculados al Temple, como muestra el hecho histórico de que en los siglos XIII y XIV hubiera dos miembros de la familia grandes maestros de esa orden, son incluidos entre los primeros grandes maestros del Priorato de Sión. Por tanto, Rosslyn es el punto que vincula a los merovingios con los templarios y el Priorato.

La mayoría de los historiadores consideran esta vinculación como pura

especulación: ni los relieves están relacionados con los templarios, ni la estrella de cinco puntas —que en *El código Da Vinci* es símbolo de lo femenino— con el Priorato de Sión, ni la losa funeraria es del fundador de Rosslyn, porque ni siquiera se encontró allí, sino que fue trasladada desde otro lugar. Tampoco la rosa —que es de donde supuestamente sale el nombre de Rosslyn— tiene nada que ver con llamada Línea Rosa, que la novela identifica como el primer meridiano que se usó como marcador geográfico de los husos horarios antes de adoptarse el de Greenwich. En la ficción literaria, la Línea Rosa pasa por esta capilla escocesa y justo por encima de la pirámide del Museo del Louvre, en París, el lugar donde comienza la trama del libro. Según *El código Da Vinci*, la Línea Rosa conecta una conspiración, a lo largo y ancho del continente, para conservar la antigua verdad del linaje sacro. Pero la realidad es que el primer meridiano no coincide con el meridiano que pasa por París y nunca se ha llamado la Línea Rosa ni va desde el obelisco de la iglesia parisina de Saint-Sulpice a Rosslyn.

DOSSIERES NO TAN SECRETOS

Llegados a este punto todo parece desmontar la historia de una gran conspiración para conservar el linaje sacro. Asimismo, hay una larga lista de afirmaciones no demostradas; los templarios no fueron creados por el Priorato de Sión; el Priorato no protegió el linaje sacro y no hay ninguna prueba que demuestre que los *documentos de la Sangre Real* existiesen jamás. Entonces, ¿cómo empezó esta increíble leyenda de dos mil años de antigüedad que acabó convirtiéndose en la novela más vendida en los últimos años? La genialidad de *El código Da Vinci* es su manera brillante de combinar historia, leyenda y fantasía en una intrigante trama. Además, cuanto más se retrocede en la historia contada por Dan Brown más razonables e interesantes son sus ideas. Pero, según los

historiadores, cuanto más se acerca a los tiempos actuales, más se aleja de los estudios reales y el pensamiento académico.

De hecho, hay una historia secreta detrás de *El código Da Vinci* que empieza con el padre Berenguer Saunière, el misterio de Rennes-le-Château y el descubrimiento de los *dossieres secretos*, fundamentales en el libro. Estos *dossieres secretos* realmente salieron por primera vez a la luz pública en 1956, cuando un periódico francés, *La Dépêche Du Midi*, publicó unos artículos sobre ellos tras ser encontrados en la Biblioteca Nacional de Francia, en París. Resulta que fueron depositados por una asociación que se registró oficialmente en 1956 con el nombre de Priorato de Sión, una organización completamente moderna cuyo gran maestro era un hombre llamado Pierre Plantard. Éste y su círculo eran intelectuales de derechas y nacionalistas franceses que intentaban crear un mito moderno, utilizando historias y partes de hechos y leyendas, y asegurando que él mismo era parte de una sociedad secreta. Su grupo creó los *dossieres secretos*, que consistían en su mayoría en páginas y páginas de genealogía con el fin de demostrar que existe realmente un descendiente de los merovingios que es un rey perdido.

Estos documentos avivaron el interés de investigadores como Richard Leigh, que se sintió intrigado por la idea de un antiguo Priorato de Sión y tuvo como resultado la publicación de *El enigma sagrado* en 1982. Según afirma, hay documentos antiguos de transferencia de tierras que demuestran que hubo un priorato medieval así llamado, pero fue una orden católica bastante insignificante y que duró hasta 1619. Hasta 1956 no volvió a aparecer ninguna referencia histórica, con su *renacimiento* en el grupo de Pierre Plantard y su objetivo de restablecer una dinastía de 1600 años de antigüedad. Esta historia especulativa fue ingeniosamente incorporada en la ficción de *El código Da Vinci* y constituye una estupeficiente trama. Pero en Francia, donde tiene lugar la mayor parte de la leyenda, conocen muy bien la auténtica historia y pocas de las ideas de *El*

código Da Vinci son tomadas como hechos. Según el periodista e historiador Jean-Luc Chaumeil, desde hace treinta años todo el mundo en Francia sabía que esto era un fraude.

FICCIÓN BASADA EN LA HISTORIA

En la novela, las acciones del Priorato de Sión obligan a que un grupo conservador religioso que busca suprimir el conocimiento del linaje sacro entre en acción: el Opus Dei. Se trata de una organización de la Iglesia católica cuyo nombre en latín significa la Obra de Dios. El Opus Dei fue fundado en 1928 por el padre Josemaría (escribía su nombre compuesto todo junto, para tener un nombre nuevo en la nomenclatura cristiana cuando fuera canonizado, como ocurrió) Escrivá de Balaguer, con el objetivo de difundir el mensaje de que todo el mundo puede llegar a la santidad a través de su trabajo diario y las labores cotidianas. Hoy en día cuenta con alrededor de sesenta mil miembros y está considerada por muchos entre las voces más conservadoras del mundo católico. Sus fieles sostienen que representan los valores tradicionales, pero sus detractores los acusan de extremismo religioso.

El código Da Vinci asegura que el Vaticano hizo una especie de acuerdo doloso con el Opus Dei para que recibiera dinero de la Iglesia. «Ésta es una afirmación muy perjudicial, la más indignante del libro y completamente falsa», afirma Andrew Soane, portavoz del Opus Dei en el Reino Unido. En el libro se afirma también que el grupo realiza prácticas medievales, como la automortificación, para conseguir la salvación. Es cierto que en el Opus Dei se practican esas penitencias, que no son exclusivamente medievales sino que han llegado hasta nuestros días en el seno de la Iglesia oficial; algunos miembros usan a veces el cilicio, una banda con pinchos metálicos que se coloca alrededor de la pierna o el brazo. «La idea es que, si practicas mortificaciones, cuando llegue la hora de caer en

la tentación, tendrás más fuerza y aguantarás», explica Soane. Cualquier cosa que uno piense de sus creencias, hay algo que está claro: nunca existió una misión para extinguir el linaje sacro de la historia, sobre todo porque el Opus Dei no cree que exista un linaje sacro.

Otra incongruencia en el libro de Brown es que el malo de la novela es un monje asesino miembro del Opus, cuando en el Opus no hay frailes, ni monjas, ni miembros de ninguna orden religiosa, aunque sí sacerdotes seculares, integrados en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

Las teorías que Brown sostiene en esta obra han despertado muchas críticas en los medios académicos, incluyendo la redacción de varios libros que refutan uno a uno sus argumentos históricos y artísticos. Los expertos tienen diversas explicaciones sobre el éxito del libro, desde el gusto por las teorías sobre una conspiración, hasta el hecho de que muchas personas en la actualidad están intentando encontrar un vínculo con el pasado o llegar a los orígenes de la verdad o están más abiertas a buscar una nueva interpretación del cristianismo. Desde esta visión, esta novela de misterio en realidad ha servido como un gran catalizador.

La narración de Dan Brown, a pesar de estar supuestamente basada en hechos históricos, es totalmente ficticia. Plantea muchos interrogantes y deja que el lector saque sus propias conclusiones. Los más críticos aseguran que es muy contradictoria y, realmente, no proporciona respuestas. Centra la trama en los orígenes del cristianismo, en una época sobre la que la gente tiene mucha curiosidad. Introduce el tema del papel de la mujer en la historia del cristianismo y de la Iglesia y plantea la búsqueda del significado espiritual y el sentido de la vida en el siglo XXI, algo que resulta muy atractivo para millones de lectores, más si se lo cuentan con mucha acción y repleto de misterios y conspiraciones.

Bibliografía

CIVILIZACIONES PERDIDAS

1. Los secretos de Stonehenge

Camps, Gabriel, *Introduction à la préhistoire*, Librairie Académique Perrin, París, 1982.

Richards, Julian C., *Stonehenge: A History in Photographs*, English Heritage, 2004.

—, *The amazing pop-up Stonehenge*, English Heritage, 2005.

«The Award winning Great Orme ancient copper mines», en *Current Archeology*, n.º 130, 1995

«The Boscombe Bowmen», en *Current Archeology*, n.º 193, 2004.

2. La Atlántida, el continente perdido

Platón, *Tímeo*, Biblioteca de Iniciación Filosófica, Aguilar, Buenos Aires, 1963.

—, *Critias o la Atlántida*, Biblioteca de Iniciación Filosófica, Aguilar, Buenos Aires, 1963.

Ramírez Rodríguez, R., «Atlantícu, semilla de un mito. Confusión babélica de Platón» en *Punto y Aparte*, México, febrero de 2002,

Vidal-Naquet, Pierre, *La Atlántida. Pequeña historia de un mito platónico*, Akal, Madrid, 2005.

Zapp, Ivar y Erikson George, *Atlantis in America: Navigators of the Ancient World*, Adventures Unlimited Press, 1998.

3. El misterio de los anasazi

Brody, Jerry J., *Les Anasazis: les premiers Indiens du Sud-Ouest américain*, Edisud, Aix-en-Provence, 1993.

- Cordell, Linda S., *Prehistory of the Southwest*, Academic Press, Nueva York, 1997.
- Noble, David Grant, *Ancient Ruins of the Southwest*. Northland Publishing, Flagstaff, Arizona, 1995.
- Nordenskiöld, Gustaf, *The Cliff Dwellings of the Mesa Verde*, P. A. Norstedt & Söner, Chicago, 1893.
- Oppelt, Norman T., *Guide to Prehistoric Ruins of the Southwest*, Pruett Publishing, Boulder, Colorado, 1989.

4. Las pirámides secretas de Japón

- Hancock, Graham, *Fingerprints of the Gods*, Three Rivers Press, 1996.
- Schoch, Robert, *Voices of the Rocks*, Harmony, 1999.
- West, John Anthony, *Serpents in the Sky*, Three Rivers Press, 1987.

TESOROS OCULTOS

5. El Santo Grial

- Alvar, Carlos (intr.), *La búsqueda del Santo Grial*, Alianza, Madrid, 1997.
- Barber, Malcom, *El juicio de los Templarios*, Complutense, Madrid, 1999.
- Baigent, Michael; Leigh, Richard, y Henry Lincoln, *El enigma sagrado*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1987.
- Bordone, Georges, *Los templarios, historia y tragedia*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2001.
- Chrétien de Troyes, *El libro de Perceval (El cuento del Grial)*, Gredos, Madrid, 2000.
- Loomis, Roger Sherman, *The Grail: From Celtic Myth to Christian Symbol*, Princeton University Press, 1991.
- (ed.), *Arthurian literature in the middle ages; a collaborative history*, Clarendon Press, Oxford, 1961.
- Rahn, Otto, *Cruzada contra el Grial; la tragedia del catarismo*, Hiperión, Madrid, 1986.

6. En busca de El Dorado

- Cobo Borda, Juan Gustavo, *Fábulas y leyendas de El Dorado*, Tusquets, Barcelona, 1987.
- Freyle, Juan Rodríguez, *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*, Historia 16, Madrid, 1986.
- Gil, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento*, Alianza, Madrid, 1989.
- Neuenschwander Landa, Carlos, *Paititi: En la Bruma de la Historia*, Cuzzi Impresores, Arequipa, 1983.
- , *Paititi: Hipótesis final*, Taller Majestic, Lima, 2000.
- Polentini Wester, Juan Carlos, *Por las rutas del Paititi*, Editorial Salesiana, Lima, 1979.
- Vázquez, Francisco, *Crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre*, Alianza, Madrid, 1989.

7. El misterio del oro afgano

- Dupree, Nancy Hatch, «Museum Under Siege», en *Archaeology*, Archaeological Institute of America, abril de 1998.
- Instituto de Arqueología de la Academia de Ciencias de la URSS y Museo Nacional de Afganistán, *Bactrian Gold: From the Excavations of Tillya-Tepe Necropolis in Northern Afghanistan*, Aurora Art Publishers, 1985.
- Sarianidi, Viktor, *Bactrian Gold*, Art Publishers.
- «Afghanistan, les trésors retrouvés», en *Connaissance des Arts*, Hors-série, Société Française de Promotion Artistique, 2006.

8. El rescate del Titanic

- Ballard, Robert D., *The discovery of the Titanic*, Hodder & Stoughton, 1987.
- , *Exploring the Titanic*, Pyramid Books, 1988.
- Haas, Charles A., y Eaton, John P., *Titanic: A journey through time*, Patrick Stephens Ltd., 1999.
- Robertson, Morgan, *The Wreck of the Titan or Futility*, Buccaneer Books, 1991.

9. Los gemelos del *Titanic*

Jessop, Violet y Maxtone-Graham, John, *Titanic Survivor*, Sheridan House, Nueva York, 1997.

Miller, William H., *The first great ocean liners*, Dover Publications, Nueva York, 1987.

Mills, Simon, *H.M.H.S. Britannic, The last Titan*, Waterfront Publications, Dorset, 1992.

FENÓMENOS INEXPLICABLES

10. Pirámides: el misterio de su construcción

Bresciani, E., *A orillas del Nilo: Egipto en tiempos de los faraones*, Paidós, Barcelona, 2001.

Heródoto, *Egipto, el don del Nilo*, Maeva, Madrid, 2002.

11. El misterio del Triángulo de las Bermudas

Berlitz, Charles [1974], *El Triángulo de las Bermudas*, Pomaire, 1977.

Ellis, Richard [1998], *En busca de la Atlántida. Mitos y realidad del continente perdido*, Grijalbo, Barcelona, 2000.

Kusche, Larry [1975], *El misterio del Triángulo de las Bermudas solucionado*, Sagitario, 1977.

12. Alaska y su Triángulo de las Bermudas

McKnight, Gerald D., *Breach of Trust: How the Warren Commission Failed the Nation and Why*, University Press of Kansas, 2005.

13. El Roswell ruso

- Baxter, John, y Atkins, Thomas, *The Fire Came By: The Riddle of the Great Siberian Explosion*, Macdonald and Jane's, Londres, 1975.
- Harford, James, *Korolev: How One Man Masterminded the Soviet Drive to Beat America to the Moon*, John Wiley & Sons, 1977.
- Pedlow, Gregory W., y Welzembach, Donald E., *The CIA and the U-2 Program, 1954-1974*, Center for the Study of Intelligence, Central Intelligence Agency, 1998.
- Pigariova, Tatiana, *Autobiografía de Moscú*, Laertes, Barcelona, 2001.

14. El enigma de los círculos de cosecha

- Andrews, Colin, y Delgado, Pat, *Testimonios circulares*, Tikal Ediciones, Madrid, 1994.
- Nickell, Joe, y Fischer, John F., «The Crop Circle Phenomenon. An Investigative Report», en *Skeptical Inquirer*, vol. 16, 1992.
- Sagan, Carl, «Círculos de cosecha y alienígenas, ¿cuál es la evidencia?», en *El mundo y sus demonios*, Planeta, Barcelona, 1997.
- Schnabel, Jim, *Round in Circles*, Penguin Books, 1994.
- Wilson, Terry, *The Secret History of Crop Circles*, Centre for Crop Circle Studies (CCCS), 1998.

15. Cazadores de extraterrestres

- Lowell, Percival, *Mars*, Kessinger Publishing, Montana (EE.UU.), 2004.
- , *Mars and its canals*, Readex Microprint, Nueva York, 1970.
- Verne, Julio, *De la Tierra a la Luna*, Edaf, Madrid, 2004.
- Welles, Orson, y Wells, H. G., *El guión radiofónico de la invasión desde Marte sobre la novela La guerra de los Mundos*, Abada Editores, Madrid, 2005.
- Wells, H. G., *La guerra de los mundos*, Planeta, Barcelona, 2005.
- , *The First Men in the Moon*, Penguin Classics, Londres, 2005.

—, *El hombre invisible*, Anaya, Madrid, 2001.

PERSONAJES LEGENDARIOS

16. La vida secreta de Ramsés II

Desroches Noblecourt, Ch., *Ramsés II. La verdadera historia*, Destino, Barcelona, 1998.

Freed, Rita E., *Ramses II, The Great Pharaoh and his Time*, catálogo de la exposición en el Denver Museum of Natural History, 1987.

Kitchen, K. A., *Pharaoh Triumphant. The Life and Times of Ramesses II*, The American University in Cairo Press, 1997.

Weeks, Kent, *La tumba perdida. El descubrimiento de la tumba de los hijos de Ramsés II*, Península, Barcelona, 1999.

—, *Egyptology and the Social Sciences*, The American University in Cairo Press, 1979.

—, *El Valle de los Reyes. Las tumbas y los templos funerarios de Tebas*, Librería Universitaria de Barcelona, 2002.

17. La maldición de Tutankhamón

Carter, Howard, *El descubrimiento de la tumba de Tut-Ankh-Amón*, Laertes, Barcelona, 1987.

—, *La tumba de Tutankhamón*, Destino, Barcelona, 1995.

—, y James, T. G. H., *The Path to Tutankhamen*, Tauris Parke, Londres, 2001.

Cooper, G. M.; Denevi, D. y King, M. R., *Who Killed King Tut?*, Prometheus Books, Nueva York, 2004.

18. La leyenda del rey Arturo

Ashe, Geoffrey, *The Quest for Arthur's Britain*, Frederick A. Praeger, Nueva York, 1968.

- Cirlot, Victoria, *La novela artúrica*, Montesinos, Barcelona, 1987.
- Collingwood, R. G., *Roman Britain*, Clarendon Press, Oxford, 1970.
- El Rey Arturo y su mundo. Diccionario de Mitología Artúrica*, Alianza, Madrid, 1991.
- Fernández Riojano, Joaquín, *Mito y leyenda del rey Arturo: una guía para entender las leyendas del rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda*, BmmC Editores, Málaga, 2003.
- García Gual, Carlos, *Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda*, Alianza, Madrid, 1983.
- Lloyd, Scott y Blake, Steve, *Pendragon: The Definitive Account of the Origins of Arthur*, The Lyons Press, 2004.
- Mérida, Rafael, *Lírica trovadoresca versus novela artúrica: una aproximación*, Parole, n.º 1, Universidad de Alcalá de Henares, 1988.
- Morris, John. *The Age of Arthur: A History of the British Isles from 350-650*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1973.
- Rhyss, John, *Studies in the Arthurian legend*, Oxford, Clarendon Press, 1981.

19. El código de los templarios

- Claraval, Bernardo de, *Elogio de la Nueva Milicia Templaria*, Siruela, Madrid, 1994.
- Curzon, Henry de, *The rule of the Templars: the French text of the Rule of the Order of the Knights Templar / translated and introduced by J.M. Upton-Ward*, Woodbridge, Boydell, 1992.
- Leroy Thierry, *Les templiers: légendes et histoire*, Imago, París, 2007.
- Martínez Díaz, Gonzalo, *Los templarios en la Corona de Castilla*, La Olmeda, Burgos, 1993.
- Melville, M., *La vie des Templiers*, Gallimard, París, 1974.
- Pernoud, Régine, *Les templiers chevaliers du Christ*, Gallimard, París, 1997.
- Runciman, Steven, *Historia de las Cruzadas*, Alianza Universidad, Madrid, 1985.
- Torre Muñoz de Morales, Ignacio de la, *Los templarios y el origen de la banca, Dilema*, Madrid, 2004.
- Wallace-Murphy, Tim, y Hopkins, Marilyn, *Roslyn: Guardian of the Secrets of the Holy Grail*, Trade Paperback Publisher, 2003.

20. El asesinato de los Médicis

- Burke, Peter, *El Renacimiento italiano. Cultura y sociedad en Italia*, Alianza, Madrid, 1986.
- Cole, Alison, *La Renaissance dans les cours italiennes*, Flammarion, París, 1995.
- Conti, G., *Firenze Vecchia*, Valechi, Florencia, 1985.
- Frattini, Eric, *La conjura: asesinar a Lorenzo de Medici*, Espasa, Madrid, 2006.
- Martines, Lauro, *Sangre de abril. Florencia y la conspiración contra los Médicis*, Turner/Fondo de Cultura Económica, Madrid/México, 2004.
- Racionero, Luis, *La Florencia de los Médicis*, Planeta, Barcelona, 1990.
- Tenenti, Alberto, *Florencia en la época de los Médicis*, Sarpe, Madrid, 1985.

21. Un caso de conspiración: el asesinato de Robert Kennedy

- El pensamiento político de Robert Kennedy*, selección de Sue G. Hall y Robert T. Owens, Sagitario, Barcelona, 1968.
- Kennedy, Robert F., *Trece días (la crisis de Cuba)*, Plaza & Janés, Barcelona, 1978.
- Klauer, William, y Melanson, Phillip, *Shadow Play: The Murder of Robert F. Kennedy, the Trial of Sirhan Sirhan, and the Failure of American Justice*, St. Martins Press, 1997.
- Melanson, Phillip, *The Robert F. Kennedy Assassination: New Revelations on the Conspiracy and Cover-Up, 1968-1991*, S.P.I. Books, 1992.

LEYENDAS NAZIS

22. Las profecías sobre el nazismo

- Bergman, Dr. Klaus (Nostradamus), *Profecías de Nostradamus. Lo que nos reserva el destino, con todas las centurias y cuartetos completos en francés y español*, Antalbe, Madrid, 1987.
- Blavatsky, H. P., *La doctrina secreta: síntesis de la ciencia, la religión y la filosofía*, Sirio, Málaga, 1988.

- Burckhardt, Jacob, *Reflexiones sobre la historia universal*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.
- Goodrick-Clarke, Nicholas, *The Occults Roots of Nazism: Secret Aryan cults and their influence on Nazi ideology: The Ariosophists of Austria and Germany 1890-1935*, New York University Press, 1992.
- La Santa Biblia*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1966.
- Lemesurier, Peter, *The Nostradamus Encyclopedia*, St Martin's, Godsfield, 1997.
- Levenda, Peter, *La alianza maléfica*, Diana, Chile.
- Rzhevskaya, Elena, *La fine di Hitler. Fuori dal mito e dal romanzo giallo*, S.E., Italia, 1965.

23. El expediente ODESSA

- Forsyth, Frederick, *Odessa*, Plaza & Janés, Barcelona, 1998.
- Simpson, Christopher, *Blowback: America's Recruitment of Nazis and Its Effects on the Cold War. Our Domestic and Foreign Policy*, Grove Press, 1988.
- Wiesenthal, Simon, *Los asesinos entre nosotros*, Noguer, Barcelona, 1967.

24. Hitler y el ocultismo

- Burleigh, Michael, *El Tercer Reich. Una nueva historia*, Taurus, Madrid, 2002.
- Friedländer, Saul, *Reflections on Nazism: an essay on Kitsch and death*, Harper & Row, Nueva York, 1984.
- Mosse, George, *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*, Grosset and Dunlap, Nueva York, 1964.
- Sklar, Dusty, *The Nazis and the Occult*, Dorset Press, Nueva York, 1977.
- Treitel, Corinne, *A Science for the Soul: Occultism and the Genesis of the German*, The Johns Hopkins University Press, 2004.
- Vondung, Klaus, *The Apocalypse in Germany*, University of Missouri Press, 2000.

25. El Tren Fantasma de los nazis

Bodson, Herman, *Agent for the Resistance*, Reveille Books, 1994.

MISTERIOS RELIGIOSOS

26. Los manuscritos del mar Muerto

- Casciaro Ramírez, José M., *Qumrán y el Nuevo Testamento*, EUNSA, Pamplona, 1982.
- Daniélou, Jean, *Los manuscritos del mar Muerto y los orígenes del cristianismo*, Criterio, Buenos Aires, 1959.
- Eisenman, Robert, *James the Brother of Jesus: The Key to Unlocking the Secrets of Early Christianity and the Dead Sea Scrolls*, Viking Penguin, 1997.
- García Martínez, Florentino, *Textos de Qumrán*, Trotta, Madrid, 1992.
- Piñero, Antonio, y Fernández-Galiano, Dimas, *Los manuscritos del mar Muerto. Balance de hallazgos y de cuarenta años de estudios*, El Almendro, Córdoba, 1994.
- Shanks, Hershel, *Los manuscritos del mar Muerto*, Paidós, Barcelona, 2005.
- Stegmann, Hartmut. *Los esenios, Qumrán, Juan Bautista y Jesús*, Trotta, Madrid, 1996.
- Trebolle, Julio, *Paganos, judíos y cristianos en los textos de Qumrán*, Trotta, Madrid, 1999.
- Vanderkam, James, *The Dead Sea Scrolls Today*, Wm. B. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, 1994.
- Vermès, Géza. *Los Manuscritos del Mar Muerto: Qumrán a distancia*, Muchnik, Barcelona, 1994.
- Vidal Manzanares, César, *Los documentos del mar Muerto*, Alianza, Madrid, 1993.
- Wilson, Edmund, *Los rollos del mar Muerto*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

27. En busca del Arca de Noé

- Corbin, B. J.; Geissler, Rex; Crouse, Bill, y Morris, John, *The Explorers of Ararat*, Gci Books, 1999.
- Navarra, Fernand, *J'ai trouvé l'Arche de Noé*, France Editions, 1956.

- , *L'expédition au Mont Ararat*, Editions Bière, 1953.
 Parrot, André, *El Diluvio y El Arca*, Garriga, Barcelona, 1961.
 Ryan, W., y Pitman, W., *El Diluvio Universal*, Versol, 1999.

28. La Sábana Santa

- Alarcón, Juan, *La Sábana Santa*, Temas de Hoy, Madrid, 1994.
 Ansón, Francisco, *La Sábana Santa*, Palabra, Madrid, 1994.
 Corsini, Manuela, *Historia del sudario de Cristo*, Rialp, Madrid, 1988.
 Mills, A. A., «Image formation on the Shroud of Turin», en *Interdisciplinary Science Reviews*, vol. 20, 1995.
 Nickell, Joe, *Scandals and Follies of the «Holy Shroud»*, Skeptical Inquirer, 2001.
 Picknett, Lynn, y Prince, Clive, *El enigma de la Sábana Santa*, Martínez Roca, Barcelona, 1996.
 «Radiocarbon dating of the Shroud of Turin», en *Nature*, n.º 337, 1989.
 Siliato, María Grazia, *El hombre de la Sábana Santa*, B.A.C., Madrid.
 Solé, Manuel, S.I., *La Sábana de Turín*, Mensajero, Bilbao, 1986.

29. La búsqueda de la Lanza Sagrada

- Buechner, Howard A., *Adolf Hitler and the secrets of the Holy Lance*, Thunderbird Press, 1989.
 Crowley, Cornelius Joseph, *The Legend of the Wanderings of the Spear of Longinus*, Heartland Books, 1972.
 Maclellan, Alec, *The Secret of the Spear: The Mystery of The Spear of Longinus*, Souvenir Press, 2004.
 Ravenscroft, Trevor, *Hitler. La conspiración de las tinieblas*, América Ibérica, Madrid, 1994.
 —, *El talismán del poder (El gran secreto de los nazis)*, Hermética, Barcelona, 2006.
 Smith, E. Jerry, y Piccard, George, *Secrets of the Holy Lance: The Spear of Destiny in History & Legend*, Adventures Unlimited Press, 2005.

30. *El código Da Vinci a examen*

- Baigent, Michael; Leigh, Richard, y Lincoln, Henry, *El enigma sagrado*, Martínez Roca, Barcelona, 1987.
- Bordone, Georges, *Los templarios, historia y tragedia*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2001.
- Brown, Dan, *El código Da Vinci*, Books4pocket, 2007.
- Nicholl, Charles, *Leonardo. El vuelo de la mente*, Taurus, Madrid, 2005.
- Pagels, Elaine, *The Gnostic Gospels*, Random House, Nueva York, 2004. [Trad. cast., *Los evangelios gnósticos*, Crítica, Barcelona.]
- Sanders, E. P., *La figura histórica de Jesús*, Verbo Divino, Estella, 2000.
- Sierra, Javier, *La cena secreta*, Plaza & Janés, 2005.
- Starbird, Margaret, *María Magdalena y el Santo Grial*, Planeta, Barcelona, 2004.

Título original: *CANAL HISTORIA (BUSCANDO LA VERDAD)*

Edición en formato digital: septiembre de 2010

© 2008, CANAL DE HISTORIA

© 2008, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

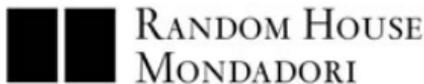
Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-39096-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre [Random House](#), división editorial de [Bertelsmann AG](#), la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y [Mondadori](#), editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.



Collins

DEBATE

DEBOLSILLO

Electa

Grijalbo

Lumen

MONDADORI

montena

PLAZA JANÉS



ROSADELSEVENTS

Editorial Sudamericana

* También transcrito en español como kushanas o qushanas.

* El número exacto de víctimas del naufragio varía considerablemente según las fuentes. La Enciclopedia Británica, en su edición de 1985, da 1.513 muertos.

* *Deadly Triangle*. También se puede traducir como Triángulo Asesino.

* Agujero de gusano o, como nombre más técnico, puente de Einstein-Rose.